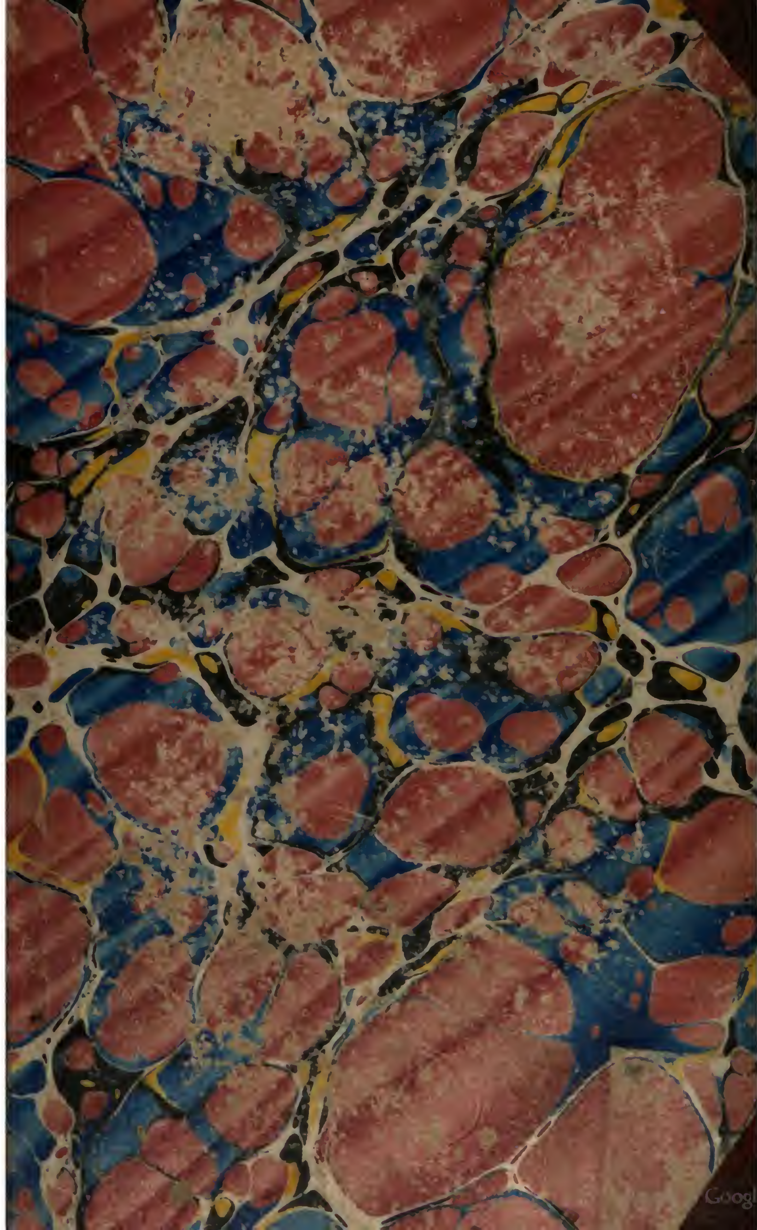



LLIBRES
PERE
BORRÁS.

HISTORIA

DE LA

REVOLUCION DE FRANCIA.

HISTORIA

DE LA

REVOLUCION DE FRANCIA.

Esta traduccion es propiedad del infrascrito. Todos los tomos irán firmados por el mismo. Los que no tengan este requisito se tendrán por contrahechos.

Ant.º Bergnes

IMPRENTA DE DON ANTONIO BERGNES, CALLE DE ESCUDELLERS,
N°. 36.

HISTORIA

DE LA

REVOLUCION DE FRANCIA,

POR M. A. THIERS,

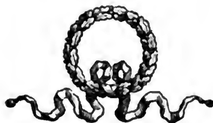
DE LA ACADEMIA FRANCESA, MINISTRO Y DIPUTADO.

TRADUCIDA DE LA CUARTA EDICION,

Por D. José Mor de Fuentes.



TOMO III.



Barcelona.

LIBRERIA DE D. ANTONIO BERGNES, CALLE DE ESCUDELLERS, Nº. 36.—LIBRERIA DE DON FRANCISCO OLIVA, CALLE DE LA PLATERIA.

1836.

HISTORIA

DE LA

REVOLUCION DE FRANCIA.

CAPITULO I.

Movimiento de los ejércitos en agosto y setiembre de 1793. El ejército de la convencion pone sitio á Lyon. Traicion de Tolon que se entrega á los Ingleses. Derrota de cuarenta mil Vendeanos en Luçon. Plan jeneral de campaña contra la Vendea. Desavenencias de los jenerales republicanos en este teatro de la guerra. Operaciones militares en el Norte. El duque de York pone sitio á Dunkerque. Victoria de Hondschoote. Alegría universal que causa en Francia. Nuevos descalabros. Derrotas de Menin, Pirmasens, Perpiñan, y Torfou en la Vendea. Retirada de Canclaux á Nantes. Cargos contra la junta de salvacion pública. Establecimiento del «gobierno revolucionario.» Decreto que organiza un ejército revolucionario de seis mil hombres. Ley de los sospechosos. Concentracion del poder dictatorial en la junta de salvacion pública. Causa de Custine; su sentencia y suplicio. Decreto de acusacion contra los jirondinos; prision de setenta y tres miembros de la convencion.

Despues de la retirada de los Franceses del campo de César al de Gavrelle, los aliados obraran con acierto persiguiendo un ejército desorganizado que desde el principio de la campaña siempre habia padecido descalabros. En efecto, desde el mes de marzo, vencido en Aquisgran y en Neerwinden, habia perdido la Flándes holandesa, la Béljica, los campos de Famars y de César, y las plazas de Condé y de Valenciennes. Uno de sus jenerales se habia pasado al enemigo, otro habia muerto; y desde la batalla de Jemmapes, no habia hecho mas que retiradas de muchísimo mérito, pero que infundian desaliento. Aunque los aliados no hubiesen ideado

el intento arrojado de una marcha directa à Paris, podian destruir este ejército, y apoderarse sin dificultad de cuantas plazas halagaran à su ambicion. Pero inmediatamente despues de la toma de Valenciennes, los Ingleses, en virtud de pactos contraidos en Amberes, se aferraron en el sitio de Dunkerque. Entonces, mientras que el príncipe de Coburgo quedándose en las inmediaciones de su campo de Herin, entre el Escarpa y el Escalda, se figuraba tener entretenidos à los Franceses, y pensaba en tomar à Quesnoy, el duque de York, marchando con los ejércitos inglés y hanoveriano por Orchies, Menin, Dixmude y Furnes, vino à colocarse delante de Dunkerque entre el Langmoor y el mar, y de consiguiente estos dos sitios nos daban alguna tregua. Houchard, enviado à Gavrelle, reunia ejecutivamente todas las fuerzas disponibles à fin de acudir al socorro de Dunkerque. Las razones que hacian considerar à esta plaza como el punto mas importante de todo el teatro de la guerra eran las siguientes: privar à los Ingleses de un puerto en el continente, derrotar unos tras otros à nuestros mayores enemigos, quitándoles toda ventaja en esta guerra, y dar nuevas armas à la oposicion inglesa contra Pitt. «Aquel es el puerto de salvamento para la república,» escribia à Houchard la junta de salvacion pública; y viendo Carnot que las tropas reunidas entre la frontera del Norte y la del Rin, esto es, en el Mosela, eran superfluas, hizo decidir que se sacaria de allí un refuerzo para enviarlo à Flándes. Pasáronse de este modo en preparativos veinte, ó veinte y cinco dias, plazo muy considerable, aunque fácil de comprender por parte de los Franceses que tenian que reunir sus tropas desparramadas à grandes distancias, pero inapeable de parte de los Ingleses, que no tenian mas que cuatro ú cinco dias de marcha para hallarse debajo de las murallas de Dunkerque.

Dejamos à nuestros dos ejércitos del Mosela y del Rin tratando de acercarse, aunque tarde, à Maguncia, sin poder evitar la pérdida de esta plaza. Despues habian retrocedido hácia Saarbruck, Hornbach y Wissemburgo, y es forzoso delinear un bosquejo del teatro de la guerra para comprender estos movimientos. La frontera es muy desigual al Norte y al Este. El Escalda, el Mosa, el Mosela, la cordillera de los Vosges, y el Rin se dirijen hácia el Norte formando líneas casi paralelas. Cuando llega al estremo de los Vosges, el Rin jira de repente, y tras varios sesgos y recodos, los termina dando la vuelta à la falda de los Vosges, recibiendo en su curso

al Mosela y Mosa. Los aliados en la frontera del Norte se habian colocado entre el Escalda y el Mosa, sin hacer ningun avance entre el Mosa y el Mosela, porque nada habia podido intentar el débil cuerpo que habian dejado entre Luxemburgo y Tréveris; pero mas podian conseguir entre el Mosela, los Vosges y el Rin. Ya vimos que se habian establecido en los Vosges, parte en el vertiente oriental, y parte en el occidental, siendo sumamente sencillo, como dijímos, el plan que debian seguir. Considerando como un rio la cumbre de los Vosges, cuyos pasos habian de ocuparse, podian trasladarse todas sus huestes à una orilla, derrotar al enemigo por una parte, y luego destruirlo por la otra. Ni los Franceses ni los aliados tuvieron esta ocurrencia, y despues de la toma de Maguncia, colocados los Prusianos en el costado occidental, daban frente al ejército del Rin. Nosotros nos hallábamos en la famosa línea de Wissemburgo. El ejército del Mosela, en número de veinte mil hombres, estaba en Saarbruck sobre el Sarra; el cuerpo de los Vosges, en número de doce mil, se hallaba en Hornbach y Kettrick, y se daba la mano en los montes con el estremo izquierdo del ejército del Rin, que, con veinte mil hombres de fuerza, guardaba el Lauter, desde Wissemburgo à Lauterburgo. Tales son las líneas de Wissemburgo; el Sarra corre de los Vosges al Mosela, el Lauter de los Vosges al Rin, y ambos forman una sola línea que corta casi perpendicularmente el Mosela, los Vosges y el Rin, y puede asegurarse, ocupando á Saarbruck, Hornbach, Kettrick, Wissemburgo y Lauterburgo, como ya lo habíamos hecho. No teníamos mas que sesenta mil hombres en toda esta frontera, porque habíamos tenido que socorrer à Houchard. Dos meses habian empleado los Prusianos en acercarse à nosotros, dirijiéndose en fin á Pirmasens; y reforzados con los cuarenta mil hombres que venian del sitio de Maguncia, y unidos con los Austríacos, hubieran podido anonadarnos en uno ú otro vertiente; pero el Austria y la Prusia se hallaban deshermanadas con motivo del reparto de la Polonia; y Federico-Guillermo, que permanecia aun en el campo de los Vosges, no obraba como lo requeria la fogosidad desalada de Wurmser. Este, rebosando de denuedo, à pesar de sus años, hacia diariamente nuevas tentativas sobre las líneas de Wissemburgo; pero sus ataques parciales no habian tenido mas resultado que la muerte inútil de muchos hombres. Este era, à primeros de setiembre, el estado de los negocios en el Rin.

En el Mediodía, la larga incertidumbre de los Lyoneses habia terminado en una resistencia declarada, de modo que el sitio de esta poblacion era inevitable. Ya vimos que ofrecian avenirse y reconocer la constitucion, pero sin esplicarse sobre los decretos que les mandaban enviar à Paris à los patriotas arrestados, y disolver la nueva autoridad seccionaria. Hollaron muy pronto escandalosamente estos decretos, enviando al cadalso à Chalier y à Riard, haciendo sin cesar nuevos preparativos de guerra, tomando dinero de las arcas, y deteniendo los convoyes enviados à los ejércitos. Muchos partidarios de la emigracion se habian introducido entre ellos, y les asustaban con el restablecimiento de la municipalidad montañesa, halagándolos con la pronta llegada de los Marselleses, que, segun decian, iban à subir por el Ródano, y de los Piamonteses, que desembocarian de los Alpes con sesenta mil hombres. Aunque los Lyoneses, llanamente federalistas, aborrecian de muerte à los estranjeros y emigrados, la Montaña y el antiguo ayuntamiento les causaban tal pavor, que estaban prontos à esponerse al peligro é infamia de la alianza estranjera, antes que rendirse à las venganzas de la convencion.

Reúnense en Lyon el Saona, que corre entre el Jura y la Cuesta-de-Oro, y el Ródano, que viene del Valés entre el Jura y los Alpes, de modo que esta hermosa ciudad se halla en la confluencia de estos dos rios. Subiendo el Saona por la parte de Macon, el pais era enteramente republicano, y los diputados Laporte y Reverchon, con algunos miles de quintos que habian podido reunir, cortaban la comunicacion con el Jura. Dubois-Crancé, con la reserva del ejército de Saboya, venia por la parte de los Alpes y guardaba la corriente superior del Ródano. Pero los Lyoneses eran enteramente dueños del curso inferior del rio y de su orilla derecha hasta los montes de Auvernia, dominando en todo el Forez, donde hacian frecuentes correrías, y yendo por armas à san Estévan. Un injeniero hábil habia construido escelentes fortificaciones al rededor de la ciudad, y un estranjero les habia fundido cañones de grueso calibre. La poblacion se dividia en dos partes: los jóvenes seguian al comandante Precy, en sus correrías; los casados y padres de familia guardaban la ciudad y sus trincheras. En fin el 8 de agosto, Dubois-Crancé, que habia apaciguado la revuelta de Grenoble, se dispuso à marchar hácia Lyon, conforme al decreto que le mandaba subyugar esta ciudad rebelde. El ejército de los Alpes se compo-

nia cuando mas de veinte y cinco mil hombres, y pronto iban à echársele encima los Piamonteses, quienes, aprovechándose del mes de agosto, se aunaban para desembocar por la gran cordillera. Este ejército, como hemos visto, acababa de padecer la desmembracion de dos destacamentos enviados, uno à reforzar el ejército de Italia, y el otro à someter à los Marselleses. El Puy de Dome, que habia de enviar sus reclutas, se habia quedado con ellos para acudir à la revuelta del Lozere, segun ya manifestamos. Houchard habia detenido la lejion del Rin destinada à los Alpes, y el ministerio prometia sin cesar un refuerzo de mil caballos que no llegaban. Con todo Dubois-Crancé destacó cinco mil hombres de tropas disciplinadas, añadiéndoles siete ú ocho mil quintos, y vino con estas fuerzas à colocarse entre el Saona y el Ródano, de modo que ocupando su corriente superior, pudiese interceptar à los Lyoneses los abastos que les llegaban por agua, conservando su enlace con el ejército de los Alpes, y cortando el de los sitiados con Suiza y Saboya. Con estas disposiciones es verdad que dejaba el Forez à los Lyoneses, y sobre todo las sierras importantes de Fourvieres; pero asi lo requeria su situacion, y lo esencial era ocupar ambos rios, y evitar toda comunicacion entre Lyon y Suiza ó el Piamonte. Esperaba Dubois-Crancé, para completar el bloqueo, las nuevas fuerzas que se le habian prometido, y los enseres del sitio que se veia obligado à sacar de nuestras plazas de los Alpes. Necesitábanse cinco mil caballos para acarrearlos.

El 8 de agosto, intimó la rendicion à la ciudad, imponiendo por condiciones el desarmo absoluto de los ciudadanos, que todos se retirasen à sus casas, la rendicion del arsenal y la formacion de un ayuntamiento provisional. Mas en este momento, los emigrados ocultos en la comision y en el estado mayor continuaban engañando à los Lyoneses, asustándolos con el restablecimiento del ayuntamiento montañés, y diciéndoles que sesenta mil Piamonteses se encaminaban à la ciudad. Una accion que tuvieron dos avanzadas, de la que resultó alguna ventaja à los Lyoneses, los engrió de tal modo, que resolvieron resistir, y de aquí procedieron todas sus desventuras. Dubois-Crancé principió el fuego por la parte de la Cruz-Roja, entre ambos rios, en donde habia tomado posicion, y desde el primer dia su artillería hizo los mayores estragos. Así es que uno de nuestros emporios principales estaba reducido à los desastres del

bombardeo, y teniamos que ejecutarlo en presencia de los Piamonteses que iban à bajar de los Alpes.

Entretanto Carteaux habia marchado hácia Marsella, pasando el Durance en el mes de agosto. Los Marselleses se habian retirado de Aix à su ciudad, con intento de defender las gargantas de Septemes, por donde pasa el camino de Aix à Marsella. El jeneral Doppet las atacó el 24 con la vanguardia de Carteaux; la accion fué muy reñida; pero una seccion, que siempre habia estado encontrada con las demás, se pasó à los republicanos y determinó la refriega à favor de estos. Tomáronse las gargantas, y el 25 entró Carteaux en Marsella con su escaso ejército.

Este suceso decidió de otro, el mas funesto que hasta entonces hubiese acongojado à la república. La ciudad de Tolon, que siempre se habia mostrado rebosante de fino republicanismo, en términos que habia conservado el mismo ayuntamiento, habia mudado de opinion por influjo de la nueva autoridad de las secciones, y pronto iba à mudar de dominio. Los jacobinos, unidos con el ayuntamiento, estaban muy incomodados contra los oficiales aristócratas de la marina; quejábanse continuamente de la pausa con que se practicaban las carenas en la escuadra, de su inmobilidad en el puerto, y pedian con alaridos el castigo de los oficiales à quienes se atribuia el descalabro de la espedicion de Cerdeña. Los republicanos moderados respondian allí como en todas partes, que solo los oficiales antiguos eran capaces de mandar las escuadras, que los buques no podian carenarse mas pronto, que seria una imprudencia hacerlos salir contra las escuadras española é inglesa reunidas, y que la oficialidad, cuyo castigo se pedia, no era traidora, sino desgraciada. Prevaleció en las secciones el dictámen de los moderados, y al instante una multitud de ajentes secretos, maquinando por cuenta de los emigrados é Ingleses, se introdujeron en Tolon arrebatando à los habitantes al estremo en que no soñaban. Comunicábanse estos ajentes con el almirante Hood, y se habian asegurado de que las escuadras aliadas se hallarian en las aguas inmediatas, prontas à obrar à la primera señal. Desde luego, à ejemplo de los Lyoneses, hicieron sentenciar à muerte al presidente de la sociedad jacobina, llamado Sevestre. En seguida restablecieron el culto de los curas desfavorecidos, haciendo desenterrar y llevar en triunfo los huesos de algunos desgraciados que habian perecido en los disturbios por la causa realista. La junta de salvacion pública habia

mandado à la escuadra que detuviese los buques destinados à Marsella à fin de reducir esta ciudad, pero no permitieron la ejecucion de esta órden, y lo alegaron como un mérito à las secciones de Marsella. Luego se empezó à hablar de los peligros à que estaban espuestos resistiendo à la convencion, de la necesidad de afianzarse un auxilio contra su desenfreno, y de la posibilidad de lograr el de los Ingleses proclamando à Luis XVII. Segun parece, el principal instrumento de la conspiracion era el ordenador de marina, quien guardaba el dinero de las cajas, mandaba por los caudales por mar hasta el departamento del Herault, escribia à Jénova para detener los abastos, haciendo mas crítica la situacion de Tolon. Se habian mudado los estados mayores; se habia sacado de la cárcel à un oficial de marina comprometido en la espedicion de Cerdeña, para darle el mando de la plaza; habíase puesto al frente de la guardia nacional à un ex-guardia de la persona, y confiado los fuertes à emigrados que habian vuelto à Francia, y por último se habian asegurado del almirante Trogoff, estranjero sobremanera favorecido en Francia. Entablóse una negociacion con el almirante Hood, socolor de un canje de prisioneros; y en el momento en que Carteaux acababa de entrar en Marsella, donde el pavor era grandísimo, habiéndose refujiado en Tolon ocho ú diez mil contrarevolucionarios del pais, se arrojaron á hacer à las secciones la vergonzosa proposicion de recibir à los Ingleses que tomarian la plaza en depósito en nombre de Luis XVII. Indignada la marina, mandó una diputacion à las secciones para oponerse al baldon que se estaba fraguando. Pero los contrarevolucionarios toloneses y marselleses, mas osados que nunca, desecharon las reclamaciones de la marina, haciendo aceptar la proposicion el 29 de agosto. Al instante se dió la señal à los Ingleses, y el almirante Trogoff, poniéndose al frente de los que ansiaban entregar el puerto, llamó à la escuadra enarbolando la bandera blanca. El valiente contra-almirante Saint-Julien, declarando traidor à Trogoff, izó à su bordo el pabellon de mando, y quiso reunir la marina leal. Pero entonces ya eran los traidores dueños de los fuertes, amagaron abrasar á Saint-Julien con sus buques, y aquel tuvo que huir con algunos oficiales y marineros; los demás se encontraron engolfados en el trance, sin saber lo que iba à suceder con ellos. El almirante Hood, que habia titubeado por mucho tiempo, compareció al fin, y socolor de tomar en depósito el puerto de Tolon por cuenta de Luis XVII, lo recibió para incendiarlo y destruirlo.

Durante este tiempo no se habia hecho el menor movimiento en los Pirineos; y en el Oeste se estaban preparando à ejecutar las providencias decretadas por la convencion.

Dejamos à todas las columnas de la Alta-Vendea reorganizándose en Angers, en Saumur y Niort. En este intermedio, los Vendeanos se habian apoderado de los puentes de Ce, y tal fué el sobresalto que infundieron, que se puso à Saumur en estado de sitio. Solo la columna de Luçon y de los Sables era capaz de tomar la ofensiva; mandábala el llamado Tuncq, uno de los jenerales tenidos por aristócratas militares, y cuya deposicion pedia Ronsin al ministerio. Con él se hallaban los dos representantes Bourdon del Oise y Goupilleau de Fontenay, exhalando el mismo anhelo, y opuestos à Ronsin y à Rossignol. Goupilleau sobre todo, con motivo de ser natural del pais, y tener en él varios entronques de familia y de amistad, queria tener mil consideraciones con los habitantes, suavizándoles los rigores que Ronsin y los suyos profesaban.

Los Vendeanos, à quienes acosaba la columna de Luçon, resolvieron dirijir contra ella sus fuerzas ya victoriosas, y sobre todo querian socorrer la division de Roirand, quien, colocado delante de Luçon, y aislado entre los dos grandes ejércitos de la Alta y Baja-Vendea, obraba solo con sus recursos y necesitaba arrimo. En efecto, à primeros de agosto, reunieron algunas jentes al rededor de Luçon, desalojándolos completamente el jeneral Tuncq, y entonces resolvieron echar el resto. Elbée, Lescure, Larochejacquelein y Charette se reunieron con cuarenta mil hombres, y el 14 de agosto se presentaron de nuevo en las inmediaciones de Luçon. Tuncq apenas tenia seis mil. Lescure fiándose en la superioridad del número, dió el funesto consejo de atacar en la llanura al ejército republicano. Lescure y Charette tomaron el mando de la izquierda; d'Elbée y Larochejacquelein el de la derecha. Lescure y Charette batallaron con sumo denuedo à la derecha; pero en el centro, teniendo los soldados que luchar en el llano con tropas disciplinadas, titubearon algo, y Larochejacquelein, estraviándose en el camino, no llegó à tiempo à la izquierda. Entonces el jeneral Tuncq hizo jugar su artillería lijera sobre el centro del enemigo, que puso en el mayor desconcierto, y en pocos instantes huyeron todos los Vendeanos en número de cuarenta mil. Ninguna accion habia sido mas funesta para estos, pues perdieron toda su artillería, y volvieron à su pais llenos de la mayor consternacion.

En este momento llegó la deposicion del jeneral Tuncq, que habia pedido Ronsin, pero Bourdon y Goupilleau, indignados, le mantuvieron en el mando, escribieron à la convencion para que revocase la providencia ministerial, y produjeron nuevas quejas contra el partido desorganizador de Saumur, que, decian, todo lo trastornaba, y queria reemplazar à los jenerales instruidos con ignorantes alborotadores. En este instante, Rossignol, que estaba pasando una revista de inspeccion à las distintas columnas de su mando, llegó à Luçon, y su avistamiento con Tuncq, Goupilleau y Bourdon se redujo à mutuas reconvenciones. A pesar de dos victorias, se mostró descontento de que se hubiesen dado refriegas contra su voluntad, porque era de parecer, y con razon, de que convenia evitar todo encuentro antes de la reorganizacion jeneral de los diferentes ejércitos. Se separaron, y llegando à noticia de Bourdon y Goupilleau, poco tiempo despues de este avistamiento, que Rossignol habia cometido algunas tropelías en el pais, tuvieron el denuedo de dar un decreto para deponerlo. Al momento, los representantes que estaban en Saumur, Merlin, Bourbotte, Choudieu y Rewbell, anularon el decreto de Goupilleau y Bourdon, reponiendo à Rossignol en sus funciones. La convencion, à quien se dió parte de este acontecimiento, confirmó la providencia de los representantes de Saumur, llamó à Bourdon y Goupilleau, y suspendió à Tuncq.

Tal era la situacion de los negocios cuando la guarnicion de Maguncia llegó à la Vendea, y tratábase de saber qué plan se seguiria, y por qué lado se haria obrar à esta bizarra guarnicion. No sabian si destinarla al ejército de la Rochela, à las órdenes de Rossignol, ó al de Brest, confiándola à Canclaux. Apetecíala cada cual, porque nadie dudaba que decidiria la accion donde quiera que se presentase. En lo que todos estaban acordes era en sajar el pais con avances à la par desde la circunferencia al centro; pero como la columna que tuviese à los Maguncianos debia tomar una ofensiva mas ejecutiva, rechazando à los Vendeanos sobre las otras columnas, tratábase de saber en qué punto seria mas útil esta operacion. Rossignol y los suyos sostenian que lo mejor era que los Maguncianos marchasen por Saumur para arrojar à los Vendeanos hácia el mar y el Bajo-Loira, donde se les destruiria enteramente; que las columnas de Angers y de Saumur, sobrado endebles, necesitaban el arrimo de los Maguncianos para obrar; que, reducidas

à sí mismas, se verian en la imposibilidad de avanzar para dar la mano à las demás columnas de Niort y de Luçon; que ni siquiera podrian detener à los Vendeanos rechazados, ni estorbarles que se desparramasen en el interior del pais; y que en fin, dirijiendo à los Maguncianos por Saumur, no se perderia tiempo, al paso que por Nantes, tenian que dar un rodeo considerable, perdiendo diez ó quince dias. Canclaux, al contrario, temia dejar el mar libre à los Vendeanos, puesto que acababa de verse una escuadra inglesa en las aguas del Oeste, y era de inferir que los Ingleses tratasen de hacer un desembarco en el Marais. Este era entonces el concepto jeneral, y aunque equivocado, embargaba todos los ánimos. Entretanto los Ingleses acababan de enviar un emisario à la Vendea, quien habia llegado disfrazado, pidiendo el nombre de los caudillos, sus fuerzas, intenciones y objeto determinado, pues ¡hasta este punto se ignoraban en Europa los acontecimientos interiores de Francia! Los Vendeanos respondieron pidiendo dinero y pertrechos, con la promesa de aprontar cincuenta mil hombres en el punto en que quisieran ejecutar un desembarco. De consiguiente no se habia pensado aun en semejante intento, pero todos lo creian inevitable. Luego era menester, decia Canclaux, que los Maguncianos entrasen por Nantes, cortar el mar à los Vendeanos, y arrojarlos hácia la Alta-Vendea. Si se internasen, añadia Canclaux, se les destruiria muy pronto, y en cuanto al tiempo perdido, no era una razon muy poderosa, porque el ejército de Saumur se hallaba en el caso de no poder obrar antes de diez ó doce dias, hasta con el refuerzo de los Maguncianos. Pero la circunstancia en que nadie reparaba al parecer, es que el ejército de Maguncia, acostumbrado ya à la guerra, preferia servir con soldados veteranos, y à las órdenes de Canclaux, jeneral esperimentado, al ir con Rossignol, militar ignorante, y el ejército de Saumur, conocido solo por las derrotas que habia padecido, al paso que el de Brest habia descollado. Los representantes afectos al partido de la disciplina eran del mismo parecer, y temian comprometer el ejército de Maguncia, colocándolo con los soldados jacobinos y desordenados de Saumur.

Philippeaux, el contrario mas enconado del partido de Ronsin entre los representantes, marchó à Paris, y logró un decreto de la junta de salvacion pública en favor del plan de Canclaux; pero Ronsin hizo revocar este decreto, y entonces quedó convenido que un consejo de guerra convocado en Saumur decidiria del empleo

de las fuerzas. Este consejo se verificó el 2 de setiembre, compuesto de muchos jenerales y representantes, que dieron pareceres encontrados. Rossignol, que siempre estaba de buena fé en sus dictámenes, ofreció à Canclaux que le entregaria el mando si queria dejar à los Maguncianos internarse por Saumur. Prevaleció no obstante el dictámen de Canclaux, destináronse los Maguncianos al ejército de Brest, y el ataque principal habia de dirijirse de la Baja-Vendea à la Alta. Firmóse el plan de campaña, y todos prometieron salir el mismo dia de Saumur, Nantes, los Sables y Niort.

Reinaba suma destemplanza en el partido de Saumur, porque, si bien Rossignol era eficaz y entrañable patriota, no tenia instruccion ni salud, y aunque muy desalado, era incapaz de servir con provecho. Menos resentido se hallaba de la decision adoptada que sus mismos parciales, como Ronsin, Momoro, y todos los ajentes ministeriales. Estos escribieron al instante à Paris quejándose de la disposicion equivocada que acababa de tomarse, de las calumnias que corrian contra los jenerales descamisados, de la desconfianza que se habia infundido al ejército de Maguncia, manifestando de este modo que no estaban muy dispuestos por su parte à ejecutar con eficacia y puntualidad el plan convenido en Saumur; y Ronsin estremó su desafecto hasta el punto de interrumpir el reparto de víveres al cuerpo de Maguncia, con el pretesto de que, como pasaba del ejército de la Rochela al de Brest, tocaba à los administradores de este el suministrarle las raciones. Los Maguncianos marcharon al instante à Nantes, y Canclaux tomó todas las disposiciones necesarias para poner en ejecucion el plan acordado à primeros de setiembre.

Este habia sido el rumbo jeneral de los negocios en los diversos teatros de la guerra por los meses de agosto y setiembre. Sigamos ahora las grandes operaciones que sucedieron à estos preparativos.

El duque de York habia llegado al frente de Dunkerque con veinte y un mil Ingleses y Hanoverianos y doce mil Austríacos. El mariscal Freytag estaba en Ost-Capelle con diez y seis mil hombres, el príncipe de Orange en Menin con quince mil Holandeses, y ambos cuerpos estaban colocados allí como ejército de observacion. Las fuerzas restantes de los aliados, dispersas al rededor de Quesnoy y hasta el Mosela, ascendian à unos cien mil hombres. De consiguiente ciento sesenta ó ciento setenta mil hombres estaban repartidos en aquella línea inmensa, ocupados en formar sitios y guardar

todos los pasos. Carnot, que empezaba à dirijir las operaciones de los Franceses, iba ya haciéndose cargo de que no se trataba de escaramuzear en todos los puntos, sino de emplear à tiempo una mole en un paraje terminante, y con este motivo habia aconsejado se trasladasen treinta y cinco mil hombres del Mosela y del Rin al Norte, y aunque se atuvieron à su dictámen, no pudieron llegar mas que doce mil à Flándes. Sin embargo, con este refuerzo y los campos de Gavrelle, Lila y Casel, los Franceses podian reunir un total de sesenta mil hombres, y dar golpes terribles al enemigo en el estado de dispersion en que se hallaba, bastando para conceptuar esta verdad, tender la vista por el teatro de la guerra. Siguiendo la costa de Flándes para entrar en Francia, hállase primero Furnes, y luego Dunkerque. Ambas ciudades, que baña el Océano por un lado, y por el otro las anchurosas lagunas del Grande-Moer, no se comunican entre sí sino por una lengua angosta de tierra. El duque de York, viniendo de Furnes, que se encuentra por aquel lado, habia sentado el real para sitiar à Dunkerque, en aquella lengua de tierra, entre el Océano y el Grande-Moer. El cuerpo de observacion de Freytag no se habia acuartelado en Furnes de modo que pudiera resguardar la retaguardia del ejército sitiador, y al contrario, se hallaba harto lejano de esta posicion, delante de las lagunas y de Dunkerque, de modo que pudiera interceptar los auxilios que viniesen del interior de Francia. Los Holandeses del príncipe de Orange, apostados en Menin, à tres jornadas de este punto, no podian ser de ninguna utilidad. Una mole de sesenta mil hombres, marchando ejecutivamente entre los Holandeses y Freytag, podia trasladarse à Furnes, detrás del duque de York, y maniobrando de este modo entre los tres cuerpos enemigos, arrollar sucesivamente à Freytag, al duque de York y al príncipe de Orange, pero para esto se necesitaba un solo ejército y un movimiento velocísimo. Por desgracia, en aquellos tiempos solo se pensaba en atacar de frente, oponiendo à cada destacamento otro igual. Sin embargo la junta de salvacion pública, con corta diferencia, habia ideado el plan de que hablamos, mandando se formase un solo cuerpo para marchar sobre Furnes. Houchard tuvo esta ocurrencia al vuelo, pues no la recapacitó, y en su vez, quiso dirijirse contra Freytag, hacer que este retrocediese detrás del duque de York, y trató despues de hostigar à los sitiadores.

Mientras Houchard dilijenciaba en sus preparativos, Dunker-

que hacia bizarra resistencia. El jeneral Souham, auxiliado por el jóven Hoche, que se comportó heroicamente en este sitio, habia rechazado ya muchos ataques. El sitiador no podia fácilmente abrir la trinchera en un terreno arenoso, donde solo à tres piés se hallaba agua. La escuadrilla que debia bajar por el Támesis para bombardear la plaza, no llegaba, y al contrario, una escuadrilla francesa, que habia salido de Dunkerque, anclada en la orilla, hostigaba à los sitiadores encerrados en la estrecha lengua de tierra, sin agua potable y espuestos à todo jénero de peligros. El trance se cifraba en un arrojo ejecutivo. Estábamos ya à últimos de agosto, y segun el uso de la táctica antigua, Houchard principió con un amago sobre Menin, cuyo único resultado fué una refriega sangrienta é inútil, y despues de haber dado esta alarma preliminar, se puso en marcha por muchos caminos, hácia la línea del Yser, riachuelo que lo separaba del cuerpo de observacion de Freytag. En vez de venir à colocarse entre el cuerpo de observacion y el del sitio, envió à Hedouville à Rousbrugghe para hostigar la retirada de Freytag hácia Furnes, y él mismo fué à atacar de frente à Freytag, marchando con todo su ejército por Houtkercke, Herseele, y Bambeke. Freytag tenia su cuerpo de ejército en una línea muy dilatada, y solo conservaba una parte consigo, cuando recibió el primer embate de Houchard. Resistió en Herseele; pero despues de una refriega bastante reñida, tuvo que despasar el Yser, retroceder hácia Bambeke, y sucesivamente de Bambeke à Rexpœde y Killem. Cejando de este modo hasta la otra parte del Yser, dejaba por la de acá comprometidas sus alas. La division Walmoden se encontró muy lejos de él à la derecha, y Hedouville amenazaba su propia retirada hácia Rousbrugghe.

Entonces Freytag intenta en el mismo dia recobrar el terreno perdido, y en él à Rexpœde, à fin de reunirse con la division Walmoden, y en efecto, llega à Rexpœde en el momento en que entran los Franceses, trabándose al instante una refriega reñidísima, en que Freytag sale herido y cae prisionero. Sin embargo, siendo ya muy tarde, y temiendo Houchard un empeño nocturno, se sale fuera del pueblo, no dejando en él mas que tres batallones. En este punto, Walmoden, que retrocedia con su division comprometida, llega, y se decide à atacar ejecutivamente à Rexpœde para abrirse paso. Entonces se empeña, de noche, una refriega sangrienta; la division enemiga pasa rescatando à Freytag, y su ejér-

cito se retira en masa al lugar de Hondschoote. Este pueblo, situado junto al Grande-Moer y en el camino de Furnes, era un punto por el que se tenia que pasar al retirarse à Furnes. Houchard habia orillado su principal intento de maniobrar hácia Furnes, entre el cuerpo de sitio y el de observacion, y de consiguiente no le quedaba mas arbitrio que atacar siempre de frente al mariscal Freytag, y abalanzarse sobre el lugar de Hondschoote. Pasóse el dia 7 en observar las posiciones del enemigo, que defendian muchísimas bocas de fuego, y el 8, se resolvió el avance decisivo, poniéndose en movimiento al amanecer el ejército francés, para atacar de frente. La derecha, à las órdenes de Hedouville, se estiende entre Killem y Beveren; el centro, que manda Jourdan, marcha directamente de Killem à Hondschoote; la izquierda ataca entre Killem y el canal de Furnes; y la batalla principia entre los sotos que cubren el centro. Las mayores fuerzas de ambos lados se dirijen à este mismo punto. Los Franceses se arrojan repetidas veces al ataque de las posiciones, y por fin consiguen desalojar al enemigo. Mientras triunfan en el centro, el ala derecha asalta las trincheras, y el enemigo resuelve retirarse à Furnes por los caminos de Houthem y de Hoghestade.

Mientras sucedian estos encuentros en Hondschoote, la guarnicion de Dunkerque, à las órdenes de Hoche, hacia una salida denodada, poniendo à los sitiadores en el mayor apuro. Tuvieron estos al dia siguiente del reencuentro un consejo de guerra, pues viéndose amagados à retaguardia, y no llegando los armamentos marítimos que habian de servir para el bombardeo de la plaza, resolvieron levantar el sitio y retirarse à Furnes, à donde Freytag acababa de llegar, y en efecto, reuniéronse todos en este pueblo el 9 de setiembre por la tarde.

Tales fueron estos tres dias, cuyo objeto y resultado fué recojer el cuerpo de observacion detrás del de sitio, siguiendo una direccion recta. La última refriega dió su nombre à esta operacion, y la batalla de Hondschoote fué considerada como la salvacion de Dunkerque. En efecto, esta operacion rompió el largo eslabonamiento de nuestros descalabros al Norte, causó un quebranto personal à los Ingleses, desvanecia su mejor esperanza, salvaba á la república de su trance mas terrible, é infundia gallardo aliento à los Franceses.

La victoria de Hondschoote causó en Paris una alegría inespli-

cable, infundió nuevo ardimiento à toda la juventud, y nos hizo esperanzar en el buen éxito de nuestro denuedo. Poco importan en efecto los descalabros, si algunos triunfos los compensan, devolviendo al vencido la esperanza y el denuedo. Esta alternativa aumenta el arrojo, sublimando el entusiasmo de la resistencia.

Mientras el duque de York habia ido à Dunkerque, resolviera Coburgo el ataque de Quesnoy, cuya plaza carecia de todos los medios necesarios de defensa. La junta de salvacion pública, que no desatendia esta parte de la frontera, habia mandado inmediatamente que saliesen columnas de Landrecies, Cambray y Maubeuge; pero estas desgraciadamente no pudieron obrar al mismo tiempo, pues una de ellas tuvo que encerrarse en Landrecies; y la otra, viéndose acorralada en la llanura de Avesnes, tuvo que formar el cuadro, que el enemigo rompió despues de la mas porfiada resistencia. Por último, Quesnoy se vió obligado à capitular el 11 de setiembre, y aunque esta pérdida era de muy poca monta comparada con la salvacion de Dunkerque, no dejaba de acibarar el alborozo que causara este último suceso.

Houchard, despues de haber precisado al duque de York à reconcentrarse en Furnes con Freytag, nada podia ya alcanzar en este punto, pues tenia que pelear con soldados mas aguerridos, sin ninguna de aquellas circunstancias, favorables ó urjentes, que obligan à aventurar una batalla dudosa. En tal situacion, lo mejor que podia hacer era desplomarse sobre los Holandeses, desparramados en muchos destacamentos alrededor de Menin, Halluin, Roncq, Werwike é Ypres. Houchard, procediendo con tino, mandó al campamento de Lila que hiciese una salida hácia Menin, al paso que él mismo maniobraria por Ypres, y en efecto, por espacio de dos dias se lidiaron los puestos avanzados de Werwike, Roncq y Halluin, comportándose por una y otra parte con la mayor valentía y adocenada intelijencia. El príncipe de Orange, aunque apurado por todas partes, por mas que hubiese perdido sus puntos avanzados, resistió porfiadamente, porque habia sabido la rendicion de Quesnoy y la aproximacion de Beaulieu, que le traia auxilios. En fin el 13 de setiembre, tuvo que evacuar à Menin, despues de haber perdido en estas acciones dos ó tres mil hombres y cuarenta piezas de artillería; y aunque nuestro ejército no hubiese sacado de su posicion todas las ventajas posibles, y, faltando à las instrucciones de la junta de salvacion pública, hubiese obrado por tercios

demasiado divididos, con todo ocupaba à Menin, de donde salió el 15 marchando hácia Curtray. En Bisseghem se encontró con Beaulieu, y empeñóse la accion con alguna ventaja al principio por nuestra parte; pero de repente la aparicion de un cuerpo de caballería en las alas causa una alarma infundada, pues no mediaba peligro real y verdadero, y todo el ejército retrocede huyendo hasta Menin. Ni aun paró aquí esta incomprensible derrota, comunícase el terror à todos los campamentos, à todos los puntos, y el ejército todo viene à refujiarse debajo de los cañones de Lila. Este terror pánico, cuyo ejemplo no era nuevo y provenia de la juventud y bisoñez de nuestras tropas, y acaso de un alevoso «que nos cortan», nos hizo perder las mayores ventajas y retroceder hasta Lila. La noticia de este acontecimiento causó en Paris amarga impresion, defraudó à Houchard del fruto de su victoria, provocó contra él terrible desenfreno, cabiendo parte de él à la misma junta de salvacion pública, y una nueva serie de descalabros vino al instante à despeñarnos otra vez à la peligrosa situacion de que nos sacara por un momento la victoria de Hondschoote.

Los Prusianos y Austríacos, colocados en las dos vertientes de los Vosges, delante de nuestros ejércitos del Mosela y del Rin, acababan de hacer algunas tentativas eficaces. El anciano Wurmser, mas fogoso que los Prusianos, y conociendo la entidad de los pasos de los Vosges, intentó ocupar el interesante punto de Bodenthal, hácia el Alto-Lauter, aventurándose à enviar un cuerpo de cuatro mil hombres, que, atravesando espantosos montes, consiguió aposentarse en Bodenthal. Por su parte, los representantes en el ejército del Rin, cediendo al impulso jeneral que en toda la república surtia un recrecimiento de pujanza, resolvió una salida jeneral de las líneas de Wissemburgo para el 12 de setiembre. Los tres jenerales Desaix, Dubois y Michaud, arrojados al mismo tiempo contra los Austríacos, se desvivieron en conatos inútiles, teniendo que retirarse à las líneas. Las tentativas dirijidas principalmente contra el cuerpo austríaco que habia llegado à Bodenthal, fueron completamente infructuosas, y sin embargo se dispuso otro ataque para el 14. Mientras el jeneral Ferrette marchaba à Bodenthal, el ejército del Mosela, maniobrando en el otro vertiente, debia atacar à Pirmasens, que corresponde à Bodenthal, y en que se hallaba Brunswick con parte de su ejército. Salió perfectamente el ataque del jeneral Ferrette, puesto que nuestros soldados asaltaron

las posiciones de los Austríacos con heroica temeridad, se apoderaron de ellas, y recobraron el interesante desfiladero de Bodenthal. No sucedió lo mismo en el vertiente opuesto, pues Brunswick conocia la importancia de Pirmasens, que cerraba los desfiladeros, poseia fuerzas considerables, y se hallaba en posiciones escelentes; de modo que mientras el ejército del Mosela hacia frente sobre el Sarre al resto del ejército prusiano, mandáronse doce mil hombres de Hornbach à Pirmasens. La única esperanza de los Franceses se cifraba en tomar à Pirmasens por sorpresa; pero al instante se les caló el intento, y asi que se acercaron, se les recibió con descargas de metralla, en términos que no les quedaba mas partido que retirarse. Esto mismo queria el jeneral, mas opusiéronse los representantes, mandando atacar en tres columnas, por tres barrancos que van à salir al cerro en que está situado Pirmasens. Ya nuestros soldados, à fuer de valientes, se habian adelantado muchísimo, y la columna de la derecha iba à salvar el barranco y dar la vuelta à Pirmasens, cuando un fuego encontrado dirijido por ambos costados la detuvo impensadamente. Resisten nuestros soldados al principio, pero recrece el fuego, y se ven obligados à cejar por el mismo camino. Retroceden igualmente las otras columnas, huyendo todas por los valles en sumo desconcierto, y el ejército tiene que volver al punto de donde habia salido. Por fortuna los Prusianos no pensaron en perseguirle, y ni siquiera ocuparon su campamento de Hornbach, que habian abandonado para dirijirse á Pirmasens. Perdímos en esta accion veinte y dos bocas de fuego y cuatro mil hombres muertos, heridos ó prisioneros, pudiendo tener este descalabro las mas fatales consecuencias, pues los aliados, rebosando del ánimo que infunde la victoria, no pensaban mas que en usar de todas sus fuerzas, preparándose à marchar hácia el Sarre y el Lauter, para arrebatarnos las líneas de Wissemburgo.

El sitio de Lyon se hacia con mucha pausa, porque como los Piamonteses habian hecho una llamada, desembocando por los Altos-Alpes en los valles de Saboya, habian obligado à Dubois-Crancé y à Kellermann á dividir sus fuerzas; Kellermann habia ido à Saboya, y Dubois-Crancé, permaneciendo delante de Lyon con fuerzas insuficientes, hacia diluviar inútilmente el hierro y el fuego sobre tan desgraciada ciudad, la que, defendiéndose à todo trance, no cederia ya à los desastres del bloqueo, sino à un ataque ejecutivo y denodado.

Terrible habia sido tambien el descalabro que acabábamos de padecer en los Pirineos. Desde los primeros logros, nuestras tropas habian permanecido en las inmediaciones de Perpiñan, y los Españoles se hallaban en su campamento del Mas-d' Eu, numerosos, aguerridos y con un hábil jeneral à su frente, de modo que se manifestaban briosos y esperanzados. Ya hemos descrito el teatro de la guerra. Los dos valles casi paralelos del Tech y del Tet salen de la gran cordillera y terminan en el mar, hallándose situado Perpiñan en el segundo. Ricardos, traspuesta la primera línea del Tech, se hallaba en el Mas-d' Eu, y habia resuelto pasar el Tet mucho mas arriba de Perpiñan para dar la vuelta à esta plaza y precisar à nuestro ejército à abandonarla. Con este objeto pensó primero en apoderarse de Villafranca, cuya pequeña fortaleza, colocada en la corriente superior del Tet, habia de afianzar su ala izquierda contra el bizarro Dagobert, quien con solos tres mil hombres hacia prodijios en la Cerdaña. De consiguiente, à primeros de agosto, destacó al jeneral Crespo con algunos batallones, y este no hizo mas que presentarse delante de Villafranca, cuyo comandante le abrió cobardemente las puertas. Crespo dejó guarnicion en ella, y volvió à incorporarse con Ricardos; durante cuyo tiempo, Dagobert, con un cuerpo muy corto, recorrió toda la Cerdaña, arrolló à los Españoles hasta la Seo de Urjel, y trató de echarlos hasta Camprodon. Sin embargo no dieron ningun cuidado à Ricardos los triunfos de los Franceses en su ala izquierda, à causa de la debilidad del destacamento de Dagobert y la fortaleza de Villafranca, y por lo mismo se aferró en la ofensiva. El 31 de agosto, hizo un amago sobre nuestro campamento de Perpiñan, pasó el Tet mas allá de Soler, desalojando à nuestra ala derecha que fué à abrigarse à Salces, à algunas leguas de Perpiñan y muy cerca del mar. En esta posicion, los Franceses, encerrados los unos en Perpiñan, y los otros refujiados en Salces, con el mar à la espalda, se hallaban en posicion desvalida, y si bien es verdad que Dagobert seguia logrando ventajas en la Cerdaña, eran muy poco importantes para azorar à Ricardos. Los representantes Fabre y Cassaigne, retirados con el ejército en Salces, resolvieron llamar à Dagobert en reemplazo de Barbantane, para ver si la suerte nos seria mas favorable, y entre tanto formaron el proyecto de un movimiento combinado entre Salces y Perpiñan para salir de tan peligrosa situacion, mandando que una columna partiese de esta última plaza y atacase à los Es-

pañoles por la espalda, mientras que ellos mismos, dejando sus posiciones, los atacaban de frente. En efecto, el 15 de setiembre, sale de Perpiñan el jeneral Davoust con seis ó siete mil hombres, y al mismo tiempo Perignon arranca de Salces, yendo entrambos al encuentro de los Españoles, y à la señal convenida, se arrojan sobre ellos. Estos, hostigados por todas partes, no tienen mas recurso que huir detrás del Tet, abandonando veinte y seis piezas de artillería, y van à ocupar otra vez el campo del Mas-d' Eu, de donde salieran para ejecutar esta tentativa arrojada pero infausta.

En este momento llegó Dagobert, y este guerrero, de edad de setenta y cinco años, reuniendo la fogosidad de un jóven à la prudencia consumada de un jeneral anciano, se dió priesa à señalar su llegada con una tentativa sobre el campo del Mas-d' Eu, à cuyo efecto dividió su ataque en tres columnas: la primera, saliendo de nuestra derecha y marchando por Thuir à Santa Colomba, debia acorralar à los Españoles; la segunda, maniobrando en el centro, estaba encargada de atacarlos de frente y arrollarlos; en fin la tercera, operando por la izquierda, debia emboscarse en un soto para cortarles la retirada. Esta última, que mandaba Davoust, apenas atacó, cuando huyó desordenadamente, y entonces los Españoles pudieron dirijir todas sus fuerzas sobre las demás columnas del centro y derecha. Pensando Ricardos que todo el peligro estaba à la derecha, llevó à ella sus mayores fuerzas, consiguiendo desalojar à los Franceses. Solo en el centro, Dagobert, que todo lo animaba con su presencia, tomó las trincheras que estaban delante de él, é iba ya à afianzar la victoria, cuando Ricardos, volviendo con tropas triunfantes à la izquierda y à la derecha, abrumó al enemigo con todas sus fuerzas reunidas. Sin embargo aun resistia el bizarro Dagobert, cuando un batallon rinde las armas gritando: «¡Viva el rey!» Dagobert, lleno de indignacion, dirije dos piezas contra los traidores, y mientras los aniquila, reune à su alrededor à pocos valientes que permanecian fieles, y se retira con algunos centenares de hombres, sin que el enemigo, sobrecojido sin duda por su entereza, se atreva à perseguirle.

En efecto, este bizarro jeneral no habia merecido mas que laureles por su teson en medio de tal descalabro, y si su columna de la izquierda se hubiese comportado mejor, si sus batallones del centro no se hubiesen desbaratado, es indudable que sus disposiciones hubieran logrado un éxito esplendoroso. Con todo, la recelo-

sa desconfianza de los representantes le atribuyó este desman, y resentido de tamaña injusticia, se volvió à tomar el mando subalterno de la Cerdaña. De consiguiente nuestro ejército se encontró como antes guarecido en Perpiñan, y espuesto à perder la importante línea del Tet.

En la Vendea, habíase puesto en ejecucion el plan de campaña del 2 de setiembre, y la division de Maguncia, segun ya vimos, debia obrar por Nantes. La junta de salvacion pública, que recibia noticias asustantes sobre los proyectos de los Ingleses en el Oeste, aprobó en un todo el pensamiento de dirijir à las costas las principales fuerzas; lo que incomodó muchísimo à Rossignol y à su partido, quienes escribieron al ministerio de un modo que no prometia por su parte mucha cooperacion à los planes convenidos. La division de Maguncia marchó à Nantes, en donde se la agasajó con esclarecidas demostraciones de aprecio, en medio de públicos regocijos. Habian preparado un festin, y antes de aceptarlo, florearon el banquete con vivas escaramuzas contra los enemigos diseminados à orillas del Loira. Si estaba satisfecha la columna de Nantes de verse reunida con la célebre division de Maguncia, esta no lo estaba menos de servir à las órdenes del bizarro Canclaux, y con su division que ya habia descollado en la defensa de Nantes y en un sinnúmero de acciones memorables. Segun el plan acordado, varias columnas debian salir de todos los puntos del teatro de la guerra, y, reuniéndose en el centro, esterminar al enemigo. Canclaux, jeneral del ejército de Brest, saliendo de Nantes, debia bajar por la orilla izquierda del Loira, jirar al rededor del lago Grand-Lieu, barrer la Vendea-Inferior, subir luego hácia Machecoul, y hallarse en Leger el 11 ó el 13; y su llegada à este último punto habia de ser la señal para que se pusiesen en marcha las columnas del ejército de la Rochela, encargadas de arrollar el pais al Mediodía y Levante. Recordarémos que el ejército de la Rochela, à las órdenes de Rossignol, jeneral en jefe, se componia de muchas divisiones: la de los Sables la mandaba Mieszkousky, la de Luçon Beffroy, la de Niort Chalbos, la de Saumur Santerre, la de Angers Duhoux. Desde el punto en que Canclaux llegase à Leger, la columna de los Sables tenia órden de ponerse en movimiento para hallarse el 13 en San-Fuljencio, el 14 en los Herbiers, y el 16 reunida con la de Canclaux en Mortagne. Las columnas de Luçon y de Niort, dándose la mano, habian de avanzar hácia Bressuire y

Argenton, llegando à este punto el 14; en fin las columnas de Saumur y de Angers, saliendo de las orillas del Loira, debian llegar tambien el 14 à las inmediaciones de Vihiers y Chemillé. De consiguiente, segun este plan, se habia de recorrer todo el pais del 14 al 16, y los rebeldes iban à quedar acorralados por las columnas republicanas entre Mortagne, Bressuire, Argenton, Vihiers y Chemillé, y su destruccion se hacia inevitable.

Ya hemos visto que los Vendeanos, desalojados por dos veces de Luçon, ansiaban una compensacion, y con este objeto reunieron muchas fuerzas antes que los republicanos hubiesen realizado sus intentos, y mientras Charette sitiaba el campo de Naudieres por la parte de Nantes, atacaron la division de Luçon que se habia adelantado hasta Chantonay, cuyas dos tentativas se verificaron el 5 de setiembre. Malogróse la de Charette sobre Naudieres, pero el ataque de Chantonay, imprevisto y bien dirijido, desbarató à los republicanos. El jóven y bizarro Marceau hizo prodijios para estorbar una catástrofe; pero su division, despues de haber perdido sus bagajes y su artillería, se retiró en sumo desconcierto à Luçon. Este contratiempo podia inutilizar el plan acordado, porque la desorganizacion de una columna dejaba un vacío entre la division de los Sables y la de Niort; pero los representantes hicieron los estremos mas eficaces para reorganizarla, y se mandaron correos à Rossignol para noticiarle este acontecimiento.

En este punto los Vendeanos todos se hallaban reunidos en los Herbiers, al rededor del jeneralísimo d'Elbée, pero tan enemistados unos con otros como sus contrarios, porque el corazon humano en todas partes es el mismo, y la naturaleza no concede el desinterés y las virtudes à un partido, dejando esclusivamente al otro la soberbia, el egoismo y toda clase de vicios. Así es que los caudillos vendeanos se encelaban unos con otros como los republicanos, y los jenerales tenian en muy poco al consejo superior que aspiraba à una especie de soberanía. Como ejercian la fuerza real y positiva, no propendian à ceder el mando à un poder que debia à ellos mismos su aérea existencia. Por otra parte no tenian mucho afecto al jeneralísimo d'Elbée, y eran de dictámen que Bonchamps era mas apto para mandarlos à todos, y Charette por su parte queria ser dueño absoluto de la Baja-Vendea. Con esto, no estaban muy dispuestos à entenderse y combinar un plan en oposicion al de los republicanos, de que habian tenido conocimiento por medio de

unos pliegos interceptados. Bonchamps fué el único que propuso un intento arrojado que demostraba recónditos alcances en su autor. Pensaba que no seria posible resistir por mucho tiempo à las fuerzas de la república reunidas en la Vendea, que era muy urjente salir de los bosques y barrancos en que estarian sepultados eternamente sin darse à conocer à los aliados ni recibir noticias de ellos, y de consiguiente propuso que, en lugar de esponerse à una total destruccion, valia mas salir de la Vendea en columna cerrada, pasando à Bretaña, en donde se les anhelaba, y de donde no esperaba la república un ataque trascendental. Fué de parecer que la marcha se verificase directamente à las costas del Océano, y que apoderándose de un puerto, se abriese de este modo una comunicacion con los Ingleses, se recibiese à un príncipe por este medio, y desde allí marchar à Paris haciendo una guerra ofensiva y terminante. Este consejo, que se supone de Bonchamps, no pareció bien à los Vendeanos, cuyas miras eran muy escasas, y tenian la mayor repugnancia à abandonar su suelo. Los caudillos no trataron mas que de repartirse el pais en cuatro porciones para reinar en ellas individualmente. A Charette tocó la Baja-Vendea, à Bonchamps las orillas del Loira por parte de Angers, à Larochejacquelein el resto del Alto-Anjú, à Lescure toda la parte sublevada del Poitú. D'Elbée conservó su dictado huero de jeneralísimo, y el consejo superior su soñada autoridad.

Canclaux se puso el 9 en movimiento, dejó una fuerte reserva en el campo de Naudieres à las órdenes de Grouchy y de Haxo, para protejer à Nantes, y dirijió hácia Leger la columna de Maguncia. En este tiempo, el ejército antiguo de Brest à las órdenes de Beysser, dando la vuelta à la Baja-Vendea por Pornic, Bourneuf y Machecoul, habia de incorporarse en Leger con la columna de Maguncia.

Ejecutábanse sin obstáculos estos movimientos dirijidos por Canclaux. La columna de Maguncia, cuya vanguardia estaba à las órdenes de Kleber, y à las de Aubert-Dubayet el cuerpo de batalla, arrolló à todos los enemigos que se le presentaron. Kleber, en la vanguardia, tan leal como heroico, hacia acampar sus tropas en despoblado para precaver las talas. «Al pasar, dijo, por delante del hermoso lago de Grand-Lieu, teníamos lindas decoraciones y perspectivas divinas. En un prado inmenso iban errantes à la aventura infinitos ganados, abandonados à sí mismos. No puedo menos

de lamentar la suerte de estos desgraciados habitantes, quienes, descarriados é ilusos por sus curas, desechan los beneficios de un nuevo réjimen por correr à una destruccion infalible.» Kleber echó el resto de su conato en resguardar el pais, consiguiéndolo casi siempre. Con este motivo habian agregado al estado mayor una comision civil, para que hiciera ejecutar el decreto del 1°. de agosto, dirijido à asolar el territorio, llevándose à otra parte toda la poblacion. Se prohibia à los soldados el pegar fuego, pues los medios de destruccion no habian de emplearse sino cuando los jenerales lo mandasen.

La columna de Maguncia se habia reunido el 14 en Leger con la de Brest, mandada por Beysser. En este intervalo, la columna de los Sables, à las órdenes de Mieszkousky, habia llegado à San-Fuljencio, segun el plan convenido, y daba ya la mano al ejército de Canclaux. La de Luçon se quedó atrás à causa de su derrota en Chantonay; pero merced à la eficacia de los representantes, que le destinaron otro jeneral, Beffroy, volvió à ganar el terreno perdido. La de Niort se encontraba en la Chataigneraie; y de consiguiente, aunque el movimiento jeneral se hubiese retardado un dia ó dos en todos los puntos, y Canclaux no hubiese llegado à Leger hasta el 14, en vez del 12, como el atraso era igual en todas las columnas, no se alteraban las disposiciones jenerales, y el plan de campaña podia continuarse sin inconveniente. Pero, en este intermedio, la noticia de la derrota que habia padecido la division de Luçon habia llegado à Saumur, habíanse sobresaltado Rossignol, Ronsin y todo el estado mayor, y temiendo no sucediese otro tanto à las otras dos columnas de Niort y de los Sables, cuya fuerza no les parecia suficiente, resolvieron hacerlas volver à sus primeros acantonamientos. Esta órden era imprudentísima, aunque no se dió de mala fe, ni con ánimo de dañar à Canclaux esponiendo sus alas; pero como su plan les infundia poquísima confianza, estaban propensos al menor tropiezo à conceptuarlo imposible y abandonarlo. Esto es lo que determinó al estado mayor de Saumur à mandar el movimiento retrógrado de las columnas de Niort, Luçon y los Sables.

Canclaux, en su marcha, habia logrado varias ventajas, habia atacado à Montaigu por tres puntos: Kleber, por el camino de Nantes; Aubert-Dubayet, por el de Roche-Servière, y Beysser, por el de San Fuljencio, se habian arrojado de mancomun, con-

siguiendo desalojar al enemigo. El 17, Canclaux tomó à Clisson, y no viendo aun à Rossignol, resolvió detenerse, limitándose à reconocimientos mientras recibia nuevos avisos.

En esta intelijencia Canclaux sentó el real en las cercanías de Clisson, dejó à Beysser en Montaigu, y mandó à Kleber con la vanguardia à Torfou, hallándose de este modo el 18. La contraórden espedida de Saumur llegó à la division de Niort, comunicándola à las otras dos divisiones de Luçon y de los Sables, las que se retiraron inmediatamente, causando la mayor estrañeza à los Vendeanos, y dejando à Canclaux en rematado compromiso. Los Vendeanos tenian cien mil hombres sobre las armas, y muchísimos de ellos se hallaban cerca de Vihiers y Chemillé delante de las columnas de Saumur y Angers, y otras fuerzas considerables cerca de Clisson y Mortagne opuestas à Canclaux. Las columnas de Angers y Saumur, viéndolos tan numerosos, decian que el ejército de Maguncia los habia rechazado sin duda hácia ellas, quejándose de un plan que las esponia à un enemigo tan formidable. Nada de esto era cierto, pues los Vendeanos tenian fuerzas muy superiores en todos los puntos para emplear à los republicanos. En este mismo dia, lejos de arrojarse sobre las columnas de Rossignol, marcharon contra Canclaux; y d'Elbée y Lescure dejaban la Alta-Vendea para acercarse al ejército de Maguncia.

Por complicacion muy estraña de acontecimientos, Rossignol, al saber las victorias de Canclaux que se habia internado hasta el centro de la Vendea, da contraórden à sus columnas, mandando que marchen adelante. Las primeras que se ponen en movimiento son las de Saumur y Angers, como mas inmediatas, y escaramuzan, una en Doué, y otra en los puentes de Ce, siendo el resultado dudoso. El 18, la de Saumur, que manda Santerre, quiere ir de Vihiers à un lugarcito llamado Coron. Artillería, caballería, infantería, todo se encuentra hacinado y revuelto, por efecto de torpes disposiciones, en las calles del pueblecillo dominado por cerros inmediatos. Santerre intenta enmendar este yerro haciendo retroceder las tropas para escuadronarlas en una eminencia; pero Ronsin, que, en ausencia de Rossignol, se arrogaba una autoridad superior, reconviene à Santerre y se opone à la retirada. En este momento los Vendeanos se arrojan sobre los republicanos y causan un desconcierto horroroso en toda la division, en la que se hallaban muchos hombres del nuevo continjente alistados à toque de

rebato ; estos se desordenan, y todos huyen confusamente de Coron à Vihiers, à Doué y à Saumur. Al dia siguiente 19, los Vendeanos marchan contra la division de Angers, que manda Duhoux, y tan felices como el dia anterior, rechazan à los republicanos hasta mas allá de Erigné, apoderándose nuevamente de los puentes de Ce.

Por parte de Canclaux, todos pelean con la misma actividad, y el propio dia, veinte mil Vendeanos, colocados en las inmediaciones de Torfou, se precipitan sobre la vanguardia de Kleber, compuesta, cuando mas, de dos mil hombres. Kleber se coloca en medio de sus soldados, y los sostiene contra este enjambre de fanáticos, y aunque el terreno en que pelea es un camino dominado por alturas que le ponen en una posicion desventajosa, se retira con órden y teson. Sin embargo una pieza de artillería desmontada causa alguna confusion en sus batallones, y sus valientes se desordenan por la primera vez. A esta vista, y con el objeto de detener al enemigo, coloca un oficial con algunos soldados cerca de un puente, y les dice: «Muchachos, firmes ahí hasta morir;» órden que ejecutan con admirable heroismo; pero en este instante, llega el cuerpo de batalla, y renuévase la lid, en que los Vendeanos quedan desalojados y castigados de su volandero triunfo.

Todos estos acontecimientos habian sucedido el 19; la órden de marchar adelante que habia traido tan malos resultados en las columnas de Saumur y Angers, no habia llegado aun à causa de las distancias à las divisiones de Niort y de Luçon. Beysser estaba siempre en Montaigu, formando la derecha de Canclaux, y se hallaba en descubierto. Canclaux, queriendo remediar este inconveniente, le dió la órden de dejar à Montaigu acercándose al cuerpo de batalla, y mandó à Kleber que se aproximase à Beysser para resguardar su movimiento. Pero Beysser, de suyo desidioso, habia dejado su columna à mal recaudo en Montaigu, donde la sorprendieron Lescure y Charette, y la hubieran aniquilado, sin el valor de dos batallones, que, con su teson, detuvieron la rapidez del ataque y de la retirada. Perdiéronse la artillería y los bagajes, y los restos de esta columna se salvaron en Nantes, donde fueron recibidos por la valiente reserva que afianzaba la plaza. Entonces Canclaux resolvió retroceder por no aislarse en el interior del pais, espuesto à todos los embates de los Vendeanos, y en efecto retiróse à Nantes con sus valientes Maguncianos que no sufrieron ningun

menoscabo, gracias à su ademan grandioso, y à que Charette no quiso incorporarse con d' Elbée y Bonchamps, para perseguir à los republicanos.

Obvia aparece la causa del infausto resultado de esta nueva espedicion en la Vendea. El estado mayor de Saumur estaba descontento que se hubiese dado à Canclaux la columna de Maguncia, y el descalabro del 5 de setiembre fué para él un pretesto suficiente para desalentarse y orillar este plan, y de consiguiente se mandaron retirar las columnas de los Sables, de Luçon y de la Rochela. Canclaux, que se habia adelantado, se encontró descubierto, y el descalabro de Torfou empeoró su posicion. Sin embargo, luego que el ejército de Saumur tuvo noticia de sus progresos, se trasladó de Saumur y Angers à Vihiers y Chemillé, y si al instante no se hubiese dispersado, es probable que la retirada de las alas no hubiera atajado el éxito definitivo de esta empresa. De modo que la demasiada prontitud en arrinconar el plan propuesto, la desatinada organizacion de los nuevos alistamientos, y el poderío de los Vendeanos, que eran mas de cien mil sobre las armas, fueron las causas de estos nuevos reveses. Pero no hubo traicion por parte del estado mayor de Saumur, ni vicio en el plan de Canclaux. Funestísimo era el efecto de tamañas desgracias, porque la nueva resistencia de la Vendea reanimaba todas las esperanzas de los contrarevolucionarios, agravando los peligros de la república. En fin, si los ejércitos de Brest y de Maguncia no se habian alterado en lo mas mínimo, no sucedia otro tanto con el de la Rochela, que estaba otra vez desorganizado, y todos los continjentes del alistamiento jeneral volvian à sus casas absolutamente desalentados.

Al instante los dos partidos del ejército se empeñaron en tildarse mutuamente. Philippeaux, rebosando de ímpetu como siempre, escribió à la junta de salvacion pública una carta empapada en hiel, y en la que atribuia à traicion la contraórden dada à las columnas del ejército de la Rochela. Choudieu y Richard, comisarios de Saumur, escribieron respuestas denigrativas, y Ronsin voló à delatar al ministerio y à la junta de salvacion pública los vicios del plan de campaña. Canclaux, dijo, empleando en la Baja-Vendea huestes sobrado crecidas, habia arrojado à la Alta-Vendea toda la poblacion sublevada, siendo causa de la derrota de las columnas de Saumur y Angers. Ultimamente, pagando calumnia con calumnia, Ronsin respondió à la tacha de traicion con la de aristocracia, de-

latando à un tiempo los ejércitos de Brest y de Maguncia como atestados de hombres sospechosos y mal intencionados, y de este modo se acrecentaba mas y mas el odio del partido jacobino contra el que apetecia la disciplina y la guerra sistemática.

La incomprensible derrota de Menin, la infructuosa y sangrienta tentativa sobre Pirmasens, los descalabros de los Pirineos-Orientales, y el adverso resultado de la nueva espedicion en la Vendea se supieron en Paris casi al mismo tiempo, y causaron dolorósísimo quebranto. Estas noticias se esparcieron sucesivamente del 18 al 25 de setiembre, y, segun costumbre, la zozobra aguijó à la violencia. Ya se ha visto que los alborotadores mas disparados se reunian en los Franciscanos, en donde, si cabe, carecian mas de sensatez que en los Jacobinos, y que reinaban en el ministerio de la guerra con el apocado Bouchotte. Vincent era su jefe en Paris, como Ronsin en la Vendea; y aprovecháronse de esta ocasion para renovar sus quejas acostumbradas. Colocados en una clase inferior à la convencion, hubieran querido volcar la incómoda autoridad que encontraban, en los ejércitos, en la persona de sus representantes, y, en Paris, en la junta de salvacion pública. Los representantes en comision no les dejaban ejecutar sus arranques revolucionarios con toda la violencia que anhelaban; la junta de salvacion pública, arreglando soberanamente todas las operaciones con miras mas elevadas é imparciales, desbarataba à cada paso todos sus planes, siendo este el tropiezo que mas los desazonaba, y por eso se les solia antojar el reponer el nuevo poder ejecutivo segun el modo adoptado por la constitucion.

Muy espuesto era à la verdad el que se pusiese vijente la constitucion, conforme lo pedian con aciagos intentos casi todos los aristócratas; pues esto requeria nuevas elecciones, y, en lugar de la convencion, se tendria otra asamblea bisoña, desconocida al pais, y en cuyo recinto se abrigarian todas las facciones. Los revolucionarios entusiastas, que veian el peligro, no pedian la renovacion de la representacion nacional, sino que reclamaban la ejecucion de la constitucion en todo lo que cuadraba con sus miras. Colocados casi todos en las secretarías, querian solo la formacion del ministerio constitucional, que habia de ser independiente del poder lejislativo, y por consiguiente de la junta de salvacion pública. Vincent tuvo la osadía de hacer estender una demanda en los Franciscanos, para pedir la organizacion del ministerio constitucional,

y que se mandasen volver los diputados en comision. Destempláronse con la novedad los interesados, pero por mas que se opuso Legendre, amigo de Danton, y uno de los arrimados ya como tibios, quedó corriente la proposicion, escepto en el renglon del llamamiento de diputados en comision. El desempeño de estos representantes era tan palpable, y habia en la cláusula tan notoria personalidad contra los vocales de la convencion, que no se atrevieron à insistir. Sumo fué el alboroto que causó en Paris esta peticion, comprometiendo trascendentalmente la autoridad desvalida de la junta de salvacion pública.

Además de estos enemigos, tenia otros la junta entre los nuevos moderados, à quienes se acusaba de reproducir el sistema de los jirondinos, sofocando la pujanza revolucionaria. Disparados contra los franciscanos, jacobinos y desorganizadores de los ejércitos, no cesaban de quejarse à la junta, y hasta la reconvenian porque no se declaraba sin rebozo contra los anarquistas.

De consiguiente estaban contra la junta los dos partidos que empezaban à formarse, quienes, segun costumbre, se aprovecharon para acusarla de infaustos acontecimientos, y ambos, acordes para condenar sus operaciones, solo se diferenciaban en el modo de motejarlas.

Ya se tenia noticia de la derrota del 15 en Menin, y empezaban à saberse confusamente los últimos reveses de la Vendea, hablándose con incertidumbre de un desman en Coron, en Torfou y Montaigu. Thuriot, que se habia desentendido de ser vocal de la junta de salvacion pública, se declaró al principio de la sesion contra los tramoyistas y desorganizadores que, con motivo de los abastos, acababan de hacer proposiciones en estremo violentas. Con este objeto, Thuriot, à quien tenian ya por uno de los nuevos moderados, dijo: «Nuestras juntas y el consejo ejecutivo están hostigados y cercados por una infinidad de tramadores que solo aparentan patriotismo por su interés particular. Sí, llegó la hora en que debemos arrojar à esos hombres de incendios y rapiña, que creen que la revolucion se hizo para ellos, cuando el hombre íntegro y puro solo la sostiene para la felicidad del jénero humano». En vista de las razones de Thuriot quedaron desechadas las proposiciones referidas. Briez, uno de los comisarios enviados à Valenciennes, lee entonces una memoria crítica sobre las operaciones militares, sosteniendo que nunca se ha hecho mas que una guerra

pausada é indigna del númen francés, que siempre han peleado parcialmente y en guerrillas, y que esta es la causa de los descalabros padecidos. En seguida, sin atacar paladinamente à la junta de salvacion pública, insinúa, al parecer, que la junta no ha comunicado à la convencion todas las noticias necesarias, y que, por ejemplo, habia habido cerca de Douay un cuerpo de seis mil Austríacos que fácilmente hubieran podido cojerse prisioneros. La convencion, despues de haber oido à Briez, le agrega à la junta de salvacion pública. En este momento, llegan los partes circunstanciados de la Vendea, contenidos en un escrito de Montaigu, cuyos pormenores asustantes causan un trastorno jeneral. «¡En vez de amedrentarnos, esclama un miembro, juremos salvar la república!» A estas palabras, toda la asamblea se levanta, y jura otra vez salvar la república, cualesquiera que sean los peligros que la amenacen. Los miembros de la junta de salvacion pública, que aun no habian llegado, entran en este punto, tomando la voz Barrere, que regularmente hacia de relator. «Toda sospecha contra la junta de salvacion pública, dijo, seria una victoria ganada por Pitt. No demos à nuestros enemigos la ventaja de desacreditar nosotros mismos el poder encargado de salvarnos». Barrere da à conocer inmediatamente las disposiciones que ha tomado la junta. «Muchos dias hace, sigue diciendo, la junta sospechaba que se habian cometido yerros graves en Dunkerque, donde hubieran podido esterminarse todos los Ingleses, y tambien en Menin, donde no se habia practicado dilijencia alguna para atajar los efectos estraordinarios del terror pánico. La junta ha depuesto à Houchard, como tambien al jeneral de division Hedouville, que no hizo en Menin lo que debió, y desde luego se escudriñará la conducta de ambos jenerales. En seguida la junta acrisolará todos los estados mayores y todas las administraciones de los ejércitos, poniendo al ejército bajo un pié que le permita hacer frente á nuestros enemigos. Acaba de alistar à diez y ocho mil hombres, y de disponer un nuevo sistema de ataque en globo. En fin quiere atacar à Roma en la misma Roma, y con este objeto desembarcarán cien mil hombres en Inglaterra para destruir en Lóndres el sistema de Pitt. De consiguiente nadie tiene razon en sindicar à la junta de salvacion pública, pues no ha dejado un instante de merecer la confianza que hasta ahora le ha manifestado la convencion».

Entonces toma la voz Robespierre: «Hace ya tiempo, dice,

que se ha formado empeño en infamar la convencion y la junta depositaria de su potestad. Briez, que hubiera debido morir en Valenciennes, ha salido cobardemente de aquella plaza para venir à Paris, para servir à Pitt y los aliados, denigrando al gobierno. No basta que la convencion siga dándonos muestras de confianza, es preciso que lo proclame solemnemente, y que anule el acuerdo, por el que nos ha agregado à Briez». Recíbese esta peticion con un disparo de aplausos, y queda decidido que Briez no entrará en la junta de salvacion pública, declarando por aclamacion que la junta conserva toda la confianza de la convencion nacional.

Habia moderados en la convencion, donde acababan de ser menospreciados; pero los contrarios mas temibles de la junta, esto es, los revolucionarios fogosos, se hallaban en los Jacobinos y Franciscanos, teniendo que defenderse sobre todo de estos últimos. Robespierre se presentó en los Jacobinos, y al arrimo de su privanza, desentrañó la conducta de la junta, sincerándola de los contrapuestos cargos de los moderados y furibundos, y patentizó lo espuesto que era formar un ministerio constitucional. «Preciso es, dijo, que un gobierno, cualquiera que sea, suceda al volcado; el sistema de organizar en este momento el ministerio constitucional viene à ser lo mismo que arrojar à la misma convencion y anonadar todo poder à la vista de las potencias enemigas, en términos que solo Pitt puede ser autor de semejante aprension. La han propagado sus ajentes, seduciendo à los patriotas de buena fe, y el pueblo crédulo y sufrido, propenso siempre à quejarse del gobierno que no alcanza à remediar todos sus quebrantos, se ha constituido repetidor puntual de sus calumnias y proposiciones. Vosotros, jacobinos, esclama Robespierre, demasiado sinceros para ser cohechados, harto despejados para quedar seducidos, vosotros defenderéis à la Montaña que asaltan; sostendréis la junta de salvacion pública, que quieren calumniar para perderos, y con vosotros triunfará de todos los ardides de los enemigos del pueblo.»

Aplaudióse à Robespierre y à toda la junta en su persona. Llamóse al órden à los franciscanos, y olvidóse su peticion, quedando sin resultado el ataque de Vincent tan denodadamente repelido.

Urjentísimo era sin embargo el tomar un partido respecto de la nueva constitucion, y era muy espuesto ceder el lugar à nuevos revolucionarios, equívocos, desconocidos, acaso desavenidos, porque saldrian de todas las facciones inferiores à la convencion.

Luego convenia declarar à todos los partidos que iban à apoderarse del poder, y que, antes de abandonar la república à sí misma y à la accion de las leyes que se le habian dado, se la gobernaria revolucionariamente, hasta que se hubiese salvado. Con este objeto se habian ya presentado muchas solicitudes pidiendo que la convencion no se disolviese. El 10 de octubre, Saint-Just tomando la voz en nombre de la junta de salvacion pública, propuso nuevas providencias. Hizo la mas aciaga pintura de la Francia, recargando este cuadro con las lobregueces de su melancólica imajinacion, y con el auxilio de su oratoria y de hechos verdaderos, dejó los ánimos despavoridos. Entonces presentó é hizo adoptar un decreto que contenia las siguientes disposiciones. Por el primer artículo, se declaraba el gobierno de Francia «revolucionario» hasta la paz, lo que significaba que la constitucion se suspendia momentaneamente, y quedaba instituida una dictadura estraordinaria hasta que cesasen todos los peligros, cuya dictadura se confiaba à la convencion y à la junta de salvacion pública. «El consejo ejecutivo, decia el decreto, los ministros, los jenerales, los cuerpos constituidos, están bajo la vijilancia de la junta de salvacion pública, que dará cuenta cada ocho dias à la convencion.» Ya esplicamos cómo se trocaba la celaduría en autoridad suprema, porque los ministros, los jenerales y los empleados, precisados à asesorarse con la junta, pararon en no atreverse ya à obrar por impulso propio, esperando las órdenes de la misma. Decíase en seguida: «Las leyes revolucionarias se ejecutarán velozmente. Siendo la desidia del gobierno la causa de los reveses y dilaciones, se fijará el modo de ejecutarse dichas leyes, y la infraccion de los plazos que se prefijen se castigará como un atentado à la libertad.» Providencióse sobre abastos como en asuntos gubernativos, porque el pan es el derecho del pueblo, habia dicho Saint-Just, y el cuadro jeneral de los abastos, definitivamente acabado, habia de enviarse à todas las autoridades. Lo que los departamentos necesitaban se habia de tasar aproximadamente y afianzarse, y en cuanto à lo superfluo de cada uno de ellos, quedaba sujeto à las requisiciones, sea para los ejércitos, sea para las provincias que no tenian lo necesario. Una comision de abastos prefijaba estas cuotas, y Paris debia considerarse como una plaza de guerra abastecida por un año, à 1 de marzo inmediato. Ultimamente se mandaba crear un tribunal para escudriñar la conducta y facultades de cuantos habian manejado caudales públicos.

Por esta grandiosa y trascendental declaracion, el gobierno, compuesto de la junta de salvacion pública, de la de seguridad jeneral y del tribunal estraordinario, se hallaba completo y sostenido mientras durase el riesgo. Esto era declarar la revolucion en estado de sitio, aplicándole las leyes estraordinarias de este estado todo el tiempo que subsistiese. Añadiéronse à este gobierno estraordinario diversas instituciones, ansiadas hacia mucho tiempo, ya inevitables, como, por ejemplo, el ejército revolucionario, esto es, una fuerza encargada especialmente de hacer ejecutar las órdenes del gobierno en lo que ya estaba decretado anteriormente; pero organizóse ahora por medio de otra providencia. Compúsose este ejército de seis mil hombres y mil doscientos artilleros. Habia de movilizarse y trasladarse à las ciudades donde fuese necesaria su presencia, y permanecer en ellas de guarnicion à espensas de los mas ricos ciudadanos. Los franciscanos querian un ejército de estos en cada departamento; pero se opusieron muchos diciendo que seria volver al federalismo, si à cada departamento se diese un ejército particular. Los mismos franciscanos pidieron tambien que los destacamentos de la hueste revolucionaria llevasen tras sí una guillotina con ruedas, pues mil disparos se le ofrecen à un pueblo desenfrenado. La convencion desatendió todos estos pedidos, y se atuvo à su decreto. Bouchotte, encargado de componer este ejército, lo reclutó de todos los vagos de Paris, prontos siempre à ser los satélites del poderío dominante. Cuajó el estado mayor de jacobinos, y en especial de franciscanos, y recabó à Ronsin de la Vendea y de Rossignol, para ponerle à la cabeza de este ejército revolucionario. Sujetó la lista de este estado mayor à los jacobinos, cada oficial tuvo que pasar por el crisol del escrutinio, y ninguno quedó confirmado por el ministro sin que fuese aprobado por la sociedad.

Añadióse en fin à esta institucion la ley de los sospechosos, tantas veces pedida, y resuelta como principio el mismo dia del alistamiento en cuerpo de nacion. El tribunal estraordinario, aunque organizado de modo que podia obrar por meras probabilidades, no satisfacia enteramente las aprensiones revolucionarias. Deseaban poder encerrar à todos aquellos que no pudieron enviar à la muerte, pidiendo disposiciones que permitiesen asegurarse de sus personas. No tenia coto el decreto que ponia à los aristócratas fuera de la ley, y además requeria un juicio. Queríase ahora que, à la mera declaracion de las juntas revolucionarias, todo individuo de-

clarado sospechoso pudiese prenderse inmediatamente, y en efecto se decretó el arresto provisional, hasta la paz, de los individuos sospechosos (*); considerándose como tales: 1º. Los que, ya con su conducta, ó ya con sus relaciones, ó ya con sus palabras ó escritos, se hubiesen manifestado partidarios de la tiranía ó del federalismo, y enemigos de la libertad; 2º. Los que no pudiesen justificar del modo prescrito por la ley de 20 de marzo último sus medios de subsistencia y el cumplimiento con sus deberes cívicos; 3º. Aquellos à quienes se hubiesen negado certificaciones de civismo; 4º. Los empleados suspensos ó depuestos de sus funciones por la convencion nacional y por sus comisarios; 5º. Los ex-nobles, maridos, mujeres, padres, madres, hijos, hermanos y ajentes de emigrados que constantemente no hubiesen manifestado su afecto à la revolucion; 6º. Los que habian emigrado en el intervalo del 1 de julio de 1789 hasta la publicacion de la ley de 8 de abril de 1792, aunque hubiesen vuelto à Francia à los plazos determinados.

Los arrestados debian estarlo en las casas nacionales, y guardarse à espensas de ellos mismos, concediéndoles la facultad de trasladar à estas casas los muebles de que tuviesen necesidad. Las juntas habian de reunir la mayoría de votos para pronunciar el arresto, enviando à la junta de salvacion pública la lista de los sospechosos, con los motivos de su detencion. Siendo desde este instante muy arduas y casi incesantes sus funciones, considerándose como una profesion para sus miembros, la cual debia retribuirse, desde entonces recibieron un sueldo por via de indemnizacion.

A estas disposiciones, à peticion del ayuntamiento de Paris, se añadió otra que hacia aun mas terrible esta ley de los sospechosos, y fué la revocacion del decreto que prohibia las visitas domiciliarias durante la noche. Desde aquel instante, todo ciudadano amagado temió verse perseguido à todas horas, y ya no tuvo un momento de descanso. Encerrándose de dia en escondrijos injeniosos y muy estrechos que la necesidad habia sujerido, los sospechosos podian à lo menos respirar de noche; ahora ya no era posible, y las prisiones multiplicadas de dia y de noche atestaron en breve las cárceles de Francia.

Todos los dias se celebraban las juntas de seccion; pero las jentes del pueblo no tenian tiempo de ir, y faltando aquellas, ya no

(*) Dióse este célebre decreto el 17 de setiembre. Se le conoce con el nombre de «Ley de los sospechosos.»

habia quien sostuviese las propuestas revolucionarias. En vista de esto, se acordó, por dictámen de los jacobinos y del ayuntamiento, que solo las habria dos veces por semana, y que todo ciudadano que asistiese percibiria cuarenta sueldos por sesion. Era este el medio mas seguro de afianzar al pueblo, no reuniéndole demasiado à menudo, y pagándole su asistencia. Airáronse empero los revolucionarios ardientes de que se fijase coto à su desaforamiento, reduciendo à dos por semana las sesiones de las secciones, y de consiguiente hicieron una peticion muy recia para quejarse de que se ajaban los derechos del soberano, estorbando que se reuniese cuantas veces tuviese por conveniente. El autor de esta nueva solicitud fué el jóven Varlet; pero no se le dió oidos, ni se hizo mas caso de esta proposicion que de otras muchas, parto del hervidero revolucionario.

La máquina quedó luego cabal, bajo los dos aspectos mas trascendentales en un estado zozobrante, la guerra y la policía. En la convencion, una junta dirijia las operaciones militares, elejia los jenerales y ajentes de toda especie, y podia, segun el decreto de la requisicion permanente, disponer al mismo tiempo de hombres y entidades, haciendo todo esto, ó por si misma, ó por medio de los representantes enviados en comision. A las órdenes de esta junta, la de seguridad jeneral tenia la direccion de la alta policía, y se valia al intento de las juntas revolucionarias planteadas en todos los concejos. Se encerraba à todo individuo, por poco sospechoso que fuese de hostilidad ó indiferencia; el tribunal revolucionario trataba con rigor à otros mas gravemente comprometidos, pero aun en corto número, pues hasta entonces este tribunal habia condenado à pocos reos. Un ejército especial, verdadera columna móvil ó jendarmería de este réjimen, hacia ejecutar las órdenes del gobierno, y por último el pueblo, pagado para ir à las secciones, estaba siempre apercibido para sostenerle. De consiguiente la guerra y la policía dependian de la junta de salvacion pública. Soberana absoluta, dueña de todas las riquezas, pudiendo enviar à los ciudadanos à los campos de batalla ó al cadalso, ó à los calabozos, se hallaba revestida para la defensa de la revolucion de una dictadura pavorosa. Es verdad que de ocho en ocho dias habia de dar cuenta à la convencion de sus tareas; pero esta cuenta se aprobaba siempre, pues la opinion se labraba solo en los Jacobinos, de que era señora, desde que Robespierre formaba parte de ella. La única opo-

sicion contra esta potestad eran los moderados que se habian quedado atrás, y los nuevos alborotadores que se le propasaban, pero unos y otros poco temibles.

Ya dijímos que Robespierre y Carnot habian entrado en la junta de salvacion pública en reemplazo de Gasparin y Thuriot, que ambos se hallaban enfermos. Robespierre le habia traido su poderoso influjo, y Carnot su ciencia militar. La convencion quiso agregar à Danton con Robespierre, pero aquel, acosado de afanes, poco adecuado para pormenores administrativos, exasperado por las calumnias de los partidos, ya no queria ser de ninguna junta. Bastante habia ya hecho por la revolucion; habia dado empuje à los indecisos en los trances; habia infundido la primera ocurrencia del tribunal y ejército revolucionario, de la requisicion permanente, del impuesto sobre los ricos y de los cuarenta sueldos (8 rs. vn.), concedidos por sesion à los miembros de las secciones; por último, era el providenciador de disposiciones, crueles en la ejecucion, pero que daban à la revolucion la pujanza que la salvó. En aquella sazon empezaba ya Danton à no ser tan necesario, porque desde la primera invasion de los Prusianos todos estaban acostumbrados al peligro. Repugnábanle las venganzas que se estaban labrando contra los jirondinos; acababa de casarse con una jóven de quien estaba enamorado, y habia dotado, segun dijeron sus enemigos, con el oro de la Béljica, y segun sus amigos, con la capitalizacion de su oficio de abogado en el consejo; adolecia, como Mirabeau y como Marat, de una enfermedad inflamatoria. En fin tenia necesidad de descansar, y con este motivo pidió licencia para ir à Arcis-sur-Aube, su patria, à gozar de la naturaleza que idolatraba. Le habian aconsejado este retiro momentaneo como un medio de cortar de raiz tantas calumnias; por otra parte, la victoria de la revolucion ya podia completarse sin él; bastaban dos meses de guerra y pujanza, y estaba en ánimo de volver despues de la victoria para que se oyera otra vez su voz poderosa en favor de los vencidos y de otro órden mas acertado. ¡ Vana ilusion de la pereza y del desaliento! Abandonar un mes, un solo dia, una revolucion tan arrolladora, era lo mismo que decidirse à perder en ella todo influjo y poderío.

Danton no quiso entrar en la junta de salvacion pública, y alcanzó la licencia que pedia. Agregáronse à la junta Billaud-Varennes y Collot d'Herbois, y trajeron, el uno su temple yerto é im-

placable, y el otro su fogosidad y trascendencia sobre los turbulentos franciscanos. Reformóse la junta de seguridad jeneral, y de los diez y ocho vocales de que constaba, se sacaron la mitad, quedando reducida à los nueve conocidos por mas severos.

Mientras se organizaba el gobierno del modo mas pujante, creció tambien el brio en todas las resoluciones. Requeríanse estremados conatos, pues las grandiosas providencias tomadas en agosto no habian aun producido el menor resultado: la Vendea, aunque atacada con un plan combinado, habia resistido, y el descalabro de Menin habia contrarestado las ventajas de la victoria de Hondschoote. El entusiasmo revolucionario infundió la ocurrencia de que el albedrío, en la guerra como en todas partes, tenia un influjo decisivo, y por la primera vez se dió la órden à un ejército que venciese en un tiempo determinado.

Todos los peligros de la república se miraban en la Vendea. « Destruid la Vendea, dijo Barrere, y Valenciennes y Condé no estarán en poder de los Austríacos. Destruid la Vendea, y los Ingleses ya no pensarán en Dunkerque. Destruid la Vendea, y el Rin quedará libre de Prusianos. Destruid la Vendea, y la España se verá acosada y conquistada por los meridionales unidos à los soldados victoriosos de Mortagne y Cholet. Destruid la Vendea, y parte de ese ejército del interior reforzará las valerosas huestes del Norte, vendido tantas veces, tantas desorganizado. Destruid la Vendea, y Lyon ya no resistirá, Tolon se levantará contra Españoles é Ingleses, y la mente de los Marselleses correrá parejas con la revolucion republicana. En fin todos los golpes que deis à la Vendea resonarán en las poblaciones rebeldes, en los departamentos federalistas y en las fronteras invadidas..... La Vendea es todavía la Vendea.... Allí hay que obrar con denuedo de aquí al 20 de octubre, antes del invierno, antes que los caminos estén intransitables, antes que los bandoleros hallen la impunidad en el clima y en la estacion.

« La junta, con una intensa y grandiosa mirada, ha visto en estas pocas palabras todos los vicios de la Vendea:

« Demasía de representantes;

« Demasía en desavenencia moral;

« Demasía en desavenencia militar;

« Demasía en indisciplina por la victoria;

« Demasía en partes falsos de los acontecimientos;

« Demasiada codicia, demasiado apego al interés, por parte de los jefes y administradores. »

De resultas de esta esposicion, redujo la convencion el número de los representantes en comision, reunió los dos ejércitos de Brest y de la Rochela en uno solo, llamado del Oeste, y dió el mando, no à Rossignol ni à Canclaux, sino à Lechelle, jeneral de brigada en la division de Luçon. En fin emplazó el dia en que la guerra de la Vendea habia de concluirse, y este era el 20 de octubre. La siguiente proclama acompañaba el decreto (*):

LA CONVENCION NACIONAL AL EJÉRCITO DEL OESTE.

«¡Soldados de la Libertad, es necesario que estermineis à los forajidos de la Vendea antes que acabe el mes de octubre! Requiérelo la salvacion de la Patria, y requiérelo igualmente la impaciencia del pueblo francés; su valor ha de cumplirlo. La gratitud nacional recompensará entonces à cuantos hayan consolidado para siempre, con bizarría y patriotismo, la libertad y la república.»

No fueron menos briosas y ejecutivas las providencias que se tomaron respecto al ejército del Norte, para reparar el descalabro de Menin y disponerse á nuevas victorias. Prendióse à Houchard, que ya estaba depuesto, y nombròse jeneral en jefe del ejército del Norte y del de las Ardenas al jeneral Jourdan que habia mandado el centro de Hondschoote. Se le dió la órden de reunir en Guisa cuerpos considerables para dar un avance sobre el enemigo, pues nadie estaba ya por los ataques parciales. Sin juzgar del plan ni operaciones de Houchard alrededor de Dunkerque, decian que no se habia peleado en grande, y querian esclusivamente esta especie de lides mas apropiadas à la fogosidad del carácter francés. Carnot habia ido à Guisa à avistarse con Jourdan para poner en ejecucion un nuevo sistema de guerra, enteramente revolucionario. Acababan de añadirse otros tres comisarios à Dubois-Crancé para ejecutar alistamientos jenerales y dispararlos sobre Lyon, mandándole orillar el sistema de ataques metódicos y dar el asalto à la ciudad rebelde. Por todas partes se aplicaba sumo ahinco para terminar la campaña victoriosamente.

Pero los rigores iban siempre à la par con el denuedo: la causa de Custine, harto dilatada, segun los jacobinos, se habia ya empezado, y se continuaba con toda la barbarie de las nuevas formas judiciales. Aun no habia subido al cadalso ningun jeneral en jefe, y deseaban infinito cortar una cabeza de alta clase, haciendo do-

(*) Decreto del 1 de octubre.

blar la rodilla à los caudillos de los ejércitos ante la autoridad popular; querian sobre todo que algun jeneral purgase la falsía de Dumouriez, y escojieron à Custine, considerado por sus opiniones y arranques como otro Dumouriez. Para arrestarle se habia echado mano de la coyuntura de hallarse aun con el mando del ejército del Norte, y actualmente en Paris, venido á combinar sus operaciones con el ministerio. Se le encarceló, y pronto pidieron y lograron se le trasladase al tribunal revolucionario.

Recordemos la campaña de Custine sobre el Rin. Encargado de una division del ejército, habia encontrado à Espira y Worms desapercibidas, porque los aliados, con la priesa de marchar à la Champaña, todo lo habian orillado por sus alas y retaguardia. Los patriotas alemanes venian de todas partes à ofrecerle sus ciudades, y así es que le pareció del caso tomar à Espira y Worms que le entregaron; se desentendió de Manheim, que estaba en el camino, en consideracion à la neutralidad del elector palatino, y por zozobra tambien de no entrar en ella con facilidad, y últimamente llegó à Maguncia, se apoderó de esta ciudad, causó sumo regocijo en Francia con sus inesperadas conquistas, y se hizo conferir un mando independiente de Biron. En este momento, Dumouriez acababa de rechazar à los Prusianos arrojándolos hácia el Rin, y Kellermann se hallaba en las cercanías de Tréveris. Entonces Custine debia bajar por el Rin hasta Coblenza, reunirse con Kellermann, y enseñorearse de la orilla derecha del rio. Todo militaba en favor de este plan. Los habitantes de Coblenza llamaban à Custine, los de San Goardo y de Rhinfelds tambien le instaban, y no consta hasta dónde hubiera podido ir con la corriente del rio; acaso hubiera podido bajar hasta Holanda. Pero tambien le llamaban otros patriotas en el interior de la Alemania, y se habian figurado, al verle avanzar con tantísimo arrojo, que tenia cien mil hombres. Halagò mucho mas à la fantasía vanidosa de Custine penetrar en el territorio aleman mas allá del Rin, corriendo à Francfort à imponer contribuciones y cometer otras tropelías anti-políticas. Allí se vió rodeado de nuevo de un tropel de patriotas que le instaban no se detuviese; varios locos le propusieron ir hasta Casel en medio del Hese electoral, à apoderarse del tesoro del elector. El gobierno francés le aconsejaba con mas cordura que volviese al Rin y marchase à Coblenza. Pero todo lo desoia para no pensar mas que en una revolucion en Alemania.

No dejaba Custine de conocer el peligro de su posicion, viendo que si el elector rompia la neutralidad, quedaria comprometido à la espalda por Manheim, y por lo mismo hubiera querido tomar esta plaza que le ofrecian, pero no se determinó. A pique de verse embestido en Francfort, donde no podia permanecer, no queria dessampara esta ciudad volviendo à la línea del Rin, para no perder sus llamadas conquistas, ni empeñarse en las operaciones de los demás caudillos, bajando hácia Coblenza. En esta situacion, le sorprendieron los Prusianos, perdió à Francfort, tuvo que refujiarse en Maguncia, dudando si conservaria ó no esta plaza, metió en ella alguna artillería tomada en Estrasburgo, se descuidó de abastecerla, volvieron à sorprenderle los Prusianos en medio de sus incertidumbres, se alejó de Maguncia, y despavorido, creyéndose perseguido por ciento y cincuenta mil hombres, se retiró à la Alta-Alsacia, casi à tiro de cañon de Estrasburgo. Colocado en el Alto-Rin con un ejército bastante considerable, hubiera podido ir à Maguncia, y poner à los sitiadores entre dos fuegos, pero nunca se atrevió; corrido por fin de su inaccion, trabó una refriega malhadada el 15 de mayo, fué vencido, y se reunió à su pesar con el ejército del Norte, donde acabó de estrellarse por sus opiniones moderadas y por un parecer muy atinado, el de reorganizar el ejército en el campo de César, en vez de esponerlo inútilmente para socorrer à Valenciennes.

Tal fué la carrera de Custine, en la cual habia muchos desaciertos, pero ninguna traicion. Principiósele la causa, y llamáronse para declarar en ella à representantes enviados en comision, ajentes de la potestad ejecutiva, enemigos irreconciliables de los jenerales, à oficiales descontentos, individuos de las sociedades de Estrasburgo, Maguncia, Cambray, en fin al terrible Vincent, tirano de la secretaría de la guerra, siendo ministro Bouchotte. Era una zahurda de acusadores que hacinaban cargos injustos y contradictorios, ajenos de una verdadera pesquisa militar, pero fundados en desgracias accidentales de que el jeneral no era reo, ni podian imputársele. Custine respondia con cierta vehemencia militar à todas estas acusaciones, pero quedaba abrumado. Los jacobinos de Estrasburgo le decian que no habia querido tomar las gargantas de Porentruy, cuando Luckner le dió la órden, y probaba en balde que era imposible. Un Aleman le echaba en cara que no habia tomado à Manheim, que él le ofrecia, pero Custine se disculpaba

alegando la dificultad de la empresa y la neutralidad del elector. Acusábanle à porfia los habitantes de Coblenza, de Rhinfelds, de Darmstadt, de Hanau, de todas las ciudades que habian querido entregarse à él, y no habia consentido en ocuparlas. En cuanto à no haber ido à Coblenza, defendíase desvalidamente, y calumniaba à Kellermann que, segun decia, se habia negado à auxiliarle; con respecto à tomar las otras plazas, decia con razon que todas las aprensiones alemanas le estuvieron llamando, y que para contentarlas hubiera tenido que abarcar cien leguas del pais. Por una contradiccion singular, al paso que se le reconvenia por no haber querido tomar una ciudad ó imponer una contribucion à otra, se le hacia un crímen de haber tomado à Francfort, de haber saqueado à sus habitantes, de no haber dictado las providencias necesarias para resistir en ella à los Prusianos, y haber espuesto à la guarnicion francesa à quedar asesinada. El bizarro Merlin de Thionville, uno de los que deponian contra él, le sinceraba en este punto con tanta lealtad como razon. Aunque hubiese dejado veinte mil hombres en Francfort, no hubiera podido resistir, decia Merlin, hubiera tenido que retirarse à Maguncia, y su única falta era no haberlo verificado mas pronto. Pero en Maguncia, decian muchísimos testigos, no habia hecho ningun preparativo indispensable; no habia reunido víveres ni pertrechos; no habia puesto en ella sino la artillería que habia sacado de Estrasburgo con el objeto de entregarla à los Prusianos con veinte y dos mil hombres de guarnicion y dos diputados. Custine probaba que habia dado órdenes para los acopios; que la artillería apenas era suficiente, y que no la habia agolpado con la mira de entregarla al enemigo. Merlin corroboraba todas las razones de Custine, pero lo que no le perdonaba era su retirada tan pusilánime y su inaccion en el Alto-Rin, mientras la guarnicion de Maguncia estaba haciendo prodijios, y à esto Custine enmudecia. Se le reconvenia tambien por haber quemado los almacenes de Espira al retirarse; cargo desatinado, porque, teniéndose que retirar, mas valia quemar los almacenes que dejarlos al enemigo. Se le sindicaba de haber hecho arcabucear en Espira algunos voluntarios por robos; à lo que respondia que la convencion lo habia aprobado. Tambien se le acusaba de haber apadrinado à los Prusianos, esponiendo voluntariamente à su ejército à ser arrollado el 15 de mayo; de haberse encargado muy tarde del mando de su ejército del Norte; de haber tratado de sacar la artillería de Lila

para llevarla al campamento de César; de haber estorbado que se diese auxilio à Valenciennes; de no haberse opuesto al desembarco de los Ingleses; acusaciones todas à cual mas disparatada. «En fin, le decian, os condolisteis de Luis XVI, os acongojasteis el 31 de mayo, quisisteis mandar à la horca al doctor Hoffman, presidente de los jacobinos de Maguncia, no permitisteis que circulase el diario del «Padre Duchesne,» ni tampoco el de la Montaña en vuestro ejército; dijisteis que Marat y Robespierre eran unos bullangueros; estabais rodeado de oficiales arístócratas, ni tuvisteis jamás en vuestra mesa à verdaderos republicanos.» Estos cargos eran mortales, y eran los verdaderos motivos de su persecucion.

Alargóse muchísimo la causa, y titubeaba el tribunal, porque los cargos eran infundados. La hija de Custine y muchos sujetos que se interesaban por él habian dado varios pasos para salvarle, porque entonces, aunque las zozobras fuesen ya muy vehementes, aun se atrevian à manifestar algun interés à las víctimas. En vista de esto, delataron en los Jacobinos al mismo tribunal revolucionario. «Me es muy sensible, dijo Hebert en los Jacobinos, tener que delatar una autoridad que era la esperanza de los patriotas, que al principio mereció su confianza, y pronto se convertirá en su azote. El tribunal revolucionario está para absolver à un malvado, en cuyo favor no hay duda que las beldades de Paris empeñan à todo el mundo. La hija de Custine, comedianta no menos primorosa que su padre al frente de los ejércitos, se desala con todos y todo lo promete para alcanzar su gracia.» Robespierre, por su parte, delató los embrollos y vanas formalidades del tribunal, y sostuvo que, solo por haber querido desguarnecer à Lila, Custine merecia la muerte.

Vincent, uno de los testigos, trajo del ministerio las cartas y órdenes que se achacaban à Custine, y que no eran por cierto cuerpos de delito. Fouquier-Tinville formó de ellas un cotejo entre Dumouriez y Custine, que perdió al desgraciado jeneral. Dumouriez, dijo, habia entrado rápidamente en Béljica, para abandonarla en seguida, entregando al enemigo soldados, almacenes y representantes. Del mismo modo Custine habia entrado velozmente en Alemania, habia abandonado en Francfort y Maguncia à nuestros soldados, y con esta última ciudad, habia querido entregar veinte mil hombres, dos representantes y toda nuestra artillería, que con siniestro intento habia sacado de Estrasburgo. Como Dumouriez,

maldecia à la convencion y los jacobinos, haciendo arcabucear à los bizarros voluntarios, socolor de mantener la disciplina. A este empuje se desatascó el tribunal revolucionario, por mas que Custine sincerase por espacio de dos horas todas sus operaciones militares. Tronçon-Ducoudray defendió su conducta administrativa y civil, aunque en balde. El tribunal declaró reo al jeneral, con gran satisfaccion de los jacobinos y franciscanos, que cuajaban la sala dando muestras evidentes de su alborozo. Sin embargo no habian condenado à Custine por unanimidad, pues sobre las tres cuestiones habia habido sucesivamente contra él diez, nueve, ocho votos, de once que eran los vocales; y habiéndole preguntado el presidente si tenia algo mas que añadir, miró al rededor de sí, y no viendo ya à sus defensores, respondió: «Ya no tengo defensores; muero sosegado é inocente.»

La madrugada siguiente, se le condujo al cadalso, y à su vista quedó pasmado un guerrero tan valiente. Sin embargo se arrodilló al pié de la escalera, hizo una corta oracion, y recibió la muerte con entereza. Así acabó este desdichado jeneral que no carecia de injenio ni de teson, pero que reunia la inconsecuencia à la vanidad, y cometió tres yerros graves: El primero fué salir de su verdadera línea de operaciones, trasladándose à Francfort; el segundo, no querer volver à esta plaza cuando se lo suplicaban; y el tercero, permanecer en medrosa inaccion durante el sitio de Maguncia. Con todo ningun desacierto de estos merecia la muerte, pero padeció el suplicio à que no habian podido condenar à Dumouriez, y que seguramente no habia merecido, como le cabia à este por sus grandiosos y criminales intentos. Su muerte fué un ejemplar terrible para todos los jenerales, y la señal para ellos de una obediencia absoluta à las órdenes del gobierno revolucionario.

Despues de este acto de fiereza, ya no era probable que se guardase ningun miramiento en las sentencias, y así es que se renovó la órden de activar la causa de Maria-Antonia. Presentóse à la convencion el auto de acusacion contra los jirondinos, tantas veces demandado, y nunca estendido. Saint-Just era el autor de este documento que repetidas peticiones de los jacobinos obligaron à la convencion à admitir. Dirijíase, no solo contra los veinte y dos y los vocales de la comision de los doce, sino tambien contra setenta y tres miembros que, despues de la victoria de la Montaña, enmudecieron, y habian estendido una representacion muy conocida con-

tra los sucesos del 31 de mayo y 2 de junio. Algunos montañeses frenéticos querian la acusacion, es decir, la muerte, contra los veinte y dos, los doce y los setenta y tres; pero Robespierre se opuso, proponiendo un término medio, cual fué enviar al tribunal revolucionario à los veinte y dos y à los doce, poniendo presos à los setenta y tres. Hízose todo lo que quiso: no se les permitió entrar en la sala, prendiéronse los setenta y tres, y se dió la órden à Fouquier-Tinville de encargarse de los desgraciados jirondinos. De este modo la convencion, de cada dia mas rendida, se dejó arrebatar la órden de enviar à la muerte parte de sus individuos. Es verdad que tampoco podia dilatarlo, porque los jacobinos habian hecho cinco peticiones, à cual mas incontrastable, para alcanzar estos últimos decretos.

CAPITULO II.

Continuacion del sitio de Lyon. Toma de esta ciudad. Decreto terrible contra los Lyoneses sublevados. Adelantos del arte de la guerra; influjo de Carnot. Victoria de Watignies. Levántase el bloqueo de Maubenge. Siguen las operaciones militares en la Vendea. Victoria de Cholet. Fuga y dispersion de los Vendeanos allende el Loira. Muerte de la mayor parte de sus caudillos principales. Descalabro á orillas del Rin. Pérdida de las líneas de Wissemburgo.

Cada contratiempo era un incentivo para el afan revolucionario, y este producia los triunfos, como habia sucedido siempre en toda esta campaña memorable. Desde la derrota de Neerwinden hasta el mes de agosto, una serie continuada de reveses habia sido la causa de que todos se arrojasen à estremar desesperadamente sus conatos. La destruccion del federalismo, la defensa de Nantes, la victoria de Hondschoote, el descerco de Dunkerque, habian sido parto de este denuedo. Los nuevos desmanes de Menin, de Pirmasens, de los Pirineos, de Torfou y Coron en la Vendea, acababan de escitar nuevos raptos de jenerosa ira que habia de producir una crísis ventajosa en todos los teatros de la guerra.

De todas las operaciones pendientes, el sitio de Lyon era la mas interesante y cuyo término se aguardaba con mas impaciencia. Dejamos à Dubois-Crancé acampado delante de esta ciudad con cinco mil hombres de tropas veteranas y siete ú ocho mil quintos, hallándose amagado de ver muy pronto à sus espaldas à los Sardos que el ejército escaso de los Grandes-Alpes ya no podia atajar. Segun ya dijímos, se habia colocado al Norte, entre el Saona y el Ródano, delante de los reductos de la «Cruz-Roja,» y no en los cerros de Sainte-Foy y de Fourvieres, situados al Oeste, y por los cuales se hubiera debido dirijir el verdadero ataque. Muchas razones militaban en favor de esta preferencia, pues ante todo importaba infinito permanecer en comunicacion con la frontera de los Alpes, don-

de se hallaba el cuerpo del ejército republicano, y por donde podian venir los Piamonteses à socorrer à los sublevados de Lyon. Lográbase otra ventaja en esta posicion, y era ocupar la corriente superior de ambos rios, interceptando los víveres que bajaban por el Saona y el Ródano. Verdad es que el Oeste hubiera quedado descubierto, y los Lyoneses podian hacer correrías incesantes hácia San Estevan y Montbrison; pero todos los dias se anunciaba la llegada de los continjentes del Puy-de-Dome, y reunidas aquellas requisiciones, Dubois-Crancé podia redondear el bloqueo por parte del Oeste, escojiendo entonces el verdadero punto de ataque. Entre tanto se contentaba con estrechar al enemigo, cañonear la Cruz-Roja al Norte, y empezar las líneas al Este delante del puente de la Guillotiere. El acarreo de pertrechos era trabajoso y tardío, pues habian de venir de Grenoble, del fuerte Barraux, de Briançon, de Embrun, y tenian que atravesar hasta sesenta leguas de montañas. Estos acarreos estraordinarios solo podian verificarse por medio de requisicion forzada, poniendo en movimiento cinco mil caballos; pues tenian que llevarse à Lyon catorce mil bombas, treinta y cuatro mil balas de cañon, trescientas mil libras de pólvora, ochocientos mil cartuchos y ciento y treinta bocas de fuego.

Desde los primeros dias del sitio, se anunciaba la marcha de los Piamonteses que bajaban por el pequeño San Bernardo y Monte-Cenis. Kellermann marchó al instante, en vista de las instancias eficaces del departamento del Isere, y dejó al jeneral Dumuy para reemplazarle en Lyon, aunque solo en apariencia, porque Dubois-Crancé, representante y escelente injeniero, dirijia por sí todas las operaciones del sitio; y à fin de apresurar el alistamiento de los quintos, destacó al jeneral Nicolás con un corto cuerpo de caballería; pero lo cortaron en el Forez y lo entregaron á los Lyoneses. Entonces Dubois-Crancé mandó mil hombres de buenas tropas con el representante Javoques, cuya comision fué mas feliz, pues contuvo à los aristócratas de Montbrison y San Estévan, y alistó unos siete ú ocho mil campesinos que trajo al frente de Lyon. Dubois-Crancé los colocó en el Puente de Oullins, situado al noroeste de Lyon, de modo que interceptasen las comunicaciones de la plaza con el Forez. Llamó al diputado Reverchon, que habia reunido en Macon algunos miles de quintos, y lo colocó en lo alto del Saona al Norte. De este modo el bloqueo empezó à ser algo mas riguroso; pero las operaciones eran pausadas, y los ataques à viva fuerza

imposibles. Las fortificaciones de la Cruz-Roja entre el Ródano y el Saona, delante de cuyos rios se hallaba el cuerpo principal, no podian tomarse por asalto. Por la parte de Levante y en la orilla izquierda del Ródano, el puente Morand se hallaba defendido por un reducto en forma de herradura, construido con mucha intelijencia. Al Oeste, los cerros descollantes de Sainte-Foy y Fourvieres no podian tomarse sino con un ejército denodado, y por entonces no habia que pensar mas que en interceptar los víveres, estrechar la ciudad é incendiarla. Desde principios de agosto hasta mediados de setiembre, Dubois-Crancé no habia podido adelantar un punto mas, y en Paris se quejaban de su pausa, sin hacerse cargo de los motivos. Sin embargo, muchos eran los quebrantos causados à aquella desventurada ciudad. El incendio habia devorado la hermosa plaza de Bellecour, el arsenal, el barrio de Saint-Clair, el puerto del Temple, y sobre todo habia causado mucho daño al lindo edificio del Hospital, que se levanta á orillas del Ródano; pero los Lyoneses no resistian con menos teson. Habia corrido la voz entre ellos que cincuenta mil Piamonteses iban à llegar; los emigrados les hacian mil promesas, sin ir no obstante à tomar parte en sus afanes y peligros, y aquellos bizarros comerciantes, republicanos de buena fe, por su equivocada situacion, se veian reducidos à desear el auxilio aciago y vergonzoso de los emigrados y estranjeros. Sus arranques se manifestaron no una vez sola de un modo terminante, pues Precy, que quiso enarbolar la bandera blanca, se convenció muy pronto que no era posible. Para las necesidades del sitio se habia creado un papel obsidional, y reparando despues que habia flores de lis en la filigrana, hubo que recojerlo y fabricar otro. Luego los Lyoneses eran republicanos; mas el temor de las venganzas de la convencion y las fementidas promesas de Marsella, de Burdeos, de Caen, y sobre todo de los emigrados, los habian despeñado por un abismo de yerros y desventuras.

Mientras se alimentaban con la esperanza de ver llegar cincuenta mil Sardos, la convencion habia mandado à los representantes Couthon, Maignet y Chateauneuf-Randon que pasasen à Auvernia y departamentos confinantes para determinar un alistamiento jeneral, y Kellermann iba corriendo por los valles de los Alpes al encuentro de los Piamonteses.

Peregrina coyuntura era la que se venia à las manos para que los Piamonteses realizasen otra tentativa grandiosa y atrevida, que por

precision hubiera tenido un resultado feliz, y era reunir sus principales fuerzas en el pequeño San-Bernardo, y echarse sobre Lyon con cincuenta mil hombres. Sabido es que los tres valles de Sallenche, Tarantesa y Mauriena, adyacentes entre sí, jiran sobre sí mismos como en una especie de espiral, y que, saliendo del pequeño San-Bernardo, van à parar à Jinebra, Chambery, Lyon y Grenoble, no habiendo en todos mas que cuerpos franceses de escasa fuerza. Bajar rápidamente por uno de ellos, y venir à colocarse en su estremo inferior, era un medio seguro, segun todos los principios del arte, de cojer prisioneros à todos los destacamentos que se hallaban en aquellos montes. Poquísimo era de temer la inclinacion de los Saboyardos à los Franceses; puesto que con los asignados y requisiciones, no habian conocido mas que los gastos y violencias de la libertad. El duque de Montferrat, encargado de la espedicion, solo tomó consigo veinte ó veinte y cinco mil hombres, mandó un cuerpo por su derecha al valle de Sallenche, bajó con su cuerpo principal por la Tarantesa, y dejó que el jeneral Gordon, con el ala izquierda, recorriese la Mauriena. Tal fué su lentitud, que su movimiento empezó el 14 de agosto, y duró hasta setiembre, al paso que los Franceses, aunque muy inferiores en número, opusieron la mas reñida resistencia, haciendo durar la retirada diez y ocho dias. El duque de Montferrat, luego que llegó à Moustier, trató de unirse con Gordon en la cordillera del Gran-Lobo, que separa los valles de la Tarantesa y Mauriena, no ocurriéndole descolgarse ejecutivamente sobre Conflans, punto de reunion de los valles. Esta pesadez, y su escasa fuerza de veinte y cinco mil hombres, prueban cuáles eran sus deseos de acudir à Lyon.

Entretanto, Kellermann, que habia llegado corriendo de Grenoble, habia juntado los guardias nacionales del Isere y departamentos contiguos, reanimando à los Saboyardos, que empezaban à temer las venganzas del gobierno piamontés, y habia logrado reunir unos doce mil hombres. Entonces mandó reforzar el cuerpo del valle de Sallenche, y marchó à Conflans à la salida de los dos valles de la Tarantesa y Mauriena. En este momento, los Piamonteses recibian la órden de marchar adelante, mas Kellermann se les anticipó, se atrevió à atacarlos en la posicion de Espierre, que habian tomado en la cordillera del Gran-Lobo, à fin de comunicarse entre ambos valles, y no pudiendo tomarla de frente, la hizo cercar por un destacamento, que, si bien compuesto de soldados

medio desnudos, estremó sin embargo sus heroicos alientos, y à fuerza de brazos subió los cañones à unas alturas casi inaccesibles. De repente, la artilleria francesa hizo fuego sobre la cabeza de los Piamonteses despavoridos; Gordon se retiró al instante à San Miguel en el valle de Mauriena, y el duque de Montferrat volvió à situarse en medio del de la Tarantesa; pero Kellermann le hizo hostigar por sus costados, le obligó à subir à San Mauricio y à San Jerman, y por último, el 4 de octubre, le arrojó allende los Alpes. Y de este modo se frustró la campaña corta y feliz que los Piamonteses hubieran podido hacer desembocando con una hueste doble y bajando por un solo valle sobre Chambery y Lyon, por las mismas razones que burlaron todas las tentativas de los aliados, y habian salvado la república.

Al propio tiempo que los Sardos tenian que abandonar los Alpes, los tres diputados en comision al Puy-de-Dome para ejecutar un alistamiento universal, sublevaron los campos, predicando una especie de cruzada, y persuadiendo que Lyon, lejos de defender la causa republicana, era el punto de reunion de los emigrados y estranjeros. El paralítico Couthon, rebosando de una actividad que no entorpecian sus achaques, promovió un movimiento jeneral; mandó primero à Maignet y Chateauneuf con una columna de doce mil hombres, y se quedó atrás para traer otra de veinte y cinco mil, y hacer las requisiciones de víveres necesarios. Dubois-Crancé colocó las tropas nuevas por la parte del Oeste, hácia Sainte-Foy, completando de este modo el bloqueo. Al mismo tiempo recibió un destacamento de la guarnicion de Valenciennes que, segun los tratados, no podia, como la de Maguncia, servir sino en el interior; colocó destacamentos de tropas veteranas delante de los quintos, de modo que formasen cabezas sólidas de columnas. Su ejército se componia entonces de unos veinte y cinco mil quintos y de ocho ú diez mil soldados aguerridos.

El 24, à media noche, hizo tomar el reducto del puente de Oullins, que conducia à la falda de los cerros de Sainte-Foy. Al dia siguiente, el jeneral Doppet, saboyano que habia descollado à las órdenes de Carteaux, en la guerra contra los Marselleses, llegó para reemplazar à Kellermann, à quien acababan de deponer à causa del apocamiento de su espiritu, y solo le habian prolongado el mando por algunos dias para que pudiese concluir su espedicion contra los Piamonteses. El jeneral Doppet acordó luego con Du-

bois-Crancé el asalto de los cerros de Sainte-Foy, é hiciéronse todos los preparativos en la noche del 28 al 29 de setiembre. Dirijiéronse à la par avances al norte hácia la Cruz-Roja, al este, enfrente del puente de Morand, al mediodía, por el de la Mulatiere, que está mas abajo de la ciudad en la confluencia del Saona con el Ródano, debiendo verificarse el ataque recio por el puente de Oullins contra Sainte-Foy. Este no principió hasta el 29 à las cinco de la madrugada, una hora ó dos despues de los otros tres. Doppet inflama à sus soldados, y se arroja con ellos sobre el primer reducto, arrollándolos hasta el segundo con el mayor denuedo. Toman el grande y pequeño Sainte-Foy, al mismo tiempo que la columna arrojada al puente de la Mulatiere logra apoderarse de él, y se interna hasta el ismo, en cuya punta se juntan los dos rios, y ya iba à penetrar dentro de Lyon, cuando Precy acude con su caballería, logra rechazarla, y salva la plaza. El comandante de artillería Vaubois, que habia dirijido un ataque reñidísimo contra el puente de Morand, se metió en el reducto de la herradura, pero tuvo que desampararlo.

De todos estos asaltos, solo uno se habia logrado por entero, pero era el principal, el de Sainte-Foy. Ahora era preciso pasar de los cerros de Sainte-Foy à los de Fourvieres, mucho mas fortificados y difíciles de tomar. La opinion de Dubois-Crancé, que obraba sistemáticamente y como sabio militar, era no esponerse al trance de otro empeño, por las razones siguientes: sabia que los Lyoneses, reducidos à comer harina de guisantes, solo tenian víveres por algunos dias, y que en breve no les quedaria mas recurso que rendirse. Los habia visto muy valientes en la defensa de la Mulatiere y del puente de Morand, y de consiguiente recelaba que el ataque à los cerros de Fourvieres no se malograse, y que un descalabro le obligase à levantar el sitio desorganizando su ejército. «Lo que puede hacerse, decia, mas apetecible para sitiados valientes y desesperados, es brindarlos con la ocasion de salvarse por medio de una pelea. Perezcan mas bien por algunos dias de hambre.»

En este momento, 2 de octubre, llegaba Couthon con una nueva fuerza de veinte y cinco mil labradores de Auvernia. «Llego, decia, con mis peñascos de la Auvernia, y voy à arrojarlos al arrabal de Vaise.» Halló à Dubois-Crancé en medio de un ejército de que era caudillo absoluto, en el que habia establecido las reglas de la subordinacion militar, y en el que llevaba mas amenudo el uni-

forme de jeneral que el de representante del pueblo. Mucho se indignó Couthon al ver un representante que sustituia à la igualdad la jerarquía militar, y sobre todo no quiso oir hablar de guerra regular. «Nada entiendo de táctica, dijo, llego con el pueblo, y su santa saña lo hará todo. Aplanemos à Lyon con nuestras moles, y tomémoslo de asalto. Ademas he prometido à los labradores que les daria licencia el lúnes para que acudan à la vendimia.» Era entonces mártes, y Dubois-Crancé, hombre del oficio, despreciaba à aquellos campesinos hacinados y mal armados, pues estaba acostumbrado à mandar à tropas disciplinadas: en vista de esto, propuso escojer entre ellos à los mas jóvenes, incorporarlos en los batallones ya organizados, y despedir à los demás. Couthon no quiso dar à oidos à ninguno de estos consejos que dictaba la prudencia, haciendo decidir que se atacaria la ciudad inmediatamente por todos los puntos con los sesenta mil hombres de que se disponia, pues esta era la fuerza de que constaba el ejército con el nuevo alistamiento; y al mismo tiempo escribió à la junta de salvacion pública para que apease à Dubois-Crancé. En el consejo de guerra se resolvió el ataque para el 8 de octubre.

En este intermedio llegó la deposicion de Dubois-Crancé y de su compañero Gauthier. Los Lyoneses veian con horror à Dubois-Crancé, encarnizado por espacio de dos meses contra la ciudad, y decian que no querian rendirse à él. El dia 7, les intimó Couthon por última vez la rendicion, y les escribió que à él y à los representantes Maignet y Laporte encargaba la convencion los afanes del sitio. Suspendióse el fuego hasta las cuatro de la tarde, y volvió à empezar entonces con estremada furia; ya iban à prepararse al asalto, cuando se presentó una diputacion à negociar en nombre de los Lyoneses. Parece que el objeto de esta negociacion era dar tiempo à Precy y à dos mil habitantes de los mas comprometidos para salvarse en columna cerrada, y en efecto se aprovecharon de esta coyuntura saliendo por el arrabal de Vaise con el objeto de retirarse à Suiza.

Apenas principiaron las conferencias, cuando una columna republicana penetró hasta el arrabal de San Justo, y de consiguiente ya no era tiempo de imponer condiciones, que, por otra parte no eran del agrado de la convencion. El ejército entró el dia 9, con los representantes à la cabeza. Los habitantes se ocultaron, pero todos los montañeses perseguidos salieron en tropel al encuentro

del ejército victorioso, componiéndole una especie de triunfo popular. El jeneral Doppet hizo observar la mas estrecha disciplina à sus tropas, dejando al cargo de los representantes el satisfacer por sí mismos en esta desgraciada ciudad las venganzas revolucionarias.

Entretanto, Precy, con sus dos mil fujitivos, marchaba hácia la Suiza. Pero previendo Dubois-Crancé que este seria su único recurso, habia puesto guardias en todos los caminos, y así es que los infelices Lyoneses se vieron perseguidos, dispersos y muertos por los labradores, de modo que solo ochenta, con Precy, lograron pisar el territorio helvético.

Apenas entró Couthon en la ciudad, restableció el ayuntamiento montañés, dándole la comision de pesquisar y señalar los rebeldes, y encargó à una junta popular el sentenciarlos militarmente. En seguida escribió à Paris que habia en Lyon tres clases de habitantes: 1°. los ricos culpados; 2°. los ricos egoistas; 3°. los jornaleros ignorantes, desprendidos de toda especie de causa, y tan incapaces del bien como del mal; que era forzoso guillotinar à los primeros, arrasando sus casas, hacer contribuir à los segundos con todos sus haberes, desterrar à los últimos, y reemplazarlos con una colonia republicana.

La toma de Lyon produjo en Paris el mayor alborozo, y fué una compensacion de las infaustas nuevas de fines de setiembre. Sin embargo, à pesar del triunfo, se quejaron de la pesadez de Dubois-Crancé, se le imputó la fuga de los Lyoneses por el arrabal de Vaise, fuga que por otra parte no habia salvado mas que à ochenta. Couthon sobre todo le acusó de haberse hecho caudillo absoluto en su ejército, de haberse presentado mas à menudo con su uniforme de jeneral que con el de representante, de haber hecho alarde de táctico, y en fin de haber hecho prevalecer el sistema de los sitios arreglados sobre el de los avances en globo. Al instante los jacobinos formaron sumaria à Dubois-Crancé, cuya actividad y denuedo habian hecho tan importantes servicios en Grenoble, en el Mediodía y delante de Lyon. Al mismo tiempo, la junta de salvacion pública estendió decretos terribles para que la autoridad de la convencion fuese mas formidable y mejor obedecida. Este decreto lo presentó Barrere, y se espidió sin pérdida de tiempo. Decia así:

« ARTICULO 1°. La convencion nacional nombrará, à propuesta

de la junta de salvacion pública, una comision de cinco representantes del pueblo, que sin demora se trasladarán à Lyon para prender y sentenciar militarmente à todos los contrarevolucionarios que han tomado las armas en aquella ciudad.

« 2º. Todos los Lyoneses quedarán desarmados, y las armas se entregarán à cuantos no hayan tomado parte en la rebelion, y à los defensores de la Patria.

« 3º. La ciudad de Lyon quedará asolada.

« 4º. No se conservarán mas que las casas de los pobres, las fábricas, los talleres de artes, los hospitales, los monumentos públicos y los de instruccion.

« 5º. Esta ciudad dejará de llamarse Lyon, y tomará el nombre de « Pueblo libre » (« Commune-affranchie »).

« 6º. Sobre las ruinas de Lyon se levantará un monumento en que se leerán las palabras : « ¡ Lyon hizo la guerra à la Libertad, Lyon ya no existe ! (*). »

Desde luego se anunció à entrambos ejércitos del Norte y de la Vendea la noticia de la toma de Lyon, pues como en ellos habian de darse los golpes decisivos, se les exhortaba à imitar el ejército de Lyon. Decíase al ejército del Norte: « El estandarte de la libertad tremola en los muros de Lyon y los purifica. Este es el presajio de la victoria, y la victoria es hija del valor. Vuestra es : ¡ herid, esterminad à los satélites de los tiranos !.. ¡ La patria os contempla, la convencion ensalza vuestros jenerosos sacrificios; dentro de algunos dias, los tiranos ya no existirán, y la república os deberá su gloria y felicidad ! » Decíase à los soldados de la Vendea : « Y vosotros tambien, valientes soldados, alcanzaréis una victoria ; ya hace bastante tiempo que la Vendea incomoda à la república ; ¡ marchad, herid, acabad ! Todos nuestros enemigos han de naufragar à un mismo tiempo: todos los ejércitos van à vencer. ¿Seriais los últimos en recojer laureles, en merecer la gloria de haber esterminado à los rebeldes y salvado la patria? »

La junta, segun vemos, nada omitia para sacar el mayor partido de la toma de Lyon, que era con efecto de suma importancia. Dejaba libre el Levante de Francia de los residuos de la sublevacion, desesperanzando à los emigrados que maquinaban en Suiza y en el Piamonte, y que en lo sucesivo no podian contar con llamada alguna. Enfrenaba al Jura, afianzaba la espalda al ejército

(*) Decreto del dia 18 del primer mes del año II. de la República.

del Rin, franqueaba à Tolon y à los Pirineos auxilios de hombres y de enseres absolutamente indispensables; arredraba à todas las ciudades que habian abrigado el intento de sublevarse, asegurando su definitivo rendimiento.

El punto adonde la junta asestaba su pujanza era en el Norte, precisando à jenerales y soldados à dar pruebas de mayor denuedo que en cualquiera otra parte. Mientras Custine perecia en un cadalso, enviaban à Houchard al tribunal revolucionario, por no haber hecho en Dunkerque todo lo que hubiera podido. Las últimas reconvenciones hechas en setiembre à la junta la habian obligado à renovar todos los estados mayores, en términos que acababa de reorganizarlos encumbrando subalternos à los grados mas eminentes. Houchard, coronel al principio de la campaña, y jeneral en jefe antes de acabarse, se hallaba ahora sindicado ante el tribunal revolucionario; Hoche, mero oficial en el sitio de Dunkerque, y promovido en el dia al mando del ejército del Mosela; Jourdan, jefe de batallon, luego comandante jeneral del centro en la jornada de Hondschoote, y en fin, nombrado jeneral en jefe del ejército del Norte, eran ejemplos esplendorosos de las alternativas de fortuna en los ejércitos republicanos. Aquellas rápidas promociones no permitian que soldados, oficiales y jenerales tuviesen tiempo de conocerse y de inspirarse mutua confianza; pero daban un concepto formidable de aquella voluntad que disponia así de todas las existencias, no solo en el caso de traicion probada, sino solo por una sospecha, una falta de eficacia, una media victoria, resultando de esto una adhesion absoluta por parte de los ejércitos, y esperanzas sin límites en las índoles dotadas de bastante arrojo para arrostrar los peligros del baston de jeneral.

A esta época se deben los primeros adelantos del arte de la guerra. No hay duda que en todos tiempos habian practicado los principios de este arte los capitanes que hermanaban el denuedo con el teson, y no hacia mucho que Federico acababa de dar el ejemplo de las mas acertadas combinaciones estratéjicas. Pero luego que el hombre de númen desaparece para dejar cabida à los hombres ordinarios, el arte de la guerra vuelve al sistema del miramiento y del carril trillado. Peléase eternamente por la defensa ó el ataque de una línea, se llega al grado de calcular las ventajas de un terreno, elijiendo para él la especie de arma que mas le cuadra; pero con todos estos medios se batalla años enteros por una provincia,

que un capitan arrojado ganaria en una maniobra, y aquella cordura de la medianía sacrifica mas sangre que la temeridad del númen, porque consume hombres sin resultado. Así lo habian practicado los sabios tácticos de los ejércitos aliados. A cada batallon oponían otro, guardaban todos los caminos que amenazaba el enemigo, y cuando con una marcha arrojada hubieran podido destruir la revolucion, no se atrevian à dar un paso por la zozobra de descubrirse. El arte de la guerra debia rejenerarse colmadamente, pues macizar una mole, envalentonarla, y trasponerla allende un rio, ó una cordillera, y asaltar à un enemigo soñoliento, dividiendo sus fuerzas, atajándole sus recursos, tomándole su capital, era un arte arduo y grandioso que requeria númen, y no podia descollar sino sobre el hervidero revolucionario.

La revolucion, al poner en movimiento todos los ánimos, labró la época de las recónditas combinaciones militares. En primer lugar, dió por su causa impulsos à moles enormes, y mucho mas ajigantadas que cuantas tomaron parte en la coligacion de los reyes. Encendió luego el anhelo ansioso de triunfos estraordinarios, orillando las refriegas pausadas y metódicas, y sujirió la ocurrencia de irrupciones repentinas y multiplicadas en un mismo punto. Decíase por todas partes: fuerza es pelear por moles,y este era el alarido de los soldados en todas las fronteras y de los jacobinos en las sociedades. Couthon, al llegar à Lyon, habia respondido à todas las razones de Dubois-Crancé diciendo que era preciso dar el asalto en globo. En fin Barrere habia estendido un informe elegante, probando que la causa de nuestros reveses no era otra que las refriegas parciales. De consiguiente, la revolucion macizando moles osadas, ajenas de todo carril añejo, y empapándolas en el espíritu y el arrojo de las innovaciones, labró el restablecimiento de la guerra en grande, y este trueque no cabia sin desconcierto. Los campesinos y jornaleros trasladados à los campos de batalla no podian manifestar desde luego mas que ignorancia, indisciplina y terrores pánicos, efectos naturales de escasa ó ninguna organizacion. Los representantes que solian acudir à los campamentos para promover en ellos las pasiones revolucionarias, requerian casi un imposible, portándose inicuamente con los bizarros jenerales. Dumouriez, Custine, Houchard, Brunet, Canclaux y Jourdan perecieron ó se retiraron, huyendo de aquel huracan; pero en un mes, los tales jornaleros, antes jacobinos declamadores, se trocaban en soldados

mansos y bizarros; aquellos representantes infundian un arrojo y avenencia estraordinaria à losejércitos; y à fuerza de exijencias y mutaciones, hallaban en fin los pechos osados y propios de las circunstancias.

Por último vino un hombre capaz de entonar aquel gran movimiento, y este hombre fué Carnot. Oficial de injenieros en otro tiempo, luego vocal de la convencion y de la junta de la salvacion pública, participando hasta cierto punto de su inviolabilidad, pudo à su salvo coordinar operaciones demasiado aisladas, y sujetarlas à una combinacion que antes de él ningun ministro se hubiera atrevido à intentar. Una de las causas principales de nuestros reveses anteriores era la confusion, compañera inseparable de los grandes trastornos. La junta establecida, y ya irresistible, y revestido Carnot de todo el poderío de la junta, se obedeció sin dificultad al hombre cuerdo que, calculando el conjunto de todo el plan, prescribia movimientos enteramente coordinados entre sí y dirijidos al mismo objeto. Ya no podian obrar los jenerales cada uno por su parte, como lo habian verificado Dumouriez y Custine, atrayendo à sí toda la guerra y vinculándose los medios de ejecutarla. Ni podian tampoco los representantes mandar ni oponerse à ningun movimiento, ni modificar las órdenes superiores. Era forzoso obedecer al albedrío supremo de la junta, y conformarse con el plan uniforme que habia prescrito. Colocado en el centro, dominando todas las fronteras, el alma de Carnot se engrandeció, ideó planes estensos, en que el tino se hermanaba con el arrojo, y en prueba de ello, citarémos la instruccion enviada à Houchard. No hay duda que en sus planes se notaban à veces los inconvenientes de tareas de gabinete: cuando llegaban sus órdenes, no siempre cuadraban con los sitios, ni podian ejecutarse inmediatamente; pero compensaban estos defectos parciales con el acierto del conjunto en todas sus partes, afianzándonos el año siguiente triunfos universales.

Carnot habia acudido à la frontera del Norte para ver à Jourdan, pues habia resuelto se atacase con osadía al enemigo, por mas que pareciese formidable. Carnot pidió un plan al jeneral para juzgar de sus alcances, y conciliar sus miras con las de la junta, ó por mejor decir, con las suyas. Los aliados, al volver de Dunkerque hácia el centro de la línea, se habian reunido entre el Escalda y el Mosa, y formaban una mole formidable que podia

dar golpes decisivos. Ya dimos à conocer el teatro de la guerra. Muchas líneas cortan el espacio comprendido entre el Mosa y el mar: el Lys, el Escarpa, el Escalda y el Sambra. Los aliados, al tomar à Condé y Valenciennes, se habian afianzado dos puntos importantes en el Escalda. Quesnoy, de que acababan de apoderarse, les proporcionaba un arrimo entre el Escalda y el Sambra; pero no tenian ninguno en el mismo Sambra, y por lo mismo pensaron en Maubeuge, que, por su posicion à orillas de aquel rio, les hubiera hecho casi enteramente dueños del espacio comprendido entre él y el Mosa. Al principio de la campaña inmediata, Valenciennes y Maubeuge les hubieran dado un quicio escelente de operaciones, y su campaña de 1793 no les hubiera sido enteramente infructuosa. De consiguiente su último intento se cifró en ocupar à Maubeuge.

Por parte de los Franceses, que ya empezaban à despejarse y esmerarse en combinaciones, se trató de romper por Lila y Maubeuge sobre ambas alas del enemigo, y acorralándolo, se creyó fácil arrollar el centro. Con esta operacion se esponian los Franceses à recibir todo el empuje contra una ala, dejándole toda la ventaja de su mole; pero habia por cierto en este arranque menos vulgaridad que en el método anterior. Entretanto lo mas urjente era socorrer à Maubeuge, y Jourdan, dejando como cincuenta mil hombres en los campos de Gavrelle, de Lila y Casel, para formar su ala izquierda, reunió en Guisa la mayor fuerza posible. Ya habia compuesto una hueste hasta de cuarenta y cinco mil hombres organizados, y hacia rejimentar con todo ahinco à los nuevos reclutas de la requisicion permanente, pero estos eran tan despreciables, que fué preciso dejar destacamentos de tropa de línea para guardarlos. De consiguiente Jourdan fijó en Guisa el acuartelamiento de todos los reclutas, y se adelantó en cinco columnas al socorro de Maubeuge.

Ya el enemigo habia cercado la plaza. Como las de Valenciennes y Lila, la sostenia un campamento atrincherado, sobre la orilla izquierda del Sambra, por el mismo lado por donde venian los Franceses. Las divisiones de los jenerales Desjardins y Mayer guardaban el cauce del Sambra, una mas arriba, otra mas abajo de Maubeuge. El enemigo, en vez de avanzar en dos moles cerradas, echando à Desjardins en Maubeuge, y à Mayer atrás hácia Charleroi, en donde se hubiera visto cortado, pasó el Sambra en cortas

columnas, y dejó que las dos divisiones referidas se formasen en el campo atrincherado de Maubeuge. Mucho se habia conseguido con separar à Desjardins de Jourdan, no dejándole aumentar el ejército activo de los Franceses; pero permitiendo que Mayer se juntase con Desjardins, se les habia dejado formar junto à Maubeuge un cuerpo de veinte mil hombres que podia desempeñar otras empresas que las de mera guarnicion, sobre todo al acercarse el grande ejército de Jourdan. Sin embargo, la dificultad de mantener tantas fuerzas reunidas era un inconveniente sumo para Maubeuge, y podia hasta cierto punto disculpar à los jenerales enemigos de haber permitido su incorporacion.

El príncipe de Coburgo colocó à los doce mil Holandeses en la orilla izquierda del Sambra, y trató de incendiar los almacenes de Maubeuge para aumentar la penuria, mandando al jeneral Colloredo à la orilla derecha, y encargándole el cerco del campamento atrincherado. Delante de Colloredo, Clerfayt formó el cuerpo de observacion con tres divisiones, debiéndose oponer à la marcha de Jourdan. Los aliados contaban con unos sesenta y cinco mil hombres.

El príncipe de Coburgo, con un tantillo de arrojo y tino, hubiera podido dejar quince ó veinte mil hombres para contener à Maubeuge; en seguida hubiera marchado contra Jourdan con cuarenta y cinco ú cincuenta mil hombres, y le hubiera arrollado infaliblemente; porque, con la ventaja de la ofensiva y número igual, sus tropas habian de poder mas que las nuestras aun mal organizadas. En vez de ocurrirle este plan, el príncipe de Coburgo dejó unos treinta y cinco mil hombres al rededor de la plaza, y se quedó en observacion con unos treinta mil en las posiciones de Dourlers y Watignies.

En este estado bien hubiera podido el jeneral Jourdan atravesar por un portillo la línea ocupada por el cuerpo de observacion, marchar contra Colloredo que cercaba el campamento atrincherado, ponerle entre dos fuegos, y despues de arrollado, juntarse con todo el ejército de Maubeuge, formar con él una mole de sesenta mil hombres, y arrollar à todos los aliados colocados en la orilla derecha del Sambra. Para esto debíase atacar à Watignies, punto mas endeble, con una sola columna; pero dirijiéndose esclusivamente por este lado, se dejaba descubierto el camino de Avesnes, que iba à parar à Guisa, en donde se hallaba nuestro

eje, y el sitio de reunion de todos los depósitos. Prefirió un plan mas cuerdo el jeneral francés, pero menos trascendental, é hizo atacar al cuerpo de observacion por cuatro puntos, de modo que se conservase siempre el camino de Avesnes y Guisa. A su izquierda destacó la division Fromentin hácia Saint-Waast, con órden de marchar entre el Sambra y la derecha del enemigo. El jeneral Balland, con algunas baterías, hubo de colocarse en el centro delante de Doulers, para contener à Clerfayt con vivísimo fuego de cañon. El jeneral Duquesnoy marchó con la derecha hácia Watignies, que formaba la izquierda del enemigo algo mas atrás de la posicion central de Dourlers, cuyo punto se hallaba ocupado por un cuerpo muy escaso. La cuarta division, que era la del jeneral Beauregard, colocada mas allá de la derecha, hubo de apoyar al jeneral Duquesnoy en su ataque contra Watignies. Estos diversos movimientos, que se verificaron el 15 de octubre por la mañana carecian del eslabonamiento adecuado, sin dirijirse à los puntos decisivos. El jeneral Fromentin tomó à Saint-Waast; pero no habiendo tenido la precaucion de ladear el bosque para ponerse à cubierto de la caballería, se le atacó y echó en el barranco de Saint-Remy. En el centro, donde creian que Fromentin era dueño de Saint-Waast, y donde sabian que la derecha se habia acercado à Watignies, quisieron pasar adelante, y en vez de bombardear à Dourlers, se trató de tomarlo, segun opinion, al parecer, de Carnot, quien decidió el ataque à pesar del jeneral Jourdan. Nuestra infantería se arrojó al barranco que la separaba de Dourlers, trepó al cerro con un fuego ejecutivo, y llegó à un páramo donde tenia à su frente una artillería formidable, y à sus costados, mucha caballería en el disparador para embestirla. En este mismo instante, un nuevo cuerpo, que acababa de derrotar à Fromentin, la amenazaba con atajarla por su izquierda. El jeneral Jourdan se espuso al mayor peligro para mantenerla, pero cedió, se arrojó desordenadamente al barranco, y tuvo la felicidad de volver à sus posiciones sin ser perseguido. Costábanos ya cerca de mil hombres esta tentativa, y nuestra izquierda habia perdido su artillería. Solo el jeneral Duquesnoy, à la derecha, habia logrado su objeto, acercándose à Watignies.

Tras este empuje, los Franceses se fueron haciendo cargo de su posicion, y vieron que Dourlers se hallaba con sobrado resguardo para encaminar el avance principal por este rumbo; que

Watignies, guardado apenas por el jeneral Tercy, y colocado detrás de Dourlers, era fácil de tomar, y que una vez ocupado este pueblo por nuestras fuerzas principales, se allanaba la posesion de Dourlers. De consiguiente, Jourdan destacó seis ó siete mil hombres hácia su derecha, para reforzar al jeneral Duquesnoy, mandando à Beauregard, demasiado distante con su cuarta columna, que marchase de Eule à Obrechies, de modo que entablase un conato concéntrico sobre Watignies, junto con Duquesnoy; pero insistió en continuar su demostracion sobre el centro, haciendo marchar à Fromentin hácia la izquierda, à fin de abrazar todo el frente del enemigo.

Rompióse el avance al dia siguiente 16, y nuestra infantería se presentó en Watignies saliendo por los tres lugares de Dinant, Demichaux y Choisy. Los granaderos austríacos, que unian Watignies à Dourlers, fueron desalojados y arrojados à los bosques. Contuvo à su caballería nuestra artillería lijera dispuesta con acierto, y Watignies quedó en nuestro poder. El jeneral Beauregard, menos feliz, fué sorprendido por una brigada que los Austríacos habian destacado contra él y su tropa; abultando las fuerzas del enemigo, se desbarató, y cedió parte del terreno. En Dourlers y Saint-Waast, se habian contenido recíprocamente; pero se habia tomado à Watignies, y esto era lo esencial, y Jourdan, para afianzar su posesion, reforzó su derecha con cinco ú seis mil hombres. Coburgo, demasiado pronto en ceder al peligro, se retiró, à pesar del triunfo alcanzado contra Beauregard y de la llegada del duque de York, que venia à marchas forzadas del otro lado del Sambra. Es probable que el recelo de que los Franceses se uniesen con los veinte mil hombres del campo atrincherado no le permitiese ocupar por mas tiempo la orilla derecha del Sambra, y no hay duda que si el ejército de Maubeuge, al estruendo del cañon de Watignies, hubiese atacado al cuerpo endeble del cerro, tratando de marchar hácia Jourdan, hubieran podido derrotar à los aliados. Pedíanlo con alaridos los soldados, pero se opuso el jeneral Ferrand, y al jeneral Chancel, à quien sin razon creyeron culpado en este hecho, se le envió al tribunal revolucionario. El ataque feliz de Watignies decidió el descerco de Maubeuge, como el de Hondschoote decidiera el de Dunkerque: llamósele victoria de Watignies, y produjo en los ánimos entrañable sensacion.

Los aliados se hallaban pues concentrados entre el Escalda y el

Sambra. Al instante la junta de salvacion pública quiso sacar partido de la victoria de Watignies, del desaliento que habia causado al enemigo, del denuedo que habia infundido à nuestro ejército, y resolvió ahincar mas y mas su conato para que antes del invierno los aliados saliesen del territorio con el quebranto de una campaña absolutamente malograda. Pero la opinion de Jourdan y Carnot era opuesta à la de la junta, juzgando que las lluvias, ya muy abundantes, el mal estado de los caminos, el cansancio de las tropas, eran razones mas que suficientes para invernar, aconsejando que se emplease esta cruda estacion en disciplinar y organizar el ejército. Con todo, la junta insistió para que se despejase el territorio, diciendo que en esta estacion una derrota no podria acarrear graves resultados. Segun la aprension ideada nuevamente de maniobrar por las alas, mandó la junta que por una parte se marchase por Maubeuge y Charleroi, por otra por Cysaing, Maulde y Turnay, atajando al enemigo en el territorio que habia invadido. Firmóse el decreto el 22 de octubre, diéronse las órdenes consiguientes, y el ejército de las Ardenas debió incorporarse à Jourdan, las guarniciones de las plazas fuertes debieron salir, reemplazándolas con las nuevas requisiciones.

Acababa de darse nueva actividad à la guerra de la Vendea. Ya dijímos que Canclaux habia retrocedido à Nantes, y que las columnas de la Alta-Vendea se habian retirado à Angers y à Saumur. Antes que se tuviese noticia de los nuevos decretos que mancomunaban los dos ejércitos de la Rochela y de Brest en uno solo, confiriendo el mando al ieneral Lechelle, Canclaux dispuso un nuevo movimiento ofensivo. La guarnicion de Maguncia ya estaba reducida por la guerra y las enfermedades à nueve ó diez mil hombres. La division de Brest, que habian derrotado à las órdenes de Beysser, se hallaba casi desorganizada. A pesar de estas consideraciones, Canclaux resolvió emprender una marcha muy arrojada, en el centro de la Vendea, y al mismo tiempo pidió encarecidamente à Rossignol, que le ayudase con su ejército. Este jeneral juntó al instante un consejo de guerra en Saumur el 2 de octubre, en el que hizo acordar que las columnas de Saumur, de Thouars y de la Chategneraye, se reunirian el dia 7 en Bressuire, marchando desde allí à Chatillon, para que su ataque coincidiese con el de Canclaux, y mandó al propio tiempo à las columnas de Luçon y los Sables que permaneciesen en la defensiva à causa de sus últimos

reveses, y de los peligros que las amagaban por la parte de la Baja-Vendea.

Entretanto Canclaux se habia puesto en marcha el 1º de octubre, y habia llegado à Montaigu, enviando descubiertas hasta San-Fuljencio para tratar de eslabonarse por su derecha con la columna de Luçon, en el caso en que lograse tomar de nuevo la ofensiva. Rebosando de ardimiento por el buen éxito de su marcha, dió la órden el dia 6 al jeneral Kleber, que seguia mandando la vanguardia, que se trasladase con ella à Tiffauges. Cuatro mil Maguncianos encontraron al ejército de Elbée y de Bonchamps en San-Sinforiano, y lo derrotaron despues de una lid sangrienta. Aquella misma tarde, llegó el decreto que deponia à Canclaux, Aubert-Dubayet y Grouchy. Sumo fué el desabrimiento que causó esta órden en la columna de Maguncia, y no menor la ira de Philippeaux, Gillet, Merlin y Rewbell, al ver privado el ejército de un escelente jeneral en el trance de quedar espuesto en el centro de la Vendea. No hay duda que rdunir el mando del Oeste en una sola mano era providencia acertada, pero se debia escojer à otro individuo para sobrellevar aquel peso. Lechelle era tan ignorante como cobarde, dice Kleber en sus memorias, y ni una sola vez se espuso al fuego. De subalterno en el ejército de la Rochela, se le ascendió de repente, como à Rossignol, à causa de su reputacion de patriotismo, pero no sabian que, careciendo del injenio natural de Rossignol y de su bizarría, era tan mal soldado como torpe jeneral. Mientras se aguardaba su llegada, Kleber tomó el mando, y el ejército siguió en las mismas posiciones de Montaigu y Tiffauges.

Lechelle llegó el 8 de octubre, y se tuvo un consejo de guerra en su presencia. Se acababa de tener noticia de la marcha de las columnas de Saumur, de Thouars y de la Chategneraye hácia Bressuire; acordaron pues que se continuaria la marcha hácia Cholet, en donde se incorporarian con las tres columnas reunidas en Bressuire, y al mismo tiempo se mandó al resto de la division de Luçon que se dirijiese hácia el punto de reunion jeneral. Nada comprendió Lechelle de los argumentos de los jenerales, y todo lo aprobó, diciendo: « Es preciso marchar majestuosamente y en globo ». Kleber recojió su mapa con desprecio, y Merlin dijo que habian escojido al hombre mas ignorante para enviarle al ejército mas comprometido. Desde este momento, Kleber quedó encargado, por disposicion de los representantes, de dirijir por sí solo las opera-

ciones, ciñéndose por mera formalidad à dar parte à Lechelle, quien se aprovechó de este arreglo para quedarse à gran distancia del campo de batalla. Lejos del peligro, detestaba à los valientes que peleaban por él, pero à lo menos dejaba que lidiasen cómo y cuándo tenian por conveniente.

Viendo Charette en este momento los peligros à que estaban espuestos los caudillos de la Alta-Vendea, se separó de ellos, pretestando falsos motivos de descontento, y se aproximó à la costa, con la mira de apoderarse de la isla de Noirmoutiers, lo que consiguió el dia 12, por efecto de una sorpresa y por la traicion del jefe que la mandaba. De este modo afianzaba su division, mancomunándose con los Ingleses; pero dejaba al ejército de la Alta-Vendea espuesto à una destruccion casi inevitable. Por el bien de la causa comun podia tomar mejores disposiciones, por ejemplo, atacar la columna de Maguncia por la espalda, y acaso destruirla. Los caudillos del ejército grande le escribieron cartas y mas cartas para recabar esta determinacion, pero no recibieron la menor respuesta.

Aquellos desventurados caudillos de la Alta-Vendea se hallaban acosados por todas partes. Las columnas republicanas que habian de reunirse en Bressuire se encontraron allí en la época señalada, y el dia 9 se encaminaron hácia Chatillon, y dando en el camino con el ejército de Lescure, lo desbarataron. Westermann, à quien se le habia devuelto el mando, se hallaba à la vanguardia al frente de algunos centenares de hombres, y fué el primero que entró en Chatillon el 9 por la tarde. Todo el ejército llegó al dia siguiente. Durante este movimiento, Lescure y Larochejacquelein habian llamado en su auxilio al ejército grande, que no estaba lejos de ellos, porque hallándose ya muy apurados en el centro del pais, peleaban muy cerca unos de otros, y en su vista, todos los jenerales reunidos resolvieron marchar hácia Chatillon, poniéndose en movimiento el dia 11. Westermann salia ya de Chatillon para Mortagne con quinientos hombres de vanguardia, y no creyendo que tenia à su frente à todo un ejército, no pidió desde luego grandes auxilios à su jeneral. Pero viéndose atacado de repente, tuvo que retroceder aceleradamente, y volvió à entrar en Chatillon con su tropa. Entonces todo fué desconcierto en la ciudad, y el ejército republicano la abandonó precipitadamente; pero Westermann se reunió con el jeneral en jefe Chalbos, y llamando à sí à algunos va-

lientes, atajó la fuga, y volvió à situarse muy cerca de Chatillon. Al anochecer, dijo à algunos soldados que habian huido : «Hoy habeis perdido el honor; tratad de recobrarlo». Toma inmediatamente cien caballos, hace montar en grupa á cien granaderos, y por la noche, mientras que los Vendeanos confundidos en Chatillon duermen profundamente ó se embriagan, tiene el arrojo de entrar en el pueblo, echándose en medio de todo un ejército. El trastorno fué indecible, y pavorosa la carnicería. Los Vendeanos no se conocian, peleaban unos con otros, y en medio de tan horroroso desconcierto, quedaban degollados ancianos, mujeres y niños. Westermann salió al amanecer con los treinta ó cuarenta soldados que le quedaban, y fué à incorporarse à una legua de la ciudad con el grueso del ejército. Los Vendeanos fueron testigos el 12 de tan horrendo espectáculo, y tuvieron que salir de Chatillon, inundado de sangre y presa de las llamas, retirándose hácia Cholet à donde se dirijian los Maguncianos. Chalbos, despues de haber restablecido el órden en su division, volvió à entrar el 14 en Chatillon, disponiéndose otra vez el avance para reunirse con el ejército de Nantes.

Todos los caudillos vendeanos, Elbée, Bonchamps, Lescure, Larochejacquelein, se hallaban reunidos con sus fuerzas en las inmediaciones de Cholet, à donde se iban acercando los Maguncianos, que se habian puesto en movimiento el 14. La columna de Chatillon se hallaba ya muy inmediata, y tambien se iba acercando la tropa de Luçon que debia venir à colocarse entre las columnas de Maguncia y Chatillon, y de consiguiente asomaba el punto de la reunion jeneral. El dia 15, el ejército de Maguncia marchaba en dos cuerpos hácia Mortagne, que acababan de evacuar; Kleber, con el cuerpo de batalla, formaba la izquierda, y Beaupuy la derecha. Al mismo tiempo, la columna de Luçon llegaba hácia Mortagne, esperando hallar allí un batallon de guia que Lechelle habia de colocar en el camino; pero este jeneral, que nada hacia, ni siquiera habia desempeñado esta operacion accesoria. Lescure sorprende à esta columna atacándola por todas partes, pero felizmente Beaupuy, que estaba cerca de ella por su posicion hácia Mortagne, acude à su auxilio, y logra libertarla desalojando à los Vendeanos. Lescure recibe un balazo sobre la ceja, y cae en los brazos de sus soldados, que se lo llevan atropelladamente. Entonces la columna de Luçon se reune con la de Beaupuy, cuyo mando

acababa de tomar el jóven Marceau. En el mismo punto, Kleber sostenia à la izquierda hácia S. Cristóval una refriega en que desalojó al enemigo; y el 15 por la tarde, todas las tropas republicanas pernoctaban en los campos delante de Cholet, donde se habian retirado los Vendeanos. La division de Luçon constaba de unos tres mil hombres, que, con los de la columna de Maguncia, componian unos doce ó trece mil combatientes.

Al dia siguiente 16, los Vendeanos, despues de algunos cañonazos, evacuaron à Cholet cejando hasta Beaupreau. Kleber entró al instante en este pueblo, y, prohibiendo el saqueo bajo pena de la vida, observaron sus tropas el mayor órden. Lo mismo hizo en Mortagne la columna de Luçon; y de consiguiente todos los historiadores que han dicho que se quemaron Cholet y Mortagne, han incurrido en error ó pregonado una calumnia.

Kleber tomó al instante todas las disposiciones, porque Lechelle estaba à 2 leguas atrás. El rio Moine pasa por delante de Cholet; mas allá se encuentra un terreno montuoso y quebrado, que arquea en semicírculo sus cerros; à su izquierda, se halla el bosque de Cholet, y en el centro del mismo pueblo y à su derecha, un castillo. Kleber colocó à Beaupuy con la vanguardia, delante del bosque; à Haxo, con la reserva de los Maguncianos, detrás de la vanguardia, de modo que pudiese sostenerla; à Marceau, con la columna de Luçon, en el centro, y à Vimeux, con el resto de los Maguncianos, à la derecha en los cerros. La columna de Chatillon llegó en la noche del 16 al 17; tenia unos nueve ó diez mil hombres, con los que la fuerza total de los republicanos era de unos veinte y dos mil, y el 17 por la mañana, se celebró consejo de guerra. Kleber no aprobaba su posicion al frente de Cholet, porque solo tenia una retirada, el puente del rio Moine que conducia al pueblo; é intentaba marchar adelante para cercar à Beaupreau atajando à los Vendeanos el Loira; pero los representantes no fueron del mismo parecer, porque la columna de Chatillon necesitaba un dia de descanso.

En este tiempo, los caudillos vendeanos deliberaban en Beaupreau con alboroto y desconcierto. Los labradores llevaban consigo à sus mujeres, hijos, ganados, y formaban una emigracion de mas de cien mil individuos. Larochejacquelein y Elbée hubieran querido resistir hasta la muerte en la orilla izquierda; pero Talmont y d'Autichamp, que gozaban de gran privanza en Bretaña,

anhelaban ansiosamente pasar à la orilla derecha. Bonchamps, que veia una empresa grandiosa en una correría hácia las costas del Norte, y que tenia, al parecer, un proyecto entablado con la Inglaterra, opinaba por pasar el Loira, aunque no dejaba de inclinarse à que se echase el resto dando una gran batalla delante de Cholet. Antes de empeñar la refriega, envió un destacamento de cuatro mil hombres à Varades, para asegurarse un paso en el Loira en caso de derrota.

Resuelta la batalla, se avanzaron los Vendeanos en número de cuarenta mil hombres hácia Cholet, el 15 de octubre, à la una de la tarde. Los jenerales republicanos, que no esperaban el ataque, acababan de conceder un dia de descanso. Los Vendeanos se formaron en tres columnas; una dirijida à la izquierda, donde estaban Beaupuy y Haxo, la otra al centro, que mandaba Marceau, la tercera à la derecha, confiada à Vimeux. Los Vendeanos marchaban en línea y en fila como tropas regulares. Todos los jefes heridos que podian ir à caballo se hallaban en medio de sus aldeanos, alentándolos en aquel dia que iba á decidir de su existencia y de la posesion de sus hogares. Entre Beaupreau y el Loira, en cada lugar que les quedaba, se celebraba misa y se invocaba al cielo por esta causa tan desgraciada y espuesta.

Los Vendeanos rompen el movimiento, y alcanzan la vanguardia de Beaupuy, colocada, segun dijímos, en una llanura delante del bosque de Cholet. Parte de ellos se acercan en columna cerrada y cargan como las tropas de línea; las otras se desparraman en guerrilla para envolver la vanguardia, y hasta el ala izquierda, penetrando en el bosque de Cholet. Los republicanos acosados tienen que retroceder; Beaupuy pierde dos caballos, cae cojido en el estribo, y ya se consideraba perdido, cuando se echa detrás de un cajon, toma el tercer caballo, y corre à reunirse con su columna. En este momento, Kleber acude corriendo al ala amenazada; manda al centro y à la derecha que no se muevan, y envia la órden à Chalbos que haga salir una columna suya de Cholet para socorrer à la izquierda. Colócase él mismo cerca de Haxo, restablece la confianza en sus batallones, y vuelve al fuego à los que habian cedido al mayor número. Llégales la vez, y desalojan à los Vendeanos; vuelven estos mas encarnizados, y otra vez tienen que retroceder. Al mismo tiempo, empéñase la accion al centro y à la derecha con igual saña; pero Vimeux, afianzado à la derecha, burla todos los esfuerzos de los enemigos.

Sin embargo, en el centro, los Vendeanos logran mayores ventajas que en ambas alas, y penetran en la hondonada en que se halla el jóven Marceau. Kleber va corriendo para sostener la columna de Luçon, y en el mismo instante, una de las divisiones de Chalbos, que habia pedido, sale de Cholet con una fuerza de cuatro mil hombres. De grande importancia era este refuerzo en tan sumo trance; pero à la vista de esta llanura llena de fuego, esta division, mal organizada como todas las del ejército de la Rochela, se desordena, y vuelve à entrar en Cholet descarriadamente. Kleber y Marceau se quedan en el centro con la columna de Luçon, y el jóven Marceau, que la manda, no se arredra; espera que el enemigo se acerque à tiro de fusil, y de repente descubre su artillería, y con su fuego imprevisto ataja y abruma à los Vendeanos. Resisten estos al principio, se agolpan, se estrechan debajo de una lluvia de metralla, pero pronto ceden y huyen desordenamente. En este punto, es ya jeneral su derrota en el centro, à la derecha y à la izquierda, y Beaupuy, con su vanguardia reunida otra vez, sigue con ahinco su alcance.

Las columnas de Maguncia y Luçon eran las únicas que habian tomado parte en la batalla. De consiguiente trece mil hombres habian derrotado à cuarenta mil. Por ambas partes se habian dado muestras del mayor denuedo; pero el arreglo y disciplina decidieron la ventaja en favor de los republicanos. Marceau, Beaupuy, Merlin, que en persona apuntaba los cañones, habian descollado con heroismo, y Kleber habia manifestado como siempre su tino y su pujanza acostumbrada en el campo de batalla. Por parte de los Vendeanos, Elbée y Bonchamps, despues de haber hecho prodijios, fueron heridos mortalmente; Larochejacquelein era el único que quedaba de todos los caudillos, y nada habia omitido para tener parte en sus gloriosas heridas. Duró la pelea desde las dos hasta las seis.

Anocheció lóbregamente, y los Vendeanos huian à todo correr echando los zuecos en el camino. Beaupuy los seguia sin tregua, y à este se habia unido Westermann, que, no queriendo permanecer en inaccion con las tropas de Chalbos, habia tomado un cuerpo de caballería y corria à todo escape en persecucion de los fujitivos. Despues de haberlos perseguido largo rato, Beaupuy y Westermann hacen alto, y dan algun descanso à sus tropas. Con todo son de parecer que mas bien han de hallar pan en Beaupreau que

en Cholet, y se atreven à marchar à Beaupreau, en donde suponian que los Vendeanos se habian agolpado. Pero tan rápida habia sido la fuga, que muchos se hallaban ya en San-Florencio à orillas del Loira. Los demás, à la vista de los republicanos, salen descarriados de Beaupreau, y ceden este punto en que hubieran podido defenderse.

Al dia siguiente 18 por la mañana, todo el ejército marcha de Cholet hácia Beaupreau. La vanguardia de Beaupuy, colocada en el camino de San-Florencio, ve acudir muchos individuos gritando: «¡Viva la república! ¡viva Bonchamps!» Pregúntanles la causa de este alboroto, y responden proclamando à Bonchamps como su libertador. En efecto, este héroe, tendido en un colchon y pronto à espirar de un balazo en el vientre, habia pedido y alcanzado la gracia de cuatro mil prisioneros, que los Vendeanos llevaban consigo, y querian fusilar. Estos prisioneros iban à incorporarse con el ejército republicano.

En este momento, ochenta mil individuos, mujeres, niños, ancianos, hombres armados, estaban à orillas del Loira con el residuo de sus haberes, peleándose por unas veinte barcas para pasar à la otra orilla. El consejo superior, compuesto de los caudillos que aun eran capaces de opinar, deliberaban sobre si convenia separarse ó llevar la guerra à Bretaña. Algunos hubieran querido dispersarse en la Vendea ocultándose en ella para aguardar tiempos mas propicios. Larochejacquelein era de este número, y aconsejaba que primero habian de morir en la orilla izquierda que pasar à la derecha. Sin embargo prevaleció la opinion contraria, resolviendo permanecer reunidos y pasar adelante. Pero Bonchamps acababa de espirar, y nadie era capaz de llevar à cabo los intentos que habia ideado sobre la Bretaña. A Elbée moribundo le enviaban à Noirmoutiers, y traian en una parihuela à Lescure herido mortalmente. Ochenta mil individuos abandonaban sus campos é iban à llevar el estrago à los inmediatos y à buscar el esterminio en ellos, ¿con qué objeto? ¡Gran Dios! ¡por una causa necia y desahuciada, ó mal defendida por la hipocresía! Mientras estos desventurados se esponian jenerosamente à tantas desdichas, los aliados apenas pensaban en ellos, los emigrados maquinaban en las cortes, y solo algunos peleaban con valor en el Rin, pero en las filas estranjeras; y nadie habia tenido aun la ocurrencia de enviar ni un soldado, ni un escudo à esta infeliz Vendea, que ya habia

descollado en veinte acciones heroicas, y en el dia se hallaba arrollada, fujitiva y espirante.

Los jenerales republicanos se reunieron en Beaupreau, y allí resolvieron separarse y dirijirse unos à Nantes, y otros à Angers, para sortear un golpe de mano sobre ambas plazas. La opinion de los representantes, pero no de Kleber, fué que la Vendea estaba destruida. « La Vendea ya no existe, » escribieron à la convencion, acabando con ella el 18, antes del plazo dado al ejército, que era el 20 de octubre. En el mismo dia el ejército del Norte habia ganado la batalla de Watignies y terminado la campaña haciendo levantar el bloqueo de Maubeuge; de suerte que, al parecer, la convencion para asegurar la victoria por todas partes no tenia mas que decretarla. El entusiasmo se encumbró à lo sumo en Paris y en el resto de Francia, y se empezó à creer que antes de acabarse la estacion, la república saldria victoriosa de la lid con todos los tronos conjurados contra ella.

Solo un acontecimiento podia turbar este alborozo, à saber la pérdida de las líneas de Wissemburgo sobre el Rin, que el enemigo habia forzado el 13 y 14 de octubre. Despues del descalabro de Pirmasens, hemos dejado à los Prusianos y Austríacos delante de las líneas del Sarre y del Lauter, aparejados à invadirlas por puntos. Los Prusianos hostigaron à los Franceses à orillas del Sarre, y les obligaron à retirarse. El cuerpo de los Vosges, echado mas allá de Hornbach, se retiró muy atrás de Bitche, en el centro de los montes; y el ejército del Mosela, rechazado hasta Sarreguemines, quedó separado del cuerpo de los Vosges y del ejército del Rin. En esta posicion, era obvio para los Prusianos, que, en el flanco occidental habian traspuesto la línea comun del Sarre y Lauter, acorralar las líneas de Wissemburgo por su izquierda, y entonces por precision estas líneas caian en su poder. Esto es lo que sucedió el 13 de octubre. La Prusia y el Austria, que, segun vimos, no estaban muy acordes, se habian hermanado últimamente; el rey de Prusia se habia trasladado à Polonia, dejando el mando à Brunswick, con la òrden de avenirse con Wurmser, quien debia atacar las líneas del Lauter en siete columnas, del 13 al 14 de octubre, mientras los Prusianos marchaban paralelamente à la línea de los Vosges hasta Bitche, mucho mas allá de la eminencia de Wissemburgo. La primera, à las órdenes del príncipe del Waldeck, tenia el encargo de pasar el Rin en Seltz y cortar à Lauterburgo, pero

encontró obstáculos insuperables en la naturaleza de los sitios y en el valor de medio batallon de los Pirineos; la segunda columna, aunque pasó las líneas mas arriba de Lauterburgo, fué rechazada; las otras, despues de haber conseguido mas arriba y al rededor de Wissemburgo, ventajas que equilibró la porfiada resistencia de los Franceses, se apoderaron sin embargo de Wissemburgo. Nuestras tropas se retiraron al punto de Geisberg, situado un poco mas atrás de Wissemburgo, y mucho mas difícil de tomar. Aun no podian tenerse por perdidas las líneas; pero la noticia de la marcha de los Prusianos por el costado occidental obligó al jeneral francés à retroceder hasta Haguenau y à las líneas del Lauter, cediendo de este modo parte del territorio à los aliados. Luego, en este punto, hallábase la frontera invadida; pero las victorias del Norte y de la Vendea desacibararon la infausta nueva. Enviáronse à Saint-Just y à Lebas à Alsacia para enfrenar las novedades que la nobleza alsaciana y los emigrados promovian en Estrasburgo, y se encaminaron à esta parte muchas fuerzas del alistamiento permanente, consolándose con la resolucion de vencer en este punto como en los demás.

Las zozobras pavorosas sobrevenidas en el mes de agosto, antes de las victorias de Hondschoote y de Watignies, antes de la toma de Lyon y la retirada de los Piamonteses allende los Alpes, y antes de los triunfos de la Vendea, se habian ya disipado enteramente. Veiase en este instante libre del enemigo la frontera del Norte, que era la mas importante y mas abierta; à Lyon restituido à la república, à la Vendea rendida, toda rebelion sofocada en el interior hasta la frontera de Italia, donde à la verdad aun se resistia Tolon, pero estaba aislado. Con una victoria mas en los Pirineos, en Tolon, en el Rin, la república triunfaba completamente, y esta triple victoria no era mas ardua que las otras. No hay duda que la grande obra no estaba aun terminada; pero podia estarlo muy pronto, continuando con iguales medios y conatos. No estaban aun los ánimos enteramente sosegados; pero nadie se juzgaba ya en peligro inminente de muerte.

CAPITULO III.

Efectos de las leyes revolucionarias; proscripciones en Lyon, Marsella y Burdeos. Persecuciones contra los « sospechosos. » Interior de las cárceles de Paris; estado de los presos en la Conserjería. Separan de su familia á la reina Maria-Antonia, y la llevan á la Conserjería ; tormentos que le hacen padecer. Conducta atroz de Hebert. Su causa ante el tribunal revolucionario. Se la condena á muerte, y la llevan al cadalso. Pormenores de la causa y sentencia de los jirondinos. Suplicio del duque de Orleans, de Bailly, de Madama Roland. Pavor jeneral. Segunda ley del máximo ú tasa. Ajiotaje. Cuatro diputados falsifican un decreto. Establecimiento del nuevo sistema métrico y del calendario republicano. Abolicion de los antiguos cultos; abjuracion de Gobel, obispo de Paris. Establecimiento del culto de la Razon.

LAS providencias revolucionarias decretadas para la salvacion de la Francia se ejecutaban en su rematada tirantez. Ideadas por entes de suyo disparados, eran violentas en su principio; y ejecutadas lejos de los caudillos que las habian labrado, en una rejion inferior, donde las pasiones eran menos embotadas, paraban en la irracionalidad, especialmente en la aplicacion. Se obligaba à una parte de los ciudadanos à dejar sus hogares, se encerraba à los demás como sospechosos, se tomaban los jéneros y víveres para los ejércitos, se imponian como cargas los trasportes arrebatados, y en cambio de los renglones requeridos ó servicios impuestos, no se daban mas que asignados, ó un crédito contra el estado, que no merecia confianza. Se trabajaba con ahinco en la reparticion del empréstito forzado, y los repartidores de los pueblos decian à unos: « Teneis diez mil libras de renta ; » à otros : « Teneis veinte ; » y todos tenian que aprontar sin réplica la cantidad pedida. De esta arbitrariedad escandalosa resultaban violentas tropelías; pero los ejércitos se cuajaban de hombres, los víveres se encaminaban con abundancia à los depósitos, y los mil millones de asignados que se debian retirar de la circulacion empezaban à recaudarse. Nunca se procede con tanta velocidad, ni se salva à un estado en peligro, sin graves inconvenientes é injusticias.

Donde quiera que el peligro mas inminente habia requerido la presencia de los comisarios de la convencion, se tomaron providencias revolucionarias mas estremadas. Cerca de las fronteras y en todos los departamentos sospechosos de realismo ú federalismo, estos comisarios habian alistado à la poblacion entera; habian hecho una requisicion jeneral, imponiendo à los pudientes contribuciones revolucionarias, además de la jeneral que resultaba del préstamo forzoso; habian apresurado el encarcelamiento de lós sospechosos, y algunas veces los habian hecho sentenciar por comisiones revolucionarias instituidas por ellos. Laplanche, enviado al departamento del Cher, decia à los jacobinos el 29 de vendimiario: «Por todas partes he puesto el pavor à la órden del dia, y por todas partes he impuesto contribuciones á los ricos y aristócratas. Orleans me ha suministrado cincuenta mil libras, y dos dias me han bastado en Bourges para juntar dos millones. Como no podia estar en todas partes, mis delegados han desempeñado mis veces: un individuo, llamado Mamin, que posee siete millones, y cargado por uno de ellos con cuarenta mil libras, ha acudido à la convencion, y esta ha aprobado mi conducta; y si yo mismo se lo hubiese impuesto, hubiera pagado dos millones. En Orleans, he hecho dar públicamente à mis delegados las cuentas de su comision; estas cuentas las han presentado à la sociedad popular, y el pueblo las ha sancionado. Por todas partes he hecho fundir las campanas, reuniendo muchas parroquias. He depuesto todos los federalistas, he encarcelado à los sospechosos, protejiendo sin rebozo à los descamisados. Los clérigos gozaban de mil comodidades en sus casas de reclusion, los descamisados dormian sobre unas pajas en las cárceles, los primeros me han dado colchones para los últimos. En todas partes he procurado que los curas se casen. En todas partes he enfervorizado todos los corazones. He organizado fábricas de armas, he visitado los talleres, los hospitales y las cárceles. He puesto en marcha à muchos batallones del alistamiento jeneral, he pasado revista á muchos guardias nacionales para republicanizarlos, y he hecho guillotinar à muchos realistas. Ultimamente he dado cabal cumplimiento al encargo avasallador, obrando en todas partes como desalado montañés y representante revolucionario.»

En las tres ciudades principales federalistas, Lyon, Marsella y Burdeos, infundieron trémulo pavor los representantes. El formidable decreto espedido contra Lyon disponia que los rebeldes y sus

cómplices fuesen ejecutivamente sentenciados por una comision, que los descamisados fuesen mantenidos à espensas de los aristócratas, que las casas de los ricos quedasen arrasadas, y que se mudase el nombre à la ciudad. Confióse la ejecucion de este decreto à Collot-d'Herbois, Maribon-Montaut y Fouché de Nantes, quienes se trasladaron à «Pueblo-Libre,» llevando consigo à cuarenta jacobinos para organizar una nueva asociacion, y propagar los principios de la sociedad madre; acompañábalos Ronsin con dos mil hombres del ejército revolucionario, y asi que llegaron soltaron la rienda à su saña. Los representantes dieron el primer aldabazo en una casa de las que habian de derribarse, y ochocientos jornaleros pusieron al instante manos à la obra para asolar las calles mas lujosas, y al mismo tiempo principiaron las proscripciones. Los Lyoneses tenidos por sospechosos por haber tomado las armas eran arcabuceados ó guillotinados por tandas de cincuenta ó sesenta cada dia. Reinaba el pavor en la ciudad desventurada; y los comisarios enviados para castigarla, engreidos y embriagados con el derramamiento de sangre, creyendo que al exhalar un ay, retoñaba la revuelta, escribieron à la convencion que los aristócratas aun no estaban vencidos, que solo aguardaban una ocasion oportuna para sublevarse, y que, para sortear todo recelo, era forzoso sacar de allí parte de la poblacion y degollar la otra. Como los medios que se empleaban no parecian bastante ejecutivos, Collot-d'Herbois imajinó valerse de la mina para destruir los edificios, y de la metralla para esterminar à los proscritos, escribiendo à la convencion que pronto iba à echar mano de medios mas espeditos y eficaces para castigar à la ciudad rebelde.

Muchas víctimas habian ya fenecido en Marsella, pero toda la saña de los representantes se asestaba contra Tolon, cuyo sitio continuaban con ardor.

En la Jironda se ensangrentaba la venganza con infernal desenfreno. Isabeau y Tallien se habian establecido en la Reole, y allí estaban formando el cuadro de un ejército revolucionario para entrar en Burdeos, tratando de desorganizar en el interin las secciones de esta ciudad. A este intento se habian valido de una junta compuesta de montañeses, la cual habia conseguido atemorizar à las demás, haciendo cerrar sucesivamente la sociedad federalista y apear à las autoridades departamentales. Entonces entraron triunfantes en Burdeos, restableciendo el ayuntamiento y autoridades

montañesas, y mandando por un decreto que el gobierno de la ciudad seria militar, que todos los habitantes quedarian desarmados, que una comision especial sentenciaria à los aristócratas y federalistas, y que se impondria desde luego à los ricos una contribucion estraordinaria para los gastos del ejército revolucionario, todo lo cual se puso inmediatamente en ejecucion; desarmóse el vecindario, y muchas víctimas subieron al cadalso.

En esta misma época, llegaban à Burdeos los diputados fujitivos que se habian embarcado en Bretaña para la Jironda. Todos se refujiaron en casa de una parienta de Guadet, en las cuevas de San Emilion. Sabíase confusamente que se habian ocultado por esta parte, y Tallien se desalaba por descubrirlos. Aun no lo habia conseguido, pero por desgracia logró cojer à Biroteau, que venia de Lyon para embarcarse en Burdeos, y como se hallaba desaforado, Tallien hizo comprobar desde luego la identidad de la persona y consumar la ejecucion. Descubrióse en seguida à Duchatel; pero como este no estaba desaforado, se le mandó à Paris para ser sentenciado por el tribunal revolucionario, enviando con él à los tres amigos Riouffe, Girey-Dupré, y Marchena, que, como vimos, se habian declarado por los jirondinos.

Así que, todas las ciudades principales de Francia se hallaban entregadas à las venganzas de la Montaña; pero Paris, atestado de víctimas esclarecidas, iba à ser en breve teatro de mayores atrocidades.

Rellenábanse las cárceles de sospechosos, al paso que se seguian con actividad las causas de María-Antonia, de los jirondinos, del duque de Orleans, de Bailly y de muchísimos jenerales y ministros. Ya dijimos que el ayuntamiento de Paris se habia arrogado una especie de autoridad lejislativa sobre todos los ramos de policía, abastos, comercio, culto, y, à cada decreto de la convencion, publicaba un bando para ampliar ó reducir su voluntad. Con arreglo al requisitorio de Chaumette, estendió infinito la definicion de los sospechosos, dada en la ley de 17 de setiembre, clasificando en una instruccion municipal todos los indicios que los caracterizaban de tales, cuyo contenido, que se envió primero à las secciones de Paris, y luego à todas las de Francia, era del tenor siguiente:

« Deben considerarse como sospechosos:

« 1°. Los que en las juntas del pueblo contienen su denuedo con razones engañosas, alaridos turbulentos y amenazas; 2°. Los que,

mas cuerdos, hablan misteriosamente de los quebrantos de la república, se lastiman de la suerte del pueblo, y están siempre alerta para derramar noticias aciagas con estudiado pesar; 3°. Los que varian de conducta y lenguaje segun los acontecimientos; los que, no hablando nunca de los crímenes de los realistas y federalistas, declaman huecamente contra los leves yerros de los patriotas, y aparentan, paraque se les tenga por republicanos, una austeridad y adustez estraordinarias, cediendo al instante cuando se trata de un moderado ú aristócrata; 4°. Los que se compadecen de los arrendadores ó codiciosos mercaderes, contra los cuales la ley ha tenido que providenciar; 5°. Los que, teniendo siempre en la boca los nombres de «libertad, república y patria,» se ladean con los ex-nobles, clérigos, contrarevolucionarios, aristócratas, fuldenses y moderados, interesándose en su suerte; 6°. Los que no han tomado parte activa en la revolucion, y alegan en disculpa el pago de sus contribuciones, sus dádivas patrióticas, sus servicios en la guardia nacional por reemplazo ú de otro modo; 7°. Los que recibieron con indiferencia la constitucion republicana, y han demostrado zozobras aleves acerca de su establecimiento y consolidacion; 8°. Los que, no habiendo hecho nada contra la libertad, tampoco hicieron nada en su favor; 9°. Los que no frecuentan las secciones, dando por disculpa, que no saben hablar, ó que sus negocios no se lo permiten; 10°. Los que hablan con menosprecio de las autoridades constituidas, de los signos de la ley, de las sociedades populares, de los defensores de la Libertad; 11°. Los que firmaron peticiones contrarevolucionarias, ó frecuentaron sociedades y tertulias anti-cívicas; 12°. Los que se reconozcan haber sido partidarios de Lafayette, portándose con mala fe, y los que marcharon al paso de ataque en el Campo de Marte.»

Con semejante definicion, el número de sospechosos habia de ser ilimitado, y pronto ascendió à tres mil en las cárceles de Paris. Al principio se les puso en las Casas Consistoriales, en la Fuerza, en la Conserjería, en la Abadía, en Sta. Pelajia, en las «Madelonettes», y en todas las cárceles ordinarias del estado; pero como estos grandiosos depósitos fueron muy pronto insuficientes, tratóse de establecer nuevas casas de arresto, dedicadas especialmente à los presos políticos, y como los gastos de la guardia estaban à cargo de estos, se alquilaron casas à sus espensas. Escojióse una en la calle del Infierno, conocida con el nombre de «Puerto-Libre,» y

otra en la de Sevres, llamada «Casa de Lázaro.» El colejio Duplessis se convirtió en cárcel; últimamente el palacio del Luxemburgo, en que primero se pusieron los veinte y dos jirondinos, se cuajó de presos, y encerró confusamente todo lo que quedaba de la esclarecida sociedad del arrabal de San Jerman, y como estos arrestos repentinos inundaron las cárceles en un momento, los presos se hallaron desde luego muy mal alojados, y fueron muy aciagos los primeros instantes de su prision, pues se vieron confundidos con los malhechores, sin mas cama que un saquillo de paja. Sin embargo, con el tiempo se remediaron estos inconvenientes, y se introdujo algun órden, y hasta consideraciones, permitiéndoseles comunicarse con los de afuera, abrazar à sus parientes y ajenciarse dinero. Entonces alquilaron camas, ó se las hicieron traer de sus casas, y ya no durmieron en la paja, y se les separó de los malhechores, concediéndoseles todas las comodidades que podian aliviar su suerte: porque el decreto permitia llevar à las casas de arresto cuantos renglones necesitasen los presos; los que habitaban las casas abiertas de nuevo se hallaron mejor tratados, en términos que reinaban la abundancia y el aseo en Puerto-Libre, en la Casa de Lázaro y en el Luxemburgo, donde estaban arrestados los mas ricos propietarios. Servíanse las mesas con esmero y delicadeza, mediante los derechos de entrada que exijia el carcelero. Luego despues, por la concurrencia de las jentes que iban à ver los presos, y pareciendo que era mucho favor el que estuviesen en comunicacion, se les quitó este consuelo, y los arrestados ya no pudieron tratarse con nadie sino por escrito, y solo para proporcionarse lo que tenian menester. Desde entonces fué mas íntima la sociedad entre estos infelices, condenados à vivir esclusivamente juntos: fuéronse juntando unos con otros, segun sus temples é inclinaciones, y de este modo se formaron entre ellos varias tertulias, para las que hicieron reglamentos con el objeto de distribuirse por escala los afanes domésticos. Abrióse tambien una suscripcion para los gastos de alojamiento y manutencion, y los ricos contribuyeron para los pobres.

Despues de los quehaceres caseros, cada rancho se reunia en salas comunes, y al rededor de una mesa, de una estufa ó chimenea, se juntaban cuadrillas en que unos trabajaban, otros leian, otros hablaban. Algunos poetas, encerrados tambien con todos los que habian suscitado el recelo por injenio descollante, leian ver-

sos. Los que eran músicos daban conciertos, y todos los dias se oia muy buena música en aquellos sitios de proscripcion. Pronto el lujo acompañó à los placeres: las mujeres se adornaron, establecièronse relaciones de amistad y de amor, y viéronse en estas casas, hasta la víspera del suplicio, todas las escenas regulares de la sociedad. ¡Ejemplo peregrino del carácter francés, de su poca aprension, de su jovialidad é inclinacion al placer en todas las situaciones de la vida!

Los tres primeros meses de la detencion de los sospechosos descollaron con lindos versos, aventuras anoveladas, actos de beneficencia y una baraja total de clases, riquezas y opiniones. Una especie de igualdad voluntaria realizó en estos sitios aquella igualdad quimérica que algunos tercos afilosofados querian plantear por donde quiera, y solo pudieron establecer en las prisiones. Verdad es que hasta en ellas el quijotismo de algunos presos se resistió à esta igualdad de la desventura. Al paso que se veian hombres, muy desiguales en riqueza y educacion, vivir estrechamente entre sí, y alegrarse con admirable desinterés de las victorias de aquella república que los perseguia, algunos ex-nobles y sus mujeres, encontrados por casualidad en los palacios desiertos del arrabal de San Jerman, vivian aparte, se llamaban todavía con los nombres proscritos de conde y marqués, mostrando su despecho cuando venian à oir que los Austríacos habian huido en Watignies, ó que los Prusianos no habian podido pasar los Vosges. Con todo el quebranto restituye à la naturaleza y à la humanidad à todos los corazones: poco tiempo despues, cuando Fouquier-Tinville, llamando diariamente à la puerta de tan tristes mansiones, pedia sin cesar nuevas cabezas, cuando la muerte separó cada dia à los amigos y parientes, los que quedaron jimieron, se consolaron unos à otros, y ya no tuvieron mas que un propio afecto en medio de las mismas desventuras.

No todas las cárceles ofrecian iguales escenas. La Conserjería, junto al palacio de Justicia, encerraba por esta causa los presos destinados al tribunal revolucionario, y mostraba el cuadro doloroso de muchos desventurados que ya no tenian mas que tres ó cuatro dias de vida. Regularmente se les trasladaba allí la víspera de su sentencia, y solo pasaban en aquel edificio el corto intervalo que los separaba de su ejecucion. Allí se hallaban los jirondinos que se habian sacado del Luxemburgo, su primera cárcel; Ma-

dama Roland, quien, despues de haber proporcionado la fuga de su marido, se habia dejado encerrar sin haber pensado ponerse en salvo; los jóvenes Riouffe, Girey-Dupré, Bois-Guiou, afectos à la causa de los diputados proscritos, y llevados de Burdeos à Paris para quedar sentenciados con ellos; Bailly, que habian puesto preso en Melun; el ex-ministro de hacienda Claviere, que no habia logrado escaparse como Lebrun; el duque de Orleans, que habian traido de las cárceles de Marsella; los jenerales Houchard, Brunet, todos condenados à la misma suerte; y últimamente la infeliz Maria-Antonia, destinada à preceder en el cadalso à tan ilustres víctimas. Allí ni siquiera se pensaba en ajenciarse las comodidades que aliviaban la suerte de los presos en las demás cárceles, y se habitaban lóbregas mazmorras adonde no llegaban ni la luz, ni los consuelos, ni los placeres. Apenas gozaban los presos del privilejio de echarse en malas camas, y no pudiendo distraerse del espectáculo de la muerte, como los meros sospechosos, que esperaban no estar mas que arrestados hasta la paz, procuraban divertirse con esto mismo, haciendo los mas estraños remedos del tribunal revolucionario y de la guillotina. Los jirondinos, en su prision, eran repentistas y representantes de peregrinos y terribles dramas, cuyo argumento era su suerte y la revolucion. A media noche, cuando todos los carceleros descansaban, era cuando empezaban estas lúgubres diversiones. La siguiente era una de las que habian imajinado. Cada cual se sentaba en una cama, figurando de este modo à sus jueces, à los jurados del tribunal revolucionario y al mismo Fouquier-Tinville. Dos de ellos, colocados en frente, representaban al reo y defensor, y, segun el uso del sangriento tribunal, el reo salia siempre condenado; tendíase despues sobre una tabla de la cama que sacaban al efecto, y padecia el remedo del suplicio con todos sus pormenores. Despues de muchas ejecuciones, el fiscal era reo, y fenecia sin recurso; y volviendo despues ensabanado, retrataba los tormentos que estaba padeciendo en los infiernos, profetizaba su destino venidero à todos aquellos jueces impíos é inicuos, y asiéndolos con alarido lamentables se los llevaba tambien à los infiernos..... «Así, dice Riouffe, nos divertíamos en el regazo de la muerte, y decíamos la verdad en nuestros juegos proféticos, en medio de espías y de verdugos.»

Desde la muerte de Custine, principiaban à acostumbrarse à aquellas causas políticas, en que meros yerros de opinion se tras-

formaban en crímenes dignos de muerte. Con una sangrienta práctica contraian el hábito de hollar todo escrúpulo, considerando como un juguete naturalísimo el enviar al cadalso à todo un enjambre de contrarios. Los franciscanos y jacobinos habian hecho decretar que se sentenciase à la reina, à los jirondinos, à muchos jenerales, y al duque de Orleans, requiriendo terminantemente que se les cumpliese la palabra, y por la reina sobre todo querian empezar la larga serie de sacrificios. Parece que una mujer debia desarmar la saña política; pero aun detestaban mas à Maria-Antonia que à Luis XVI, pues à ella se atribuian las traiciones de palacio, los descarríos del erario, y la guerra encarnizada del Austria. Decian que Luis XVI habia dejado hacer cuanto habian querido, pero que Maria-Antonia todo lo habia hecho por si, y que habia de pagarlo todo.

Ya vimos qué reformas se hicieron en el Temple. Habian separado à Maria-Antonia de su hermana, de su hija y de su hijo, en virtud del decreto que disponia la formacion de causa ó el estrañamiento de los últimos miembros de la familia de los Borbones, trasladándola à la Conserjería; allí, sola, emparedada en un calabozo, se veia reducida à lo estrechamente indispensable, como los demás presos; y la indiscrecion de un amigo entrañable agravó aun mas su situacion. Un individuo del ayuntamiento, Michonnis, à quien flechaba intensísimo afecto, quiso dejarla ver à un individuo, que solo queria satisfacer esta curiosidad. Era este un emigrado valiente, aunque indiscreto, quien arrojó un clavel que contenia las palabras siguientes escritas en un papel muy delgado: «Vuestros amigos están prontos». ¡Alevosa esperanza, y tan peligrosa para la que la recibia como para el que la daba! Michonnis y el emigrado fueron descubiertos, y se les prendió inmediatamente, siendo todavía mas rigurosa desde este instante la vijilancia con la infeliz presa. A la puerta del calabozo habia de haber siempre jendarmes de centinela, á quienes se prohibió severamente el responder à la menor palabra suya.

El soez Hebert, sustituto de Chaumette, y redactor del asqueroso periódico del «Padre Duchesne», escritor del partido de que eran capataces Vincent, Ronsin, Varlet, Leclerc, se habia dedicado particularmente à atormentar los desdichados residuos de la familia destronada, pretendiendo que la prole del tirano no habia de tratarse mejor que cualquiera de las descamisadas, y habia hecho

espedir un decreto que suprimia el escaso lujo con que se habia mantenido hasta entonces à los presos del Temple. En virtud de este decreto, se prohibian à los arrestados las aves y las pastas; se les reducia á una sola especie de alimento para el almuerzo; à una sopa, el cocido y un plato para comer; à dos platos para cenar, y à media botella de vino por cabeza. En vez de bujías, dióseles velas de sebo; en vez de vajilla de plata, vasijas de estaño, y en lugar de porcelana, loza comun. Solo los aguadores ó leñadores podian entrar en sus cuartos acompañados de dos comisarios, y los alimentos se les pasaban por medio de un torno. La numerosa servidumbre se redujo á un cocinero, un marmiton, dos criados, y una mujer para la ropa blanca.

Inmediatamente despues de este decreto, pasó Hebert al Temple, y arrebató con inhumanidad à las dos presas hasta varias alhajillas de que gustaban, quitando à Madama Isabel ochenta luises que habia recibido de Madama de Lamballe. Nadie es mas temible y cruel que el hombre sin luces y sin educacion recien encumbrado al desempeño de una autoridad. Si tiene una alma villana, si, como Hebert, que repartia contraseñas à la puerta de un teatro y robaba el dinero de la entrada, carece de moralidad natural, y si llega de repente del cieno de su condicion al poderío, se mostrará tan vil como atroz: tal fué Hebert en su conducta con los presos del Temple. Ni se redujo á las tropelías que acabamos de contar, pues él y algunos otros idearon el separar al jóven príncipe de su tia y hermana, confiándole à un zapatero, llamado Simon, que, con su mujer, habia de ser el ayo destinado à darle la educacion de los descamisados. Simon y su mujer se encerraron en el Temple con el desventurado niño, y se encargaron de cuidarlo à su modo. Sus alimentos eran mejores que los de las princesas, y comian à la mesa de los comisarios municipales que estaban de guardia. Simon podia bajar, acompañado de dos comisarios, al patio del Temple con el principito, para que hiciese algun ejercicio.

Hebert cayó en el infame pensamiento de sonsacar à este niño secretos contra su desdichada madre. Sea que este malvado supu, siese en el niño patrañas, ó que abusase de su estado y edad para desentrañarle cuanto queria, fraguó una declaracion escandalosa; y como la edad del jóven príncipe no permitia se le llevase al tribunal, Hebert vino à referir en su lugar las asquerosidades que el mismo habia dictado ú supuesto.

El 14 de octubre, compareció Maria-Antonia ante sus jueces. Arrastrada al sangriento tribunal por la inexorable venganza revolucionaria, presentóse desesperanzada de salvarse, porque los jacobinos no la llevaban à él para absolverla. Debian no obstante mediar algunos cargos. Fouquier recojió las voces divulgadas por el pueblo desde la llegada de la princesa à Francia; y, en el auto de acusacion, le echó en cara que habia desangrado el erario para sus deleites, y luego para mandar dinero al emperador su hermano. Insistió en las ocurrencias del 5 y 6 de octubre, y en la comida de los guardias de la persona, suponiendo que en aquel tiempo habia tramado una conspiracion que obligó al pueblo à trasladarse à Versalles para desbaratarla. Le achacó en seguida que se habia apoderado del ánimo de su esposo, entrometiéndose en la eleccion de ministros, que ella misma habia encabezado las tramas con los diputados vendidos à palacio, que habia dispuesto el viaje à Varennes, que habia sido causa de la guerra, entregando à los jenerales enemigos todos nuestros planes de campaña. La sindicó de haber dispuesto otra conspiracion el 10 de agosto, que en aquel dia habia mandado hacer fuego contra el pueblo, recabando de su esposo que se defendiese llamándole cobarde; en fin que no habia dejado de maquinar ni de tener correspondencia fuera del Temple desde su cautiverio, tratando à su hijo como rey. Véase cómo todo se desfigura y convierte en crímen el dia terrible en que estallan por fin las venganzas de los pueblos largo tiempo enfrenadas, recayendo sobre los príncipes que no las han merecido. Véase cómo la profusion y liviandad, tan naturales en una jòven princesa, cómo el cariño à su pais, su influjo con el esposo, sus quebrantos y sus indiscreciones, mayores en una mujer que en un hombre, y hasta su valor mas denodado, se interpretaban siniestramente en aquellas aprensiones vengativas y malvadas.

Como se necesitaban testigos, se llamó à Lecointre, diputado de Versalles, que habia presenciado los sucesos del 5 y 6 de octubre; à Hebert, que muy à menudo habia estado en el Temple; à diversos empleados de los ministerios, y à muchos criados de palacio. Sacáronse de las cárceles, para hacerlos comparecer, al almirante d'Estaing, ex-comandante de la guardia nacional de Versalles, al ex-procurador del comun, Manuel, à Latour-du-Pin, ministro de la guerra en 1789, la venerable Bailly, que, segun decian, habia sido cómplice con Lafayette del viaje à Varennes, y por último, à Valazé, uno de los jirondinos destinados al cadalso.

Pero nadie citó hechos terminantes. Unos habian visto à la reina contenta cuando los guardias de la persona le daban testimonios de su afecto; otros la habian visto triste y colérica cuando la traian à Paris, ó la volvian de Varennes; estos habian asistido à funciones espléndidas que costaban sin duda cantidades enormes; aquellos habian entendido, por hablillas de las secretarías de los ministerios, que la reina se oponia à la sancion de los decretos; y una criada antigua de palacio habia oido decir en 1788 al duque de Coigny que el emperador ya habia recibido doscientos millones de Francia, para hacer la guerra à los Turcos.

El deshonesto Hebert, puesto en frente de la desdichada reina, osó manifestar las acusaciones desentrañadas al principito, diciendo que Cárlos Capeto habia contado à Simon el viaje à Varennes, y nombrado á Lafayette y Bailly por sus cooperadores. Luego añadió qu eeste niño adolecia de vicios torpes y muy anticipados à su edad; que habiéndole sorprendido Simon y preguntado al intento, respondió que su madre se lo habia enseñado. Hebert añadió que sin duda Maria-Antonia ideaba quebrantar muy temprano la complexion de su hijo, para poderle avasallar à su antojo cuando subiese al trono.

Los rumores tan validos de las torpes costumbres de palacio, de veinte años atrás, habian dado al pueblo una opinion nada ventajosa acerca de la reina, y sin embargo el auditorio, compuesto totalmente de jacobinos, se escandalizó al oir los cargos de Hebert. Aquella madre desventurada no contestó; pero instándola à que se esplicase, respondió afectuosísimamente: «Crei que la naturaleza me dispensaria de contestar à semejante imputacion; pero me remito à las entrañas de cuantas madres están presentes.» Respuesta tan pundonorosa y sencilla enterneció à todos los asistentes; mas no todo fué tan amargo para Maria-Antonia en las declaraciones de los testigos. El bizarro d'Estaing, de quien habia sido enemiga, nada quiso decir en contra, y solo habló de la entereza que habia demostrado el 5 y 6 de octubre, y de la gallarda resolucion que tomó de morir junto à su esposo, antes que huir. Manuel, à pesar de sus hostilidades con palacio durante la lejislativa, declaró que nada tenia que decir contra la acusada. Cuando trajeron al venerable Bailly, à Bailly que en otro tiempo habia pronosticado tantas veces à la familia real las fatalidades que acarrearian sus desaciertos, apareció entrañablemente traspasado, y

preguntándole si conocia à la mujer Capeto : — « Sí, dijo, inclinándose con acatamiento, sí, conocí à la Señora ». Declaró que nada sabia, y sostuvo que las declaraciones desentrañadas al principito acerca del viaje à Varennes eran falsas. En premio de su declaracion, se le ultrajó, y pudo juzgar entonces de la suerte que le destinaban. Solo hubo dos hechos de entidad atestiguados por Latour-du-Pin y Valazé, que declararon, porque no podian menos de hacerlo. Latour-du-Pin confesó que Maria-Antonia le habia pedido un estado individual de los ejércitos cuando era ministro de la guerra; y Valazé, siempre yerto, pero con mucho miramiento por la desventura, no quiso hablar contra la acusada; aunque no pudo menos de declarar que, siendo vocal de la comision de los veinte y cuatro, y hallándose encargado con sus compañeros de escudriñar los papeles hallados en casa de Septeuil, tesorero de la dotacion de la corona, habia visto libranzas de varias cantidades, firmadas « Antonia, » lo que nada tenia de particular; pero añadió que habia visto una carta en que el ministro suplicaba al rey entregase à la reina el plan de campaña que tenia en sus manos. Ambos hechos, el pedido de los estados de los ejércitos, y la comunicacion del plan de campaña, se interpretaron al punto siniestramente, concluyendo que era para enviarlos al enemigo, porque no suponian que una jóven princesa se dedicase solo por recreo à administraciones y planes militares. Despues de estas deposiciones, se recojieron otras muchas sobre los gastos de palacio, el influjo de la reina en los negocios, la ocurrencia del 10 de agosto, lo que pasaba en el Temple; y se admitieron como pruebas las hablillas mas fútiles y las circunstancias mas baladíes.

Maria-Antonia repitió muchas veces con denuedo y magnanimidad que ningun hecho terminante obraba contra ella; que, por otra parte, aunque esposa de Luis XVI, no debia responder de ningun acto de su reinado. Con todo Fouquier la declaró convicta, Chauveau-Legarde se estremó infructuosamente en abonarla, y esta desventurada reina quedó condenada al mismo suplicio de su esposo.

De vuelta à la Conserjería, pasó con bastante sosiego la noche que precedió à la ejecucion de la sentencia; y al dia siguiente, 16 de octubre por la mañana, se la llevó por medio de un populacho arremolinado à la aciaga plaza, donde diez meses antes habia fenecido Luis XVI. Escuchaba con serenidad las exhortaciones del

eclesiástico que la acompañaba, y miraba por todas partes con la mayor indiferencia el jentío que tantas veces habia vitoreado su beldad y sus primores, y que hoy aprobaba su suplicio con el mismo interés y satisfaccion. Cuando llegó al pié del cadalso, descubrió las Tuilerías, y se conmovió, pero se dió priesa en subir la escala funesta, y se entregó denodadamente en manos de los verdugos. El infame ejecutor enseñó la cabeza al pueblo, como lo hacia siempre que sacrificaba una víctima esclarecida.

Inesplicable fué el regocijo de los jacobinos. — « Que lleven esta noticia al Austria, decian, al Austria; los Romanos vendian el terreno que ocupaba Aníbal; nosotros derribamos las cabezas predilectas de los soberanos que han invadido nuestro territorio. »

Pero esto no era mas que el principio de las venganzas, é inmediatamente despues del suplicio de Maria-Antonia, se procedió à la sentencia de los jirondinos encerrados en la Conserjería.

Antes de la revuelta del Mediodía, solo se les podia reconvenir por opiniones, y aunque ya se decia que eran cómplices de Dumouriez, de la Vendea, de Orleans, esta complicidad, fácil de achacar en la tribuna, era imposible de probar ni aun ante un tribunal revolucionario; pero desde el dia en que tremolaron el estandarte de la guerra civil, y en que se lograron contra ellos hechos positivos, fué muy obvio el condenarlos. Es verdad que los diputados presos no eran los que habian fomentado la sublevacion del Calvados y del Mediodía, pero eran individuos del mismo partido, y sostenian la misma causa; se abrigaba el convencimiento positivo de que habian tenido correspondencia unos con otros; y aunque las cartas interceptadas nada probaban en favor de la complicidad, eran suficientes para un tribunal que, segun su misma institucion, debia contentarse con la verosimilitud. Luego todo el comedimiento de los jirondinos quedó trasformado en una recóndita conspiracion, cuyo desenlace habia sido la guerra civil. Su demora en tiempo de la lejislativa en sublevarse contra el trono, su oposicion al proyecto del 10 de agosto, su contienda con el ayuntamiento desde el 10 de agosto hasta el 20 de setiembre, sus briosas protestas contra los asesinatos, su lástima con Luis XVI, su resistencia al sistema inquisitorial que desazonaba à los jenerales, su oposicion al tribunal estraordinario, al « máximo », al empréstito forzado, à todos los arbitrios revolucionarios; por último sus conatos en crear una autoridad represiva, instituyendo la comision

de los doce, su desesperacion despues de su vuelco en Paris, la que les obligó à ir corriendo à las provincias; todo se convirtió en una conspiracion en la que se empozaban todas las circunstancias. En este sistema de sindicatura, las opiniones proferidas en la tribuna no eran mas que los síntomas, los preparativos de la guerra civil que pronto estalló; y cualquiera que hubiese hablado en la lejislativa y en la convencion como los diputados reunidos en Caen, Burdeos, Lyon y Marsella, era reo como ellos. Aunque no se tuviese ninguna prueba directa del mancomun, se hallaban en la comunidad de opiniones, en la intimidad que hermanaba la mayor parte de ellos, y en sus continuas reuniones en casa de Roland y Valazé.

Al contrario, los jirondinos no creian se les pudiese condenar, si entablaban pláticas con ellos. Decian que sus opiniones eran libres, que podian ser de otro parecer que los montañeses acerca de la preferencia en arbitrios revolucionarios, sin ser reos, y que sus opiniones no argüian ni ambicion personal, ni conjuracion premeditada, antes bien, demostraban que en muchos puntos no estaban acordes entre sí mismos. Alegaban últimamente que su complicidad con los diputados rebeldes era supuesta, y que sus cartas, su amistad, su costumbre de estar sentados en los mismos bancos, no bastaban de ningun modo à patentizarla. «Si nos dejan hablar, decian los jirondinos, nos salvamos.» ¡Aprension aciaga, que, sin sacarlos del trance, les hizo perder parte de su señorío, única recompensa de una muerte injusta!

Si los partidos estuviesen mas desembozados, serian à lo menos mas nobles. El partido vencedor hubiera podido decir al vencido: «Habeis estremado el apego à vuestro sistema de comedimiento hasta el punto de hacernos la guerra, y aun hasta asomar la república al despeñadero, con una llamada trastornadora: estais vencidos; moriréis.» Por su parte, los jirondinos podian hacer una esplendorosa arenga à sus vencedores, respondiéndoles: «Os consideramos como unos malvados que trastornan la república, que la afrentan aparentando defenderla, y de consiguiente quisimos pelear con vosotros para esterminaros. Sí, todos somos igualmente reos, todos somos cómplices de Buzot, de Barbaroux, de Petion, de Guadet, grandes y virtuosos ciudadanos, cuyas virtudes pregonamos ante vosotros. Al paso que ellos fueron à desagraviar à la república,

nos quedamos aquí para esclarecerla en presencia de los verdugos. Sois vencedores; dadnos la muerte.»

Pero el corazon del hombre no está labrado en términos de que trate de simplificarlo todo con su desafeite nativo. El partido vencedor quiere convencer, y miente; un asomillo de esperanza embelesa à los vencidos, se defienden, y mienten; y vense en las discordias civiles aquellos procesos vergonzosos en que el mandarin escucha para no creer, en que el avasallado habla para no persuadir, pidiendo la vida para no alcanzarla. Solo despues de pronunciada la sentencia, y desahuciado el paciente, se recobra el señorío de hombre, y solo à la vista del acero se entona heroica y escelsamente.

Así es que los jirondinos determinaron defenderse, para lo cual tuvieron que valerse de concesiones y reticencias. Sus enemigos quisieron probarles sus crímenes, y con este objeto se enviaron todos sus contrarios al tribunal revolucionario, à saber, Pache, Hebert, Chaumette, Chabot, y otros muchos igualmente aleves y soeces. Crecido era el jentío, pues se aparecia el espectáculo nuevo de tantos republicanos condenados por la causa de la república. Veinte y uno eran los reos, todos en la flor de su edad, en la lozanía del talento, y algunos hasta en todo el esplendor de la mocedad, en todo el embeleso de la belleza. Solo al oir la declaracion de sus nombres y edades, debian conmoverse aun las almas yertas.

Brissot, Gardien y Lasource tenian treinta y nueve años; Vergniaud, Gensonné y Lehardy, treinta y cinco; Mainvielle y Ducos, veinte y ocho; Boyer-Fonfrede y Duchastel, veinte y siete; Duperret, cuarenta y seis; Carra, cincuenta; Valazé y Lacase, cuarenta y dos; Duprat, treinta y tres; Sillery, cincuenta y siete; Fauchet, cuarenta y nueve; Lesterp-Beauvais, cuarenta y tres; Boileau, cuarenta y uno; Antiboul, cuarenta; Vigée, treinta y seis.

Gensonné estaba plácido y parado; Valazé enojado y desdeñoso; Vergniaud estaba mas conmovido de lo que acostumbraba; el jóven Ducos estaba alegre; y Fonfrede, à quien habian perdonado el 2 de junio, porque no habia votado por las prisiones de la comision de los doce, y que, por sus reiteradas instancias en favor de sus amigos, habia merecido despues participar de su suerte, Fonfrede abandonaba al parecer gustoso por tan airosa causa sus riquezas, su jóven consorte y su vida.

Amar habia estendido el auto de acusacion en nombre de la junta de seguridad jeneral, y Pache fué el primer testigo que se interrogó en apoyo de aquella. Cauteloso y advertido, como lo era siempre, dijo que ya hacia mucho tiempo que habia reparado en una faccion contraria à la revolucion; pero no espuso ningun hecho en comprobacion de tramas premeditadas. Añadió solamente que cuando Dumouriez amenazó à la convencion, se presentó à la junta de hacienda para que se le facilitasen los fondos indispensables para surtir à Paris de todo lo necesario, y que la junta se los negó, asegurando que se vió maltratado en la de seguridad jeneral, y que Guadet le amenazó con pedir el arresto de las autoridades municipales. Chaumette refirió toda la contienda de la tribuna con el lado derecho, tal como la habian publicado los periódicos; no añadió sino un hecho particular, que Brissot habia hecho nombrar à Santonax comisario de las colonias, y de consiguiente que Brissot era la causa de todos los desastres del Nuevo Mundo. El rastrero Hebert refirió su prision por órden de la comision de los doce, diciendo que Roland cohechaba à todos los escritores, puesto que su mujer habia querido comprar su periódico del «Padre Duchesne.» Destournelles, ministro de la justicia, y en otro tiempo empleado del ayuntamiento, declaró volanderamente, y repitió lo que ya se sabia, que los reos habian perseguido al ayuntamiento, declamado contra los asesinatos, y querido instituir una guardia departamental, etc., etc. El testigo mas prolijo y mas encarnizado en su declaracion, que duró muchas horas, fué el ex-capuchino Chabot, de alma acalorada, cobarde y soez, à quien los jirondinos siempre habian tratado como un estrafalario; por lo mismo no les perdonaba aquel menosprecio; se jactaba de haber apetecido el 10 de agosto contra su dictámen; sostenia que, si hubiesen consentido en enviarle à las cárceles, hubiera salvado à los presos como habia salvado à los Suizos; luego ansiaba vengarse de los jirondinos, y sobre todo calumniarlos para recobrar su popularidad, que iba perdiendo en los Jacobinos, porque se decia que tomaba parte en el ajio. De consiguiente inventó un alegato largo é inicuo, en que trató de probar que los jirondinos quisieron primero apoderarse del ministro Narbonne, luego cuando lograron desbancarle, ocuparon ellos mismos tres ministerios à un tiempo, hicieron el 20 de junio para reanimar à sus hechuras, se opusieron al 10 de agosto, porque no querian la república, y por último que siempre siguieron

un plan premeditado de ambicion, y lo que es mas atroz, que toleraron los asesinatos de setiembre y el robo del Guarda-Mueble de palacio, para desconceptuar à los patriotas. «Si hubiesen querído, decia Chabot, yo hubiera salvado à los prisioneros. Petion dió de beber à los asesinos, y Brissot no quiso que se les prendiese, porque en las cárceles habia un enemigo suyo, Morande.»

¡Tales son los entes inmundos que se ensangrientan con la honradez, no bien el gobierno da la señal! En tirando los caudillos la primera piedra, todos los que yacen en el cieno se irguen, y abruman à las víctimas. Fabre-d'Eglantine, tenido por sospechoso, como Chabot, por causa de logrería, necesitaba tambien popularizarse, y por lo mismo dió una declaracion mas alevosa, aunque con mas miramiento, en que insinuó que bien podian los jirondinos por política haber tenido la intencion de dejar cometer los asesinatos y el robo del Guarda-Mueble. — Vergniaud, no pudiendo ya aguantar tanta falsía, esclamó con indignacion: «No necesito sincerarme de complicidad con ladrones y asesinos.»

Sin embargo no se alegaba ningun hecho terminante contra los acusados; no se les echaban en rostro mas que opiniones sostenidas públicamente, à lo que respondian que estas opiniones podian ser erróneas, pero que habian tenido el derecho de engañarse. Se les objetaba que sus doctrinas no eran el resultado de un error involuntario, y por tanto disculpable, sino de una conjuracion tramada en casa de Roland y Valazé. A esto replicaban que las tales doctrinas estaban tan lejos de ser una resolucion formada entre ellos, como que no estaban acordes en todos los puntos. Uno decia: Yo no he votado por la apelacion al pueblo; otro: Yo no voté por la guardia departamental; otro: Yo no fuí del dictámen de la comision de los doce, ni estuve por la prision de Hebert y Chaumette. Todo esto era cierto, pero entonces la defensa no era comun à todos los reos, y se desarrimaban al parecer unos de otros, condenando la providencia en que no habian tomado parte. El acusado Boileau fué tan prolijo en sincerarse, que dió muestras de suma flaqueza, y hasta se acarreó visos de oprobio. Confesó que habia mediado una conspiracion contra la unidad é indivisibilidad de la república, y que, en virtud de este convencimiento, lo declaraba à la justicia; que no podia puntualizar los reos; pero que deseaba su castigo, declarándose injenuo montañés. Gardien tuvo asimismo la pusilanimidad de desaprobar la comision de los doce;

pero Gensonné, Brissot, Vergniaud, y sobre todo Valazé, enmendaron el descarrío de sus dos compañeros, alegando que no siempre habian pensado del mismo modo, que por consiguiente no se habian aunado en sus opiniones, pero no condenaron ni su amistad ni sus doctrinas. Valazé confesó desembozadamente que habian tenido reuniones en su casa, sosteniendo que tenian derecho de juntarse é ilustrarse unos à otros como los demás ciudadanos; y cuando por último se les objetó su anuencia con los fujitivos, la negaron. Entonces Hebert esclamó: « ¡Los reos niegan la conspiracion! Cuando el senado de Roma tuvo que sentenciar sobre la conspiracion de Catilina, si hubiese preguntado à cada conjurado de por sí, contentándose con su respuesta, todos se hubieran librado del suplicio que les amagaba; pero las reuniones en casa de Catilina, su fuga, las armas encontradas en casa de Lecca, eran pruebas positivas, y bastaron para que el senado pronunciase la sentencia. » — « ¡Pues bien! respondió Brissot, qué tenemos que ver con Catilina? Ciceron, le dice: Se han encontrado armas en tu casa; los embajadores de los Alobrojes te acusan; las firmas de Léntulo, Cétego y Estatilio, tus cómplices, prueban tus infames intentos. Aquí el senado nos acusa, verdad es, pero ¿se han encontrado armas en nuestras casas? ¿Dónde están las firmas que obran contra nosotros?

Por desgracia, se habian interceptado quejas amargas que Vergniaud escribia à Burdeos, brotando pundonorosas y vehementes iras, y habian hallado una carta de un primo del reo Lacase, en que se espresaban los preparativos de sublevacion, y por último habian interceptado una carta de Duperret à Madama Roland, en que decia haber recibido noticias de Buzot y Barbaroux, y que se estaban disponiendo para castigar los atentados cometidos en Paris. Preguntado Vergniaud, respondió: «Si os recordase los motivos que he tenido para escribir, acaso os pareceria mas digno de lástima que de vituperio, pues creí, segun las tramas del 10 de agosto, que el proyecto de asesinarnos coincidia con el de disolver la representacion nacional. Así lo escribió Marat el 11 de marzo, y las peticiones que despues se hicieron contra nosotros me ratificaron en este concepto. Angustióse al punto mi corazon, y escribí à mis conciudadanos que el puñal de la alevosía me andaba siguiendo por donde quiera. Peroré contra la tiranía de Marat, y es el único que he nombrado. ¡Respeto la opinion del pueblo acerca de Marat, pero en fin Marat era mi ti-

rano!.....» A estas palabras, levántase un jurado, y dice: «Vergniaud se queja de que se halló perseguido por Marat; pero reparo que Marat fué asesinado, y que Vergniaud aun está aqui.» Ocurrencia tan insensata merece el aplauso jeneral del auditorio, y toda la naturalidad y despejo de Vergniaud no surten el menor efecto en la ciega muchedumbre.

Sin embargo Vergniaud habia conseguido que se le escuchase, y habia sacado à luz toda su elocuencia al hablar de la conducta de sus amigos, de su cariño à la república, de sus sacrificios. Todo el auditorio se habia enternecido, y la sentencia tan temida, aunque requerida, ya no parecia irrevocable. Muchos dias duraron los debates, y los jacobinos, cansados de la pausa del tribunal, enviaron otra solicitud à la convencion para que se abreviase la vista de la causa. Robespierre hizo espedir un decreto por el cual, despues de tres dias de discusion, quedaban autorizados los jurados à declararse enterados, procediendo à la sentencia sin mas dilacion. Y para que el dictado fuese mas espresivo de su objeto, hizo acordar además que el nombre de tribunal estraordinario se mudase en el de TRIBUNAL REVOLUCIONARIO.

Espedido el decreto, no se atrevieron los jurados à hacer uso de él inmediatamente, declarando que aun no estaban bastante enterados; pero al dia siguiente, se valieron de su nueva facultad abreviadora, y pidieron la conclusion. Los acusados habian perdido ya toda esperanza, resueltos à morir gallardamente, yendo à la última sesion del tribunal con rostro sereno. Mientras los estaban rejistrando à la puerta de la Conserjería, para quitarles las armas con que pudiesen desmandarse contra sus vidas, Valazé dió un par de tijeras à su amigo Riouffe, diciéndole delante de los jendarmes: «Toma, amigo mio, ahí tienes una arma prohibida; pues no debemos orillar nuestra existencia.»

El 30 de octubre à media noche, entran los jurados para dar la sentencia; su presidente Antonelle estaba muy alterado. Camilo Desmoulins, al oir pronunciar el fallo, esclama: «¡Ah! yo soy quien los mato; es mi Brissot sin máscara! (*) Me voy,» dijo, y sale desesperado. Vuelven los reos, y al oir la voz de muerte, Brissot deja caer los brazos, é inclina la cabeza sobre su pecho; Gensonné quiere decir algunas palabras acerca de la aplicacion de la ley, pero no consigue que le oigan. Sillery, soltando las muletas, escla-

(*) Título de un folleto que habia escrito contra los jirondinos.

ma : « Este es el dia mas placentero de mi vida. » Algunas esperanzas se abrigaban aun en cuanto à los dos jóvenes hermanos Ducos y Fonfrede, que parecian menos comprometidos, y que se habian declarado por los jirondinos, menos aun por conformidad de opinion que por embeleso con su temple y sus injenios; pero quedan condenados como los otros, y entonces Fonfrede abraza à Ducos, diciéndole: «¡ Hermano mio, yo soy quien te doy la muerte! » — « Consuélate, responde Ducos, pues morimos juntos. » El abate Fauchet, cabizbajo, parece que está rezando; Carra conserva su ademan severo; Vergniaud tiene en toda su persona asomos de menosprecio y engreimiento; Lasource articula las palabras siguientes de un antiguo: « Muero el dia en que el pueblo perdió el tino, y vosotros feneceréis al punto en que lo recobre. » Ni se perdona à los apocados Gardien y Boileau. Este arroja el sombrero al aire, gritando: « Soy inocente. » — « Somos inocentes, repiten todos los reos; pueblo, te engañan. » Hay quien comete la torpeza de arrojar algunos asignados, como para estimular à la muchedumbre à acudir en su auxilio, pero permanece inmoble, y entonces los jendarmes los cercan para volverlos à sus calabozos. De repente uno de los condenados cae à sus piés, y levántanlo bañado en su sangre. Era Valazé, que, al dar las tijeras à Riouffe, se habia quedado con un puñal, y acababa de traspasarse con él. El tribunal sentencia al golpe que se lleve su cadáver en una carreta detrás de los demás reos, y estos, al salir del tribunal, por un arranque entrañable, entonan el himno de los Marselleses :

Alzóse el pendon sangriento
De aquel déspota violento, etc. (*).

Su postrimera noche fué sublime. Vergniaud, que tenia veneno, lo arrojó por morir con sus amigos, y todos juntos tuvieron una cena en que à un tiempo se mostraron placenteros, formales y elocuentes. Brissot y Gensonné estaban ensimesmados; Vergniaud habló de la libertad moribunda con pundonorosos afectos, y del destino de la humanidad con fogosa elocuencia. Ducos repitió unos versos que habia compuesto en la cárcel, y todos cantaron himnos á la Francia y à la libertad.

(*) Contre nous de la tyrannie
L' étendard sanglant est levé.

Al dia siguiente, 31 de octubre, repetian, por la carrera del cadalso, rodeados de un jentío inmenso, aquel himno de los Marselleses que cantaban nuestros soldados marchando al enemigo. Al llegar à la plaza de la Revolucion, bajaron de las carretas, y se abrazaron gritando : «¡Viva la república!» Sillery, fué el primero que subió al tablado, y despues de haber saludado con señorío al pueblo, en quien aun respetaba à la humanidad frájil y engañada, recibió el golpe fatal. Todos imitaron à Sillery, y murieron con el mismo decoro. El verdugo derribó en treinta y un minutos à aquellas cabezas esclarecidas, y en algunos instantes, destruyó juventud, belleza, virtudes y talentos. Tal fué el fin de tan nobles y valerosos ciudadanos, víctimas de su soñada perfeccion. No comprendiendo ni la humanidad, ni sus vicios, ni el modo de manejarla en una revolucion, se airaron de que no quisiese ser mejor, y aferrándose en contradecirla, se engolfaron en el trance de que los devorase. ¡Bien haya su memoria! Nunca resplandecieron tantas virtudes y talentos en las guerras civiles; y lo dirémos para su gloria, si no comprendieron la necesidad de los medios violentos para salvar la causa de la Francia, la mayor parte de sus contrarios prefirieron estos medios por vileza, no por númen. Solo pudiéramos considerar como superior à los jirondinos, al montañés que se hubiese atenido à los medios revolucionarios únicamente por política, y no por satisfacer venganzas ú odios personales.

Apenas hubieron espirado los jirondinos, cuando sobrevinieron nuevos holocaustos, de modo que la cuchilla no descansó ni un momento. Dióse la muerte el 2 de noviembre à la desgraciada Olimpia de Gouges, por escritos que se suponian contrarevolucionarios, y à Adan Lux, diputado de Maguncia, acusado del mismo delito. El 6 de noviembre, se llevó al tribunal revolucionario al desgraciado duque de Orleans, trasladado de Marsella á Paris, y se le condenó por los recelos que habia infundido à todos los partidos. Odioso à la emigracion, sospechoso à los jirondinos y jacobinos, no exhalaba ninguno de aquellos afectos que consuelan de una muerte injusta. Mas enemigo de palacio que entusiasta de la república, no tenia aquel convencimiento que sostiene en el trance, y de todas las víctimas, fué la menos condolida, y por lo mismo la mas digna de lástima. Un hastío jeneral, un escepticismo absoluto, fueron sus últimos latidos, y marchó al cadalso con una serenidad é indiferencia estraordinarias. Al pasar por la calle de San Honora-

to, vió su palacio con ojos enjutos, y ni un momento se desmintió su odio à los hombres y à la vida. Su ayudante de campo Coustard, diputado como él, se asoció à su suerte; y dos dias despues, siguióles al tablado la interesante y valiente esposa de Roland, quien reunia al atractivo de una Francesa el heroismo de una Romana, y empozaba todos los quebrantos en su corazon. Respetaba y queria á su esposo como padre; profesaba pasion entrañable à uno de los jirondinos proscritos; pero siempre habia sabido enfrenarla; dejaba una hija jóven y huérfana confiada à los amigos; y temblando por objetos tan amados, juzgaba perdida para siempre aquella causa de la libertad de que era entusiasta, y por la cual habia hecho tantos sacrificios, padeciendo al mismo tiempo por este conjunto de vaivenes. Condenada por complicidad con los jirondinos, oyó su sentencia con una especie de entusiasmo, parecia que estaba inspirada desde el trance de su condena hasta la ejecucion, escitando en cuantos la vieron una especie de pasmo relijioso. Fué al cadalso vestida de blanco; durante todo el camino robusteció la flaqueza de un compañero de infortunio que habia de perecer con ella, y no tenia el mismo valor, logrando desentrañarle una sonrisa por dos veces. Al llegar al tablado, se inclinó delante de la estatua de la libertad, esclamando: «¡O libertad! ¡qué de crímenes se cometen en tu nombre!» y en seguida sufrió la muerte con un teson inalterable (10 de noviembre). Así feneció aquella linda y valerosa mujer, que merecia tener parte en la suerte de sus amigos, y que, si hubiese sido mas modesta, limitándose al papel pasivo de su sexo, no hubiera evitado la muerte, debida à sus talentos y virtudes, pero no hubiera dado lugar à que se divulgasen mil ridiculeces y calumnias contra ella y su esposo.

Este último se habia refujiado cerca de Ruan, y al saber su trájico fin, no quiso sobrevivirle: dejó el albergue hospedador en que habia disfrutado asilo; y para no comprometer à ningun amigo, fué à darse la muerte en el camino real. Se le encontró atravesado por el corazon con una espada, y echado al pié de un árbol contra el que habia apoyado el arma, y en sus bolsillos se halló un escrito sobre su vida y conducta en el ministerio.

Así, en aquel pavoroso desvarío que hacia sospechosos el númen, la virtud y el talento, perecian en Francia por el suicidio ú la cuchilla del verdugo todos los hombres mas pundonorosos y esclarecidos.

Entre tantas muertes grandiosas y denodadas, hubo una sobre todo mas lamentable y sublime que las demás, la de Bailly. Bien pudo colejirse del modo con que se le trató en la causa de la reina, cómo se le recibiria en el tribunal revolucionario. Los sucesos que mas à menudo y mas amargamente se echaban en rostro al partido constituyente eran la escena del Campo de Marte, la proclamacion de la ley marcial y el tiroteo que fué su consecuencia; y todos los supuestos atentados de la constituyente querian castigarse en Bailly, amigo de Lafayette, y majistrado que habia hecho enarbolar la bandera encarnada. Fué condenado, y la ejecucion de la sentencia debia verificarse en el Campo de Marte, teatro de lo que se llamaba su crímen; y en efecto, se realizó el 11 de noviembre, con un tiempo lluvioso y frio. Llevado à pié y en medio de los ultrajes de un bárbaro populacho, al que habia mantenido cuando era correjidor, permaneció sereno y con un sosiego inalterable. Durante el largo tránsito de la Conserjería al Campo de Marte, le pasaban por delante de la cara la bandera encarnada que habian encontrado en las Casas Consistoriales, metida en un estuche de caoba. Llegado al pié del cadalso, se le figuraba asir el término de su suplicio; pero unos de los furibundos, encarnizados en perseguirle, esclama que el campo de la federacion no se ha de manchar con su sangre. Entonces se arrojan sobre la guillotina, se la llevan con el mismo afan que se dedicó en otro tiempo à cavar este mismo campo de la confederacion, y corren à ponerla à orillas del Sena sobre un monton de basura y frente al barrio de Chaillot, en que Bailly habia pasado su vida y compuesto sus obras. Esta operacion dura muchas horas, y en este tiempo le hacen recorrer varias veces el Campo de Marte con la cabeza descubierta, las manos atadas à la espalda, de modo que apenas puede andar. Unos le tiran lodo, otros le dan de puntapiés, ó con un palo, le vuelcan à tierra, vuelven à levantarle; la lluvia y el frio hacen temblar involuntariamente todos sus miembros, y notándolo un soldado, le dice: «Tú tiemblas.» — «Amigo mio, responde el anciano, es de frio.» Despues de muchas horas de semejante martirio, le queman junto à la cara la bandera roja; por último el sayon le agarra, y nos arrebatan un sabio ilustre, y uno de los hombres mas virtuosos que han honrado à nuestra patria.

El inmundo populacho no ha variado desde que Tácito le vió vitorear los crímenes de los emperadores. Siempre bravío en sus

impulsos, ya ensalza el ara de la patria, ya planta cadalsos, y no es gallardo y apreciable sino cuando, embutido en las huestes, se dispara sobre los batallones enemigos. No achaque el despotismo sus atrocidades à la libertad, porque con aquel siempre fué tan reo como con la república; pero encaminemos las luces y la instruccion para aquellos irracionales que aborta el cieno de las sociedades, siempre prontos à mancharlas con todos los crímenes, al llamamiento de todos los partidos, para afrentar à todas las causas.

El 25 de noviembre, se llevó tambien al cadalso al desgraciado Manuel, que, de procurador del concejo, habia pasado à la convencion como diputado, haciendo dimision cuando el proceso de Luis XVI, porque se le tachaba de haber falseado el escrutinio. Se le reconvino en el tribunal de haber favorecido los asesinatos de setiembre para sublevar à los departamentos contra Paris, y tan alevosas calumnias, aun mas atroces que la sentencia, eran abortos de Fouquier-Tinville. En el mismo dia se condenó al desgraciado jeneral Brunet, por no haber enviado parte de su ejército de Niza al sitio de Tolon; y al dia siguiente 26, se pronunció la muerte contra el victorioso Houchard, por no haber entendido el plan que le habian delineado, no marchando ejecutivamente por la calzada de Furnes, de modo que cojiese à todo el ejército inglés; yerro gravísimo, mas no merecedor del cadalso.

Tantos suplicios empezaban à derramar un terror jeneral, haciendo à la autoridad formidable. El susto era universal, y reinaba no solo en las cárceles, en la sala del tribunal revolucionario, en la plaza de la Revolucion, sino tambien en los mercados, en las tiendas en que acababan de ponerse vijentes el máximo y las leyes contra los logreros. Ya vimos cómo el descrédito de los asignados y la carestía de los jéneros habian obligado à decretar la tasa, con el objeto de restablecer el equilibrio entre los jéneros y el dinero. Desgraciadísimos fueron los primeros efectos de este máximo, siendo causa de que se cerrasen muchas tiendas. Con fijar un arancel para los artículos de primera necesidad, no se alcanzaba sino los jéneros que se vendian à la menuda; pero el revendedor, que los habia comprado al mercader en grande ó al fabricante, antes de la tasa, y à un precio superior al del nuevo arancel, padecia quebrantos enormes, y se quejaba amargamente; y estas pérdidas no eran menores para él aun cuando hubiese comprado despues del máximo. En efecto, en el arancel de jéneros llamados de pri-

mera necesidad, no se espresaban sino ya labrados y prontos à consumirse, y no se ponian precios sino à los que se hallaban en este estado. Pero nada se decia del precio que habian de tener antes de labrarse, qué precio se habia de satisfacer al jornalero elaborador, al carretero, al patron que los trajese; y de consiguiente el revendedor, que estaba obligado à vender al consumidor segun el arancel, y no podia tratar con el jornalero, fabricante, ó comerciante con arreglo à este mismo arancel, no podia absolutamente continuar en tráfico tan pernicioso. La mayor parte de los mercaderes cerraban las tiendas, ó bien se soslayaban de la ley; no vendian conforme al máximo sino los peores jéneros, y guardaban los buenos para los que venian secretamente à comprarlos por todo su valor.

El pueblo, que reparaba en estos fraudes, y veia que se cerraban muchísimas tiendas, se exasperaba y enfurecia, y venia à querellarse al ayuntamiento, queriendo que se obligase à todos los mercaderes à tener abiertas sus tiendas y à seguir en su comercio à su pesar. Dispuesto à quejarse de todo, delataba à los carniceros y tocineros, que compraban animales mal sanos ó muertos de enfermedad, y no los desangraban bien para que la carne pesase mas; à los panaderos, que, para proveer à los ricos la mejor harina, guardaban la ruin para los pobres, y no hacian cocer el pan todo lo necesario para que fuese mas pesado; à los taberneros, que ponian en las bebidas las drogas mas perniciosas; à los vendedores de sal, que alteraban su calidad para aumentar su peso; à los drogueros, y por último à todos los que vendian à la menuda, que adulteraban los jéneros de mil modos.

De estos abusos, unos eran eternos, y los otros provenian de la crísis actual; pero cuando la impaciencia del achaque se apodera de los ánimos, de todo se quejan, y todo se quiere reformar y castigar.

El procurador-jeneral Chaumette hizo con este motivo un discurso fulminante contra los mercaderes.

«Recordemos, dijo, que en 89 y años consecutivos, todos esos hombres hicieron un gran comercio, pero ¿con quién? con el estranjero. Sabido es que ellos son los que desacreditaron los asignados, y que se han enriquecido con el ajiotaje sobre el papel moneda. ¿Qué hicieron cuando estuvieron en auje? Se retiraron del comercio, amenazando al pueblo con la escasez y penuria de los

jeneros; pero si tienen oro y asignados, la república atesora otra preciosidad mayor, puesto que tiene brazos. Lo que se necesita son brazos, y no oro, para trabajar en las fábricas, y si ellos las abandonan, la república se apoderará de ellas, poniendo en requisicion todas las materias primeras. Sepan que depende de la república reducir, cuando quiera, à lodo y ceniza el oro y asignados que están en sus manos. Preciso es que el pueblo ajigantado anonade à esos enanillos de especuladores.

« Sentimos los quebrantos del pueblo, porque nosotros mismos somos pueblo. El consejo entero consta de descamisados, y es el pueblo-lejislador. Poco nos importa que caigan nuestras cabezas, con tal que la posteridad se digne recojer nuestros cráneos... No invocaré el Evanjelio, sino à Platon. El que lastime con el hierro, dice este filósofo, perecerá por el hierro; el que dañe con veneno, perecerá con veneno; el hambre ahogará al que quiera matar al pueblo de hambre... Si los abastos y jéneros faltan, ¿à quién recurrirá el pueblo? ¿A las autoridades constituidas? no... ¿A la convencion? no, sino à los proveedores, à los abastecedores. Tambien Rousseau era pueblo, y decia : CUANDO EL PUEBLO YA NO TENGA NADA QUE COMER, SE COMERA AL RICO. » (Sesion del ayuntamiento del 14 de octubre.)

Unos medios forzados acarrean otros, segun ya llevamos dicho. En las primeras leyes se habia tenido presente el jénero labrado, y ahora era preciso pasar à las materias primeras, y hasta la aprension de apoderarse de estas, labrándolas por cuenta de la república, se iba aposentando en todas las cabezas. Temible obligacion es la de violentar la naturaleza, queriendo arreglar todos sus movimientos, pues muy pronto se hace preciso suplir en todo la accion espontanea, reemplazando hasta la misma vida con los mandatos de la ley. El ayuntamiento y la convencion se vieron obligados à tomar nuevas providencias, cada cuerpo segun sus alcances.

El ayuntamiento de Paris obligó à todos los mercaderes à declarar la cantidad de jéneros que poseian, los pedidos que habian hecho para surtirse, y las esperanzas que tuviesen acerca de su pronta llegada. Todo mercader que hiciese un comercio cualquiera de un año à aquella parte, y lo abandonase ó dejase amortiguar, era declarado sospechoso, y se le encerraba como tal. Con el objeto de precaver el trastorno que pudiese causar la priesa en abastecerse, el concejo acordó tambien que el consumidor no podria

entenderse sino con el revendedor, y este con el mercader por mayor, fijando las cantidades que cada cual podria necesitar. En términos que el droguero no podia pedir mas que veinte y cinco libras de azúcar de una vez al mercader por mayor, y doce el orchatero, cuyas libranzas de compra las espedian las juntas revolucionarias prefijando las cantidades. Ni se ciñeron à esto los reglamentos del concejo : como siempre se agolpaba el jentío á la puerta de los panaderos, y esto causaba alborotos, teniendo muchos que perder parte de las noches para cojer puesto, Chaumette hizo acordar que empezase el reparto por los últimos que llegasen, pero esto no disminuyó ni la priesa ni las reyertas. Como el pueblo se quejaba de que se le daba la peor harina, se resolvió que en la ciudad de Paris, no se haria mas que una especie de pan, compuesto de tres cuartas partes de trigo y una de centeno. Ultimamente se nombró una comision veedora de abastos, para escudriñar el estado de los jéneros, comprobar los fraudes y castigarlos. Estas providencias, que remedaban los demás concejos, y à menudo se convertian en decretos, pasaban pronto à ser leyes jenerales, y de este modo, como ya dijímos, el concejo ejercia un influjo inmenso en todo lo concerniente al réjimen interior y à la policía.

Obligada la convencion à reformar la ley del máximo, ideó otra que se encaminaba del jénero à la materia primera. Tenia que formarse un estado del precio del jénero en 1790, en los mismos puntos de su produccion, à cuyo precio se añadia: 1°., una tercera parte à causa de las circunstancias; 2°., un precio fijo para los portes desde el punto de produccion al de consumo; 3°., un cinco por ciento para la ganancia del mercader por mayor, y diez para el revendedor por menor; y de todos estos elementos se habia de componer en lo sucesivo el precio de los jéneros de primera necesidad. A las administraciones locales se les mandó desempeñar este encargo, cada una por lo que producia y consumia su pais; y se concedia una indemnizacion à todo mercader por menor que teniendo menos de diez mil francos de capital, podia probar que lo habia perdido por causa del máximo. Los concejos debian graduar estos casos à ojo, como se juzgaba todo entonces, como se hace en tiempos de dictadura. Así es que la ley, sin trascender aun à la produccion, à la materia en bruto y à las hechuras, prefijaba el precio de los jéneros al salir de la fábrica, el de los portes, la ganancia del comerciante y del mercader, reemplazando, à lo me-

nos en la mitad de la obra social, el vaiven de la naturaleza con reglas absolutas. Pero todo esto, lo repetimos, provenia de la primera tasa, esta de los asignados, y estos de la necesidad imperiosa de la revolucion.

Para entender en este sistema de gobierno introducido en toda Francia, nombróse una comision de abastos, cuya autoridad abarcaba toda la república, y se componia de tres individuos elejidos por la convencion, los que gozaban casi de la misma suposicion que los ministros, con voto en el consejo. Esta junta tenia à su cargo la ejecucion de los aranceles, la vijilancia de la conducta de los ayuntamientos, en esta parte, los estados de los abastos y jéneros en todo el territorio, el disponer que el escedente de un departamento pasase à otro, y prefijar las requisiciones para los ejércitos con arreglo al memorable decreto que instituia el gobierno revolucionario.

En la parte de hacienda, la situacion de la república no era menos estraordinaria. Los dos préstamos, uno forzado, y otro voluntario, se iban llenando ejecutivamente, y se daban priesa en contribuir al segundo, porque era preferible por sus ventajas; de consiguiente acercábase el momento en que iban à salir de la circulacion mil millones de asignados. Habia cerca de cuatrocientos millones en las cajas para las necesidades del momento, resto de las antiguas creaciones, y quinientos millones de asignados reales recojidos por el decreto que los desamonedaba, y convertidos en una cantidad igual de asignados republicanos. Luego quedaban para el servicio unos novecientos millones.

Lo quep arecerá increible es que el asignado, que perdia tres cuartos, y hasta cuatro quintos, se habia puesto al par con el dinero, y en esta subida habia causas reales y supuestas. La supresion progresiva de mil millones en circulacion, el éxito del primer alistamiento, que acababa de producir seiscientos mil hombres en un mes, las últimas victorias de la república, que casi afianzaban su existencia, habian acalorado la venta de los bienes nacionales, dando alguna confianza à los asignados, pero no tanta que los igualase con el dinero. Las causas que en apariencia los pusieron al par con el metálico son las siguientes. Tengamos presente que la ley habia prohibido con penas graves el comercio del dinero, esto es, el cambio con pérdida del asignado con el dinero; que otra ley castigaba con penas severas al que en las compras fijase dos precios diferentes,

uno en el caso que el pago fuese en papel moneda, y otro si habia de ser en metálico. De este modo el dinero, cambiado con el jénero ú con el asignado, no podia tener su precio real, y no quedaba mas recurso que ocultarlo. Pero otra ley disponia que el dinero escondido, el oro y toda especie de alhajas que se hubiesen ocultado se decomisarian, parte para el estado, y parte para el denunciador. Desde entonces ya no se pudo hacer uso del dinero en el comercio, ni ocultarlo; era gravoso, esponia al poseedor à ser tenido por sospechoso; todos empezaban à desconfiar de él, y à preferir el asignado para los gastos diarios. Esto es lo que momentaneamente puso al par los asignados, novedad no vista ni siquiera en el primer dia de su creacion. Muchos concejos, que, además de las leyes de la convencion, tenian las suyas particulares, habian prohibido la circulacion del metálico, mandando que se trajese à las cajas para cambiarlo con asignados. Es verdad que la convencion habia abolido todas aquellas decisiones particulares de los concejos; pero las leyes jenerales eran mas que suficientes para hacer del dinero un mueble inservible y espuestísimo. Muchos lo llevaban à la contribucion ó al empréstito, ó bien lo daban à los estranjeros que hacian con él un gran comercio, y venian à la frontera con el objeto de cambiarlo con jéneros. Los Italianos, y sobre todo los Jenoveses, que nos traian mucho trigo, compraban en nuestros puertos del Mediodía à los precios mas ínfimos las materias de oro y plata. Luego por medio de aquellas furibundas leyes, el metálico habia vuelto á comparecer, y el partido de los revolucionarios vehementes, temiendo que dañase otra vez al papel moneda, queria que el dinero, no escluido hasta ahora de la circulacion, se suprimiese enteramente, pidiendo que se prohibiese el traspaso y se mandase à todos los que lo tenian lo cambiasen en las cajas públicas con asignados.

El ajiotaje habia cesado casi enteramente por efecto del terror; las especulaciones con el metálico, segun acabamos de ver, eran casi imposibles; el papel estranjero, ya desacreditado, no circulaba como dos meses antes; y los banqueros, que se tenian por ajentes de los emigrados ó ajiotistas, estaban arredrados. Por un momento se les secuestraron sus bienes; pero como luego se reconoció el riesgo de interrumpir las operaciones del banco, deteniendo la circulacion de los capitales, se les levantó el embargo. Era con todo tan entrañable el pavor, que ya nadie pensó en ninguna especie de especulacion.

Por fin quedó abolida la compañía de las Indias. Ya vimos las tramas que algunos diputados habian urdido para especular en las acciones de aquella. El baron de Batz, que se entendia con Julien de Tolosa, Delaunay de Angers, y Chabot, queria hacer bajar los fondos por medio de propuestas horrorosas, comprarlos entonces, luego con proposiciones mas suaves, hacerlos subir otra vez, volverlos à vender, y sacar de este modo cuantiosos beneficios con este vaiven fraudulento. El abate d'Espagnac, à quien Julien favorecia en la junta de los mercados, debia franquear el caudal necesario para la especulacion. Estos viles consiguieron en efecto que las acciones de la compañía bajasen de 4.500 à 650 francos, y sacaron cuantiosos provechos; y como no podia ya sortearse la supresion de la compañía, le hicieron proposiciones para suavizar en cuanto fuese posible el decreto de estincion. Delaunay y Julien de Tolosa lo deslindaban con sus directores, diciéndoles : « Si dais tal cantidad, presentarémos tal decreto, si no, presentarémos otro ». Por último convinieron en dar quinientos mil francos, y con esto debian los diputados, al proponer la supresion de la compañía, que era inevitable, encargarle à ella misma la liquidacion de sus cuentas, lo que habia de alargar su duracion por mucho tiempo. Los quinientos mil francos se habian de repartir entre Delaunay, Julien de Tolosa, Chabot y Bazire, à quien su amigo Chabot habia comunicado la tramoya; pero no quiso tomar parte en ella. Delaunay presentó el decreto de supresion el 17 vendimiario, proponiendo en él que se estinguiese la compañía, que se la obligase à restituir los caudales que debia al estado, y sobre todo que se le hiciesen pagar los derechos de traspasos de que habia logrado desentenderse, trasformando sus acciones en inscripciones sobre los libros, y por último que ella misma quedase encargada de su liquidacion. Fabre-d'Eglantine, que aun no estaba en el secreto, y que, segun parece, especulaba por rumbo contrapuesto, tomó la voz contra el decreto, diciendo que el permitir à la compañía su propia liquidacion era eternizarla, y que con este pretesto estaria indefinidamente en ejercicio; de consiguiente fué de dictámen que este encargo se diese al gobierno. Cambon pidió, por via de enmienda, que el estado, al hacer la liquidacion, no fuese responsable de las deudas, si el cargo de la compañía era superior à la data. Adoptóse el decreto con ambas enmiendas, y volvió à la comision para estenderlo definitivamente. Entonces los de la trama

pensaron que era forzoso cohechar à Fabre para que, por medio de la redaccion, se pudiesen lograr algunas modificaciones en el decreto. Con esta mira comisionaron à Chabot, quien logró afianzar à Fabre con cien mil francos, y entonces se estendio el decreto tal como lo habia adoptado la convencion, dándolo à firmar à Cambon y demás vocales de la comision, que no eran cómplices del proyecto. Luego se añadieron algunas palabras à esta copia auténtica, que variaban sustancialmente su sentido. En el artículo de los traspasos que habian desatendido los derechos, y tenian que pagarlos, se añadieron estas palabras: «Escepto los en que haya habido fraude», lo que daba fundamento à todas las pretensiones. de la compañía respecto à la exencion de derechos. En cuanto à la liquidacion, se añadió: «Segun los estatutos y reglamentos de la compañía», lo que daba entrada á esta en la liquidacion. Estas palabras entrometidas variaban la sustancia del decreto, que firmaron despues Chabot, Fabre, Delaunay y Julien de Tolosa, entregando la copia falsificada à la junta de publicacion de las leyes, la que la hizo imprimir y promulgar como decreto auténtico. Esperaban que los vocales que habian firmado antes de esta leve alteracion, ó no se acordarian, ó no lo conocerian, y se repartieron los quinientos mil francos. Bazire fué el único que rehusó su porcion, diciendo que no queria tener parte en semejantes vilezas.

Sin embargo Chabot, cuyo lujo empezaba à dar sospechas, temblaba de verse comprometido, y habia puesto los cien mil francos que le habian cabido en el lugar escusado. Como sus cómplices le veian dispuesto à venderlos, le amenazaban con tomar la delantera, y revelarlo todo si los abandonaba. Tal habia sido el resultado de tan vergonzosa trama entre el baron de Batz y tres ó cuatro diputados; pero el pavor sumo que reinaba en todas partes, y amenazaba hasta à los mas inocentes, llegó à apoderarse tambien de ellos y à acosarlos en tal estremo que à cada paso se creian descubiertos y castigados. Así es que toda especulacion estaba suspendida, y nadie se atrevia à entregarse al ajiotaje.

En este instante, en que ya no se temia trastornar todas las aprensiones corrientes, y todos los hábitos establecidos, se puso en ejecucion el proyecto de renovar el sistema de pesos y medidas, y mudar el calendario. Revolucion tan filosófica y política como aquella debia descollar con su aficion à todo arreglo y su menosprecio de todos los tropiezos. Esta revolucion habia dividido el

territorio en ochenta y tres porciones iguales; habia uniformado la administracion civil, relijiosa y militar; habia igualado todas las partes de la deuda pública, y no podia menos de arreglar los pesos, medidas y division del tiempo. No hay duda, empero, que este afan por la uniformidad dejenera muchas veces en mania sistemática, y pone en olvido que la naturaleza tiene tambien sus variedades necesarias y halagüeñas; pero lo cierto es que solo en esta especie de accesion calenturienta labra el entendimiento humano las rejeneraciones arduas y grandiosas. El nuevo sistema de pesos y medidas, una de las mas gallardas creaciones del siglo, fué el resultado de este afan arrojado de innovacion. Por unidad de peso y medida se tomaron cantidades naturales é invariables en todo pais. Así que, el agua destilada se tomó por unidad de peso, y una parte del meridiano por unidad de medida; y estas unidades multiplicadas ó divididas por diez hasta lo infinito formaron el despejado sistema conocido con el nombre de «cálculo decimal».

Con el mismo arreglo debia procederse à la division del tiempo, pues la dificultad de variar los hábitos de un pueblo en sus mas invencibles repugnancias, no eran tropiezos para hombres tan resueltos como los que disponian entonces del pueblò francés. Ya habian mudado la era gregoriana en era republicana, haciendo que esta principiase del año primero de la libertad, pero ahora la hicieron empezar el 22 de setiembre de 1792, dia que, por una feliz casualidad era el de la institucion de la república y del equinoccio de otoño. El año se hubiera tenido que dividir en diez partes, con arreglo al sistema decimal; pero, tomando por basa de la division de los meses las doce revoluciones de la lúna alrededor de la tierra, por precision habian de admitirse doce meses. En esto, la naturaleza misma requeria el quebrantamiento del sistema decimal. El mes constó de treinta dias, dividido en tres decenas de dias, llamadas «décadas», que reemplazaban las cuatro semanas. Consagróse al descanso el décimo dia de cada década, sustituyéndolo al domingo, y con esto resultaba un dia de descanso de menos en cada mes. La relijion católica habia multiplicado las fiestas hasta lo infinito; pero la revolucion, que decantaba el trabajo, juzgó que convenia reducirlas todo lo posible. Pusiéronse à los meses los nombres de las estaciones á que pertenecian; de modo que, como el año principiaba en otoño, los tres primeros meses de él, que pertenecian à esta estacion, se llamaron: 1º. «vendimiario», 2º. «nu-

bloso», 3°. «escarchero»; los tres siguientes, que eran de invierno, se llamaron: «nevoso, lluvioso, ventoso»; los otros tres, que correspondian à la primavera: «jerminal, floreal, praderal»; y en fin los tres últimos, que comprendian el verano: «mesidor, termidor y fructidor». Estos doce meses, de treinta dias cada uno, no hacian mas en todo que trescientos sesenta dias, de modo que para completar el año faltaban cinco dias, que se llamaron «complementarios», ideando la preciosa ocurrencia de reservarlos para las fiestas nacionales, con el nombre de «descamisadas», dictado que es fuerza conceder al tiempo, y que no es mucho mas desatinado que otros adoptados por los pueblos. Dedicóse la primera fiesta al «númen»; la segunda al «trabajo»; la tercera à «las buenas acciones»; la cuarta à las «recompensas», y la quinta à la «opinion». Esta última, muy orijinal y propia del carácter francés, debia ser una especie de carnaval político de veinte y cuatro horas, en el cual se permitiria hablar y escribir acerca de todo hombre público cuanto soñasen el pueblo y los escritores. La opinion era la que debia ajusticiar à la misma opinion, y todos los majistrados habian de sincerarse con sus virtudes de las verdades y calumnias de este dia; ocurrencia que no podia ser mas grandiosa y mas moral, pues porque un destino mas poderoso haya destruido los pensamientos é instituciones de aquella época, no hemos de tachar de rídiculas sus gallardas y osadas aprensiones. No eran ridículos los Romanos cuando el dia del triunfo podia el soldado decir cuanto le sujeria su encono ú alborozo detrás de la carroza del triunfador. Como cada cuatro años, el bisiesto traia seis dias complementarios en lugar de cinco, esta sexta «descamisada» habia de llamarse fiesta de la «revolucion», dedicada à una gran solemnidad, en la que los Franceses celebrarian la época de su emancipacion y el establecimiento de la república.

Dividióse el dia, segun el sistema decimal, en diez partes ú horas, estas en otras diez, y así sucesivamente, mandándose construir nuevos relojes de sol con arreglo à este modo de calcular el tiempo; pero para no tener que hacerlo todo de una vez, se dejó esta última reforma para el año siguiente.

La revolucion que se intentó respecto del culto se tuvo por la mas ardua y tiránica. Las leyes revolucionarias relativas à la relijion eran hasta ahora las mismas de la asamblea constituyente. Ya dijimos que esta asamblea, deseando hermanar la administracion

eclesiástica con la civil, quiso que lòs limites de las diócesis fuesen los mismos que los de los departamentos, que el obispo fuese electivo como los demás empleados, y en una palabra, que, sin tocar el dogma, se entonase la disciplina, como se habia hecho con todas las partes de la organizacion política. Tal fué la constitucion civil del clero, que hicieron jurar à todos los eclesiásticos, y ya se acordarán nuestros lectores que desde aquel dia hubo un cisma, llamando curas constitucionales ó juramentados à los que se habian conformado con la nueva institucion, y quebrantadores à los demás. Solo estos últimos estaban privados de sus funciones, dándoseles empero una pension; pero notando la asamblea lejislativa que se afanaban por descarriar la opinion pública, indisponiéndola contra el nuevo réjimen, los puso bajo la vijilancia de las autoridades de los departamentos, y aun decretó que estas podrian espulsarlos del territorio francés. Mas severa la convencion para con estos clérigos, conforme su conducta iba siendo mas sediciosa, condenó al estrañamiento à todos los díscolos. Y como de dia en dia se aumentaba el encono, se estrañaba jeneralmente porqué se conservaba aun cierto viso de relijion en que ya nadie casi creia, y que formaba la contraposicion mas disonante con las nuevas instituciones, y las costumbres recientes de la Francia republicana, cuando se habian abolido todas las antiguas supersticiones monárquicas. Ya se habian pedido leyes para favorecer à los clérigos casados, y escudarlos contra ciertas autoridades concejiles que intentaban apearlos de sus funciones. Sobrado prudente la convencion en esta materia, nada habia querido resolver sobre ella; pero por su mismo silencio, les habia autorizado à conservar sus funciones y sus sueldos. Tambien se trataba en algunas representaciones de no dar situado alguno á ningun culto, dejando que cada secta costease sus ministros, prohibir las ceremonias esteriores, obligando à todas las relijiones à encerrarse en sus templos. Ciñóse la convencion à reducir la renta de los obispos al máximo de seis mil francos, pues los habia que tenian hasta setenta mil. En cuanto à lo demás, nada quiso hacer por sí, y guardó silencio, dejando que la Francia tomase la iniciativa en la abolicion de los cultos, pues temia que, al poner ella misma la mano en las creencias, indispondria parte de la poblacion, que aun conservaba cierto apego à la relijion católica. Menos reservado, el concejo de Paris se aprovechó de esta coyuntura favorable à una grandiosa reforma, apresurándose à dar el primer ejemplo de la abjuracion del catolicismo.

Cuando los patriotas de la convencion y los jacobinos, cuando Robespierre, Saint-Just y demás caudillos revolucionarios se contentaban con el deismo, Chaumette, Hebert, todos los caciques del concejo y de los franciscanos, inferiores en luces y funciones, era regular que traspasasen todos los límites disparándose hasta el ateismo. No profesaban à las claras esta doctrina, pero podia suponerse sin riesgo de incurrir en juicio temerario, puesto que ni en sus pláticas, ni en sus periódicos pronunciaban nunca el nombre de Dios, repitiendo continuamente que solo la razon habia de gobernar al pueblo, y que ella habia de ser su único culto. Chaumette no era ni malvado, ni rastrero, ni ambicioso como Hebert, ni trataba de desbancar à los actuales caudillos de la revolucion, recargando las opiniones reinantes; pero sin miras políticas, empapado en una filosofía vulgar, inducido por una propension vehemente à la declamacion, predicaba, con el fervor y el engreimiento devoto de un misionero, sobre las buenas costumbres, el trabajo, las virtudes patrias y la razon, absteniéndose siempre de nombrar à Dios. Habia condenado con vehemencia el saqueo, riñendo con aspereza à las mujeres que desatendian los quehaceres de sus casas por entrometerse en los disturbios políticos, y habia tenido valor de cerrar su sociedad; habia suscitado la abolicion de la mendiguez y el establecimiento de talleres públicos para dar trabajo à los pobres; habia levantado el grito contra la prostitucion, haciendo que el concejo vedase la profesion de rameras, tolerada en todas partes como inevitable; de modo que aquellas desventuradas no podian mostrarse en público, ni ejercer en el interior de sus casas su lamentable industria. Decia Chaumette que semejantes mujeres eran propias de los paises monárquicos y católicos, en que habia ciudadanos ociosos, clérigos solterones, y que el trabajo y el matrimonio debian arrojarlas de las repúblicas.

Luego Chaumette tomó la iniciativa en nombre de este sistema de la razon, declarándose en la tribuna contra la publicidad del culto católico, y sostuvo que era un privilejio de que no debia gozar sobre los demás, pues si à cada secta se le concedia esta facultad, las calles y plazas públicas serian en breve el teatro de las farsas mas ridículas. Como la policía local estaba à cargo del ayuntamiento, hizo decidir el 23 vendimiario (14 de octubre), que de ninguna relijion podrian los ministros ejercer su culto fuera de los

templos, haciendo instituir nuevas ceremonias fúnebres para enterrar à los muertos, à los que solo habian de acompañar los amigos y parientes. Suprimiéronse en los cementerios todos los signos relijiosos, sustituyéndoles una estatua del sueño, como lo habia hecho Fouché en el departamento del Allier; y en vez de cipreses y arbustos lúgubres, plantáronse en los cementerios los árboles mas risueños y olorosos. «Preciso es, dijo Chaumette, que la brillantez y fragancia de las flores recuerden especies halagüeñas, pues, si fuese posible, yo quisiera respirar el alma de mi padre.» Se abolieron todos los signos esteriores del culto, y en el mismo acuerdo, segun proposicion de Chaumette, se resolvió que ya no se pudiesen vender en las calles «ninguna clase de truhanerías, como santos sudarios, pañuelos de Sta. Verónica, ecce-homos, cruces, agnus Dei, vírjenes, cornetas y anillos de San Huberto,» ni tampoco «polvos, aguas medicinales y otras drogas falsificadas.» Mandóse quitar de todas partes la imájen de la Vírjen, y en vez de las que se hallaban en nichos por las esquinas, se pusieron los bustos de Marat y Lepelletier.

Anacársis Clootz, aquel mismo baron prusiano que con cien mil libras de renta habia dejado à su pais, por venir à Paris para representar, segun decia, al jénero humano, que habia figurado en la primera confederacion de 1790, al frente de los supuestos enviados de todos los pueblos, y despues se le nombró diputado à la convencion nacional, predicaba continuamente sobre la república universal y el culto de la razon. Empapado en ambas aprensiones, las esplayaba en sus escritos, y las proponia à todos los pueblos, ya por medio de manifiestos, ya de memorias. Tan reo le parecia el deismo como el mismo catolicismo; no dejaba nunca de proponer la destruccion de los tiranos y de todas las especies de dioses, sosteniendo que la humanidad ilustrada y libre no habia de reconocer mas que la razon pura, y su culto benéfico é inmortal. Decia à la convencion: «Solo con continuos viajes pude librarme de todos los tiranos sagrados y profanos; me hallaba en Roma cuando querian prenderme en Paris, y estaba en Lóndres cuando querian quemarme en Lisboa. De este modo, andando como lanzadera de un cabo al otro del mundo, sorteé los alguaciles, los espías, todos los amos, todos los lacayos, y cesaron mis emigraciones al empezar la de los malvados. En Paris, capital del globo, estaba la tribuna del orador del jénero humano, y de consiguiente

ya no salí de esta ciudad desde 1789, dando nuevas pruebas de mi fervor contra los fementidos soberanos de tierra y cielo. Prediqué altamente que no hay mas Dios que la naturaleza, ni otro soberano que el jénero humano, el pueblo-dios. El pueblo no tiene necesidad de nadie, y siempre existirá. La naturaleza no se arrodilla delante de sí misma, y podeis juzgar de la majestad del jénero humano libre por la del pueblo francés, que no es mas que un quebrado de aquel; de la infalibilidad del todo por la perspicacia de una porcion que, por sí sola, hace temblar al mundo esclavo. La junta de vijilancia de la república universal tendrá menos que hacer que la de la menor seccion de Paris, puesto que, en vez del recelo universal, lograrémos una confianza jeneral. En mi república habrá muy pocas oficinas y contribuciones, y ningun verdugo. La razon reunirá à todos los hombres en una sola haz representativa, sin mas lazo que la correspondencia epistolar. Ciudadanos: el único tropiezo contra esta Jauja es la relijion, y llegó la hora de destruirla. El jénero humano ya no necesita andadores. ¡ No hay denuedo, dijo un antiguo, sino al dia siguiente de un mal reinado; aprovechémonos de este dia, y alarguémoslo hasta el de la emancipacion del mundo! »

Los requisitorios de Chaumette sublimaron las esperanzas de Clootz, quien se avistó con Gobel, tramoyista de Porentruy, y obispo constitucional del departamento de Paris, en virtud del mismo movimiento disparado que habia encumbrado à Chaumette, Hebert y tantos otros à las primeras funciones municipales. Clootz le hizo creer que habia llegado el momento de abjurar à la faz de la nacion el culto católico, del cual era primer pontífice; que su ejemplo arrollaria à todos los ministros del culto, ilustraria à la nacion, suscitaria una abjuracion jeneral, y obligaria à la convencion à abolir el cristianismo. Gobel no quiso precisamente abjurar su creencia, declarando con esto que habia engañado à los hombres durante toda su vida, pero consintió en venir à abdicar el episcopado, y luego volcó à sus vicarios para seguir su ejemplo. Acordóse tambien con Chaumette que todas las autoridades constituidas de Paris acompañarian à Gobel, y formarian parte de la diputacion para darle mayor solemnidad.

El 17 nubloso (7 de noviembre de 1793), Momoro, Pache, Lhuillier, Chaumette, Gobel y todos sus vicarios, se presentan à la convencion. Chaumette y Lhuillier, procuradores ambos, uno del

concejò, y el otro del departamento, anuncian que el clero de Paris viene à rendir à la razon esplendoroso y entrañable homenaje. Entonces Gobel, encasquetándose el gorro encarnado, teniendo en la mano su mitra, su báculo, su cruz y anillo, toma la voz: «Nacido plebeyo, dijo, cura de Porentruy, enviado por mi clero à la primera asamblea, luego promovido al arzobispado de Paris, nunca he dejado de obedecer al pueblo, aceptando las funciones que me confió en otro tiempo, y tambien le obedezco en el dia renunciándolas. Me habia hecho obispo cuando el pueblo queria obispos, y ahora que ya no los apetece, dejo de serlo.» Añadió que todo su clero, à impulsos de los propios arranques, le encarga haga, en su nombre, igual declaracion, y al decir estas palabras, pone su mitra, cruz y anillo encima de la mesa. Todo su clero ratifica esta declaracion, y el presidente responde con tino que la convencion decretó la libertad de cultos, dejándola entera à cada secta, que nunca se entrometió en las creencias, pero que aprueba infinito vengan à abjurar, iluminadas por la razon, sus supersticiones y errores.

Gobel no habia abjurado el sacerdocio ni el catolicismo, no atreviéndose à declararse un impostor que viene à confesar sus patrañas; pero, en su lugar, estienden otros esta declaracion. «Despreocupado, dice el cura de Vaugirard, del fanatismo avasallador de mi corazon y entendimiento, renuncio formalmente el sacerdocio.» Muchos obispos y curas imitan su ejemplo, y abjuran el catolicismo, y Julien de Tolosa abjura tambien su condicion de ministro protestante, à cuyas renuncias, resuenan por todas partes vítores impetuosos de la asamblea y de las galerías. En este momento, entra Gregoire, obispo de Blois, y, contándole lo que acaba de pasar, se niega con teson à remedar à sus compañeros. «¿Se trata de la renta afecta à las funciones de obispo? la cedo, dijo, sin la menor dificultad; pero de mi calidad de sacerdote y obispo no puedo desprenderme, pues mi relijion me lo prohibe, y para esto invoco la libertad de cultos.» Gregoire acaba estas palabras en medio del alboroto; pero no atajan la esplosion de regocijo que ha causado esta escena. La diputacion sale de la asamblea por entre un inmenso jentio, y se encamina à la Casa de la Ciudad, para recibir los parabienes del ayuntamiento.

Dado este ejemplo, no era difícil lograr que todas las secciones de Paris y los concejos de Francia lo imitasen. Pronto se reunen

aquellas, y acuden à declarar unas tras otras que renuncian todos los errores de la supersticion, no reconociendo mas que un solo culto, el de la razon. La del Hombre Armado declara que no reconoce mas culto que el de la verdad y la razon, otro fanatismo que el de la libertad é igualdad, ni mas dogma que el de la hermandad y leyes republicanas decretadas desde el 31 de mayo de 1793. La de la Reunion participa que hará una hoguera de todos los confesionarios y de todos los libros que servian à los católicos, y hará cerrar la iglesia de San Mery. La de Guillermo Tell renuncia para siempre el culto del error y de la patraña. La de Mucio Escévola abjura el catolicismo, y el decadí próximo hará en el altar mayor de San Sulpicio la inauguracion de los bustos de Marat, Lepelletier y Mucio Escévola. La de las Picas no adorará mas Dios que el de la Libertad é Igualdad, y la del Arsenal orilla tambien el culto católico.

Así pues todas las secciones tomaban la iniciativa, abjurando el catolicismo como relijion pública, y se apoderaban de sus edificios y tesoros como pertenecientes al comun. Ya los diputados en comision habian logrado que muchos ayuntamientos se apoderasen de los muebles de las iglesias, que no eran necesarios, decian, à la relijion, y que por otra parte pertenecian al estado como cualquiera propiedad pública, y podian dedicarse à las necesidades de la patria. Fouché habia enviado muchos cajones de plata del departamento del Allier, y de otros departamentos tambien habian mandado muchos. Pronto se remedó este ejemplo en Paris y sus inmediaciones, y se presentaron riquezas à montones en la barandilla de la convencion. Despojáronse todas las iglesias, y los ayuntamientos enviaron diputaciones con el oro y plata hacinados en los nichos de los santos ó en los lugaras que habia consagrado una antigua devocion. El pueblo iba à la convencion figurando una procesion, y entregándose à sus disparos burlescos, remedaba en mojiganga las escenas de la relijion, logrando tanta fruicion en profanarlas como antes en solemnizarlas. Venian à la barandilla hombres con sobrepellices, casullas, capas pluviales, cantando « aleluyas « y bailando la « carmañola ; » traian custodias, crucifijos, copones, estatuas de oro y plata ; pronunciaban discursos estravagantes, y muy à menudo enderezaban à los mismos santos las mas raras arengas. « ¡ O vosotros ! esclamaba una diputacion de San Dionisio, ¡ ó vosotros, instrumentos del fanatismo !

¡ Santos bienaventurados de toda especie, sed en fin patriotas, levantaos de tropel, servid à la patria, yendo à fundiros en la casa de moneda, y labrad en este mundo nuestra dicha que intentabais hacer en el otro ! » A estas escenas jocosas sucedian de repente otras de respeto y veneracion. Estos mismos hombres, que hollaban à los santos del cristianismo, llevaban un palio, y debajo de él los bustos de Marat y Lepelletier. « Estos no son dioses, decian, hechos por hombres, sino imájenes de ciudadanos respetables, asesinados por los esclavos de los reyes. » Desfilaban despues delante de la convencion cantando « aleluyas » y bailando la « carmañola, » é iban à llevar à la Casa de Moneda los ricos despojos de los altares, y los bustos de Marat y Lepelletier à las iglesias, que habian venido à ser los templos del nuevo culto.

A peticion de Chaumette, se acordó que la iglesia metropolitana de Nuestra Señora se convertiria en un edificio republicano, llamado « Templo de la Razon, » instituyendo una fiesta para todos los decadís, que habia de reemplazar las ceremonias católicas del domingo. El correjidor, los oficiales del concejo, los empleados públicos, iban al templo de la Razon, leian la declaracion de los derechos del hombre, el acta constitucional, glosaban las noticias de los ejércitos, y contaban las acciones descollantes que habian mediado en la década. En el templo habia una « boca de Verdad », como los buzones de delacion que habia en Venecia para recibir los « avisos, reconvenciones ó consejos » provechosos al público, y cada dia de década se sacaban estas cartas y se leian; un orador pronunciaba un discurso de moral; luego tocaba la música, y se concluia la funcion cantando himnos republicanos. Habia en el templo dos tribunas, una para los ancianos, otra para las embarazadas, con estas palabras : « Respeto à la vejez; respeto y esmero con las embarazadas. »

La primera fiesta de la Razon se celebró con pompa el 20 nubloso (10 de noviembre), à la que asistieron todas las secciones con las autoridades constituidas. Una mujer jóven, la esposa del impresor Momoro, amigo de Vincent, Ronsin, Chaumette, Hebert y consocios, representaba la diosa de la Razon, vestida con una túnica blanca, un manto azul celeste en los hombros, y con la cabellera suelta y cubierta con el gorro de la libertad. Estaba sentada sobre unas andas à la antigua, cubiertas de yedra, y llevábanlas cuatro ciudadanos; precedian y seguian à esta diosa doncellas vestidas de

blanco y coronadas de rosas. Luego venian los bustos de Lepelletier y Marat, músicos, tropa y todas las secciones armadas. En el templo se cantaron himnos, se pronunciaron discursos, y luego fueron à la convencion, donde Chaumette tomó la palabra en estos términos:

«Lejisladores: el fanatismo ha cedido el sitio à la razon, y sus turbios ojos no han podido sostener el resplandor de la luz. Un pueblo inmenso ha acudido hoy à estas bóvedas góticas, que por la primera vez retumban con el eco de la verdad. Aquí celebran los Franceses el único culto verdadero, el de la libertad, el de la razon. Aquí hemos hecho votos por la prosperidad de las armas de la república. Aquí orillamos idolos exánimes, por la razon, por esta imájen animada, obra maestra de la naturaleza.» Y al decir estas palabras, señalaba Chaumette la diosa viva de la Razon. La mujer jóven y hermosa que la representaba baja de su asiento, se acerca al presidente, y este le da el ósculo fraternal en medio de vítores universales y alaridos de «¡Viva la república! ¡Viva la Razon! ¡Caiga el fanatismo!» La convencion, que aun no habia tomado parte en estas representaciones, se ve arrollada y precisada à seguir la comitiva que vuelve al templo de la Razon à cantar un himno patriótico. Una noticia importante, la de haber tomado Noirmoutiers à Charette, encarecia el alborozo jeneral, dándole un motivo mas palpable que el de la abolicion del fanatismo.

Míranse sin duda con repugnancia aquellas escenas estravagantes y fementidas, en que un pueblo mudaba de culto, sin comprender ni el antiguo ni el nuevo. Pero ¿cuándo procede el pueblo de buena fe? ¿Cuándo es capaz de comprender los dogmas que se le suministran para que crea en ellos? ¿Qué necesita regularmente? Grandes asambleas que satisfagan su afan de reunirse, espectáculos simbólicos, en que se le recuerde continuamente la idea de un poder superior al suyo, fiestas en fin en que se tribute acatamiento à los hombres que mas se aproximaron al bien, à lo esclarecido y lo grandioso, en una palabra, templos, ceremonias y Santos. Aquí tenia templos, la Razon, Marat y Lepelletier, estaba reunido, adoraba un poder superior misterioso, y celebraba à dos hombres. Luego todas sus necesidades se hallaban satisfechas, y hacia entonces lo que hace siempre.

Si se considera el cuadro que presentaba la Francia en aquella época, se echará de ver que nunca se atropelló mas à la parte yerta

y sufrida de la poblacion, en la que se labran los esperimentos políticos. Nadie se atrevia ya à espresar su opinion; nadie osaba ir à ver à parientes ó amigos, por no comprometerse, y perder la libertad, y hasta la vida. Cien mil prisiones y muchas sentencias de muerte ponian la cárcel y el cadalso à la vista de veinte y cinco millones de Franceses. Se pagaban contribuciones considerables, y por medio de una clasificacion arbitraria, se veia uno colocado en la clase de rico, y perdia en este año parte de sus rentas. Algunas veces era preciso dar la cosecha ó los muebles mas preciosos de oro ú plata al mero requerimiento de un representante, ó de cualquier ajente. Nadie se atrevia à gastar lujo ni à divertirse, ni à valerse de dinero acuñado, era preciso dar ó recibir un papel vilipendiado, con el que se hacia trabajoso el ajenciarse lo necesario. Los mercaderes tenian que vender à precio determinado, los compradores se habian de contentar con el peor jénero, porque el bueno se retraia del máximo y de los asignados, y no pocas veces no se hallaba ni bueno ni malo, porque uno y otro se ocultaban. Ya no habia mas que una sola especie de pan negro, comun à ricos y pobres, que se alcanzaba à viva fuerza à la puerta de los panaderos, con muchas horas de espera. Los nombres de pesos y medidas, de los meses y dias, se habian trocado; ya no habia mas que tres domingos en vez de cuatro, y por último, mujeres y ancianos se veian privados de las ceremonias del culto à que habian asistido toda su vida.

Nunca trastornó el poderío con mas violencia los hábitos de un pueblo, pues no hay duda que no cabe tiranía mas atroz que la que amaga à todas las existencias, diezma los bienes, establece por fuerza el precio de los cambios, muda los nombres de todas las entidades, y destruye las prácticas del culto; pero justo es al mismo tiempo hacerse cargo del peligro en que se hallaba el estado, de la crísis inevitable del comercio, y del espíritu de sistema inseparable del de innovacion.

CAPITULO IV.

Regreso de Danton. Desavenencias en el partido de la Montaña, dantonistas y hebertistas. Politica de Robespierre y de la junta de salvacion pública. Danton, acusado en los Jacobinos, se sincera, y queda defendido por Robespierre. Abolicion del culto de la Razon. Ultimos retoques dados al gobierno de la dictadura revolucionaria. Pujanza de la junta contra todos los partidos. Arresto de Ronsin, de Vincent, de los cuatro diputados autores del decreto falso, y de los ajentes supuestos del estranjero.

Desde el vuelco de los jirondinos, el partido montañés, ya solo y victorioso, habia empezado à descuartizarse. Los desafueros, siempre mas estremados, de la revolucion, acabaron por entero de desavenirlo, y asomaba un rompimiento. Varios diputados quedaron conmovidos con la suerte de los jirondinos, de Bailly, Brunet y Houchard; otros vituperaban las violencias cometidas respecto al culto, y las graduaban de antipolíticas y espuestas. Decian que iban sustituyendo las supersticiones que trataban de anonadar con otras nuevas, que el supuesto culto de la Razon no era mas que el del ateismo, que este no era adecuado para ningun pueblo, y que tan rematadas estravagancias se costeaban por los estranjeros. Al contrario, el partido descollante en los Franciscanos y en el concejo, cuyo escritor era Hebert, sus caudillos Vincent y Ronsin, sus apóstoles Chaumette y Clootz, sostenia que sus contrarios ansiaban resucitar una faccion moderada, y acarrear nueva desavenencia en la república.

Se habia desarrinconado Danton, y sin declarar sus pensamientos, mal podia ocultarlos un adalid de partido. Luego corrieron de boca en boca, y se hicieron patentes à todos. Sabíase que trataba de estorbar la ejecucion de los jirondinos, y que se habia sumamente impresionado de su trájico paradero; sabíase que, como partidario y aun inventor de rumbos revolucionarios, empezaba à vituperarlos como bravíos y ciegos; que la violencia no le pare-

cia deber propasarse mas allá del peligro, y que al fin de la campaña actual y despues del arrojo absoluto de los enemigos, queria que se restableciese el reinado de las leyes suaves y equitativas. No se atrevian à asaltarle en la tribuna de las sociedades, ni Hebert se arrojaba à insultarle en su diario del «Padre Duchesne»; pero se iban estendiendo verbalmente las asechanzas de la murmuracion, se apuntaban recelos contra su honradez; se recordaban con mas alevosía que nunca las estafas de la Béljica, y se le atribuian en parte; y aun se propasaban hasta decir que, durante su retiro en Arcis-sur-Aube, habia emigrado cargado de riquezas. Asociábanle, como del mismo jaez, à Camilo Desmoulins, su amigo, quien terció en sus lástimas con los jirondinos, y defendió à Dillon, y à Philippeaux, que volvia de la Vendea, disparado contra los desorganizadores y dispuesto à delatar à Ronsin y Rossignol. Alistaban tambien en su partido à cuantos habian desmerecido de un modo ú otro para con los revolucionarios fogosos, y el número iba siempre creciendo.

Julien de Tolosa, ya muy sospechoso por sus enlaces con d'Espagnac y con los proveedores, habia acabado de comprometerse por un informe sobre las administraciones federalistas, en el cual se empeñaba en abonar los yerros de la mayor parte de ellos. No bien lo habia pronunciado, cuando franciscanos y jacobinos le precisaron à retractarse con su alboroto. Pesquisáronle su vida privada, y apuraron que vivia con ajiotistas, que tenia por manceba à una ex-condesa, y le declararon à un tiempo corrompido y moderado. Fabre d'Eglantine acababa de encaramarse de repente à otra esfera, y tremolaba un lujo que jamás habia asomado por él. Chabot, el capuchino Chabot, que, al engolfarse en la revolucion, no tenia mas que su pension eclesiástica, acababa tambien de ostentar esquisitas alhajas, y de desposarse con la hermana de los dos Frey, llevándole un dote de doscientos mil francos. Esta variacion de haberes tan repentina suscitó sospechas contra los recien enriquecidos, y luego una proposicion que hicieron en la convencion acabó de volcarlos. Un diputado, Osselin, habia sido preso por haber, segun decian, ocultado à una emigrada. Fabre, Chabot, Julien y Delaunay, que no vivian muy sosegados interiormente; Bazire y Thuriot, que nada tenian que les remordiese, pero que miraban con susto cualquiera desacato con los vocales de la convencion, propusieron un decreto que contenia no se pudiera arrestar à nin-

gun diputado, sin oirle antes en la barandilla. Adoptóse el decreto, pero clamaron todas las sociedades, y los jacobinos afirmando que se trataba de renovar la «inviolabilidad,» lo hicieron revocar, entablando rigurosísima pesquisa contra los proponedores, su conducta y orijen de sus medros repentinos. Julien, Fabre, Chabot, Delaunay, Bazire y Thuriot, malquistados en pocos dias, quedaron puestos en el partido de los hombres equívocos y moderados. Salpicóles con sus baldones groserísimos Hebert en su periódico, y los encenagó entre el populacho soez.

Otros cuatro ú cinco individuos corrieron la misma suerte, aunque tenidos hasta entonces por patriotas calificados. Estos eran Proli, Pereira, Guzman, Dubuisson y Desfieux, nacidos casi todos en suelo estranjero, y venidos, como los dos Frey y Clootz, à engolfarse en la revolucion francesa, por entusiasmo, y probablemente tambien por necesidad de lograr fortuna. Nadie se entrometió en lo que eran, mientras se les vió seguir la oleada de la revolucion. Proli, que era de Bruselas, fué enviado con Pereira y Desfieux, para desentrañar sus interioridades à Dumouriez. Lográronlo, y acudieron, como lo hemos referido, à delatarlo en la convencion y en los Jacobinos. Corriente hasta aquí, pero habian sido empleados por Lebrun, por cuanto, siendo estranjeros é instruidos, podian ser de provecho para las relaciones esteriores. En la inmediacion de Lebrun, supieron apreciarle, y lo defendieron mas adelante. Proli era muy conocido de Dumouriez, y en medio de la falsía de este jeneral, se aferró en decantar su desempeño, y en decir que se le hubiera podido conservar para la república, y en fin, casi todos, mas bien enterados de los paises inmediatos, habian vituperado la aplicacion del sistema jacobino à la Béljica y à las provincias incorporadas con la Francia. Recojiéronse sus hablas, y cuando un recelo jeneral inventó la intervencion secreta de facciones estranjeras, empezaron à sospecharlos, y se tuvieron presentes sus espresiones. Súpose que Proli era hijo natural de Kaunitz, y se dió por supuesto que era capataz de pandilla, trasformándolos à todos en espías de Pitt y de Coburgo. El enfurecimiento fué luego sumo, y los disparos de su patriotismo, que conceptuaban à propósito para sincerarlos, ocasionaron su mayor resbaladero. Se les barajó con el partido de los equívocos y de los moderados; y así, en teniendo que hacer Danton ó sus amigos algun reparo sobre los yerros de los ajentes ministeriales, ó sobre las violencias come-

tidas contra el culto, el partido de Hebert, Vincent y Ronsin contestaba à voces: Moderacion, corrupcion, faccion estranjera.

Los moderados, como es corriente, contrarestaban à sus antagonistas el mismo cargo, y les decian: Vosotros sois los cómplices de estos estranjeros; todo os estrecha con ellos, como es la violencia en el lenguaje, y el intento de volcarlo todo estremándolo à lo peor. Mirad, añadian, à este concejo que se apropia una autoridad lejislativa, y espide leyes bajo el título modesto de acuerdos; que todo lo arregla, policía, abasto, culto; que sustituye à su albedrío una relijion à otra, desbanca las supersticiones antiguas con otras nuevas, predica el ateismo, y hace que los demás ayuntamientos de la república procedan à su remedo; mirad esas oficinas de la guerra, de donde se disparan un sinnúmero de ajentes que van por las provincias à competir con los representantes, cometer violentas tropelías y desacreditar la revolucion con su conducta. ¡Mirad ese concejo y sus escritorios! ¿qué intentan sino usurpar la autoridad ejecutiva y lejislativa, desbancar à la comision y las juntas, y dar al través con el gobierno? ¿Quién puede arrebatarlos à este estremo, sino el estranjero?

En medio de estos vaivenes y contiendas, la autoridad debia tomar un partido denodado. Opinaba Robespierre, con toda la comision, que estos cargos recíprocos eran en estremo peligrosos. Su política, como ya se ha visto, se cifraba, desde el 31 de mayo, en atajar todo nuevo desenfreno revolucionario, en conformar la opinion con la asamblea, y la convencion con la junta, à fin de crear una potestad pujante, para lo cual se habia valido de los jacobinos, à la sazon todo poderosos con la opinion. Estas nuevas acusaciones contra los patriotas descollantes, como Danton y Camilo Desmoulins, le parecian muy espuestas. Temia que ninguna reputacion quedase en salvo contra las aprensiones desbocadas; recelaba que las violencias respecto del culto indispondrian parte de la Francia, y harian graduar la revolucion de ateista, y en fin estaba viendo la mano estranjera en este inmenso laberinto; y así no malogró la coyuntura con que le brindó Hebert para esplicarse en los Jacobinos.

Los ánimos de Robespierre habian asomado, y se decia por bajo mano que iba à dispararse contra Pache, Hebert, Chaumette y Clootz, autores del alboroto contra el culto. Proli, Desfieux y Pereira, ya comprometidos y amagados, querian hermanar su causa con la de Pache, Chaumette y Hebert, y avistándose con estos, les

dijeron que habia una conspiracion contra los mejores patriotas; que el trance era igual para todos, y debian guardarse y sostenerse mutuamente. Hebert acude entonces à los Jacobinos el 1°. escarchero (21 de noviembre de 1793), y se lamenta de un plan de discordia para desavenir à los patriotas. «Por todas partes, dice, encuentro sujetos que me dan el parabien al verme libre, y se vocea que Robespierre nos debe delatar à mí, à Chaumette y à Pache... En cuanto à mí, que salgo todos los dias al frente por los intereses de la patria, que digo cuanto se me viene à las mentes, pudiera tener algun fundamento; ¡pero Pache!.... sé el sumo aprecio que le profesó Robespierre, y avento allá muy lejos semejante aprension. Se ha dicho tambien que Danton habia emigrado, y que se habia ido à Suiza cargado de los intereses del pueblo... Me encontré esta mañana con él en las Tuilerías, y puesto que está en Paris, ha de venir à esplicarse como hermano en los Jacobinos. Todos los patriotas deben darse la mano para desmentir los rumores injustos que corren acerca de ellos.» Refiere luego Hebert que sabe parte de estas hablillas por Dubuisson, quien ha querido desembozarle una conspiracion contra dos patriotas, y segun costumbre de descargarse en los vencidos, añade que la causa de las turbulencias está en los cómplices de Brissot que viven todavía, y en los Borbones que quedan en el Temple. Robespierre sube luego à la tribuna. «¿Es por ventura cierto, dice, que nuestros enemigos mas peligrosos sean los torpes residuos de la casta de nuestros tiranos? Voto entrañablemente porque esta desaparezca de la tierra, pero ¿pudo acaso cegarme sobre la situacion de mi pais hasta el punto de creer que este acontecimiento bastaria para apagar el foco de las conspiraciones que nos desgarran? ¿A quién se persuadirá que el castigo de la despreciable hermana de Capeto arredraria mas à nuestros enemigos que la del mismo Capeto y de su consorte criminal?

«¿Es tambien cierto que la causa de nuestros quebrantos sea el fanatismo? ¡El fanatismo! ya está espirando, y aun pudiera decir que ha fallecido. Clavando desde algunos dias à esta parte nuestra atencion contra él ¿no la desvian de nuestros verdaderos peligros? Temeis à los clérigos, y arrojan à competencia sus títulos para abalanzarse à los de municipales, administradores, y aun presidentes de las sociedades populares... Eran antes muy adictos à su ministerio cuando les valia de sesenta à setenta mil francos de renta;

y lo han orillado desde que no les vale mas de seis mil... ¡Sí, temed, no su fanatismo, sino su ambicion! ¡no el traje que llevaban, sino la nueva piel con que se tapan! ¡temed, no la supersticion antigua, sino la nueva y fementida que aparentan para trastornarnos! »

Aquí Robespierre, engolfándose ansiosamente en la cuestion de los cultos, añade:

« Vengan ciudadanos exhalando fervor acendrado à depositar en el ara de la patria los monumentos inservibles y lujosos de la supersticion, para adecuarlos à los triunfos de la libertad; la patria y la razon agasajan à estas prendas; pero ¿con qué derecho llegarán la aristocracia y la hipocresía à alternar aquí su influjo en el patriotismo? ¿Con qué derecho sujetos desconocidos hasta ahora en la carrera de la revolucion vendrian à buscar, en medio de todos estos acontecimientos, arbitrios para usurpar una popularidad fementida, arrollar los patriotas à providencias equivocadas, y arrojar entre nosotros la turbulencia y la discordia? ¿Con qué derecho vendrian à turbar la libertad de los cultos en nombre de la libertad, y embestir al fanatismo con otro nuevo? ¿Con qué derecho harian bastardear el homenaje solemne tributado à la verdad acendrada con farsas perpetuas y ridículas?

« Se ha supuesto que al acojer las ofrendas cívicas, la convencion habia vedado el culto católico. No, la convencion no ha dado ni dará jamás este paso. Su ánimo es conservar la libertad de los cultos que tiene proclamada, y enfrenar al mismo tiempo à cuantos de ella abusaren para trastornar el órden público. No permitirá que se atropellen los ministros apacibles de las diversas relijiones, y los castigará con todo rigor en osando valerse de sus funciones para engañar à los ciudadanos, y para armar la preocupacion ó el realismo contra la república.

« Hay hombres que se propasan mas, pues, socolor de acabar con la supersticion, quieren trasformar el propio ateismo en una especie de relijion. Todo filósofo y todo individuo es árbitro en seguir sobre este punto la opinion que le parezca, y quien la acrimine es un insensato; pero el estadista, el lejislador, lo seria cien veces mas, si adoptase tal sistema. La convencion nacional, que no es fabricante de libros ni de sistemas, sino una junta política y popular, lo aborrece de muerte. El ateismo es « aristocrático, » y el concepto de un Sér supremo que se desvela por la inocencia

oprimida y que castiga al delito triunfador, es absolutamente popular. El pueblo y los desventurados me vitorean, y si hallase censores, estos serian ricos y culpados. He sido desde el colejio harto mal católico; pero no fuí jamás ni amigo yerto ni defensor fementido de la humanidad. Enamorado de los conceptos morales y políticos que acabo de esponeros, repito que SI DIOS NO EXISTIESE, HABRIA QUE INVENTARLO.»

Robespierre, hecha esta profesion de fe, achaca al estranjero las persecuciones asestadas contra el culto, y las calumnias derramadas contra los mejores patriotas. Robespierre, de suyo sumamente receloso, y que habia supuesto à los jirondinos realistas, daba gran crédito à la faccion de los estranjeros, la cual se reducia, como hemos dicho, à algunos espías enviados à los ejércitos, y à algunos banqueros que intervenian en el ajio, y corresponsales de los emigrados. «Los estranjeros, dice, tienen dos especies de ejércitos, el uno, sobre nuestra raya, está desvalido y ruinoso, merced à nuestras victorias; el otro, mas peligroso, está en medio de nosotros. Es un ejército de espías, de pícaros asalariados, que se entrometen por donde quiera, y aun en el recinto de las sociedades populares. Es una faccion que ha persuadido à Hebert que trataba yo de hacer encarcelar á Pache, Chaumette, Hebert y à todo el concejo. ¡Yo, perseguidor de Pache, cuya virtud sencilla y modesta he admirado y defendido siempre, yo que he peleado por él contra Brissot y sus cómplices!» Robespierre ensalza à Pache, y enmudece sobre Hebert; contentándose con decir que no ha olvidado los servicios del concejo allá cuando la libertad peligraba. Disparándose luego contra lo que llama la faccion estranjera, encamina la saña de los jacobinos contra Proli, Dubuisson, Pereira y Desfieux. Refiere su historia, los tizna como ajentes de Lebrun y del estranjero, encargados de emponzoñar los enconos, de desavenir à los patriotas, y dispararlos unos contra otros. Segun él se espresa, se ve que su rencor contra los amigos antiguos de Lebrun tiene gran cabida en su recelo. En fin los hace arrojar à los cuatro de la sociedad, al eco de sonores vítores, y propone un escrutinio acrisolador para todos los jacobinos.

Asi Robespierre, anatematizando el nuevo culto, habia dado una leccion adusta à todos los díscolos, sin espresar especie alguna halagüeña acerca de Hebert, no queriendo comprometerse elojiando à este escritor inmundo, y habia disparado toda la tormenta

contra estraños que por desgracia eran íntimos de Lebrun y celebradores de Dumouriez, quienes vituperaban nuestro sistema político en los paises conquistados. En fin se habia apropiado la renovacion de la sociedad, haciendo que se acordase el escrutinio acrisolador.

Los dias siguientes, Robespierre insiste en su sistema; lee en los Jacobinos anónimas y cartas interceptadas, para probar que el estranjero, si no es el autor de las estravagancias del nuevo culto, y de las calumnias contra los mejores patriotas, las aprueba à lo menos y las anhela. Hebert habia brindado à Danton con el campo que daba él mismo para esplicarse. Desentiéndese al pronto por no avenirse à una intimacion, pero quince dias despues, aprovecha una coyuntura favorable para tomar el habla. Tratábase de suministrar à todas las sociedades populares sitio adecuado à espensas de la nacion. Hace à este propósito varios reparos, y va diciendo que si la constitucion se ha de adormecer mientras el pueblo descarga con espanto sobre los enemigos con sus operaciones revolucionarias, hay que recelarse sin embargo de los que inclinan el mismo pueblo à propasarse de la raya de la revolucion. Coupé del Oise replica à Danton, y desfigura sus pensamientos para rebatirlos. Trepa Danton de nuevo à la tribuna, y le susurran. Intima entonces à todos los que tienen motivos de recelo contra él que despejen sus acusaciones, à fin de poderlas contrarestar en público. Quéjase del disfavor que está presenciando. «¿Perdí acaso, esclama, las facciones que caracterizan la estampa de un hombre libre?» Al proferir estas palabras mecía aquella cabeza que se habia visto tantas veces descollante en las tormentas de la revolucion, y que habia siempre sostenido el arrojo de los republicanos aterrando à los aristócratas. «¿Por ventura no soy yo aquel que siempre ha estado con vosotros en todos los trances? ¿No soy el mismo tan atropellado, y tan conocido de vosotros; aquel hombre que habeis abrazado tantas veces como vuestro amigo, y con quien habeis jurado morir en los peligros?» Recuerda entonces que fué el defensor de Marat, y tiene que cubrirse con la sombra de aquel viviente, que en otro tiempo habia apadrinado sin aprecio. «Os pasmaréis, cuando os dé à conocer mi vida privada, de ver que el fortunon descomunal soñado por mis enemigos y los vuestros se reduce à los cortos haberes que siempre he tenido. Reto à los malévolos para que apronten pruebas contra mí, y todos sus conatos no me han

de hacer mella. Intento mantenerme en pié à la faz del pueblo, y vosotros me sentenciaréis en su presencia. No rasgaré yo antes la pájina de mi historia que vosotros la vuestra... » Pide Danton, al acabar, una comision para que escudriñe las acusaciones hechas contra él. Robespierre se arroja entonces atropelladamente à la tribuna. « Danton, esclama, os pide una comision para escudriñar su conducta; me conformo, si conceptúa útil este paso. Apetece que se deslinden los estremos en que se le capitula; corriente, va à quedar servido. Acúsante Danton de haber emigrado. Se ha dicho que habias pasado á Suiza, que tu enfermedad era aparente para encubrir al pueblo tu fuga; se ha dicho que tu ambicion se cifraba en ser rejente con Luis XVII; que à cierta época determinada estaba todo dispuesto para proclamar este vástago de los Capetos; que tú eras el caudillo de la conspiracion; que ni Pitt, ni Coburgo, ni la Inglaterra, ni el Austria, ni la Prusia, no eran nuestros verdaderos enemigos, sino tú solo; que la Montaña constaba de tus cómplices; que no habia porqué afanarse con los ajentes enviados por las potencias estranjeras; que sus conspiraciones eran patrañas despreciables; en una palabra, que se te debia degollar à tí, à tí solo... » Aplausos universales ahogan la voz de Robespierre. Sigue: « ¿No sabes, Danton, que cuanto mas denuedo y patriotismo acredita un individuo, mas se aferran en su vuelco los enemigos de la causa pública? ¿No sabes tú, y no sabeis todos, ciudadanos, que este arbitrio es infalible? ¡Si el defensor de la libertad no estuviese calumniado, seria una prueba que no teníamos ni nobles, ni clérigos que lidiar! » Aludiendo entonces al periódico de Hebert, en donde Robespierre estaba muy elojiado, añade: « Los enemigos de la patria me inundan esclusivamente de alabanzas, pero yo las rechazo. ¿Creerán acaso que al eco de estos elojios que repiten ciertos pliegos, no estoy viendo el cuchillo con el que tratan de degollar à la patria? La causa de los patriotas es como la de los tiranos; todos van de aparcería. Engáñome tal vez acerca de Danton; pero, en el interior de su casa, no merece sino alabanzas. Lo he observado bajo el concepto político; la desavenencia me lo hacia estudiar con ahinco, y aun con enfado; ha estado muy tardío, me consta, en recelarse de Dumouriez; no ha odiado à Brissot y à sus cómplices lo suficiente; pero si no ha sido siempre de mi dictámen, ¿he de concluir que vendia à la patria? No por cierto, siempre se la he visto servir con esmero. Danton apetece

una sentencia, tiene razon. Senténcienme tambien à mí; preséntense esos hombres mas patriotas que nosotros. Apuesto à que son nobles, privilejiados ó clérigos. Hallaréis un marqués, y allí tendréis la medida cabal del patriotismo de las jentes que nos tachan.»

Pide luego Robespierre que cuantos tengan que hacer algun cargo à Danton tomen la voz. Nadie se atreve. El mismo Momoro, uno de los íntimos de Hebert, es el primero que esclama que, no presentándose nadie, es prueba de que nada hay que decir contra Danton. Un miembro pide entónces que el presidente le dé el espaldarazo fraternal. Se convienen, y Danton, acercándose al escritorio, recibe el espaldarazo en medio de vítores universales.

La conducta de Robespierre en este paso habia sido jenerosa y diestra. El peligro comun de todos los acendrados patriotas, la ingratitud con que pagaban los servicios de Danton, y en fin una superioridad descollante, habian desencajado à Robespierre de su egoismo habitual, y, todo pundonoroso por esta vez, estuvo mas elocuente de lo que correspondia à su escaso desempeño. Pero esta fineza con Danton fué mas provechosa à la causa del gobierno y de los patriotas veteranos que lo componian, que al mismo Danton, quien ya carecia de toda popularidad. El entusiasmo no se reenciende, y no se divisaban todavía peligros públicos inminentes para que Danton sacase de su denuedo arbitrios para recobrar su influjo.

Robespierre, en pos de su intento, acudia puntualmente à todas las sesiones acrisoladoras; llega la vez de Clootz, y se le tilda de intimidades con los banqueros estranjeros Vandeniver, y aunque trata de sincerarse, toma lo voz Robespierre, recuerda los entronques de Clootz con los jirondinos, y su rompimiento por un folleto intitulado: «Ni Roland ni Marat,» donde no las habia menos con la Montaña que con la Jironda; como tambien sus abultamientos estrambóticos, su pertinacia en hablar de una república universal, en infundir la sed de conquistas, y en comprometer la Francia con toda la Europa. «Y ¿cómo Mr. Clootz, añade Robespierre, podia interesarse tan entrañablemente por la dicha de la Francia, cuando lo hacia en tanto grado por la de la Persia y el Monomotapa? Hay un trance del cual puede vanagloriarse; hablo del alboroto contra el culto, el cual, dirijido con tino y pausa, hubiera podido ser provechosísimo, pero cuya violencia habia de acarrear los mayores quebrantos... Mr. Clootz tuvo con el obispo Gobel una conferen-

cia nocturna... Gobel dió palabra para el dia siguiente, y vino, mudando repentinamente de habla y de traje, à depositar su título de sacerdote... Mr. Clootz creia embaucarnos con estas mojigangas. No por cierto, los jacobinos nunca mirarán como amigo del pueblo à este supuesto descamisado, que es prusiano y baron, y goza cien mil francos de renta, que come con los banqueros conspiradores, y que es, no el orador del pueblo francés, sino del jénero humano».

Clootz quedó escluido sobre la marcha de la sociedad, y, à propuesta de Robespierre, se acordó que se arrojaria sin distincion à nobles, clérigos, banqueros y estranjeros.

La sesion inmediata cupo la vez à Camilo Desmoulins, à quien vituperaban su carta à Dillon y un arranque de sensibilidad por los jirondinos. «Habia, dice Camilo, habia creido à Dillon valeroso é intelijente, y como tal lo he defendido. En cuanto à los jirondinos, me hallaba para con ellos en situacion peregrina. Siempre amé y serví à la república; pero me solia equivocar acerca de sus servidores; adoré à Mirabeau; quise en el alma à Barnave y à los Lameths; confiésolo, pero he sacrificado mi intimidad y mi cariño al saber que ya no eran jacobinos. Dispuso mi estrella, muy señalada, que de los sesenta revolucionarios que habian firmado mis capítulos matrimoniales, no me quedasen mas que dos amigos, Danton y Robespierre; todos los demás ó emigraron ó fueron à la guillotina; y de estos eran siete de los veinte y dos; con que un arranque de sensibilidad era muy tolerable en la coyuntura. He dicho, añade Desmoulins, que morian como republicanos, pero federalistas; por cuanto os aseguro no creo que hubiese entre ellos muchos realistas.»

Se apreciaba el temple obvio y sin afeite del orijinal Camilo Desmoulins. «Camilo ha sido un zompo en la eleccion de sus amigos, esclama un jacobino; demostrémosle que somos mas atinados en elejir los nuestros recibiéndolo con afan.» Robespierre, siempre padrino de sus antiguos compañeros, entonándose sin embargo como superior, defiende à Camilo. «Es frájil y pechi-abierto, dice, pero siempre fué republicano. Amó à Mirabeau, Lameth y Dillon, pero su propia mano estrelló sus ídolos à la luz del desengaño. Siga su carrera, y sea mas mirado en lo venidero.» Tras esta advertencia, Camilo, al eco de aplausos, queda admitido. Logró otro tanto Dan-

ton sin asomo de reparo. Llégale la vez á Fabre d'Eglantine, y aguanta algunas preguntillas sobre sus haberes, que aparentan atribuir à su desempeño literario. Continuóse el larguísimo acrisolamiento, que empezó en noviembre de 1793, y duró muchos meses.

La política de Robespierre y del gobierno era muy patente; pues la pujanza con que se manifestó, arredrando à los zizañeros, promovedores del nuevo culto, les precisó à retractarse y à desandar los primeros pasos. Chaumette, que poseia la afluencia de un orador de tertulia ó de concejo, pero que no tenia ni la ambicion ni el denuedo de un caudillo, no aspiraba por cierto à competir con la convencion, y constituirse fundador de un nuevo culto; y así se desaló en pos de coyuntura para enmendar su yerro. Determinó interpretar el acuerdo que cerraba todos los templos, y propuso al concejo declarase que no trataba de violentar la libertad relijiosa, ni vedaba à los secuaces de varias relijiones el derecho de juntarse, costeándose sus gastos. « No se sueñe, dice, que la flaqueza ó la política me influyan, pues soy incapaz de entrambas. El convencimiento de que nuestros enemigos quieren abusar de nuestro empeño para hacernos propasar todo límite y comprometernos en pasos descarriados; el convencimiento de que si estorbamos à los católicos el ejercicio público de su culto al resguardo de la ley, unos entes adustos irán à acalorarse y conspirar en las cuevas, este convencimiento pues me influye solo y me hace hablar. » El acuerdo propuesto por Chaumette, y eficazmente corroborado por el correjidor Pache, queda aprobado tras algunos susurros hundidos luego bajo crecidos aplausos. La convencion por su parte declaró que nunca fué su ánimo violentar con sus decretos la libertad relijiosa, y prohibió tocar las alhajas que todavía quedaban en las iglesias, puesto que el erario no necesitaba ya tales auxilios. Desde aquel dia, las mojigangas indecentes que fraguaba el populacho cesaron en Paris, y el boato del culto de la Razon, con que se habia holgado tantísimo, quedó abolido.

La junta de salvacion pública, en tanto laberinto, estaba palpando de continuo la precision de recrecer la eficacia en la autoridad con la prontitud y la obediencia. Por cada dia la esperiencia de los tropiezos la iba habilitando, y añadia nuevas piezas à la máquina revolucionaria creada para el término de la guerra. Por de contado atajó el traspaso del poderío à manos bisoñas, proro-

gando la convencion, y declarando el gobierno revolucionario hasta la paz. Al mismo tiempo, habia concentrado este poderio en sus propias manos, subordinándose el tribunal revolucionario, la policía, las óperaciones militares, y aun el reparto de los abastos. Dos meses de esperimentos le hicieron palpar las trabas que las justicias concejiles, por esceso ú escasez de eficacia, atravesaban al empuje de la superioridad. El envio de los decretos se solia interrumpir ó atrasar, y su promulgacion desatenderse en ciertos departamentos. Quedaban muchas de aquellas administraciones federalistas que se habian sublevado, sin que se les hubiese todavía prohibido la facultad de coligarse. Si por una parte las administraciones de departamento ofrecian algun peligro de federalismo, los concejos, al contrario, caminando por rumbo encontrado, ejercian, al remedo del de Paris, una autoridad atropelladora, dando leyes y cargando impuestos; las juntas revolucionarias usaban contra las personas una potestad arbitraria é inquisidora; ejércitos revolucionarios, planteados en varios concejos, acabalaban estos gobiernillos particulares, tiránicos, desavenidos y entorpecedores del gobierno superior. En fin la autoridad de los representantes, añadida à las demás, aumentaba el laberinto de las potestades soberanas, pues los representantes levantaban impuestos, y espedian leyes penales como los concejos y la convencion misma.

Billaud Varennes, en un informe confuso, pero atinado, desembozó estos inconvenientes, é hizo espedir el decreto del 14 escarchero, año II (4 de diciembre), dechado de un gobierno provisional, pujante y absoluto. La anarquía, dice el informante, amaga las repúblicas recien nacidas ó decrépitas; acudamos al preservativo. Este decreto instituia el «Boletin de las Leyes,» intento nuevo y precioso de que no habia el menor asomo, por cuanto las leyes enviadas por la asamblea à los ministros, y por los ministros à las justicias, sin plazos, sin acta que resguardase su envio ú su llegada, solian ser espedidas mucho antes, sin quedar promulgadas ni sabidas. Segun el nuevo decreto, comision, imprenta, y papel particular se dedicaban à la impresion y à la remesa de las leyes. La comision, constando de cuatro individuos independientes de toda autoridad, libres de todo cargo, recibia la ley, la hacia imprimir, y la enviaba por la posta à plazos prefijados é invariables. Los envios y entregas debian constar por el método ordinario de los correos, y estos pasos entonados así eran inde-

fectibles. La convencion quedaba despues declarada « móvil del gobierno. » Bajo estas palabras quedaba encubierta la soberanía de las juntas, que eran las ejecutoras por la convencion. Las autoridades de departamento vinieron à quedar abolidas, cercenándoles toda incumbencia política, y sin dejarles, como al departamento de Paris el 10 de agosto, mas que el reparto de las contribuciones, el sosten de las carreteras, y en fin providencias puramente económicas. Con esto, aquellos intermedios poderosos entre el pueblo y la autoridad suprema quedaban derogados. Dejaban en su fuerza únicamente las administraciones de distrito y de concejo. Prohibíase à toda administracion concejil el hermanarse con otras, el trasponerse, enviar ajentes, formar acuerdos, estensivos ó limitadores de los decretos, y levantar impuestos ó jente. Todos los ejércitos revolucionarios planteados en los departamentos quedaban despedidos, no debiendo permanecer sino el de Paris, establecido para el servicio de toda la república. Las juntas revolucionarias tenian que corresponderse con los distritos encargados de celarlas, y con la junta de seguridad jeneral. Las de Paris se correspondian únicamente con la junta de seguridad jeneral, desentendiéndose del concejo. Prohibíase à los representantes el levantar impuestos, à menos que la convencion los autorizase, y formar leyes penales.

Así es que todas las autoridades, reducidas à sus esferas, quedaban imposibilitadas sus contiendas y su mancomun. Recibian las leyes por conducto indefectible, sin que cupiese variedad ni dilacion. Quedaban ambas juntas con su predominio. La de « salvacion pública, » además de su primacía sobre la junta de seguridad jeneral, seguia con la diplomacia, la guerra, y la celaduría universal. Ella sola en adelante podia llamarse « junta de salvacion pública, » y ninguna en los concejos podia usurpar este dictado.

Este nuevo decreto sobre la institucion del gobierno revolucionario, aunque coartador de la autoridad de los concejos, y espedido contra sus abusos de potestad, fué recibido por el concejo de Paris con grandes muestras de rendimiento. Chaumette, que aparentaba docilidad y patriotismo, arengó largamente en alabanza del decreto, mas, por su torpe oficiosidad con la autoridad suprema, dió en el bajío de incurrir en una reprension, pues tuvo el arte de desobedecer con el ansia de escederse en la obediencia. El decreto ponia las juntas revolucionarias de Paris en comunicacion

directa y esclusiva con la junta de seguridad jeneral. A impulsos de su fogosidad, fueron haciendo arrestos de todas clases; acusábaseles de haber encarcelado un sinnúmero de patriotas, y de componerse de hombres que empezaban à llamar «ultra-revolucionarios.» Chaumette se quejó al consejo jeneral de su conducta, y propuso citarlos al concejo para hacerles una reconvencion adusta. Adoptóse la proposicion de Chaumette, pero este, con su ostentacion de rendimiento, se habia trascordado de que, segun el nuevo decreto, las juntas revolucionarias de Paris no debian corresponderse sino con la junta de seguridad jeneral. La junta de salvacion pública, no gustando de obediencia estremada ni de inobediencia, y poco propensa à aguantar que el concejo se propasase à leccionar aun favorablemente à juntas encumbradas à la inmediacion de la autoridad superior, hizo anular el acuerdo de Chaumette, y prohibir à las juntas reunirse en el concejo. Chaumette recibió la reconvencion con sumo rendimiento. «Todo hombre, dijo al concejo, adolece de yerros. Confieso llanamente que me equivoqué, y la convencion ha anulado mi requisitorio y el acuerdo que habia hecho formar; ha hecho justicia contra mi desacierto, es nuestra madre comun, hermanémonos con ella» (19 escarchero).

A impulsos de esta pujanza, podia sola la junta atajar todos los disparos, ya de afecto, ya de resistencia, y dar el empuje posible al gobierno para despejar su desempeño. Los ultra-revolucionarios, comprometidos y reprimidos desde sus demostraciones contra el culto, quedaron de nuevo enfrenados con mas severidad que la vez pasada. Ronsin, de vuelta de Lyon, en donde habia acompañado à Collot d'Herbois con un destacamento del ejército revolucionario, llegó à Paris al punto en que el eco de las ejecuciones sangrientas cometidas en Lyon movia à lástima. Hizo pegar un cartel que desazonó à la convencion, pues decia que sobre ciento cuarenta mil Lyoneses, mil y quinientos únicamente dejaban de ser cómplices de la rebelion, y que antes del fin de escarchero fenecerian todos los reos, pues el Ródano habria arrollado todos sus cadáveres hasta Tolon. Citábanse de él otras espresiones horrorosas, y se hablaba mucho del despotismo de Vincent en la secretaría de la guerra, de la conducta de los ajentes ministeriales en las provincias, y de su competencia con los representantes. Repetíanse voces inconsideradas de algunos de ellos, demostrando el ánimo de hacer organizar constitucionalmente la potestad ejecutiva. El denuedo

que Robespierre y la junta acababan de demostrar alentaba à declararse contra estos alborotadores. En la sesion del 27 escarchero (17 de diciembre), empiezan à quejarse de ciertas juntas revolucionarias. Lecointre delata el arresto de un correo de la junta de salvacion pública por un ajente del ministerio. Boursault dice que al pasar por Longjumeau, le ha detenido el concejo, que ha dado à conocer su carácter de diputado, y que sin embargo han querido que el ajente del concejo ejecutivo presente visase su pasaporte. Fabre d'Eglantine delata à Maillard, capataz de los degolladores de setiembre, comisionado en Burdeos por el concejo ejecutivo, cuando debiera ser arrojado de todas partes; delata à Ronsin y su cartel, que ha estremecido à todos, y en fin delata à Vincent, que ha abocado todas las potestades à la secretaría de la guerra, y ha dicho que haria volar la convencion y la obligaria à organizar la potestad ejecutiva, pues no queria ser criado de las juntas. La convencion arresta en seguida à Vincent, secretario jeneral de la guerra, à Ronsin, jeneral del ejército revolucionario, à Maillard, enviado à Burdeos, y otros tres ajentes de la potestad ejecutiva, cuyas tropelías en Saint-Girons se espresan, y à un llamado Mazuel, ayudante en el ejército revolucionario, quien ha dicho que conspiraba la convencion, y que escupiria à la cara à los diputados. La convencion en seguida señala pena de muerte contra los oficiales de los ejércitos revolucionarios, formados ilegalmente en las provincias, y que no se separen inmediatamente; y manda en fin que el consejo ejecutivo acuda à sincerarse el dia siguiente.

Este acto de pujanza amargó à los franciscanos, y motivó esplicaciones en los Jacobinos, los cuales no se declararon todavía acerca de Vincent y de Ronsin, pero pidieron que se entablase una pesquisa para evidenciar el jaez de sus yerros. El consejo ejecutivo acudió rendidamente à sincerarse en la convencion, asegurando que su intento no habia sido competir con la representacion nacional, y que el arresto de los correos y los tropiezos del representante Boursault procedian de una órden de la misma junta de salvacion pública, por la cual se mandaba comprobar todos los pasaportes y todas las patentes.

Mientras Vincent y Ronsin acababan de ser presos como ultrarevolucionarios, la junta se estremó al mismo tiempo contra el partido de los equívocos y de los ajiotistas. Arrestó à Proli, Dubuisson,

Desfieux y Pereira, tachados de ajentes del estranjero y cómplices de todos los partidos. En fin hizo prender à deshora de la noche à los cuatro diputados Bazire, Chabot, Delaunay d'Angers, y Julien de Tolosa, acusados de moderados, y de haber hecho un fortunon repentino.

Ya se ha visto la historia del mancomun clandestino de estos representantes, y de su falsía consecutiva, y se ha visto que Chabot, conmovido, estaba en el disparador para delatar à sus compañeros y descargarse con ellos. Los rumores que corrian sobre su casamiento, las delaciones que Hebert andaba repitiendo, acabaron de acobardarle, y fué à desembozarse de plano con Robespierre. Afirmó que su mira, al entrar en la trama, era para seguirle los pasos, y luego revelarla; atribuia este amaño à los estranjeros, quienes ansiaban, decia, cohechar à los diputados para afrentar la representacion nacional, y se valian luego de Hebert y sus cómplices para infamarlos despues de haberlos pervertido. Así es que, segun él, tenia dos entronques la conspiracion, la rama cohechadora y la disfamadora, y que entrambas se mancomunaban para envilecer y aniquilar la convencion. La intervencion de los banqueros estranjeros en esta trama, y los intentos de Julien de Tolosa y de Delaunay, quienes decian que la convencion iba à espirar devorándose à sí misma, y que era forzoso acaudalarse à toda priesa, algunas intimidades de la mujer de Hebert con las mancebas de Julien y Delaunay, sirvieron à Chabot de estremos para cohonestar esta patraña de una conspiracion con entronques, en la cual los cohechadores y los infamadores se entendian sijilosamente para alcanzar el mismo fin. Escrupulizó sin embargo Chabot, sincerando à Bazire. Como habia sido el enganchador de Fabre, y se esponia à una delacion de este acusándole, aparentó haberse desechado sus ofrecimientos, y que los cien mil francos en asignados, pendientes de un hilo en un sitio reservado, eran los de Fabre, rehusados por él. Estos embustes de Chabot carecian de asomos de verdad, por cuanto era mas natural, entrando en la conspiracion para descubrirla, advertir à algunos individuos de ambas juntas, y depositar el dinero en sus manos. Robespierre remitió à Chabot à la junta de seguridad jeneral, que hizo prender por la noche à los diputados sobredichos. Julien de Tolosa logró ponerse en salvo; Bazire, Delaunay y Chabot fueron los únicos arrestados (*).

(*) 27 nubloso (17 de noviembre).

El descubrimiento de trama tan vergonzosa motivó muchas hablillas, y confirmaba todas las calumnias que los partidos se estaban mutuamente disparando. Derramóse mas que nunca el susurro de una faccion estranjera, cohechadora de patriotas, à fin de entorpecer el rumbo de la revolucion, unos por comedimiento intempestivo, y otros por abultamientos desatinados, disfamaciones contínuas y profesion odiosa de ateismo. Sin embargo, ¿qué realidad tenian todos estos supuestos? Por una parte, hombres menos fanáticos, mas propensos à condolerse de los vencidos, y por tanto mas espuestos à ceder à los halagos del deleite y de la corrupcion; por otra, hombres mas violentos y mas ciegos, al arrimo de la ínfima plebe, siempre en alcance con sus baldones contra los que no terciaban en su insensibilidad fanática, profanando los objetos antiquísimos de su culto, sin miramiento y sin decoro; en medio de estos dos partidos, algunos banqueros, aprovechándose de los trances para logrear, cuatro diputados, entre setecientos y cincuenta, dejándose cohechar y siendo cómplices de esta logrería; y en fin algunos revolucionarios candorosos, pero estranjeros, y sospechosos bajo este concepto, comprometiéndose con sus estremos, à cuyo resguardo querian encubrir su oríjen: esta era la realidad, y todo era muy corriente sin la suposicion de tramas recónditas.

La junta de salvacion pública, para sobreponerse à los partidos, acordó afrentarlos y volcarlos à todos, y para esto se desvivió en manifestar que eran todos cómplices del estranjero. Habia ya Robespierre delatado una faccion estranjera, à la cual le hacia dar crédito su ánimo receloso. Como la faccion turbulenta contrarestaba la autoridad superior, y desdoraba la revolucion, acusóla al punto de ser cómplice de la faccion estranjera; sin embargo nada de esto espresó contra la faccion comedida, antes bien la sinceró, como se ha visto, en la persona de Danton. Si contemporizaba con ella todavía, es porque nada habia hecho hasta entonces que contrarestase el rumbo de la revolucion, porque no formaba partido porfiado y de bulto como los jirondinos pasados, y constaba à lo mas de algunos individuos aislados que desaprobaban las estravagancias «ultra-revolucionarias.»

Esta era la situacion de los partidos, y la política de la junta de salud pública respecto à ellos, en escarchero año II (diciembre de 1793). Mientras se valia de la autoridad con tanta pujanza, y

acabalaba lo recóndito de la máquina de su poderío revolucionario, disparaba igual denuedo hácia el esterior, y afianzaba la salvacion del sistema con victorias esclarecidas.

CAPITULO V.

Fin de la campaña de 1793. Maniobra de Hoche en los Vosges. Retirada de los Austríacos y los Prusianos. Descercamiento de Landau. Operaciones del ejército de Italia. Sitio y toma de Tolon por el ejército republicano. Ultimas peleas y desmanes en los Pirineos. Correría de los Vendeanos allende el Loira. Repetidas peleas; descalabros del ejército republicano. Derrota de los Vendeanos en Mans, y su destruccion completa en Savenay. Mirada jeneral sobre la campaña de 1793.

La campaña de 1793 terminaba por un rumbo brillantísimo y venturoso. En la Béljica, se habian por fin acuartelado los ejércitos, contra el ánimo de la junta de salvacion pública, que intentaba utilizar la victoria de Watignies para acorralar al enemigo entre el Escalda y el Sambra; y así por esta parte no habian variado los acontecimientos, quedándonos las ventajas de Watignies.

En el Rin, se habia dilatado en gran manera la campaña con el malogro de las líneas de Wissemburgo, forzadas el 13 de octubre (22 vendimiario). La junta de salvacion pública estaba empeñada en recobrarlas à todo trance, y en descercar à Landau, como ya se habia hecho con Dunkerque y Maubeuge. El estado de nuestros departamentos del Rin debia inclinarnos à la mayor prontitud para alejar al enemigo. El pais de los Vosges estaba sumamente empapado en el sistema feudal. Los clérigos y nobles habian conservado sumo influjo; escaseaba la lengua francesa, y los nuevos arranques revolucionarios apenas habian asomado; en muchos concejos se ignoraban los decretos de la convencion, carecian de juntas revolucionarias, y en casi todos andaban los emigrados à sus anchuras. Los nobles de la Alsacia habian seguido de tropel el ejército de Wurmser, y se derramaban desde Wissemburgo hasta las cercanías de Estrasburgo, habiendo en esta fraguado la trama de entregar la plaza à Wurmser. La junta de salvacion pública destacó luego à Lebas y Saint-Just, para tremolar la dictadura ordina-

ria de los comisarios de la convencion. Nombró al jóven Hoche, que habia descollado en el sitio de Dunkerque, jeneral del ejército del Mosela; separó del ejército ocioso de las Ardenas una division crecida, que se repartió entre los dos ejércitos del Mosela y del Rin, y en fin hizo ejecutar alistamientos jenerales en todos los departamentos inmediatos, encaminándolos à Besanzon. Estos recien alistados guardaron las plazas, y las guarniciones acudieron á la línea. Saint-Just descolló en Estrasburgo con su denuedo y sus alcances. Hizo temblar à los mal intencionados, entregó à una comision los que se maliciaba haber querido entregar à Estrasburgo, y los hizo llevar al cadalso. Comunicó à los jenerales y à los soldados nuevo brio, y requirió diariamente refriegas en toda la línea para ejercitar à los mozos. Tan valeroso como desapiadado, iba en persona al fuego, y terciaba en todos los trances de la guerra. Brotó ardientísimo entusiasmo en el ejército, y el alarido de los soldados, ansiosos con la esperanza de recobrar el terreno perdido, era «Landau ó la muerte.»

La maniobra fundamental para esta parte de la raya se cifraba siempre en juntar los dos ejércitos del Rin y del Mosela, y obrar en globo por un solo vertiente de los Vosges. Para esto, habia que recobrar los tránsitos que zanjaban la línea de las montañas, y que habíamos perdido desde que Brunswick se internó al centro de los Vosges, y Wurmser à los muros de Estrasburgo. Redondeó la junta su proyecto de apoderarse de las mismas cumbres para separar à los Prusianos de los Austríacos. El jóven Hoche, rebosando de travesura y ardimiento, se encargó del desempeño del plan, y sus primeros avances al frente del ejército del Mosela pregonaban determinaciones esforzadas.

Los Prusianos, para afianzar su posicion, intentaron arrollar de sorpresa el castillo de Bitche, embebido en el centro mismo de los Vosges. Frustróse esta tentativa con el desvelo de la guarnicion, que acudió al vuelo à las murallas, y Brunswick, ya que se viese desbaratado por este malogro, ya que temiese la actividad y denuedo de Hoche, ó ya que estuviese descontento de Wurmser, con el cual no andaba muy de acuerdo, se retiró al pronto à Bisingen, en la línea del Erbach, y despues à Kayserslautern, en el centro de los Vosges, sin advertir à Wurmser de su movimiento retrógrado; y, mientras este se hallaba engolfado en el vertiente oriental, casi à la altura de Estrasburgo, Brunswick, en el vertiente occiden-

tal, se hallaba à espaldas de Wissemburgo, y como à la altura de Landau. Hoche habia ido tras Brunswick y à sus inmediaciones en aquel movimiento, y despues de haber intentado cercarle en Bisingen, y aun anticipársele en Kayserslautern, ideó el intento de atacarle allí mismo, por ardua que fuese la empresa en aquel sitio. Tenia Hoche como treinta mil hombres, y peleó el 28, 29 y 30 de noviembre, pero el terreno le era desconocido y trabajoso. El primer dia, el jeneral Ambert, que mandaba la izquierda, se vió comprometido, mientras Hoche en el centro andaba buscando su rumbo; el dia siguiente, Hoche se hallaba solo à presencia del enemigo, mientras Ambert se descarriaba por las montañas. Merced à lo arduo del sitio, à sus fuerzas y à la ventaja de su situacion, Brunswick logró un éxito completo. No perdió mas que doce hombres, y Hoche tuvo que retirarse con un quebranto de tres mil; mas no se acobardó, y acudió á rehacerse à Pirmasens, Hornbach y Dos-Puentes. Hoche, aunque desgraciado, estuvo siempre mostrando un arrojo y un denuedo que asombraron à los representantes y al ejército. La junta de salvacion pública, que, desde la incorporacion de Carnot, se habia despejado lo suficiente para ser justiciera, y que no se mostraba adusta sino con los tibios, le escribió cartas animadoras, y por la vez primera, elojió à un jeneral derrotado. Hoche, sin darse por entendido de su desaire, formó luego el ánimo de juntarse con el ejército del Rin, para aplanar à Wurmser. Este, que habia permanecido en la Alsacia, mientras Brunswick retrocedia hasta Kayserslautern, tenia descubierto su lado derecho. Hoche encaminó al jeneral Taponnier con doce mil hombres sobre Werdt, para barrenar la línea de los Vosges, y arrojarse sobre el costado de Wurmser, mientras el ejército del Rin hiciese por el frente un ataque jeneral.

A impulsos de Saint-Just, habian mediado refriegas incesantes à fines de noviembre y principios de diciembre, entre el ejército del Rin y los Austríacos. Iba pues aguerriéndose y fogueándose de repente. Mandábalo Pichegru. El cuerpo enviado á los Vosges por Hoche tuvo múcha dificultad en penetrar, mas logrólo al fin, y hostilizó eficazmente la derecha de Wurmser. El 22 de diciembre (2 nevoso), Hoche marchó en persona por las sierras, y asomó en Werdt sobre la cima del vertiente oriental. Arrolló la derecha de Wurmser, y le cojió mucha artillería y crecido número de prisioneros. Entonces los Austríacos tuvieron que dejar la línea del

Motter, inclinarse en seguida à Sultz, y el 24 á Wissemburgo, hácia las mismas líneas del Lauter. Haciase su retirada confusa y desordenadamente, y los emigrados y los nobles alsacios secuaces de Wurmser huian disparadamente, cubriendo familias enteras el camino en busca de su escape. Los dos ejércitos prusiano y austriaco estaban mutuamente descontentos, y se auxiliaban poco contra un enemigo que exhalaba denuedo y entusiasmo.

Juntáronse los dos ejércitos del Rin y del Mosela; y los representantes dieron el mando en jefe à Hoche, que dispuso sobre la marcha la reconquista de Wissemburgo. Los Prusianos y Austríacos, concentrados ahora con su movimiento retrógrado, salian gananciosos para sostenerse, y así acordaron tomar la ofensiva el 26 de diciembre (6 nevóso), el mismo dia en que el jeneral francés se abalanzaba à ellos. Estaban los Prusianos en los Vosges y en torno de Wissemburgo, y los Austríacos se esplayaban por delante del Lauter, desde Wissemburgo hasta el Rin. Si no hubiesen acordado la iniciativa, no hubieran por cierto recibido el ataque por delante de las líneas, dejando el Lauter à su espalda, pero estaban resueltos à embestir los primeros, y los Franceses, al avanzar contra ellos, encontraron en marcha sus vanguardias. El jeneral Desaix, mandando la derecha del ejército del Rin, se encaminó à Lauterburgo; el jeneral Michaud hácia Schleithal; el centro embistió à los Austríacos, formados sobre el Geisberg, y la izquierda se internó por los Vosges para cercar à los Prusianos. Desaix se apoderó de Lauterburgo, Michaud ocupó à Schleithal, y el centro doblegando à los Austríacos, los arrolló del Geisberg hasta el mismo Wissemburgo. La ocupacion momentanea de Wissemburgo podia ser fatalísima para los coligados, y estaba ya encima; pero Brunswick, que se hallaba en el Pigeonnier, acudió à aquel punto, y contuvo con sumo teson à los Franceses. La retirada de los Austríacos se fué haciendo entonces con menos desconcierto; pero el dia siguiente ocuparon los Franceses à Wissemburgo y las lineas. Cejaron los Austríacos hasta Gemersheim, y los Prusianos à Bergzabern. Los soldados franceses avanzaban siempre voceando: «¡Landau ó la muerte!» Los Austríacos se apresuraron en despasar el Rin, sin querer mantenerse un dia mas en la orilla izquierda, y sin dar tiempo à los Prusianos para llegar de Maguncia. Quedó descercado Landau, y se acuartelaron los Franceses para el invierno en el Palatinado. Luego despues, los dos jenerales coligados, batalla-

ron en sus relaciones contradictorias, y Brunswick hizo dimision ante Federico-Guillermo. Así es que en esta parte del teatro de la guerra, habíamos recobrado esclarecidamente nuestra raya, à pesar de las fuerzas reunidas de la Prusia y del Austria.

El ejército de Italia no habia intentado empresa de entidad, y, desde su derrota de junio, se atuvo siempre à la defensiva. En setiembre, los Piamonteses viendo à Tolon invadido por los Ingleses, trataron de avalorar esta coyuntura, que podia acarrear un descalabro al ejército francés. Acudió el mismo rey de Cerdeña al teatro de la guerra, y se acordó un ataque jeneral contra el campamento francés para el 8 de setiembre. El arbitrio mas eficaz para obrar contra los Franceses era acordonarse en la línea del Var, que zanjaba à Niza de su territorio. De este modo lograban arrollar todas las posiciones que habian tomado allende el Var, obligándoles á evacuar el condado de Niza, y quizás à rendir las armas. Prefirióse atacar en seguida su campamento, pero este avance, ejecutado por cuerpos inconexos, y por diversos valles à un tiempo, se malogró, y el rey de Cerdeña, desabrido, se retiró prontamente à sus estados. Por entonces el jeneral austríaco Dewins se arrestó por fin à obrar sobre el Var, pero ejecutó su movimiento solo con tres ó cuatro mil hombres, llegó à Isola, y atajado de repente por un leve desman, se reencumbró por los Alpes, sin llevar adelante esta tentativa. Estas fueron las operaciones baladíes del ejército de Italia.

Otro interés mas trascendental llamaba los ánimos à Tolon. Esta plaza, ocupada por los Ingleses y los Españoles, les afianzaba un apeadero en el Mediodía, y un quicio para intentar una invasion; por tanto se hacia importantísimo à la Francia el recobrarla ejecutivamente. La junta habia espedido à este intento órdenes terminantes, pero faltaban enteramente los enseres. Carteaux, rendida Marsella, habia desembocado con siete ú ocho mil hombres por las gargantas de Ollioules, y apoderándose de ellas, tras un leve reencuentro, se habia aposentado sobre el vertiente que mira à Tolon; el jeneral Lapoype, destacado del ejército de Italia con unos cuatro mil hombres, se colocó al frente contrapuesto, hácia Sollies y Lavalette. Los dos cuerpos franceses situados así, uno à poniente, y otro à levante, se hallaban tan distantes que apenas se divisaban, sin suministrarse el menor auxilio. Los sitiados, con mayor actividad, hubieran podido atacarlos aisladamente, y abrumarlos uno

tras otro. Por dicha no trataron mas que de fortificar la plaza y guarnecerla de tropas. Hicieron desembarcar ocho mil Españoles, Napolitanos y Piamonteses, dos rejimientos ingleses venidos de Jibraltar, y ascendió la guarnicion de catorce à quince mil hombres. Acabalaron las defensas, habilitaron los fuertes, especialmente los de la costa, que resguardaban la bahía donde anclaban las escuadras. Dedicáronse esmeradamente à hacer inaccesible el fuerte de Eguillette, colocado al estremo del promontorio que cierra la bahía interior, llamada la Pequeña, haciendo su llegada tan trabajosa, que se le llamaba en el ejército el « Jibraltarillo. » Los Marselleses y todos los Provenzales refujiados se emplearon en las obras, y acreditaron suma eficacia. Sin embargo no podia durar la concordia en el interior de la plaza, porque la reaccion contra la Montaña habia sacado à luz todas las facciones. Habia republicanos y realistas de todos temples, y los mismos coligados no estaban muy acordes. Ofendíanse los Españoles de la soberanía que aparentaban los Ingleses, y se recelaban de sus intentos. El almirante Hood, aprovechándose de esta deshermandad, dijo que no estando corrientes, no convenia proclamar por entonces ninguna autoridad, y estorbó la partida de una diputacion que los Toloneses trataban de enviar al Conde de Provenza, para mover à aquel príncipe à acudir à su recinto con el carácter de rejente. Desde este punto, se estaba viendo la conducta de los Ingleses, infiriéndose la culpable ceguedad de los que habian entregado Tolon à los enemigos perpetuos de la marina francesa.

Los republicanos no podian esperar la reconquista de Tolon con las fuerzas actuales, y aun los representantes aconsejaban que cejase el ejército allende el Durance, para esperar à la otra estacion. Entretanto la toma de Lyon franqueaba arbitrios, y se encaminaron à Tolon tropas y enseres. El jeneral Doppet, à quien se atribuia la toma de Lyon, fué à reemplazar à Carteaux, pero sucedió luego al mismo Doppet Dugommier, que era mas práctico y muy valeroso. Reuniéronse veinte y ocho ú treinta mil hombres, y se mandó terminar el sitio antes del fin de la campaña.

Estrechóse la plaza, se situaron baterías contra los fuertes, y el jeneral Lapoype estaba siempre à levante, y Dugommier à poniente, al frente de Ollioules. Este último era el encargado del ataque principal. La junta de salvacion pública habia hecho estender por la de fortificaciones un plan de ataque científico, y el

jeneral juntó un consejo de guerra para ventilarlo. Estaba bien ideado, pero se ofrecia otro mas adecuado à las circunstancias, y que debia surtir efectos mas ejecutivos.

Hallábase en el consejo de guerra un oficialito, que mandaba la artilleria en ausencia de su jefe. Llamábase Bonaparte, y era natural de Córcega. Leal à la Francia, en cuyo regazo se habia educado, habia peleado en Córcega por la causa de la convencion contra Paoli y los Ingleses, habia luego acudido al ejército de Italia, y se hallaba delante de Tolon. Mostraba suma intelijencia y actividad, durmiendo junto à las piezas, y al aspecto de la plaza, se impresionó de una ocurrencia, y la propuso al consejo de guerra. El fuerte Eguillete, apellidado el Jibraltarillo, cerraba la bahía en donde anclaban las escuadras coligadas, y ocupado aquel punto, no podian las naves permanecer en la bahía sin riesgo de ser incendiadas: tampoco podian evacuarla dejando una guarnicion de quince mil hombres, sin comunicaciones, sin auxilios, y espuesta tarde ó temprano à rendir las armas; era pues de suponer que, poseido aquel fuerte, escuadras y guarnicion evacuarian la plaza. Así es que la llave de Tolon estaba en el fuerte Eguillete, pero era casi inespugnable, y el jóven Bonaparte sostuvo esforzadamente su pensamiento como el mas adecuado à las circunstancias, y logró que se adoptase.

Estrechóse mas la plaza, y Bonaparte, al resguardo de algunos olivos que encubrian sus artilleros, hizo colocar una batería junto al fuerte Malbosquet, uno de los mas importantes entre los que cercaban à Tolon. Una madrugada, estalló de repente esta batería, y pasmó à los sitiados, que no conceptuaban se pudiesen situar fuegos tan inmediatos. El jeneral inglés O' Hara, que mandaba la guarnicion, resolvió hacer una salida para arrasar la batería y clavar sus piezas. El 30 de noviembre (10 escarchero), salió al frente de seis mil hombres, arrolló ejecutivamente los puestos republicanos, se apoderó de la batería, y empezó luego à clavar los cañones. Por dicha, el jóven Bonaparte se hallaba no lejos de allí con un batallon, y un ramal le conducia à la batería misma. Arrojóse Bonaparte con su batallon silenciosamente en medio de los Ingleses, mandó hacer fuego, y los sorprendió con esta aparicion repentina. El jeneral O' Hara creyó que eran sus propios soldados que se engañaban y se hacian fuego unos à otros. Adelantóse entonces hácia los republicanos para cerciorarse, pero quedó herido en una mano, y prisionero en el ramal mismo por un sarjento. En

el mismo punto, Dugommier, que habia hecho tocar jenerala en el campamento, traia sus soldados al avance, y se arrojaba entre la batería y la plaza. Los Ingleses, á pique entonces de quedar cortados, se retiraron despues de haber perdido à su jeneral, y sin poderlo salvar de aquella aciaga batería.

Este logro envalentonó à los sitiadores y desalentó à los sitiados. El recelo era tan vehemente entre estos últimos, que decian haberse dejado O' Hara cojer prisionero para vender à Tolon à los republicanos. Sin embargo estos, ansiosos de conquistar la plaza y sin medios de comprarla, se disponian para el ataque tan arriesgado de Eguillette, adonde habian arrojado muchas bombas y balas rasas de à 24. El 18 de diciembre (28 escarchero), se acordó el asalto para media noche. Un ataque combinado debia verificarse por la parte del jeneral Lapoype sobre el fuerte Faraon; y à media noche, con una tormenta espantosa, se mueven los republicanos. Los soldados que guarnecian el fuerte se mantenian regularmente rezagados para resguardarse de las bombas y las balas, y los Franceses iban esperanzados de llegar sijilosamente, pero al pié del cerro se encuentran ya con tiradores enemigos. Trábase la refriega, y al estruendo de la fusilería, la guarnicion del fuerte acude à carrera por las murallas y abrasa à los asaltadores. Estos cejan y vuelven repentinamente, cuando un capitan jóven de artillería llamado Muiron, valiéndose de las asperezas del terreno, logra trepar à la cumbre sin perder mucha jente. Llegado al pié del fuerte, se arroja por una tronera, síguenle los soldados, entran en la batería y se apoderan de los cañones y del mismo fuerte.

En esta accion, el jeneral Dugommier, los representantes Salicetti y Robespierre menor y el comandante de artillería Bonaparte se habian hallado en medio del fuego, infundiendo sumo denuedo à la tropa. Por parte del jeneral Lapoype, no fué menos feliz el ataque, aposesionándose de uno de los reductos del fuerte de Faraon.

Ocupado el fuerte Eguillette, dedicáronse los republicanos à colocar las piezas de modo que abrasasen la escuadra, mas no les dieron lugar los Ingleses, porque acordaron sobre la marcha evacuar la plaza desentendiéndose de los trances de una defensa ardua y arriesgada. Antes de retirarse, determinaron quemar el arsenal y los astilleros con los navíos que no se pudieron llevar. El 18 y el 19, sin comunicarse con el almirante español, y sin avisar al

vecindario comprometido que se le iba à entregar à los montañeses victoriosos, se dió la órden para la evacuacion. Todos los navíos ingleses fueron acudiendo à proveerse en el arsenal, los fuertes quedaron luego evacuados, escepto el de Lamalga que debia ser el último. Esta evacuacion fué tan arrebatada, que dos mil Españoles, advertidos muy tarde, quedaron fuera de las murallas, y no se salvaron sino milagrosamente. En fin se mandó incendiar el arsenal, y veinte navíos ó fragatas ardieron de repente en medio de la bahía, desesperando à aquellos desventurados habitantes, y enfureciendo à los republicanos que estaban viendo arder la escuadra sin poderla salvar. Al momento, mas de veinte mil personas, hombres, mujeres, ancianos, niños, cargados con lo mejor de sus haberes, acudieron al muelle tendiendo los brazos hácia las escuadras, é implorando un asilo contra el ejército victorioso. Estas eran todas las familias provenzales que, en Aix, Marsella y Tolon, se habian comprometido en la asonada de las secciones, pero no asomaba un solo falucho para socorrer à estos Franceses inconsiderados, que se habian puesto en manos estranjeras, y les habian entregado el primer puerto de su patria. Sin embargo el almirante Làngara, mas humano, mandó echar à la mar lanchas y botes, y recibir en la escuadra española à cuantos refujiados cupiesen. Entonces el almirante Hood no pudo desentenderse de este ejemplo, ni de las imprecaciones que disparaban contra él, y así mandó por su parte, aunque tarde, que se recibieran los Toloneses. Estos desventurados se arrojaban desesperádamente à las lanchas, y en esta confusion, unos caian al mar y otros quedaban separados de sus familias. Se veian madres en busca de sus niños, esposas y muchachas en pos de sus maridos ó padres, y vagando por los muelles à las vislumbres del incendio. En este trance, los forajidos aprovechándose del trastorno para saquear, se arrojan sobre los desdichados revueltos por la estension de los muelles, y hacen fuego gritando: «¡Los republicanos!» Apodérase el pavor de la muchedumbre, se precipita, se arremolina, y ansiosa de escapar, abandona sus despojos à los forajidos inventores de este ardid.

En fin entran los republicanos, y hallan la ciudad medio desierta con parte de los enseres de la marina destruidos. Por dicha, los galeotes habian atajado el incendio, pero de 56 bajeles, no quedaron mas que 7 navíos y 11 fragatas, pues lo restante habia sido preso ó quemado por los Ingleses. Luego, horrorizados con el sitio y la

evacuacion, les sobrevino la trajedia de la venganza revolucionaria, cuya serie referirémos mas adelante. La toma de Tolon causó estraordinario gozo, y tanta impresion como las victorias de Watignies, la toma de Lyon, y el descerco de Landau. Desde entonces ya no habia que recelar que los Ingleses, al arrimo de Tolon, viniesen à traer al Mediodía los estragos y la rebelion.

La campaña se habia terminado con menos felicidad en los Pirineos. Sin embargo, à pesar de repetidos descalabros y suma torpeza por parte de los jenerales, no habíamos perdido sino la línea del Tech, quedándonos todavía la del Tet. Despues de la refriega desgraciada de Truillas, el 22 de setiembre (1°. vendimiario), contra el campamento español, donde Dagobert habia acreditado tanta serenidad y bizarría, Ricardos, en vez de marchar mas adelante, habia retrocedido al contrario sobre el Tech. La reconquista de Villafranca, y un refuerzo de quince mil hombres llegado à los republicanos, habian motivado este movimiento retrógrado. Despues de levantar el bloqueo de Colibre y de Portvendres, pasó al campamento de Bolú, entre Ceret y Villalonga, y atalayaba desde allí sus comunicaciones, guardando la carretera de Bellaguardia. Los representantes Fabre y Gaston, exhalando fogosidad, se empeñaron en atacar el campamento de los Españoles para volcarlos allende el Pirineo, pero el intento fué infructuoso, y tuvo por paradero inútil derramamiento de sangre.

El representante Fabre, ansioso de entablar una empresa de entidad, soñaba hacia tiempo una marcha allende el Pirineo, para precisar à los Españoles à retroceder. Habíanle persuadido que la fortaleza de Rosas podia arrollarse de un golpe de mano, y segun su anhelo, contra el dictámen de los jenerales, arrojáronse tres columnas tras el Pirineo para incorporarse en Espolla; pero, endebles y desunidas, no pudieron arrimarse, quedaron derrotadas, y vueltas hácia las cumbres con pérdida considerable. Sucedió esto en octubre, y en noviembre, tormentas, ajenas de la estacion, abultaron los raudales, cortaron las comunicaciones de los varios campamentos españoles entre sí, y los pusieron en sumo peligro. Brindábanos la ocasion para desagraviarnos de los Españoles por los quebrantos padecidos. Quedábales solo el puente de Ceret para despasar el Tech, y permanecian anegados y hambrientos à la orilla izquierda à la merced de los Franceses; pero nada se hizo al intento, pues al jeneral Dagobert habia sucedido Turreau, à este Doppet,

y estaba el ejército desorganizado. Peleóse flojamente à las inmediaciones de Ceret, y aun perdímos el campamento de San-Ferreol, salvándose así Ricardos del trance de su posicion. Vengóse luego mas acertadamente del peligro en que se habia hallado, pues se arrojó el 7 de noviembre (17 nubloso) sobre una columna francesa que estaba acorralada en Villalonga à la orilla derecha del Tech, entre el rio, el mar y el Pirineo. Derrotó la columna de diez mil hombres, desbaratándola en términos que no pudo rehacerse sino en Argeles. En seguida, Ricardos hizo embestir la division de Delatre, se apoderó de Colibre, de Portvendres y de San-Telmo, y nos volcó enteramente à la otra orilla del Tech, terminándose así la campaña à fines de diciembre. Acuarteláronse los Españoles en la ribera del Tech, y los Franceses acamparon en torno de Perpiñan y por las orillas del Tet. Habíamos perdido algun territorio, pero menos del que se debia recelar con tanto descalabro. Por lo demás era esta la única frontera donde la campaña no se cerró esclarecidamente para la república. Por parte de los Pirineos-Occidentales, se guardó mutuamente la defensiva.

En la Vendea, nuevas y reñidas refriegas habian sobrevenido con grandísima ventaja para la república, pero con sumo quebranto para la Francia, que por ambas partes no veia mas que Franceses que se degollaban en el matadero.

Los Vendeanos, derrotados en Cholet el 17 de octubre (26 vendimiario), se habian arrojado, como se ha visto, à las orilllas del Loira, en número de ochenta mil hombres, mujeres, niños y ancianos. No atreviéndose à volver à su pais avasallado por los republicanos, y no pudiendo mantenerse en campaña ante un ejército victorioso, trataron de pasar à Bretaña, y seguir las miras de Bonchamps, cuando este jóven héroe habia fallecido, y no podia encargarse de su desventurado paradero. Ya se ha visto que en vísperas de la batalla de Cholet, envió un destacamento para hacer ocupar el punto de Varade, sobre el Loira. Este puesto, mal guardado por los republicanos, se tomó en la noche del 16 al 17, y perdida la batalla, los Vendeanos pudieron pasar el rio à su salvo con la proporcion de algunas barquillas dejadas à la márjen, y al resguardo de la artillería republicana. Como el peligro se cifraba en la orilla izquierda, desatendió el gobierno la derecha; todos los pueblos de Bretaña estaban mal guardados, y algunos destacamentos de guardias nacionales, desparramadas acá y acullá, eran incapaces de atajar à los

Vendeanos, y no podian menos de huir à su asomo. Estos se internaron pues sin tropiezo, y atravesaron sucesivamente à Candé, Chateau-Gonthier y Laval, sin encontrar resistencia.

En este tiempo, el ejército republicano ignoraba su marcha, su número y sus intentos, y aun hubo un rato en que los creyeran aniquilados, escribiéndolo así los representantes à la convencion. Solo Kleber, que seguia mandando el ejército à nombre de Lechelle, opinaba lo contrario, y se empeñaba en desimpresionar tan espuesta confianza. Con efecto, súpose luego que los Vendeanos estaban muy ajenos de quedar esterminados, y que en la columna fujitiva les restaban todavía de treinta à cuarenta mil hombres armados y en son de pelea. Juntóse al punto un consejo de guerra, y como no se sabia si los fujitivos tomarian el rumbo de Angers ó de Nantes, y luego de Bretaña, ó irian por el Bajo-Loira à incorporarse con Charette, se acordó que se dividiese el ejército, yendo una porcion con el jeneral Haxo à hacer frente à Charette, y recobrar à Nourmoutiers, otra con Kleber à ocupar el campamento de San Jorje junto à Nantes, y que lo restante permaneceria en Angers para su resguardo y el acecho de los enemigos. Estando enterados, sin duda se hubieran hecho cargo que debian permanecer unidos todos y marchar sin descanso al alcance de los Vendeanos. En el sumo desconcierto y pavor en que se hallaban, era llano el dispersarlos y anonadarlos, pero estando à ciegas acerca de su rumbo, el partido que se tomó era el mas cuerdo. Sin embargo les llegaron noticias, y se supo la marcha de los Vendeanos sobre Candé, Chateau-Gonthier y Laval. Desde entonces se acordó perseguirlos sobre la marcha, y alcanzarlos antes que pudiesen inflamar la Bretaña y apoderarse de alguna ciudad ó algun punto sobre el Océano. Quedaron en Nantes y en la Baja-Vendea los jenerales Vimeux y Haxo, y lo restante del ejército se encaminó hácia Candé y Chateau-Gonthier; Westermann y Beaupuy formaban la vanguardia; Chalbos, Kleber y Canuel mandaban cada uno su division, y Lechelle, desviado del campo de batalla, dejaba dirijir los movimientos por Kleber, que merecia el acatamiento y la confianza del ejército.

El 25 de octubre por la tarde (4 nubloso), la vanguardia republicana llegó à Chateau-Gonthier, y el grueso de las fuerzas quedaba à una jornada à retaguardia. Westermann, aunque su tropa estaba acosada, y anochecia, quedando todavía seis leguas de ca-

mino para llegar à Laval, quiso marchar allá en seguida. Beaupuy, tan valeroso, pero mas mirado que Westermann, se empeñó en vano en hacerle cargo del peligro de embestir la mole vendeana en medio de la noche, muy lejos del cuerpo del ejército, y con tropas rendidas de cansancio. Tuvo Beaupuy que ceder à su mas antiguo, y ponerse en marcha; llegado à Laval en medio de la noche, Westermann envió un oficial à reconocer al enemigo, pero arrebatado por su ardimiento, en vez de hacer una descubierta, dió un avance, y arrolló al punto las guerrillas. Hubo alarma en Laval, tocaron à rebato, y toda la mole enemiga se alistó y salió à hacer frente à los republicanos. Beaupuy, portándose con su teson ordinario, sostuvo esforzadamente el empuje de los Vendeanos; Westermann echó el resto de su valentía; la refriega fué muy reñida, y con la lobreguez, vino à ser mas sangrienta. La vanguardia republicana, aunque muy inferior en número, lograra sostenerse hasta el fin, si la caballería de Westermann, que no siempre era tan denodada como su caudillo, no se desbaratara repentinamente obligándole à la retirada. Esta, no obstante, gracias à Beaupuy, se hizo con algun órden sobre Chateau-Gonthier, adonde llegó el cuerpo de ejército el dia siguiente. Reunido el 26 con la vanguardia exhausta despues de una lucha inútil y sangrienta, el cuerpo de ejército atropellado con un camino largo, sin víveres, sin zapatos, y atascándose en los lodazares del otoño, Westermann y los representantes querian marchar de nuevo adelante, pero Kleber lo resistió con teson, é hizo acordar que no pasasen de Villiers, media distancia de Chateau-Gonthier y Laval.

Tratábase de formar plan para el ataque de Laval, pueblo situado sobre el Mayena. Marchar directamente por la orilla izquierda que se ocupaba, era indiscreto, como opinó juiciosamente un oficial esclarecido, Savray, muy práctico en el terreno. Era obvio para los Vendeanos el atajar à todo trance el puente de Laval, y podian luego, mientras el ejército republicano se agolpaba inútilmente à la orilla izquierda, ir marchando por la derecha, pasar el Mayena por su espalda, y abrumarlo de improviso. Propuso pues dividir el ataque, y llevar parte del ejército à la orilla derecha, por donde no habia puente que pasar, y entonces la ocupacion de Laval no ofrecia tropiezo. Quedó este plan aprobado por los jenerales, lo fué tambien por Lechelle, pero el dia siguiente, este, que solia salir de su negadez para cometer yerros, envió la órden

mas necia y absolutamente contradictoria con lo acordado la víspera. Prescribe, segun sus espresiones acostumbradas, marchar «majestuosamente y en mole» sobre Laval, bajando por la márjen izquierda. Enfurécense Kleber y todos los oficiales; sin embargo hay que obedecer, y Beaupuy se adelanta el primero, siguiéndole Kleber inmediatamente. Esplayábase todo el ejército vendeano por los cerros de Entrames; empeña Beaupuy la lid, y Kleber se tiende à derecha é izquierda de la carretera para abarcar cuanto terreno le cabe. Hecho cargo no obstante de la desventaja de su posicion, envia à decir à Lechelle que lleve la division de Chalbos al costado del enemigo, evolucion que debia conmoverlo; pero esta columna, compuesta de los batallones formados en Orleans y en Niort, y que solia huir, se desbarata antes de ponerse en marcha. Escapa Lechelle el primero al galope, y mas de una mitad del ejército, que no peleaba, huye en dilijencia con Lechelle al frente, y corre hasta Chateau-Gonthier, y de allí hasta Angers. Los valientes Maguncianos, que nunca habian cejado, se desordenan por la vez primera. Entonces la derrota es jeneral, y Beaupuy, Kleber, Marceau y los representantes Merlin y Turreau, estreman todo su conato en balde para detener à los fujitivos. Beaupuy recibe un balazo en el pecho, y llevado à una choza, esclama: «Déjenme aquí, y enseñen mi camisa sangrienta à los soldados.» El valiente Bloss, que mandaba los granaderos y que descollaba por su estraordinaria intrepidez, se dejó matar à su frente. En fin parte del ejército hace alto en Lyon-d'Angers, y la otra huye hasta el mismo Angers. Era la ira jeneral contra la cobardía ejemplar de Lechelle, que encabezó la fuga, y murmuraban los soldados sin rebozo. El dia siguiente, en la revista, el corto número de valientes que ceñian sus banderas y eran Maguncianos, voceaban: «¡Fuera Lechelle! ¡Vivan Kleber y Duvayet! ¡Que nos devuelvan á Duvayet!» Lechelle, oyendo estas voces, se indispuso mas y mas contra la division de Maguncia y contra los jenerales cuyo denuedo le avergonzaba. Los representantes viendo que los soldados no querian à Lechelle, se resolvieron à suspenderlo, proponiendo el mando à Kleber. Rehusólo este, por cuanto no gustaba de la situacion de un jeneral en jefe, avasallado por representantes, ministro y junta de salvacion pública, y se avino únicamente à acaudillar el ejército à nombre de otro. Dióse pues el mando à Chalbos, que era uno de los jenerales mas ancianos del ejército, y Lechelle, anticipándose al acuerdo de los representantes, pidió su licencia por

enfermo, y retirándose à Nantes, murió algun tiempo despues.

Kleber, al ver el ejército en estado lastimoso, disperso ya en Angers, ya en Lyon-d'Angers, propuso reunirlo en el mismo Angers, franquearle algunos dias de descanso, suministrarle ropa y calzado, y reorganizarlo completamente. Aprobóse este dictámen, y se reunió toda la tropa en Angers. Lechelle tuvo à bien delatar la division de Maguncia, al hacer dimision, achacando à valientes un descalabro aborto de su cobardía. Hacia tiempo que se recelaban de esta tropa, de su espíritu de cuerpo, de su apego à sus jenerales, y de su aversion al estado mayor de Saumur. Las últimas voces de «¡ viva Duvayet ! ¡ fuera Lechelle ! » acabaron de comprometerla en el ánimo del gobierno. Luego con efecto la junta de salvacion pública dió un acuerdo mandando que se disolviese y barajase con los demás cuerpos. Kleber fué el encargado de esta operacion, y aunque la providencia le comprendia con sus compañeros de armas, se avino gustoso, hecho cargo del peligro de tanta competencia y ojeriza entre la guarnicion de Maguncia y las tropas restantes; viendo principalmente grandísima ventaja en poder encabezar las columnas con tropas que, adecuadamente repartidas, podian comunicar su pujanza à todo el ejército.

Mientras sucedia esto en Angers, los Vendeanos, libertados ya en Laval de los republicanos, y no viendo oposicion para su marcha, no acertaban sin embargo con el partido que debian tomar, ni con el teatro adonde pudieran llevar la guerra. Ofrecíanseles dos rumbos igualmente ventajosos, y eran el estremo de Bretaña, ó el de Normandía. Aquella punta de Bretaña, toda endiosada con sus clérigos y sus nobles, los hubiera recibido con alborozo, y el suelo, en estremo quebrado y montuoso, les suministraba arbitrios facilísimos de resistencia, y en fin se hallaban à la orilla del mar y en comunicacion con los Ingleses. El estremo de la Normandía, ó península de Cotentin, estaba algo mas distante, pero era mucho mas fácil de guardar, porque, apoderándose de Port-Beil y Saint-Cosme, la atajaban absolutamente; hallaban la plaza importante de Cherburgo, muy accesible para ellos por parte de tierra, surtida de todo jénero de abastos, y principalmente muy oportuna para sus comunicaciones con los Ingleses; y así es que ambos intentos eran obvios y ventajosos. La carretera de Bretaña no tenia mas tropiezo que el ejército de Brest, encargado à Rossignol, y reducido à unos cinco ú seis mil hombres mal organizados. El ca-

mino de Normandía estaba defendido por el ejército de Cherburgo, compuesto de levantamientos jenerales en ademan de disolverse al primer tiro, y de algunos miles de hombres de tropa mas arreglada, que no habia salido de Caen; y así ninguno de estos dos cuerpos era de temer para el conjunto de los Vendeanos, cuanto mas que con alguna dilijencia era muy evitable su encuentro. Pero los Vendeanos ignoraban la naturaleza de los sitios, sin tener un solo oficial que pudiera informarles de lo que eran la Bretaña y la Normandía, de sus ventajas militares y sus plazas fuertes, creyendo, por ejemplo, à Cherburgo fortificado por la parte de tierra. Eran pues incapaces de apresurarse, de instruirse en su marcha, y de ejecutar algo con un tantillo de pujanza y de tino.

Su ejército, aunque crecido, se hallaba en estado lastimoso; los caudillos habian muerto ó yacian heridos. Bonchamps espiró en la orilla izquierda; Elbée, mal herido, habia sido trasladado à Noirmoutiers; Lescure, con un balazo en la frente, seguia en andas moribundo al ejército. Larochejacquelein, único, tenia el mando en jefe con Stofflet de segundo. La hueste, precisada ya à moverse y desamparar su pais, debiera estar organizada, pero iba revuelta como un aduar, llevando consigo mujeres, niños y carruajes. En un ejército arreglado, valerosos, endebles y cobardes, encajonados unos con otros, tienen precision de ir juntos, y se sirven mutuamente de arrimo. Bastan algunos campeones para comunicar su pujanza à toda la mole, pero aquí, al contrario, ni se guardaban filas, ni divisiones de compañías, ó batallones, y cada cual marchaba à su albedrío; pero los esforzados se escuadronaron por sí, formando un cuerpo de cinco à seis mil hombres en el disparador para arrojarse al avance. Iba tras ellos otra tropa menos valerosa, y adecuada solo para decidir un trance, flanqueando un enemigo ya quebrantado. Tras estos dos cuerpos, el total, siempre dispuesto à huir al primer tiro, iba siguiendo confusamente; y así los treinta ó cuarenta mil hombres armados venian en suma à reducirse à unos cuantos miles de valientes, de suyo dispuestos siempre à pelear. La falta de subdivisiones obstaba para formar destacamentos, y acudir con un cuerpo à un punto ú otro, y en fin para tomar disposiciones. Seguian unos à Larochejacquelein, otros à Stofflet, y à nadie mas. Imposibilitábanse las órdenes, reduciéndose todo à enarbolar una señal para que siguieran. Solo Stofflet tenia algunos campesinos paniaguados que llevaban à diestro y siniestro sus en-

cargos. Apenas tenian doscientos malos jinetes, y como unos treinta cañones mal servidos y resguardados. El bagaje entorpecia la marcha, y las mujeres y ancianos buscaban por arrimo las filas de los valientes, estorbándolos para sus movimientos. Andaban tambien recelosos con sus oficiales, diciendo que su afan de asomarse al Océano era con ánimo de embarcarse y desamparar à los desventurados campesinos desentrañados de sus hogares. El consejo, cuya autoridad era ya absolutamente aérea, estaba desavenido, mostrándose los clérigos descontentos de los militares, y en fin era facilísimo el acabar con semejante ejército, sino prevaleciese igual desórden por el mando entre los republicanos.

Los Vendeanos eran pues incapaces de idear ó ejecutar plan alguno, y haciendo ya veinte y seis dias que se habian separado del Loira, nada absolutamente habian hecho. Tras el vaiven de tanta incertidumbre, tomaron por fin un partido. Por una parte, les decian que Rennes y San-Maló estaban guardados por tropas considerables, y por otra, que Cherburgo tenia fortificaciones por la parte de tierra, y entonces acordaron ir à sitiar à Granville, situado à orillas del Océano, en el confin de Bretaña y Normandía. Este intento era ventajoso, por cuanto se acercaban à Normandía, que les ponderaban como muy fértil y abastecida, y así marcharon hácia Fougeres. Habíanse reunido hácia su rumbo quince ó diez y seis mil hombres de levantamiento jeneral, que se dispersaron sin disparar un tiro, y así los Vendeanos marcharon à Dol el 10 de noviembre, y el 12 sobre Avranches.

El 14 de noviembre (24 nubloso), se encaminaron hácia Granville, dejando en Avranches la mitad de su jente y todo su bagaje. Intentó la guarnicion hacer una salida, pero rechazáronla, y se arrojaron en su alcance al arrabal que está delante de la plaza. La guarnicion tuvo lugar para retirarse y cerrar las puertas, pero quedó en su poder el arrabal que les facilitaba el ataque. Adelantáronse à las estacadas recien construidas, y sin tratar de arrancarlas, anduvieron tiroteando contra la muralla, mientras les contestaban con metralla y balas. Colocaron al mismo tiempo algunas piezas sobre los cerros inmediatos, y tiraron en balde à la cima de los muros y à los techos de las casas. Por la noche se desparramaron desamparando el arrabal, en donde el fuego de la plaza no les dejaba sosiego, y fueron lejos del alcance del cañon en busca de alojamiento, comestibles y lumbre, porque iba haciendo un

frio intenso. Los caudillos apenas pudieron recabar de algunos centenares que permaneciesen en el arrabal para continuar el tiroteo.

El dia siguiente, su desvalimiento para tomar una plaza cerrada les quedó todavía mas demostrado, pues tirotearon de nuevo en torno de la estacada, y quedaron luego desahuciados. De repente uno de ellos ideó aprovecharse de la bajamar, y atravesando la playa, tomar el pueblo por la parte del puerto. Al entablar esta tentativa, los representantes cerrados en Granville pegaron fuego al arrabal, y los Vendeanos tuvieron que evacuarlo, y tratar de retirarse. Abandonóse enteramente el intento del puerto, y el dia siguiente regresaron todos à Avranches para incorporarse con su jente y los bagajes. Desde aquel punto fué todo desaliento, quejándose mas amargamente que nunca de los caudillos que los habian espatriado, y que iban à desampararlos, pidiendo entonces con alaridos el volver al Loira. En vano intentó Larochejaquelein, al frente de sus valerosos, hacer una nueva tentativa para conducirlos à Normandía, y en vano se encaminó à Ville-Dieu, pues, dueño ya del pueblo, apenas le siguieron unos mil hombres. Lo restante de la columna volvió à encaminarse à Bretaña, marchando sobre Pontorson, por donde habia llegado, apoderándose del puente en Beaux, sobre el Selune, que era indispensable para entrar en el pueblo.

En este intermedio se habia reorganizado el ejército republicano, y tras el tiempo necesario para lograr un tanto de sosiego y arreglo, fué conducido à Rennes para incorporarlo con los seis ó siete mil hombres del ejército de Brest, mandados por Rossignol. Habíase acordado allí en un consejo de guerra cuanto habia que providenciar para el alcance de la columna vendeana. Enfermo Chalbos, obtuvo permiso para retirarse à la espalda y restablecer su salud, y Rossignol habia recibido de los representantes el mando en jefe del ejército del Oeste y del de Brest, que componian al todo veinte ó veinte y un mil hombres. Resolvióse que ambos ejércitos se encaminarian sobre la marcha à Antrain; que el jeneral Tribout, que se hallaba en Dol con tres ó cuatro mil hombres, acudiria à Pontorson, y que el jeneral Sepher, que tenia seis mil soldados del ejército de Cherburgo, seguiria por la espalda la columna vendeana. Encajonada así entre el mar, el punto de Pontorson, el ejército de Antrain, y Sepher, que llegaba à Avranches, pronto debia quedar la columna acorralada y destruida.

Ejecutábanse estas disposiciones en el trance mismo en que los Vendeanos dejaban à Avranches, y se apoderaban del puente en Beaux para pasar à Pontorson, en 18 de noviembre (28 nubloso). El jeneral Tribout, declamador, ajeno del arte de la guerra, para conservar à Pontorson, no tenia mas que atajar un tránsito angosto, atravesando un pantano que está cerca del pueblo y es inevitable. En situacion tan ventajosa, podia estorbar que diesen los Vendeanos un solo paso, pero à la vista del enemigo, desampara el desfiladero, y marcha para adelante. Los Vendeanos, envalentonados con la toma del puente en Beaux, le embisten denodadamente, lo arrollan, y valiéndose del desconcierto de su retirada, se arrojan en su alcance al tránsito que atraviesa el pantano, señoreándose así de Pontorson, donde nunca debian asomar.

Merced à este yerro indisculpable, se patentizó à los Vendeanos un rumbo inesperado. Podian marchar sobre Dol, pero de allí tenian que ir à Antrain, y arrollar el cuerpo del grande ejército republicano. Sin embargo evacúan à Pontorson, y se adelantan hácia Dol, pero se arroja Westermann à su alcance. Siempre acalorado, se lleva à Marigny con sus granaderos, y se atreve à seguir à los Vendeanos hasta Dol con una mera vanguardia. Alcánzalos en efecto, y los vuelca revueltos al pueblo, pero luego se rehacen, salen de Dol, y, con el fuego certero y matador que acostumbran, precisan la vanguardia republicana à retirarse à mucha distancia.

Kleber, que era el asesor del ejército, aunque sonaba otro por caudillo, propone, para acabar con la columna vendeana, bloquearla y hacerla fenecer de hambre, enfermedad y desamparo. Desbandábanse tan à menudo las tropas republicanas, que el trance de avanzar à viva fuerza era muy arriesgado; y al contrario, fortificando à Antrain, Pontorson y Dinan, quedaban los Vendeanos encarcelados entre el mar y tres puntos inespugnables, y haciéndolos hostigar diariamente por Westermann y Marigny, no podian menos de venir à destruirlos. Aprueban este plan los representantes, y se espiden las órdenes consiguientes; pero de improviso llega un oficial de Westermann, y dice que, cooperando con su jeneral y atacando à Dol por la parte de Antrain, mientras él la embestirá por la de Pontorson, feneció el ejército católico, pues queda así absolutamente perdido. Inflámanse los representantes con esta propuesta, y Prieur del Marne, tan disparado como Westermann, hace variar el plan acordado, y se determina que Marceau,

al frente de una columna, marchará sobre Dol, de mancomun con Westermann.

Adelántase Westermann contra Dol, y con su impaciencia, no se acuerda de averiguar si la columna de Marceau, que debe llegar de Antrain, ha acudido ya al campo de batalla, y embiste atropelladamente. El enemigo corresponde con tremendos fuegos, y Westermann estiende su infantería ganando terreno, pero le van escaseando los cartuchos, y tiene que hacer un movimiento retrógrado para aposentarse à la espalda sobre una loma. Aprovéchanse los Vendeanos, se arrojan sobre su columna, y la dispersan. En este tiempo, llega por fin Marceau à la vista de Dol, y los Vendeanos victoriosos se reunen contra él, pero resiste con teson heroico todo el dia, y logra mantenerse en el campo de batalla. Pero su posicion es muy aventurada, y pide à Kleber, para que le aconseje y auxilie; llega, y le dice que tome una posicion retrógrada, pero muy fuerte, en las inmediaciones de Trans, y mientras se titubea en seguir el dictámen de Kleber, los tiradores vendeanos hacen cejar à la tropa. Esta se desbarata al pronto, pero se rehace luego en la posicion apuntada por Kleber, quien se aferra entonces en su primer plan, que consistia en fortificar à Antrain. Acuden à él, pero no quieren volver à Antrain, sino permanecer en Trans, y fortificarse para estar à la inmediacion de Dol. De repente, con la insubsistencia que mediaba en todas sus determinaciones, se vuelve à mudar de parecer, y se acuerda de nuevo la ofensiva, apesar del esperimento de la víspera, y envian un refuerzo à Westermann, mandándole que ataque por su lado, mientras el ejército principal lo haga por el de Trans.

En vano se opone Kleber, diciendo que las tropas de Westermann, trastornadas con el suceso de la víspera, no se mantendrán; pero los representantes se aferran, y queda resuelto el ataque para el otro dia, como en efecto se ejecuta. El enemigo se anticipa, y asalta à Westermann y Marigny, cuyas tropas, aunque sostenidas por un refuerzo, se desparraman. Echan el resto para detenerlas, y aunque reunen algunos valientes à su lado, al cabo los arrollan. Vencedores los Vendeanos, dejan este punto, y acuden à su derecha sobre el ejército que se adelantaba de Trans.

Mientras acababan de lograr esta ventaja, é iban à alcanzar otra, el estruendo de la artillería habia asustado à los de Dol y à los que no habian salido todavía para la refriega. Mujeres, ancia-

nos, niños, y los cobardes, corrian por todas partes huyendo hácia Dinan y hácia el mar. Los clérigos, con el crucifijo en la mano, ponian todo su ahinco para retraerlos, y Stofflet y Larochejacquelein iban corriendo por todas partes para llevarlos à la pelea, y en fin se habia conseguido rehacerlos y encaminarlos à Trans en pos de los valientes que se habian anticipado.

Igual revuelta se esperimentaba en el campamento principal de los republicanos. Rossignol y los representantes, mandando todos à un tiempo, no podian obrar ni entenderse. Kleber y Marceau, traspasados de quebranto, se habian adelantado para reconocer el sitio y contrastar el empuje de los Vendeanos. Llegado al frente del enemigo, intenta Kleber estender la vanguardia del ejército de Brest, pero se desbarata al primer tiro. Hace entonces adelantar à la brigada de Canuel, compuesta en gran parte de batallones maguncianos, los cuales, aferrados à su antigua valentía, resisten el dia entero, quedando aislados en el campo de batalla, desamparados de las demás tropas. Pero el cuerpo vendeano que habia arrollado à Westermann, los flanquea y les precisa à cejar, persiguiéndoles hasta el mismo Antrain, y por fin, urjiendo el dejarlo, todo el ejército republicano se retira à Rennes.

Entonces se echó de ver lo atinado del dictámen de Kleber; y Rossignol, en uno de sus arranques pundonorosos, à pesar de su ojeriza contra los jenerales maguncianos, asomó en el consejo de guerra con un papel, cuyo contenido era su dimision. «No soy, dijo, para mandar à un ejército; denme un batallon, y cumpliré con el estatuto, mas no alcanzo à desempeñar el mando en jefe. Aquí está mi resolucion, quien me la niegue es enemigo de la república.» «Nada de dimision, esclama Prieur del Marne, tú eres el primojénito de la junta de salvacion pública. Te darémos jenerales que te aconsejen, y que respondan por tí de los sucesos de la guerra.» Entretanto Kleber, sin consuelo por ver al ejército tan mal dirijido, propuso un plan que podia solo restablecer el estado de los negocios, pero era muy poco adecuado al ánimo de los representantes. «Hay que nombrar, les dijo, dejando el jeneralato à Rossignol, un comandante en jefe de las tropas, otro de caballería, y otro de artillería.» Adóptase la propuesta, y entonces tiene aliento para pedir à Marceau por comandante en jefe, à Westermann de la caballería, y à Debilly de la artillería, sospechosos los tres como individuos de la faccion magunciana. Contendieron un rato sobre

los individuos, pero al fin se avienen, cediendo al predominio y maestría de aquel guerrero jeneroso, que amaba à la república, no por acaloramiento de cabeza, sino por instinto, y que servia con una lealtad y un desinterés asombroso, con la pasion y el númen de su profesion en grado eminente. Habia hecho Kleber que se nombrase à Marceau, porque disponia de aquel mozo valeroso, y contaba con su entrañable afecto, estando seguro que, si Rossignol se desentendia, le quedaria él solo para dirijirlo todo y terminar felizmente la guerra.

Reunióse la division de Cherburgo, venida de Normandía à los ejércitos de Brest y del Oeste, y se dejó à Rennes para encaminarse à Angers, en donde trataban los Vendeanos de pasar el Loira. Estos, asegurados de arbitrios para su regreso, por sus dos victorias en las carreteras de Pontorson y de Antrain, trataron de volver à su pais. Pasaron sin disparar un tiro por Fougeres y Laval, y proyectaron apoderarse de Angers para atravesar el Loira por el puente de Ce. El último esperimento de Granville no les habia aun convencido de su desvalimiento para tomar plazas cerradas. El 3 de diciembre, se arrojaron à los arrabales de Angers, y empezaron à tirotear por el frente de la plaza; continuaron el dia siguiente, pero por mas que ansiasen franquearse paso para su pais, del cual solo los separaba el Loira, quedaron pronto desahuciados. Llegó la vanguardia de Westermann en aquel mismo dia 4, y acabó de acobardarlos haciéndoles orillar el intento. Pusiéronse pues en marcha Loira arriba, sin saber por dónde lo podrian pasar. Unos ideaban el subir hasta Saumur, otros hasta Blois, pero mientras deliberaban, sobreviniendo con su division Kleber por la calzada de Saumur, los precisó à arrojarse de nuevo hácia Bretaña. Estos desventurados, faltos de víveres, de calzado y de carruajes para trasportar sus familias, acosados por una enfermedad epidémica, vagando de nuevo por Bretaña, no hallaban ni albergue, ni desembocadero para salvarse. Cuajaban los caminos con sus despojos, y en el vivac frente à Angers se hallaron mujeres y niños muertos de hambre y de frio. Iban ya creyendo que la convencion solo las habia con los caudillos, y muchos arrojaban las armas para huir encubiertamente por los campos. En fin, lo que les informaron de Mans, de la abundancia que hallarian, y del ánimo de los habitantes, los inclinó hácia aquella parte. Atravesaron la Fleche, de que se apoderaron, y entraron en Mans tras una leve escaramuza.

Seguíales el ejército republicano, donde se habian suscitado nuevas desavenencias entre los jenerales. Habia Kleber amedrentado à los díscolos con su teson, y obligado à los representantes à que enviasen à Rossignol à Rennes con su division del ejército de Brest. Un acuerdo de la junta de salvacion pública dió entonces à Marceau el título de jeneral en jefe, y depuso à todos los jenerales maguncianos, dejando sin embargo à Marceau la facultad de valerse provisionalmente de Kleber. Marceau declaraba que no mandaria sino tenia à Kleber à su lado para disponerlo todo. « Al aceptar el título, dice Marceau à Kleber, cargo con los sinsabores y la responsabilidad, dejándote el mando verdadero y el arbitrio de salvar el ejército. » — « Corriente, amigo, dice Kleber; pelearémos, y nos harémos guillotinar juntos. »

Pónense al punto en marcha, y todo se maneja con unidad y teson. La vanguardia de Westermann llega el 12 de diciembre à Mans, y carga sobre la marcha à los Vendeanos. Entrales la confusion, pero algunos millares de valientes, conducidos por Larochejacquelein, acudieron à formarse delante del pueblo, y precisaron à Westermann à cejar sobre Marceau, que llegaba con una division. Kleber estaba todavía rezagado con lo restante del ejército, pero Westermann queria atacar en seguida, aunque habia anochecido. Marceau, à impulsos de su temple fogoso, pero con recelo de que le reconviniese Kleber, cuya pujanza yerta y sosegada nunca se dejaba arrebatar, titubea; mas arrollado por Westermann, se decide y embiste à Mans. Suena el rebato, y todo es desolacion por el pueblo. Westermann y Marceau se arrojan en tinieblas, lo vuelcan todo, y à pesar del fuego horroroso de las casas, consiguen arrinconar los mas de los Vendeanos en la gran plaza del pueblo. Marceau hace cortar à derecha é izquierda las calles que desembocan en la plaza, y bloquea así à los Vendeanos. Sin embargo su posicion era aventurada, porque engolfado de noche en un pueblo, podian tomarle la espalda y quedar acorralado. Envia pues aviso à Kleber para estrecharle à que acuda en dilijencia con su division, que llega al amanecer. Habian huido los mas de los Vendeanos, y solo quedaban los mas valientes para resguardar la retirada: se les embiste à la bayoneta, se les arrolla, se les dispersa, y empieza una matanza horrorosa en todo el pueblo.

No cabe derrota mas matadora, y una porcion considerable de mujeres rezagadas quedaron prisioneras. Marceau salvó à una jóven

que habia perdido à sus padres, y que, en su desesperacion, estaba pidiendo la muerte. Era linda y modesta, y Marceau, rebosando de miramiento y cortesanía, la recojió en su carruaje, la respetó, y la puso à buen recaudo. El campo estaba dilatadamente cuajado con los destrozos del descalabro. Westermann, incansable, hostigaba al enemigo, y sembraba la carretera de cadáveres. Los desventurados, sin saber adónde huir, volvieron por tercera vez à Laval para salir en seguida en demanda del Loira. Intentaron despasarlo en Ancenis, y Larochejacquelein y Stofflet se arrojaron à la orilla opuesta en busca, decian, de barcos para llevarlos à donde apetecian. No volvieron, pues aseguran que les era imposible el regreso, por no poder verificar el tránsito. La columna vendeana, falta de la presencia y del arrimo de sus dos caudillos, continuó bajando el Loira, y siempre en busca, aunque en balde, de su tránsito. Desahuciada en fin, y no sabiendo adónde encaminarse, resolvió ir à parar al confin de Bretaña en el Morbihan. Llegó à Blain, en donde logró todavía alguna ventaja con la retaguardia, y de Blain à Savenay, de donde esperanzaba meterse en el Morbihan.

Los republicanos la habian seguido sin tregua, y llegaron à Savenay la tarde misma del dia en que habia entrado. Savenay tenia el Loira à la izquierda, pantanos à la derecha, y un bosque mas adelante. Hízose cargo Kleber de la importancia de emboscarse en el mismo dia, y señorear todos los cerros, à fin de esterminar al dia siguiente á los Vendeanos, antes que tuviesen lugar de salir. Con efecto arrojó la vanguardia sobre ellos, y él mismo afianzando la coyuntura de desemboscarse los Vendeanos para rechazar la vanguardia, se arrojó denodadamente con un cuerpo de infantería, y los desalojó à todos. Huyeron entonces à Savenay, donde se encerraron, sin dejar sin embargo de estar haciendo fuego toda la noche. Westermann y los representantes proponian embestir sobre la marcha para acabar con todos en la misma noche. Kleber, que no se avenia à malograr una victoria positiva por un yerro, declaró terminantemente que no se atacaria, y luego desviándose con serenidad inalterable, no contestó à los provocadores, con lo cual atajó todo movimiento.

Al dia siguiente, 23 de diciembre, antes de amanecer, estaba à caballo con Marceau, cuando los Vendeanos, desesperados y sin querer sobrevivir à la jornada, se dispararon de suyo sobre los re-

publicanos. Marcha con el centro Marceau, Canuel con la derecha, y Kleber con la izquierda; se arrojan todos, y vuelcan à los Vendeanos sobre ellos mismos. Marceau y Kleber se juntan en el pueblo, recojen cuanta caballería encuentran, y se abalanzan à los Vendeanos. El Loira y los pantanos atajaban todo escape à los desventurados; muchos fenecieron à bayonetazos, otros quedaron prisioneros, y solo algunos lograron ponerse en salvo. Este dia, la columna fué totalmente destruida, y la guerra sangrienta de la Vendea concluida por entero.

Así es que este vecindario desdichado, estraido de su pais por indiscrecion de sus caudillos, y reducido à buscar un punto para refujiarse con los Ingleses, llegó sin fruto à la orilla del Océano, pues no habiendo podido tomar á Granville, habia revuelto sobre el Loira, é imposibilitado de transitarlo, fué à parar segunda vez à Bretaña, y de Bretaña nuevamente sobre el Loira. En fin, no pudiendo atravesar esta valla tan aciaga, acababa de fenecer por entero entre Savenay, el Loira y los pantanos. Quedó Westermann encargado con su caballería de seguir el alcance à los fujitivos de la Vendea. Kleber y Marceau se volvieron à Nantes, y agasajados el 24 por el pueblo, merecieron una especie de triunfo, y fueron agraciados por la sociedad jacobina con una corona cívica.

Considerando en su conjunto esta campaña memorable de 93, no se podrá menos de mirarla como el ahinco mas estremado que jamás haya hecho una sociedad amagada. En el año 1792, la coligacion, descabalada todavía, habia obrado sin tino y sin pujanza. Intentaran los Prusianos en Champaña una invasion ridícula, y ciñéronse los Austríacos en los Paises-Bajos à bombardear la plaza de Lila. Los Franceses, en su primer acaloramiento, rechazaron à los Prusianos allende el Rin, à los Austríacos fuera del Mosa, y conquistaron los Paises-Bajos, Maguncia, la Saboya y el condado de Niza. El año memorable de 93 rayó de otro modo muy diferente. Aumentárase la coligacion con tres potencias hasta entonces neutrales; la España, estrechada hasta el estremo con el 21 de enero, habia traido al fin hasta cincuenta mil hombres al Pirineo; la Francia habia obligado à Pitt à declararse, y la Inglaterra y la Holanda habian entrado à un tiempo en la coligacion, que se hallaba duplicada, y hecha ya cargo de los arbitrios del enemigo para pelear, estaba aumentando sus fuerzas y habilitándose para un empuje decisivo. Así es que, al par del tiempo de Luis XIV, la Francia

tenia que contrarestar el avance de la Europa entera, y por esta vez no se habia acarreado este conjunto de enemigos con su ambicion, sino con el enojo justiciero que le infundió la intervencion de las potencias en sus negocios interiores.

Desde el mes de marzo, rompió Dumouriez con una temeridad, intentando invadir la Holanda metiéndose en unos barcos. Sorprendió en este tiempo Coburgo à los subalternos de Dumouriez, los arrojó à la parte opuesta del Mosa, y le precisó à él mismo à venir à acaudillar sus tropas. Tuvo Dumouriez que trabar la batalla de Neerwinden, pelea terrible ya ganada, cuando flaqueó el ala izquierda y despasó el Gette; hubo que retirarse, perdiendo la Béljica en algunos dias. Entonces los descalabros agriando los corazones, se estrelló Dumouriez con su gobierno, y se pasó à los Austríacos. En el mismo punto, Custine, derrotado en Francfort, volcado sobre el Rin y separado de Maguncia, dejaba à los Prusianos bloquear esta plaza famosa y entablar su sitio; los Piamonteses nos rechazaban en Saorgio, los Españoles nos aportillaban el Pirineo, y en fin las provincias del Oeste, defraudadas de sus clérigos, y puestas en el disparador con el levantamiento de los trescientos mil hombres, acababan de sublevarse en nombre del altar y del trono. En este punto, la Montaña, enconada con la desercion de Dumouriez y con las derrotas padecidas en los Paises-Bajos, en el Rin y en los Alpes, y especialmente con la sublevacion del Oeste, no guardó ya miramiento, arrebató à viva fuerza los jirondinos de la convencion, y rechazó así à cuantos podian hablarle de comedimiento. Este nuevo esceso le acarreó mayores enemigos. Sesenta y siete departamentos de los ochenta y tres se sublevaron contra este gobierno, que tuvo entonces que lidiar con la Europa, la Vendea realista y las tres cuartas partes de la Francia confederada. Por entonces perdímos el campamento de Famars, al valeroso Dampierre, se cerró el bloqueo de Valenciennes, se estrechó à Maguncia, pasaron los Españoles el Tech, y amagaron à Perpiñan; los Vendeanos tomaron à Saumur y sitiaron à Nantes, los federalistas trataron de arrojarse de Lyon, de Marsella, de Burdeos y de Caen sobre Paris.

De todos puntos se podia intentar una marcha forzada sobre la capital, zanjar la revolucion en algunas jornadas, y suspender la civilizacion europea para largo tiempo.

Por dicha se sitiaron plazas, y ya se tiene presente con cuánto teson doblegó la convencion à los departamentos, con solo ma-

nifestar su autoridad, y dispersar los necios que se habian adelantado hasta Vernon; con cuánta felicidad fueron rechazados los Vendeanos en Nantes y atajados en su marcha victoriosa. Pero mientras la convencion triunfaba de los federalistas, sus demás enemigos habian progresado horrorosamente. Tomáronse Valenciennes y Maguncia tras sitios memorables; la guerra del federalismo acarreó dos acontecimientos pavorosos, el sitio de Lyon, y el fementimiento de Tolon; en fin la misma Vendea, aunque ceñida con el Loira, el mar y el Poitú, por la venturosa resistencia de Nantes, acababa de rechazar las columnas de Westermann y de Labaroliere, que habian intentado internarse en su recinto. Jamás la situacion habia sido mas crítica; los coligados no estaban detenidos ya al Norte y al Rin con sitios; Lyon y Tolon ofrecian à los Piamonteses arrimos poderosos; la Vendea aparecia indómita, y ofrecia un apeadero à los Ingleses. Entonces fué cuando la convencion llamó à Paris à los enviados de las juntas primarias, les hizo jurar y defender la constitucion del año III, y acordó con ellas que la Francia entera, hombres y entidades, quedaba à la disposicion del gobierno. Decretóse entonces el levantamiento total por el órden de jeneraciones, y la facultad de requerir cuanto fuese necesario para la guerra; instituyóse entonces el Gran-Libro y el empréstito forzado sobre los pudientes, para sacar de la circulacion parte de los asignados, y verificar la salida à viva fuerza de los bienes nacionales; entonces dos grandes ejércitos se abocaron à la Vendea, la guarnicion de Maguncia se trasladó allí en posta, y se acordó abrasar aquel pais de desdichas trasladando à otra parte su vecindario. En fin entró Carnot en la junta de salvacion pública, y entabló método y combinacion para las operaciones militares.

Habíamos perdido el campamento de César, y Kilmaine, con una retirada feliz, salvara las reliquias del ejército del Norte. Habian ido los Ingleses sobre Dunkerque, y sitiábanlo mientras los Austríacos embestian à Quesnoy. Una hueste se encaminó velozmente à la espalda del duque de York, y si Houchard, que mandaba à la sazon sesenta mil Franceses, se enterara del plan de Carnot y marchara sobre Furnes, no se salvaba un Inglés. En vez de mediar entre el cuerpo de observacion y el de sitio, hizo una marcha recta, y à lo menos acarreó el levantamiento del sitio, dando la batalla venturosa de Hondschoote; pelea que fué nuestra primera victoria, salvó à Dunkerque, defraudó à los Ingleses de todo el fruto de esta guerra, y nos restituyó el júbilo y la esperanza.

Nuevos descalabros trocaron luego este alborozo en mayores sobresaltos. Tomado fué Quesnoy por los Austríacos, el ejército de Houchard, sobrecojido en Menin con un terror pánico, se dispersó; los Prusianos y los Austríacos, sin tropiezo despues de la toma de Maguncia, se adelantaban por ambos vertientes de los Vosges, amenazaban las líneas de Wissemburgo, y nos derrotaron en varios encuentros. Los Lyoneses resistian con teson, los Piamonteses habian recobrado la Saboya, y bajaban hácia Lyon para cojer nuestro ejército entre dos fuegos; Ricardos habia pasado el Tet y traspuesto à Perpiñan, y en fin la division de las tropas del Oeste en dos ejércitos, de la Rochela y de Brest, habia frustrado el éxito del plan de campaña acordado en Saumur el 2 de setiembre. Canclaux, mal sostenido por Rossignol, quedó indefenso en el recinto de la Vendea, y habia cejado hasta Nantes. Nuevos conatos entonces : la dictadura quedó cabal y proclamada con la institucion del gobierno revolucionario; el poderío de la junta de salvacion pública fué adecuado al peligro ; ejecutáronse los alistamientos, y crecieron los ejércitos con la muchedumbre de los quintos; cuajaron los bisoños las guarniciones, y facilitaron la conduccion de la tropa habilitada à la línea, y en fin la convencion mandó à los ejércitos que venciesen en un plazo fijo.

Los arbitrios de que se valió surtieron su efecto inevitable. Los ejércitos del Norte reforzados se concentraron en Lila y en Guisa. Los coligados pasaron à Maubeuge con ánimo de tomarlo durante la campaña; Jourdan, partido de Guisa, trabó con los Austríacos la batalla de Watignies, é hizo levantar el sitio de Maubeuge, como Houchard el de Dunkerque. Los Piamonteses fueron arrojados allende el San-Bernardo por Kellermann; Lyon, anegado con levantamientos inmensos, se tomó por asalto; Ricardos fué rechazado allende el Tet, y en fin los dos ejércitos de la Rochela y de Brest, reunidos bajo un solo caudillo, Lechelle, que dejaba obrar à Kleber, destrozaron à los Vendeanos en Cholet, y les precisaron à pasar desordenadamente el Loira.

Un solo descalabro acibaró el gozo que debian causar tales acontecimientos : perdiéronse las líneas de Wissemburgo, pero la junta de salvacion pública no permitió que se terminara la campaña sin recobrarlas : el jóven Hoche, jeneral del ejército del Mosela, desgraciado, pero valeroso, en Kaiserslautern, fué celebrado aunque vencido. No habiendo podido lastimar à Brunswick, flanqueó à

Wurmser, y desde aquel punto los ejércitos del Rin y del Mosela incorporados rechazaron à los Austríacos mas allá de Wissemburgo, precisaron à Brunswick à seguir el movimiento retrógrado, descercaron á Landau, y acamparon en el Palatinado. Recobróse Tolon por una ocurrencia atinada y un portento de arrojo; en fin los Vendeanos, que se conceptuaban destruidos, pero que en su desesperacion se adelantaban en número de ochenta mil individuos allende el Loira, en pos de un puerto para ponerse en manos de los Ingleses, fueron rechazados de las orillas del Océano y de las del Loira, y aplanados entre estas dos vallas, que jamás acertaron à salvar. Tan solo en el Pirineo quedaran desairadas nuestras armas, pero solo habíamos perdido la línea del Tech, acampando todavía mas adelante de Perpiñan.

Así es que este año grandioso y terrible nos representa à la Europa estrechando la revolucion con todas sus fuerzas, haciéndole purgar sus proezas de 1792, volcando sus ejércitos é internándose por todos los puntos à la vez, y parte de la Francia sublevándose, y añadiendo sus conatos à los de las potencias enemigas. Entonces la revolucion se aira, y hace estallar su enfurecimiento en el 31 de mayo, se acarrea con esta jornada nuevos enemigos, y propende à yacer ante la Europa y las tres cuartas partes de sus provincias rebeladas. Pero luego avasalla à sus enemigos interiores, levanta un millon de hombres à un tiempo, derrota los Ingleses en Hondschoote, queda vencida de nuevo, ahinca luego sus conatos, gana una batalla en Watignies, recobra las líneas de Wissemburgo, arroja à los Piamonteses allende los Alpes, toma á Lyon y à Tolon, acaba de nuevo con los Vendeanos, la primera vez en la Vendea, y la segunda y postrera en la Bretaña. Jamás asomó espectáculo mas grandioso y mas acreedor al pasmo y al remedo de los pueblos. La Francia recobró cuanto habia perdido, escepto Condé, Valenciennes y algunos fuertes en el Rosellon. Las potencias de Europa, al contrario, que juntas todas habian batallado contra una sola, nada alcanzaran, y andaban reconviniéndose mutuamente, desentendiéndose cada cual del desdoro de la campaña. La Francia acababa de organizar sus medios, y habia de aparecer mucho mas formidable el año inmediato.

CAPITULO VI.

Continuacion de la contienda de los hebertistas y de los dantonistas. Camilo Desmoulins publica el «Franciscano antiguo.» La junta promedia entre los dos partidos, y se dedica desde luego á enfrenar à los hebertistas. Carestía en Paris. Informes trascendentales de Robespierre y de Saint-Just. Alboroto intentado por los hebertistas. Arresto y muerte de Ronsin, Vincent, Hebert, Chaumette, Momoro, etc. La junta de salvacion pública impone la misma suerte á los dantonistas. Arresto, causa y suplicio de Danton, Camilo Desmoulins, Philippeaux, Lacroix, Herault-Sechelles, Fabre d'Eglantine, Chabot, etc.

Habia la convencion empezado à ejercer rigores con la faccion alborotadora de los franciscanos y de los ajentes ministeriales. Estaban presos Ronsin y Vincent, pero se desalaban por fuera sus paniaguados. Momoro, en los Franciscanos, y Hebert, en los Jacobinos, estremaban su ahinco para inclinar los revolucionarios acalorados à favor de sus amigos. Hicieron los franciscanos una peticion, y con visos de desacato, preguntaron si queria castigar à Vincent y à Ronsin por haber perseguido denodadamente à Dumouriez, Custine y Brissot; declarando que conceptuaban à entrambos ciudadanos por acendrados patriotas, y que los conservarian siempre por individuos de su sociedad. Los jacobinos acudieron con otra demanda mas comedida, ciñéndose à pedir que se avivase el informe sobre Vincent y Ronsin, para castigarlos, si eran reos, y ponerlos en libertad, siendo inocentes.

La junta de salvacion pública estaba todavía muda, y solo Collot d'Herbois, aunque individuo de la junta y partidario rendido del gobierno, mostró mucha eficacia à favor de Ronsin. Era obvio el motivo, pues la causa de Vincent venia à serle ajena, pero la de Ronsin, enviado à Lyon con él, y además ejecutor de sus disposiciones sangrientas, le era muy inmediata. Collot d'Herbois habia sentado con Ronsin que solo un centenar de Lyoneses eran patriotas, y que se debian estrañar ó sacrificar los demás, atestar el Ró-

dano de cadáveres, estremecer todo el Mediodía con este espectáculo, y traspasar de pavor la ciudad rebelde de Tolon. Estaba preso Ronsin por haber repetido estas espresiones horrorosas en un cartel. Collot d'Herbois, llamado para dar cuenta de su comision, tenia sumo interés en sincerar la conducta de Ronsin para abonar la propia. Llegó en este tiempo una peticion firmada de varios ciudadanos lyoneses que retrataban espantosamente los quebrantos de su pueblo. Espresaban las metralladas alternando con las ejecuciones de la guillotina, un vecindario entero amagado de esterminio, y una ciudad acaudalada y manufacturera demolida, no ya con el pico, sino con las minas. Esta peticion, que cuatro ciudadanos tuvieron el denuedo de firmar, causó dolorosa sensacion à la asamblea, y Collot d'Herbois desalado dió su informe, presentando, en su embriaguez revolucionaria, estas ejecuciones infernales cual se retrataban en su fantasía, esto es, como naturalísimas é indispensables.— «Los Lyoneses, dijo en sustancia, estaban vencidos, pero decian à boca llena que luego se desquitarian, por tanto habia que amedrentar à aquellos rebeldes, todavía indómitos, y con ellos à cuantos intentaban remedarlos; se requeria un ejemplo ejecutivo y pavoroso. El instrumento ordinario de muerte era muy torpe, y el pico demolia pausadamente. La metralla ha barrido la jente, y la mina volcó los edificios; cuantos murieron habian empapado sus manos en sangre de patriotas, y una comision popular los entresacaba con una mirada de flechazo en el tropel de los prisioneros, y no hay por qué condolerse de ninguno de los ajusticiados.» Collot d'Herbois obligó à la convencion atónita à aprobar cuanto à él le parecia tan natural, y acudió luego à los Jacobinos para lamentarse con ellos del trabajo que le habia costado el sincerar su conducta, y de la compasion que infundian los Lyoneses. «Esta madrugada he tenido, dice, que valerme de circunloquios para que se aprobase la muerte de los traidores. Lloraban preguntando «si habian muerto al tiro»... ¡Al tiro los contrarevolucionarios! ¿Por ventura murió así Chalier?.. (*) Os estais informando, decia yo á la convencion, cómo han muerto aquellos hombres salpicados con la sangre de nuestros hermanos. Si viviesen, no estariais aquí deliberando... Pues ni aun entendian este lenguaje, no podian oir hablar de muertos, y no acertaban à precaverse de sus almas». Pasando

(*) Este montañés, condenado por los federalistas lyoneses, estuvo mal ejecutado por el verdugo, quien tuvo que repetir hasta el tercer golpe para derribarle la cabeza.

luego à Ronsin, dijo Collot d'Herbois que aquel jeneral habia terciado en todos los peligros de los patriotas del Mediodía, que habia arrostrado con él los puñales de los aristócratas, y estremado todo su teson para que se acatase la autoridad de la república; que en aquel punto los aristócratas todos se complacian con su arresto, manantial para ellos de esperanza.—«¿Qué es lo que ha hecho Ronsin para que lo arresten? añadia Collot. Lo ando por ahí preguntando à todos, nadie me contesta.»—El dia siguiente, en la sesion del 3 nevoso, Collot, insistiendo en su intento, vino à anunciar la muerte del patriota Gaillard, el cual viendo que la convencion desaprobaba al parecer el denuedo manifestado en Lyon, se habia dado la muerte.—«¿Os engañé por ventura, esclamó Collot, al deciros que los patriotas iban à quedar reducidos à la desesperacion, si menguaba aquí el espíritu público?»

Así es que mientras dos caudillos de los ultra-revolucionarios yacian emparedados, sus parciales se desvivian por ellos. Las sociedades y la convencion estaban acosadas de demandas por ellos, y tambien un individuo de la junta de salvacion pública, comprometido en su sistema sanguinario, los defendia para resguardarse à sí mismo. Sus contrarios empezaban por su parte à echar el resto en sus impugnaciones. Philippeaux, vuelto de la Vendea, y airado contra el estado mayor de Saumur, se empeñaba en que la junta de salvacion pública terciase en su saña, persiguiese á Rossignol, à Ronsin y otros, y echase de ver una traicion en el malogro del plan de campaña del 2 de setiembre. Ya se ha visto cómo menudeaban recíprocamente los cargos, las equivocaciones y antipatías en la conducta de aquella guerra. Rossignol y el estado mayor de Saumur se habian mostrado enojadizos, mas no traidores; la junta, al desaprobarlos, no podia imponerles una condena que fuera injusta y anti-política. Robespierre apetecia que se esplicasen amistosamente, pero Philippeaux, mal sufrido, escribió un folleto avinagrado, en donde refirió toda la guerra, y barajó desaciertos y verdades sin término. Este escrito no podia menos de causar suma sensacion, porque se estrellaba con los revolucionarios de mayor bulto, tildándolos con traiciones horrorosas. «¿Qué es lo que ha hecho Ronsin? decia Philippeaux; maquinar mucho, robar mas, y mentir mucho mas. Su espedicion única es la del 18 de setiembre, en que hizo que tres mil forajidos abrumasen à cuarenta y cinco mil patriotas; es aquella jornada aciaga de Coron, donde,

despues de engargantar nuestra artillería en un desfiladero, encabezando una columna de seis leguas de costado, se metió en el escondite de una caballeriza como un pícaro cobarde, à dos leguas del campo de batalla, en donde los propios cañones estaban fulminando contra nuestros infelices compañeros.» Las espresiones no eran muy comedidas, como se está viendo, en el escrito de Philippeaux; pero por desgracia, la junta de salvacion pública, à la cual debia procurar poner de su parte, no estaba tratada con mayor miramiento. Philippeaux, enfadado de ver que no contajiaba à los demás con su furia, achacaba al parecer à la junta parte de las culpas que vituperaba en Ronsin, y aun se valia de esta espresion ofensiva: «Si solamente habeis sido engañados.»

El escrito, como acabamos de decirlo, causó grandísima sensacion. Camilo Desmoulins no conocia à Philippeaux, pero pagado de ver que en la Vendea los ultra-revolucionarios cometian tantos desbarros como en Paris, y no figurándose que la ira cegara à Philippeaux hasta el estremo de hacerle trocar los yerros en traiciones, leyó con afan su folleto, se prendó de su denuedo, y llevado de su naturalidad, andaba diciendo á todos: «¿Habeis leido à Philippeaux?.. Leed à Philippeaux...» — Todos, segun él, debian leer aquel escrito, que demostraba los trances de la república, por el desacierto de los revolucionarios descerrajados.

Camilo y Danton se querian, y entrambos opinaban que, salvada ya la república con sus últimas victorias, era ya hora de terminar crueldades en lo sucesivo inservibles; que dilatándolas mas tiempo, iban à comprometer la revolucion, y que únicamente los estranjeros podian desear é influir para que continuasen. Ideó Camilo un nuevo periódico intitulado el «Franciscano antiguo,» pues Danton y él eran los decanos de aquella sociedad famosa. Asestó sus pliegos contra todos los revolucionarios nuevos, que intentaban volcar y propasar à los antiguos y acendrados. Este escritor, el mas descollante de la revolucion, y uno de los mas naturales y mas agudos de nuestro idioma, nunca habia salpicado sus planas con tanto chiste, orijinalidad, y aun elocuencia. Así empezaba su número primero (15 escarchero): «¡O Pitt! ¡yo tributo rendimiento à tu númen! ¿Quiénes son los recien desembarcados de Francia en Inglaterra que te apuntan consejos tan atinados y arbitrios tan certeros para acabar con mi patria? Te has hecho cargo de que te estrellabas una y mil veces con ella si no te aferrases en volcar en

la opinion pública à los que llevan cinco años de desbaratar tus proyectos. Has comprendido que debias vencer à los que siempre te vencieron, y debias tildar de cohecho puntualmente à los que no habias podido cohechar, y de tibieza à los que nunca entibiaste. He abierto los ojos, añadía Desmoulins, he visto el número de nuestros enemigos: su muchedumbre me desencaja del cuartel de los inválidos, y me arroja à la pelea. Hay que escribir, y arrinconar el pausado lápiz de la revolucion, que delineaba yo junto à la lumbre, para reasir la pluma veloz y resollante del periodista, y seguir à escape el raudal revolucionario. Diputado consultante con quien nadie consultaba desde el 3 de junio, salgo de mi escritorio y de mi silla de brazos, en donde he ido siguiendo muy à la menuda el nuevo sistema de nuestros enemigos.»

Camilo encumbraba à Robespierre hasta las nubes, por su conducta en los Jacobinos, por las finezas jenerosas que habia dispensado à los antiguos patriotas, y se espresaba del modo siguiente en punto al culto y à las proscripciones:

«Se requiere, decia, para el entendimiento humano doliente un lecho cuajado con los sueños de la supersticion; y al ver las festividades, las procesiones que se instituyen, las aras y los santos sepulcros que se fabrican, me parece que no se hace mas que mudar la cama al enfermo, cercenándole solo el almohadon de la esperanza de otra vida..... En cuanto à mí, en los propios términos me espresé el mismo dia en que ví à Gobel venir à la barandilla, con sus dos cruces llevadas en triunfo delante del filósofo «Anaxágoras» (*). Si no fuese un delito de lesa-Montaña el recelar de un presidente de los jacobinos y un procurador del concejo, como Clootz y Chaumette, me inclinaria à creer que à esta noticia de Barrere, «la Vendea ya no existe,» el rey de Prusia ha esclamado amargamente: «Con que todos nuestros esfuerzos van à estrellarse contra la república, ya que el centro de la Vendea queda destruido;» y que el mañoso Luchesini, para consolarle, le habrá dicho: «Héroe invencible, estoy ideando un recurso; dejadlo à mi cargo. Pagaré algunos clérigos para que se declaren charlatanes, é inflamaré el patriotismo de los otros para que se declaren igualmente. Hay en Paris dos patriotas famosos muy adecuados por su injenio, sus estremos y su sistema relijioso bien sabido, à favorecernos é impresionarse de nuestros encargos. Afánense pues nuestros amigos en Francia

(*) Nombre que habia tomado Chaumette.

con los dos filosofazos Anacársis y Anaxágoras, para poner en movimiento sus destemples, y deslumbrar su patriotismo con la conquista riquísima de las sacristías.» (Supongo que Chaumette no estará quejoso de este número, pues el marqués de Luchesini no puede hablar de él en términos mas honoríficos.) «Anacársis y Anaxágoras creerán empujar la rueda de la razon, y será la de la contrarevolucion; luego, en vez de dejar morir en Francia de vejez y de ayunos al papismo pronto à dar las boqueadas, os prometo que la persecucion y la intolerancia contra los que quisieran misear y ser enmisados enviará cuadrillas de reclutas à Lescure y à Larochejacquelein.»

Camilo, refiriendo luego lo que se practicaba con los emperadores romanos, y aparentando meramente traducir à Tácito, hizo una alusion pavorosa à la ley de los sospechosos. «Antiguamente, dice, habia en Roma, segun Tácito, una ley que especificaba los delitos de estado y de lesa-majestad, é imponia pena capital. Estos delitos de lesa-majestad se reducian, en tiempo de la república, à cuatro clases: si se habia abandonado el ejército en pais enemigo; si se habian suscitado sediciones; si los individuos de los cuerpos constituidos habian administrado mal los negocios ó los caudales públicos; si la majestad del pueblo romano habia quedado desdorada. Los emperadores no necesitaron mas que algunos artículos añadidos à esta ley para abarcar ciudadanos y ciudades enteras en la proscripcion. Augusto fué el primero que dió ensanches à esta ley de lesa-majestad, comprendiendo los escritos que llamaba contrarevolucionarios. Estos ensanches luego no tuvieron término, pues apenas el habla quedó convertida en delito de estado, solo quedaba un pasito para acriminar como delitos meras miradas, el desconsuelo, la compasion, los suspiros, y aun el mismo silencio.

«En breve fué delito de lesa-majestad ó de contrarevolucion en el pueblo de Nursia el haber alzado un monumento à sus habitantes muertos en el sitio de Módena; delito de contrarevolucion en Libon Druso el haber preguntado à los chalanes de buena ventura si atesoraría con el tiempo grandes caudales; delito de contrarevolucion en el periodista Cremucio Cordo el haber llamado à Bruto y à Casio los últimos Romanos; delito de contrarevolucion en uno de los descendientes de Casio el tener en su casa un retrato del abuelo; delito de contrarevolucion en Marco Escauro el haber compuesto una trajedia donde habia cierto verso que podia tener dos

sentidos; delito de contrarevolucion en Torcuato Silano el ser gastador; delito de contrarevolucion en Petreyo el haber soñado con Claudio; delito de contrarevolucion en Pomponio el que un amigo de Seyano habia venido en busca de asilo à una de sus quintas; delito de contrarevolucion el lamentarse de las desdichas del tiempo, por cuanto era sindicar al gobierno, y delito de contrarevolucion el no invocar el númen celeste de Calígula. Por haberlo desatendido, muchos ciudadanos fueron sajados à azotazos, condenados à las minas ó à las fieras, y aun algunos fueron aserrados por enmedio del cuerpo. Delito en fin de contrarevolucion en la madre del cónsul Fusio Jermino por haber llorado la muerte aciaga de su hijo.

«Habia que mostrarse gozoso por la muerte del amigo ú del padre, sopena de fenecer como ellos.

«Todo causaba susto al tirano. Si un ciudadano estaba bienquisto, ya era un competidor del príncipe, que podia suscitar una guerra civil. STUDIA CIVIUM IN SE VERTERET, ET SI MULTI IDEM AUDEANT, BELLUM ESSE. Sospechoso.

«Si se desentendian de la popularidad, estándose en el rincon de la lumbre, aquella vida retirada ya os hacia reparable, y os hacia sujeto visible. QUANTÒ METU OCCULTIOR, TANTÒ PLUS FAMA ADEPTUS. Sospechoso.

«Si erais rico, mediaba peligro inminente de que cohechaseis al pueblo con vuestras dádivas. AURI VIM ATQUE OPES PLAUTI, PRINCIPI INFENSAS. Sospechoso.

«Si erais pobre, ¿cómo es eso, emperador invicto? hay que celarle dia y noche à ese hombre; pues el que nadie tiene es de suyo traviesísimo. SYLLAM INOPEM, UNDE PRÆCIPUAM AUDACIAM. Sospechoso.

«Si erais de un jenio adusto y melancólico, y andabais desaseado, lo que os desconsolaba era la prosperidad pública. HOMINEM PUBLICIS BONIS MOESTUM. Sospechoso.»

Iba así Camilo Desmoulins enhilando largamente sospechosos, y delineaba un cuadro horroroso de lo que estaba pasando en Paris, trasunto de lo que se hiciera en Roma. Si la carta de Philippeaux impresionó en tanto grado, el periódico de Camilo Desmoulins le sobrepujó en gran manera. Vendiéronse cincuenta mil ejemplares de cada número en pocos dias. Pedíanlos las provincias redobladamente, traspasábanselos à hurtadillas los presos, y leian con em-

beleso y asomos de esperanza à un revolucionario que antes les fuera tan odioso. Camilo, sin apetecer que se abriesen las cárceles y cejase la revolucion, pedia la institucion de una junta llamada de «clemencia,» que hiciese reseña de los presos, soltase à los encarcelados sin causa suficiente, y estancase la sangre donde ya habia corrido demasiado.

Los escritos de Philippeaux y de Desmoulins enfurecieron à los revolucionarios vehementes, y quedaron desaprobados en los Jacobinos. Hebert los delató con desenfreno, y propuso que se borrase à los autores de la lista de la sociedad, y apuntó además, como cómplices de Camilo Desmoulins y Philippeaux, à Bourdon del Oise y Fabre d'Eglantine. Ya se ha visto que Bourdon, concertado con Goupilleau, habia querido deponer à Rossignol; se habia indispuesto despues con el estado mayor de Saumur, no habia cesado de zaherir al partido de Ronsin, y esto le asoció con Philippeaux. Fabre estaba tildado de partícipe en la falsía del decreto, y propendian à creerlo, aunque sincerado por Chabot. Hecho cargo de su situacion arriesgada, y zozobrando con un sistema de escesivo rigor, habia hablado dos ó tres veces por el rumbo de la induljencia, y estrellándose con los ultra-revolucionarios, se le habia tachado de embrollon por el «Padre Duchesne.» Los jacobinos, sin conformarse con las proposiciones violentas de Hebert, acordaron que los cuatro viniesen à la barandilla de la sociedad para dar esplicaciones acerca de sus escritos y de sus arengas en la convencion.

La sesion en que debian comparecer acarreó gran concurrencia, batallando reñidamente por los asientos, y hubo quien lo pagó veinte y cinco francos. Era en efecto la causa de dos clases nuevas de patriotas, que iba à sentenciarse ante el juzgado todo poderoso de los jacobinos. Philippeaux, aunque no era individuo, acudió à la barandilla, y repitió los cargos que ya tenia espresados, bien en su correspondencia con la junta de salvacion pública, ó bien en su folleto. No guardó mas miramiento con los sujetos que antes, y desmintió dos ó tres veces formal é insultantemente à Hebert. Estas personalidades tan osadas empezaban à conmover la sociedad, y se aborrascaba la sesion, cuando Danton manifestó que para sentenciar un punto tan trascendental, se requeria suma atencion y sosiego; que no tenia ninguna opinion anterior acerca de Philippeaux ni de la verdad de sus cargos, y que le habia dicho à él mismo: «Tendrás que probar tus estremos, ó llevas la cabeza

al cadalso;» que quizás los acontecimientos solos eran los reos, pero que en todo caso, se debia escuchar y hacerse cargo del negocio.

Robespierre, hablando tras Danton, dijo que no habia leido el folleto de Philippeaux, pero le constaba que en él se hacia à la junta responsable de la pérdida de treinta mil hombres; que la junta no tenia lugar para meterse à contestar à libelos y guerrear de pluma; que sin embargo no conceptuaba à Philippeaux reo de intentos perniciosos, sino arrollado por pasiones. «No aspiro, dice Robespierre, à que enmudezca la conciencia de mi compañero, pero que se escudriñe y vea sino encierra en sí mismo engreimiento y pasioncillas. Lo considero arrebatado por el patriotismo no menos que por el enojo, pero reflexione y se haga cargo de la contienda que se va empeñando, y verá que los moderados van à tomar su defensa, que los aristócratas se escuadronarán con él, que la misma convencion se desavendrá, que descollará quizás un partido de oposicion, lo cual seria pavoroso, y renovaria el trance de que se ha salido, y las conspiraciones tan trabajosas de desbaratar.» Brinda pues à Philippeaux à desentrañar sus motivos reservados, y à los jacobinos para que le escuchen con silencio.

Cuerda y adecuada era el habla de Robespierre, escepto el desentono, que era siempre hueco y adoctorado, especialmente desde que imperaban los jacobinos. Philippeaux sigue, se engolfa en las mismas personalidades, y ocasiona el propio alboroto. Danton impaciente esclama que se cercenen tales contiendas, y se nombre una comision para escudriñar los autos. Couthon dice que aun antes de acudir à esta disposicion, hay que cerciorarse de si lo merece el empeño, y si es ó no meramente indisposicion de hombre à hombre, y propone que se pregunte à Philippeaux si, en su alma y en su conciencia, cree que haya habido traicion. Encárase entonces con Philippeaux. —¿Crees, le dice, en tu alma y conciencia, que ha habido traicion?—Sí, responde torpemente Philippeaux. — En tal caso, replica Couthon, no cabe arbitrio, hay que nombrar una comision, que oiga à acusadores y reos, y dé su informe à la sociedad. — Adóptase la proposicion, y queda encargada la comision de escudriñar, además de los cargos de Philippeaux, la conducta de Bourdon del Oise, de Fabre d'Eglantine y de Camilo Desmoulins.

Era el 3 nevoso (28 de diciembre), y en este intermedio, continuaron sin interrupcion la guerra de pluma y los cargos y descar-

gos. Escluyeron los franciscanos à Camilo Desmoulins de su sociedad, estendieron nuevas peticiones por Vincent y Ronsin, y acudieron à franquearlas à los jacobinos, amonestando à estos para que las recomendasen à la convencion. Aquel sinnúmero de aventureros y de malvados, con que se habia cuajado el ejército revolucionario, se estaban apareciendo por donde quiera, por paseos, fondas, cafés, teatros, con charreteras de lana y bigotes, alborotando mucho por Ronsin su jeneral, y Vincent su ministro. Apellidábanlos los de las «charreteras,» muy temidos en Paris. Con la ley que vedaba à las secciones juntarse mas de dos veces por semana, se habian trocado en sociedades populares muy alborotadas. Habia hasta dos de estas sociedades por seccion, y allí era donde todos los partidos empeñados en causar un alboroto encaminaban sus ajentes. Los de las «charreteras» acudian puntualísimamente, y merced à su ahinco, solian estar todas amotinadas.

Robespierre, siempre aferrado en los Jacobinos, hizo rechazar la demanda de los franciscanos, y además revocó la hermandad de todas las sociedades populares planteadas desde el 31 de mayo. Estos eran actos de pujanza cuerda y laudable, pero la junta, en medio de sus conatos para enfrenar la faccion turbulenta, debia dedicarse tambien à desvanecer toda apariencia de flojedad y de moderacion. Para conservar su popularidad y su brio, tenia que estremar tambien el propio rigor contra la faccion opuesta. Por tanto, el 5 nevoso (25 de diciembre), Robespierre quedó encargado de dar un nuevo informe sobre los principios del gobierno revolucionario, y proponer providencias tremendas contra algunos presos esclarecidos. Aferrándose siempre por política y por equivocacion en descargar todos los trastornos sobre la supuesta faccion estranjera, le achacó al mismo tiempo los desbarros de los comedidos y de los descerrajados. «Las cortes estranjeras han descargado, dice, sobre la Francia los forajidos mañosos que están asalariando. Deliberan en nuestras administraciones, se internan en nuestras juntas de seccion y en nuestras sociedades; han residido hasta en la representacion nacional, y encaminan ahora y siempre la contrarevolucion por el idéntico rumbo. Revolotean en torno nuestro, atisban nuestros secretos, halagan à nuestras pasiones, y tratan de influirnos hasta en nuestras opiniones.» Robespierre, siguiendo este cuadro, los apunta disparándose una vez hasta lo sumo, y otras hasta lo ínfimo, escitando en Paris la

persecucion de los cultos, y en la Vendea la contraposicion al fanatismo; sacrificando à Lepelletier y à Marat, y acuadrillándose luego para endiosarlos, à fin de ridiculizarlos y menospreciarlos; derramando ú escaseando el pan al pueblo, haciendo abundar ó desaparecer el dinero, y aprovechándose en fin de todas las novedades para asestarlas contra la revolucion y la Francia. Despues de ir sumando así la jeneralidad de nuestros quebrantos, Robespierre, ajeno de hacerse cargo de que eran inevitables, los achacaba al estranjero, quien sin duda podia complacerse, pero que, para producirlos, se atenia à los achaques de la naturaleza humana, sin poderlos suplir con sus tramas. Robespierre, conceptuando cómplices de la coligacion à todos los presos esclarecidos y encarcelados todavía, propuso enviarlos al golpe al tribunal revolucionario; así es que Dietrick, correjidor de Estrasburgo, Custine hijo, Biron, y todos los oficiales amigos de Dumouriez, de Custine y de Houchard, debieron quedar sentenciados inmediatamente. Era además por supuesto el decreto de la convencion, para que estas víctimas quedasen sacrificadas por el tribunal revolucionario, pero este esmero en atropellar su ejecucion era prueba de que no flaqueaba el gobierno; y Robespierre propuso además aumentar de un tercio las recompensas territoriales prometidas à los defensores de la patria.

Tras este informe, quedó Barrere encargado de dar otro sobre los arrestos que se decia ir siempre en aumento, y proponia medios para comprobar los motivos de su ejecucion. El objeto de este informe era contestar disimuladamente al « Franciscano antiguo » de Camilo Desmoulins, y à su propuesta de una junta de « clemencia. » Barrere trató con despego las « traducciones de los oradores antiguos, » y propuso sin embargo nombrar una comision para comprobar los arrestos; lo que se daba la mano con la junta de clemencia ideada por Camilo. Sin embargo, por los reparos de algunos vocales, la convencion creyó deber atenerse à sus decretos anteriores, que precisaban á las juntas revolucionarias à remitir à la de seguridad jeneral los motivos de los arrestos, y permitian à los encarcelados acudir à esta última junta.

Así el gobierno iba siguiendo su rumbo entre los dos partidos que asomaban, propendiendo reservadamente al partido moderado, pero siempre receloso de que se echase de ver esta inclinacion. En este tiempo, Camilo publicó un número mas desaforado todavía

que los anteriores, y dedicado à los jacobinos. Lo intituló: «Mi Defensa,» y era la mas osada y mas terrible descarga contra sus antagonistas.

Acerca de su barreadura en los Franciscanos, decia: «Perdonad, hermanos y amigos, si me atrevo à tremolar todavía el dictado de franciscano antiguo, tras el acuerdo de la sociedad que me veda el engalanarme con este nombre; pero à la verdad es un desacato tan inaudito el de unos nietecillos rebelándose contra su abuelo, y prohibiéndole que lleve su nombre, que voy à abogar en esta causa contra tales niños ingratos. Anhelo saber à quién debe quedarle el nombre, ó al papá mayor, ó à los niños que le han prohijado, de los cuales ni conoció ni conoce la décima parte, y que intentan desalojarlo de su casa solariega.»

Esplica luego sus opiniones. «El bajel de la república navega entre dos escollos, el peñasco de la exajeracion y el bajío del moderantismo. Viendo que el Padre Duchesne y casi todos los centinelas patriotas estaban sobre el alcázar con su anteojo, embullados únicamente en vocear: ¡Cuidado, que tropezais en el moderantismo! bien se requeria que yo, franciscano antiguo y decano de los jacobinos, me encargase de desempeñar la guardia trabajosa, la cual ninguno de nuestros jóvenes apetecia, temerosos de malquistarse por el encargo de vocear: ¡cuidado, que tocais en la exajeracion! y estas son las albricias que me deben todos mis compañeros en la convencion, las de haber espuesto mi popularidad misma, para salvar el bajel donde mi cargamento no era mas abultado que el suyo.»

Sincérase luego de la espresion que tanto le han vituperado: «Vicente Pitt gobierna à Jorje Bouchotte.» «Llamé, dice, en otro tiempo, en 1787, à Luis XVI, mi rey sandio y macizo, sin quedar encastillado por esto. ¿Seria mayor señoron Bouchotte?»

Va luego haciendo reseña de sus contrarios; dice à Collot d'Herbois que si, él Desmoulins, tiene su Dillon, tambien él, Collot, tiene su Brunet y su Proli, à quienes ha defendido. Dice à Barrere: «Nadie se reconoce en la Montaña; si fuese un franciscano antiguo como yo, un patriota «rectilíneo,» Billaud Varennes por ejemplo, quien me hubiese descargado un coscorron tan tremendo, «sustinuissem utique;» y hubiera dicho: Es el revés del desaforado San Pablo al manso San Pedro que ha pecado; pero ¡tú, queridí

simo Barrere, tú, padrino venturoso de Pamela (*)! ¡ tú , el presidente de los fuldenses, que propusiste la junta de los doce! ¡tú, que, el 2 de junio, pusiste en deliberacion en la junta de salvacion pública si se prenderia ó no à Danton! ¡tú, de quien pudiera yo cacarear otros muchos deslices, si quisiese meter la mano en el « talego ramplon » (**), que tú te conviertas de repente en un « puja-Robespierre », y que tú me reconvengas tan à secas!

« Todo esto no es mas que una camorrilla casera, añade Camilo, con mis amigos los patriotas Collot y Barrere, pero luego me llega la vez, y voy á estar «desaforadamente colérico» (***) contra el Padre Duchesne, que me llama un menguado tramoyista, un mentecatuelo propio para la guillotina, un conspirador que intenta abrir las cárceles para hacer una nueva Vendea, un adormecedor pagado por Pitt, un pollinejo orejudo. ESPERA, HEBERT, ALLA VOY AL PUNTO. Ahora no voy à embestirte con desvergüenzas torpes, sino con hechos. »

Entonces Camilo, zaherido por Hebert de haberse casado con una mujer rica, y de comer con aristócratas, va historiando su casamiento, que le valia cuatro mil francos de renta, y delinéa el cuadro de su vida sencilla, modesta y perezosa. Pasando luego à Hebert, recuerda su oficio antiguo de repartidor de « contra-señas, » sus robos que le habian hecho arrojar del teatro, su fortunon repentino y sabido, y lo cuaja de justísima afrenta. Refiere y prueba que Bouchotte habia dado à Hebert, del ramo de guerra, al pronto ciento y veinte mil francos, despues diez mil, y luego sesenta mil, por los ejemplares del « Padre Duchesne » repartidos à los ejércitos; que estos ejemplares no valian mas que diez y seis mil francos, y por consiguiente que todo lo restante se lo habia robado à la nacion.

« ¡ Doscientos mil francos, esclama Camilo, à ese pobrísimo descamisado Hebert, por sostener las propuestas de Proli y de Clootz! ¡ Doscientos mil francos por calumniar à Danton, à Lindet, Cambon, Thuriot, Lacroix, Philippeaux, Bourdon del Oise, Barras, Freron, d'Eglantine, Legendre, Camilo Desmoulins, y à casi todos los comisarios de la convencion! ¡ Por anegar la Francia con sus escritos, tan adecuados para labrar el entendimiento y el co-

(*) Alusion á la comedia de « Pamela », cuya representacion se habia prohibido.

(**) Barrere se llamaba « talego ramplon », cuando era noble.

(***) Espresion de los ciegos vendiendo los pliegos del « Padre Duchesne », gritando por las calles: « Está desaforadamente colérico el Padre Duchesne. »

razon, doscientos mil francos de Bouchotte!.. ¡Estrañarémos tras esto la esclamacion filial de Hebert en la sesion de los jacobinos: «¡Atreverse à zaherir à Bouchotte! ¡Bouchotte, que ha puesto al frente de los ejércitos jenerales descamisados! ¡Bouchotte, un patriota tan acendrado!» Me pasmo de que, en el enajenamiento de su gratitud, el Padre Duchesne no haya esclamado: ¡Bouchotte que me ha dado doscientos mil francos desde el mes de junio!

«Me hablas, añade Camilo, de mis tertulias: pero ¿no es bien sabido que con el íntimo de Dumouriez, el banquero Kock, con la mujer Rochechouart, ajente de los emigrados, va el gran patriota Hebert, despues de haber calumniado en su periódico à los sujetos mas esclarecidos de la república, rebosando de alborozo él y su Santiaguilla, à pasar los dias apacibles del estío al campo, empinar el vino de Pitt, y echar bríndis à la ruina de las reputaciones de los fundadores de la libertad?»

Vitupera luego Camilo à Hebert el lenguaje de su periódico: «¿No sabes, Hebert, que cuando los tiranos de Europa tratan de persuadir à sus esclavos que la Francia yace encapotada con las tinieblas de la barbarie, y que Paris, aquel pueblo tan decantado por su cortesanía y su finura, está poblado de vándalos; no sabes, desventurado, que embuten en sus gacetas jirones de tus pliegos? como si el pueblo fuese tan idiota como tú intentas hacerlo creer à Mr. Pitt; como si no se le pudiese hablar sino en lenguaje tan zafio; como si fuera ese el estilo de la convencion y de la junta de salvacion pública; como si tus suciedades fuesen las de la nacion, y como si un albañal de Paris fuese el Sena.»

Táchale luego Camilo de haber pujado con sus números al escandaloso culto de la razon, y despues esclama: «¡Así este vil incensador paniaguado de los doscientos mil francos será quien me vitupere los cuatro mil de renta de mi mujer! ¡Este amigo íntimo de Kock, Rochechouart, y de una turba de estafadores, me vituperará mis tertulias; este escritor delirante ó alevoso me tildará mis escritos de aristocráticos, el mismo, cuyos pliegos demostraré que son el embeleso de Coblenza, y la única esperanza de Pitt! ¡Este hombre borrado de la lista de los arrastrasillas del teatro, por robos, hará borrar de la lista de los jacobinos, por sus opiniones, à diputados fundadores inmortales de la república! ¡este escritor de zaguan será el entonador de la opinion y el mentor del pueblo francés!

« Déjense, añade Camilo, de arredrarme con los sustos de mi arresto, que andan derramando por ahí. Sabemos que hay malvados quienes premeditan un 31 de mayo contra los prohombres de la Montaña... ¡Compañeros! os diré como Bruto y Ciceron: ¡Tememos sobrado à la muerte, al destierro y à la pobreza! NIMIUM TIMEMUS MORTEM ET EXILIUM ET PAUPERTATEM... ¡Cómo! ¿cuándo, todos los dias, mas de un millon de Franceses arrostran los reductos enriscados de baterías matadoras, y vuelan de victoria en victoria, nosotros, diputados en la convencion, que nunca podemos caer como los soldados en la lobreguez de la noche traspasados lastimosamente y sin testigos de su denuedo; nosotros, cuya muerte padecida por la libertad no puede menos de ser esclarecida, aparatosa y recibida ante la nacion entera, ante la Europa y la posteridad, serémos mas cobardes que nuestros soldados? ¿temerémos esponernos à arrostrar à Bouchotte? ¿no nos atreverémos à contrastar el coleron del « Padre Duchesne, » para alcanzar tambien la victoria que el pueblo espera de nuestras manos, la victoria sobre los ultra-revolucionarios, como sobre los contra-revolucionarios; la victoria sobre todos los tramoyones, todos los pícaros, todos los ambiciosos, todos los enemigos del bien público?

« ¿Creerán que aun en el cadalso, à impulsos de aquel arranque entrañable con que me desalo por mi patria y la república, coronado con el aprecio y los duelos de todos los verdaderos republicanos, querria yo trocar mi suplicio por el fortunon de ese desventurado Hebert, que, en su periódico, arroja à la desesperacion y à la rebeldía à veinte clases de ciudadanos; quien, para desentenderse de sus remordimientos y de sus calumnias, tiene que ajenciarse otra embriaguez mas rematada que la del vino, y que lamer la sangre al pié de la guillotina? ¿Qué es pues el cadalso para un patriota sino el piedestal de los Sidneys y de los Juan de With? ¿Qué es pues, en tiempo de guerra donde he tenido mis dos hermanos acuchillados por la libertad, qué es la guillotina, sino un sablazo, y el mas esclarecido de todos, para un diputado víctima de su denuedo y de su republicanismo? »

Estas pájinas darán cierto concepto acerca de las costumbres de aquella era. El desenfreno, la aspereza y la elocuencia de Roma y de Aténas habian resucitado entre nosotros con la libertad popular.

Este nuevo número de Camilo Desmoulins causó todavía mayor

alboroto que los anteriores, y Hebert no cesó de estarle delatando en los Jacobinos, y de pedir el informe de la comision. El 16 nevoso, en fin, Collot d'Herbois tomó la voz para dar el informe, y la concurrencia fué tan crecida como el dia en que se entabló la discusion, vendiéndose los asientos igualmente caros. Collot manifestó mas imparcialidad de la que era de esperar de un amigo de Ronsin. Vituperó à Philippeaux el inculcar à la junta de salvacion pública en sus acusaciones, el manifestar su ánimo propenso à sujetos sospechosos, el elojiar à Biron y ultrajar à Rossignol, y en fin el espresar puntualmente las idénticas preferencias que los aristócratas. Tambien le hizo un cargo, que en las circunstancias era trascendental, à saber, el cercenar en su postrer escrito las acusaciones hechas contra el jeneral Fabre-Fond, hermano de Fabre d'Eglantine. Philippeaux, con efecto, que no conocia ni à Fabre ni à Camilo, habia delatado al hermano del primero, creyéndolo delincuente por la Vendea. En relacion ahora con Fabre, y acusado igualmente, habia quitado por un miramiento muy natural los cargos relativos al hermano. Esto mismo demostraba que se habian inclinado aisladamente y sin conocerse à proceder como lo habian hecho sin formar realmente un bando; pero el espíritu de partido opinó diversamente, y Collot insinuó que habia una trama recóndita y un convenio entre los notados de moderantismo. Fué à parar à lo pasado, y vituperó à Philippeaux sus votos sobre Luis XVI y sobre Marat. Trató mucho mas favorablemente à Camilo, retratándolo como fino patriota, descarriado por tertulias perniciosas, y al cual se debia indultar, amonestándole sin embargo à irse à la mano en tales travesurillas. Pidió pues la esclusion de Philippeaux y la mera reconvencion de Camilo.

En aquel punto, Camilo, presente en la sesion, envia una carta al presidente, declarando que su defensa se halla estampada en el último número, y pidiendo que tenga à bien la sociedad oir el contenido. A esta proposicion, Hebert, que se estremecia con la lectura del periódico, donde salian à luz las indecencias de su vida, toma la voz, y esclama que han intentado enmarañar la discusion calumniándole, y que, para desviar la atencion, se le achaca haber robado à la tesorería, lo que es una falsedad atroz... —Aquí traigo los documentos en la mano, esclama Camilo. —Estas palabras causan sumo alboroto. Robespierre menor dice entonces que deben orillar las discusiones personales; que la sociedad no se

junta para el resguardo de las honras, y que si Hebert ha robado, nada le importa à ella; que los que tengan reconvenciones que hacerse no deben interrumpir la discusion jeneral... — A estas espresiones poco satisfactorias, clama Hebert: Nada me remuerde la conciencia. —Los trastornos de los departamentos, insiste Robespierre menor, son obra tuya, pues tú has contribuido à ocasionarlos estrellándote con la libertad de los cultos. —Enmudece Hebert à esta reconvencion, y Robespierre mayor, tomando la voz mas comedidamente que su hermano, sin favorecer tampoco à Hebert, dice que Collot ha presentado la cuestion bajo su verdadero aspecto, que un incidente incómodo habia alterado el señorío de la discusion, que todos andaban desacertados, así Hebert como sus contrincantes. « Lo que voy à decir, añade, no se personaliza con nadie, pero es muy desairada la queja de un calumniador contra la calumnia. No hay que lamentarse de las sinrazones, cuando se ha juzgado à los demás con liviandad, atropellamiento y desenfreno. Que cada cual acuda à su conciencia, y se vaya aplicando estas reflexiones. Habia querido desviar la discusion actual, apeteciendo que en coloquios particulares y en conferencias amistosas, cada cual se esplicase y reconociese sus yerros, pues entonces hubieran podido entenderse y escusar este escándalo. Pero nada de eso, los folletos han volado desde la madrugada siguiente, y se han empeñado en dar un estallido. Ahora, lo que nos importa en todas estas contiendas personales no es el saber si han terciado por todas partes pasiones é injusticias, sino si las acusaciones asestadas por Philippeaux contra los sujetos encargados de una guerra importantísima están fundadas. Esto es lo que se debe despejar por el interés, no de los individuos, sino de la república. »

Opinaba Robespierre con efecto que las embestidas de Camilo contra Hebert eran inservibles para la discusion, pues constaba à todos su fundamento; que por otra parte no comprendian punto alguno cuya evidencia interesase à la república, y que al contrario, importaba en gran manera el apurar la conducta de los jenerales en la Vendea. Sigue pues la discusion relativa á Philippeaux, y toda la sesion se dedica à ir oyendo un sinnúmero de testigos presenciales, pero en medio de estas afirmaciones contradictorias, Danton y Robespierre dicen que nada pueden deslindar, ni saben en suma à qué atenerse; y así la discusion, ya harto larga, se remite à la sesion siguiente.

El 18, vuelven al intento en ausencia de Philippeaux, dándose ya todos por cansados de la discusion que ocasionaba sin dar el menor viso de luz. Entonces se esplayan sobre Camilo Desmoulins, y le intiman que se esplique acerca de los elojios que ha tributado à Philippeaux y de sus relaciones con él. Camilo, segun asegura, no le conoce; hechos afirmados por Goupilleau y por Bourdon le habian desde luego persuadido que Philippeaux decia la verdad, y le habian causado ira; pero ahora, que echa de ver por la discusion, que Philippeaux ha alterado la realidad (lo que en efecto iba asomando por todas partes), se desdice de sus elojios, y declara que ya no tiene opinion alguna sobre este punto.

Robespierre tomando otra vez el habla acerca de Camilo, repite: que su carácter es escelente, pero que por mas sabido que sea su fondo, no le da derecho para escribir contra los patriotas; que sus escritos, ansiados por los aristócratas, son su embeleso, y vuelan por todos los departamentos; que ha traducido à Tácito sin entenderlo; que se le debe tratar como à un niño atolondrado que empuñó armas espuestas usándolas aciagamente, y se le debe amonestar para que deje à los aristócratas y à las tertulias perniciosas que lo estragan; y que indultándole, se debe quemar su periódico.— Camilo entonces, desentendiéndose de los miramientos que habia que guardar con el altanero Robespierre, esclama desde su asiento. «Quemar no es responder.—Pues bien, replica airado Robespierre, que no se queme, sino que se responda, y que se lean sobre la marcha los números de Camilo. Ya que lo apetece, encenáguese en ignominia; que la sociedad no enfrene sus iras, ya que se aferra en sostener sus contiendas y sus principios peligrosos. El hombre que se pega tanto à escritos alevosos está mas que descarriado; si hubiese procedido de buena fe, si hubiese escrito con la sencillez de sus entrañas, no se atreviera à sostener por mas tiempo partos desechados por los patriotas y apetecidos por los contrarevolucionarios. Su denuedo no es mas que postizo; desemboza à los hombres que ocultamente le han estado dictando su periódico; y desemboza que Desmoulins es el pregonero de un bando malvado que ha asalariado su pluma para derramar su veneno con mas arrojo y desfachatez.» En vano intenta Camilo pedir el habla y serenar à Robespierre; niéganse à oirle, y se pasa en seguida à la lectura de sus papeles. Por mas miramientos que los individuos quieran guardar entre sí en las contiendas de partido, es dificultosísimo que

su amor propio no se estrelle muy pronto. Con las ínfulas de Robespierre y el atolondramiento candoroso de Camilo, la desavenencia de opiniones no podia menos de parar muy pronto en estrellon del amor propio y el encono. Robespierre menospreciaba altamente à Hebert y à los suyos para indisponerse con ellos; pero podia desavenirse con un escritor tan célebre en la revolucion como Camilo Desmoulins, y este no alcanzó bastante maña para sortear el rompimiento.

La lectura de los números de Camilo llena dos sesiones enteras, y luego se pasa à Fabre; pregúntanle en ademan de precisarle à decir qué parte ha tenido en los escritos recien publicados. Responde que ni un tilde tiene en ellos, y que en cuanto à Philippeaux y Bourdon del Oise, puede afirmar que no los conoce. Se trata de tomar un partido sobre los cuatro sujetos delatados, mas Robespierre, aunque ya nada propenso à favorecer à Camilo, propone que se orille la discusion, y se proceda à otro asunto mas trascendental, mas digno de la sociedad y mas provechoso para el espíritu público, à saber, los vicios y los delitos del gobierno inglés. « Este gobierno atroz, dice, aparentando libertad, encubre un móvil de despotismo y de maquiavelismo infernal; se le debe delatar à su mismo pueblo, y responder à sus calumnias, demostrando sus desbarros de organizacion y sus atentados. » Los jacobinos ansiaban aquel asunto, que suministraba campo anchuroso à su aprension acusadora, pero apetecian algunos borrar antes à Philippeaux, Camilo, Bourdon y Fabre. Oyese tambien una voz que tilda à Robespierre el apropiarse una especie de dictadura. « Mi dictadura, esclama, es la de Marat y Lepelletier, y se cifra en estar diariamente espuesto à los puñales de los tiranos; pero estoy ya aburrido de las contiendas que se ensartan incesantemente en el recinto de la sociedad, y que tienen la inutilidad por paradero. Nuestros verdaderos enemigos son los estranjeros; ellos son los que se han de perseguir y cuyas tramas se deben desenmarañar. » Robespierre renueva por tanto su proposicion, y hace acordar con mil aplausos que la sociedad, orillando las contiendas suscitadas entre los individuos, se dedicará en las sesiones sucesivas à ventilar sin interrupcion los desbarros del gobierno inglés.

Esto era desviar oportunamente la aprension cavilosa de los jacobinos, y encaminarla à una presa que podia darles que hacer largamente. Habíase retirado Philippeaux sin esperar decision, y

Camilo y Bourdon no quedaron ni confirmados ni desechados; no se habló mas, y se contentaron con no volver à asomar por la sociedad. En cuanto à Fabre d'Eglantine, por mas que Chabot lo hubiera totalmente sincerado, los hechos que iban llegando diariamente à noticia de la junta de seguridad jeneral, no dejaban duda acerca de su complicidad; y hubo que disparar contra él un auto de prision, juntándolo con Chabot, Bazire, Delaunay y Julien de Tolosa.

Quedaba de todas estas discusiones una sensacion aciaga para con los nuevos moderados. No habia asomo de convenio entre ellos, pues Philippeaux, casi jirondino en otro tiempo, no conocia ni à Camilo ni à Fabre ni à Bourdon; solo Camilo estaba amistado con Fabre, y en cuanto à Bourdon, era absolutamente desconocido de los otros tres; pero se figuraron desde entonces que habia un bando reservado, siendo ellos ó cómplices ó seducidos. El esparcimiento jenial, las inclinaciones epicúreas de Camilo, y dos ó tres comidas que habia tenido con los ricachos hacendistas de aquella época, la complicidad demostrada de Fabre con los ajiotistas, y su opulencia recien aparecida, hicieron soñar que estaban enlazados con la supuesta faccion cohechadora. No se atrevian todavía à apuntar à Danton por su caudillo, pero si no le tildaban públicamente, si Hebert en su periódico, y si los franciscanos en su tribuna, contemplaban à aquel revolucionario poderoso, se decian entre sí lo que no osaban publicar.

El sujeto mas dañino para el partido era Lacroix, cuyas estorsiones en Béljica estaban tan demostradas, que se le podian muy bien achacar sin afianzamiento de calumnia, y sin que se atreviera à contestar. Asociábanle con los moderados, por su intimidad antigua con Danton, salpicándoles à todos con su ignominia.

Los franciscanos, incomodados de que los jacobinos hubiesen pasado al órden del dia sobre los delatados, declararon : 1°. que Philippeaux era un calumniador; 2°. que Bourdon, acusador encarnizado de Ronsin, de Vincent y de la secretaría de la guerra, habia desmerecido su confianza, y era para ellos cómplice de Philippeaux; 3°. que Fabre, terciando en las inclinaciones de Bourdon y de Philippeaux, no era sino un maquinador mas mañoso; 4°. que Camilo, ya escluido de su recinto, habia tambien desmerecido su confianza, aunque antes habia hecho servicios notables à la revolucion.

Despues de haber tenido presos à Ronsin y Vincent, los soltaron, no pudiéndolos enjuiciar por causa alguna. No era posible procesar à Ronsin por su conducta en la Vendea, porque los acontecimientos de aquella guerra yacian encubiertos bajo un velo muy denso; ni por sus hechos en Lyon, por cuanto era entablar una cuestion espuestísima, y acusar al mismo tiempo à Collot d'Herbois y à todo el sistema actual del gobierno. Era igualmente imposible el procesar à Vincent por algunos actos de despotismo en la secretaría de la guerra. A uno y à otro solo cabia formarles causa política, y no habia llegado el trance de entablarla. Quedaron pues en libertad (*), con sumo gozo de los franciscanos y de todos los de las «charreteras» del ejército revolucionario.

Vincent era un mozo de poco mas de veinte años, todo frenético, y cuyo fanatismo paraba en dolencia, preponderando su desvarío à la ambicion personal. Un dia, refiriéndole su mujer, que solia ir à verle à la cárcel, lo que estaba pasando, arrebatado con su relacion, se arrojó sobre un tajo de carne cruda, y dijo mascándola: «Así quisiera yo devorar à todos esos forajidos.» Ronsin, alternativamente folletista adocenado, proveedor y jeneral, hermanaba sumo alcance con denuedo notable y particular actividad. Naturalmente arrebatado, pero ambicioso, era el mas descollante de cuantos aventureros se habian ofrecido para ser instrumentos del nuevo gobierno. Caudillo del ejército revolucionario, trataba de sacar partido de su encumbramiento, ya para sí, ya para sus amigos, y ya para el triunfo de su sistema. En el encierro de Luxemburgo, Vincent y él, estando juntos, hablaban siempre soberanamente, diciendo de continuo que hollarian las tramas y saldrian con el auxilio de sus parciales, venidos entonces para soltar à los patriotas encerrados, y enviar todos los demás presos à la guillotina. Habian estado atormentando à los desventurados compañeros, y los dejaron asustados.

Apenas sueltos, dijeron sin rebozo que se vengarian, y que muy pronto se desagraviarian de sus enemigos. No cabia que la junta de salvacion pública dejase de soltarlos, pero muy pronto echó de ver que habia desbocado unas fieras, y era forzoso imposibilitarles el hacer daño. Quedaban en Paris cuatro mil hombres del ejército revolucionario, cuajado de aventureros, de salteadores y de septembristas, que se encasquetaban la máscara del patriotismo, y que

(*) El 14 lluvioso (2 de febrero).

gustaban mas de asaltar por el interior que ir à la raya à llevar una vida escasa, trabajosa y arriesgada. Estos tiranuelos bigotudos y espadachines ejercian por todos los parajes públicos insufrible despotismo. Teniendo artilleria, pertrechos y un caudillo travieso, podian hacerse muy espuestos, y mas si se les incorporaban los díscolos que bullian en la secretaría de Vincent. Este era su jefe civil, y Ronsin el militar, y tenian relaciones en el concejo por Hebert, sustituto de Chaumette, y por el correjidor Pache, siempre aparejado para abarcar à todos los partidos y halagar à todos los sujetos temibles. Momoro, uno de los presidentes de los franciscanos, era su partidario entrañable y su abogado en los Jacobinos. Así es que ponian de mancomun à Ronsin, à Vincent, Hebert, Chaumette y Momoro, añadiendo à la lista Pache y Bouchotte, como agasajadores que les franqueaban dos grandes autoridades.

Ya no se contenian en sus hablas contra aquellos representantes que intentaban, decian, eternizarse en el poder é indultar à los aristócratas. Un dia, comiendo con Pache, hallaron à Legendre, amigo de Danton, antes imitador de su vehemencia, y ya de su reserva, y víctima de su remedo, porque aguantaba las embestidas que no se atrevian à asestar contra el mismo Danton. Ronsin y Vincent se destemplaron con él; y este, que habia sido su paniaguado, lo abrazó diciéndole que agasajaba al antiguo y no al nuevo Legendre, porque este novel habia venido à parar en moderado, y no era acreedor à su aprecio. Vincent le preguntó luego irónicamente si en sus comisiones habia usado el traje de diputadó. Contestóle Legendre que lo llevaba en los ejércitos, y replicó Vincent que el traje era de boato é indigno de los verdaderos republicanos, que engalanaria un muñeco con él, que llamaria al pueblo y le diria: «¡Estos son los representantes que habeis escojido! os predican la igualdad, y se doran y empluman.» Y dijo que luego pegaria fuego al muñeco. Legendre entonces lo trató de loco y sedicioso, é iban à agarrarse con gran susto de Pache. Quiso Legendre encararse con Ronsin, que aparecia mas sosegado, y habiéndole instado para que moderase à Vincent, contestó que à la verdad Vincent era fogoso, pero que su temple era adecuado à las circunstancias, y que se requerian tales hombres para el tiempo en que vivian. — «Teneis, añadió Ronsin, una faccion en el recinto de la asamblea, y si no la arrojais, ¡ha de vosotros!» — Salió Legendre airado, y refirió cuanto habia visto y oido en la comida, y así cor-

rió el lance, y dió un concepto cabal del arrojo y del frenesí de los dos recien sueltos.

Manifestaban mucho acatamiento à Pache y à sus virtudes, como hicieran en otro tiempo los jacobinos, cuando estaba Pache en el ministerio. El destino de Pache era embelesar con sus condescendencias y su mansedumbre à los mas violentos. Pagábanse de ver que sus disparos merecian la aprobacion de quien tenia tantos visos de cordura. Los nuevos revolucionarios intentaban, decian, encumbrarlo à sumo personaje en su gobierno, porque, sin haber deslindado todavía su objeto, y sin idear ni arrostrar una asonada, hablaban mucho, como todos los conspiradores, que se ensayan antes y se acaloran con sus palabras. Andaban diciendo por donde quiera que se necesitaban otras instituciones, y solo les cuadraban en la organizacion actual del gobierno el tribunal y el ejército revolucionario; ideaban pues una constitucion cifrada en un tribunal supremo, presidido por un juez mayor, y en un consejo militar dirijido por un jeneralísimo. En este gobierno se debia sentenciar y administrar militarmente, siendo el jeneralísimo y el juez mayor los personajes principales. Debia haber en el tribunal un fiscal titulado censor, con el encargo de promover las causas; y así en este proyecto, parto de fermentacion revolucionaria, las dos funciones esenciales y únicas consistian en condenar y pelear. No consta si este proyecto era parto de un soñador delirante ó de varios, si no tuvo mas existencia que el habla, ó si llegó à estenderse; pero es positivo que tenia su dechado en las comisiones revolucionarias planteadas en Lyon, Marsella, Tolon, Burdeos y Nantes, y que la fantasía, atestada con sus propios procedimientos en aquellos grandes pueblos, estos terribles ejecutores querian gobernar bajo el mismo plan la Francia entera, y hacer de la violencia momentanea la norma de un gobierno permanente. No apuntaban todavía mas que uno solo de estos sumos personajes destinados à desempeñar tan encumbrados empleos. Pache era adecuado à los mil primores para el destino de juez mayor, y así decian los conjurados que debia serlo, y lo seria. Sin saber lo que era ni el proyecto ni la dignidad de juez mayor, repetian muchos por via de noticia: Pache va à ser juez mayor; y esta hablilla corria por todas partes, sin que nadie la esplicase ni la comprendiese. En cuanto al cargo de jeneralísimo, Ronsin, aunque jeneral del ejército revolucionario, no se arrestaba à pretenderlo, ni à proponerlo sus parciales,

porque se necesitaba un nombre mas altisonante para tan encumbrada dignidad. Sonaba Chaumette en algunas bocas por censor, pero se pronunciaba poco su nombre. Entre tantos rumores, solo uno era el muy válido, à saber, «que Pache seria juez mayor.»

Durante toda la revolucion, cuando las pasiones de un partido, largo tiempo aguijádas, estaban en el disparador, siempre una derrota, una traicion, una carestía, y en fin una plaga, eran el pretesto para estallar. Otro tanto sucedió aquí. Habíase espedido la segunda ley del máximo, que, encaramándose sobre las tiendas, prefijaba el importe de los renglones en el sitio de su fábrica, determinaba el precio del trajin, arreglaba la ganancia del mercader por mayor y del revendedor; pero el comercio sorteaba todavía de mil modos el despotismo de la ley, y se salvaba principalmente por el rumbo mas pernicioso, que era estancándose. La ocultacion de la mercancía seguia como antes, y si no se entregaba por asignados, se quedaba empozada y sin movimiento para no llegar à los sitios del consumo. Era pues la carestía grandísima, por el estancamiento jeneral del comercio, y sin embargo los conatos estremados del gobierno y el afan de la comision de abastos habian logrado en parte acudir con granos, y sobre todo disminuir la zozobra de la carestía, tan temible como ella misma, por el trastorno y desconcierto que acarrea à las relaciones comerciales. Pero se esperimentaba un nuevo azote, y era la escasez de carnes, porque los crecidos rebaños que la Vendea enviaba antes à las provincias rayanas no asomaban desde la sublevacion. Los departamentos del Rin habian tambien cesado de suministrarlas desde que reinaba allí la guerra; de todo lo cual resultaba una mengua efectiva en la cantidad. Además, los carniceros, comprando los ganados caros y con la precision de venderlos al precio de la tasa, procuraban desentenderse de la ley, y así la carne aventajada se reservaba para el rico y para el ciudadano holgado que la pagaban à buen precio. Introducíanse un sin fin de mercados clandestinos, especialmente por las cercanías de Paris y por el campo, y solo el desperdicio quedaba para el pueblo y para el comprador que acudia à la tienda y hacia el ajuste segun la tasa. Así los carniceros se reintegraban por la mala calidad de su jénero del ínfimo precio à que tenian que venderlo. Enfurecíase el pueblo, quejoso del peso, de la calidad, de los regocijos y de los mercados encubiertos de los alrededores de Paris. Faltando los rebaños, se tenian que

matar vacas preñadas, y dijo al instante el pueblo que los aristócratas intentaban descastarlas, y habia pedido pena de muerte contra los que mataban vacas ú ovejas en aquel estado. Habia mas: hortalizas, fruta, huevos, manteca y pescado no asomaban ya por los mercados, y un repollo costaba hasta cuatro reales. Salian al encuentro à la carreteria por los caminos, la rodeaban y compraban à cualquiera precio su cargamento, llegando poquísimo à Paris, donde en vano lo estaba esperando el pueblo. En ocurriendo algun quehacer, acuden luego sujetos que lo emprenden; tratábase de andar por el campo para atajar en la carretera à los hortelanos; un sinnúmero de hombres y mujeres tomaron à su cargo esta granjería, y compraban los jéneros para jente acomodada, pagándolos sobre la tasa. Si aparecia algun mercado mas bien abastecido que otros, los revendedores se agolpaban, arrebatando los jéneros à precio subido. El pueblo se desaforaba contra estos atravesadores, y decia que entre ellos habia muchas rameras, à quienes los requisitorios de Chaumette habian defraudado de su industria reprensible, y que, para vivir, habian acudido à esta nueva profesion.

Para precaver todos estos inconvenientes, habia acordado el concejo, à repetidas instancias de las secciones, que los carniceros no pudiesen salir al encuentro de los rebaños é ir mas allá de los mercados ordinarios; que no pudiesen matar sino en los rastros consabidos; que la carne no se pudiera comprar sino en las tablas; que no les fuese lícito ir por las carreteras en busca de los labradores; que cuantos llegasen se debian dirijir por la policía, repartiéndolos igualmente entre diversos mercados, y que no se pudiera ir à ponerse en fila à la puerta de los carniceros antes de las seis, porque solia suceder madrugar à las tres con este intento.

Estos reglamentos hacinados no resguardaban al pueblo de los quebrantos que estaba padeciendo. Los ultra-revolucionarios se martirizaban ideando arbitrios, y les ocurrió por fin una especie, y es que los jardines de lujo, abundantes en los arrabales de Paris, y en especial el de San-Jerman, podrian ponerse en cultivo. El concejo sobre la marcha, conformándose con todo, dispuso el empadronamiento de aquellos jardines, y acordó que se cultivasen patatas y hortaliza. Además habian supuesto que la verdura, leche y aves no llegando ya à la ciudad, debia achacarse à los aristócratas, retirados en sus casas al rededor de Paris, pues con efecto muchas jentas asustadas se habian ocultado en sus quintas. Vinieron

día mas odioso, y no era de suponer que Robespierre se espusiese ya mas à defenderlo.

Robespierre y Saint-Just, avezados à estender en nombre de la junta las esposiciones de principios, y encargados en algun modo de la parte moral del gobierno, mientras Barrere, Carnot, Billaud y otros desempeñaban la parte material y administrativa; Robespierre pues y Saint-Just estendieron dos informes, el uno sobre «los principios de moral que debian guiar al gobierno revolucionario,» y el otro sobre los arrestados de quienes se lamentaba Camilo en el «Franciscano antiguo.» Veamos pues cómo estos dos ánimos lóbregos ideaban el gobierno revolucionario y los arbitrios para rejenerar un estado.

«El principio del gobierno democrático es la virtud, decia Robespierre (*), y su móvil establecedor es el pavor. Tratamos de sustituir por acá la moral al egoismo, la honradez al pundonor, los principios à los usos, el deber al decoro, el imperio de la razon à la tiranía de la moda, el menosprecio del vicio al menosprecio de la desdicha, la ufanía à la insolencia, la magnanimidad à la vanagloria, el amor de la nombradía à la pasion del dinero, la jente honrada al trato fino, el mérito à las tramas, el númen à la agudeza, la verdad al esplendor, el embeleso de la dicha al aburrimiento de la sensualidad, la grandiosidad del hombre à la pequeñez de los magnates, un pueblo gallardo, poderoso, feliz, à un pueblo amable, fútil y hambriento, esto es, todas las virtudes y los milagros de la república à todos los vicios y las ridiculeces de la monarquía.»

Para alcanzar à esta cumbre, se requeria un gobierno adusto y pujante que arrollase todo jénero de resistencia. Habia, por una parte, idiotez bestial y codiciosa, que no apetecia en la república mas que trastornos; y por otra, el estragamiento cobarde y rastrero que apetecia las delicias del lujo antiguo, y que no podia avenirse à las virtudes gallardas de la democracia. Brotaban de allí dos facciones: la una, que intentaba estremarlo todo, que se propasaba de los confines, y que, en demanda de la superstición, queria anonadar al mismo Dios, y derramar sangre à raudales socolor de desagraviar à la república; la otra, endeble y viciosa, que no se consideraba harto «virtuosa para ser tan terrible,» y se condolia «cobardemente» de todos los sacrificios que eran un requisito

(*) Sesion del 17 lluvioso, año II. (5 de febrero.)

indispensable para el establecimiento de la virtud. Una de estas facciones, decia Saint-Just (*), queria TROCAR LA LIBERTAD EN BACANTE, Y LA OTRA EN RAMERA.

Robespierre y Saint-Just iban numerando los desvaríos de algunos ajentes del gobierno revolucionario, y de dos ó tres procuradores de concejos, que habian intentado renovar el denuedo de Maràt, y aludian así à las locuras de Hebert y de los suyos. Tambien iban tildando los yerros de flaqueza, de condescendencia y de sensibilidad, que se achacaban à los moderados nuevos, y les vituperaban el condolerse de las viudas de jenerales, de las maquinadoras de la antigua nobleza, y de los aristócratas, y de hablar en fin incesantemente de las tropelías de la república, inferiores con mucho à las crueldades de las monarquías. «Teneis, decia Saint-Just, cien mil presos, y el tribunal revolucionario ha condenado ya à trescientos reos; pero con la monarquía teniais cuatrocientos mil presos, se ahorcaban por año quince mil contrabandistas, y se quebraban tres mil hombres; y hoy mismo hay en Europa cuatro millones de presos cuyos alaridos no podeis oir, al paso que vuestra moderacion parricida deja triunfar à todos los enemigos de vuestro gobierno. Nos estamos sajando à reconvenciones, y los reyes, mil veces mas crueles que nosotros, se adormecen con sus delitos.»

Robespierre y Saint-Just, atenidos à su sistema acordado, añadian que estas dos facciones, al parecer contrapuestas, versaban sobre un mismo quicio, el estranjero, que las ponia en movimiento para dar al través con la república.

Ya se echa de ver cuánto fanatismo político y encono entraba en el sistema de la junta. Camilo, por alusiones, y aun por espresiones directas, se hallaba asaltado con sus amigos, y respondia en su «Franciscano antiguo» al sistema de la virtud con el de la felicidad. Decia que amaba à la república, por cuanto debia realzar la dicha jeneral, pues el comercio, la industria y la civilizacion habian descollado con mas esplendor èn Aténas, en Venecia y en Florencia, que en todas las monarquías, y porque la república podia únicamente realizar el anhelo mentiroso de la monarquía, «la gallina en el puchero.» (**) «¿Qué le importaria à Pitt, escla-

(*) Informe del 8 ventoso (26 de febrero.)

(**) Dicho de Henrique IV, quien anhelaba que cada campesino pudiera meter todos los domingos una gallina en la olla. NOTA DEL TRADUCTOR.

maba Camilo, que la Francia fuese libre, si la libertad no condujese sino para reponernos en la ignorancia de los Galos antiguos, con su sayo y sus bragas, y el muérdago de encina, y su caserío, que se reducia à chozas de barro? En vez de apesadumbrarse, me parece que Pitt tiraria à puñados las guineas para que semejante libertad se estableciera entre nosotros; pero lo que enfureceria al gobierno inglés seria el que se dijese de la Francia lo que decia Dicearco del Atica: En ninguna parte del mundo se vive mas regaladamente que en Aténas, téngase ó no dinero. Los que se han enriquecido con su comercio ú su industria pueden proporcionarse todos los halagos imajinables, y en cuanto à aquellos que aspiran à enriquecerse, hay tantos talleres en donde se gana con qué divertirse en las ANTESTERIAS, y ahuchar todavía, que no cabe el quejarse de la pobreza, sin reconvenirse à sí mismo de su desidia.

«Creo pues que la libertad no se cifra en la igualdad de privaciones, y que el elojio mas esclarecido de la convencion seria el que se pudiese tributar este testimonio. Hallé la nacion descamisada, y la dejo con camisa.

«¡Donosa democracia, añadia Camilo, la de Aténas! Solon no venia à ser un lechuguino, mas no dejó de mirarse como el dechado de los lejisladores, y de ser proclamado por el oráculo el primero de los siete sabios, aunque no tenia reparo en confesar su propension al vino, à las mujeres y à la música; y está en posesion tan arraigada de este concepto, que hoy mismo no se pronuncia su nombre en la convencion y en los Jacobinos sino como el del lejislador mas esclarecido. ¡Cuántos hay entre nosotros que están en opinion de aristócratas y de Sardanápalos, que no han publicado semejante profesion de fe!

«Y aquel divino Sócrates, encontrando un dia à Alcibíades triston y caviloso, tal vez por alguna carta desabrida de Aspasia: — ¿Qué teneis? le dice aquel gravísimo Mentor; ¿habriais perdido el broquel en la batalla? ¿habeis quedado vencido en el campo, en la carrera ó en la esgrima? ¿hubo quien cantase ó tocase la lira mejor que vos en la mesa del jeneral? — Este rasgo retrata las costumbres. ¡Qué republicanos tan amables!»

Camilo se quejaba luego de que à las costumbres de Aténas no se quisiese añadir la libertad del habla que reinaba en aquella república. Aristófanes, decia, sacaba à las tablas jenerales, ora-

dores, filósofos, y aun el mismo pueblo; y este, ya escarnecido bajo el aspecto de un anciano, ya bajo el de un mozalbete, lejos de enojarse, aclamaba à Aristófanes vencedor en los juegos, y le estimulaba con vivas y coronas. Muchas de sus comedias iban asestadas contra los « ultra-revolucionarios » de aquel tiempo, y las mofas eran tremendas. « Y si hoy, añadia Camilo, se tradujese alguna de aquellas comedias representadas 430 años antes de Jesucristo, bajo el Arconte Esténocles, Hebert sostendria en los Franciscanos que la pieza era de ayer, inventada por Fabre d'Eglantine contra él y Ronsin, y que el traductor es el causador de la carestía.

« Sin embargo, seguia desconsoladamente Camilo, me engaño cuando digo que los hombres han variado, siempre han sido los mismos, y la libertad de hablar no ha estado mas en salvo en las repúblicas antiguas que en las modernas. Sócrates, acusado de haber zaherido à los dioses, tragó la cicuta, y Ciceron, por haber embestido à Antonio, fué uno de los proscritos. »

Este desventurado mozo estaba al parecer prediciendo que no se le perdonaria à él tampoco la libertad. Aquellos chistes y aquella elocuencia airaban à la junta, y mientras asechaba à Ronsin, à Hebert, à Vincent y à todos los alborotadores, le declaraba un encono funesto al escritor primoroso que se estaba riendo de sus sistemas, y à Danton, que se suponia influir à su pluma, y en fin contra todos los hombres que se conceptuaban amigos ó parciales de estos dos caudillos. Para no descarriarse de su rumbo, la junta presentó dos decretos à continuacion de los informes de Robespierre y de Saint-Just, encaminados, decia, à labrar la dicha del pueblo à costa de sus enemigos. En virtud de estos decretos, la junta de seguridad jeneral quedaba sola facultada para escudriñar las demandas de los presos, y soltarlos si se reconocian por patriotas; y al contrario, cuantos se evidenciasen como enemigos de la revolucion, permanecerian encarcelados hasta la paz, y se les desterraria luego para siempre. Sus haberes, secuestrados provisionalmente, debian repartirse à los patriotas menesterosos, cuyas listas formarian los concejos (*). Era, como se está viendo, una ley agraria aplicada contra los sospechosos à beneficio de los patriotas. Estos decretos, ideados por Saint-Just, se encaminaban à responder à los « ultra-revolucionarios, » y à conservar à la junta su concepto de teson.

(*) Decretos del 8 y 13 ventoso, año II.

En este tiempo, los conjurados se estremaban con mas violencia que nunca, y aunque no hay prueba de que sus intentos estuviesen bien deslindados, ni que entrasen Pache y el concejo en la trama, se iban preparando como el 31 de mayo; alborotaban las sociedades populares, los franciscanos y las secciones, esparcian voces amenazadoras, y procuraban aprovecharse de las turbulencias que acarreaba la carestía, por instantes mayor y mas dolorosa.

De repente asomaron por los mercados y alhóndigas, carteles y folletos, participando que la convencion era la causadora de todos los apuros del pueblo, y que se le debia desencajar la faccion dañina que intentaba renovar los Brisotinos y su aciago sistema. Algunos de estos escritos se propasaban à decir que debia renovarse la convencion entera, elejir un caudillo, y organizar la potestad ejecutiva, etc..... En una palabra, todas las especies que habian amoldado en sus cabezas, Vincent, Ronsin y Hebert, cuajaban estos escritos, por donde se rastreaba su oríjen. Al mismo tiempo aparecieron los de las «charreteras,» mas alborotados y mas ufanos que nunca, amenazando sin rebozo ir à degollar en las cárceles à los enemigos que la convencion cohechada se aferraba en contemplar. Decian que muchos patriotas se hallaban en las cárceles injustamente revueltos con los aristócratas, y que iban à entresacarlos para franquearles al mismo tiempo armas y libertad. Ronsin, en traje aparatoso de jeneral del ejército revolucionario, con su banda tricolor, su borlon encarnado, y rodeado de algunos de sus oficiales, andaba por las cárceles, pedia los padrones, y formaba listas.

Era el 15 de ventoso, y la seccion Marat, presidida por Momoro, se junta, y airada, dice, con las maquinaciones de los enemigos del pueblo, declara toda que está en pié y va à encubrir el cuadro de la declaracion de los derechos, permaneciendo en este ademan hasta que se afianzen al pueblo los abastos y la libertad, y queden castigados sus enemigos. En la misma trasnochada, se juntan alborotadamente los franciscanos, se delinéa un cuadro de los padecimientos públicos, se refieren las persecuciones recien padecidas por los dos grandes patriotas Vincent y Ronsin, quienes, decian, estaban enfermos en el Luxemburgo, sin poder alcanzar un facultativo que los sangrase. Por consiguiente se declara la patria en peligro, y se encubre el cuadro de los derechos del hom-

bre. Así habian empezado todas las asonadas, declarando que las leyes quedaban suspendidas, y que volvia el pueblo al ejercicio de su soberanía.

El dia siguiente 16, la seccion Marat y los franciscanos se presentan en el concejo para manifestarle sus acuerdos, y para atraerlo à los mismos pasos. Pache faltaba con estudio, y el llamado Lubin presidia à los prohombres. Contesta à la diputacion muy cortado, y dice que en el punto en que la convencion está providenciando eficazmente contra los enemigos de la revolucion, y para socorrer à los patriotas menesterosos, es muy estraño que se ponga una señal de apuro, y se encubra la declaracion de los derechos. Aparentando luego sincerar al consejo jeneral, como si estuviese acusado, añade Lubin que se ha aplicado todo conato para afianzar los abastos y arreglar su reparto. Contesta Chaumette tambien vagamente, recomienda la paz, requiere el informe sobre el cultivo de los jardines de lujo y sobre el abastecimiento de la capital, que, segun los decretos, debia quedar provista como una plaza de guerra.

Asi es que los jefes del concejo titubeaban, y la asonada, aunque ruidosa, no era de bastante entidad para arrollarlos é infundirles el denuedo de vender à la junta y à la convencion. Era sin embargo crecido el alboroto, y la sublevacion empezaba como todas las que antes habian tenido éxito, debiendo infundir las mismas zozobras. Por una casualidad contraria, la junta de salvacion pública carecia en aquel punto de sus vocales mas descollantes: Billaud-Varennes y Juan-Bon-Saint-André estaban ausentes por quehaceres administrativos; Couthon y Robespierre enfermos, no pudiendo este acudir à manejar sus leales jacobinos. Quedaban solos Saint-Just y Collot d'Herbois para desbaratar esta tentativa; marcháronse entrambos à la convencion, que se juntaba tumultuariamente y temblaba de pavor. A su propuesta, llaman en seguida à Fouquier-Tinville, le encargan que pesquise sobre la marcha à los repartidores de los escritos incendiarios esparcidos por los mercados, à los alborotadores que trastornan las sociedades populares, y en fin à todos los conspiradores que amagan à la tranquilidad pública. Ordenan por un decreto que los prenda al punto, y que dé su informe à la convencion en el término de tres dias.

No era de gran monta el logro de un decreto de la convencion, pues no los escaseaba contra los alborotadores, ni tampoco los

negó à los jirondinos contra el concejo sublevado ; pero habia que afianzar su ejecucion privando en la opinion pública. Collot, muy bienquisto en los Jacobinos y Franciscanos, por su elocuencia placera, y especialmente por el denuedo de arranques revolucionarios tan sabidos, queda encargado de esta jornada, y va desaladamente à los Jacobinos. Entablada la junta, le retrata los bandos que amagan à la libertad y las tramas que están tejiendo : « Nueva campaña va à abrirse, dice ; el esmero de la junta, que tan venturosamente ha terminado la anterior, iba à afianzar à la república nuevas victorias. Al arrimo de vuestra confianza y aprobacion, que siempre anheló alcanzar, se engolfaba en sus tareas, pero de repente nuestros enemigos han intentado atascar sus pasos, han alborotado en torno suyo à los patriotas para contraponerlos y hacer que se degüellen entre sí. Tratan de convertirnos en soldados de Cadmo, se empeñan en sacrificarnos mutuamente por nuestras manos. ¡ Pero no, no serémos guerreros de Cadmo ! Merced à nuestro tino, permaneceremos amigos, y serémos campeones de la libertad. A vuestro lado, la junta sabrá contrastar denodadamente y refrenar à los alborotadores, desencajarlos de las filas de los patriotas, y tras este sacrificio urjente, llevar adelante sus afanes y sus victorias. El apostadero à que nos habeis encumbrado es peligroso, añade Collot, pero ninguno de nosotros se estremece à la vista del riesgo. La junta de seguridad jeneral acepta su cargo trabajoso de celar y perseguir à todos los enemigos que maquinan reservadamente contra la libertad. La junta de salvacion pública echa el resto en el desempeño de su tarea inmensa, pero entrambas necesitan vuestro arrimo. En estos dias arriesgados somos pocos ; Billaud y Juan Bon están ausentes, y nuestros amigos Couthon y Robespierre enfermos. Quedamos pues en corto número para pelear con los enemigos del bien público, y se requiere que nos sostengais ó que nos retiremos. » — No, no, esclaman los jacobinos, no os retireis, ya os sostendrémos. — Redoblados aplausos acompañan à estas palabras animadoras. Collot sigue, y refiere entonces cuanto ha ocurrido en los Franciscanos. « Hay hombres, dice, que jamás han tenido pecho para aguantar algunos dias de encierro, que nada han padecido en la revolucion, à quienes hemos defendido, conceptuándolos oprimidos, y que luego han querido mover una asonada en Paris por haber estado arrestados un ratillo. ¡ Una asonada por el padecimiento de dos individuos, y porque el sangrador no

ha acudido estando enfermos!.... ¡Caiga el anatema sobre estos asonadistas!....» ¡Sí, sí, anatema! esclaman los jacobinos en coro.— «Marat era franciscano, sigue Collot, y era jacobino; pues bien, fué igualmente perseguido, mucho mas por cierto que esos hombres de un dia; lo llevaron ante el tribunal, donde no debian comparecer sino aristócratas. ¿Acarreó alguna asonada?.. No, la sublevacion sagrada, la que debe libertar la humanidad de la coyunda de sus opresores, brota de otros arranques mas pundonorosos que ese menguado impulso à donde quieren arrebatarnos; mas no seguirémos. La junta de salvacion pública no amainará ante los maquinadores, toma providencias briosas y ejecutivas, y à pique de perecer, no cejará por tarea tan esclarecida.»

Apenas acaba Collot, Momoro quiere tomar la voz para sincerar la seccion de Marat y de los franciscanos. Confiesa que se ha puesto un velo sobre la declaracion de los derechos, pero niega los demás actos, y en particular el intento de la asonada, y sostiene que la seccion de Marat y de los franciscanos abriga siempre los mas finos arranques. Conspiradores que se sinceran quedan perdidos; en no pudiendo confesar la asonada, y cuando solo la espresion del objeto no hace prorumpir à la opinion en su favor, paran en imposibilitados. Oyese à Momoro con desagrado patente, y Collot queda encargado de ir en nombre de los jacobinos à hermanarse con los franciscanos, y volver al gremio de la razon à unos hermanos descarriados por sujestiones alevosas.

Era ya deshora de la noche, y Collot no podia acudir à los Franciscanos sino el dia siguiente 17, pero el peligro, aunque pavoroso al principio, no era ya temible. Evidenciábase que la opinion ya no favorecia à los conjurados, si tal dictado merecen. Habia cejado el concejo, los jacobinos seguian con la junta y con Robespierre, aunque ausente y enfermo. Los franciscanos, disparados, pero capitaneados flojamente, y en especial con el desamparo del concejo y los jacobinos, no podian menos de amainar ante la afluencia de Collot d'Herbois y el timbre de tener en su regazo un vocal del gobierno tan afamado. Vincent, con su frenesi, Hebert, con su periódico asqueroso, cuyos números iba redoblando, y Momoro, con sus acuerdos de la seccion de Marat, no podian disparar una asonada. Solo Ronsin, con su jente de «charretera» y pertrechos considerables, hubiera podida arriesgar

un golpe de mano. No escaseaba de arrojo, mas ora que no lo hallase en sus amigos, ora que no confiase en sus tropas, no se moviò, y desde el 16 al 17 todo paró en vaivenes y amagos. Los de las « charreteras » entrometidos por las sociedades populares las fueron alborotando, mas no se atrevieron à empuñar las armas.

El 17 por la tarde, fuése Collot à los Franciscanos, y entró muy vitoreado. Díjoles que algunos enemigos reservados de la revolucion se empeñaban en descarriar su patriotismo; que se habia querido declarar à la república en estado de apuro, al paso que, en aquel punto, el realismo y la aristocracia estaban solos agonizando; que se empeñaban en desavenir à los franciscanos con los jacobinos, pero que al contrario debian formar una sola familia hermanada de intentos y principios; que aquel proyecto de asonada, aquel velo tendido sobre la declaracion de los derechos, alborozaban à los aristócratas, y que la víspera, imitando aquel ejemplo, habian velado en sus tertulias la declaracion de los derechos; y así, para acibarar el regocijo del enemigo comun, debian atropellarse en desembozar el código sagrado de la naturaleza. Los franciscanos quedaron arrollados, aunque habia entre ellos crecido número de amanuenses de Bouchotte; manifestáronse arrepentidos, arrebataron la gasa tendida sobre la declaracion de los derechos, y se la entregaron à Collot, encargándole que asegurase à los jacobinos seguirian siempre el mismo rumbo.

Collot d'Herbois tomó vuelo para ir à participar à los jacobinos su victoria contra los franciscanos y los ultra-revolucionarios. Yacian pues los conspirados en total desamparo, sin quedarles mas arbitrio que el de un golpe de mano, que, como hemos dicho, les era inasequible. La junta de salvacion pública acordó atajar todo intento por aquella parte, prendiendo à los principales caudillos, y enviándolos sobre la marcha al tribunal revolucionario. Ordenó à Fouquier que escudriñase los hechos que pudieran constituir una conspiracion, y disponer en seguida la formacion de causa. Saint-Just, quedó al mismo tiempo encargado de dar un informe à la convencion contra las facciones reunidas que amagaban el sosiego del estado.

El 23 ventoso (13 de marzo), presenta Saint-Just su informe, y ateniéndose al sistema corriente, muestra siempre al estranjero encabezando dos facciones; una compuesta de sediciosos, incendiarios, rateros, disfamadores y ateistas, que trataban de acarrear el

vuelco de la república con sus estremos; la otra compuesta de viciosos, ajiotistas y prevaricadores, quienes, cohechados con el cebo de los deleites, querian destroncar y desdorar la república. Dice que una de estas facciones habia salido al frente tremolando el pendon de la rebeldía, pero que iba à quedar atajada, y venia por consecuencia à pedir pena de muerte contra cuantos habian premeditado el vuelco de las potestades, maquinado el estragamiento del espíritu público y de las costumbres republicanas, entorpecido la llegada de los abastos, y contribuido de cualquier modo al plan tramado por el estranjero. Saint-Just añade luego que desde aquel punto se debia PONER AL ORDEN DEL DIA LA JUSTICIA LA HONRADEZ Y TODAS LAS VIRTUDES REPUBLICANAS.

En este informe, disparado con ímpetu fanático, quedaban todas las facciones igualmente amenazadas; pero à las claras el blanco para los tiros del tribunal revolucionario eran los conspiradores ultra-revolucionarios, como Ronsin, Vincent, Hebert, etc., y los corrompidos Chabot, Bazire, Fabre y Julien, fraguadores del decreto apócrifo. Guardábase siniestra reticencia con los que Saint-Just llamaba «induljentes y moderados.»

En la tarde del mismo dia, Robespierre y Couthon asoman en los Jacobinos, y entrambos merecen vivos aplausos. Los rodean, les dan el parabien del restablecimiento de su salud, y ofrecen à Robespierre rendidísimo afecto. Pide para el dia siguiente sesion estraordinaria, à fin de desenmarañar el misterio de la conspiracion descubierta. Acuérdase la sesion, y no le cede el afan del concejo, pues à propuesta del mismo Chaumette, se pide el informe que Saint-Just ha dado en la convencion, y envia à la imprenta de la república por un ejemplar para leerlo. Ríndese todo sumisamente à la autoridad triunfadora de la junta de salvacion pública. En aquella noche del 23 al 24, Fouquier-Tinville hace arrestar à Hebert, à Vincent, Ronsin, Momoro, Mazuel, uno de los oficiales de Ronsin, y por último al banquero advenedizo Kock, ajiotista y ultra-revolucionario, con quien Hebert, Ronsin y Vincent solian comer y fraguar sus intentos. De este modo la junta tenia dos banqueros estraños, para persuadir à todos que ambas facciones se movian al impulso de la coligacion. El baron de Batz debia conducir para probar este hecho contra Chabot, Julien y Fabre, y contra todos los corrompidos y moderados; Kock debia servir para la idéntica comprobacion contra Vincent, Ronsin, Hebert y los ultra-revolucionarios.

Los delatados se dejaron prender sin resistencia, y se enviaron el dia siguiente al Luxemburgo. Los presos se dispararon gozosos para ver entrar aquellos furibundos que tanto los habian asustado con el amago de un nuevo setiembre. Ronsin manifestó mucha entereza é indiferencia, el cobarde Hebert estaba abatido y exánime, Momoró aterrado, y Vincent convulso. El eco de estas prisiones corrió al punto por Paris, y causó jeneral alborozo. Por desgracia se añadia que no habian acabado, y que iban à cargar con jentes de todos los partidos. Repitióse lo mismo en la sesion estraordinaria de los jacobinos, y despues que cada cual fué refiriendo las especies que sabia acerca la conspiracion, de sus autores y de sus intentos, se añadió que por lo demás todas las tramas saldrian à luz, y que se daria un informe acerca de otros hombres que los perseguidos actualmente. La secretaría de guerra, el ejército revolucionario y los franciscanos acababan de quedar mal heridos en las personas de Vincent, Ronsin, Hebert, Mazuel, Momoro y consocios. Intentóse tambien hollar el concejo, y todo se volvia hablar de la dignidad del juez-mayor reservada para Pache; pero constaba su incapacidad de comprometerse en una conspiracion, su acatamiento à los superiores, su predominio con el pueblo, y no se queria descargar demasiado golpe arrollándolo con los otros. Se prefirió prender à Chaumette, que no era tan arrojado ni tan espuesto como Pache, pero que, por su vanagloria y sus desvarios, era el autor de las determinaciones mas indiscretas del concejo, y uno de los apóstoles mas fervorosos del culto de la Razon. Prendieron pues al desventurado Chaumette, y lo enviaron al Luxemburgo con el obispo Gobel, el de la farsa solemne de la abjuracion, y con Anacársis Clootz, escluido ya de los Jacobinos y de la convencion por su estranjería, su nobleza, su fortunon, su república universal y su ateismo.

Llegado Chaumette al Luxemburgo, los sospechosos corrieron à su encuentro, y lo escarnecieron de temporal. El desdichado, desviviéndose por declamar, no tenia por asomo ni el denuedo de Ronsin ni los disparos de Vincent. Su cabellera lacia y su mirar trémulo le daban visos de misionero, habiéndolo sido verdaderamente del nuevo culto. Ya le recordaban sus requisitorios contra los aristócratas, contra el hambre y contra los sospechosos; ya un preso inclinándosele, le decia: — Filósofo Anaxágoras, yo soy sospechoso, tú eres sospechoso, nosotros somos sospechosos.»—Chau-

mette se disculpó con acento rendido y trémulo, pero desde aquel punto no se atrevió à salir de su celdilla y presentarse en el patio de los presos.

La junta, despues de arrestar à estos desdichados, hizo estender por la de seguridad jeneral el auto de acusacion contra Chabot, Bazire, Delaunay, Julien de Tolosa y Fabre. Acusados los cinco, pasaron al tribunal revolucionario, y en aquel punto se supo que una emigrada perseguida por una junta revolucionaria se habia guarecido en casa de Herault-Sechelles. Ya este diputado, tan conocido, opulento y de noble alcurnia, con su estampa gallarda, un injenio culto y agraciado, que era amigo de Danton, de Camilo Desmoulins, de Proli, y que solia estremecerse mirándose entre las filas de los tremendos revolucionarios, se habia hecho sospechoso, y quedaba olvidado que fuese el autor principal de la constitucion. Hízolo prender ejecutivamente la junta, lo primero porque no gustaba de él, y luego para demostrar que ajusticiaba igualmente à los moderados que delinquian, y qué no seria mas induljente con ellos que con los demás reos. Así es que los golpes de la junta temible descargaban à un tiempo sobre sujetos de toda clase, opinion y mérito.

El primero jerminal (20 de marzo), se entabló la causa de parte de los conspiradores. Agolpáronse en el mismo acto Ronsin, Vincent, Hebert, Momoro, Mazuel, el banquero Kock, el jóven lyonés Leclerc, hecho jefe de division en la secretaría de Bouchotte, los llamados Ancar, Ducroquet, comisarios de abastos, y algunos otros individuos del ejército revolucionario y de la secretaría de guerra. Para llevar adelante la complicidad supuesta entre la faccion ultra-revolucionaria y la estranjera, se inculcó en la misma acusacion à Proli, Dubuisson, Pereira y Desfieux, que nunca habian tenido relacion con los demás acusados. Reservóse à Chaumette para abultar despues con Gobel y los demás farsantes del culto de la Razon; en fin, si Clootz, que debia asociarse à estos últimos, se incorporó con Proli, fué por su calidad de estranjero. Eran diez y nueve los reos, y Ronsin y Clootz los mas alentados é incontrastables. — « Esta, dice Ronsin à sus compañeros, es causa política; ¿à qué conducen todos esos papeles y preparativos de descargos? Quedaréis condenados. Cuando se debia obrar habeis estado hablando; sabed morir. En cuanto à mí, os juro que no me veréis dar un tropezon, ea, haced otro tanto. » —Los mengua-

dos Hebert y Momoro se lamentaban diciendo que estaba perdida la libertad. — ¡La libertad perdida, esclamó Ronsin, porque algunos menguadillos van à fenecer! La libertad es inmortal; nuestros enemigos se postrarán tras nosotros, y la libertad les sobrevivirá à todos. — Acusábanse mutuamente, y Clootz los amonestó para que no agravasen sus quebrantos con reconvenciones recíprocas, citándoles aquella fábula famosa:

> Soñaba yo esta noche que, acabado,
> Me habian junto á un pobre sepultado.

Surtió efecto la cita, y dejaron de vituperarse sus desdichas. Clootz, rebosando siempre de arranques filosóficos, hasta el cadalso se abalanzaba à los postreros residuos de deismo que podian quedar en ellos, y no cesó de predicarles hasta el estremo la naturaleza y la razon, con eficacia fervorosa, é indecible menosprecio de la muerte. Condujéronlos al tribunal, en medio de inmenso jentío, y ya se ha visto por la relacion de su conducta à qué venia à reducirse su conspiracion. Pandillistas de ínfima clase, tramadores de escritorio, acuchilladores rejimentados en el ejército revolucionario, se estremaban como inferiores conductores de órdenes que recargan siempre los recados; así es que habian querido estremar el gobierno revolucionario hasta que parase en una mera comision militar, el vuelco de las supersticiones en la persecucion de los cultos, las costumbres republicanas en tosquedad, la libertad del habla en indecencia asquerosa, y en fin el recelo y la severidad democrática respecto de los hombres en denigramiento horroroso. Baldones contra la comision y la junta, intentos de gobierno en palabras, propuestas en los Franciscanos y en las secciones, folletos inmundos, una visita de Ronsin à las cárceles, para escudriñar si habia patriotas encerrados, como acababa de estarlo él mismo, y en fin alguna amenaza, y el ensayo de una asonada socolor de carestía, estas eran sus tramas. Todo se reducia à necedades y desvergüenzas de jente estragada. Pero una conspiracion recónditamente entretejida y correspondiente con el estranjero era muy ajena de estos menguados. Era un supuesto alevoso de la junta, que el infame Fouquier-Tinville tuvo encargo de manifestar al tribunal, y este recibió órden para adoptarlo.

Las desvergüenzas con que Vincent y Ronsin se habian propasado contra Legendre, comiendo con él en casa de Pache, sus

proposiciones repetidas de organizar la potestad ejecutiva, se alegaron como testimonios del ánimo de anonadar la representacion nacional y la junta de salvacion pública. Sus comidas en casa del banquero Kock se citaron como pruebas de su correspondencia con el estranjero, y à estas se añadió la de cartas escritas de Paris à Lóndres, é insertas en los periódicos ingleses, anunciando, segun el azoramiento jeneral, asonadas presumibles. Estas cartas, dijeron à los reos, demuestran vuestras confidencias con el estranjero, puesto que predicen de antemano vuestras maquinaciones. La carestía que habian vituperado al gobierno para sublevar al pueblo se achacó à ellos solos; y Fouquier, pagando una calumnia con otra, les sostuvo que eran causadores de la carestía, haciendo asaltar en las carreteras à los portadores de hortaliza y fruta. Las municiones acopiadas en Paris para el ejército revolucionario se les vituperaron como preparativos de conspiracion. La visita de Ronsin à las cárceles se citò como prueba del intento de armar los sospechosos y dispararlos sobre Paris. En fin, los escritos esparcidos por los mercados, y el velo tendido sobre la declaracion de los derechos, se consideraron como principio de ejecucion. Hebert quedò tiznado de oprobio, y sin vituperarle apenas sus jestiones políticas y sú periódico, se contentaron con probarle robos de camisas y de pañuelos.

Orillemos estas discusiones vergonzosas entre reos tan rastreros y el fiscal soez de quien se valia un gobierno tremendo para consumar los sacrificios que tenia dispuestos. Retraido à su esfera encumbrada, este gobierno iba apuntando à los desventurados que le hacian sombra, y traspasaba à su procurador jeneral Fouquier la incumbencia de cumplir con las formalidades por medio de patrañas. Si en esta vil chusma de víctimas, sacrificadas à la necesidad del sosiego público, algunas merecian separarse, son aquellos desgraciados estranjeros Anacársis Clootz y Proli, condenados como ajentes de la coligacion. Proli, como lo hemos dicho, conociendo la Béljica su patria, habia vituperado el atropellamiento ignorante de los jacobinos en aquel pais; habia celebrado la sobresalencia de Dumouriez, y confesólo ante el tribunal. Su conocimiento de las cortes estranjeras habia sido provechoso dos ó tres veces à Lebrun, y lo confesó igualmente. —Tú has vituperado, le dijeron, el sistema revolucionario en Béljica, has celebrado à Dumouriez, y has sido amigo de Lebrun, con que eres ajente de los estranjeros.—

No se le alegaron mas hechos. En cuanto à Clootz, su república universal, su dogma de la razon, sus cien mil francos de renta, y algunos conatos emprendidos para poner en salvo una emigrada bastaron para convencerle. Al rayar el tercer dia de los debates, el jurado se declaró enterado, y condenó en cerro aquellos maquinadores, embrollones y menguados estranjeros à pena de muerte. Uno solo quedó absuelto, y fué el llamado Laboureau, quien, en este negocio, habia servido de espía à la junta de salvacion pública. El 4 jerminal (24 de marzo), à las cuatro de la tarde, fueron los reos conducidos al cadalso. El jentío fué tan crecido como en las ejecuciones anteriores, pues se alquilaban sitios en carros y mesas colocadas al derredor del cadalso. Ni Ronsin ni Clootz «tropezaron,» para valernos de esta espresion terrible. Hebert, avergonzado, exánime con el menosprecio, no se esmeraba en sobreponerse à su cobardía; desmayábase por instantes, y el populacho, tan soez como él, seguia la carreta aciaga, repitiendo el alarido de los pregoneros: «Está desesperadamente colérico el Padre Duchesne.»

Así quedaron sacrificados estos infelices à la necesidad indispensable de plantear un gobierno pujante y denodado; y aquí la necesidad de órden y obediencia no era una sofistería con la cual los gobiernos degüellan à sus víctimas. Toda la Europa estaba amagando à la Francia, todos los díscolos intentaban apoderarse de la autoridad, y comprometian la salvacion comun con sus contiendas. Era forzoso que algunos hombres mas denodados se apoderasen de esta autoridad contrastada, la ejerciesen con esclusion de todos, y pudiesen así emplearla para contrarestar à la Europa. Lo que conduele es el ver valerse de la mentira contra estos menguados, y hallar entre ellos un hombre de entereza, Ronsin, un loco inocente, Clootz, un estranjero chismoso quizá, mas no conspirador, sino de mérito, el desventurado Proli.

Apenas habian padecido los hebertistas el suplicio, los «indul-jentes» manifestaron sumo alborozo, y dijeron que no se equivocaban en delatar à Hebert, à Ronsin y Vincent, puesto que la junta de salvacion pública y el tribunal revolucionario acababan de llevarlos al cadalso. — «¿Porqué nos tachan? decian. No tenemos otra culpa mas que el vituperar à estos facciosos su intento de trastornar la república, destruir la convencion nacional, volcar la junta de salvacion pública, añadir el peligro de las guerras

relijiosas al de las civiles, y acarrear un desconcierto jeneral. Esto es cabalmente lo que les han vituperado Saint-Just y Fouquier-Tinville sentenciándolos à muerte. ¿En qué podemos ser nosotros conspiradores y enemigos de la república?»

Estas reflexiones eran en estremo atinadas, y la junta opinaba puntualísimamente como Danton, Camilo Desmoulins, Philippeaux y Fabre acerca de la continjencia de este laberinto anárquico; y en prueba de esto mismo, Robespierre, desde el 31 de mayo, habia estado defendiendo à Danton y Camilo, y tildando à los anarquistas. Pero, como lo hemos dicho, descargando sobre estos últimos, la junta se deslizaba à acarrearse el concepto de moderada, y por otra parte tenia que estremar sus rigores para no desconceptuarse en su rumbo revolucionario. Opinando idénticamente como Danton y Camilo, tenia que tachar sus opiniones, sacrificarlos en sus hablas, y aparentar equilibrarlos con los hebertistas. Saint-Just, en su informe contra ambas facciones, las habia acusado igualmente, enmudeciendo en ademan amenazador respecto à los «induljentes.» Habia dicho Collot en los Jacobinos que no se habian redondeado, y que estaban estendiendo un informe contra individuos, diferentes de los presos. A estos amagos se habia unido el arresto de Herault-Sechelles, amigo de Danton, y uno de los sujetos mas apreciados de aquel tiempo. Tales hechos no llevaban el sobrescrito de flaquear, y sin embargo andaban diciendo por todas partes, que la junta iba à desandar sus pasos, suavizar el sistema revolucionario, y desaforarse contra los degolladores de todos los jaeces. Cuantos anhelaban este rumbo de una política mas blanda, los arrestados, sus familias, y, en una palabra, todos los ciudadanos apacibles y perseguidos bajo el concepto de indiferentes, esperanzaron indiscretamente, y fueron voceando que iba à espirar el réjimen sanguinario. Esta fué luego la opinion jeneral, voló por los departamentos, y en especial hácia el del Ródano, donde hacia meses se estaban ejerciendo espantosas venganzas, y donde Ronsin habia causado tanto pavor. Hubo algun desahogo en Lyon, y ya se atrevian à arrostrar à los opresores como diciéndoles que iban à finar sus crueldades. A estas voces, à estas esperanzas de la clase media y sosegada, se airaron los patriotas. Los jacobinos de Lyon escribieron à los de Paris que los aristócratas iban irguiendo la cabeza, que luego no se podria con ellos, y que si no enviaban fuerzas y estímulos, tendrian que suicidarse

como el patriota Gaillard, quien se dió de puñaladas en el primer encarcelamiento de Ronsin.

«He visto, dijo Robespierre en los Jacobinos, cartas de algunos patriotas lyoneses; retratan todas la idéntica desesperacion, y si no se acude con un específico ejecutivo à sus quebrantos, no hallarán alivio mas que en la receta de Caton y de Gaillard. La faccion alevosa, que, con ínfulas de patriotismo disparatado, intentaba sacrificar à los patriotas, queda esterminada, pero importa poco à los estranjeros mientras tengan otra. Triunfando Hebert, iba al través la convencion, se empozaba la república en el cáos, y quedaba la tiranía en sus glorias; pero con los moderados amaina el denuedo de la convencion, los delitos de la aristocracia siguen impunes, y triunfan los tiranos. El estranjero pues esperanza no menos con una faccion que con otra, y tiene que asalariarlas à todas sin estrecharse con ninguna. ¿Qué le importa que Hebert espire en el cadalso, si le quedan traidores de otra calaña para llevar à cabo sus proyectos? Nada pues habeis hecho, mientras os quede una faccion por destruir, y la convencion está resuelta à irlas sacrificando todas hasta la postrera.»

Así la junta se habia hecho cargo de la necesidad de precaver la reconvencion de moderada con un nuevo sacrificio. Robespierre defendiera à Danton, cuando una faccion desaforada venia à descargar à su lado sobre uno de los patriotas mas esclarecidos. Entonces la política y el peligro comun, todo le incitaba à escudar à su antiguo compañero, pero hoy esta faccion osada ya no existia. Defendiendo mas largo tiempo al compañero ya malquisto, se comprometia à sí mismo; y por otra parte, la conducta de Danton no podia menos de acarrear un hervidero de reflexiones en su interior celosísimo. ¿Qué estaba haciendo Danton lejos de la junta? Cercado de Philippeaux y de Camilo Desmoulins, asomaba como incitador y caudillo de esta nueva oposicion que acribillaba al gobierno con motes y escarnios amargos. Hacia algun tiempo que, sentado frente à la tribuna à donde venian à descollar los individuos de la junta, Danton rebosaba de amenazas y menosprecios à un tiempo. Su ademan, sus dichos repetidos de boca en boca, sus enlaces, todo estaba demostrando que, despues de haberse apeado del gobierno, se habia encaramado à censurarlo, quedándose à la parte de afuera, como para atacarle con su anchurosa nombradía. Hay mas; aunque ya malquisto, Danton disfrutaba sin embargo un

concepto de arrojo y de númen político en sumo grado. Sacrificado una vez, no quedaba nombre de bulto fuera de la junta, y en ella solo habia reputaciones subalternas, Saint-Just, Couthon, y Collot d'Herbois. Aviniéndose à este sacrificio, Robespierre, de un revés, volcaba un competidor, devolvia al gobierno su concepto de pujanza, y robustecia principalmente su opinion de virtud, traspasando à un hombre tachado de idolatrar el dinero y los deleites; además se veia engolfado en este sacrificio por todos sus compañeros, mas celosos todavía de Danton que él mismo. Couthon y Collot d'Herbois no ignoraban los menosprecios que debian al decantado tribuno; Billaud, yerto, rastrero y sanguinario, encontraba en él grandiosidad matadora, y Saint-Just, dogmatizador, austero y engreido, era todo antipatía con un revolucionario ejecutivo, jeneroso y pechi-abierto, y estaba viendo que, muerto Danton, quedaba el segundo personaje de la república. En fin, sabian todos que Danton, proyectando la renovacion de la junta, conceptuaba que no debia conservar sino à Robespierre. Galantearon pues à este, y no tuvieron que estremar sus conatos para desentrañarle una determinacion tan grata à su altanería. No constan las esplicaciones acarreadoras de esta resolucion, ni el dia en que se acordó, pero de repente se hicieron misteriosos y amenazadores. No se trató de sus proyectos, pues en la convencion y en los Jacobinos, enmudecieron aferradamente; sin embargo corrieron à hurtadillas rumores siniestros, y se dijo que Danton, Camilo, Philippeaux y Lacroix iban à ser sacrificados al encumbramiento de sus compañeros. Amigos comunes de Danton y de Robespierre, sobresaltados con estas voces, y hechos cargo de que tras este acto, no habia cabeza segura, y que el mismo Robespierre no debia vivir sosegado, intentaron rehermanar à Robespierre y à Danton, comprometiéndolos à esplicarse. Robespierre, cerrado en su mudez, se desentendió de toda propuesta, guardando una reserva fiera. Al hablarle de la intimidad antigua que solia demostrar à Danton, respondió hipócritamente que nada podia en pro ni en contra de su compañero, que la justicia estaba presente para defender la inocencia; que en cuanto à él, su vida entera habia sido un sacrificio perpetuo de sus propensiones ante la patria, y que si su amigo era reo, tambien le sacrificaria à su pesar, como à todos los demás, ante el ara de la república.

Se echó de ver desde luego que el competidor hipocriton no

accedia à compromisos con su amigo, y que se reservaba el ensanche de lanzarlo à sus compañeros. La voz de nuevos arrestos fué siendo con efecto mas válida, y los amigos de Danton le estrechaban para que se desadormeciera, se desprendiera de su pereza, y descollase al fin con aquella sien revolucionaria que siempre habia contrastado la tormenta. —Me consta, decia Danton, intentan prenderme... pero no, añadia, no se atreverán...—Y por otra parte, ¿qué podia hacer? Huir era imposible. ¿Qué pais querria guarecer à revolucionario tan formidable? ¿Iria à cohonestar con su huida todas las calumnias de sus enemigos? Y tras esto, era amante de su pais.—¿Se lleva uno consigo, esclamaba, à su patria en la suela de los zapatos»?— Por otra parte, permaneciendo en Francia, pocos arbitrios le quedaban de que echar mano. Los «ultra-revolucionarios» habian cargado con los franciscanos, y Robespierre con los jacobinos. La convencion estaba trémula. ¿Cuál seria su arrimo?.... Esto es lo que no han considerado debidamente cuantos, habiendo visto aquel hombre tan poderoso acentellear el solio el 10 de agosto, y asonar el pueblo contra los estranjeros, no han podido alcanzar cómo cayó sin resistencia. El númen revolucionario no se cifra en renovar la popularidad malograda, ni en plantear fuerzas inexistentes, sino en dirijir osadamente los impulsos de un pueblo cuando se abrigan en el propio pecho. El desprendimiento de Danton y el desvío de los negocios le habian casi desposeido de la privanza popular, ó à lo menos no le quedaba lo suficiente para volcar la autoridad reinante. Bajo este convencimiento de su desvalida situacion, esperaba repitiendo: «No se atreverán.» Cabia en efecto el conceptuar que ante su nombradía y sus esclarecidos rasgos, titubearian sus contrarios; y luego se reengolfaba en su pereza y en aquel descuido de los pechos esforzados que esperan el peligro, sin azorarse mucho para sortearlo.

La junta seguia con su mudez, y hablillas siniestras iban siempre à mas por momentos. A los seis dias de la muerte de Hebert, esto es, el 9 jerminal, de repente los hombres apacibles, indiscretamente esperanzados con el vuelco de los frenéticos, dicen que luego se quedará descargado de dos santos, Marat y Chalier, y que se ha hallado en su vida campo para trasformarlos tan de improviso como à Hebert, de finos patriotas en facinerosos. Esta voz, que se daba la mano con el concepto del retroceso, cunde rapidí-

simamente, y se oye repetir por todas partes que los bustos de Marat y de Chalier van à destrozarse. El torpe Legendre delata estas hablillas á la convencion y à los jacobinos, como protestando, en nombre de sus amigos los moderados, contra semejante intento. — «Sosegaos, esclama Collot en los Jacobinos, semejantes hablillas quedarán desmentidas. Hemos desembrazado el rayo contra los hombres infames que engañaban al pueblo, pero los hemos desembozado, y no son los únicos..... Desembozarémos à otros; no se figuren los induljentes que estamos peleando por ellos, y que por ellos hemos celebrado aquí esclarecidas sesiones. Pronto los vamos à desengañar.....»

El dia siguiente, con efecto, 10 jerminal (31 de marzo), la junta de salvacion pública llama à sí à la de seguridad jeneral, y para autorizar mas sus providencias, convoca tambien la de lejislacion. Juntos los vocales, toma la voz Saint-Just, y en uno de aquellos informes disparados y alevosos que acertaba à disponer, delata à Danton, Desmoulins, Philippeaux, y Lacroix, y propone su arresto. Los vocales de las otras dos juntas, aterrados y trémulos, no se atreven à hacer frente, y creen desentenderse del peligro, conformándose. Impónese sumo silencio, y en la noche del 10 al 11 jerminal, los cuatro quedan presos impensadamente, y los llevan al Luxemburgo.

Desde la madrugada, corriendo la voz por Paris, habia causado una especie de pasmo. Júntase la convencion, y guarda un silencio lleno de susto. La junta, que era siempre la que lo rompia, y ostentaba la avilantez del poderío, no habia asomado aun, cuando Legendre, que no hacia bastante bulto para ser preso con sus amigos, se adelanta à tomar la voz: «Ciudadanos, dice, cuatro vocales de esta asamblea han sido presos esta noche; sé que uno de ellos es Danton, é ignoro el nombre de los otros; pero cualesquiera que sean, pido que se les oiga en la barandilla. Ciudadanos, lo declaro, conceptúo à Danton tan inocente como yo mismo, y no creo que nadie tenga nada que tacharme; no las habré con ningun individuo de las juntas de salvacion pública y de seguridad jeneral, pero tengo derecho para recelar que enconos particulares y pasiones individuales defrauden la libertad de los varones que le han hecho importantísimos servicios. El hombre que, en setiembre de 92, salvó la Francia con su denuedo, es acreedor à que se le oiga, y debe disfrutar la facultad de esplicarse cuando le tachan de haber vendido à su patria.»

Proporcionar à Danton ensanche para hablar en la asamblea era el arbitrio mas acertado para salvarle y desembozar à sus contrarios. Muchos vocales con efecto opinaban que se le oyese; pero en aquel punto, Robespierre, anticipándose à la junta, llega en medio de la discusion, trepa à la tribuna, y con desentono colérico y amenazador habla en estos términos: « Por la turbacion desconocida hace largo tiempo que reina ahora en esta asamblea, y por el azoramiento que ha causado el preopinante, se echa muy de ver que media aquí grandísimo interés, y que se trata de apurar si algunos individuos han de preponderar hoy à la patria. Pero ¿cómo podeis olvidar vuestros principios, hasta el punto de otorgar hoy à ciertos individuos lo que no ha nada negasteis à Chabot, Delaunay y à Fabre d'Eglantine? ¿A qué viene esa diferencia à favor de algunos sujetos? ¿Qué me suponen elojios apropiados à sí mismo ú à los amigos?.. Sobrada esperiencia nos ha enseñado à recelarnos de estas alabanzas; y ya no se trata de saber si un hombre ha cometido tal ó cual acto patriótico, sino cuál ha sido toda su carrera.

« Legendre parece que ignora los nombres de los presos, aunque lo sabe toda la convencion. Su amigo Lacroix es uno de ellos ¿Porqué aparenta Legendre ignorarlo? Porque sabe muy bien que no se puede abonar à Lacroix sin desvergüenza. Ha hablado de Danton, por cuanto cree que este nombre sin duda lleva consigo un privilejio... No, no queremos prerogativas, no queremos ídolos... »

A estas últimas palabras, estallan aplausos, y los cobardes, temblando en aquel punto ante un ídolo, celebran sin embargo el vuelco de aquel que ya no temen. Continúa Robespierre: « ¿En qué se sobrepone Danton à Lafayette, à Dumouriez, à Brissot, à Fabre, à Chabot y à Hebert? ¿Qué se dice de él que no se pueda aplicar à ellos? ¿Sin embargo los habeis contemplado? ¿Os hablan del despotismo de las juntas, como si la confianza que el pueblo os ha conferido y les habeis traspasado, no fuese prenda segura de su patriotismo. Se aparentan zozobras; pero lo digo, quién tiemble en este punto es ya reo, por cuanto la inocencia no teme la celaduría pública. »

Aquí, nuevos vítores de los mismos cobardes que tiemblan, y quieren probar que no temen. « A mí tambien, añade Robespierre, han intentado infundirme zozobras. Han querido darme à entender que al acercarme à Danton, el peligro podia recaer sobre

mí. Me han escrito, y los amigos de Danton me han pasado cartas, me han sitiado con sus cargos, han conceptuado que el recuerdo de un enlace antiguo, que una fe inveterada en virtudes aparentes, me inclinarian à amainar en mi afan y mi pasion por la libertad. Pues bien, declaro que si los peligros de Danton habian de venir à parar à mi, este miramiento no me detendria un punto. Aquí es donde necesitamos todos algun denuedo y magnanimidad. Las almas vulgares ó los reos temen siempre ver caer à sus semejantes, porque, no teniendo delante una valla de otros reos, quedan espuestos al resplandor de la verdad; pero si hay almas vulgares, tambien las hay heroicas en esta asamblea, y sabrán arrostrar todo terror infundado. Por otra parte, el número de los reos no es crecido; el delito halló pocos parciales entre nosotros, y derribando algunas cabezas, queda libertada la patria.»

Robespierre se habia ido granjeando desenvoltura y maña para decir cuanto apetecia, y nunca habia acertado à ser tan artero y alevoso. Hablar del sacrificio que hacia desamparando à Danton, cohonestarse con él, terciar en el riesgo si lo habia, y desasustar à los cobardes hablando del corto número de los reos, era lo sumo de la hipocresía y de la maña. Así es que todos sus compañeros deciden unánimemente que los cuatro diputados presos en la noche anterior no seràn oidos en la convencion. Llega en aquel punto Saint-Just, y lee su informe. Disparábanle contra las víctimas, por cuanto juntaba la sutileza necesaria para hacer los hechos embusteros dándoles la significacion que no tenian, un ímpetu y una pujanza estraordinaria de estilo. Jamás habia sido ni tan horrorosamente persuasivo, ni tan aleve; pues, por violento que fuese su encono, no podia convencerle de cuanto daba por sentado. Despues de haber calumniado estensamente à Philippeaux, à Camilo Desmoulins, à Herault-Sechelles, y acusado à Lacroix, llega por fin à Danton, é inventa hechos falsísimos, ó desfigura atrozmente los ya sabidos. Segun él, Danton, avariento, perezoso, embustero, y aun cobarde, se vendió à Mirabeau, despues à los Lameths, y estendió con Brissot la demanda que acarreó el tiroteo del Campo-de-Marte, no para volcar el solio, sino para arcabucear à los mejores ciudadanos: despues se ha ido à su salvo à descansar y devorar en Arcis-sur-Aube el fruto de sus alevosías. Ocultóse el 10 de agosto, y reapareció para hacerse ministro; entonces se enlazó con el partido de Orleans, é hizo nombrar à Orleans y à Fabre para la

diputacion. Hermanado con Dumouriez, no teniendo à los jirondinos sino un encono aparente, y sabiendo siempre entenderse con ellos, estuvo opuesto, al 31 de mayo y quiso hacer arrestar à Henriot. Cuando Dumouriez, Orleans, y los jirondinos han sido castigados, ha sabido avenirse con el partido que intentaba restablecer à Luis XVI. Tomando dinero à diestro y siniestro, de Orleans, de los Borbones y del estranjero, comiendo con los banqueros y los aristócratas, internado en todas las tramas, pródigo de esperanzas con todos los partidos, en fin Catilina lejítimo, codicioso, mujeriego, perezoso y estragador de las costumbres públicas, ha ido à empozarse por última vez en Arcis-sur-Aube, para regalarse con sus rapiñas. Vuelto por fin, se ha entendido nuevamente con todos los enemigos del estado, con Hebert y consocios, por el vínculo comun de los estranjeros, para asaltar à la junta y à los individuos que la convencion habia revestido de su confianza.

A continuacion de este inícuo informe, la convencion decretó la acusacion de Danton, Camilo Desmoulins, Philippeaux, Herault-Sechelles y Lacroix.

Habíanse conducído estos desventurados al Luxemburgo, y Lacroix decia à Danton: ¡ Prendernos ! ¡ à nosotros! ¡ jamás lo hubiera soñado ! — No lo soñaras, respondió Danton; yo lo sabia, pues me lo habian avisado. — ¡Con qué lo sabias, esclamó Lacroix, y no te has movido ! Mal haya tu pereza, ella nos ha perdido. — Nunca creí, respondió Danton, que se atreviesen à ejecutar su intento.

Acudieron à tropel los presos al postigo para mirar al célebre Danton y aquel interesante Camilo, por quien rayara alguna esperanza en las mazmorras. Danton estaba, como siempre, sosegado, arrogante y aun festivo; Camilo, atónito y desconsolado; Philippeaux, conmovido y ensalzado con el peligro; Herault-Sechelles, que les habia precedido al Luxemburgo algunos dias, corrió al encuentro de sus amigos, y los abrazó jovialmente. — «Cuando los hombres, dijo Danton, incurren en necedades, hay que echarse à reir.» — Despues viendo à Tomás Payne, le dijo: — «Cuanto has hecho por la dicha y la libertad de tu pais, he intentado en vano hacerlo con el mio; no he sido tan dichoso, pero tampoco mas reo... Me envian al cadalso, pues bien, amigos, hay que ir allá jovialmente...»

El dia siguiente 12, se envió el acta de acusacion al Luxemburgo, y los acusados se trasladaron à la Conserjería para pasar

de allí al tribunal revolucionario. Enfurecióse Camilo al leer aquella acta embustera y odiosísima. Serenóse luego, y dijo con desconsuelo: «Voy al cadalso por haber derramado tal cual lágrima sobre la suerte de tanto desventurado, y mi único pesar al morir es no haberles sido provechoso.» — Todos los presos, cualquiera que fuese su jerarquía ú opinion, le miraban con interés entrañable, y exhalaban votos finísimos por él. Philippeaux dijo algunas palabras acerca de su mujer, y sosegóse luego. Herault-Sechelles conservó aquel donaire y aquellos modales con que descollaba aun entre los individuos de su jerarquía; abrazó à su criado leal que le habia seguido al Luxemburgo, y que no pudiendo acompañarle à la Conserjería, lo estuvo consolando y alentando. Trasladaron al mismo tiempo à Fabre, Chabot, Bazire y Delaunay, à quienes se intentaba sentenciar juntamente con Danton para tiznar su causa con visos de complicidad con los falsarios. Fabre estaba enfermo y casi moribundo. Chabot, que desde lo íntimo de su cárcel, habia estado escribiendo à Robespierre é implorándole con las mas rendidas lisonjas, sin lograr conmoverle, miraba ya su muerte segura, y el oprobio, para él no menos positivo que el cadalso, y entonces quiso envenenarse. Tragó en efecto sublimado corrosivo; pero el dolor haciéndole prorumpir en alaridos, confesó su intentona, aceptó auxilios, y fué trasladado tan enfermo como Fabre à la Conserjería. Cierto arranque un tantillo mas hidalgo brotó en él en medio de su martirio, y fué un pesar amargo de haber comprometido à su amigo Bazire, quien de ningun modo terciara en el delito. — «¿Bazire, esclamaba él, mi cuitado Bazire, qué es lo que has hecho?»

En la Conserjería infundieron los reos la propia curiosidad que en el Luxemburgo. Albergáranlos en el propio calabozo de los jirondinos, y Danton habló con el mismo denuedo. «Hoy es cumpleaños, dijo, que hice plantear el tribunal revolucionario; pídole perdon à Dios y à los hombres. Mi propósito era precaver un nuevo setiembre, y no desenfrenar ese azote de la humanidad.» —Luego volviendo à su menosprecio para con sus compañeros que le asesinaban: «Estos hermanos Caines, dijo, no entienden una jota en punto à gobierno, y lo dejo todo en un desconcierto pavoroso...» — Valióse entonces, para caracterizar el desvalimiento del paralítico Couthon y del cobarde Robespierre, de espresiones deshonestas, pero orijinales, que denotaban una jovialidad peregrina; y solo un

momento manifestó asomos de pesar por haberse engolfado en la revolucion: — «Mas valdria, dijo, ser un pobre pescador que gobernar à los hombres.» Esta fué la única voz de aquel temple que pronunció.

Lacroix aparecia atónito al ver en los calabozos el número y la desventura de los presos. «¡Cómo! le dijeron, ¿las carretas cargadas de víctimas no están pregonando lo que sucede en Paris?» El asombro de Lacroix era candoroso, y sirve de leccion para los hombres que, desalados tras un objeto político, no conceptúan debidamente los padecimientos individuales de las víctimas, y aparentan no creerlos porque no los están viendo.

El dia siguiente 13 jerminal, fueron conducidos los presos al tribunal en número de quince. Habian agolpado los cinco caudillos moderados, Danton, Herault-Sechelles, Camilo Desmoulins, Philippeaux, Lacroix; los cuatro falsarios, Chabot, Bazire, Delaunay, Fabre d'Eglantine; los dos cuñados de Chabot, Junio y Manuel Frey; el proveedor d'Espagnac, el desventurado Westermann, tachado de terciar en los cohechos y amaños de Danton; y en fin dos estranjeros amigos de los reos, el español Guzman, y el dinamarqués Diederichs. El objeto de la junta, hacinando estos entes inconexos, era inculcar à los moderados con los fementidos y los estranjeros, para seguir siempre probando que la moderacion procedia à un tiempo de falta de virtudes republicanas y de la seduccion del oro estranjero. Acudiera inmenso tropel para mirar à los acusados, y algun viso de aquel interés que infundiera Danton, habia rayado con su presencia. Fouquier-Tinville, los jueces y los jurados, revolucionarios de escalera abajo, desempozados de la nada por su mano poderosa, se mostraban cortados à su presencia: su desenvoltura y su arrogancia los acosaban, y su ademan era de fiscal mas bien que de reo. El presidente Hermann y Fouquier-Tinville, en vez de sortear los jurados, como espresaba la ley, los fueron entresacando, y tomaron los que ellos llamaban los «macizos.» Entablóse el interrogatorio, y cuando se encararon con Danton con las preguntas corrientes sobre su edad y domicilio, respondió altaneramente que tenia treinta y cuatro años, que su nombre estaria luego en el Panteon, y él en la nada. Camilo respondió que tenia treinta y tres años, la edad del «descamisado Jesucristo.» Bazire tenia veinte y nueve, Herault-Sechelles y Philippeaux treinta y cuatro. Así es que el injenio, el denuedo, el patriotismo y la

mocedad, todo se hallaba aquí aunado en el nuevo holocausto, como en el de los jirondinos.

Danton, Camilo, Herault-Sechelles y los otros se quejaron de que su causa estuviese confundida con la de muchos falsarios; pero se pasó de largo. Se escudriñó al pronto la acusacion contra Chabot, Bazire, Delaunay y Fabre-d'Eglantine. Chabot se aferró en su sistema, y sostuvo que no habia terciado en la conspiracion de los ajiotistas sino para desembozarla. A nadie persuadió, por ser estraño que al entrar no lo participara reservadamente à algun vocal de las juntas, y que la descubriese tan tarde reteniendo el caudal en su poder. Delaunay quedó convicto; Fabre, à pesar de su defensa mañosa, cifrada en decir que al redoblar las raspaduras en la copia del decreto, creia no raspar mas que un proyecto, quedó convencido por Cambon, cuya declaracion candorosa y desinteresada era terminante. Probó con efecto à Fabre que las minutas de decretos nunca se firmaban, que la copia que habia raspado lo estaba por todos los miembros de la junta de los cinco, y que por consiguiente no habia podido suponer que raspase un mero proyecto. Bazire, cuya complicidad se reducia à la reserva, apenas fué escuchado en su defensa, y quedó igualado con los otros por el tribunal. Pasaron luego à d'Espagnac, à quien se tachaba de haber cohechado à Julien de Tolosa, para que recomendase sus propuestas, y de haber participado en la trama de la compañía de Indias. Aquí las cartas evidenciaban los hechos, y la agudeza de Espagnac à nada alcanzó contra esta prueba. Preguntóse luego à Herault-Sechelles; Bazire quedó declarado reo como amigo de Chabot, y Herault lo fué por íntimo de Bazire, y haber tenido algun conocimiento por él de la trama de los ajiotistas, por haber favorecido à una emigrada, por haber sido amigo de lôs moderados, y por haber hecho suponer, con su apacibilidad, su gracejo, su caudal y sus pesares mal disfrazados, que era tambien moderado. Vino despues de Herault la vez de Danton, y enmudeció la asamblea al levantarse para tomar la voz. — «Danton, le dijo el presidente, la convencion os acusa de haber conspirado con Mirabeau, con Dumouriez, con Orleans, con los jirondinos, con el estranjero y con la faccion que intenta restablecer à Luis XVI.» — «Mi voz, respondió Danton con su metal poderoso, mi voz que tantas veces se dejó oir por la causa del pueblo, no tendrá que afanarse para rechazar la calumnia. Vengan acá esos cobardes que me acusan, y quedarán tiznados de oprobio...

Acudan aquí las juntas, yo no responderé sino en su presencia; las necesito para fiscales y para testigos... Que asomen... Por lo demás, nada me importa ni de vosotros ni de vuestra sentencia... Ya os lo he dicho, la nada será luego mi guarida. La vida me es gravosa, fuera con ella... Ya me corre priesa el descargarme de su peso.» Al acabar estas palabras, mostróse Danton airado, y su corazon hervia por tener que contestar à semejantes hombres. Su demanda de comparecencia à las juntas, y su albedrío terminante de no contestar sino en su presencia, habia arredrado al tribunal y causado suma conmocion. Este careo con efecto era cruelísimo para ellos, se hubieran visto abochornados, y la condena quizás se hiciera inasequible. —«Danton, dice el presidente, la osadía es compañera del delito, y el sosiego lo es de la inocencia.» —A esta voz, esclama Danton: «La osadía individual es reprensible sin duda, pero aquella osadía nacional, de que tantas veces dí ejemplo, y que tuve siempre à las órdenes de la libertad, es la virtud mas meritoria de todas. Este arrojo es el mio, y es el mismo del que me valgo en defensa de la república contra los cobardes que me están acusando. Al verme tan soezmente calumniado, ¿puedo yo reportarme? No hay que esperar defensa yerta de un revolucionario como yo... Los hombres de mi temple son inestimables en las revoluciones... y en su frente campea estampado el númen de la libertad.» —Cabezeaba Danton al proferir estas palabras, y retaba al tribunal. Sus facciones tan temidas estaban causando sensacion entrañable, y el pueblo, que se impresiona con la pujanza, susurraba un eco de aprobacion.— «¡Yo, continuaba Danton, tildado de conspirar con Mirabeau, con Dumouriez y con Orleans, y de haberme postrado à las plantas de viles déspotas! ¡A mí es à quien se me intima que responda à la «justicia inevitable é inflexible!..» (*) Y tú, cobarde Saint-Just, tú responderás á la posteridad por tu acusacion contra la primera columna de la libertad... Al repasar esa lista de atentados, añadió Danton, apuntando al acta de acusacion, me estremezco todo.» — El presidente le encarga de nuevo que se sosiegue, y le cita el ejemplo de Marat, que respondió con acatamiento al tribunal. —Sigue Danton diciendo que puesto que lo apetecen, va à referir su vida. Entonces recuerda el trabajo que le costó el alcanzar las funciones municipales, el conato de los constituyentes para atajarle, la resistencia que contrapuso à los intentos de Mirabeau, y ante todo

(*) Espresiones de la acta de acusacion.

lo que hizo en aquella jornada famosa en que, cercando el carruaje rejio con un pueblo inmenso, atajó el viaje à Saint-Cloud. Despues refiere su conducta cuando llegó el pueblo al Campo de Marte, para firmar una demanda contra el solio, y el motivo de su contenido; el arrojo con que él primero propuso el derribo del trono en 92; el denuedo con que proclamó la asonada del 9 de agosto por la tarde, y el teson que estuvo acreditando en las doce horas de la asonada. Ahogado aquí de ira, recordando el cargo que le hacen de haberse retraido al asomar el 10 de agosto: « ¡ En dónde están, clama, los que tuvieron que estrechar à Danton para hacer que se mostrase en aquella jornada? ¿En dónde están los entes privilejiados que le franquearon su pujanza? Vengan acá esos acusadores... estoy en mis cabales potencias cuando los pido... yo desembozaré à los tres pícaros rastreros que han cercado y perdido à Robespierre... acudan aquí, los volcaré en la nada de donde jamás debieron salir..... » —El presidente quiere interrumpir de nuevo à Danton, y redobla su campanilla; pero Danton con su voz sonòra ahoga aquel eco. —¿Qué no me oís? le dice el presidente.—La voz de un hombre, replica Danton, que defiende su pundonor y su vida, debe arrollar los ecos de tu campanilla.»— Sin embargo estaba quebrantado de indignacion, y tenia la voz alterada, y entonces el presidente le encarga con atencion que tome algun descanso, para volver à su defensa con mas sosiego y reposo.

Calla Danton, y se pasa à Camilo, cuyo « Franciscano Antiguo » se lee, y que se desespera en vano contra la interpretacion dada à sus escritos. Vienen luego à Lacroix, recordando amargamente su conducta en Béljica; pero, à ejemplo de Danton, pide la comparecencia de varios individuos de la convencion, insistiendo con ahinco para alcanzarla.

Esta primera sesion causó una sensacion jeneral, y el tropel que cercaba el palacio de la justicia, y se esplayaba hasta los puentes, aparecia entrañablemente conmovido. Estaban los jueces despavoridos; Vadier, Vouland, Amar, los individuos mas malvados de la junta de seguridad jeneral, habian asistido à los debates, encubiertos en la imprenta inmediata al salon del tribunal, y que comunicaba con él por una ventanilla. Desde allí habian estado viendo con susto el arrojo de Danton y los ánimos del público. Empezaban à desconfiar de la condena, y Hermann y Fouquier habian

acudido, en seguida de la audiencia, à la junta de salvacion pública, participándole la peticion de los reos, quienes querian que compareciesen varios miembros de la convencion. Empezaba la junta à titubear; Robespierre se habia marchado à su casa, y Billaud y Saint-Just eran los únicos presentes. Prohiben à Fouquier que conteste, y le encargan que vaya dilatando los debates, para llegar al fin de los tres dias sin esplicarse, y hacer entonces declarar por los jurados que ya quedan enterados de todo.

Mientras sucedia esto en el tribunal, en la junta y en Paris, no era menor la conmocion en las cárceles, donde se profesaba un interés entrañable por los reos, y anochecia para todos, quedando sacrificados aquellos revolucionarios. Estaba en el Luxemburgo el desdichado Dillon, amigo de Desmoulins, y defendido por él, quien supo por Chaumette, que, espuesto al mismo peligro, corria parejas con los moderados, cuanto pasara en el tribunal. Sabíalo Chaumette por su mujer, y Dillon, cuya cabeza era acalorada, y que, como militar veterano, solia empapar en vino sus quebrantos, habló inconsideradamente à un llamado Laflotte, preso con él, y le dijo que ya era hora de que los finos republicanos irguiesen la cabeza contra opresores inicuos, que el pueblo, al parecer, volvia en sí, que Danton pedia que se le dejase contestar à las juntas, que su condena estaba lejos de ser positiva, que la mujer de Camilo Desmoulins, derramando asignados, podria sublevar al pueblo, y que si lograba ponerse en salvo, juntaria bastante jente denodada para redimir à los republicanos que iban à ser víctimas del tribunal. Eran estas pláticas baladíes que exhalaban la embriaguez y el pesar. Sin embargo parece que se trató tambien de enviar mil pesos y una letra à la mujer de Camilo, pero el cobarde Laflotte, creyendo lograr vida y libertad delatando una trama, corrió à declarar al alcaide de Luxemburgo una conspiracion supuesta y ya en el disparador dentro y fuera de las cárceles para arrebatar los reos y asesinar los individuos de ambas juntas; y luego se verá el uso que se hizo de esta declaracion tan aciaga.

Igual era la concurrencia, el dia siguiente, en el tribunal, y Danton y compañeros, con la misma entereza y teson, piden de nuevo la comparecencia de varios vocales de la convencion y de las dos juntas. Fouquier, estrechado para contestar, dice que no se opone à que los testigos necesarios sean llamados. No basta, añaden los reos, que no ponga tropiezo, sino que se requiere además el que él

mismo los llame. Replica à esto Fouquier que llamará à cuantos apetezcan, escepto los vocales de la convencion, por cuanto corresponde à la misma asamblea el decidir si sus individuos pueden ser ó no citados. Los reos claman nuevamente que los defraudan de sus medios de defensa. Es sumo el alboroto, y el presidente preguntando todavía à algunos acusados, Westermann, los dos Frey, y Guzman, se apresura à levantar la sesion.

Escribió Fouquier sobre la marcha una carta à la junta participándole cuanto pasara, y en demanda de arbitrios para contestar à las peticiones de los reos. Intrincado era el paso, y todos andaban titubeando. Aparentaba Robespierre no manifestar su dictámen, y solo Saint-Just, mas aferrado é impetuoso, opinaba que no se debia cejar, tapando la boca à los reos y enviándolos à la cuchilla. En este punto, acababa de recibir la declaracion del preso Laflotte, dirijida à la policía por el llavero del Luxemburgo. Saint-Just está viendo allí la semilla de una conspiracion fraguada por los reos, y el pretexto de un decreto que zanjará la contienda del tribunal con ellos. La madrugada siguiente, preséntase con efecto à la convencion, y le dice que un peligro inminente está amenazando à la patria, pero que será el postrero, que arrostrándolo con denuedo, quedará pronto hollado. «Los acusados, dice, presentes en el tribunal revolucionario están en plena rebelion, amenazando al tribunal y jugueteando escarnecidamente con él. Escitan al pueblo, pueden estraviarlo, y además han fraguado una conspiracion en las cárceles; la mujer de Camilo ha recibido dinero para promover una asonada; el jeneral Dillon debe salir del Luxemburgo, capitanear algunos conspiradores, degollar ambas juntas, y libertar à los reos.» Con esta relacion alevosa y fementida, los condescendientes claman que es horroroso, y la convencion vota unánimemente el decreto propuesto por Saint-Just. En virtud de este decreto, el tribunal debe continuar de una tirada la causa de Danton y de sus cómplices, y queda autorizado para orillar à los reos que desacatasen la justicia, ó que intentasen mover turbulencias. Espídese sobre la marcha copia del decreto, y Vouland y Vadier lo traen al tribunal, donde se habia empezado la tercera sesion, y la avilantez esforzada de los reos ponia à Fouquier en rematado apuro.

El tercer dia, con efecto, habian resuelto los reos renovar sus intimaciones, y levantándose todos à un tiempo, estrechan à Fou-

quier para que haga comparecer los testigos que han pedido. Requieren mas todavía; se empeñan en que la convencion nombre una junta para recibir las declaraciones que se les ofrece hacer contra el intento de dictadura que se está manifestando en las juntas. Cortado Fouquier, no acierta à contestar, pero sobreviene un portero en el trance, y le llaman. Pasa à la sala inmediata, y encuentra à Vouland y Vadier, quienes, todos resollantes, le dicen: «Cayeron los malvados, ya estáis fuera de apuro:» y le entregan el decreto que Saint-Just acaba de hacer espedir. Aselo Fouquier con júbilo, vuelve à la audiencia, pide el habla, y lee el decreto espantoso. Danton airado se levanta entonces: — El auditorio, dice, me es testigo de que no hemos desacatado al tribunal. — Es cierto, dicen muchas voces en el salon. Todo el público queda asombrado, y aun con enojo de la sinrazon cometida con los reos, y siendo la conmocion jeneral, el tribunal se amedrenta. — Algun dia descollará la verdad, añade Danton..... Ya estoy viendo sumas desdichas abocadas sobre la Francia..... Ahi está la dictadura; ya se ostenta à las claras y sin embozo..... — Camilo oyendo hablar del Luxemburgo, de Dillon y de su mujer, esclama desesperado: — ¡Forajidos! ¡no contentos con degollarme, van à hacer otro tanto con mi esposa! — Danton divisa en el estremo del salon en un corredor à Vadier y Vouland, que se andaban ocultando para hacerse cargo del efecto que surtia el decreto. Los señala con el puño: — Mirad, esclama, à esos cobardes asesinos; nos están persiguiendo, y no nos dejarán hasta la muerte. — Vadier y Vouland, asustados, desaparecen, y el tribunal, sin mas contestaciones, levanta la sesion.

El dia siguiente era el cuarto, y el jurado tenia facultad para atajar los debates declarándose enterado. Por consiguiente, sin dar tregua à los reos, pide el jurado la terminacion de los debates. Enfurécese Camilo, vocea à los jurados que son unos asesinos, y toma al pueblo por testigo de aquella iniquidad. Arrebátanlo entonces con sus compañeros de desventura fuera del salon; se resiste, y lo llevan à viva fuerza. En este tiempo, Vadier y Vouland hablan desaladamente à los jurados, los que por otra parte no necesitaban estímulo. El presidente Hermann y Fouquier los siguen à su sala, y Hermann tiene la avilantez de manifestarles que se ha interceptado una carta escrita al estranjero, que demuestra la complicidad de Danton con los coligados. Solo tres ó cuatro jurados se atreven à abogar por los reos, mas prevalece la mayoría. El pre-

sidente del jurado, cuyo nombre es Trinchard, entra con un alborozo fiero, y pronuncia con ademan frenético la condenacion malvada.

No quisieron esponerse à nuevos disparos de los reos, haciéndolos subir de nuevo de la cárcel al juzgado para oir su sentencia; bajó un escribano y se la leyó. Despidiéronlo sin dejarlo acabar, y esclamando que podian llevarlos à morir. Pronunciada ya la condena, Danton, que se habia inflamado de indignacion, se sosegó de nuevo, y recobró su altísimo menosprecio para con sus contrarios. Camilo, serenándose luego, derramó algunas lágrimas por su esposa, y merced à su feliz imprevision, no le ocurrió que estuviese amagada de muerte, lo que hubiera hecho intolerables sus postreros momentos. Herault estuvo jovial como siempre, todos los reos acreditaron entereza, y Westermann se manifestó digno de su decantada valentía.

Quedaron ejecutados el 16 jerminal (5 de abril), y la chusma asquerosa, asalariada para ultrajar à las víctimas, iba en pos de las carretas. Camilo, à su vista, arrebatado de enojo, quiso hablar à la muchedumbre, y desembocó contra el cobarde é hipocriton Robespierre las imprecaciones mas vehementes. Los villanos enviados para denostarles le contestaron con baldones. En su ademan violentísimo, habia desgarrado la camisa, y tenia los hombros desnudos, y Danton, tendiendo sobre aquella turba una mirada bonancible y despreciadora, dijo à Camilo: — Sosiégate, y déjate estar de esa vil canalla. — Al pié del cadalso, iba Danton à abrazar à Herault-Sechelles, que le alargaba los brazos, y oponiéndose el sayon, le disparó sonriéndose estas palabras tremendas: « ¡ Con qué puedes tú ser mas cruel que la muerte ! Pues no estorbarás que en breve se abracen nuestras cabezas en el interior del cesto. »

Este fué el paradero de aquel Danton tan esclarecido en la revolucion, à la cual habia sido tan provechoso. Osado, fogoso, desalado tras los afectos y los deleites, se arrojó à la carrera de la turbulencia, y no pudo menos de descollar en los dias mas pavorosos. Disparado y tenaz, sin asombrarse por lo nuevo ni lo arduo de situaciones peregrinas, atinaba con los arbitrios adecuados, sin escrupulizar ni asustarse por ninguno. Juzgó que era urjentísimo atajar las contiendas de la monarquía y de la revolucion, y fraguó el 10 de agosto. A la vista de los Prusianos, opinó que se debia enfrenar la Francia y comprometerla en el sistema de la re-

volucion; dispuso, segun se cuenta, las horrorosas jornadas de setiembre, y disponiéndolas, salvó una multitud de víctimas. Al principio del año grandioso de 1793, estaba la convencion despavorida ante la Europa armada, y pronunció, alcanzando su trascendencia recóndita, estas palabras notables: «Todo pueblo en revolucion está mas asomado à conquistar à sus vecinos que à quedar conquistado.» Juzgó que veinte y cinco millones de hombres que se atreverian à mover nada tenian que recelar de algunos centenares de miles armados por los soberanos. Propuso el sublevar al pueblo y hacer pagar à los pudientes, é ideó en fin cuantas providencias revolucionarias han dejado un recuerdo tan espantoso, pero que salvaron la Francia. Este hombre, tan poderoso en el obrar, se reengolfaba, en los intermedios de las continjencias, en la flojedad y en los deleites que siempre habia apetecido. Iba hasta en pos de los logros mas inocentes, como los que franquean la campiña, una consorte adorada y los amigos. Entonces olvidaba à los vencidos, no le cabia el odiarlos, les hacia justicia, y los condolia y abogaba por ellos. Pero en estos intermedios de sosiego, necesarios à su alma fogosa, sus competidores iban granjeándose pausadamente, con su perseverancia, la nombradía y privanza que habia logrado en un solo dia de riesgo. Vituperábanle los fanáticos su blandura y condescendencia, olvidando que en materia de crueldades políticas los habia igualado à todos en las jornadas de setiembre. Mientras él se fundaba en su nombradía, é iba dilatando por desidia cuantos proyectos esclarecidos abarcaba en su mente, con el fin de venir à parar en leyes suaves que atajasen el reinado de la tropelía en los trances; con el de deslindar los esterminadores empapados en sangre, de los hombres que no hacian mas que ceder à las circunstancias, y de organizar en fin la Francia reconciliándola con la Europa, se le abalanzaron los compañeros en cuyas manos pusiera el gobierno. Estos, descargando un golpe sobre los ultra-revolucionarios, debian para no cejar alargarlo hasta los moderados. Pedia la política víctimas, escojiólas la envidia, y sacrificó al sujeto mas decantado y mas temido de aquel tiempo. Postróse Danton con su nombradía y su desempeño ante el gobierno formidable que habia contribuido à organizar, pero à lo menos hizo con su arrojo por algunos momentos problemático su derribo.

Tenia Danton un entendimiento inculto, pero grandioso, tras-

cendental, y ante todo sencillo y atinado. Empleábalo en las urjencias, y nunca para descollar, y por tanto escaseaba sus razones, y se desdeñaba de escribir. Segun un contemporáneo, con nada se engreia, ni menos con el intento de adivinar lo que ignoraba, achaque tan jeneral en los sujetos de su temple. Solia escuchar à Fabre d'Eglantine, y hacia que estuviese hablando sin cesar su jóven é interesante amigo, Camilo Desmoulins, cuya agudeza le embelesaba, y tuvo la amargura de arrollarlo en su vuelco. Murió con su denuedo acostumbrado, y lo comunicó à su amigo mozo; así como Mirabeau, espiró ufano consigo mismo, y conceptuando sus yerros y su vida harto sincerados con sus importantes servicios y sus proyectos postreros.

Sacrificáronse los caudillos de ambos partidos, y acompañáronlos luego con sus restos, inculcando y sentenciando juntos los hombres mas contrapuestos, para corroborar mas y mas el concepto de que eran cómplices de la misma trama. Chaumette y Gobel comparecieron junto à Arturo Dillon y Simon. Los Grammont padre é hijo, los Lapallu y otros individuos del ejército revolucionario, asomaron junto al jeneral Beysser; y en fin la esposa de Hebert, ex-monja, compareció junto à la jóven consorte de Camilo Desmoulins, de unos veinte y tres años, descollante por beldad, gracejo y juventud. Chaumette, que hemos visto tan rendido y manejable, fué tachado de conspiracion en el concejo contra el gobierno, de haber desabastecido al pueblo, y tratado de sublevarlo con sus requisitorios estravagantes. Miróse à Gobel como cómplice de Clootz y de Chaumette. Arturo Dillon habia intentado, dijeron, allanar las cárceles de Paris, y luego degollar la convencion y el tribunal para poner en salvo à sus amigos. Los individuos del ejército revolucionario quedaron condenados como ajentes de Ronsin. El jeneral Beysser, que tan esforzadamente habia coadyuvado para salvar à Nantes, al lado de Canclaux, y que era sospechoso de federalismo, fué conceptuado cómplice de los ultra-revolucionarios. Ya se echa de ver qué conexion podia mediar entre el estado mayor de Nantes y el de Saumur. La mujer de Hebert salió condenada por cómplice de su marido. Sentada en el mismo banco que la de Camilo, le decia: «Bien hayais vos, pues no hay cargo en contrario; vais à quedar en salvo.» Con efecto, cuanto se podia vituperar en esta jóven se reducia à amar desaladamente à su esposo, à haber andado con sus niños en torno de la cárcel

con el fin de ver al padre y enseñárselo; sin embargo quedaron entrambas sentenciadas, y las mujeres de Hebert y de Camilo espiraron como culpadas en una misma conspiracion. La desventurada Desmoulins murió con una fortaleza digna de su marido y de su virtud. Desde Carlota Corday y Madama Roland, ninguna víctima habia infundido interés tan afectuoso ni pesar tan intenso.

CAPITULO VII.

Resultados de las últimas ejecuciones contra los partidos enemigos del gobierno. Decreto contra los ex-nobles. Quedan abolidos los ministerios y reemplazados por comisiones. Ahinco de la junta de salvacion pública para ensimesmarse todas las potestades. Abolicion de las sociedades populares escepto la jacobina. Reparto de la potestad y de su desempeño entre los vocales de la junta. La convencion, tras el informe de Robespierre, pregona, en nombre del pueblo francés, el reconocimiento del Sér Supremo y la inmortalidad del alma.

Acababa el gobierno de sacrificar dos partidos à un tiempo. El primero, de los ultra-revolucionarios, era, ó podia serlo, positivamente temible; el segundo, de los nuevos moderados, no lo era en realidad; no era pues su destruccion precisa, mas podia ser provechosa para orillar todo asomo de moderacion. La junta lo dió al través, ajena de convencimiento, por envidiosa hipocresía. Arduo se hacia este postrer golpe, y se estuvo viendo titubear à la junta, y à Robespierre retraerse à su casa como en los demás trances. Pero Saint-Just, à impulsos de su denuedo y de su encono celoso, se aferró en su puesto, alentó à Hermann y Fouquier, atemorizó à la convencion, le arrebató el decreto de muerte, é hizo consumar el sacrificio. El postrer conato que debe hacer toda autoridad para hacerse absoluta es siempre el mas arduo; se requiere toda su pujanza para arrollar cualquiera resistencia, mas, allanada esta, todo amaina, todo se postra, y no le queda mas que reinar sin contraste. Entonces es cuando se esplaya, se dispara y se estrella. Mientras los labios están sellados, y el rendimiento baña à todos los semblantes, empózase el encono en el interior; y el auto de acusacion de los vencedores se está fraguando en medio de su triunfo.

La junta de salvacion pública, tras haber felizmente sacrificado las dos clases de sujetos tan diversos que intentaran contrarestar

ó à lo menos zaherir à su poderío, era ya irresistible. Espirara el invierno, y la campaña de 1794 (jerminal, año II) iba à abrirse al rayar la primavera. Huestes formidables iban à esplayarse por todas las fronteras, y hacer esperimentar por fuera la potestad pavorosa tan terriblemente padecida por dentro. Todo asomo de resistencia ó de propension à los sacrificados debia postrarse rendidamente. Legendre, que el dia en que fueron presos Danton, Lacroix y Camilo Desmoulins, habia estremado su conato, y procurado conmover la convencion à su favor, creyó que debia oficiosamente enmendar su desacierto, y borrar todo rastro de intimidad con las últimas víctimas. Habíanle escrito muchas anónimas en que le amonestaban à que asaltase à los tiranos, quienes, decian, acababan de desembozarse. Acudió Legendre à los Jacobinos, el 21 jerminal (10 de abril), delató las anónimas que recibia, y se lamentó de que le tuviesen por un inocenton à quien se le hacia asir el puñal. «Pues bien, dijo, ya que me precisan, declaro al pueblo, que siempre me ha oido hablar de buena fe, que miro ahora como demostrado que la conspiracion, cuyos caudillos han desaparecido, existia realmente, que era yo el juguete de los traidores. Hallado he la prueba en diferentes documentos depositados en la junta de salvacion pública, sobre todo en la conducta criminal de los reos ante la justicia nacional, y en las maquinaciones de sus cómplices que intentan armar à un hombre honrado con el puñal homicida. Era yo, antes del descubrimiento de la trama, amigo entrañable de Danton; hubiera yo respondido de sus principios y de su conducta con mi cabeza, mas hoy me hallo convencido de su delito, y persuadido que intentaba encenagar al pueblo en yerros trascendentales. Quizás incurriera yo mismo en ellos, si no me despejara con tiempo. Protesto à los escritorzuelos anónimos que quisieran inclinarme à quitar de en medio à Robespierre, y constituirme instrumento de sus máquinas, que he nacido en el regazo del pueblo, que blasono de permanecer en él, y moriré antes que desamparar sus derechos. No me escribirán carta que yo no lleve à la junta de salvacion pública.»

Jeneralizóse luego el rendimiento de Legendre, y de estremo à estremo de la Francia, fueron llegando esposiciones y parabienes à la convencion y à la junta de salvacion pública por su denuedo. El número de estos cumplidos es incalculable, y en todos los temples y bajo visos burlescos, cada cual iba à porfía adhereciendo

à los actos del gobierno, y aclamándolo justiciero. Rhodez envió la esposicion siguiente: «Representantes dignísimos de un pueblo libre, en vano los abortos de los Titones han erguido su cabeza altanera, pero el rayo dió con todos ellos al través... ¡Cómo, ciudadanos! ¡ir à vender su libertad por viles caudales!.. La constitucion que nos habeis dado ha conmovido todos los tronos y arredrado à los reyes. La libertad adelantándose à pasos ajigantados, estrellado el despotismo, anonadada la supersticion, la república recobrando su unidad, los conspiradores desembozados y en el cadalso, delegados infieles, empleados cobardes y alevosos yaciendo bajo la cuchilla de la ley, los grillos de los esclavos del Nuevo Mundo destrozados: ¡tales son vuestros trofeos!.. Si hay todavía maquinadores, ¡tiemblen, y que la muerte de los conjurados pregone vuestro triunfo!.. En cuanto à vosotros, representantes, bien hayais con las leyes atinadas que habeis promulgado para la dicha de todos los pueblos, y admitid el parabien que os tributa nuestro cariño (*).»

No porque se horrorizase con los medios sanguinarios la junta habia acuchillado à los ultra-revolucionarios, sino para afianzar la autoridad y arrollar las resistencias que atajaban su empuje. Así es que se la vió luego caminar por dos rumbos incesantemente: hacerse mas y mas formidable, y ensimesmarse de nuevo el poderío. Collot, que habia parado en orador del gobierno en los Jacobinos, espresó briosamente la política de la junta. En un razonamiento disparado, donde iba delineando à todas las autoridades el nuevo rumbo que debian seguir, y la eficacia que correspondia al desempeño de sus funciones, dijo: «Destroncáronse los tiranos; tiemblan sus ejércitos frente à los nuestros, y algunos déspotas van ya solicitando el desprenderse de la coligacion. En este desamparo, tan solo esperanzan en las conspiraciones interiores, y así ojo avizor en los traidores. Al par de nuestros hermanos vencedores en los confines, apuntemos siempre con el arma, y disparemos todos à un tiempo. Mientras los enemigos esteriores vayan cayendo à los golpes de nuestros soldados, caigan tambien à los del pueblo los internos. Nuestra causa, defendida por la justicia y el denuedo, será triunfadora, y la naturaleza se estrema este año por los republicanos, prometiéndoles cosecha doble. Las hojas que van brotando anuncian el vuelco de los tiranos, y así, ciu-

(*) Sesion del 23 jerminal; nº. 208 del «Monitor» del año II (abril 1794)

dadanos, os lo repito, alerta por de dentro, mientras nuestros guerreros pelean por de fuera; los celadores públicos vayan redoblando su desvelo y su ahinco, acaben de hacerse cargo de que no hay una calle ni una encrucijada donde no se halle algun traidor que esté ideando una trama postrera. Halle este traidor la muerte, y que sea ejecutiva. Si administradores y empleados anhelan tener cabida en la historia, este es el momento adecuado para merecerla. El tribunal revolucionario se afianzó ya un lugar señalado, y así sepan todas las administraciones correr parejas con su eficacia y su denuedo incontrastable; redoblen las juntas revolucionarias su actividad y vijilancia, sepan desentenderse de las solicitudes con que las acosan y las inclinan à una induljencia aciaga para la libertad.»

Saint-Just dió en la convencion un informe horroroso sobre la policía jeneral de la república (*). Fué repitiendo la historia fabulosa de todas las conspiraciones, mostrándolas como una asonada de todos los vicios contra el réjimen justiciero de la república; dijo que el gobierno, en vez de amainar, debia descargar à diestro y siniestro hasta quitar de enmedio à todos los vivientes cuya corrupcion era un obstáculo para el establecimiento de la virtud. Fué elojiando, como se acostumbraba, la severidad, y procuró, como se hacia entonces, probar con figuras de todos los jaeces que el oríjen de las grandes instituciones debia ser terrible. «¿Adónde fuera à parar, dijo, una república bondadosa?.. Hemos opuesto acero contra acero, y queda fundada la república. Brotó del regazo de las tormentas, y este oríjen va de par con el mundo al salir del cáos, y con el hombre que llora al nacer.» En consecuencia de estas máximas, Saint-Just propuso una providencia jeneral contra los ex-nobles; y esta fué la primera de aquel jénero que se hubiera espedido. El año anterior, Danton, en un arranque de fogosidad, habia echado à todos los aristócratas fuera de la ley, y haciéndose el decreto impracticable por su estension, espidióse otro que condenaba à todos los sospechosos al arresto provisional, pero ninguna ley directa se habia promulgado aun contra los ex-nobles. Retratólos Saint-Just como enemigos irreconciliables de la revolucion: «Por mas que hagais, dijo, jamás acertaréis à agradar à los enemigos del pueblo, à menos que restablezcais la tiranía. Vayan pues à otra parte en busca de esclavitud y de reyes. Nunca

(*) 26 jerminal, año II (15 de abril).

pueden ajustar la paz con vosotros; no hablais el mismo idioma, y así nunca os entenderéis. Arrojadlos pues; no está el universo zanjado, y la salvacion pública es nuestra suprema ley.» Propuso Saint-Just un decreto que lanzaba à todos los ex-nobles y estranjeros de Paris, de las plazas fuertes y de los puertos marítimos, y que ponia fuera de la ley à cuantos no obedeciesen al decreto en el término de diez dias. Otros artículos de este proyecto imponian à todas las autoridades la precision de estremar su actividad y su eficacia. La convencion vitoreó la propuesta, como solia, y la votó por aclamacion. Collot d'Herbois, el informante del decreto en los Jacobinos, añadió sus tropos à los de Saint-Just. «Esperimente, dijo, el cuerpo político el inmundo sudor de la aristocracia; cuanto mas traspire, mas se robustecerá.»

Ya se acaba de ver lo que fué haciendo la junta, para ostentar la pujanza de su política, y hé aquí lo que añadió para concentrar mas y mas su poderío. Dispuso ante todo el despido del ejército revolucionario. Esta hueste, ideada por Danton, aprovechó al pronto para el desempeño de la voluntad de la convencion, cuando quedaban todavia restos del federalismo; pero habiendo parado en punto de reunion de todos los trastornadores y aventureros, y servido de arrimo à los últimos alborotadores, se hacia forzoso dispersarla. Por otra parte, siendo el gobierno ciegamente obedecido, no necesitaba aquellos satélites para la ejecucion de sus órdenes, y así quedó despedida por el decreto. Propuso luego la junta la abolicion de los varios ministerios. Los ministros eran potestades que hacian aun mucho bulto, junto à los vocales de la salvacion pública. O bien lo dejaban todo en manos de la junta, y entonces eran ociosos; ó bien intentaban obrar, y eran unos competidores incómodos. El ejemplo de Bouchotte, que, manejado por Vincent, habia ocasionado tantos apuros à la junta, era harto instructivo; por consiguiente quedaron abolidos los ministerios. Planteáronse en su lugar las doce comisiones siguientes:

1°. De las administraciones civiles, policía y tribunales;
2°. De instruccion pública;
3°. De agricultura y artes;
4°. De comercio y abastos;
5°. De obras públicas;
6°. De auxilios públicos;
7°. De acarreos, postas y mensajerías;

8°. De hacienda;
9°. De la organizacion y del movimiento de los ejércitos;
10°. De la armada y de las colonias;
11°. De armas, pólvora y beneficio de minas;
12°. De relaciones estranjeras.

Estas juntas, dependientes de la de salvacion pública, no venian à ser mas que las doce mesas ó escritorios entre los cuales se habia repartido lo material de la administracion. Hermann, quien presidia al tribunal revolucionario durante la causa de Danton, fué premiado por su eficacia con el destino de principal de una de estas juntas, dándole la mas importante, la de las «administraciones civiles, policía y tribunales.»

Providencióse mas para ensimesmarse el poderío. Segun el instituto de las juntas revolucionarias, debia haber una en cada concejo ú seccion de concejo. Los concejos rurales eran muchos y poco populosos, el número de las juntas era escesivo, y sus funciones casi ningunas, ofreciendo además su composicion un inconveniente gravísimo. Los campesinos jeneralmente eran muy revolucionarios, pero idiotas, y las funciones municipales solian comunmente recaer en los hacendados arrinconados en sus posesiones, y poquísimo propensos à desempeñar su encargo por el rumbo del gobierno; de este modo la celadura de los campos, y especialmente de las quintas, flaqueaba en su desempeño. Para acudir à este descamino, se suprimieron las juntas revolucionarias de los concejos, conservando únicamente las de distrito. Con este arbitrio, la policía, mas concentrada, se granjeó actividad, y paró en manos de los vecinos de los distritos, casi todos muy jacobinos, y encelados con la antigua nobleza.

Los jacobinos componian la sociedad principal, y la única reconocida por el gobierno. Habia siempre seguido los principios é intereses de la autoridad, declarándose con ella igualmente contra los hebertistas y los dantonistas. La junta de salvacion pública apeteciera que se le embebiesen todas las demás, concentrando en su regazo el poderío de la opinion, como ella se habia apropiado el poderío entero del gobierno. Este anhelo halagaba indeciblemente la ambicion de los jacobinos, y echaron el resto para verificarlo. Desde que las juntas de secciones quedaron reducidas à dos por semana, para que el pueblo pudiera acudir y hacer triunfar las propuestas revolucionarias, las secciones se habian trasformado en so-

ciedades populares, cuyo número era crecidísimo en Paris, pues las habia hasta dos y tres por seccion. Ya hemos referido las quejas que ocasionaba, pues se decia que los aristócratas, esto es, los escribientes y pasantes de procuradores, mal hallados con la requisicion, los sirvientes antiguos de la nobleza, y en fin cuantos tenian algun motivo para contrastar el sistema revolucionario, se juntaban en estas sociedades, y espresaban la oposicion que no se atrevian à manifestar en los Jacobinos y en las secciones. El número crecido de estas sociedades secundarias imposibilitaba su celaduría, vertiéndose allí à veces opiniones que no se hubieran atrevido à dar à luz en otras partes. Habíase propuesto su abolicion, y no teniendo derecho los jacobinos para deliberarla, el gobierno no hubiera podido pasar à ejecutarla sin visos de atropellar la libertad de juntarse y de deliberar en comun; libertad tan decantada entonces, y considerada como no debiendo tener límite. A propuesta de Collot, acordaron los jacobinos que ya no recibirian diputaciones de parte de las sociedades planteadas en Paris desde el 10 de agosto, cesando desde entonces su correspondencia. En cuanto à las anteriores à aquella fecha, y que seguian con su correspondencia, se acordó que se diese un informe de cada una, para escudriñar si debian ó no conservar esta regalía. La providencia iba particularmente asestada contra los franciscanos, ya mal heridos en sus caudillos Ronsin, Vincent y Hebert, y mirados luego como sospechosos. Así es que todas las sociedades subalternas quedaban tiznadas con esta declaracion, y los franciscanos iban à pasar por el crisol de un informe.

El resultado que se esperaba de esta providencia no fué tardío, pues todas aquellas sociedades, ó despavoridas ó avisadas, acudieron una tras otra à la convencion y à los Jacobinos para manifestar su disolucion voluntaria. Todas se exhalaban en parabienes à la convencion y à los jacobinos, y declaraban que, reunidas por el interés público, venian à separarse voluntariamente, puesto que se habia conceptuado cuán perjudiciales eran sus reuniones à la causa misma que anhelaban servir. Desde aquel punto, no quedó ya en Paris mas que la sociedad madre de los jacobinos, y sus ahijadas en las provincias. Permanecia aun en verdad la de los franciscanos junto à su competidora. Planteada allá por Danton, desagradecida con su fundador, y desalada despues tras Hebert, Ronsin y Vincent, habia à ratos desasosegado el gobierno, y competido con los

jacobinos; juntábanse todavía las hastillas de los escritorios de Vincent y del ejército revolucionario, y no pudiendo disolverla, se dió el competente informe. Quedó reconocido que hacia algun tiempo escaseaba su correspondencia con los jacobinos, y que por consiguiente era por demás el conservársela. Se propuso con este motivo el escudriñar si cuadraba mas de una sociedad popular à Paris, y aun se llegó à decir que convenia establecer un solo centro de opinion, vinculándolo en los jacobinos. La sociedad, en cuanto à estas proposiciones, pasó al órden del dia, y ni siquiera acordó si se les concederia la correspondencia à los franciscanos. Pero à esta reunion, antes decantada, le llegó su plazo; abandonada absolutamente, no hacia bulto, y quedaron los jacobinos, con el séquito de sus sociedades ahijadas, únicos dueños y árbitros de la opinion.

Despues de haber concentrado la opinion misma, se trató de sistematizar su espresion, y de hacerla menos estruendosa é incómoda para el gobierno. Una fiscalía incesante y la delacion de los empleados, jenerales, majistrados, administradores y diputados, habia constituido hasta entonces el ejercicio principal de los jacobinos. Aquel frenesí de perseguir y acosar à toda hora à los ajentes de la autoridad habia esperimentado sus inconvenientes, y al par sus ventajas, mientras cabian dudas acerca de su eficacia y de sus opiniones; mas ahora que la junta se habia apoderado reciamente de la autoridad, y que celaba à sus ajentes con desvelo, los iba entresacando de los mas revolucionarios, y no podia ya otorgar à los jacobinos aquel ensanche de sus acostumbradas sospechas, y el prurito de atormentar à los empleados, ya jeneralmente muy celados y selectos. Era además un peligro para el estado: con motivo de los jenerales Charbonnier y Dagobert, calumniados entrambos, mientras el uno alcanzaba ventajas contra los Austríacos, y el otro espiraba en la Cerdaña, quebrantado de años y de heridas, Collot d'Herbois se quejó en los Jacobinos de este modo indiscreto de atropellar à los jenerales y á los empleados en todos ramos. Segun la práctica de acriminarlo todo à los difuntos, achacó este frenesí de delacion à los residuos de la faccion de Hebert, y amonestó à los jacobinos para que no tolerasen estas delaciones públicas, que defraudaban, decia, de un tiempo precioso à la sociedad, y que desconceptuaban los ajentes escojidos por el gobierno. Por consiguiente, propuso é hizo plantear en el

recinto de la sociedad una junta encargada de recibir las delaciones, y trasladarlas reservadamente à la de salvacion pública. Con este arbitrio, las delaciones fueron menos incómodas y ruidosas, y al desconcierto alborotador iba ya sucediendo el arreglo de las formas administrativas.

Así es que, descollar mas denodadamente contra los enemigos de la revolucion, reconcentrar el réjimen, la policía y la opinion, fueron el arranque de la junta, y los frutos lozanos de la victoria alcanzada contra los partidos. Por supuesto empezaba la ambicion ahora à asomar en los acuerdos, mucho mas que al rayar su existencia, pero no tanto como debiera inclinar à creer el grandioso conjunto de poderío que se habia granjeado. Planteada al romper la campaña de 1793, y en medio de continjencias urjentes, habia sido parto únicamente de la necesidad. Establecida una vez, se habia ido apropiando sucesivamente mayor porcion de potestad, segun lo iba requiriendo el servicio del estado, y así vino à suceder con la dictadura. Su situacion, en el centro de aquella disolucion universal de todas las autoridades, era de condicion que no podia reorganizar sin granjearse mas poderío, y beneficiar sin adolecer de ambicion. Sus postreras providencias éranle por cierto ventajosas, pero al mismo tiempo cuerdas y productivas. Sujeridas eran tambien la mayor parte, por cuanto, en sociedad que se va reorganizando, todo se brinda y se rinde ante la autoridad creadora. Pero asomaba ya el punto en que la ambicion iba à ser despótica, y en que el interés de su poder iba à sustituir al del estado. Así es el hombre: no le cabe permanecer desinteresadamente largo tiempo, añadiéndose à sí mismo al blanco que lleva por delante.

Atravesábasele à la junta de salvacion pública un nuevo afan, y es el que embarga siempre à los fundadores de sociedades, à saber, la relijion. Ya antes se habia dedicado à conceptos morales, poniendo «la honradez, la justicia y demás virtudes al órden del dia,» y ahora le quedaba el tomar à su cargo las máximas relijiosas.

Adviértase aquí entre estos partidarios el adelantamiento peregrino de sus sistemas. Cuando hubo que acabar con los jirondinos, les hicieron moderados y republicanos endebles, y hablando de denuedo patriótico y de «salvacion pública», los sacrificaron à estas aprensiones. Al formarse dos nuevos partidos, uno irracional, disparado, volcador y profanador; otro blando, avenible,

amante de las costumbres suaves y de los deleites, entonces pasaron de las aprensiones de pujanza patriótica à las de arreglo y de virtud; ya no vieron mas que una moderacion aciaga y destroncadora de la gallardía de la revolucion; vieron todos los vicios sublevados à un tiempo contra la adustez del réjimen republicano; por una parte la anarquía orillando todo concepto de órden, y por otra la afeminacion estragada orillando todo concepto de costumbres, y el desvarío aventando todo concepto de Dios, y entonces conceptuaron la república asaltada como la virtud por todas las pasiones villanas à un tiempo. Por donde quiera sonaba la voz de virtud, poniendo la justicia y la honradez al órden del dia; restábales el proclamar à Dios, à la inmortalidad del alma y à todas las creencias morales, y además les faltaba una solemne profesion de fe y declarar en una palabra la relijion del estado. Resolvieron pues espedir un decreto sobre este punto, y de este modo contraponian el órden à los anarquistas, Dios à los ateos, y las costumbres à los estragados; y así su sistema de virtud quedaba cabal. Ponian ante todo sumo ahinco en destiznar à la república del borron de impiedad con que la asaeteaban en toda la Europa; querian decir lo que siempre se suele manifestar à los clérigos, que tachan à los demás de impíos, porque no se cree en sus dogmas: Creemos en Dios.

Mediaban otros motivos para providenciar grandiosamente en materia de culto. Habíase abolido el ceremonial de la Razon; necesitábanse fiestas para los dias de década, y era del caso, acudiendo à las urjencias morales y relijiosas del pueblo, contar con sus aprensiones, y proporcionarle motivos de reuniones públicas. Propicio era el trance: la república, victoriosa al fin de la campaña antecedente, asomaba ahora con los mismos arranques. En vez del desamparo, que la acosaba anteriormente, hallábase, con el ahinco del gobierno, surtida de poderosísimos recursos militares. De la zozobra de quedar conquistada, se empapó en la esperanza de conquistar, y en vez de asonadas pavorosas, se postraba por donde quiera el rendimiento. En fin, si por los asignados y la tasa, yacian aun atascaderos en el reparto interior de los frutos, la naturaleza echó el resto sobre la Francia con sus finezas, franqueándole cosechas colmadas. Participaban de todas las provincias que la mies seria duplicada y en sazon un mes antes de la temporada de costumbre. Era pues el trance de arrodillar esta república

salvada, victoriosa y coronada de bienes, ante las aras del Sempiterno. La coyuntura era grandiosa y entrañable para los creyentes, y adecuada para los que se atenian à los conceptos políticos.

Adviértase una estrañeza; y es que partidarios, para quienes no habia convenio humano respetable, quienes, merced à su menosprecio sumo de todos los demás pueblos, y al cariño con que rebosaban para sí mismos, no temian opinion alguna, ni reparaban en lastimar la ajena; quienes, en punto à gobierno, lo habian reducido todo à lo absolutamente preciso, que no se avenian à otra autoridad sino à la de algunos ciudadanos temporalmente elejidos, que habian orillado toda gradería de clases, que no habian escrupulizado en abolir el culto mas antiguo y mas arraigado en los corazones, pues estos partidarios hacian alto en dos conceptos, el de la moralidad y el de Dios. Despues de hollar todas las aprensiones de que juzgaban poder libertar al hombre, venian à quedar dominados por el imperio de las dos últimas, y sacrificaban un partido à cada una. Si no creian todos, à lo menos se hacian cargo de la precision del órden entre los hombres, y para estribo de este arreglo humano, comprendian la necesidad de reconocer en el universo un órden jeneral é intelijente. Esta es la primera vez en la historia del mundo, en que la disolucion de todas las autoridades dejaba à la sociedad por pábulo de las invenciones de entendimientos puramente sistemáticos (porque los Ingleses creian en tradiciones cristianas), y estos entendimientos, que habian traspuesto todas las aprensiones corrientes, adoptaban y conservaban las de la moralidad y de Dios. Este ejemplar es único en los anales del mundo; es sin par, grandioso y peregrino, y la historia debe hacer alto para señalarlo.

Robespierre fué el informante en tan solemne coyuntura, y à él correspondia, segun el reparto de negociados que se habia hecho entre los vocales de la junta. Prieur, Roberto Lindet y Carnot se dedicaban calladamente à la administracion y la guerra. Barrere solia trabajar los informes, particularmente los relativos à las operaciones de los ejércitos, y en jeneral todos los repentinos. Destacaban à las sociedades y reuniones populares al declamador Collot d'Herbois, para llevar la voz de la junta. Couthon, aunque paralítico, andaba por todas partes, hablaba en la convencion, en los Jacobinos y al pueblo, y tenia la maña de interesar con sus achaques y con el acento paternal que usaba, vertiendo las espe-

cies mas violentas. Billaud, menos andariego, se dedicaba à la correspondencia y trataba algunas veces cuestiones de política jeneral. Saint-Just, mozo, arrojado y activo, iba y venia del campo de batalla à la junta; cuando habia estampado pavor y denuedo por los ejércitos, volvia à hacer informes matadores contra los partidos que se debian enviar al cadalso. En fin Robespierre, el caudillo de todos, y consultado en todas las materias, no tomaba la voz sino en los trances de entidad. Manejaba las cuestiones recónditas de moral y política, y reservábanle estos asuntos esplendorosos, como adecuados à su virtud y su desempeño. El papel de informante le correspondia de derecho en la cuestion que se iba á ventilar. ¡Nadie habia descollado mas denodadamente contra el ateismo, nadie se hallaba tan acatado, nadie disfrutaba igual nombradía de pureza y virtud, y nadie en fin, por su predominio dogmatizador, era mas adecuado para esta especie de dignidad pontificia.

Jamás se habia rodeado coyuntura mas peregrina para remedar à aquel Rousseau cuyas opiniones profesaba, y de cuyo estilo hacia un estudio incesante. El injenio de Robespierre habia ido adelantando notablemente en las contiendas dilatadas de la revolucion. Aquel ente yerto y apelmazado rayaba en repentista, y al escribir, lo hacia castiza, gallarda y briosamente. Se echaba de ver en su estilo algun asomo del desabrimiento y lobreguez de Rousseau, pero no habia podido apropiarse ni los conceptos grandiosos, ni el alma elevada y fogosa del autor del «Emilio.»

Asomó en la tribuna el 18 floreal (7 de mayo de 1794), con un discurso esmeradamente afinado. Favoreciósele con una atencion inalterable. «Ciudadanos, tal fué su arranque, en la prosperidad, tanto pueblos como particulares, es cuando deben, por decirlo asi, recojerse, para oir en el silencio de las pasiones la voz de la sabiduría.» Entonces va desentrañando por estenso el sistema adoptado. La república, segun él, es la virtud, y todos los contrarios con quienes ha tropezado no son mas que vicios de todas especies sublevados contra ella y asalariados por los reyes. Los anarquistas, los estragados, y los ateistas no son mas que ajentes de Pitt. «Los tiranos, añade, pagados con el arrojo de sus emisarios, iban à porfia ostentando à la vista de sus vasallos las estravagancias que habian comprado; y, aparentando creer que allí asomaba el pueblo francés, parece que les iban diciendo: ¿Qué vais

à aventajar con sacudir nuestro yugo? Ya lo estais viendo; los republicanos no valen mas que nosotros.» Brissot, Danton, Hebert, van saliendo à luz alternativamente en el discurso de Robespierre, y mientras dispara contra estos supuestos enemigos de la virtud las declamaciones del encono, ya todas mohosas, infunde poquísimo entusiasmo. Pero luego orilla esta parte del asunto, encúmbrase à especies realmente grandiosas y morales, espresadas con habilidad, y logra entonces aclamaciones universales. Afirma atinadamente que no como autores de sistemas deben los representantes de la nacion perseguir el ateismo y aclamar el deismo, sino como lejisladores solícitos tras los principios mas adecuados al hombre reunido en sociedad. «¿Qué os importan à vosotros, lejisladores, esclama, las varias hipótesis con las cuales ciertos filósofos esplican los fenómenos naturales? Allá se las hayan estos puntos con sus contiendas inapeables; ni como metafísicos ni como teólogos teneis que ver con ellas; pues, para el lejislador, cuanto sea provechoso en el mundo es apreciable en la práctica. El concepto de un Sér supremo y de la inmortalidad del alma es un recuerdo continuo à la justicia, y por tanto es sociable y republicano.... — ¿Quién te ha puesto en las manos, esclama Robespierre, el encargo de anunciar al pueblo que no existe la Divinidad? ¡Tú que te enamoras de doctrinas tan desabridas, y no te enamoraste jamás de la patria! ¿con qué ventajas brindas al hombre al persuadirle que una pujanza ciega señorea sus destinos y descarga à ciegas sobre el delito y la virtud? ¿Que su alma no es mas que un ambientillo que espira al asomo del sepulcro? ¿La aprension de su nonada le ha de infundir arranques mas acendrados y mas grandiosos que los de su inmortalidad? ¿Le infundirá mayor respeto à sus semejantes y à sí mismo, mayor enamoramiento con la patria, mas arrojo para arrostrar la tiranía, mas menosprecio con la muerte y el deleite? ¡Vosotros, que os condoleis de un amigo virtuoso, os complaceis en imajinar que la parte preferente de sí mismo se desentendió de la muerte! Vosotros, que llorais sobre la mortaja de un hijo ú de una esposa, ¿os consolaréis con el dicho de que solo queda de ellos un polvillo liviano? Desventurados que finais al golpe de un asesino, ¡vuestro postrer suspiro es una apelacion à la justicia sempiterna! La inocencia en el cadalso estremece al tirano en su carroza triunfal. ¿Tendria este predominio si el sepulcro igualase al opresor y al oprimido?....»

Robespierre, aferrado siempre en el lado político de la cuestion, añade estas observaciones notables. « Aleccionémonos con la historia. Tened à bien advertir hasta qué punto los árbitros de los estados se inclinaron à uno ú à otro de estos dos sistemas contrapuestos, por su temple y el rumbo de sus miras políticas. Haceos cargo de la artería recóndita con que César, abogando en el senado romano por los cómplices de Catilina, se descarria en una digresion contra el dogma de la inmortalidad del alma, cuyo concepto le parece adecuado para quebrantar en los corazones de los jueces el denuedo de la virtud, conceptuando la causa del delito hermanada con la del ateismo. Ciceron, al contrario, estaba invocando contra los traidores la cuchilla de la ley y el rayo de los dioses. Sócrates al espirar platica con sus amigos sobre la inmortalidad del alma, y Leónidas en Termópilas, cenando con sus compañeros de armas, en el trance de ejecutar el rasgo mas heroico que la virtud humana ideó jamás, los brinda para el dia siguiente para otro banquete y una vida nueva..... Caton no titubeó entre Zenon y Epicuro; y Bruto, con los esclarecidos conjurados que terciaban en sus peligros y en su nombradía, era tambien secuaz de la secta sublime de los estoicos, que conceptuó tan encumbradamente el señorío del hombre, estremó en tanto grado el entusiasmo de la virtud, y no se propasó sino en el heroismo. El estoicismo dió à luz émulos de Bruto y de Caton hasta en los siglos horrorosos posteriores à la pérdida de la libertad romana; el estoicismo salvó el pundonor de la naturaleza humana, desdorada con los vicios de los sucesores de César, y principalmente con el sufrimiento de los pueblos. »

Sobre el punto del ateismo, Robespierre se esplica estrañamente acerca de los enciclopedistas. « Esta secta, dice, en materia de política, se quedó siempre por debajo de los derechos del pueblo; en materia de moral, se propasó mucho mas allá del vuelco de las preocupaciones: solian sus prohombres perorar à veces contra el despotismo, y vivian pensionados por los déspotas; tan pronto componian libros contra la corte, como dedicatorias à los reyes, arengas para los palaciegos, y madrigales à las cortesanas; se ufanaban en sus escritos, y se postraban en las antecámaras. Esta secta fué proclamando con sumo ahinco la opinion del materialismo que prevaleció entre la grandeza y los injenios; se le debe en parte este jénero de filosofía práctica de egoismo sistemático,

que contempla la sociedad humana en guerrillas de ardides, el logro como la regla de lo justo y de lo injusto, la honradez como negocio del paladar ó del decoro, y el mundo como el patrimonio de bribones mañosos.....

«Entre los descollantes de aquella temporada en letras y en filosofía, un hombre, por la grandiosidad de su alma y el encumbramiento de su carácter, se mostró acreedor al ministerio de maestro del jénero humano: asaltó à la tiranía sin rebozo; habló con entusiasmo de la divinidad; su elocuencia varonil y pundonorosa retrató con rasgos centellantes el embeleso de la virtud, y escudó los dogmas consoladores que la razon vierte por alivio en el corazon humano. Su acendrada doctrina, sacada de la naturaleza y de su encono entrañable al vicio, tanto como su menosprecio incontrastable con los sofistas tramadores que usurpaban el dictado de filósofos, le acarreó el odio y la persecucion de sus competidores y de sus amigos fementidos. ¡Ah! si presenciara esta revolucion cuyo precursor ha sido, ¿quién duda que su alma jenerosa hubiera abrazado desaladamente la causa de la justicia y de la igualdad?»

Robespierre se esmera luego en orillar aquella aprension de que el gobierno, al proclamar el dogma del Sér supremo, se afana por los clérigos. Se espresa del modo siguiente: «¿Qué tienen que ver los sacerdotes con Dios? Son en lo moral lo mismo que los charlatanes en la medicina. ¡Cuán diverso es el Dios de la naturaleza del de los sacerdotes! Nada he visto tan parecido al ateismo como las relijiones que han inventado. Con el empeño de desfigurar al Sér supremo, han venido à anonadarlo en cuanto les cabia: lo han hecho ya un globo de fuego, ya un buey, ya un árbol, ya un hombre, ó bien un rey. Los sacerdotes han ideado un Dios à su imájen, lo han hecho celoso, antojadizo, codicioso, cruel, implacable; lo han tratado como antiguamente los mayordomos de palacio manejaron à los descendientes de Clodoveo para reinar bajo su nombre y sentarse en su lugar; lo han confinado en el cielo como en un alcázar, y lo han apeado en el suelo solo para pedir en beneficio suyo diezmos, riquezas, honores, deleites y poderío. El templo verdadero del Sér supremo es el universo; su culto, la virtud; sus festividades, el regocijo de un pueblo grandioso reunido à su vista para estrechar los vínculos de la hermandad universal y tributarle el rendimiento de los corazones sensibles y acendrados.»

Robespierre dice luego que se requieren festividades para el

pueblo. «El hombre, dice, es el objeto preeminente de la naturaleza, y el espectáculo mas magnífico es el de un gran pueblo reunido.» Por consiguiente propone planes de reunion para todos los dias de década. Termínase su informe en medio de vivísimos aplausos, y presenta al fin el decreto siguiente, que se adopta por aclamacion:

«Artículo 1°. El pueblo francés reconoce la existencia del Sér supremo y la inmortalidad del alma.

«Art. 2°. Reconoce que el culto mas digno del Sér supremo es el desempeño de las obligaciones del hombre.»

Otros artículos espresan que se han de instituir festividades para recordar al hombre el pensamiento de la Divinidad y el señorío de su propio sér. Se apellidarán por los acontecimientos de la revolucion, ó por las virtudes mas provechosas al hombre. Además de las funciones del 14 de julio, del 10 de agosto, del 21 de enero y del 31 de mayo, la república celebrará todos los dias de década las fiestas siguientes: — Al Sér supremo, — al jénero humano, — al pueblo francés, — à los bienhechores de la humanidad, — à los mártires de la libertad, — à la libertad y à la igualdad, — à la república, — à la libertad del mundo, — al amor de la patria, — al odio de los tiranos y de los traidores, — à la verdad, — à la justicia, — al rubor, — à la gloria, — à la amistad, — à la frugalidad, — al valor, — à la buena fe, — al heroismo, — al amor, — à la fe conyugal, — al amor paterno, — à la ternura paternal, — à la piedad filial, — à la niñez, — à la mocedad, — à la edad varonil, — à la vejez, — à la desdicha, — à la agricultura, — à la industria, — à los abuelos, — à la posteridad, — à la bien-andanza.

Dispónese una festividad solemne para el 20 praderal, cuyo plan se encarga à David. Añádase que, en este decreto, queda proclamada de nuevo la libertad de los cultos.

Acabado el informe, imprímese inmediatamente, y en el mismo dia, el concejo y los jacobinos piden su lectura, lo aclaman, y deliberan sobre el ir en cuerpo à la convencion para tributarle gracias, por el decreto «sublime» que acaba de espedir. Habíase reparado que los jacobinos no habian tomado la voz desde el holocausto de los dos partidos, ni habian asomado con parabienes en la junta ni en la convencion. Adviértelo un individuo, y añade que les brinda la coyuntura para demostrar la estrechez de los jacobinos con el gobierno que está acreditando tan realzada con-

ducta. Estiéndese con efecto una esposicion, y se presenta à la asamblea por una diputacion de los jacobinos. La esposicion acaba en estos términos: «Los jaciobnos os traen hoy las albricias por el decreto solemne que habeis espedido, y acudirán à juntarse con vosotros para la celebracion del dia venturoso en que la festividad del Sér supremo convocará de todos los estremos de la Francia los ciudadanos virtuosos, para entonar el himno de la virtud.» El presidente dá à la diputacion una respuesta campanuda. «Corresponde, dice, à una sociedad que está asombrando el orbe con su nombradía, que goza de tan suma privanza en la opinion pública, y que en todos tiempos se asoció con los defensores mas esclarecidos de los derechos del hombre, el venir al templo de las leyes para tributar su homenaje al Sér supremo.»

Continúa el presidente, y tras un discurso dilatado sobre el mismo asunto, cede el habla à Couthon. Este prorumpe en un razonamiento vehemente contra los ateistas y los estragados, y elojia pomposamente à la sociedad; propone que, en aquel dia solemne de júbilo y de reconocimiento, se haga à los jacobinos una justicia à que desde largo tiempo son acreedores, y es que, desde el arranque de la revolucion, han sido siempre beneméritos de la patria. Adóptase esta proposicion con ruidosísimos aplausos, y se separan en el embelesodel regocijo y con una especie de embriaguez.

Si la convencion habia recibido repetidas esposiciones tras la muerte de los hebertistas y dantonistas, recibió ahora muchas mas por el decreto que proclamaba la creencia del Sér supremo. Es achaque de Franceses el contajiarse ejecutivamente en aprensiones y en palabras. En un pueblo fogoso y sociable, la especie que se posa en algunos entendimientos es en breve la que se aposenta en todos, y la voz que suena en algunas bocas va luego resonando en todas. Fueron llegando esposiciones de donde quiera, con el parabien à la convencion por sus decretos sublimes, agradeciéndole el haber establecido la virtud, proclamado el Sér supremo, y devuelto la esperanza al hombre. Acudieron las secciones una tras otra à espresar los mismos conceptos. La seccion de Marat, presentándose en la barandilla y encarándose con la Montaña, le dice: «¡Montaña benéfica! ¡Sinaí apadrinador! recibe tambien nuestras espresiones de reconocimiento y de enhorabuena por todos los decretos sublimes que arrojas diariamente para la dicha del jénero

humano. Del hervidero de tu regazo salió el rayo saludable que, destrozando el ateismo, brinda à todos los verdaderos republicanos con la especie consoladora de vivir libres à la vista del Sér supremo, y esperando la inmortalidad del alma. ¡Viva la convencion! ¡Viva la república! ¡Viva la Montaña!» Todas las esposiciones amonestaban de nuevo à la convencion para que conservase su poderío. Hay una que le encargaba tambien siguiese residiendo hasta que el reinado de la virtud quedase planteado en la república sobre basa incontrastable.

Desde este dia, las voces de «virtud» y «Sér supremo» volaron de labio en labio. En las portadas de los templos, en donde se habia escrito: «A la Razon,» se escribió: «Al Sér supremo.» Trasportáronse las reliquias de Rousseau al Panteon, y su viuda fué presentada à la convencion y pensionada.

Así es que la junta de salvacion pública, triunfante de todos los partidos, dueña de todas las potestades, colocada al frente de una nacion entusiasta y victoriosa, proclamando el reinado de la virtud y el dogma del Sér supremo, se hallaba en la cumbre del poderío y en el último paradero de sus sistemas.

CAPITULO VIII.

Estado de la Europa al principio del año 1794 (año II). Preparativos universales de guerra. Política de Pitt. Planes de los coligados y de los Franceses. Estado de nuestro ejército y armada; actividad y pujanza del gobierno para hallar y utilizar los recursos. Arranque de la campaña; ocupacion de los Pirineos y de los Alpes. Operaciones en los Paises-Bajos. Refriegas en el Sambra y el Lys. Victoria de Turcoing. Fin de la guerra de la Vendea. Principio de la de los chuanes. Acontecimientos en las colonias. Desventuras de Santo. Domingo. Pérdida de la Martínica. Batalla naval.

Habiase empleado el invierno por Europa y Francia en los preparativos de una nueva campaña. Era siempre la Inglaterra el alma de la coligacion, y estrechaba las potencias del continente para venir à dar al través, por las orillas del Sena, con una revolucion que la asustaba, y con una competidora que se le hacia odiosísima. El hijo implacable de Chatam habia echado el resto en este año para esterminar la Francia. Tuvo sin embargo que arrollar obstáculos para alcanzar del parlamento arbitrios proporcionados à sus grandiosos proyectos. El lord Standhope, en la cámara alta, y Fox y Sheridan, en la baja, estaban siempre opuestos al sistema de la guerra; rechazaban todos los sacrificios pedidos por los ministros, no queriendo otorgar sino lo que era necesario para el armamento de las costas, y sobre todo no podian tolerar que se apellidase esta guerra «justa y necesaria;» pues era, segun decian, inicua, arruinadora, y castigada con debidos desmanes. Los motivos alegados de la franquicia del Escalda, de los peligros de la Holanda y de la precision de defender la constitucion británica eran fementidos. La Holanda no habia corrido riesgos por la franquicia del Escalda, ni estaba amagada la constitucion británica. El intento de los ministros, segun ellos, era destruir un pueblo que apetecia hacerse libre, y aumentar mas y mas su privanza y autoridad personal, socolor de contrarestar las maquinaciones de los jacobinos

franceses. Habíase sostenido la contienda con medios inicuos, fomentando la guerra civil y las matanzas; pero un pueblo esforzado y pundonoroso habia desbaratado las intentonas de sus contrarios con un denuedo y conato sin ejemplar. Standhope, Fox y Sheridan concluian que semejante lid desdoraba y empobrecia la Inglaterra, pero engañábanse bajo un concepto, pues la oposicion inglesa puede à menudo tildar à su ministerio el hacer guerras injustas, mas nunca desventajosas. Si la guerra con Francia carecia de motivos de justicia, los tenia escelentes de política, como va à verse, y la oposicion, deslumbrada por sus arranques jenerosos, trascordaba las ventajas que le iban à resultar à la Inglaterra.

Aparentaba Pitt sobresalto con los amagos de desembarco hechos en la tribuna de la convencion, afirmando que los campesinos de Kent habian dicho: « Ahí están los Franceses que van à traernos los derechos del hombre. » Valíase de estas hablillas (pagadas, se dice, por él mismo) para manifestar que la constitucion peligraba; habia delatado las sociedades constitucionales de Inglaterra, un tanto acaloradas con el ejemplo de las francesas, y sostenia que trataban de establecer una convencion socolor de reforma parlamentaria. Por consecuencia pidió la suspension del « habeas corpus, » el embargo de los rejistros de las sociedades, y la formacion de causa contra algunos de sus individuos. Pidió además la facultad de alistar voluntarios y mantenerlos con « las benevolencias » ó suscripciones, de aumentar ejército y armada, y de asalariar un cuerpo de cuarenta mil estranjeros, emigrados franceses ó cualesquiera otros. Resistiólo eficazmente la oposicion, afirmando que no mediaban motivos para suspender la mas esclarecida de todas las libertades inglesas, que las sociedades tildadas deliberaban públicamente, que sus votos en alta voz no daban cabida à las conspiraciones, que sus anhelos eran los de toda la Inglaterra, puesto que se ceñian à la reforma parlamentaria; que el aumento descompasado del ejército era un escollo para el pueblo inglés, que si los voluntarios podian armarse por suscripcion, quedaba en mano del ministro el levantar ejércitos sin autorizacion del parlamento; que el sueldo de tan crecido número de estranjeros seria arruinador, y que no tenia mas objeto que el de pagar à los Franceses traidores à su patria. Contra los cargos de la oposicion, que nunca fué mas elocuente ni menos crecida, no contando sino unos treinta ó cuarenta votos, salió Pitt con cuanto quiso, y se sancionaron todos los bills que habia propuesto.

Corrientes sus demandas, duplicó las milicias, y engrandeció el ejército hasta sesenta mil hombres, y la armada hasta ochenta mil; organizó nuevos cuerpos de emigrados, y dispuso la formacion de causa contra varios individuos de las sociedades constitucionales. El jurado inglés, resguardo mas fundamental que el parlamento, descargó à los indiciados, pero importaba poquísimo à Pitt, teniendo ya en sus manos todos los arbitrios para enfrenar el menor movimiento político, y ostentar un poderío ajigantado en Europa.

Este era el trance de poner en cobro aquella guerra universal, para abrumar la Francia, dar por el pié à su marina, y arrebatarle sus colonias; resultado mas certero y mas apetecible para Pitt que el contenimiento de algunas doctrinas políticas y relijiosas. Lograra el año anterior armar contra la Francia las dos potencias marítimas que debian permanecerle hermanadas, la España y la Holanda; esmerábase en empujarlas por su descarrío político, y sacar de ellas todo el provecho posible contra la marina francesa. La Inglaterra podia sacar de sus puertos por lo menos cien navíos de línea, la España cuarenta, la Holanda veinte, fuera un sinnúmero de fragatas. ¿Cómo pues podia la Francia, con los cincuenta ó sesenta navíos que le quedaban despues del incendio de Tolon, contrarestar à semejantes fuerzas? Así es que, sin haber trabado combate naval, señoreaba el pabellon inglés el Mediterráneo, el Océano atlántico y los mares de la India. En el Mediterráneo, las escuadras inglesas amagaban à las potencias italianas que intentaban permanecer neutrales, bloqueaban la Córcega para apropiársela, y acechaban el punto de desembarcar tropas y pertrechos en la Vendea. En América, cercaban nuestras Antillas, y se esmeraban en aprovecharse de las discordias horrorosas que reinaban entre blancos, mulatos y negros, para dominarlos. En los mares de la India, iban redondeando el establecimiento de la potestad británica y la ruina de Pondíchery. En otra campaña, nuestro comercio espiraba, fuese el que quisiera el éxito de nuestras armas en el continente. Resulta pues que era muy política la guerra hecha por Pitt à la Francia y equivocábase la oposicion en zaherirla bajo el concepto de su utilidad. Solo podia tener razon en un caso, que no se ha realizado todavía; si la deuda, inglesa, siempre en aumento, y ya hoy enorme, prepondera positivamente à la riqueza del pais, y debe aplanarse algun dia, la Inglaterra se ha escedido en sus medios, y ha errado en batallar por un imperio que le habrá volcado sus fuerzas. Pero este es un arcano para lo venidero.

Pitt no escaseaba sus tropelías para agolpar sus arbitrios y agravar los quebrantos de la Francia. Los Americanos, venturosos con Washington, surcaban los mares à sus anchuras, y despuntaban con aquel grandioso comercio de trasporte que los ha enriquecido en las guerras dilatadas del continente. Las escuadras inglesas detenian à los navíos americanos, y les arrebataban sus tripulaciones. Mas de quinientas naves habian padecido ya tamañas estorsiones, siendo este el objeto de reclamaciones eficaces y hasta entonces infructuosas de parte del gobierno americano. Mas; à favor de la neutralidad, Americanos, Daneses y Suecos frecuentaban nuestros puertos, traian auxilios de granos que la escasez hacia en estremo apreciables, y muchos renglones precisos para la marina, llevándose en retorno vinos y otros frutos que suministra la Francia. Con la mediacion de los neutrales, seguia el comercio, y se habia acudido à las necesidades mas indispensables del consumo. La Inglaterra, graduando à la Francia de plaza sitiada que se debia reducir por hambre à la desesperacion, intentaba menoscabar estos derechos de los neutrales, y acababa de pasar à las cortes del Norte notas rellenas de sofisterías, para lograr una mengua al derecho de jentes.

Mientras la Inglaterra empleaba tanto jénero de arbitrios, tenia siempre cuarenta mil hombres en los Paises-Bajos, à las órdenes del duque de York; el lord Moira, que no habia podido llegar à tiempo hácia Granville, anclado en Jersey, llevaba en su escuadra diez mil hombres de desembarco, y en fin la tesorería inglesa brindaba con fondos à todas las potencias belijerantes.

En el continente, no era el entusiasmo tan eficaz, pues las potencias, que no se interesaban tanto en la guerra como la Gran-Bretaña, y no la hacian sino por supuestos principios, no la seguian con igual conato y actividad. La Inglaterra se esmeraba en estimularlas à todas, teniendo siempre à la Holanda bajo su yugo por medio del príncipe de Orange, y obligándola à suministrar su continjente en el ejército coligado del Norte; y así esta nacion desventurada tenia sus navíos y sus rejimientos al servicio de su enemiga mas terrible, y contra su aliada mas segura. La Prusia, à pesar de las mistiqueces de su rey, estaba desengañada de las ilusiones con que por espacio de dos años la habian embelesado. La retirada de Champaña en 1792, y la de los Vosges en 1793, no podian alentarla. Federico-Guillermo, que desangrara su tesoro y debilitara su ejército en una guerra que no podia redundar en be-

neficio de su reino, y que cuando mas habia de favorecer à la casa de Austria, apetecia desentenderse. Por otra parte llamábale al Norte un objeto mucho mas interesante : la Polonia se ponia en movimiento, y sus miembros dispersos trataban de reincorporarse. La Inglaterra, asaltándole en medio de estas incertidumbres, le comprometió à continuar la guerra con la mediacion todo-poderosa de su oro. Concluyó en La Haya, en su nombre y el de la Holanda, un tratado por el cual la Prusia se obligaba à suministrar sesenta y dos mil y cuatro cientos hombres à la coligacion. Este ejército debia tener por caudillo un Prusiano, y sus conquistas venideras pertenecerian en comun à las dos potencias marítimas, la Inglaterra y la Holanda. En cambio, estas dos potencias prometian suministrar cincuenta mil libras esterlinas al mes à la Prusia para el mantenimiento de sus tropas, y costearle además el pan y los forrajes; sobre esta suma franqueaban tambien trescientas mil libras esterlinas para los primeros desembolsos para la primera entrada en campaña, y cien mil para el regreso à los estados prusianos. Con estas condiciones, continuó la Prusia la guerra anti-política que habia entablado.

La casa de Austria nada tenia ya que estorbar en Francia, puesto que la reina, consorte de Luis XVI, habia espirado en el cadalso. Debia temer mucho menos que ningun otro pais el contajio de la revolucion, puesto que treinta años de discusiones políticas no han despertado allí todavía los entendimientos. Hacíanos pues la guerra por mera venganza, comprometimiento y anhelo de granjearse algunas plazas en los Paises-Bajos; y aun quizás esperanzada necia y confusamente de apropiarse alguna de nuestras provincias. Ponia mas conato que la Prusia, mas no mayor actividad efectiva, porque no hizo mas que acabalar y reorganizar sus rejimientos, sin aumentar su número. Gran parte de sus tropas se hallaba en Polonia, por cuanto tenia, como la Prusia, motivos poderosos para mirar à la espalda y cavilar con el Vístula no menos que con el Rin, y las Galitzias le llamaban la atencion al par de la Béljica y la Alsacia.

La Suecia y la Dinamarca, atenidas à su cuerda neutralidad, contestaban à las sofisterías de la Inglaterra, que el derecho público era invariable, que no habia motivo para quebrantarlo con la Francia, ni menos para abarcar todo un pais con las leyes del bloqueo, aplicables tan solo à plazas sitiadas; que

los buques daneses y suecos lograban acojida en Francia, donde no hallaban bárbaros, como decian, sino un gobierno que accedia à las demandas de los comerciantes estranjeros, y que guardaba con ellos los miramientos debidos à las naciones con quienes estaba en paz, y que no habia motivo para interrumpir relaciones tan aventajadas. Por consiguiente, aunque Catalina propendiese à favorecer à los Ingleses, y al parecer se declaraba contra los derechos de las naciones neutrales, la Suecia y la Dinamarca se aferraron en sus resoluciones, guardaron una neutralidad cuerda y constante, y ajustaron un tratado por el cual ambos paises se comprometian á mantener los derechos de los neutrales, y à hacer observar la cláusula del tratado de 1780, la cual cerraba el Báltico à los navios armados de las potencias que no poseian puerto alguno en aquel mar; y por tanto la Francia podia esperar que seguiria recibiendo siempre los granos del Norte, y las maderas y cáñamos necesarios para su marina.

La Rusia, aparentando siempre violentas iras contra la revolucion francesa, y esperanzando grandiosamente à los emigrados, cavilaba con Polonia, y abundaba tanto en la política de los Ingleses para vincularlos en la suya; y esta es la esplicacion de aquel silencio de la Inglaterra sobre el abultado acontecimiento de la desaparicion de un reino en el mapa político. En aquel trance de despojamiento jeneral, en que la Inglaterra recojia tamaña porcion al mediodía de Europa y en todos los mares, le era desairado el pregonar justicia à los compartidores de la Polonia; y así es que la coligacion, que andaba tildando à la Francia de haberse empozado en la barbarie, estaba cometiendo en el Norte el salteamiento mas descocado à que se arrojara jamás la política, rumiaba otro igual con la Francia, y contribuia à acabar para siempre con la libertad de los mares.

Los príncipes alemanes iban arrollados por el raudal de la casa de Austria. La Suiza, resguardada con sus montañas, y descargada por sus instituciones de atravesarse en la causa de los monarcas, se aferraba en no tomar partido, y ceñia con su neutralidad nuestras provincias de levante, las mas desvalidas de todas. Hacia en el continente lo que los Americanos, Suecos y Daneses en los mares, proporcionando al comercio francés iguales servicios, y recojiendo la misma recompensa. Suministrábanos caballos que necesitaban nuestros ejércitos, y ganados que nos escaseaban desde que la

guerra habia asolado los Vosges y la Vendea; estraia los productos de nuestras manufacturas, y era así la interventora de un comercio aventajado. El Piamonte continuaba la guerra, sin duda à su pesar, mas no podia avenirse à arrimar las armas tras haber perdido dos provincias, la Saboya y Niza, en este juego torpe y sangriento. Apetecian las potencias italianas permanecer neutrales, pero las aguijaban en este proyecto. La república de Jénova habia presenciado la accion villana cometida por los Ingleses en su puerto, atropellando con este atentado el derecho de jentes. Habíanse apoderado de una fragata francesa anclada al resguardo de la neutralidad jenovesa, y hasta dieron muerte à la tripulacion. La Toscana habia tenido que despedir al encargado francés. Nápoles, que habia reconocido la república cuando las escuadras francesas amagaban à sus costas, se estremaba en demostraciones contra ella desde que el pabellon inglés tremolaba por el Mediterráneo, y ofrecia diez y ocho mil hombres de auxilio al Piamonte. Roma, por dicha desvalida, nos maldecia, y dejaba degollar en sus muros al ajente francés Basseville. En fin, Venecia, aunque poco satisfecha con el lenguaje popular de la Francia, no trataba de engolfarse en una guerra, y à favor de su situacion lejana, esperaba conservar su neutralidad. La Córcega se nos iba de las manos desde que Paoli se habia declarado por los Ingleses, no quedándonos en la isla mas que Bastia y Calvi.

La España, la menos culpada de nuestras enemigas, continuaba una guerra anti-política, y se empeñaba en cometer el mismo yerro que la Holanda. Las supuestas obligaciones de los tronos, las victorias de Ricardos y el influjo inglés la volcaron para aventurar todavía otra campaña, por mas exhausta que estuviera, careciendo de soldados, y especialmente de dinero; y además el famoso Alcudia habia arrinconado al conde de Aranda porque aconsejara la paz.

La política pues habia variado poquísimo desde el año anterior. Intereses, desatinos, yerros y delitos, eran, en 1794, los mismos que en 1793. Solo la Inglaterra se habia robustecido. Los coligados tenian siempre en los Paises-Bajos ciento y cincuenta mil hombres, austríacos, alemanes, holandeses é ingleses. Veinte y cinco ó treinta mil Austríacos estaban en Luxemburgo; sesenta y cinco mil Prusianos y Sajones en las cercanias de Maguncia; cincuenta mil Austríacos, con algunos emigrados, ceñian el Rin desde Man-

heim à Basilea. El ejército piamontés era siempre de cuarenta mil hombres, y de siete à ocho mil Austríacos auxiliares. La España habia alistado algunos reclutas para restablecer sus batallones, y habia pedido auxilios pecuniarios al clero, pero no abultaba mas su ejército que el año anterior, reduciéndose siempre à unos sesenta mil hombres, repartidos entre los Pirineos orientales y occidentales.

En el Norte era en donde trataban de descargarnos los golpes mas terminantes, estribando en las plazas de Condé, Valenciennes y Quesnoy. El célebre Mack habia estendido en Lóndres un plan que ofrecia grandiosos resultados, y por esta vez el táctico aleman, mostrándose un tanto mas osado, encajonaba en su proyecto una marcha contra Paris; pero por desgracia, estuvo ya tardío en manifestar arrojo, porque los Franceses no podian ya ser sorprendidos, siendo inmensas sus fuerzas. El plan se cifraba en tomar todavía una plaza, la de Landrecies, en agolparse poderosamente en aquel punto, traer los Prusianos de los Vosges hácia el Sambra, y marchar adelante dejando dos cuerpos sobre los costados, uno en Flándes, y el otro en el Sambra. Debia al mismo tiempo desembarcar el lord Moira tropas en la Vendea, y redoblarnos el peligro con dos líneas de marcha sobre Paris.

Tomar à Landrecies, teniendo à Valenciennes, Condé y Quesnoy, era un afan baladí; resguardar sus comunicaciones con el Sambra era muy atinado, pero el colocar un cuerpo por Flándes era infructuoso, tratándose de agolpar una mole poderosa de invasion; traer los Prusianos sobre el Sambra era muy dudoso, como lo verémos, y en fin la llamada por la Vendea era ya imposible, porque la mayor porcion del pais habia fenecido. Luego se verá, por el cotejo del proyecto con el suceso, la insubsistencia de estos planes compuestos en Lóndres (*).

La coligacion no habia, decimos, echado el resto de sus recursos. No habia à la sazon sino tres potencias verdaderamente activas en Europa, la Inglaterra, la Rusia y la Francia. Es sencilla la razon: intentaba la Inglaterra señorear los mares, la Rusia afianzar la Polonia, y la Francia salvar su existencia y su libertad. Solo cabia denuedo en estos tres intensos intereses; solo era gallar-

(1) Los que quieran leer la mejor discusion política y militar sobre este punto, acudirán á la memoria crítica escrita por el jeneral Jomini sobre esta campaña, que está en su grande historia de las guerras de la revolucion.

do el de la Francia, y sacó à luz por este interés los esfuerzos mas grandiosos de que hay mencion en la historia.

La requisicion permanente, decretada en agosto del año anterior, habia proporcionado refuerzos à los ejércitos y cooperado à los logros que coronaron la campaña; pero esta gran providencia no podia surtir todos sus efectos hasta la campaña inmediata. Al vaiven de este impulso nunca visto, un millon y doscientos mil hombres habian dejado sus hogares, y ceñian los confines ó cuajaban los depósitos del interior. Habíase empezado à rejimentar esta nueva tropa, incorporando un batallon de línea con dos nuevos, y resultaban cuerpos sobresalientes. Setecientos mil hombres se habian organizado ya para enviarlos sobre la marcha à la raya y las plazas. Constaban, comprendiendo las guarniciones, de doscientos mil en el Norte, cuarenta en las Ardenas, dos cientos en el Rin y el Mosela, ciento en los Alpes, ciento y veinte en los Pirineos, y ochenta desde Cherburgo hasta la Rochela. Los arbitrios para habilitarlos no habian sido menos ejecutivos y estraordinarios que para reunirlos. Las armerías planteadas en Paris y en las provincias se encumbraron presto al grado de actividad apetecido, y ofrecian surtidos asombrosos de cañones, fusiles y sables. La junta de salvacion pública, fogueando mañosamente el carácter francés, habia sabido hacer de moda la fábrica del salitre. Providenció el año anterior la visita de bodegas para sacar la tierra salitrosa. Luego hizo mas; estendió una instruccioncilla, dechado de sencillez y despejo, para enseñar á todos los ciudadanos à colar por sí mismos la tierra de las bodegas, y pagó además algunos operarios químicos para imponerlos en la manipulacion. Cundió luego esta aficion, comunicábanse las instrucciones que habian recibido, y cada casa suministró algunas libras de esta sal preciosa. Juntábanse barrios de Paris para traer pomposamente à la convencion y à los Jacobinos el salitre que habian fabricado. Idearon una festividad en la cual todos acudian à depositar sus ofrendas en el ara de la patria. Solian dar al salitre figuras simbólicas, engalanándolo con grandes adjetivos, llamándolo «sal vengadora» y «sal redentora». Recreábase así el pueblo, pero acarreaba cantidades considerables, y el gobierno lograba su intento. Resultaba alguna incomodidad de todo esto, pues se zanjaban las bodegas, y la tierra, despues de colada, yacia estorbando por las calles y afeándolas. Un acuerdo de la junta de salvacion pública atajó este abuso, y las tierras cola-

das se repusieron en las bodegas. Faltaban barrillas, y la junta dispuso que cuanta yerba no se emplease en el mantenimiento del ganado, ni en los usos caseros ó campesinos, se quemara inmediatamente para emplearla en el beneficio del salitre ó convertirla en barrilla.

El gobierno tuvo la maña de introducir otra moda no menos ventajosa. Era mas obvio levantar jente y fabricar armas que hallar caballos, y escaseaban en la artillería y la caballería. Habíalos consumido la guerra, y la urjencia y la carestía jeneral de todos los renglones los encarecia igualmente en gran manera. Habia que recurrir al arbitrio mayor de las requisiciones, esto es, arrebatar à viva fuerza lo que exijia la necesidad indispensable. Se impuso à cada territorio, de cada veinte y cinco caballos uno, pagándolo à novecientos francos. Sin embargo, por mas poderosa que sea la violencia, es todavía mas eficaz la buena voluntad. Ideó la junta hacerse brindar con un jinete montado y completo; con esto se siguió el ejemplo, y concejos, sociedades y secciones iban à porfia en ofrecer à la república lo que se llamó «jinetes jacobinos», perfectamente montados y equipados todos.

Se tenian soldados, y faltaban oficiales, y la junta anduvo en este punto tan ejecutiva como siempre. «La revolucion, dijo Barrere, debe acudir atropelladamente à sus urjencias, siendo para el entendimiento humano lo que el sol de Africa para la vejetacion.» Restablecióse la escuela de Marte, y jóvenes, entresacados de todas las provincias, fueron viniendo militarmente y à pié à Paris. Acampados debajo de tiendas, en medio del llano de Sablons, se debian instruir velozmente en todos los ramos del arte militar, y repartirse luego por los ejércitos.

No menor conato se dedicó al restablecimiento de la armada. Componíase, en 1789, de cincuenta navíos y otras tantas fragatas. Los trastornos de la revolucion y los quebrantos de Tolon la habian reducido à unas cincuenta naves, de las cuales treinta cuando mas podian dar la vela; y ante todo faltaban tripulaciones, y oficialidad. La marina requeria hombres prácticos, y todos los de esta clase eran incompatibles con la revolucion. La reforma ejecutada en los estados mayores del ejército era pues todavía mas inevitable en los de la armada, y debia acarrear mayor trastorno. Los dos ministros Monge y Albarado se habian estrellado contra estas dificultades, y quedaron despedidos. La junta acordó tambien aquí

apelar à sus arbitrios estraordinarios. Juan-Bon-Saint-André y Prieur (del Marne) fueron enviados à Brest con los poderes acostumbrados de los comisarios de la convencion. La escuadra de Brest, tras un crucero trabajoso de cuatro meses por las costas del Oeste, para atajar las comunicaciones de los Vendeanos con los Ingleses, se habia rebelado, à causa de sus largos padecimientos. Apenas fondeó, el almirante Morard de Gales fué preso por los representantes, y hecho responsable de los trastornos de la escuadra. Desbaratáronse las tripulaciones por entero, y se reorganizaron por el método violento y ejecutivo de los jacobinos. Campesinos, que jamás habian navegado, se metieron à bordo de los navíos de la república, para maniobrar al frente de los marineros veteranos ingleses. Encumbraron oficiales subalternos à los grados superiores, y promovieron al capitan de navío Villaret-Joyeuse al mando de la escuadra. En un mes, una escuadra de treinta navíos quedó pronta para dar la vela; salió en alas de su entusiasmo, aclamada por el pueblo de Brest, no à la verdad para arrostrar las escuadras formidables de Inglaterra, Holanda y España, sino para resguardar un convoy de doscientas velas que traia de América gran cantidad de granos, con ánimo de pelear hasta el estremo si lo requeria el salvamento de la remesa. En este tiempo era Tolon teatro de promociones igualmente ejecutivas. Carenábanse los navíos salvados del incendio, y se construian otros nuevos. Costeaban los gastos los hacendados toloneses que habian contribuido à entregar su puerto à los enemigos. A falta de las grandes escuadras que estaban en carena, un sinnúmero de corsarios cuajaban el mar y hacian presas considerables. Toda nacion osada y animosa, que carece de medios para hacer la guerra por mayor, puede siempre acudir à campañas por menor, y estremar sus alcances y su denuedo, haciendo por tierra espediciones de guerrilla, y por mar la de corsarios. Segun informe de lord Standhope, habíamos cojido, de 1793 à 1794, hasta cuatrocientos y diez barcos, al paso que los Ingleses no nos apresaran mas que trescientos diez y seis; y así el gobierno no se desentendia de restablecer nuestra armada.

Afanes tan portentosos debian brotar con fruto, é íbamos à recojer en 1794 el galardon de nuestro ahinco en 1793.

Abrióse la campaña al pronto en los Pirineos y los Alpes. Entorpecida en los Pirineos occidentales, debia activarse en los orientales, en donde los Españoles habian conquistado la línea del Tech,

y ocupaban todavía el famoso campo del Bulú. Ricardos habia fallecido, y este jeneral intelijente habia sido reemplazado por uno de sus tenientes, el conde de la Union, soldado escelente, pero caudillo adocenado. Careciendo todavía de los refuerzos que estaba esperando, la Union se ceñia à mantenerse en el Bulú. Mandados los Franceses por el valeroso Dugommier, el vencedor de Tolon, habian trasportado à Perpiñan parte de los enseres y de las tropas que les sirvieran en aquella plaza, mientras los nuevos reclutas se organizaban à su espalda. Podia Dugommier colocar treinta y cinco mil hombres en línea, y aprovecharse del estado deplorable en que se hallaban actualmente los Españoles. Dagobert, siempre fogoso en medio de su ancianidad, proponia un plan de invasion por la Cerdaña con el cual, trasponiendo los Franceses el Pirineo por la espalda del ejército español, le precisaban à retroceder. Se prefirió ensayar por el pronto el asalto del campamento del Bulú, y Dagobert, que se hallaba con su division en la Cerdaña, tuvo que esperar el resultado de aquel ataque. El campamento del Bulú, colocado à la orilla del Tech, y respaldado al Pirineo, tenia su salida por la carretera de Bellaguardia, que es camino real de Francia y España. Dugommier, en vez de arrostrar de frente las posiciones enemigas, que estaban completamente fortificadas, trató de internarse por algun arbitrio entre el Bulú y la carretera de Bellaguardia, para cortar así el campamento español. Logrósele à las mil maravillas, pues la Union habia llevado sus principales fuerzas à Ceret, y dejado los cerros de San Cristóbal, que señorean el Bulú à mal recaudo. Pasó Dugommier el Tech, arrojó parte de sus fuerzas hácia San Cristóbal, embistió con las restantes el frente de las posiciones españolas, y tras un encuentro reñido, se apoderó de las alturas. Desde aquel punto, era el campamento indefendible, y habia que retirarse por la carretera de Bellaguardia, pero ocupóla Dugommier, y no dejó à los Españoles mas que un paso estrecho y trabajoso por el cuello de Porteil, y su retirada se trocó luego en derrota. Cargados recia y oportunamente, huyeron en desórden, dejándonos mil quinientos prisioneros, ciento y cuarenta piezas de artillería, ochocientas acémilas cargadas, y enseres para veinte mil hombres. Esta victoria, ganada à mediados de floreal (principios de mayo), nos devolvió el Tech, y nos llevó allende el Pirineo. Dugommier bloqueó en seguida à Colibre, Portvendres y San-Telmo para recobrarlos de los Españoles. Durante esta vic-

toria tan considerable, el valeroso Dagobert, asaltado por una calentura, estaba terminando su carrera larga y esclarecida. Este noble anciano de setenta y seis años mereció el duelo y el aprecio del ejército. Era así brillantísimo nuestro arranque en los Pirineos orientales, y por los occidentales nos apoderamos del valle de Baztan, y estos triunfos sobre los Españoles, que hasta entonces no habíamos vencido, acarrearon universal regocijo.

Por parte de los Alpes, nos quedaba siempre por plantear nuestra línea de defensa por la gran cordillera. Hácia la Saboya, habíamos volcado el año anterior à los Piamonteses en sus valles, pero nos quedaban por tomar los puestos del pequeño San-Bernardo y de Monte-Cenis. Por parte de Niza, el ejército de Italia acampaba siempre à la vista de Saorgio, sin poder nunca arrollar el campamento formidable de las Forcas. El jeneral Dugommier habia sido reemplazado por el anciano Dumerbion, valiente, pero siempre gotoso. Por dicha, se dejaba gobernar por el jóven Bonaparte, quien, como se ha visto, habia determinado la toma de Tolon, aconsejando el ataque del «Jibraltarillo.» Este servicio valió à Bonaparte el grado de jeneral de brigada y sumo aprecio en el ejército. Reconocidas las posiciones enemigas, se hizo cargo de la imposibilidad de arrollar el campamento de las Forcas, y se impresionó de una especie tan atinada como la que devolvió Tolon à la república. Está colocado Saorgio en el valle del Roya, y paralelo à él está el de Oneglio, por el cual corre el Taggia. Ideó Bonaparte el trasladar una division de quince mil hombres al valle de Oneglio, y hacerla subir hasta las fuentes del Tánaro, llevarla luego al monte Tanarello, que ciñe el Roya Superior, y atajar así la calzada de Saorgio, entre el campamento de las Forcas y el cuello de Tende, y por este arbitrio, aislado dicho campamento de los Alpes mayores, tenia que darse à partido. Adolecia este plan de una sola quiebra, y es que se hollaba el territorio de Jénova; pero la república no debia escrupulizar sobre este punto, por cuanto el año anterior dos mil Piamonteses habian atravesado el territorio jenovés, y habian ido à embarcarse en Oneglio para Tolon; por otra parte, el atentado cometido por los Ingleses con la fragata «la Modesta» en el mismo puerto de Jénova, era la violacion mas terminante del pais neutral. Resultaba además grandísima ventaja en estender la derecha del ejército de Italia hasta Oneglio, pues así se resguardaba parte de la ribera de Jénova, se lanzaban los corsarios

del puertecillo de Oneglio, donde solian guarecerse, y se afianzaba el comercio de Jénova con el Mediodía de la Francia. Este tráfico, que se hacia por el cabotaje, padecia mucho quebranto por los corsarios y escuadras inglesas, é interesaba el resguardarlo, porque conducia para alimentar aquellas provincias con granos. No se debia pues titubear en seguir el plan de Bonaparte, y los representantes pidieron à la junta de salvacion pública el resguardo necesario, y así se dispuso inmediatamente la ejecucion.

El 17 jerminal (6 de abril), una division de catorce mil hombres, divididos en cinco brigadas, pasó el Roya; el jeneral Masena se encaminó al monte Tanardo, y Bonaparte con tres brigadas marchó sobre Oneglio, y arrojando una division austríaca, hizo su entrada. Halló en Oneglio doce cañones, y despejó el puerto de todos los corsarios que infestaban aquel territorio. Mientras Masena se encumbraba del Tanardo al Tanarello, Bonaparte continuó su movimiento, y marchó desde Oneglio hasta Ormea en el valle del Tánaro. Entró el 15 de abril (28 jerminal), halló algunos fusiles, veinte cañones y almacenes atestados de paños para vestuarios. Reunidas las brigadas francesas en el valle de Tánaro, se encaminaron al alto Roya, para ejecutar el movimiento prescrito sobre la izquierda de los Piamonteses. El jeneral Dumerbion embistió de frente las posiciones de los Piamonteses, mientras Masena iba llegando por sus flancos y espaldas. Tras varios encuentros reñidos, abandonaron los Piamonteses à Saorgio, y cejaron al cuello de Tende, que dejaron luego tambien para guarecerse en Limone, allende la gran cordillera. En medio de estos acontecimientos en el valle de Roya, la izquierda del ejército de Italia barria los valles del Tinea y del Vesubia; y luego despues, el ejército de los Alpes mayores, estimulado con la emulacion, tomó à viva fuerza el San-Bernardo y el Monte-Cenis. Así es que desde mediados de floreal (principios de mayo), éramos ya victoriosos en toda la cordillera de los Alpes, y la ceñíamos desde los primeros picachos del Apenino hasta el Monte-Blanco. Nuestra derecha, arrimada à Ormea, se esplayaba casi hasta las puertas de Jénova, resguardaba gran parte de la ribera de poniente, y abrigaba así el comercio contra las piraterías. Habíamos cojido tres ó cuatro mil prisioneros, cincuenta ó sesenta piezas de artillería, muchos materiales de equipo y dos plazas fuertes. Nuestro arranque era así tan venturoso en los Alpes como en los Pirineos, por cuanto en ambas partes nos fran-

queaba una raya y una porcion de los recursos del enemigo.

Mas tardía vino la campaña en el teatro mayor de la guerra, esto es, al Norte, donde quinientos mil hombres iban à darse un estrellon desde los Vosges hasta el mar. Los Franceses tenian siempre sus fuerzas principales hácia Lila, Guisa y Maubeuge, y Pichegrú era su jeneral. De caudillo del ejército del Rin el año anterior, habia logrado el timbre de desbloquear à Landau, que correspondia al jóven Hoche, y se habia granjeado la confianza de Saint-Just, mientras Hoche yacia encarcelado, y habia obtenido el mando del ejército del Norte. Jourdan, apreciado como jeneral cuerdo, no se conceptuó harto denodado para seguir con el mando superior del Norte, y reemplazó à Hoche en el ejército del Mosela, como Michaud à Pichegrú en el del Rin. Carnot disponia siempre de las operaciones militares, dirijiéndolas desde su bufete, y Saint-Just y Lebas habian sido enviados à Guisa para vivificar la pujanza del ejército.

La naturaleza del territorio requeria un plan de operaciones sencillísimo, el cual podia producir resultados ejecutivos y muy trascendentales, y era encaminar la gran mole de las fuerzas francesas al Mosa, hácia Namur, y amagar asi las comunicaciones de los Austríacos. Allí estribaba el quicio de la campaña, como sucederá siempre mientras la guerra se haga en los Paises-Bajos contra los Austríacos venidos del Rin. Toda llamada por Flándes era un desacierto, por cuanto, si el ala metida allí se hallase bastante poderosa para hacer frente à los coligados, no servia mas que para rechazarlos de frente, sin comprometer su retirada, y si no era de bastante consideracion para alcanzar resultados importantes, los coligados no tenian mas que dejarla internarse por el oeste de Flándes, y podian luego atajarla y acorralarla sobre el mar. Pichegrú, instruido, despejado y resuelto, pero en cuanto à númen militar, muy adocenado, equivocó la posicion, y Carnot, empapado en su plan del año anterior, se aferró en atacar directamente el centro del enemigo, y hostigarle por ambas alas. Por consiguiente la mole principal tuvo que obrar desde Guisa sobre el centro de los coligados, mientras dos divisiones considerables, la una sobre el Lys, y la otra sobre el Sambra, debian hacer dos llamadas. Este fué el plan contrapuesto al ofensivo de Mack.

Mandaba siempre Coburgo en jefe à los coligados, y el emperador de Alemania habia pasado personalmente à los Paises-Bajos

para estimular su ejército, y ante todo para zanjar con su presencia las muchas desavenencias que sobrevenian entre los jenerales aliados. Reunia Coburgo una mole como de cien mil hombres en los llanos de Cateau, para bloquear à Landrecies, y este era el primer paso del arranque de los coligados, mientras pudiesen lograr la marcha de los Prusianos del Mosela al Sambra.

Principiaron los movimientos hácia fines de jerminal (marzo), y la mole enemiga, despues de arrollar las divisiones francesas desparramadas por delante, se aposentó al derredor de Landrecies; colocóse de observacion el duque de York hácia Cambray, y Coburgo por Guisa. Con el movimiento que acababan de hacer los coligados, las divisiones francesas del centro volcadas sobre su espalda quedaron separadas de las de Maubeuge, que formaban el ala derecha; y el 2 floreal (21 de abril), se hizo empeño para reenlazarse con dichas divisiones, resultando una refriega muy matadora sobre el Helpe. Nuestras columnas, siempre muy separadas, se vieron arrolladas en todos los puntos, y reducidas à las propias posiciones que dejaran.

Acordóse entonces un nuevo avance, pero ya jeneral por el centro y las alas. La division de Desjardins, que estaba hácia Maubeuge, debia hacer un movimiento para incorporarse con la de Charbonnier, que llegaba de las Ardenas. En el centro, debian embestir siete columnas de una vez concéntricamente sobre toda la mole enemiga agolpada al derredor de Landrecies. En fin à la izquierda, Souham y Moreau, saliendo de Lila con dos divisiones, que componian al todo cincuenta mil hombres, tenian órden de internarse por Flándes y de apoderarse, à la vista de Clerfayt, de Menin y Curtray.

La izquierda del ejército francés obró sin tropiezo, por cuanto el príncipe de Kaunitz, con su division sobre el Sambra, no alcanzaba à estorbar la incorporacion de Charbonnier y Desjardins. Conmoviéronse las columnas del centro el 7 floreal (26 de abril), y marcharon de siete puntos diversos sobre el ejército austríaco. Este sistema de ataques correspondientes é inconexos, que no surtió tampoco efecto el año anterior, no logró mas éxito en el presente. Estas columnas, desviadas unas de otras, no pudieron sostenerse, ni alcanzaron sobre punto alguno ventaja trascendental. La del jeneral Chappuis, una de ellas, fué totalmente derrotada, pues saliendo de Cambray, se halló contrapuesta al duque de York, quien, como hemos

dicho, ceñia à Landrecies por aquella parte. Chappuis desparramó sus tropas por varios puntos, y se estrelló con las posiciones atrincheradas de Tres-Villas, llevando fuerzas insuficientes. Abrumado por el fuego de los Ingleses, y flanqueado por la caballería, quedó derrotado, y su division dispersada volvió revuelta à Cambray. Estos desmanes dimanaban menos de la tropa que de la torpeza de los caudillos, pues nuestros bisoños, asombrados à veces por un fuego nuevo para ellos, se dejaban sin embargo llevar fácilmente otra vez al combate, y exhalaban à veces un entusiasmo y un ímpetu estraordinarios.

Mientras se ejecutaba esta tentativa infructuosa contra el centro, la llamada por Flándes contra Clerfayt tenia un logro completo. Souham y Moreau saliendo de Lila marcharon à Menin y Curtray el 7 floreal (26 de abril), y es sabido que entrambas plazas se hallan situadas en la misma línea sobre el Lys. Cercó Moreau à la primera, y Souham se apoderó de la segunda. Clerfayt, equivocando la marcha de los Franceses, los buscó donde no se hallaban, y luego supo el cerco de Menin y la toma de Curtray, y trató de ver si nos hacia cejar amagando nuestras comunicaciones con Lila. el 9 floreal (28 de abril), con efecto, marchó à Moucroen con diez y ocho mil hombres, y vino torpemente à esponerse à los tiros de cincuenta mil Franceses, que hubieran podido anonadarlo cejando. Moreau y Souham, acudiendo luego con parte de sus tropas hacia sus comunicaciones amagadas, marcharon sobre Moucroen, y resolvieron dar batalla à Clerfayt. Habíase atrincherado en posicion inaccesible por cinco desfiladeros estrechos y defendidos por una artillería formidable. Dispúsose el avance para el 10 floreal (29 de abril), y nuestros bisoños, que por la mayor parte se estrenaban, no resistieron al pronto; pero los jenerales y oficiales arrostraron todo el peligro para rehacerlos, y consiguiéndolo, se apoderaron de las posiciones. Perdió Clerfayt mil y doscientos prisioneros, entre ellos ochenta y cuatro oficiales, treinta y tres cañones, cuatro banderas y quinientos fusiles. Esta era nuestra primera victoria en el Norte, y realzó sumamente el valor del ejército. Tomóse luego à Menin, y una division de emigrados, que se hallaba encerrada, se salvó gallardamente abriéndose paso espada en mano.

El éxito de la izquierda y los desmanes del centro vencieron à Pichegrú y Carnot para desentenderse enteramente del punto principal y obrar tan solo sobre las alas. Pichegrú envió al jeneral

Bonnaud con veinte mil hombres à Sanghien, junto à Lila, para afianzar las comunicaciones de Moreau y de Souham, sin dejar en Guisa mas que veinte mil hombres à las órdenes del jeneral Ferrand, y destacó lo restante hácia Maubeuge, para incorporarlo con las divisiones de Charbonnier y Desjardins. Juntas estas fuerzas, ascendia à cincuenta y seis mil hombres el ala derecha destinada à obrar sobre el Sambra. Carnot, juzgando con mas tino que Pichegrú de la situacion jeneral, dió una órden que afianzó el éxito de la campaña. Haciéndose ya cargo que los puntos donde se debia descargar sobre los coligados eran el Sambra y el Mosa, y que derrotados en esta línea, quedaban desquiciados, mandó à Jourdan que se incorporase quince mil hombres del ejército del Rin, dejase en el vertiente occidental de los Vosges la tropa indispensable para resguardar aquella raya, se desviase luego del Mosela con cuarenta y cinco mil, y acudiese sobre el Sambra à marchas forzadas. El ejército de Jourdan, junto con el de Maubeuge, debia componer una mole de noventa ó cien mil hombres, y acarrear la derrota de los coligados en el punto decisivo. Esta órden, la mas descollante de la campaña, y à la cual se deben atribuir todos los resultados, salió el 11 floreal (30 de abril) de las oficinas de la junta de salvacion pública.

Habia en este tiempo Coburgo tomado à Landrecies, y no conceptuando de suma entidad la derrota de Clerfayt, se contentó con destacar al duque de York hácia Lamain, entre Turnay y Lila.

Clerfayt habia marchado à la Flándes-Occidental, entre la izquierda avanzada de los Franceses y el mar; por este medio, se desviaba todavía mas que antes del ejército grande y de los auxilios que le traia el duque de York. Los Franceses, en gradería desde Lila, Menin y Curtray, formaban una columna internada en Flándes; Clerfayt, trasladado à Thielt, se hallaba entre el mar y dicha columna, y el duque de York, colocado en Lamain, delante de Turnay, estaba entre la columna y el gran cuerpo coligado. Quiso Clerfayt hacer una tentativa contra Curtray, y vino à atacar el 21 floreal (10 de mayo), y aunque Souham se hallaba en aquel punto rezagado, providenció ejecutivamente, volvió à la plaza en auxilio de Vandamme, y mientras disponia una salida, destacó à Macdonald y Malbranck sobre Menin, para pasar el Lys y venir à cercar à Clerfayt. Empeñóse la refriega el 22 (11 de mayo), y Clerfayt habia tomado sobre la carretera de Brujas y en los arrabales acerta-

das disposiciones, pero nuestros quintos lozanos arrostraron osadamente el fuego de las casas y de las baterias, y tras un empeño reñido, precisaron à Clerfayt à retirarse. Cuatro mil hombres por ambas partes cubrieron el campo de batalla, y si en vez de cercar al enemigo por la parte de Menin, se hubiese ejecutado por el estremo opuesto, se le podia cortar la retirada sobre la Flándes.

Esta era la segunda vez que Clerfayt quedaba derrotado por nuestra ala izquierda victoriosa; pero no era tan feliz la derecha sobre el Sambra. Mandada por varios jenerales, que deliberaban en consejo de guerra con los representantes Saint-Just y Lebas, no estaba tan bien capitaneada como las dos divisiones al mando de Souham y Moreau. Kleber y Marceau, llegados de la Vendea, hubieran podido conducirla à la victoria, mas eran sus dictámenes desoidos. Cifrábase el movimiento prescrito à esta ala derecha en pasar el Sambra para encaminarse à Mons. Intentóse un primer tránsito el 20 floreal (9 de mayo), pero en la orilla opuesta no estaban todavía corrientes las disposiciones necesarias, y no pudiendo mantenerse el ejército, tuvo que despasar desordenadamente el Sambra. El 22, Saint-Just quiso tantear un nuevo tránsito apesar del malogro del primero, pero era mas acertado el espera la llegada de Jourdan, quien, con sus cuarenta y cinco mil hombres, debia afianzar el éxito de la ala derecha; mas Saint-Just no se avenia ni à suspensiones ni à demoras, y hubo que obedecer à este procónsul incontrastable. El segundo tránsito no fué mas venturoso; pasó el ejército el Sambra, pero embestido sobre la orilla opuesta, antes de haberse aposentado con solidez, quedaba perdido sin la valentía de Marceau y la entereza de Kleber.

Asi es que se peleaba hacia un mes desde Maubeuge hasta el mar con un encarnizamiento desalado y sin éxito decisivo. Venturosos en la izquierda, éramos desgraciados en la derecha, pero nuestra tropa se iba aguerriendo, y el movimiento atinado y valeroso prescrito à Jourdan aparataba inmensos resultados.

Era ya impracticable el plan de Mack, y el jeneral prusiano Mœllendorf se negaba à acudir al Sambra, diciendo que no tenia órdenes de su corte. Los diplomáticos ingleses habian ido à pedir esplicacion al gabinete prusiano sobre el tratado de La Haya, y entretanto Coburgo, amagado en una de sus alas, habia tenido que disolver su centro à ejemplo de Pichegrú. Habia reforzado à Kaunitz sobre el Sambra, y llevado lo principal de su ejército hácia

Flándes por las cercanías de Turnay. Estábase pues preparando à la izquierda una refriega decisiva, pues venia encima el trance en que las grandes moles iban à encontrarse y à batallar.

Ideóse por entonces en el estado mayor austríaco un plan apellidado de «destruccion,» que tenia por blanco atajar el ejército francés de Lila, acorralarlo y anonadarlo. Esta operacion era asequible, por cuanto los coligados podian disponer de cien mil hombres contra setenta mil, pero se valieron de rumbos muy estraños para lograr este intento. Estaban siempre los Franceses repartidos como sigue : Souham y Moreau en Menin y Curtray con cicuenta mil hombres, y Bonnaud en las cercanías de Lila con veinte. Los coligados estaban siempre tendidos sobre entrambos costados de esta línea avanzada, la division de Clerfayt à la izquierda en la Flándes-Occidental, y la mole de los coligados por la derecha hácia Turnay. Resolvieron pues los enemigos dar un avance concéntrico sobre Turcoing, que separa Menin y Curtray de Lila. Debia acudir Clerfayt de la Flándes pasando por Werwick y Lincelles; los jenerales De Busch, Otto, y el duque de York tuvieron órden de acudir por la parte opuesta, esto es, por Turnay. De Busch debia pasar à Moucroen, Otto al mismo Turcoing, y el duque de York adelantándose sobre Roubaix y Mouvaux, debia darse la mano con Clerfayt, por cuya incorporacion Souham y Moreau quedaban cortados de Lila. El jeneral Kinsky y el archiduque Cárlos estaban encargados de volcar con dos columnas poderosas à Bonnaud sobre Lila. Para que estas disposiciones se acertasen, se requeria un conjunto de movimientos inasequibles. Los mas de estos cuerpos, con efecto, salian de puntos muy remotos, y Clerfayt tenia que atravesar el ejército francés.

Estos movimientos debian ejecutarse el 28 floreal (17 de mayo). Pichegrú habia acudido por entonces al ala derecha del Sambra, para remediar los desmanes que allí se habian padecido. Souham y Moreau acaudillaban el ejército en ausencia de Pichegrú ; y el primer asomo de los intentos de los coligados se apareció con la marcha de Clerfayt sobre Werwick. Acudieron luego à aquella parte, pero al saber que la mole enemiga desembocaba por el lado opuesto y amagaba sus comunicaciones, tomaron una resolucion repentina y atinada; y fué asestar un empuje sobre Turcoing afin de apoderarse de aquella posicion decisiva entre Menin y Lila. Permaneció Moreau con la division de Vandamme delante de

Clerfayt, para entorpecer su marcha, y Souham marchó sobre Turcoing con cuarenta y cinco mil hombres. Seguian corrientes las comunicaciones con Lila, y así se pudo mandar à Bonnaud que acudiese por su parte sobre Turcoing, y clavase todo su ahinco en conservar la correspondencia de este punto con Lila. Lograron éxito completo las disposiciones de los jenerales franceses, pues Clerfayt habia tenido que avanzar tardíamente, detenido en Werwick, y no llegó à Lincelles el dia prescrito. El jeneral De Busch se habia al pronto apoderado de Moucroen ; pero habia esperimentado un leve desman ; y Otto, habiéndose subdividido para auxiliarle, no quedara con bastantes fuerzas en Turcoing; en fin el duque de York se habia adelantado hasta Roubaix y Mouvaux, sin ver llegar à Clerfayt ni poder enlazarse con él ; Kinsky y el archiduque Cárlos tardaron en llegar à Lila hasta el 28 (17 de mayo). La madrugada siguiente 29 (18 de mayo), Souham se encaminó ejecutivamente sobre Turcoing, arrolló cuanto fué encontrando, y se apoderó de aquella posicion importante. Por su parte, Bonnaud, marchando de Lila sobre el duque de York, que debia interponerse entre esta plaza y Turcoing, lo encontró como descuartizado en una línea dilatada. Los Ingleses, aunque sobrecojidos, intentaron resistir, pero nuestros quintos mozuelos, disparándose acaloradamente, los hicieron ceder, y aun huir arrojando sus armas. La derrota fué en tanto grado, que el duque de York, huyendo à escape, debió su salvacion à la velocidad del caballo. Desde aquel punto fué todo desconcierto entre los coligados, y el emperador de Austria estuvo viendo desde los cerros de Templeuve todo su ejército en fuga. En este tiempo, el archiduque Cárlos, falto de avisos y mal colocado, permanecia yerto debajo de Lila, y Clerfayt, atajado en el Lys, quedó reducido à retirarse. Este fué el paradero de aquel « plan de destruccion, » que nos proporcionó muchos miles de prisioneros, gran porcion de enseres, y el prestijio de una gran victoria ganada con setenta mil hombres contra cien mil.

Llegó Pichegrú cuando estaba ya ganada la batalla, y todos los cuerpos coligados cejaron hácia Turnay, mientras Clerfayt, volviéndose à Flándes, recobró su posicion de Thielt. Utilizó poco Pichegrú esta victoria importante, pues los coligados agolpándose hácia Turnay con su derecha sobre el Escalda, el jeneral francés quiso apoderarse de algunos forrajes que subian por el Escalda,

é hizo pelear con este objeto baladí à todo el ejército. Acercándose al rio, estrechó à los coligados en su posicion semi-circular de Turnay. Todos estos cuerpos se hallaron luego sucesivamente encajonados en este semi-círculo, y se trabó una refriega reñidísima en Pont-à-Chin, por lo largo del Escalda. Duró doce horas la matanza horrorosa, pereciendo por ambas partes de siete à ocho mil hombres, sin ningun resultado asequible. El ejército francés retrocedió despues de quemar algunos barcos, y perdiendo parte del predominio que le proporcionara la batalla de Turcoing.

Sin embargo podíamos considerarnos victoriosos en Flándes, y la necesidad en que se hallaba Coburgo de acudir con refuerzos à otra parte iba à hacer mas descollante nuestra superioridad. En el Sambra, Saint-Just habia querido ejecutar tercer tránsito, y cercar à Charleroi; pero Kaunitz, reforzado, habia hecho levantar el sitio en el punto mismo en que por dicha llegaba Jourdan con todo el ejército del Mosela. Desde aquel instante, noventa mil hombres iban à obrar sobre la verdadera línea de operaciones, y zanjar los vaivenes de la victoria. Nada de entidad habia acaecido en el Rin, pues solo el jeneral Mœllendorf, valiéndose de la escasez de nuestras fuerzas en aquel punto, nos habia quitado el apostadero de Kaiserslautern, reempozándose en su inaccion tras esta ventaja. Así es que desde el mes de praderal (fin de mayo), y en toda la línea del Norte, no solo habíamos resistido y triunfado de la coligacion en varios encuentros, sino que habíamos logrado una gran victoria, y nos íbamos internando sobre las dos alas por la Flándes y el Sambra. La pérdida de Landrecies era nada en cotejo de estas ventajas, y de las que nos afianzaba la situacion presente.

La guerra de la Vendea no se habia finalizado por entero despues de la derrota de Savenay. Habíanse salvado tres caudillos, Larochejacquelein, Stofflet y Marigny, y además Charette, que, en vez de pasar el Loira, habia tomado la isla de Noirmoutiers, permanecia en la Baja-Vendea; pero todo se reducia à guerrillas, sin dar asomo de cuidado à la república. El jeneral Turreau habia recibido el mando del Oeste, y dividiendo el ejército disponible en columnitas lijeras que atravesaban el territorio concentrándose sobre un mismo punto, escarmentaba las cuadrillas fujitivas, y cuando no tenia que pelear ejecutaba el decreto de la convencion, esto es, quemaba bosques y aldeas, y arrebataba la poblacion para trasladarla à otra parte. Habian mediado algunos reencuentros, pero sin

resultado de entidad. Haxo, despues de recobrar contra Charette las islas de Noirmoutiers y Bouin, habia esperado varias veces apresarle, pero este guerrillero osado se le trasponia siempre para reaparecer luego en el campo de batalla con un teson tan asombroso como su maña; y así esta guerra desventurada no era ya mas que un campo de asolacion. El jeneral Turreau tuvo que tomar una providencia cruel, mandando à los habitantes de las aldeas que desamparasen su pais, sopena de ser tratados como enemigos. Esta disposicion los reducia ó à dejar el terreno donde se vinculaba su existencia, ó à avenirse à las ejecuciones militares. Tales son los achaques inevitables de las guerras civiles.

La Bretaña era ya teatro de un nuevo jénero de guerra, à saber, la de los chuanes. Ya habia manifestado esta provincia algunos asomos de remedo con la Vendea, mas la propension à sublevarse no siendo tan jeneral, solo algunos individuos, validos de la calidad del terreno, se habian dedicado à salteamientos aislados. Las reliquias de la columna vendeana que habian pasado à la Bretaña acrecentaron luego el número de estos guerrilleros. Su establecimiento principal estaba en la selva de Perche, y recorrian el pais en cuadrillas de cuarenta à cincuenta, embistiendo à veces à la jendarmería, haciendo contribuir à los concejos desvalidos, y cometiendo estos desafueros con el sobrescrito de la causa real y católica. Pero la guerra verdadera estaba acabada, y no venian à quedar sino las desdichas particulares y deplorables que aquejaban à aquellas provincias desventuradas.

No era menos activa la guerra en las colonias y por el mar que en el continente. El acaudalado establecimiento de Santo-Domingo habia sido teatro de las mayores atrocidades mencionadas en la historia. Habian los blancos abrazado con ansia la causa de la revolucion, que les habia acarreado en su concepto su independencia de la metrópoli; no se habian enfervorizado menos los mulatos; pero esperanzados de otro objeto que la independencia política de la colonia, aspiraban à la ciudadanía que siempre se les habia denegado. La constituyente habia reconocido los derechos de los mulatos; pero los blancos, que no apetecian la revolucion sino para sí, se habian sublevado entonces, y habia estallado la guerra civil entre la casta antigua de los hombres libres y los libertos. Al vaiven de esta guerra, habian luego los negros asomado en la escena, estrenándose con fuego y sangre, degollando à los dueños,

é incendiando sus haciendas. Desde aquel punto, la colonia se vió acosada por un trastorno pavoroso, y cada partido reconvenia al otro por el nuevo enemigo que acababa de presentarse, tachándole de haberle puesto las armas en la mano. Los negros, sin alistarse en ninguna causa, lo asolaban todo; pero luego, incitados por los enviados de la parte española, aparentaban ponerse por el bando de la causa real, y para estremar el desconcierto, habian intervenido los Ingleses. Habíalos llamado una parte de los blancos en el trance, cediéndoles el fuerte considerable de San Nicolás. El representante Santhonax, al arrimo especialmente de lós mulatos y de parte de los blancos, contrastó la invasion de los Ingleses, y no le quedó mas arbitrio para rechazarla sino el reconocer la libertad de los negros que se declararian por la república. Habia la convencion confirmado estas disposiciones, y proclamado por un decreto libres los negros; desde este punto, una porcion de ellos, que estaban por la causa real, se pasaron à la de los republicanos, con lo que los Ingleses atrincherados en el fuerte de San Nicolás quedaron desahuciados de apropiarse aquella alhaja, que, tras largas asolaciones, no habia de pertenecer sino à sí misma. La Guadalupe, despues de conquistada y reconquistada, quedó en fin por nuestra, mas perdióse la Martínica sin arbitrio.

Estos eran los trastornos de las colonias, y estaba sucediendo un acontecimiento importante en el Océano, cual era la llegada de aquel convoy de América tan ansiosamente esperado en nuestros puertos. La escuadra de Brest, en número de treinta navíos, habia dado la vela, como se ha visto, con órden de cruzar y de no pelear sino en el caso en que la salvacion del convoy lo requiriera absolutamente. Ya hemos dicho que Juan-Bon-Saint-André iba en el navío almirante, que Villaret-Joyeuse, de mero capitan, habia ascendido à jefe de escuadra, que campesinos sin haber visto el mar habian entrado en las tripulaciones, y que estos marineros, esta oficialidad y estos almirantes de un dia llevaban el encargo de batallar con la antigua marina inglesa. Dió la vela Villaret-Joyeuse el 1º. praderal (20 de mayo), y mareó hácia las islas Coves y Flores para esperar el convoy, y en su rumbo apresó varios bajeles del comercio inglés, cuyos capitanes le decian: «Nos vais cojiendo por menor, pero el almirante Howe os apresará por mayor.» Con efecto, cruzaba este almirante por las costas de Bretaña y Normandía, con treinta y tres navíos y doce fragatas, y el 9 praderal

(28 de mayo), descubrió la escuadra francesa una porcion de velas. Las tripulaciones ansiosas estaban viendo abultarse en el horizonte aquellos puntitos negros; y, al reconocer à los Ingleses, exhalaron alaridos de entusiasmo, y pidieron el combate con aquel patriotismo desalado que campeó siempre en nuestros habitantes de las costas. Aunque las instrucciones dadas al jeneral no le permitiesen pelear sino para poner en salvo el convoy, sin embargo Saint-André, arrollado él mismo por el entusiasmo jeneral, se avino al combate, é hizo dar órden para prepararse à él. Por la tarde, un navío de retaguardia, el «Revolucionario,» habiendo acortado de vela, se empeñó con los Ingleses, hizo una resistencia tenaz, perdió à su capitan, y tuvo que hacerse remolcar à Rochefort. Sobrevino la noche, y no pasó el empeño adelante.

Avistáronse la madrugada siguiente, 10 (29 de mayo), las dos escuadras, y el almirante inglés maniobró contra nuestra retirada. El movimiento que hicimos para abrigarla jeneralizó la accion, y los Franceses, torpes en la maniobra, dos navíos suyos, el «Indómito» y el «Tiranicida,» se hallaron al costado de fuerzas superiores, y pelearon reñidamente. Villaret-Joyeuse dió órden para acudir à los navíos empeñados, pero mal entendida y peor ejecutada, marchó solo espuesto à que nadie le siguiera. Sin embargo acudieron luego, y adelantándose toda nuestra escuadra sobre la enemiga, la hizo cejar. Por desgracia habíamos perdido el barlovento, hicímos un fuego terrible sobre los Ingleses, pero no pudimos darles alcance; quedáronnos sin embargo los dos navíos y las aguas.

El 11 y el 12 (30 y 31 de mayo), la cerrazon encubrió entrambas escuadras, y los Franceses procuraron arrollar à los Ingleses al norte y al oeste del rumbo que debia seguir el convoy. Disipóse la cerrazon el 13, y un sol despejado resplandeció sobre las escuadras. Los Franceses, que ya no tenian mas que veinte y seis navíos, mientras los enemigos conservaban treinta y seis, pedian de nuevo la refriega, siendo del caso el avenirse para ocupar à los Ingleses, y desviarlos del rumbo del convoy, que debia transitar por las mismas aguas del encuentro del 10.

Este combate, uno de los mas memorables que haya presenciado el Océano, empezó à las nueve de la madrugada. El almirante Howe se adelantó à cortar nuestra línea, y una maniobra torpe del navío «la Montaña» le franqueó el paso, para aislar nuestra

ala izquierda y abrumarla con todas sus fuerzas. Nuestra derecha y vanguardia quedaron aisladas, y aunque el almirante intentó rehacerlas para marchar sobre la escuadra inglesa, habiendo perdido el barlovento, estuvo cinco horas sin poderse acercar al punto de la batalla. Peleaban entretanto los navíos empeñados con un heroismo estraordinario, y los Ingleses, superiores en la maniobra, perdian su ventaja en los encuentros de nave à nave, batallando con descargas terribles y abordajes pavorosos. En medio de este empeño tan encarnizado, el navío «Vengador,» desarbolado, destruido y à pique de irse à fondo, se negó à arriar bandera à peligro de sumerjirse en las aguas. Los Ingleses suspendieron el fuego, y se retiraron pasmados de semejante resistencia. Tenian ya seis de nuestros navíos, y la mañana siguiente, Villaret-Joyeuse, habiendo reunido la derecha y la vanguardia, queria arrojarse sobre ellos y arrebatarles la presa. Los Ingleses, muy averiados, quizás nos hubieran cedido la victoria, pero Saint-André se opuso à este nuevo empeño à pesar del entusiasmo de las tripulaciones. Con esto los Ingleses pudieron aportar sosegadamente en sus costas, entrando asustados de su victoria, y rebosando de asombro con la valentía de nuestros marinos bisoños. Pero el objeto esencial de este combate reñido se habia logrado, pues el almirante Venstabel habia atravesado en esta jornada del 13 las aguas del encuentro del 10, y las habia encontrado cubiertas de hastillas, entrando felizmente en los puertos de Francia. Así es que, victoriosos en los Pirineos y en los Alpes, amenazadores en los Paises-Bajos, heroicos en el mar, y harto poderosos para reñir con los Ingleses y venderles cara la victoria, entramos en el año de 1794 por una carrera esforzada y esclarecida.

CAPITULO IX.

Situacion interior al principio del año 1794. Afanes administrativos de la junta. Leyes de hacienda. Capitalizacion de vitalicios. Estado de las cárceles. Persecuciones políticas. Crecidas ejecuciones. Tentativa de asesinato contra Robespierre y Collot d' Herbois. Predominio de Robespierre. Secta de la «Madre de Dios.» Manifiéstanse desavenencias entre las juntas. Festividad al Sér supremo. Ley del 22 praderal reorganizando el tribunal revolucionario. Pavor estremado. Infinitas ejecuciones en Paris. Comisiones de Lebon, Carrier y Maignet; crueldades atroces cometidas por ellos. Sumerjimientos en el Loira. Rompimiento entre los caudillos de la junta de salvacion pública; retirada de Robespierre.

Mientras la república era victoriosa por defuera, seguia violentísima su situacion interior, pues sus quebrantos eran siempre los mismos, cifrándose en los asignados, el máximo, la escasez de abastos, la ley de los sospechosos y los tribunales revolucionarios.

Los apuros que acarreaba la necesidad de ir arreglando todos los movimientos del comercio habian ido mas y mas en aumento. Habia que andar siempre modificando la ley del máximo; ya habia que esceptuar los hilados retorcidos y concederles el diez por ciento sobre el arancel, ya los alfileres, las batistas, linones, muselinas, gasas, encajes de hilo y de seda y las sederías. Pero mientras habia que esceptuar de la tasa un sinnúmero de renglones, sobrevenian otros que urjia entrometerlos. Así es que el precio de los caballos habia subido escesivamente, y se habia hecho forzoso el fijar su valor segun la alzada y la calidad. Resultaba siempre de estos medios el mismo inconveniente, pues el comercio se estancaba y cerraba sus mercados, ó bien los abria clandestinos, donde la autoridad yacia desvalida. Si con los asignados acertó à realizar el valor de los bienes nacionales, y si con el máximo habia podido poner los asignados en correspondencia con las mercancías, no habia arbitrio para estorbar que desapareciesen las mercancías y se ocultasen à

los compradores, y por tanto sonaban sin cesar quejas contra los mercaderes que se retiraban ó que cerraban sus almacenes.

Sin embargo causaba este año menos zozobra el estado de los abastos. Los convoyes llegados del norte de América, y una cosecha abundante, habian suministrado suficiente cantidad de granos para el consumo de la Francia. La junta, administrando todos los ramos con el mismo ahinco, habia dispuesto que el empadronamiento de la cosecha se hiciese por la comision de abastos, y que parte de los granos se trillase sobre la marcha para acudir al surtimiento de los mercados. Hubo alguna aprension de que los segadores andariegos que trashuman para acudir à las provincias coseoheras, pidiesen jornales estraordinarios; pero la junta declaró que ciudadanos y ciudadanas conocidos por trabajadores en las cosechas se hallaban en requisicion forzada, y que sus pagos se harian por el señalamiento de las autoridades concejiles. Habiéndose luego alborotado los mancebos carniceros y panaderos, la junta providenció con mas jeneralidad, y puso en requisicion à todo jénero de operarios, que se empleaban en el manejo, el trajin y la venta de los renglones de primera necesidad.

Los abastos en carnes eran mas arduos y causaban mayor zozobra. Escaseaban principalmente en Paris, y desde el punto en que los hebertistas habian querido valerse de esta carestía para mover un alboroto, el achaque habia ido en aumento. Hubo que poner la ciudad de Paris à la racion de carne, y la junta de abastos fijó el consumo diario à setenta y cinco vacas, ciento y cincuenta quintales de ternera y de carnero, y dos cientos cerdos. Ajenciábase los ganados necesarios, y los enviaba al hospicio de la Humanidad, señalado como matadero comun y únicamente autorizado. Los carniceros nombrados por cada seccion acudian en busca de su carne competente, proporcionándola al vecindario que tenian que surtir. De cinco en cinco dias debian repartir à cada familia media libra de carne por cabeza. Acudíase tambien sobre este punto al recurso de las tarjetas distribuidas por las juntas revolucionarias para el reparto del pan, espresando el número de individuos que componian cada familia. Para evitar alborotos y trasnochadas, prohibíase el acudir antes de las seis de la madrugada à la puerta de las carnicerías.

Se echó luego de ver la insuficiencia de estos reglamentos, pues se habian planteado, como lo hemos dicho en otra parte, car-

nicerías clandestinas, cuyo número iba creciendo diariamente. Los ganados no tenian lugar para ir llegando à los mercados de Neubourg, Poissy y Sceaux; los carniceros campesinos se anticipaban y acudian à comprarlos à las mismas praderas. Valiéndose de la flojedad de los concejos aldeanos en la ejecucion de la ley, estos carniceros sobrepujaban el máximo, y surtian à todos los habitantes de los concejos mayores, y en particular à los de Paris, que no se contentaban con la media libra repartida de cinco en cinco dias. De esta forma, los carniceros campesinos embargaban el comercio de los ciudadanos, que estaban casi ociosos desde que los habian reducido al reparto de las raciones, y aun muchos de ellos andaban pidiendo una ley que les franquease el descargo de sus arriendos por sus tiendas. Entonces hubo que formar nuevos reglamentos para estorbar que los ganados se desviasen de sus mercados correspondientes, obligando à los propietarios de las praderas à declaraciones y formalidades en estremo incómodas. Hubo que entrometerse todavía en pormenores mucho mas mecánicos, pues careciendo de leña y de carbon, por causa del máximo, lo que ocasionaba sospechas de estancamiento, se prohibió el tener en casa mas de cuatro arrobas de leña y dos de carbon.

El nuevo gobierno acudia con estremada actividad à todos los apuros de la carrera en que se habia engolfado. Mientras estendia estos reglamentos tan cuantiosos, dedicábase à reformar la agricultura, à variar la lejislacion de los arriendos para dividir el beneficio de las tierras; à introducir nuevas nivelaciones, prados artificiales y cria de ganados; decretaba el establecimiento de jardines botánicos en todas las cabezas de departamento, para connaturalizar las plantas exóticas, formar planteles de árboles diversos, y abrir cursos de agricultura para el uso y al alcance de los labradores; disponia el desagüe jeneral de los pantanos, bajo un plan anchuroso y bien ideado; acordaba que el estado aprontase el caudal para esta empresa grandiosa, y que los hacendados cuyas heredades se desaguasen y saneasen pagasen un derecho ó cediesen sus tierras à un precio determinado; en fin empeñaba à todos los arquitectos para presentar planes de reedificar aldeas demoliendo quintas; disponia adornos para hacer el jardin de las Tuilerías mas cómodo al público, y pedia à todos los artistas un proyecto para trocar el teatro de la ópera en un espacio cubierto, donde se juntase el pueblo en invierno.

Así pues, todo lo ejecutaba ó à lo menos ensayaba à un mismo tiempo; por tanto es ciertísimo que cuando se tienen muchos quehaceres se halla en estado el hombre de desempeñar mucho mas. El afan de hacienda no era el menos arduo ni el menos zozobroso. Ya se ha visto qué recursos se fueron ideando en el mes de agosto de 1793, para devolver su valor à los asignados, retirándolos en parte del jiro. El bicuento retirado con el empréstito forzoso, y las victorias que terminaron la campaña de 1793, los realzaron, y, como ya lo hemos dicho, se repusieron à la par, merced à las leyes tremendas que hacian tan espuesta la posesion del metálico. Duró poquísimo esta prosperidad aparente, pues los asignados desmerecieron pronto, y la cantidad de las creaciones los vilipendió ejecutivamente. Entraba una parte con las ventas de los bienes nacionales, pero era insuficiente este recobro. Vendíanse los bienes sobre la tasa, pero esto no era de estrañar, por cuanto se tasaron al dinero, y se pagaban en asignados. Por esta razon, el precio en la realidad era muy inferior à la tasa, aunque aparentaba ser superior. Por otra parte, este consumo de asignados no podia menos de ser tardío, siendo las creaciones necesariamente inmensas y ejecutivas. Un millon y doscientos mil hombres que se habian de asalariar y armar, enseres que fabricar, y una marina que construir, con un papel desestimado, requerian cantidades enormes de este mismo papel. Siendo único este recurso, y por otra parte aumentándose diariamente el capital de los asignados con las confiscaciones, hubo que avenirse à echar mano de él mientras lo requiriese la necesidad. Abolióse la separacion entre la caja del ordinario y del estraordinario, reservada la una al producto de los impuestos, y la otra à la creacion de los asignados. Se inculcaron entrambos jéneros de recursos, y siempre que la urjencia lo pedia, suplian à la renta con creaciones nuevas. Al principio de 1794 (año II), la suma total de las creaciones se habia duplicado, pues se habian añadido à la suma que habia anteriormente cuatro bicuentos, ascendiendo así á ocho la totalidad. Rebajando las sumas recobradas y quemadas, y las que no se habian gastado, quedaban en jiro efectivo cinco bicuentos y quinientos treinta y seis millones. Decretóse en mesidor año II (junio de 1794), la creacion de un nuevo bicuento de asignados de todo valor desde 1,000 francos hasta tres reales. La junta de hacienda volvió à recurrir al empréstito forzado sobre los pudientes. Valióse de los padrones del año anterior, y se cargó à los contenidos una contribucion estraordinaria de guer-

ra, del diezmo del empréstito forzado, esto es, de cien millones. Esta suma no era con calidad de reintegro, sino à título de impuesto que debian pagar sin recobro.

Para acabalar el establecimiento del Gran-Libro, y el proyecto de uniformar la deuda pública, faltaba «capitalizar» los vitalicios, y reducirlos à una «inscripcion.» Estas rentas de todo jaez y forma eran el objeto de un ajiotaje complicadísimo; al par de los contratos antiguos del estado, adolecian del inconveniente de cimentarse en un título real, y merecer señalada preferencia sobre los valores republicanos, por cuanto sonaba siempre que si la república se avenia à reintegrar las deudas de la monarquía, jamás esta se allanaria à pagar las de la república. Redondeó pues Cambon su parto grandioso de la rejeneracion de la deuda, proponiendo y haciendo espedir la ley que capitalizaba los vitalicios, cuyos títulos debian entregarse por los notarios, para quemarlos luego como se habia hecho con los contratos. El capital suministrado antes por el rentista quedaba reducido à una inscripcion, con el interés perpetuo del cinco por ciento, en vez de la renta vitalicia. Sin embargo, por atencion à los ancianos y à los rentistas escasos, quienes trataron de duplicar sus recursos haciéndolos vitalicios, se conservaron las rentas moderadas, proporcionándolas à la edad de los individuos. De cuarenta à cincuenta años, se dejó intacta toda renta de mil y quinientos à dos mil francos; de cincuenta à sesenta, toda renta de tres mil à cuatro mil, y así de las demás, hasta la edad de cien años y la suma de diez mil y quinientos francos. Si el rentista comprendido en el sobredicho caso gozaba una renta superior à la cuota señalada, se capitalizaba el escedente. No cabia à buen seguro mas miramiento con los escasos de medios y los ancianos; sin embargo ninguna ley ocasionó tantas quejas y reclamaciones; y la asamblea padeció por una providencia cuerda y humana mayor vituperio que por las tremendas disposiciones que estaban señalando todos los dias de su dictadura. Quedaban mal librados los ajiotistas, por cuanto requeria la ley, para el reconocimiento de los réditos, las fes de vida. Los portadores de títulos de emigrados no podian ajenciar fácilmente dichas fes, y por tanto los ajiotistas, que eran los mas agraviados por esta condicion, declamaron descerrajadamente en nombre de los ancianos y de los achacosos, diciendo que se atropellaban la edad y el desamparo, persuadiendo à los rentistas que no se les pagaria, porque la ope-

racion y las formalidades que requeria habian de ocasionar demoras interminables; y nada de esto acaeció. Hizo modificar Cambon ciertas cláusulas del decreto, y celando siempre el erario, hizo despachar la faena ejecutivamente. Los rentistas que no logreaban con títulos ajenos, y que vivian de sus propias rentas, quedaron pagados al golpe, y, como dijo Barrere, en vez de esperar su vez en patios à la intemperie, estaban en salas abrigadas y cubiertas en la tesorería.

Junto à estas reformas provechosas, seguian su rumbo las crueldades. La ley que arrojaba à los ex-nobles de Paris y de las plazas fuertes y marítimas, daba campo à un sin fin de tropelías. Deslindar los verdaderos nobles, cuando ya la nobleza era una desdicha, no era mas obvio que allá cuando fué un objeto de pretension. Las plebeyas, viudas ya de nobles, y los compradores de cargos que habian tomado el título de escuderos, se desentendian de aquella distincion que apetecian antes ansiosamente. Esta ley daba mayor campo à la arbitrariedad y à las tropelías mas tiránicas.

Los representantes comisionados ejercian su autoridad con estremado rigor, cometiendo à veces crueldades desatinadas y monstruosas. En Paris se iban atestando las cárceles mas y mas todos los dias, y la junta de seguridad jeneral habia planteado una policía que lo aterraba todo. El principal era un llamado Heron, que tenia à sus órdenes un diluvio de ajentes, dignos todos de su superior. Eran los que llamaban «portadores de órdenes» de las juntas; los unos eran espías de profesion; los otros, pertrechados con órdenes reservadas, y aun á veces en blanco, andaban haciendo prisiones por Paris y por las provincias. Franqueábaseles dinero para sus espediciones, y lo exijian además de los presos, hermanando así el robo con la crueldad. Todos los aventureros despedidos con el ejército revolucionario, ó echados de los escritorios de Bouchotte, se habian entrometido en estos nuevos empleos, haciéndose mucho mas temibles. Por donde quiera se metian, en paseos, cafés y teatros, y à cada punto se creian todos perseguidos ó escuchados por alguno de estos inquisidores. Merced à su esmero, el número de los sospechosos habia ascendido à siete ú ocho mil solo en Paris. Las cárceles no ofrecian ya el espectáculo de antaño, pues no mediaban ricos por los pobres, ni aparecian sujetos de toda opinion y jerarquía, llevando à costo comun una vida harto apacible, y consolándose, con el embeleso de las artes, de

las penalidades del cautiverio. Este método pareció demasiado llevadero para los llamados aristócratas, afirmando que el lujo y la abundancia reinaban entre los sospechosos, mientras el pueblo por fuera estaba reducido à la racion; que los ricos arrestados se complacian en desperdiciar abastos que hubieran podido alimentar à ciudadanos menesterosos; y acordóse que se variaria el réjimen de las cárceles. Habíanse por consiguiente establecido refectorios y mesas comunes; dábase à los presos, à horas señaladas y en salones espaciosos, comida malísima y perniciosa, que se les hacia pagar sumamente cara. No se permitia comprar alimentos para suplir à los que no se podian comer; se hacian requisas, se les quitaban los asignados, y se les defraudaba así de todo arbitrio para proporcionarse alivios. No se les franqueaba ya la misma libertad de verse y de vivir juntos, y à los tormentos de la soledad se añadia el pavor de la muerte, que de continuo era mas solícita y mas ejecutiva. El tribunal revolucionario empezaba, desde la causa de los hebertistas y dantonistas, à sacrificar víctimas por cuadrillas de à veinte. Habia condenado à la familia de Malesherbes y su parentela, en número de quince à veinte personas; y el respetable caudillo de aquella casa habia ido al cadalso con la frescura y la jovialidad de un desengañado. Al dar un tropiezo, camino del cadalso, dijo : «Este tropezon es de mal agüero, y un Romano se volveria à casa.» A los Malesherbes se juntaron veinte y dos miembros del parlamento, y el de Tolosa feneció casi por entero. En fin los asentistas jenerales estaban encausados por sus contratos añejos con el gobierno, probándoles que sus pactos eran gravosos al estado, y el tribunal revolucionario los envió al cadalso, por exacciones sobre el tabaco, la sal, etc. En este número se hallaba un sabio esclarecido, el químico Lavoisier, que pidió en vano algunos dias de demora para estender el pormenor de un descubrimiento.

Allá se iba el raudal; administraban, peleaban y degollaban con un conjunto pavoroso. Las juntas, colocadas en el centro, gobernaban con la misma tirantez. La convencion, enmudecida, señalaba pensiones à las viudas é hijos de los soldados muertos por la patria, reformaba sentencias de los tribunales, interpretaba decretos, arreglaba el trueque de ciertas propiedades del patrimonio, se dedicaba en una palabra à quehaceres baladíes, ó à lo mas accesorios. Barrere acudia diariamente à leerles relaciones de victorias, llamando à estos informes «carmañolas.» Al fin de cada mes,

anunciaba, por via de formalidad, que los poderes de las juntas habian finado, y se debian renovar; y entonces se le contestaba con aplausos que las juntas debian seguir con sus afanes; y aun à veces se le trascordaba esta formalidad, y las juntas seguian igualmente con sus funciones.

En estos trances de rendimiento absoluto es cuando los ánimos acosados se disparan, y las autoridades despóticas deben temer las puñaladas. Hallábase entonces en Paris un hombre empleado como mancebo de escritorio en la lotería nacional, que sirviera en otro tiempo à familias principales, y exhalaba un encono violento contra el réjimen actual. Era de cincuenta años, y se llamaba Ladmiral, y habia ideado asesinar à alguno de los individuos descollantes de la junta de salvacion pública, à saber, Robespierre, ó Collot d'Herbois. Hacia algun tiempo que se habia avecindado en la misma casa que Collot d'Herbois, calle de Favart, y estaba en duda entre Collot y Robespierre. El 3 praderal (22 de mayo), resuelto à descargar sobre Robespierre, acudió à la junta de salvacion pública, y todo el dia lo estuvo esperando en la galería que iba à parar al salon de la junta. No habiendo podido dar con él, se volvió à casa, y se colocó en la escalera para asaltar à Collot d'Herbois. A media noche, volvíase Collot à casa, y subia la escalera, cuando Ladmiral le descerraja un pistoletazo à quemaropa; fáltale la pistola, tira segunda vez, y le chasquea nuevamente; dispara tercera vez, y entonces sale el tiro, pero da en la pared. Empéñase una contienda, y clama Collot d'Herbois asesinos; por su dicha, pasa una patrulla por la calle, acude al estruendo, huye Ladmiral entonces, sube y se encierra en su cuarto. Le siguen, y tratan de quebrantar la puerta, pero vocea que está armado, y va à disparar contra los que se presenten à prenderle. No acobarda la amenaza à la patrulla, se vuelca la puerta; y un cerrajero, llamado Geffroy, asoma el primero, y recibe un fusilazo que lo hiere casi mortalmente. Preso Ladmiral, y llevado à la cárcel, preguntado por Fouquier-Tinville, refiere su vida, sus intentos, y las tentativas que ha hecho para descargar à Robespierre antes de pensar en Collot d'Herbois. Pregúntanle quién le ha inducido à cometer aquel delito, y responde con entereza que no es tal delito, sino un servicio que ha querido hacer à su pais, que él solo lo ha ideado sin sujestion ajena, y que su único pesar se cifra en habérsele frustrado.

El rumor de esta tentativa corre velozmente, y segun costum-

bre, aumenta el poderío de los mismos à quienes se dirijia. Barrere acude dilijente por la madrugada del 4 praderal à hacer en la convencion la historia de aquella nueva maquinacion de Pitt. «Las facciones interiores, dice, no cesan de corresponderse con aquel gobierno mercader de coligaciones, comprador de asesinatos, que persigue la libertad como su mayor enemiga. Mientras tenemos aquí al órden del dia la justicia y la virtud, los tiranos coligados ponen à su órden del dia el delito y el asesinato. Por donde quiera tropezaréis con el númen aciago del Inglés: en nuestros mercados, en nuestras compras, por mar y por tierra, entre los reyezuelos de Europa, como en nuestras ciudades. La misma cabeza es la que asesta las manos que asesinan à Basseville en Roma, los marinos franceses en el puerto de Jénova, y los franceses leales en Córcega; es la misma cabeza que encamina el acero contra Lepelletier y Marat, la guillotina à Chalier, y las armas de fuego sobre Collot d'Herbois.» Barrere saca luego cartas de Lóndres y de Holanda que se han interceptado, y anuncian que los amaños de Pitt están apuntados contra las juntas, y particularmente contra Robespierre, pues una de ellas dice sustancialmente: «Tememos mucho el influjo de Robespierre; pues cuanto mas se concentre el gobierno francés republicano, tendrá mas pujanza, y será mas trabajoso para volcarlo.»

Semejante modo de presentar los hechos era muy adecuado para avivar entrañablemente el interés à favor de las juntas, y especialmente de Robespierre, y para identificar su existencia con la de la república. Va luego refiriendo Barrere el hecho con todas sus circunstancias, habla del «afan afectuoso» que las autoridades constituidas han mostrado para resguardar la representacion nacional, y particulariza en términos pomposos la conducta del ciudadano Geffroy, que ha recibido una herida grave al afianzar el asesino. La convencion vitorea sobre manera el informe de Barrere, dispone pesquisas para cerciorarse de si Ladmiral tiene ó no cómplices; decreta accion de gracias al ciudadano Geffroy, y acuerda, para recompensarle, que el parte de sus heridas se leerá todos los dias en la tribuna. Couthon entonces prorumpe en un discurso fulminante, para pedir que el informe de Barrere se traduzca en todas las lenguas, y se derrame por todos los paises. «¡Pitt, Coburgo, esclama, y vosotros todos, cobardes tiranuelos, que mirais el mundo como vuestra herencia, y que, en el trance de vuestra

agonía, forcejeais con tanto enfurecimiento, aguzad, aguzad vuestros puñales, os menospreciamos sobrado para temeros, y ya sabeis que nuestra grandiosidad no incurrirá en vuestro remedo!» Resuenan los aplausos en el salon, y Couthon añade: «Pero la ley cuyo reinado os asusta tiene su cuchilla levantada sobre vuestra cerviz, y os arrebañará à todos. ¡El jénero humano necesita este ejemplo, y el cielo, que ultrajais, lo ha dispuesto!»

Llega entonces Collot d'Herbois, como para abarcar las albricias de la asamblea; agasájasele con redobladas aclamaciones, y tiene trabajo en hacerse oir. Robespierre, mucho mas artero, no asoma, y parece que se traspone à los acatamientos que le esperan.

En esta misma jornada del 14, una muchacha, llamada Cecilia Renauld, se presenta à la puerta de Robespierre, con un paquetillo debajo del brazo; pide verle, y se aferra en que la introduzcan à su presencia; dice que un empleado público debe franquearse à toda hora à cuantos lo requieran, y su paradero es desvergonzarse con los huéspedes de Robespierre, los Duplaix, que no querian recibirla. A las instancias de la muchacha y à su traza particular, se entra en sospecha, la prenden y la llevan à la policía. Abren el paquetillo, y entre la ropa asoman dos cuchillos; afirman en seguida que ha intentado asesinar à Robespierre; le preguntan, y se esplica con tanta desenvoltura como Ladmiral. Dícenle para qué podia querer à Robespierre, y dice que para ver qué traza tenia un tirano. La estrechan, se empeñan en saber à qué el paquete, la ropa y los cuchillos, y responde que no era su ánimo hacer uso de los cuchillos, y que en cuanto à la ropa, la habia traido porque contaba que la habian de llevar à la cárcel, y de allí à la guillotina. Añade que es realista, y que gusta mas de un rey que de cincuenta mil. Insisten mas y mas con nuevas preguntas, pero se desentiende, y pide que la lleven al cadalso.

Bastaban estos indicios para inferir que la muchacha Renauld era uno de los asesinos armados contra Robespierre, y añádase otro hecho al presente. El dia siguiente, en Choisy-sur-Seine, un ciudadano referia en un café la tentativa de asesinato cometida en Collot d'Herbois, y se complacia de su malogro. Un llamado Saintonax, fraile, que estaba oyendo esta relacion, contesta que es lastimoso el que los forajidos de la junta se hayan salvado, pero que espera que tarde ó temprano caerán todos. Lo afianzan sobre la marcha, y lo presentan aquella misma noche en Paris. Sobraba

todo esto para suponer entronques dilatados; se afirmó que habia una gavilla de asesinos preparada; acudieron ansiosamente à los individuos de la junta, amonestándoles à guardarse y estar en vela por una vida tan preciosa à la patria. Juntáronse las secciones, y enviaron nuevos diputados y esposiciones à la convencion. Decian que entre los milagros que obrara la providencia à favor de la república, el modo con que Robespierre y Collot d'Herbois acababan de salvarse de manos de los asesinos no era el menor. Una de ellas propuso aprontar una guardia de veinte y cinco hombres en vela por la vida de los individuos de la junta.

A los dos dias hubo junta de jacobinos, y acudiendo Robespierre y Collot d'Herbois, fueron agasajados con disparado entusiasmo. Cuando el poderío ha acertado à afianzarse un rendimiento jeneral, no tiene que hacer mas que soltar la rienda à las almas rastreras, pues acuden à porfia para redondear y acabalar de suyo aquel señorío, añadiéndole un culto y honores sobrehumanos. Estaban mirando à Robespierre y à Collot d'Herbois con curiosidad desalada. — «¡Mirad, se decian, esos varones preciosos; el Dios de los hombres libres los ha salvado; los ha escudado con su manto para conservarlos à la república! Deben participar de los timbres que la Francia tiene decretados à los mártires de la libertad; así logrará la complacencia de condecorarlos, sin tener que llorar en su urna funeral.» (*) Collot toma el primero la voz con su vehemencia acostumbrada, y dice que la conmocion que estaba esperimentando le demostraba cuán halagüeño es el servir à la patria, aun à costa de los mayores trances. «Recoje, dice, esta verdad, y es que quien ha corrido algun peligro por su pais se robustece con el interés y hermandad que infunde. Esos aplausos benévolos son un nuevo pacto de concordia entre todas las almas esforzadas. Los tiranos, reducidos al postrer trance y viendo venir su fallecimiento, se valen en vano de puñales, veneno y alevosía, pues los republicanos no se han de acobardar. ¿No saben por ventura los tiranos que, al fenecer un patriota por sus asechanzas, acuden los demás que le sobreviven à su sepulcro para jurar venganza del delito y eternidad de independencia?»

Acaba Collot al eco de mil vítores, y pide Bentabolle que el presidente dé à Collot y à Robespierre el espaldarazo fraternal en nombre de toda la sociedad. Legendre, con el afan de quien habia

(*) Véase la sesion de los jacobinos del 6 praderal.

sido íntimo de Danton, y tenia que postrarse con mayor rendimiento para desviar recuerdos de aquella amistad, dice que el brazo del delito se ha enarbolado para malherir la virtud, pero que el Dios de la naturaleza atajó la consumacion del atentado. Amonesta à todos los ciudadanos para que formen una guardia en torno de los miembros de la junta, y se ofrece à celar él primero su preciosa vida. En este punto, piden algunas secciones que se las introduzca en el salon, pero el ahinco es tan estremado, y el tropel tan crecido, que tienen que permanecer en la puerta.

Brindaban à la junta con las insignias del poder soberano, y entonces era el trance de rechazarlas. Los caudillos arteros deben satisfacerse con que se las ofrezcan, y logran así el realce de la denegacion. Los individuos presentes de la junta impugnan indignadamente y con afectacion la propuesta de ponerles guardia. Toma luego Couthon la voz. «Se pasma, dice, de la proposicion que se acaba de hacer en los Jacobinos, y hecha ya en la convencion. Atribúyela buenamente à intenciones acendradas, pero es achaque de los déspotas el cercarse de guardias, y los individuos de la junta no gustan de serles comparados. No necesitan guardias para defenderlos, pues la virtud, la confianza del pueblo y la providencia toman à su cargo aquellas vidas, sin necesidad de otros afianzamientos para su seguridad; cuanto mas que sabrán morir en su puesto y por la causa de la libertad.»

Afánase Legendre por sincerar su propuesta, diciendo que no ha sido su ánimo el brindar con una guardia organizada à los vocales de la junta, sino amonestar à los ciudadanos acendrados para que celen sus vidas, y que por lo demás, si se equivocó, se desdice, y que su intento ha sido irreprensible. Sucédele Robespierre en la tribuna, y toma el habla por la vez primera. Retumban aplausos dilatados, y apenas hubo silencio: «Soy, dice, uno de aquellos à quienes los acaecimientos recientes deben menos interesar; sin embargo no puedo menos de manifestar ciertas reflexiones. Que los defensores de la libertad sean blanco de los puñales de la tiranía, era corriente, y ya lo habia yo dicho: si arrollamos à los enemigos y desencajamos à las facciones, quedarémos asesinados. Dicho y hecho; los soldados de los tiranos yacen por el polvo, los traidores han fenecido en el cadalso, y hanse aguzado los puñales contra nosotros. No sé cuál es la impresion que os habrán causado estos sucesos, pero allá va la mia. Estoy hecho cargo de que era mas

obvio el asesinar que el volcar nuestros principios y nuestros ejércitos, y he dicho conmigo mismo que cuanto mas incierta y volandera es la vida de los defensores del pueblo, tanto mas deben esmerarse en cuajar sus dias postreros de jestiones útiles à la libertad. Yo, que no creo en la necesidad de vivir, sino solo en la virtud y en la providencia, me hallo en un estado en que por cierto no han tratado de colocarme los asesinos; me conceptúo mas horro que nunca de la iniquidad de los hombres. Los delitos de los tiranos y el acero de los asesinos me han constituido mas libre y mas pavoroso para todos los enemigos del pueblo; mi espíritu está mas disparado que nunca para desembozar à los traidores, y desencajarles la mascarilla con que se atreven à taparse. ¡Franceses, amigos de la igualdad, descansad en nosotros en cuanto al afan de dedicar la corta vida que nos franquea la providencia à lidiar los enemigos que nos rodean!» — Redóblanse las aclamaciones tras este discurso, y estallan disparadamente por todo el ámbito del salon. Robespierre, tras haber paladeado un rato este entusiasmo, toma de nuevo la voz contra un individuo de la sociedad, que habia pedido se tributasen honores cívicos à Geffroy; parangona esta propuesta con la de poner guardia à los individuos de las juntas, y sienta que estas proposiciones encierran el ánimo de escitar envidias y calumnias contra el gobierno, abrumándolo con timbres escusados; y por consiguiente propone y hace acordar la esclusion contra el demandante de los honores cívicos para Geffroy.

En el encumbramiento à que se habia alzado la junta, debia con sumo ahinco desechar todo atributo de soberanía. Estaba ejerciendo una dictadura absoluta, mas no convenia que se palpase demasiado, y toda la esterioridad y el boato del poderío no podian menos de comprometerla en balde. Un soldado ambicioso que es dueño de su espada, y apetece un trono, caracteriza desde luego su autoridad con todo desenfado, y añade las insignias de su poderío à la realidad misma; pero los caudillos de un partido que no lo manejan sino con su influjo, y que anhelan afianzarlo, deben incensarlo siempre, atribuirle de continuo el poder que disfrutan, y al mandar deben aparentar que obedecen.

Los individuos de la junta de salvacion pública, caudillos de la Montaña, no debian desentenderse de ella ni de la convencion, sino al contrario rechazar cuanto trajera asomos de encumbrarlos sobre sus compañeros. Estaban ya hechos cargo de que los alcan-

ces de su poderío embargaban los ánimos en su propio partido. Este veia en ellos dictadores, y en Robespierre principalmente, cuyo sumo influjo empezaba à lastimar la vista, pues todos se iban habituando à decir, no ya «la junta lo quiere,» sino «lo quiere Robespierre.» Fouquier-Tinville decia à un sujeto amenazándole con el tribunal revolucionario. «Si Robespierre quiere, à él irás à parar.» Los ajentes del gobierno nombraban de continuo à Robespierre en sus operaciones, y parecia que todo lo referian à él, como el causador de donde todo procedia. Las víctimas le achacaban todos sus quebrantos, y en las cárceles no se aparecia mas que un opresor, ROBESPIERRE. Los mismos estranjeros en sus proclamas llamaban à los soldados franceses SOLDADOS DE ROBESPIERRE, espresion que se hallaba en una proclama del duque de York. Hecho cargo de lo peligroso que le era el uso redoblado de su nombre, se afanó Robespierre en pronunciar un discurso en la convencion para contrarestar lo que llamaba insinuaciones alevosas, cuyo objeto era perderle; repitiólo en los Jacobinos, y mereció los aplausos que acompañaban à todas sus palabras. El «Diario de la Montaña» y el «Monitor,» habiendo repetido el dia siguiente este discurso, y dicho que era una obra maestra que imposibilitaba su analísis, porque «cada voz equivalia à una frase, y cada frase à una pájina,» se disparó desaforadamente, y vino el dia siguiente à quejarse en los Jacobinos de los periodistas que galanteaban afectadamente à los individuos de la junta con el fin de estrellarlos encumbrándolos al boato de la omnipotencia. Entrambos periódicos tuvieron que desdecirse y disculparse de haber elojiado à Robespierre, afirmando que sus intentos eran acendrados.

Era Robespierre vanidoso, mas no cabia en su pequeñez la ambicion. Sediento de lisonjas y de acatamiento, paladeaba uno y otro, y se sinceraba de recibirlos asegurando que no le cuadraba el ser todo poderoso. Tenia consigo una especie de corte compuesta de algunos hombres, y sobre todo de muchas mujeres, que se desalaban por tributarle las mas esmeradas finezas. Siempre solícitas en sus umbrales, manifestaban un desvelo tenaz por su comodidad, celebrando en coro su virtud, su elocuencia y su númen, y llamándole varon sin par y ente sobrehumano. Una antigua marquesa era la principal de esta comitiva, que cuidaba con impulsos de devocion entrañable al pontífice sangriento y engreido. El

afan de las mujeres es siempre la señal terminante del embeleso público, pues sus desvelos ejecutivos, sus pláticas y su desasosiego se encargan de ridiculizarlo.

A las mujeres idólatras de Robespierre se habia incorporado una secta fatua, estrambótica y recien aparecida. Sucede siempre que con la abolicion de los cultos se agolpan las sectas, por cuanto la necesidad urjente de creer se afana por empaparse en nuevas ilusiones, en el vacío de las que cesaron. Una anciana cuyo celebro se habia caldeado en las cárceles de la Bastilla, y que se llamaba Catalina Theot, se intitulaba la madre de Dios, y anunciaba la aparicion inmediata de un nuevo Mesías. Debia, segun ella, aparecerse en medio de trastornos, y al asomar el trance, rayaria la vida eterna para los escojidos, quienes debian propagar su creencia con todo jénero de arbitrios, y esterminar à los enemigos del verdadero Dios. El cartujo Dom Gerle, que abultó en la constituyente, y cuya imajinacion apocada se habia descarriado con sueños místicos, era uno de los dos profetas, y el otro Robespierre. Sin duda el deismo le habia merecido este timbre. Llamàbale Catalina Theot su hijito del alma, y los iniciados lo contemplaban con acatamiento, viendo en él un sér sobrenatural llamado para destinos misteriosos y sublimes. Estaba informado probablemente de sus desvaríos, y sin ser cómplice, disfrutaba aquella éstravagancia. Es positivo que apadrinara à Dom Gerle, quien frecuentaba su casa, habiéndole dado una certificacion de civismo firmada por su mano, para escudarle contra las persecuciones de la junta revolucionaria. Habia cundido en gran manera la secta con su culto y sus ejercicios, lo que no dejaba de contribuir para su propagacion; y se juntaba en casa de Catalina, en un barrio arrinconado de Paris, cerca del Panteon. Allí era donde se practicaban las iniciaciones, en presencia de la madre de Dios, de Dom Gerle y de los escojidos principales. Empezaba esta secta à darse à conocer, y se sabia en globo que Robespierre era su profeta, y así todo iba contribuyendo para engrandecerle y comprometerle.

Entre sus compañeros era donde se le iba nublando el horizonte. Descollaban desavenencias, de suyo naturalísimas, por cuanto hallándose ya arraigado el póderío de la junta, sobrevinieron competencias. Habíase dividido la junta en pandillas, pues la muerte de Herault-Sechelles habia reducido à once los doce que la componian. Juan-Bon-Saint-André y Prieur (del Marne) andaban siempre

comisionados, Carnot yacia empapado en su guerra, Prieur (de-la-Cuesta-de-Oro) con los surtimientos, y Roberto Lindet con los abastos. Llamábanlos la jente de « exámen, » y no terciaban ni en la política ni en las competencias. Robespierre, Saint-Just y Couthon se habian hermanado, pues una especie de superioridad de entendimiento y de modales, el sumo aprecio que al parecer hacian de sí mismos, y el menosprecio que manifestaban para con sus compañeros, los habian inclinado à apandillarse ; y se les llamaba la jente de « la diestra enarbolada. » Barrere para ellos no era mas que un entecillo endeble y apocado, brindando con su desempeño para el servicio de todos, Collot d'Herbois su declamador placero, y Billaud-Varennes un entendimiento escaso, lóbrego y envidiosillo. Estos tres últimos no les perdonaban sus menosprecios secretos. Barrere no se atrevia à darse à luz, pero Collot d'Herbois, y especialmente Billaud, de suyo mas destemplado, no podian encubrir el encono con que se iban inflamando. Andaban en busca del arrimo de sus compañeros llamados jente de « exámen. » Podian contar con otro arrimo por parte de la junta de seguridad jeneral, que empezaba á desazonarse con la primacía de la junta de salvacion pública. Ceñida con especialidad à la policía, y à veces celada y contrarestada en sus operaciones por la otra, la junta de seguridad jeneral sobrellevaba à duras penas esta subordinacion. Amar, Vadier, Vouland, Jagot y Luis del Bajo-Rin, sus individuos mas inhumanos, estaban ya en el disparador para sacudir el yugo. Dos de sus compañeros, que se apodaban los « escuchantes, » los acechaban por cuenta de Robespierre, y esta atalaya se les hacia intolerable. Así es que los descontentos de entrambas juntas podian apandillarse y hacerse peligrosos para Robespierre, Couthon y Saint-Just. Conviene hacer alto en que las competencias de altanería y poderío eran los arranques de la desavenencia, y no diversidad de opinion política, pues Billaud-Varennes, Collot d'Herbois, Vadier, Vouland, Amar, Jagot y Luis eran revolucionarios no menos pavorosos que los tres antagonistas que trataban de volcar.

Medió una circunstancia para indisponer mas y mas la junta de seguridad jeneral contra los mandarines de la otra. Sonaban infinitas quejas por tantísimas prisiones, que solian ser injustas, recayendo sobre sujetos señalados por escelentes patriotas; sonaban tambien quejas por los robos y tropelías de un sinnúmero de ajen-

tes encargados de las pesquisas por la junta de seguridad jeneral. Robespierre, Saint-Just y Couthon no atreviéndose à hacer abolir ni renovar la junta, idearon el establecimiento de una mesa de policía en el recinto de la junta de salvacion pública; lo que era asaltar y defraudar de sus funciones la junta de seguridad jeneral sin destruirla. Saint-Just era el que encabezaba esta mesa, pero ido al ejército, no podia desempeñar el negociado, y lo tomó Robespierre à su cargo. Esta mesa soltaba à los presos de la junta de seguridad jeneral, y esta hacia otro tanto con la otra. Este roce de funciones acarreó un rompimiento patente, y habiendo sonado por fuera, à pesar del sijilo con que se encapotaba el gobierno, se supo que sus vocales no estaban acordes.

Otros descontentos no menos trascendentales estallaban en la convencion. Mostrábase siempre muy rendida, pero algunos de sus individuos, ya aprensivos, tomaban aliento con el mismo peligro. Estos eran amigos antiguos de Danton, comprometidos por sus enlaces con él, y amagados à veces como residuos del partido de los «estragados» y de los «induljentes.» Los unos habian prevaricado en sus funciones, y recelaban la aplicacion del «sistema de la virtud,» y los otros se habian mostrado opuestos à los estremos de rigor que iban todos los dias en aumento. El mas comprometido de todos era Tallien, pues le tachaban de malversador en el concejo*, cuando habia sido su individuo, y en Burdeos, cuando estaba en comision. Añadíase que en este pueblo se habia dejado enternecer y seducir por una beldad que lo acompañara à Paris, y acababa de ser encarcelada. Tras Tallien, citaban à Bourdon (del Oise), comprometido por su contienda con el partido de Saumur, y arrojado de los Jacobinos, con Fabre, Camilo y Philippeaux. Citaban tambien à Thuriot, escluido ya de los Jacobinos, à Legendre, quien, à pesar de sus rendimientos diarios, no lograba le perdonasen sus antiguos enlaces con Danton, y en fin à Freron, Barras, Lecointre, Rovere, Monestier, Panis, etc., todos, ó amigos de Danton, ó desaprobadores del sistema seguido por el gobierno. Cundian estas zozobras personales; el número de los descontentos iba diariamente à mas, y estaban prontos para juntarse con los individuos de una y otra junta que quisieran darles la mano.

Asomaba el 20 praderal (8 de junio), que era el dia señalado para la festividad del Sér supremo. El 16, habia que nombrar el presidente, y la convencion elijió unánimemente à Robespierre

para sentarse en el sitial, y era afianzarle el papel principal en la jornada del 20. Sus compañeros, como se está viendo, acudian à adularle y aplacarle à fuerza de blasones. Aparatábase la funcion con arreglo al plan ideado por David, y la fiesta habia de ser suntuosísima. El 20, rayó el sol con toda la magnificencia de su esplendor, y el tropel, siempre desalado por asistir à las representaciones que le franquea el poderío, se iba agolpando. Hízose esperar largo rato Robespierre, y asomó por fin en medio de la convencion. Estaba esmeradamente engalanado con la cabeza empenachada, y teniendo en la mano, como todos los representantes, un ramillete de flores, frutos, y espigas de trigo. En su semblante, por lo comun tan lóbrego, rayaba un júbilo que no solia aparecer en él. Habíase colocado un anfiteatro en medio del jardin de las Tuilerías; cuajábalo la convencion; y à derecha é izquierda, se hallaban grupos de niños, hombres, ancianos y mujeres. Los niños estaban coronados de violetas, los mozos de mirto, los adultos de encina, y los ancianos de pámpanos y olivo. Las mujeres tenian à sus niños de la mano, y llevaban cestillos de flores. Al frente del anfiteatro se hallaban los figurones que representaban el ateismo, la discordia y el egoismo, cuyo paradero debia ser las llamas. Apenas se sentó la convencion, sonó la música para el arranque de la ceremonia. Hizo luego el presidente un primer discurso sobre el objeto de la festividad: «Franceses republicanos, dijo, rayó por fin el dia para siempre venturoso que el pueblo francés consagra al Sér supremo. Jamás el mundo, parto suyo, le ofreció un espectáculo tan digno de sus miradas. Vió reinar sobre la tierra la tiranía, el delito y la impostura, y ve en este punto una nacion entera, batallando con todos los opresores del jénero humano, suspender la carrera de sus heroicos afanes, para encumbrar sus pensamientos y sus anhelos hácia el Sér grandiosísimo que le dió el encargo de emprenderlos, y el denuedo de ejecutarlos.»

Despues de haber hablado un rato, baja el presidente del anfiteatro, y empuñando un hachon, pega fuego à los monstruos del ateismo, la discordia y el egoismo. Sobre el centro de sus cenizas descuella la estatua de la sabiduría, pero se advierte que está ahumada por las llamas que la rodean. Robespierre vuelve à su asiento, y pronuncia un segundo discurso sobre el desarraigo de los vicios coligados contra la república. Tras esta primera ceremonia, emprenden su marcha para el Campo de Marte. La altanería de Ro-

bespierre va tomando nuevas creces, y aparenta el andar muy adelante de sus compañeros; pero algunos, airados, se le acercan, y le descargan amarguísimos escarnios. Mófanse unos del nuevo pontífice, y le dicen, aludiendo à la estatua de la Sabiduría, que se habia aparecido toda ahumada, que su ciencia está oscurecida. Otros entonan la voz tirano, y esclaman que «todavía hay Brutos.» Bourdon del Oise le dice estas palabras: «El peñon Tarpeyo está junto al Capitolio.» Llega al fin la comitiva al Campo de Marte, en donde, en vez del ara antigua de la patria, asoma una montaña grandiosa en cuya cumbre hay un árbol, y la convencion se sienta bajo su ramaje. Por las faldas de la montaña se van colocando los varios grupillos de muchachos, ancianos y mujeres. Rompe la sinfonía, y entonan los coros sus cantares, respondiéndose alternativamente, y enfin, dada la señal, los mozos desenvainan sus espadas, y juran, en manos de los ancianos, defender la patria; las madres levantan à los niños en sus brazos, y todos los asistentes tendiendo sus manos hácia el cielo, los juramentos de vencer se interpolan con el acatamiento rendido al Sér supremo. Vuélvense luego al jardin de las Tuilerías, y termínase la funcion con juegos públicos.

Esta fué la decantada festividad y solemne culto tributado al Ente supremo. Encumbróse Robespierre en aquel dia à la sobreeminencia de sus blasones; pero habia llegado à la cima para ser pronto derrocado. Su altanería habia lastimado à todos, los escarnios habian llegado à sus oidos, y habia visto en algunos de sus compañeros una avilantez desusada. El dia siguiente, en la junta de salvacion pública, desfoga su saña contra los diputados que le ultrajaron la víspera, quéjase de aquellos íntimos de Danton, de aquellas heces del partido induljente y estragado, y pide su sacrificio. Billaud-Varennes y Collot d'Herbois, que no estaban menos agraviados que sus compañeros por el papel que Robespierre habia representado la víspera, se muestran muy tibios y poco ansiosos en desagraviarle. No abogan por los diputados lastimadores, pero recargan sobre la última funcion, y exhalan zozobras acerca de sus resultados. Ha indispuesto, dicen, muchos ánimos, y por otra parte aquellas especies del Sér supremo y de la inmortalidad del alma, aquel boato, les parecen un regreso à las supersticiones anteriores, y pueden hacer cejar la revolucion. Enfurécese Robespierre con estos reparos, sostiene que jamás intentó el retroceso

de la revolucion, y que al contrario ha echado el resto para despejar su rumbo; y en comprobacion, cita un proyecto de ley que acaba de estender con Couthon, y que propende à hacer el tribunal revolucionario todavía mas mortífero. Este era el proyecto:

Dos meses habia que se estaba tratando de modificar algun tanto la organizacion del tribunal revolucionario. La defensa de Danton, Camilo, Fabre y Lacroix, habia hecho palpable el inconveniente de los residuos de formalidades que se permitian mediar. Todos los dias habia aun que oir testigos y abogados, y por escasa que fuese la audiencia, y ceñida la defensa de los letrados, siempre defraudaban de una gran porcion de tiempo, trayendo consigo algun estruendo. Los caudillos de este gobierno, deseosos de que todo se ejecutase pronta y calladamente, ansiaban orillar estas formalidades incómodas. Habituados à juzgar que la revolucion tenia derecho para dar al través con todos sus enemigos, y que de una mera ojeada se debian deslindar, conceptuaban que no cabia el hacer los procedimientos revolucionarios harto espeditos por aquel rumbo; y Robespierre, encargado especialmente del tribunal, habia dispuesto la ley con Couthon solo, por hallarse ausente Saint-Just. No se dignara consultar con los demás compañeros de la junta, y solo iba à leerles el proyecto antes de presentarlo. Barrere y Collot d'Herbois, si bien tan propensos como él à admitir disposiciones sanguinarias, debian recibirlo yertamente, por ideado y acordado sin su intervencion. Acordóse sin embargo que se propondria el dia siguiente, siendo el informante Couthon, pero ningun desagravio se otorgó à Robespierre por los ultrajes de la víspera.

No se consultó mas sobre la ley con la junta de seguridad jeneral que con la de salvacion pública. Supo sí que se disponia una ley, pero no se le avisó para ser partícipe en ella. Quiso à lo menos que, sobre los cincuenta jurados que se debian señalar, le cupiera el nombrar à veinte, pero Robespierre los desechó todos, y elijió únicamente à sus hechuras. Hízose la proposicion el 22 praderal, informando Couthon. Tras las declamaciones corrientes sobre la inflexibilidad y espedicion que debian ser siempre los atributos de la justicia revolucionaria, leyó el proyecto estendido en lenguaje pavoroso. Debia el tribunal dividirse en cuatro secciones, compuestas de un presidente, tres jueces y nueve jurados. Nombrábanse doce jueces, y cincuenta jurados que debian irse

sucediendo en el ejército de sus funciones, de modo que el tribunal pudiera residir todos los dias. No habia mas pena que la muerte. El tribunal, decia la ley, se instituia para castigar à los enemigos del pueblo, segun la definicion mas anchurosa y voluble de esta palabra. Comprendíanse en este número los proveedores infieles, y los alborotadores que pregonaban noticias infaustas. La facultad de citar à los ciudadanos al tribunal revolucionario incumbia à entrambas juntas, à la convencion, à los representantes comisionados y al fiscal Fouquier-Tinville. Si mediaban pruebas, «ya materiales, ya morales,» no habia para qué oir testigos. En fin, un artículo contenia estas palabras: «La ley da por defensores à los patriotas calumniados jurados patriotas, pero no los otorga à los conspiradores.»

Una ley que orillaba todos los afianzamientos, que ceñia la sumaria à una mera llamada nominal, y que, atribuyendo à las juntas la facultad de citar à los ciudadanos al tribunal revolucionario, les concedia así derecho de vida y de muerte; semejante ley debió causar entrañable pavor, especialmente à los individuos de la convencion, harto zozobrosos. No se espresaba en el proyecto si las juntas tendrian ó no la facultad de citar à los representantes al tribunal, sin pedir antes un decreto de formacion de causa; por tanto las juntas podian enviar à sus compañeros al cadalso, sin mas formalidad que señalárselos à Fouquier-Tinville. Así es que las reliquias de la supuesta faccion de los «induljentes» se alborotaron, y, por la vez primera hacia tiempo, se disparó una oposicion en el recinto de la asamblea. Ruamps pidió la impresion y el emplazamiento del proyecto, diciendo que si la ley se adoptaba sin aquellos requisitos, no quedaba mas arbitrio que levantarse la tapa de los sesos. Lecointre de Versalles apoyó el emplazamiento, y Robespierre se presentó inmediatamente para arrollar esta resistencia inesperada. «Hay, dijo, dos opiniones tan antiguas como nuestra revolucion; una, castigadora ejecutiva é inevitable de los conspiradores, y la otra, absolvedora de los reos; y esta última anda asomando en todas las coyunturas. Manifiéstase hoy de nuevo, y aquí estoy yo para rechazarla. Quéjase el tribunal hace dos meses de las trabas que entorpecen su carrera; quéjase de la escasez de jurados; con que se requiere una ley. En medio de las victorias de la república, los conspiradores andan mas dilijentes y solícitos que nunca; es forzoso postrarlos. Esta oposicion inesperada que

sale à luz no es natural, é intenta desavenir la convencion y asustarla. — No, no, esclaman muchas voces, no nos desavendrán. — Nosotros, añade Robespierre, hemos siempre defendido la convencion, y no podemos causarle zozobra. Por lo demás, hemos llegado al término en que se puede matarnos, pero en que nadie nos estorbará que salvemos la patria. »

Robespierre andaba siempre hablando de puñales y asesinos, como si le amagaran de continuo. Bourdon del Oise le responde que si el tribunal necesita jurados, no hay mas que adoptar sobre la marcha la lista propuesta; pues nadie intenta atajar el rumbo de la justicia, pero que se debe emplazar lo demás del proyecto. Vuelve Robespierre à la tribuna, y responde que la ley no es ni mas enmarañada ni mas lóbrega que un sinnúmero de otras adoptadas sin discusion, y que en el trance en que los defensores de la libertad están amagados del puñal, no se debia entorpecer el enfrenamiento de los conspiradores. Propone en fin que se vaya ventilando la ley artículo por artículo, y se permanezca hasta media noche, si se requiere, para decretarla en el dia mismo. Prevalece todavía el imperio de Robespierre, y la ley se lee, y se adopta en un ratillo.

Sin embargo Bourdon, Tallien y cuantos abrigaban zozobras personales, quedan despavoridos con ella. Las juntas, árbitras en citar à todos los ciudadanos al tribunal revolucionario, sin esceptuar los vocales de la representacion nacional, les hacian temblar de susto, al verse espuestos à que los arrebatasen à todos en una noche, y entregasen à Fouquier sin noticia de la misma convencion. El dia siguiente, 23 praderal, pide el habla Bourdon. « Concediendo, dijo, à las juntas el derecho de citar à los ciudadanos al tribunal revolucionario, sin duda la convencion no ha sobreentendido que el poder de las juntas nos alcanzase à todos sin decreto anterior. — No, no, esclaman por todas partes. — Contaba, sigue Bourdon, con este susurro, que me demuestra que la libertad es incontrastable. » — Causó suma sensacion este reparo, y Bourdon propuso el declarar que los vocales de la convencion no pudieran entregarse al tribunal revolucionario sin un decreto de formacion de causa. Hallábanse ausentes las juntas, y mereció acojida la propuesta de Bourdon. Merlin pidió la cuestion antecedente, se suscitó murmullo contra él, pero esplicóse, y pidió la cuestion antecedente con un considerando, à saber, que la convencion no habia podido desprenderse de decretar

sola sobre sus propios individuos, y el preámbulo quedó corriente con satisfaccion jeneral. Un lance de aquella noche hizo todavía mas estruendosa esta oposicion nunca vista. Estábanse paseando Tallien y Bourdon por las Tuilerías, y les andaban muy de cerca espías de la junta de salvacion pública. Tallien, acosado, se vuelve, los provoca, los llama espías viles de la junta, y les encarga vayan à chismear à sus dueños cuanto han visto y oido. Causó suma sensacion esta ocurrencia, y se airaron Couthon y Robespierre. Preséntanse el dia siguiente en la convencion, resueltos à quejarse altamente de la resistencia que están esperimentando, y Delacroix y Mallarmé les suministran la oportunidad. Pide Delacroix que se les deslinde terminantemente quiénes son los que la ley califica de «depravadores de las costumbres;» y Mallarmé pregunta lo que han querido decir por estas palabras: «La ley no concede por defensores à los patriotas calumniados sino la conciencia de los jurados patriotas.» Couthon trepa entonces à la tribuna, y se queja de las enmiendas propuestas ahora. «Hase calumniado, dice, à la junta de salvacion pública, aparentando suponer que apetecia la facultad de enviar los vocales de la convencion al cadalso. Que los tiranos calumnien à la junta, es corriente; pero que la misma convencion dé al parecer oidos à la calumnia, semejante sinrazon es intolerable, y no puedo menos de quejarme de ella. Hanse complacido ayer con un clamor favorable para probar que la libertad era sempiterna, como si la libertad estuviese amagada. Hase echado mano para este asalto del punto en que los vocales de la junta estaban ausentes. No es caballeroso este rasgo, y propongo que se suspendan las enmiendas adoptadas ayer, y al par las que se acaban de proponer ahora.» — Contesta Bourdon que el pedir esplicaciones sobre una ley no es delito, que si se ha complacido con cierto clamor, es porque gusta de estar acorde con la convencion, y que si por una y otra parte se manifestaba la misma acedía, imposibilitábase toda discusion. «Tildanme, dice, de hablar como Pitt y Coburgo; si yo respondiese en los mismos términos, ¿adónde iríamos à parar? Aprecio à Couthon, aprecio las juntas, y aprecio à la Montaña que ha salvado la libertad.» — Apláudense estas esplicaciones de Bourdon, que venian à ser disculpas; pues la autoridad de los dictadores era todavía sobrado pujante para arrostrarla sin miramientos. Toma la voz Robespierre, y se esplaya en un discurso rebosante de orgullo y amargura. «Montañeses, dice, siempre seréis

el baluarte de la libertad pública, pero nada teneis que ver con tramadores y malvados de ningun jaez. Si se empeñan en colocarse entre vosotros, no dejan por esto de ser muy forasteros à vuestros principios. No tolereis que algunos maquinadores, mas despreciábles que los otros, por cuanto son mas hipócritas, se aferren en arrebatar parte de vosotros y acaudillar un partido.....» — Bourdon del Oise interrumpe à Robespierre diciéndole que jamás intentó acaudillar un partido. — Sigue Robespierre sin contestarle: «Seria, dice, lo sumo del oprobio, si calumniadores que descarrian à nuestros compañeros.....» — Bourdon lo interrumpe de nuevo. «Pido, esclama, que se compruebe cuanto se va sentando, pues acaban de decir sin rodeos que soy un malvado. — No he nombrado à Bourdon, contesta Robespierre, ¡ha de quien se nombre à sí mismo! Sí, la Montaña es acendrada, es sublime; y los tramadores no son de la Montaña.» Robespierre se esplaya luego larguísimamente sobre el ahinco que se pone en asustar à los vocales de la convencion para persuadirles que peligran, y dice que solo los reos son asustadizos y quieren asustar à los demás. Refiere entonces el lance de la víspera entre Tallien y los espías, que llama «correos» de la junta. Esta relacion acarrea esplicaciones muy eficaces de parte de Tallien, y le resulta una descarga de baldones. En fin termínanse todas estas discusiones con la adopcion de las demandas hechas por Couthon y Robespierre. Las enmiendas de la víspera se suspenden, las del dia se rechazan, y la ley horrorosa del 22 queda cual la habian propuesto.

Los prohombres de la junta seguian pues triunfando, y temblaban sus contrarios. Tallien, Bourdon, Ruamps, Delacroix, Mallarmé, cuantos habian puesto reparos à la ley, se conceptuaban perdidos, y temian à cada punto verse presos. Aunque el decreto anterior de la convencion fuese indispensable para la formacion de causa, estaba toda tan acobardada, que podia conceder cuanto le pidiesen. Habia espedido el decreto contra Danton, y cabia el que lo repitiese contra los amigos que le sobrevivian. Corrió la voz de que estaba hecha la lista, y ascendia el número de las víctimas à doce, y luego à diez y ocho. Nombrábanse, y luego quedaron tan despavoridos, que mas de sesenta vocales de la convencion no se albergaban ya en sus casas.

Sin embargo se atravesaba un obstáculo para que se dispusiera de sus vidas tan anchamente como lo temian. Estaban desavenidos los caudillos del gobierno, y ya se ha visto que Billaud-Varennes

Collot y Barrere habian contestado yertamente à las primeras quejas de Robespierre contra sus compañeros. Los individuos de la junta de seguridad jeneral le estaban mas encontrados que nunca, por cuanto acababan de quedar orillados de toda cooperacion à la ley del 22, y aun parece que algunos estaban amagados. Robespierre y Couthon estremaban su imperiosidad indeciblemente; apetecian sacrificar un crecido número de diputados, y hablaban de Tallien, Bourdon del Oise, Thuriot, Rovere, Lecointre, Panis, Monestier, Legendre, Freron, Barras; tambien pedian à Cambon, cuya nombradía de hacendista les aburria, y que, al parecer, iba encontrado con sus crueldades; en fin intentaban que sus tiros alcanzasen à los individuos de la Montaña mas descollantes, como Duval, Audouin y Leonardo Bourdon (*). Los vocales de la junta de salvacion pública, Billaud, Collot, Barrere, y todos los de la junta de seguridad jeneral, negaban su anuencia; pues el peligro, abarcando tan crecido número de cervices, podia luego tener por paradero el amenazar à ellos mismos.

Seguian con este ánimo hostil é inavenible acerca del nuevo sacrificio, cuando una circunstancia postrera acarreó un rompimiento definitivo. Habia hecho la junta de seguridad jeneral el descubrimiento de las reuniones que se celebraban en casa de Catalina Theot. Supo que aquella secta estravagante encumbraba à Robespierre al predicamento de profeta, y que este habia franqueado una certificacion de civismo à Dom Gerle. Inmediatamente Vadier, Vouland, Jagot y Amar determinaron vengarse, retratando à esta secta como una zahurda de conspiradores peligrosos, delatándola à la convencion, y haciendo que recayese así sobre Robespierre parte de la odiosidad y ridiculez que llevaba consigo. Enviaron à un ajente, Senart, quien, socolor de iniciando, se introdujo en una de sus juntas. En medio de la ceremonia, se asoma à una ventana, hace señal à la tropa, y prende à casi toda la secta, y por de contado à Dom Gerle y à Catalina Theot. Hallóse la certificacion de civismo dada por Robespierre à Dom Gerle; se descubrió tambien en el lecho de la madre de Dios una carta que escribia à su hijito del alma, al primer profeta, y en fin à Robespierre. Al saber Robespierre que iban à perseguir à la secta, quiso oponerse, y rodeó una discusion sobre este punto en la junta de salvacion pública. Ya hemos visto que Billaud y Collot no eran propensos

(*) Véase la lista suministrada por Villate en sus «Memorias.»

al deismo, y que veian con enfado el uso político que intentaba hacer Robespierre de aquella creencia; así que opinaban por la sumaria. Aferrándose Robespierre en atajarla, se empeñó desaforadamente la discusion, aguantó espresiones sumamente injuriosas, quedó desairado, y se retiró llorando de saña. La contienda habia sido tan estruendosa, que para evitar el que se les oyese al atravesar las galerías, acordaron los vocales trasladar el sitio de sus sesiones al piso superior. Dióse el informe contra la secta de Catalina Theot à la convencion; y Barrere, para vengarse à su modo de Robespierre, habia estendido reservadamente el informe que debia pronunciar Vouland. Retratábase à la secta tan atroz como ridícula, y la convencion, ya horrorizada, ya divertida con el cuadro delineado por Barrere, decretó la formacion de causa contra los principales de la secta, y los envió al tribunal revolucionario.

Robespierre, enfurecido por la resistencia con que tropezaba, y de los baldones que habia aguantado, resolvió el no asomar por la junta ni tomar parte en sus deliberaciones. Retiróse en los últimos dias de praderal (mediados de junio), y este retiro saca à luz la catadura de su ambicion. Un ambicioso no es enojadizo, se encona con los obstáculos, pero se apodera del poderío, y estrella à sus ultrajadores. Un palabrista endeble y vanidoso se encoleriza, y amaina cuando ya no halla ni lisonjas ni acatamientos. Retirárase Danton por pereza y desabrimiento, Robespierre por vanagloria lastimada, y este retiro le fué tan aciago como à Danton. Quedaba solo Couthon contra Billaud-Varennes, Collot d'Herbois y Barrere, y estos últimos iban à apropiarse todos los negocios.

No sonaron todavía estas desavenencias; sabíase tan solo que las dos juntas no estaban acordes; y gozosísimos con esta indisposicion, esperaban todos que atajaria las proscripciones. Los que se hallaban amagados galanteaban à la junta de seguridad jeneral, la lisonjeaban, la imploraban, y aun habian recibido de algunos individuos promesas animadoras. Elias Lacoste, Moisés Bayle, Lavicomterie, y Dubarran, los mejores vocales de la junta de seguridad jeneral, habian prometido negar su firma à toda lista nueva de proscripcion.

En el vaiven de estas contiendas, seguian los jacobinos rendidos à Robespierre, sin que cuarteasen la junta entre Couthon, Robespierre y Saint-Just por una parte, y Billaud-Varennes, Collot y Barrere por otra. No estaban viendo mas que el gobierno revolu-

cionario por un estremo, y por otro alguna hastilla del bando de los induljentes, ciertos amigos de Danton, quienes, con motivo de la ley del 22 praderal, acababan de descerrajarse contra este gobierno benéfico. Robespierre, que lo escudaba con la ley, era para ellos siempre el primero y mas descollante ciudadano de la república, y todos los demás eran tramoyistas que debian ir al través. Por tanto escluyeron terminantemente à Tallien de su junta de correspondencia, no habiendo contestado à los cargos que se le hicieron en la sesion del 24. Desde aquel dia, Collot y Billaud-Varennes, hechos cargo del influjo de Robespierre, se estrañaron de los Jacobinos. ¿Qué hubieran podido decir? No les cabia desmenuzar sus agravios absolutamente personales, y enjuiciarse ante el público por su engreimiento y el de Robespierre. Tenian pues que enmudecer y esperar, dejando anchuroso campo à Couthon y Robespierre. Habia surtido un efecto peligrosísimo el rumor de nueva proscripcion, y Couthon se desaló en desmentirla ante la sociedad con los proyectos que les suponian contra veinte y cuatro y aun sesenta vocales de la convencion. «Los manes de Danton, Hebert y Chaumette se andan paseando, dijo, todavía entre nosotros, con el afan de perpetuar el desconcierto y la discordia. Ejemplo patente descuella en la sesion del 24; se trata de desavenir al gobierno, y desconceptuar à sus individuos, hermanándolos con Sila y Neron; se delibera sijilosamente y en pandillas, se forman listas supuestas de proscripcion, y se asusta à los ciudadanos para enemistarlos con la autoridad pública. Cundia hace poco el eco de que las juntas iban à hacer prender à diez y ocho vocales de la convencion, y aun se les nombraba espresamente. Recelaos de estas insinuaciones alevosas; los derramadores de estas voces son cómplices de Hebert y Danton; temerosos del castigo por su conducta criminal, se desalan por hermanarse con jente acendrada, esperanzados de que, à su sombra, sortearán la vista de la justicia. Pero buen ánimo, el número de los reos es por dicha cortísimo, reduciéndose quizás à cuatro ú à seis, y se les descargará, pues llegó la hora de libertar à la república de los postreros enemigos que conspiran contra ella. Descansad en cuanto à su salvacion con el denuedo justiciero de las juntas.»

Mañoso era el arte de apocar los proscritos que amagaba Robespierre. Aplaudieron los jacobinos, segun costumbre, el discurso de Couthon; pero no desasustó à ninguna de las víctimas amena-

zadas, y cuantos se conceptuaban en peligro siguieron trasnochando fuera de sus casas. Nunca habia sido el pavor tan estremado, no solo en la convencion, sino en las cárceles y en toda la Francia.

Los ajentes inhumanos de Robespierre, el fiscal Fouquier-Tinville y el presidente Dumas, escudados con la ley del 22 praderal, iban à asolar las prisiones. En breve, decia Fouquier, se rotularán sus puertas así: « Se alquila. » El ánimo era libertarse de la mayor parte de los sospechosos, avezándose à graduarlos de enemigos irreconciliables, con quienes se debia acabar para la salvacion de la república. Sacrificar millares de individuos sin mas culpa que la de pensar à su modo, y aun opinando como sus perseguidores, pareciales una disposicion naturalísima, por la práctica corriente de estarse aniquilando unos à otros. La facilidad en morir y matar era ya estraordinaria. En los campos de batalla y en el cadalso, perecian diariamente hombres à miles, sin causar la menor estrañeza. La primera matanza de 93 procedia de una saña real y fundada en el peligro; mas ahora habia cesado este, estaba la república victoriosa, y ya no se degollaba por encono, sino por el hábito aciago que se habia contraido del homicidio. Aquella máquina formidable que se tuvo que inventar para resistir à enemigos de toda especie iba ya no siendo necesaria; pero puesta en impulso, no acertaban à pararla. Todo gobierno adolece de sus demasías, y viene luego à fenecer con ellas. El revolucionario no debia finar el mismo dia en que los enemigos de la república fuesen harto formidables, sino que debia ir adelante, y cebarse hasta que horrorizase à todos los corazones con su misma atrocidad. Achaque de la humanidad: ¿porqué unas circunstancias pavorosas habian precisado à plantear un gobierno matador, y que no reinase ni venciese sino por medio de la muerte?

Lo que estremece mas todavía, es que en dando la señal, y pregonando el concepto de que se han de sacrificar vidas, y que este rumbo encamina à la salvacion del estado, se allana todo para este blanco horroroso con dilatados ensanches. Todos obran sin remordimiento ni repugnancia, habituándose à este ejercicio como el juez à enviar los reos al cadalso, el médico à ver pacientes sajados por su mano, y el jeneral à mandar el sacrificio de veinte mil soldados. Se entabla un lenguaje pavoroso al par de las nuevas operaciones, se le hace festivo, y se chusquea con especies sanguinarias. Todos andan arrollados y atolondrados en el conjunto, y

se ven hombres que se dedicaban apaciblemente la víspera à las artes y al comercio, embargarse igualmente con la muerte y la destruccion.

Habia dado la junta la señal con la ley del 22; y Dumas y Fouquier quedaron muy cabalmente enterados. Habian de mediar pretestos sin embargo para tan inmenso holocausto. ¿Qué delito se les podia suponer cuando los mas eran ciudadanos pacíficos, desconocidos, y que jamás habian dado al gobierno señales de vida? Se ideó que, engolfados en las cárceles, debian tratar de ponerse en salvo, y que su número debia infundirles gran concepto de su pujanza. La conspiracion supuesta de Dillon fué la semilla de esta especie, que se esplayó atrozmente. Valiéronse de ciertos desdichados que estaban presos, y se avinieron à hacer el papel infame de delatores. Apuntaron en el Luxemburgo ciento y sesenta presos que decian haber sido cómplices de Dillon. Fuéronse surtiendo de alistadores en las demás cárceles, y delataron en cada una ciento ú doscientos individuos como partícipes en la conspiracion de los presos. Una tentativa de escapada en la Fuerza les hizo al caso para autorizar esta patraña torpe, y desde luego fueron enviando centenares de desventurados al tribunal revolucionario. Encaminábanlos de las varias cárceles à la Conserjería, para ir de allí al tribunal y al cadalso. En la noche del 18 al 19 mesidor (6 de junio), se citaron los ciento y sesenta señalados en el Luxemburgo; temblaban al oir la llamada, y sin saber lo que se les achacaba, estaban viendo con toda probabilidad la muerte que les tenian prevenida. El horroroso Fouquier, al arrimo de la ley del 22, habia hecho notables variaciones en el salon del tribunal. En vez de los asientos de los abogados y del banco de los reos, capaz solo de diez y ocho à veinte, habia hecho construir un anfiteatro donde cabian ciento y cincuenta juntos. Llamábalo sus «gradillas», y estremando su ímpetu hasta los términos de la estravagancia, habia hecho levantar un andamio en el propio salon del tribunal, con ánimo de hacer sentenciar en la misma sesion los ciento y sesenta reos del Luxemburgo.

La junta de salvacion pública, sabedora del desvarío de su fiscal, lo llamó, y le mandó que hiciese quitar al instante el tablado del salon, y le prohibió el citar à mas de sesenta reos de una vez. «¿Con qué quieres, le dijo Collot d'Herbois en un rapto de enojo, desmoralizar el castigo?» Hay que advertir sin embargo que Fou-

quier ha afirmado lo contrario, y sostenido que él era quien habia pedido la sentencia de los ciento y sesenta en tres veces. Consta sin embargo que la junta fué menos disparatada que su ministro, y enfrenó su desvarío; pues hubo que segundar la órden à Fouquier-Tinville para que quitase la guillotina del salon del tribunal.

Los ciento y sesenta quedaron divididos en tres cuadrillas, y sentenciados y ejecutados en tres dias. El espediente se habia hecho tan arrebatado y tan horroroso como el que se empleaba en el postigo de la Abadía en las noches del 2 y 3 de setiembre. Las carretas, dispuestas para todos los dias, estaban esperando desde la madrugada en el patio del Palacio de la Justicia, y los reos alcanzaban à verlas al subir al tribunal. El presidente Dumas, engreido rabiosamente en su asiento, tenia dos pistolas en la mesa: preguntaba à los reos solamente su nombre, y apenas alguna otra especie jeneral. En el interrogatorio de los ciento y sesenta, el presidente dijo à uno de ellos: Dorival, ¿teneis noticia de la conspiracion? — No. — Daba por supuesta esa contestacion, mas no os valdrá. A otro. — Se encara con el llamado Champigny: ¿No sois ex-noble? — Sí. — A otro; à Guedreville. ¿Sois clérigo? — Sí, pero he jurado. — Ya no teneis el habla. — A otro; al llamado Menil: ¿No sois criado del ex-constituyente Menou? — Sí. — A otro; al llamado Vely: ¿No erais arquitecto de Madama? — Sí, pero me despidieron en 1788. — A otro; à Gondrecourt. ¿No teneis à vuestro suegro en el Luxemburgo? — Sí. — A otro; à Durfort: ¿No erais guardia de la persona? — Sí, pero me han despedido en 1789. — A otro.

Así se sumariaba à estos desventurados. Espresaba la ley que se escusaban los testigos en habiendo pruebas materiales ó morales, y no obstante nunca los llamaban, afirmando siempre que las pruebas eran de aquel jaez. Los jurados no se tomaban el trabajo de pasar al salon del consejo, pues opinaban en la misma audiencia, y sentenciaban en seguida, porque los reos apenas habian tenido lugar para levantarse y decir sus nombres. — Un dia, asomó uno cuyo nombre no estaba en la lista de los reos, y dijo al tribunal: Yo no soy reo, supuesto que no está mi nombre en la lista. — ¿Y qué importa? le dijo Fouquier, dadlo al instante. — Diólo, y fué enviado al cadalso como todos los demás. En esta especie de administracion bárbara, todo era abandono. Se solia omitir, con el esceso de precipitacion, el notificar los cargos, y se daban à los



P. Alabern lo g.º

RASGO DE AMOR PATERNO.

reos en la misma audiencia. Incurríase en yerros desatinados. Un digno anciano, Loizerolles, oye pronunciar junto à su apellido los nombres de su hijo; no reclama, y va al cadalso. A poco tiempo, sentencian tambien al hijo, y se echa de ver que no debia ya existir, por cuanto un sujeto con todos aquellos nombres quedaba ejecutado, y era su padre; pereció sin embargo. Sucedia el llamar presos ejecutados ya hacia tiempo. Tenian sumarias fraguadas de antemano à centenares, y no se hacia mas que insertar esos nombres. Otro tanto se practicaba con las sentencias. Estaba la imprenta junto al mismo salon del tribunal, los moldes ya corrientes, los títulos y los motivos compuestos, para añadir luego los nombres, comunicándolos por una ventanilla al rejente. Tirábanse sobre la marcha miles de ejemplares, é iban derramando el quebranto en las familias y el susto por las cárceles. Los voceadores iban vendiendo el boletin del tribunal debajo de las ventanas de los presos, gritando: «¡Aquí están los que han ganado à la lotería de la santa guillotina!» Los reos quedaban ejecutados al salir de la audiencia, ó lo mas el dia siguiente, si era ya muy tarde.

Con la ley del 22 praderal, iban cayendo las cabezas de cincuenta en cincuenta ó de sesenta en sesenta por dia. «Esto va bien,» decia Fouquier, «las cabezas caen como pizarras;» y añadia: «ha de ir todavía mejor; la década entrante necesito hasta cuatrocientos y cincuenta à lo menos (*).» Para esto hacian lo que llamaban «mandatos à los carneros,» que se encargaban de acechar à los sospechosos, y estos infames eran el pavor de las cárceles. Encerrados por sospechosos, ignorábase à punto fijo cuáles eran los que se encargaban de señalar las víctimas; pero se echaba de ver en su descoco, en las preferencias que merecian à los alcaides, y en los bacanales que celebraban en los postigos con los ajentes de policía. Solian dar à conocer su importancia para negociarla. Se veian halagados y aun implorados por los trémulos presos, recibiendo caudales para que no pusieran cierto nombre en sus listas. Entresacaban sus reos à bulto, diciendo de este que habia hablado como aristócrata; y de aquel, que habia bebido un dia en que se anunciaba una derrota de los ejércitos, y su apunte era sentencia de muerte. Llevábanse los nombres apuntados por ellos en otras tantas sumarias, y por la noche iban à notificarlas à los presos, y pasarlos à la Conserjería; lo cual se llamaba en el idioma de los

(*) Véase sobre todos estos pormenores la causa larga de Fouquier-Tinville.

alcaides el « periódico de la tarde. » Al oir éstos desventurados el estruendo de los carretones que venian en su busca, padecian congojas mortales, corrian à los postigos, y se pegaban à las rejas para oir la lista, temblando de que su nombre sonase en boca de los escribanos. En estando nombrados, abrazaban à sus compañeros de desventura, y se daban la despedida de la muerte. Solian verse separaciones dolorosísimas, como la de un padre de sus hijos, la de un marido de su esposa. Cuantos sobrevivian eran tan desdichados como los conducidos à la cueva de Fouquier-Tinville; y se retiraban esperando juntarse luego con sus deudos. Acabada esta operacion aciaga, respiraban las cárceles, pero solo hasta el dia siguiente; renovábanse entonces las angustias, y estremecia otra vez el estruendo fúnebre de los carretones.

Sin embargo asomaba ya la compasion pública en términos pavorosos para los esterminadores. Los mercaderes de la calle de San Honorato, por donde pasaban todos los dias las carretas, cerraban sus tiendas; y para defraudar à las víctimas de estos testimonios de quebranto, se trasladó el cadalso à la barrera del Trono, en donde no se halló menos lástima de parte de los operarios que en las calles principales de Paris. El pueblo en un rato de embriaguez, puede desapiadarse con las víctimas que él mismo está degollando, pero el ver espirar diariamente cincuenta ó sesenta desventurados, contra los cuales no se ha enfurecido, es un espectáculo que para en conmoverle. Esta compasion sin embargo era todavía medrosa y callada, y la flor de los encarcelados habia ido feneciendo; la desdichada hermana de Luis XVI salió tambien al sacrificio, y de la jerarquía mas encumbrada se venia à parar à la ínfima plebe. Hallamos en las listas del tribunal revolucionario en aquella temporada, sastres, zapateros, peluqueros, carniceros, labradores, agualojeros y aun jornaleros, condenados por arranques y hablas conceptuadas contrarevolucionarias. Para formar en fin concepto del número de las ejecuciones, bastará decir que desde el mes de marzo de 1793, época en que el tribunal entró en ejercicio, hasta junio de 1794 (22 praderal año II), habia condenado à quinientas setenta y siete personas, y que desde el 10 de junio (22 praderal) al 9 termidor (27 de julio), condenó à mil doscientas ochenta y cinco, y así asciende el total de las víctimas hasta el 9 termidor à mil ochocientas sesenta y dos.

Sin embargo no vivian sosegados los ejecutores. Dumas estaba

inmutado, y Fouquier no se atrevia à salir por la noche, viendo à los deudos de sus víctimas en el disparador para asaltarle. Atravesando un dia los postigos del Louvre con Senart, asústase con un ruidillo; y era el de una persona que pasaba cerca. — « Si hubiese ido solo, esclamó, me hubiera sobrevenido alguna novedad. »

En las ciudades principales de Francia el pavor no era menos horroroso que en Paris. Habia sido enviado à Nantes para castigar la Vendea Carrier, quien, mozo todavía, era uno de aquellos entes medianillos y desaforados que, en el disparo de las guerras civiles, paran en monstruos de crueldad y estravagancia. Su arranque à la llegada fué que se debia degollar todo, y que à pesar de la promesa de indulto hecha à los Vendeanos que depusieron las armas, no se debia dar cuartel à ninguno de ellos. Las autoridades constituidas habiéndole hablado de cumplir la palabra dada à los rebeldes: — « Sois unos ca..., les dijo Carrier, no sabeis vuestro oficio, y os haré guillotinar à todos. » — Entró haciendo arcabucear y ametrallar por cuadrillas de ciento y de à doscientos à los desventurados que se rendian. Presentábase en la sociedad popular con el sable en la mano y el baldon en los labios, amenazando siempre con la guillotina; y luego, no cuadrándole ya esta sociedad, la disolvió. Acobardó en tal estremo à las autoridades, que ya no osaban presentársele. Un dia en que quisieron hablarle de abastos, respondió à los empleados municipales que no era aquel negocio suyo, y que al primer bribon que le hablase de abastos, le echaria la cabeza abajo, pues no le quedaba lugar para dedicarse à sus necedades. — Este insensato conceptuaba que su encargo se reducia únicamente à degollar.

Queria estar castigando à un tiempo Vendeanos rebeldes y Nanteses federalistas, que habian intentado una asonada à favor de los jirondinos, despues del sitio de la ciudad. Diariamente, los desventurados que lograran salvarse de la matanza de Mans y de Savenay iban llegando de tropel, arrojados por los ejércitos que los estrechaban por todas partes. Carrier los hacia encarcelar, habiéndolos agolpado hasta cerca de diez mil; habia luego alistado una compañía de asesinos, que corrian el campo por las cercanías, y prendian à las familias nantesas, igualando sus robos con su crueldad. Habia Carrier al pronto planteado una comision revolucionaria, ante la cual enviaba Vendeanos y Nanteses, haciendo arcabucear à los Vendeanos, y guillotinar à los Nanteses indi-

ciados de federalismo ó realismo. Parecióle luego la formalidad muy pausada, y el suplicio del tiroteo espuesto à inconvenientes por su lentitud, y por lo trabajoso del entierro de tantos cadáveres, que solian quedar en el matadero, y plagaban el ambiente en términos que contajiaron la ciudad. El Loira, que atraviesa à Nantes, suministró à Carrier una especie horrorosa, y fué descargarse de presos anegándolos en el rio. Hizo un primer ensayo, cargó una gabarra con noventa clérigos, socolor de estrañamiento, y la hizo naufragar à cierta distancia del pueblo. Descubierto este arbitrio, determinó emplearlo à sus anchuras. No se valió ya de la formalidad irrisoria de traer los reos ante una comision; los hacia cojer de noche en las cárceles, à cuadrillas de à ciento ú doscientos, y conducirlos à los barcos, y de ellos se trasbordaban à otros barquillos dispuestos para este objeto horroroso. Arrojábanse los desventurados à la bodega; se clavaban las escotillas y la entrada de los entrepuentes con tablas; retirábanse luego los ejecutores en lanchas, y los carpinteros colocados en barquillos hacheaban los costados de los barcos, y los echaban à pique. De cuatro à cinco mil individuos fenecieron por este método infernal. Ufanábase Carrier con este descubrimiento espedito y sanísimo para libertar la república de sus enemigos. Ahogó, no solo hombres, sino crecido número de mujeres y niños. Cuando las familias vendeanas se dispersaron con la derrota de Savenay, un sinnúmero de Nanteses habian recojido niños para criarlos. «Son lobeznos», dijo Carrier, y mandó que se devolviesen à la república; y así la mayor parte de estos desventurados niños quedaron ahogados.

El Loira estaba atestado de cadáveres, y al anclar los barcos, solian levantar barquillos llenos de anegados. Las aves de rapiña cuajaban las orillas del rio, alimentándose de reliquias humanas (*). Estaban los peces rellenos de un alimento que los hacia peligrosos, y el ayuntamiento vedó su pesca. A estas atrocidades se juntaban una enfermedad contajiosa y la carestía. En medio de los desastres, Carrier, siempre hirviendo de saña, prohibia el menor arranque de lástima, asia del cuello y amagaba con su sable à cuantos venian à hablarle, y habia hecho encartelar que quien acudiera à interceder por algun preso iria à la cárcel. Por dicha la junta de salvacion pública lo acababa de relevar, pues apetecia el

(*) Declaracion de un capitan de barco en la causa de Carrier.

esterminio, mas no la estravagancia. Se computan en cuatro ú cinco mil las víctimas de Carrier, Vendeanos la mayor parte.

Burdeos, Marsella y Tolon estaban purgando su federalismo; y en este último pueblo, los representantes Freron y Barras habian hecho ametrallar à doscientos vecinos, castigando en ellos un delito cuyos autores verdaderos se habian salvado en las escuadras estranjeras. Maignet estaba ejerciendo en el departamento de Vaucluse una dictadura tan pavorosa como los demás enviados de la convencion. Incendió la villa de Bedouin, por causa de rebelion, y à su instancia, la junta de salvacion pública instituyó en Orange un tribunal revolucionario, cuya jurisdiccion abarcaba todo el Mediodía. Estaba este tribunal amoldado por el de Paris, con la diferencia de no tener jurados, y que cinco jueces sentenciaban, por lo que llamaban ellos «pruebas morales», à los desventurados que Maignet iba recojiendo en sus jiros. Habian cesado en Lyon las ejecuciones sangrientas dispuestas por Collot d'Herbois, y la comision revolucionaria acababa de dar cuenta de sus tareas, suministrando el número de los descargados y de los reos. Mil seiscientos ochenta y cuatro individuos habian perecido con la guillotina, el fusil y la metralla; y mil seiscientos ochenta y dos habian sido absueltos por «la justicia de la comision.»

Tambien el Norte tuvo su procónsul, y este fué José Lebon. Habia sido clérigo, y solia confesar que en su mocedad hubiera estremado el fanatismo relijioso hasta el punto de matar à sus padres, si se le hubiese mandado. Era un verdadero frenético, acaso menos feroz que Carrier, pero todavía mas disparatado en su desvarío; pues, en su habla y en su conducta, se estaba viendo que tenia la cabeza trastornada. Sentó su principal en Arras, donde estableció un tribunal con autorizacion de la junta de salvacion pública, y jiraba por los departamentos del Norte con la comitiva de sus jueces y de una guillotina. Habia visitado à Saint-Pol, Saint-Omer, Bethune, Bapaume, Aire, etc., dejando por donde quiera rastros sangrientos. Habiéndose acercado los Austríacos à Cambray, y creyendo Saint-Just descubrir que los aristócratas de aquel pueblo traian correspondencia oculta con el enemigo, llamó á Lebon, quien en pocos dias envió al cadalso un sinnúmero de desventurados, y afirmó que salvara à Cambray con su entereza. Terminados sus paseos, se volvia à Arras, y allí se entregaba à los bacanales mas asquerosos con sus jueces y varios miembros de las sociedades.

Terciaba en su mesa el verdugo, y se le agasajaba espresivamente. Asistia Lebon à las ejecuciones, colocado en un balcon, y desde allí conversaba con el pueblo, y hacia tocar el « ça ira », mientras estaba corriendo la sangre. Acababa un dia de recibir la noticia de una victoria, é hizo suspender la ejecucion, para que los desventurados que iban à perecer tuviesen noticia de los logros de la república.

Enloqueció tanto Lebon en su manejo, que se hizo reo aun ante la junta de salvacion pública. Habíanse refujiado en Paris habitantes de Arras, y echaban el resto para lograr una audiencia de su conciudadano Robespierre, y manifestarle sus quejas. Habíanle conocido algunos, y aun favorecido en su mocedad; mas no era posible verle. El diputado Guffroy, que era de Arras, y muy animoso, practicó eficaces dilijencias con las juntas para llamar su atencion sobre la conducta del comisionado; y aun tuvo la gallarda osadía de hacer en la convencion una delacion espresa contra él. La junta de salvacion pública la tomó en consideracion, y no pudo menos de llamar à Lebon. Sin embargo, como la junta no queria desairar à sus ajentes, ni hacerse cargo de que la severidad fuese nunca escesiva con los aristócratas, volvió à enviar à Lebon à Arras, y usó al escribirle las espresiones siguientes: « Sigue haciendo bien, y hazlo con la cordura y el decoro que no dejen cabida à las calumnias de la aristocracia. » Las reclamaciones suscitadas contra Lebon por Guffroy en la asamblea requerian un informe de la junta, y Barrere fué el encargado. « Todos los recursos contra los representantes, dice, deben enjuiciarse ante la junta para zanjar los debates que trastornarian al gobierno y à la convencion. Esto es lo que hemos practicado con Lebon, escudriñando los motivos de su conducta. ¿Son estos acendrados? ¿Las resultas son provechosas à la revolucion? ¿Lo son à la libertad? ¿Estas quejas son recriminadoras, ó se reducen à los alaridos vengativos de la aristocracia? Esto es lo que la junta ha visto en el negocio. Hanse aplicado fórmulas un tanto avinagradas, pero este método ha echado al través los lazos de la aristocracia. La junta sin duda ha podido desaprobarlos, pero Lebon ha derrotado colmadamente à los aristócratas y salvado à Cambray; por otra parte, ¿quién ataja el encono de un republicano contra la aristocracia? ¿Con cuántos arranques jenerosos logra un patriota sobredorar la acedía que puede mediar en la persecucion de los enemigos del pueblo? Se debe ha-

blar de la revolucion con acatamiento, y de las providencias revolucionarias con suma circunspeccion. La libertad es una doncella à la cual es criminal el levantarle el velo.»

Resultó de todo esto que Lebon quedó autorizado para continuar, y Guffroy colocado entre los censores adustos del gobierno revolucionario, y espuesto à peligrar con ellos, por donde se evidencia que toda la junta apetecia el réjimen del terror. Robespierre, Couthon, Billaud, Collot d'Herbois, Vadier, Vouland y Amar podian desavenirse en punto à sus prerogativas, y en el número y la eleccion de los compañeros que se debian sacrificar; pero vivian acordes en el sistema de esterminar à cuantos causaban tropiezo à la revolucion. No apetecian que se aplicase con estravagancia el sistema por los Lebones y los Carrieres; pero querian que, à ejemplo de lo que se estaba practicando en Paris, se libertasen pronta é incontrastablemente y con el menor estruendo posible, de los enemigos que conceptuaban conjurados contra la república. Al paso que vituperaban el desvarío de ciertas crueldades, tenian harto amor propio de su poderío, el cual no gusta jamás de desairar à sus ajentes; condenaban cuanto se estaba haciendo en Arras y en Nantes, pero aparentaban aprobarlo, por no reconocer desacierto en su gobierno. Arrebatados en esta carrera odiosa, se adelantaban à ciegas sin divisar su paradero. Este es el achaque humano: engolfarse en el descamino sin hacer alto en él; y apenas se le ofrece alguna duda sobre la calidad de sus acciones, al ir viendo que se descarria, en vez de retroceder, se dispara mas adelante, con el afan de atolondrarse y orillar las vislumbres que le cercan. Para hacer alto, se requeria que se sosegase, que entrase en cuentas consigo, dando sobre sí mismo una sentencia espantosa, lo que nadie tiene la osadía de ejecutar.

Solo una sublevacion jeneral podia maniatar à los autores del horroroso sistema. En esta asonada debian entrar los vocales de las juntas, celosos por su poder supremo, los montañeses amagados, la convencion airada, y todos los corazones horrorizados con el espantoso derramamiento de sangre. Mas para alcanzar este enlace de los celos, las zozobras y la ira, se requeria que los celos se esplayasen en las juntas, que las zozobras se estremasen en la Montaña, y que la ira reentonase à la convencion y al público. Se requeria que una coyuntura disparase todos estos arranques à un tiempo, y que los opresores descargasen los primeros golpes, para atreverse à desquitarse con ellos.

Labrada estaba la opinion, y asomaba el trance en que una asonada en nombre de la humanidad contra la violencia revolucionaria era factible. Siendo la república victoriosa, y sus enemigos yaciendo aterrados, se iba à transitar de la esfera de la zozobra y del enfurecimiento à los senderos de la confianza y de la compasion; y era la primera vez en la revolucion que se hacia posible este suceso. Al fenecer jirondinos y dantonistas, no estaba todavía en sazon la invocacion à la humanidad. El gobierno revolucionario ni se habia aun inutilizado ni desconceptuado.

Colgados del trance se acechaban, y los enconos se agolpaban en los pechos. Habia Robespierre desertado de la junta de salvacion pública, esperando desconceptuar el gobierno de sus compañeros con retraerse, pues solo asomaba en los Jacobinos, en donde ni Billaud ni Collot se atrevian à dejarse ver, y él se hallaba por cada dia mas idolatrado. Empezaba à apuntar especies acerca de las desavenencias intestinas de las juntas. «En otro tiempo, decia (13 mesidor), la faccion solapada que se ha ido cuajando con las reliquias de Danton y de Camilo Desmoulins, asaltaba à las juntas en globo; acomódale mas ahora embestir à los individuos para destrozar à su salvo el conjunto. Antes no se atrevia à menoscabar la justicia nacional, pero ya se conceptúa harto briosa para calumniar el tribunal revolucionario y el decreto relativo à su organizacion; achaca à un solo individuo lo que corresponde à todo el gobierno, y se atreve à decir que el tribunal revolucionario se ha planteado para el degüello de la convencion nacional, y por desgracia ha merecido harto crédito. Hásele dado à sus calumnias, que se han divulgado con empeño; hase hablado de dictador, nombrándolo, y yo soy el señalado, y os estremeceriais si os dijese donde. La verdad es mi único asilo contra el delito. No me desalentarán por cierto las calumnias, pero me ponen perplejo en la encrucijada sobre el camino que he de seguir. Hasta que pueda decir mas, invoco para la salvacion de la república las virtudes de la convencion, las de las juntas, las de los buenos ciudadanos, y en fin las vuestras, que tantas veces fueron provechosas à la patria.»

Ya se está viendo con cuán alevosas insinuaciones empezaba Robespierre à delatar las juntas y ensimesmarse los jacobinos. Pagábanle estas muestras de confianza con adulaciones à raudales. Achacábase à él solo el sistema revolucionario, y se hacia naturalisimo que todas las autoridades revolucionarias le estuviesen adictas

y se desalasen por su causa. Debia juntarse con los jacobinos el concejo, siempre hermanado de principios y de conducta con ellos, y todos los jueces y jurados del tribunal revolucionario. Esta reunion constituia una pujanza considerable, y, con mas ahinco y denuedo, podia hacerse Robespierre muy temible. Con los jacobinos, disponia de una mole turbulenta, que hasta aquí habia representado y poseido la opinion; con el concejo, señoreaba la autoridad local, que habia tomado la iniciativa en todas las asonadas, y especialmente la milicia de Paris. El correjidor Pache y el comandante Henriot, salvados por él cuando los juntaban con Chaumette, eran sus rendidos. Billaud y Collot se habian valido à la verdad de su ausencia en las juntas para encerrar à Pache; pero el nuevo correjidor Fleuriot y el ajente nacional Payan le eran igualmente adictos, y no se atrevieron à desposeerle de Henriot. Añádase à estos individuos el presidente del tribunal, Dumas, el vice-presidente Coffinhal, y todos los demás jueces y jurados, y se formará concepto de los recursos que poseia Robespierre en Paris. Si las juntas y la convencion le desobedecian, quejárase en los Jacobinos, y escitara una asonada, comunicara este movimiento al concejo, hiciera declarar por el ayuntamiento que el pueblo recobraba su potestad soberana, escuadronara las secciones, y enviara à Henriot à la convencion en demanda de cincuenta ó sesenta diputados. Dumas y Coffinhal, con toda su sala, estaban luego à sus órdenes para degollar los diputados que afianzara Henriot de mano armada; y todos los arbitrios en fin de un 31 de mayo, mas ejecutivo y certero que aquel, estaban en sus manos. Así es que sus parciales y sus matadores le cercaban y estrechaban para que diese la señal, y Henriot le estaba además ofreciendo la ostentacion de sus columnas, y prometiéndole ser mas activo que en el 2 de junio. Robespierre, que anteponia ejecutarlo todo con el habla, y se conceptuaba todavía sumamente poderoso con ella, queria esperar. Contaba con malquistar las juntas con su retraimiento y sus discursos en los Jacobinos, y luego estaba en ánimo de abalanzarse al trance favorable para embestirlos cara à cara en la convencion. Continuaba, à pesar de aquella especie de renuncia, en manejar el tribunal, y ejercer una policía ejecutiva por medio de la mesa que habia establecido, y así celaba à sus contrarios, enterándose de todos sus pasos. Disfrutaba ahora algunas mas distracciones que antes, pues se le veia ir à una hermosa quinta de

una familia que le era muy afecta, en Maisons-Alfort, à tres leguas de Paris. Acompañábanle tódos sus parciales, y acudian Dumas, Coffinhal, Payan y Fleuriot. Solia ir Henriòt con todos sus edecanes, atravesando las carreteras à cinco de frente y à escape, volcándolo todo por delante, y derramando con su presencia el pavor por el pais. Los huéspedes y amigos de Robespierre hacian sospechar con sus indiscreciones muchos mas proyectos de los que ideaba y de los que tenia aliento para disponer. En Paris, vivia à toda hora cercado de los mismos individuos, y seguido de tanto en tanto por algunos jacobinos ó jurados del tribunal, jente rendida, blandiendo palos y con armas secretas, y en el disparador para acudir en su auxilio al menor asomo de peligro. Llamábanlos sus guardias de la persona.

Por su parte, Billaud-Varennes, Collot d'Herbois y Barrere se iban apoderando del manejo de todos los negocios, y, en ausencia de su competidor, se incorporaban à Carnot, Roberto Lindet y Prieur (de la Cuesta-de-Oro). El interés comun los hermanaba con la junta de seguridad jeneral, guardando siempre profundísimo silencio. Procuraban ir cercenando lentamente el poderío de su contrario, reduciendo la milicia de Paris. Habia cuarenta y ocho compañías de artillería, correspondientes à las cuarenta y ocho secciones, completamente organizadas, y teniendo en todas las circunstancias acreditado su temple absolutamente revolucionario, pues siempre estuvieron por el partido de la asonada desde el 10 de agosto hasta el 31 de mayo. Mandaba un decreto dejar la mitad lo menos en Paris, permitiendo mover las restantes. Billaud y Collot encargaron al comandante de la comision del movimiento de los ejércitos que fuesen caminando hácia la raya. En todas sus operaciones, se recataban mucho de Couthon, que, no habiéndose retirado como Robespierre, los estaba acechando ahincadamente, haciéndoseles incomodísimo. Entretanto Billaud, adusto y destemplado, salia pocas veces de Paris, pero el agudo y mujeriego Barrere solia ir à Passy con los individuos principales de la junta de seguridad jeneral, el anciano Vadier, Vouland y Amar. Juntábanse en casa de Dupin, antiguo asentista jeneral, famoso en el réjimen anterior por su cocina, y en la revolucion por el informe que envió los asentistas jenerales al cadalso. Allí se entregaban à todos los deleites con sus beldades, y Barrere echaba à volar su agudeza contra el pontífice del Ente supremo, el primer profeta,

el hijito del alma de la madre de Dios. Despues de haberse regocijado en brazos de sus mancebas, volvian placenteros à Paris para empaparse en sangre y engolfarse en sus competencias.

Por su parte, los antiguos individuos de la Montaña que se conceptuaban amagados se visitaban reservadamente, y procuraban entenderse. La dama jenerosa que, en Burdeos, se habia prendado de Tallien, y le habia arrebatado un sinnúmero de víctimas, le incitaba desde la lobreguez de la cárcel para dar al través con el tirano. Con Tallien, Lecointre, Bourdon (del Oise), Thuriot, Panis, Barras, Freron y Monestier, se habian unido Guffroy, el antagonista de Lebon; Dubois-Crancé, comprometido en el sitio de Lyon, y abominado por Couthon; Fouché (de Nantes), que se habia indispuesto con Robespierre, y à quien tildaban de no haberse manejado en Lyon patrióticamente. Tallien y Lecointre eran los mas arrojados é impacientes; Fouché principalmente se hacia temible por su artería para enmarañar y manejar una trama, y contra él se dispararon mas desaforadamente los triunviros.

Con motivo de una demanda de los jacobinos de Lyon, en la que se lamentaban con los jacobinos de Paris de su situacion actual, se recorrió por entero la historia de aquella ciudad desventurada. Couthon delató à Dubois-Crancé, como lo habia hecho algunos meses antes, le acusó de haber dejado huir à Precy, y lo hizo borrar de la lista de los jacobinos. Robespierre acusó à Fouché, y le achacó las tramas que habian inducido al patriota Gaillard à darse la muerte. Acordóse que seria llamado Fouché para sincerar su conducta ante la sociedad. No eran tanto los amaños de Fouché en Lyon, como sus travesuras en Paris, lo que Robespierre temeroso queria castigar. Hecho cargo del peligro, Fouché escribió una carta de disculpa à los jacobinos, y les suplicó que suspendiesen el juicio hasta que la junta, à la cual acababa de sujetar su conducta, y de suministrar todos los documentos al intento, pronunciase sentencia. « Es bien estraño, esclama Robespierre, que Fouché venga hoy implorando el auxilio de la convencion contra los jacobinos. ¿Está acaso temiendo los ojos y los oidos del pueblo? ¿Teme que su aspecto mohino desemboze el delito? ¿Teme que seis mil miradas clavadas en él calen hasta su alma por los ojos, y que à pesar de la naturaleza que los ha encubierto, se lean sus pensamientos? La conducta de Fouché es la de un reo; no podeis conservarlo mas en vuestro regazo; se le debe escluir. » Quedó

en efecto escluido Fouché, como acababa de serlo Dubois-Crancé; y así todos los dias tronaba la tormenta mas reciamente contra los montañeses amagados, y por todas partes el horizonte se cuajaba de nubarrones.

En medio de la tempestad, los vocales de las juntas, temerosos de Robespierre, hubieran gustado de esplicarse y amainar su ambicion, mas bien que de trabar una refriega aventurada. Robespierre habia llamado à su jóven compañero Saint-Just, y este volviera inmediatamente del ejército. Se propuso el juntarse para tratar de poderse entender. Hízose Robespierre instar en gran manera antes de avenirse à un avistamiento; accedió por fin, y reuniéronse ambas juntas. Mediaron quejas recíprocas y amargas, pues Robespierre esplicándose acerca de sí mismo con su acostumbrado orgullo, delató conciliábulos clandestinos, habló de diputados conspiradores por castigar, vituperó todos los actos del gobierno, y parecióle todo malísimo en administracion, guerra y hacienda. Saint-Just sostuvo à Robespierre, lo elojió magníficamente, y añadió luego que la postrera esperanza del estranjero se cifraba en desavenir al gobierno. Refirió cuanto habia dicho un oficial hecho prisionero delante de Maubeuge. Esperábase, segun aquel oficial, que un partido mas moderado volcase el gobierno revolucionario, é hiciese prevalecer otros principios. Saint-Just, al arrimo de este hecho, esforzó la necesidad de hermanarse y andar acordes. Los antagonistas de Robespierre profesaban este mismo dictámen, y accedian à entenderse para señorear el estado, mas se requeria para el logro del intento avenirse à cuanto apetecia Robespierre, y no podian tales condiciones serles aceptas. Los vocales de la junta de seguridad jeneral se mostraron quejosísimos de que los hubiesen defraudado de sus funciones; Elias Lacoste estremó la avilantez hasta decir que Couthon, Saint-Just y Robespierre formaban una junta en las juntas, y aun se arrojó à pronunciar la voz de triunvirato. Aviniéronse sin embargo à ciertos desprendimientos recíprocos. Robespierre se allanó à ceñir su mesa de policía jeneral à la celaduria de los ajentes de la junta de salvacion pública, y en cambio sus contrarios se avinieron à encargar à Saint-Just hiciese un informe à la convencion sobre el avistamiento recien efectuado. En este informe, como se deja discurrir, no se debian manifestar las desavenencias que reinaban entre las juntas, sino hablar de los vaivenes que acababa la opinion pública de padecer, y arrumbar la car-

rera que el gobierno estaba en ánimo de seguir. Billaud y Collot insinuaron que no convenia esplayarse largamente acerca del Sér supremo, por cuanto el pontificado de Robespierre les estaba siempre haciendo sombra. Sin embargo Billaud, con su aspecto lóbrego y descontentadizo, dijo à Robespierre que nunca habia sido su enemigo, y separáronse sin verdadera reconciliacion, pero aparentando algunas menos desavenencias que antes. En semejante ajuste no cabia realidad, pues las ambiciones seguian su vuelo; se parecia à aquellos ensayos de transaccion que suelen hacer los partidos antes de llegar à las manos; era un verdadero «beso Lamourette,» y se asemejaba à todas las reconciliaciones propuestas entre los constituyentes y los jirondinos, entre los jirondinos y los jacobinos, y entre Danton y Robespierre.

Sin embargo, si no puso corrientes los varios miembros de las juntas, asustó infinito à los montañeses, creyendo que su holocausto seria la prenda de la paz, y se ahincaron en apurar las condiciones del tratado. Los individuos de la junta de seguridad jeneral se afanaron por aventar estas zozobras; pues Elias Lacoste, Dubarran y Moisés Bayle, los vocales mas apreciables de la junta, los sosegaron, diciéndoles que ningun sacrificio se habia acordado. Era cierto el hecho, y en él estribaba la imposibilidad de ser la reconciliacion llana y cabal. Barrere sin embargo, que se mostraba muy ansioso por esta avenencia, anduvo muy solícito repitiendo en sus hablas diarias que los miembros del gobierno estaban perfectamente hermanados, que era una injusticia el tildarlos de lo contrario, y que propendian con ahincos en armonía, à que la república descollase por donde quiera victoriosa. Aparentó allanarse à cuantos cargos se habian levantado contra los triunviros, y los rechazó como calumnias criminales asestadas al par contra entrambas juntas. «En medio de los vítores triunfales, dijo, rumores confusos se dejan oir, corren calumnias encubiertas, venenos sutiles se vierten en los periódicos, úrdense tramas aciagas, se disponen descontentos estudiados, y el gobierno se halla sin cesar entorpecido y empantanado en sus operaciones, atormentado en sus movimientos, calumniado en sus miras, y amagado en sus individuos. Sin embargo, ¿qué es lo que ha hecho?» Aquí añadió Barrere el padron acostumbrado de los afanes y servicios del gobierno.

CAPITULO X.

Operaciones del ejército del Norte á mediados de 1794. Toma de Ypres. Formacion del ejército de Sambra-y-Mosa. Batalla de Fleurus. Ocupacion de Bruselas. Postreros dias del pavor; lid de Robespierre y de los triunviros contra los demás vocales de las juntas. Jornadas del 8 y 9 termidor; prision y suplicio de Robespierre, Saint-Just, etc. Marcha de la revolucion desde 89 hasta el 9 termidor.

Mientras Barrere ahincaba todo su conato para encubrir las desavenencias de las juntas, Saint-Just, à pesar del informe que debia hacer, habia vuelto al ejército, donde sobrevenian grandiosos acontecimientos. Habian seguido los movimientos entablados en ambas alas, y Pichegrú habia esforzado sus operaciones sobre el Lys y el Escalda. Habia roto las suyas Jourdan sobre el Sambra, y aprovechando el ademan defensivo que tomó Coburgo en Turnay, despues de las batallas de Turcoing y de Pont-à-Chin, Pichegrú intentaba derrotar à Clerfayt aisladamente. No se atrevia sin embargo à llegar à Thielt, y se resolvió à entablar el sitio de Ypres, con las dos miras de atraerse à Clerfayt y de tomar aquella plaza, que consolidaria el establecimiento de los Franceses en la Flándes-Occidental. Clerfayt, esperando refuerzos, no hizo movimiento, y Pichegrú entonces estrechó el sitio de Ypres tan gallardamente, que Coburgo y Clerfayt conceptuaron que debian dejar sus posiciones respectivas para acudir al socorro de la plaza amenazada. Pichegrú, para atajar à Coburgo, hizo salir tropas de Lila y aparentar una embestida tan ejecutiva sobre Orchies, que se detuvo Coburgo en Turnay; y al mismo tiempo se adelantó à carrera sobre Clerfayt, quien marchaba hácia Rousselaer y Hooglede. Sus movimientos veloces y atinados le brindaban todavía con la coyuntura de derrotar à Clerfayt aisladamente. Por desgracia equivocó una division el camino, y Clerfayt tuvo lugar para volverse à su cam-

pamento de Thielt, tras un leve quebranto; pero tres dias despues, el 25 praderal (13 de junio), reforzado con el destacamento que estaba esperando, se arrostró de repente con nuestras columnas, escuadronado con treinta mil hombres. Nuestros soldados corrieron desaladamente à las armas, pero la division de la derecha, embestida con ímpetu disparado, se desbarató, y dejó la division de la izquierda descubierta en el páramo de Hooglede. Macdonald mandaba aquella division, y acertó à contrarestar los ataques redoblados de frente y de costado à que estuvo espuesta largo rato, y con esta resistencia esforzada, dió tregua à la brigada de Devinthier par aque se le incorporara, y precisó entonces à Clerfayt à retirarse con pérdida considerable; y así era esta la quinta vez que Clerfayt, mal sostenido, quedaba derrotado por nuestro ejército del Norte. Esta accion, tan honorífica para la division de Macdonald, acarreó la rendicion de la plaza sitiada. Cuatro dias despues, el 29 praderal (17 de junio), abrió Ypres las puertas, y una guarnicion de siete mil hombres rindió las armas. Iba Coburgo á acudir al socorro de Ypres y de Clerfayt, cuando supo que no estaba ya à tiempo. Los acontecimientos sobrevenidos por el Sambra le precisaron entonces à encaminarse hácia la parte opuesta del teatro de la guerra; dejó pues al duque de York sobre el Escalda, à Clerfayt en Thielt, y marchó con todas las tropas austríacas hácia Charleroi. Era una separacion efectiva entre las potencias principales, Inglaterra y Austria, que no estaban ya acordes, y cuyos intereses muy diversos se patentizaban aquí muy à las claras. Permanecian los Ingleses en Flándes hácia las provincias marítimas, y los Austríacos corrian hácia sus comunicaciones amagadas; y esta separacion fué aumentando su mala intelijencia. El emperador de Austria se habia retirado à Viena, desabrido con el malogro de la guerra; y Mack, al ver sus planes derribados, habia dejado de nuevo el estado mayor austríaco.

Hemos visto à Jourdan llegando del Mosela à Charleroi, al punto en que los Franceses, rechazados por tercera vez, despasaban el Sambra desordenadamente. Despues de dar algun respiro à las tropas, que en parte yacian abatidas por sus derrotas, y en parte asoladas por su marcha ejecutiva, se varió algun tanto su organizacion. Formóse de las divisiones de Desjardins y Charbonnier, y de las llegadas del Mosela, un solo ejército que se llamó de Sambra-y-Mosa; ascendia à unos sesenta y seis mil hombres, y quedó

à las órdenes de Jourdan. Dejóse para guardar el Sambra, de Thuin à Maubeuge, una division de quince mil hombres mandada por Scherer.

Resolvió Jourdan inmediatamente despasar el Sambra y cercar à Charleroi. La division de Hatry fué la encargada de embestir la plaza, y el cuerpo del ejército se fué colocando à los alrededores para escudar el sitio. Charleroi está sobre el Sambra, y mas allá de su recinto se halla una cordillera de posiciones en semicírculo, cuyos estremos rematan en el Sambra. Estas posiciones son poco aventajadas, por cuanto el círculo que forman tiene diez leguas de estension, y porque están muy inconexas, teniendo además un rio à la espalda. Kleber con su izquierda se estendia desde el Sambra hasta Orchies y Trasegnies, y hacia guardar el riachuelo de Pieton, que atravesaba el campo de batalla y desaguaba en el Sambra. Al centro, Morlot guardaba à Gosselies; Championnet se adelantaba entre Hepignies y Wagné; Lefevre ocupaba à Wagné, Fleurus y Lambusart. A la derecha, en fin, se esplayaba Marceau por delante del bosque de Campinaire, y enlazaba nuestra línea con el Sambra. Hecho cargo Jourdan de la desventaja de estas posiciones, no queria permanecer, y para salir era su ánimo tomar la iniciativa de la refriega el 28 praderal (16 de junio) por la madrugada. En aquel punto, Coburgo no se habia movido hasta este paraje, pues se hallaba en Turnay presenciando la derrota de Clerfayt y la toma de Ypres. El príncipe de Orange, enviado hácia Charleroi, y que mandaba el ejército coligado, acordó por su parte anticiparse al avance que le amagaba, y desde el 28 por la madrugada, escuadronando ya su tropa, obligó à los Franceses à admitir el encuentro en el terreno que estaban ocupando. Cuatro columnas, dispuestas contra nuestra derecha y centro, se habian ya internado en el bosque de Campinaire en donde se hallaba Marceau, habian arrojado à Lefevre de Fleurus, y à Championnet de Hepignies, é iban à volcar à Morlot de Pont-à-Migneloup sobre Gosselies, cuando Jourdan, acudiendo oportunamente con una reserva de caballería, atajó la cuarta columna con una carga atinada, restableció la tropa de Morlot en sus posiciones, y reentonó la refriega en el centro. A la izquierda, Wartensleben habia logrado iguales progresos hácia Trasegnies; pero Kleber, con disposiciones acertadas y prontísimas, recobró à Trasegnies, y abalanzándose al trance favorable, hizo tomar la espalda de Wartensleben, lo volcó allende

el Pictori, y fué persiguiendo sus dos columnas. La batalla se habia sostenido hasta allí con ventaja, y aun iba à declararse la victoria por los Franceses, cuando el príncipe de Orange, juntando sus dos columnas primeras hácia Lambusart, sobre el punto que enlazaba el estremo de la derecha francesa con el Sambra, amagó sus comunicaciones. Entonces la derecha y el centro tuvieron que retirarse, y Kleber, desengañado de su marcha victoriosa, resguardó con su tropa la retirada, que se ejecutó ordenadamente. Esta fué la primera refriega del 28 (16 de junio). Era la cuarta vez que los Franceses tenian que despasar el Sambra, mas ahora fué de un modo mucho mas honorífico para sus armas, pues no se desalentó Jourdan, antes bien atravesó de nuevo el Sambra algunos dias despues, recobró sus posiciones del 16, cercó otra vez à Charleroi, é hizo redoblar su bombardeo con estremada dilijencia.

Noticioso Coburgo de las nuevas operaciones de Jourdan, acercábase en fin al Sambra, y hacíase importantísimo à los Franceses posesionarse de Charleroi antes de la llegada de los refuerzos esperados por el ejército austríaco. El injeniero Marescot adelantó tan eficazmente las faenas, que en ocho dias acalló los fuegos de la plaza, y quedó todo preparado para el asalto. El 7 mesidor (26 de junio), envió el comandante un oficial con un pliego para parlamentar. Saint-Just, que rejentaba siempre nuestro campamento, se negó à abrir la carta, y despidió al oficial diciéndole: «No es un jiron de papel, sino la plaza la que necesitamos.» Salió la guarnicion la misma tarde, al punto en que Coburgo se avistaba desde las líneas francesas. Quedó la rendicion de Charleroi ignorada de los enemigos, pues la posesion de la plaza afianzaba mas y mas nuestra posicion, y hacia menos espuesta la batalla que iba à trabarse con un rio à la espalda. La division de Hatry, ya libre, se trasladó à Ransart para reforzar el centro, y todo se fué preparando para un empeño decisivo el dia siguiente 8 mesidor (26 de junio.)

Nuestras posiciones eran idénticas que el 28 praderal (16 de junio), pues Kleber mandaba la izquierda desde el Sambra hasta Trasegnies; Morlot, Championnet, Lefevre y Marceau formaban el centro y la derecha, y se estendian desde Gosselies hasta el Sambra, habiéndose abierto atrincheramientos en Hepignies, para afianzar nuestro centro. Coburgo nos hizo atacar en todo este semicírculo, en vez de concentrar un empuje universal sobre alguno de

nuestros estremos, por ejemplo, el de la derecha, quitándonos todos los tránsitos del Sambra.

Empezó la refriega el 8 mesidor por la madrugada, y el príncipe de Orange y el jeneral Latour, que arrostraban à Kleber por la izquierda, arrollaron nuestras columnas, y las estrecharon por el bosque de Monceaux, hasta las orillas del Sambra, en Marchienne-au-Pont. Kleber, que por dicha se habia colocado à la izquierda para arrumbar las divisiones, acude al vuelo al trance, coloca baterías en los cerros, acorrala à los Austríacos en el bosque de Monceaux, y los embiste por todos rumbos. Los Austríacos, hechos cargo al acercarse al Sambra, que Charleroi era de los Franceses, empezaron à titubear; Kleber se arroja cargándolos con denuedo, y los precisa à desviarse de Marchienne-au-Pont. Mientras Kleber ponia en salvo uno de los estremos, Jourdan no le iba en zaga con el rescate del centro y de la derecha. Morlot, que se hallaba por delante de Gosselies largo rato, habia competido con el jeneral Kwasdanowich, y ensayado varias evoluciones para cortarlo, paró en quedar atajado él mismo. Cejó sobre Gosselies con esforzados conatos, y Championnet resistia con el mismo teson al arrimo del reducto de Hepignies; pero el cuerpo de Kaunitz se habia adelantado para cercar el reducto, al punto en que un aviso equivocado participaba la retirada de Lefevre en la derecha. Engañado Championnet, se iba retirando, y aun habia desamparado el reducto, cuando Jourdan, hecho cargo del peligro, acude à aquel punto con parte de la division de Hatry, colocada en reten, hace recobrar à Hepignies, y dispara su caballería en la llanura sobre la tropa de Kaunitz. Mientras se estrellan desaforadamente por una y otra parte, refriega mas reñida se traba aun cerca del Sambra, en Wagné y Lambusart. Beaulieu, subiendo à un tiempo por ambas orillas del Sambra para dar un empuje al estremo de nuestra derecha, ha rechazado à la division de Marceau, que huye deshechamente por los sotos del Sambra, y aun pasa el rio desordenadamente. Entonces Marceau reune consigo algunos batallones, y desatendiendo à lo restante de su division fujitiva, se mete en Lambusart, para fenecer antes que desamparar aquel punto inmediato al Sambra, y arrimo indispensable del estremo de nuestra derecha. Lefevre, colocado en Wagné, Hepignies y Lambusart, recoje sus avanzadas de Fleurus sobre Wagné, y destaca tropa à Lambusart para sostener el ímpetu de Marceau; y aquí se cifra el quicio de la batalla.

Adviértelo Beaulieu, y encamina tercera columna. Danse de encontrones en torno de la aldea de Lambusart con desenfreno, y los fuegos son tan ejecutivos, que no se diferencian los tiros. Las mieses y las barracas del campamento se encienden, y luego se pelea en medio de un incendio, quedando por fin los republicanos dueños de Lambusart.

En este punto, los Franceses, al pronto rechazados, habian conseguido restablecer la batalla por todas partes; Kleber habia resguardado el Sambra en la izquierda; Morlot, cejando à Gosselies, se sostenia; Championnet habia recobrado à Hepignies, y un encuentro desaforado en Lambusart nos habia afianzado aquella posicion. Anochecia, y Beaulieu acababa de saber sobre el Sambra lo que ya constaba al príncipe de Orange, y era que Charleroi estaba en manos de los Franceses; entonces Coburgo, no atreviéndose à insistir mas, dispuso la retirada jeneral.

Esta fué la batalla decisiva, una de las mas encarnizadas de la campaña, y que se empeñó en un semicírculo de diez leguas, entre dos ejércitos de cerca de ochenta mil hombres cada uno. Llamóse de Fleurus, aunque esta aldea asomó en la lejanía del cuadro, porque el duque de Luxemburgo habia esclarecido ya este nombre bajo Luis XIV. Aunque los resultados en el terreno fueron escasos, reduciéndose à un ataque rechazado, decidia la retirada de los Austríacos, y acarreaba por tanto ventajas inmensas (*). No cabia en los Austríacos empeñar segunda batalla, pues necesitaban incorporarse ó con el duque de York, ó con Clerfayt, y ambos jenerales estaban al Norte embargados con Pichegrú. Por otra parte, amagados sobre el Mosa, les era importantísimo retroceder, para no aventurar sus comunicaciones; y desde aquel punto, se jeneralizó la retirada de los coligados, resolviendo concentrarse hácia Bruselas para su resguardo.

Quedaba la campaña decidida palpablemente, mas un yerro de la junta de salvacion pública atajó los resultados prontos y decisivos que se podian esperar. Habia Pichegrú ideado un plan que era el mejor de todos sus pensamientos militares. Hallábase el duque de York sobre el Escalda à la altura de Turnay, y Clerfayt muy desviado en

(*) Es un desacierto el atribuir al interés de una faccion el grandioso efecto que surtió la batalla de Fleurus para la opinion pública. La faccion de Robespierre al contrario estaba á la sazon sumamente interesada en apocar el resultado de las victorias, como se verá luego. La batalla de Fleurus nos franqueó á Bruselas y la Béljica, y esto fué lo que desde luego le dió tanto realce.

Thielt, en la Flándes. Pichegrú, aferrado en su intento de acabar con Clerfayt aisladamente, queria pasar el Escalda en Oudenarde, y atajar à Clerfayt del duque de York para derrotarlo, siempre con separacion. Intentaba además, cuando el duque de York ya solo tratase de incorporarse con Coburgo, derrotarlo tambien, y despues acudir à tomar la espalda de Coburgo ó unirse con Jourdan. Este plan que, sobre la ventaja de embestir aisladamente à Clerfayt y à York, tenia la de acercar todas nuestras fuerzas al Mosa, quedó frustrado por una aprension muy necia de la junta de salvacion pública. Habian persuadido à Carnot que llevase al almirante Venstabel con tropas de desembarco à la isla de Walcheren, para sublevar la Holanda. Para facilitar este intento, escribió Carnot al ejército de Pichegrú que siguiese las costas del Océano, apoderándose de todos los puertos de la Flándes-Occidental; mandó además à Jourdan que destacase diez y seis mil hombres de su ejército para inclinarlos hácia el mar; y esta última órden con especialidad estaba muy mal ideada, y era espuestísima. Los jenerales demostraron su desacierto à Saint-Just, y no se ejecutó; pero Pichegrú se vió siempre obligado à acudir hácia el mar, para apoderarse de Brujas y de Ostende, mientras Moreau ocupaba à Nieuport.

Continuáronse los movimientos en ambas alas. Pichegrú dejó à Moreau con parte del ejército, para hacer los sitios de Nieuport y de la Esclusa, y se apoderó con la otra de Brujas, Ostende y Gante. Adelantóse luego hácia Bruselas, mientras Jourdan acudia allí por su parte. No tuvimos ya que trabar sino reencuentros de retaguardia, y en fin el 22 mesidor (10 de julio), nuestras vanguardias entraron en la capital de los Paises-Bajos. Pocos dias despues, se verificó la incorporacion de los dos ejércitos del Norte y de Sambra-y-Mosa. Importantísimo era este acontecimiento, pues ciento y cincuenta mil Franceses, reunidos en Bruselas, podian arrojarse desde allí sobre los ejércitos de Europa, los cuales, derrotados por todas partes, ansiaban guarecerse unos en el mar, y otros en el Rin. Cercáronse inmediatamente las plazas de Condé, Landrecies, Valenciennes, y Quesnoy, tomadas por los aliados; y la convencion, suponiendo que el libertar el territorio franqueaba derecho para todo, decretó que si las guarniciones no se rendian inmediatamente, quedarian pasadas à cuchillo. Habia tambien espedido otro decreto espresando que no se hiciesen ya prisioneros ingleses, para castigar todos los atentados de Pitt para con la Francia. No ejecu-

taban nuestros soldados este decreto, y habiendo un sarjento cojido algunos Ingleses, los trajo à un oficial. — « ¿ Para qué cojerlos? le dijo el oficial. — Porque son otros tantos fusilazos menos que recibir, contestó el sarjento. — Sí, replicó el oficial; pero los representantes van à precisarnos à acabar con ellos. — No serémos nosotros, añadió el sarjento, los matadores; enviadlos à los representantes, y despues, si son unos bárbaros, que los maten y se los coman, si así les cuadra. »

Así es que nuestros ejércitos obrando al pronto contra el centro enemigo, y hallándolo sobrado robusto, se habian dividido en dos alas, y marchado, la una sobre el Lys, y la otra sobre el Sambra. Pichegrú habia derrotado desde luego à Clerfayt en Moucroen y en Curtray, despues à Coburgo y al duque de York en Turcoing, y en fin al mismo Clerfayt en Hooglede. Tras varios tránsitos del Sambra siempre infructuosos, Jourdan, conducido por una especie atinada de Carnot hácia el Sambra, habia decidido el éxito de nuestra ala derecha en Fleurus. Desde aquel punto, propasados en ambas alas, los coligados nos habian abandonado los Paises-Bajos. Este era el resultado de la campaña, y por todas partes se decantaban nuestros logros asombrosos. La victoria de Fleurus, la ocupacion de Charleroi, Ypres, Turnay, Oudenarde, Ostende, Brujas, Gante y Bruselas, y la reunion en fin de nuestros ejércitos en esta capital, se ensalzaban como prodijios. Estos logros no regocijaban à Robespierre, que estaba viendo medrar la nombradía de la junta, y especialmente la de Carnot, à quien, es justo decirlo, se atribuian sobradamente las ventajas de la campaña. Cuanto bueno hacian, ó cuanta gloria se granjeaban las juntas en ausencia de Robespierre debia descollar contra él, y demostrar su condenacion. Al contrario, una derrota reencendia con provecho suyo la saña revolucionaria, le franqueaba campo para tildar à las juntas de flojedad y de traicion, sinceraba su retiro hacia cuatro décadas, daba un concepto grandioso de su prevision, y encumbraba su poderío hasta lo sumo. Habíase pues colocado en la aciaga posicion de anhelar derrotas, y estaba en todo demostrando que así sucedia. No le favorecia ni el decirlo ni el dejarlo columbrar, pero se estaba trasluciendo à pesar suyo en sus hablas, pues se empeñaba, perorando en los Jacobinos, en que amainase el entusiasmo que infundian las glorias de la república, insinuando que los coligados se retiraban de la linea como lo hicie-

ron con Dumouriez, para volver pronto, y que alejándose momentaneamente de nuestra raya, querian entregarnos al desenfreno que brota con la prosperidad. Añadia por lo demás « que la victoria sobre los ejércitos enemigos no era la que se debia principalmente anhelar. La victoria verdadera, decia, es la que los amigos de la libertad alcanzan sobre los bandos, y esta es la que acarrea à los pueblos la paz, la equidad y la dicha. No es una nacion esclarecida por haber derribado tiranos, ó aherrojado pueblos. Esta fué la suerte de los Romanos y de tal cual otra nacion: nuestro destino, mucho mas sublime, es fundar sobre la tierra el imperio de la sabiduría, de la justicia y de la virtud. » (Sesion de los Jacobinos del 21 mesidor — 9 de julio).

Ausentóse Robespierre de la junta desde fines de praderal, y se estaba en los principios de termidor. Hacia cerca de cuarenta dias que se habia desviado de sus compañeros, y era ya hora de tomar una resolucion. Sus paniaguados decian sin rebozo que se necesitaba un 31 de mayo: Dumas, Henriot, Payan y otros le estrechaban para que diese la señal. No gustaba como ellos de medios violentos, y no debia terciar en su irracionalidad desalada. Cifrando el desempeño para todo en el habla, y acatando las leyes, queria mas bien ensayar un discurso en el cual delatase las juntas y pidiese su renovacion. Si acertaba por este rumbo apacible, quedaba señor absoluto, sin continjencia y sin asonada. Si se le malograba el intento de suyo pacífico, este no escluia los medios violentos, sino que al contrario debia encabezarlos. Al 31 de mayo habian precedido repetidos discursos é intimaciones reverentes, despues de haber pedido sin éxito lo que por fin habian venido à exijir. Resolvió pues valerse de los mismos medios que en el 31 de mayo, haciendo al pronto presentar una peticion por los jacobinos, entonando luego un discurso grandioso, y en fin echando por delante à Saint-Just con un informe. Si todas estas dilijencias no bastaban, quedábanle los jacobinos, el concejo y la tropa de Paris. Esperaba no obstante no tener que renovar las ocurrencias del 2 de junio, pues no le acompañaba suficiente arrojo, y profesaba mucho miramiento à la convencion, para apetecer aquel estremo.

Ya hacia tiempo que estaba trabajando un discurso abultado, en donde se empeñaba en desentrañar los abusos del gobierno, y volcar cuantos achaques se le tildaban sobre sus compañeros. Escribió à Saint-Just que volviese del ejército, retuvo à su hermano

que debia salir para la raya de Italia, y asomó diariamente en los Jacobinos disponiéndolo todo para el avance. Varios incidentillos, como sucede siempre en los trances, fueron acrecentando el desasosiego jeneral. Uno llamado Magenthies hizo una demanda ridícula, pidiendo la pena de muerte para todo el que prorumpiese en juramentos, sonando el nombre de Dios; y en fin, una junta revolucionaria hizo encerrar como sospechosos à algunos operarios que se habian embriagado. Estos dos hechos dieron campo para muchas hablillas contra Robespierre; decian que su Ente supremo vendria à ser un opresor, y que se veria luego la inquisicion restablecida por el deismo. Hecho cargo de la contingencia de tales acusaciones, acudió luego à delatar à Magenthies en los Jacobinos, como un aristócrata pagado por los estranjeros para desconceptuar las creencias adoptadas por la convencion, y aun lo hizo entregar al tribunal revolucionario. Valiéndose en fin de su mesa de policía, hizo prender à todos los vocales de la junta revolucionaria de la Indivisibilidad.

Iba asomando el acontecimiento, y parece que los individuos de la junta de salvacion pública, especialmente Barrere, apetecian hacer la paz con su temible compañero; pero se habia hecho tan absoluto, que no cabia entenderse con él. Barrere, al retirarse una tarde con uno de sus confidentes, arrojándose sobre un asiento, le dijo: — «Este Robespierre es insaciable. Que pida à Tallien, à Bourdon (del Oise), à Thuriot, à Guffroy, Rovere, Lecointre, Panis, Barras, Freron, Legendre, Monestier, Dubois-Crancé, Fouché, Cambon y toda la letanía dantonista, en buenhora; pero Duval, Audouin, pero Leonardo Bourdon, Vadier, Vouland, es imposible el acceder.» — Por lo dicho se está viendo que Robespierre requeria el mismo sacrificio de algunos vocales de la junta de seguridad jeneral, y desde entonces no tenia cabida la paz; habia que romper y avenirse à los vaivenes de la lid. Sin embargo ninguno de los contrarios de Robespierre se hubiera atrevido à tomar la iniciativa; los individuos de las juntas esperaban que los delatasen; los montañeses proscritos aguardaban que les pidiesen sus cabezas; todos querian dejarse embestir antes de ponerse en defensa, y tenian razon. Era mas acertado dejar que Robespierre trabase la contienda, y se comprometiese ante la convencion con la demanda de nuevas proscripciones. Entonces lograban la prepotencia de jente que resguarda su vida y la ajena, porque no asomaba el término de los holocaustos, si se toleraba todavía uno solo.

Estaba todo en el disparador, y el primer arranque tuvo cabida el 3 de termidor en los Jacobinos. Hallábase entre los paniaguados de Robespierre uno llamado Sijas, agregado à la comision del movimiento de los ejércitos. Habia ojeriza contra esta comision, por haber dispuesto la salida sucesiva de un crecido número de compañías de artilleros, minorando así las fuerzas de Paris. No se atrevian sin embargo à echárselo en cara; y Sijas entró quejándose del sijilo que encapotaba al comandante de la comision, Pyle; y todas las reconvenciones que no se atrevian à manifestar à Carnot ni à la junta de salvacion pública, descargaron sobre aquel jefe de la comision. Afirmaba Sijas que no quedaba otro arbitrio mas que acudir à la convencion, y delatarle à Pyle. Otro jacobino delató à uno de los ajentes de la junta de seguridad jeneral, y Couthon entonces tomando la voz, dijo que se requeria cavar mas hondo, y hacer à la convencion nacional una esposicion sobre las tramas que amagaban de nuevo à la libertad. «Os amonesto, dijo, à manifestarle vuestras reflexiones; es acendrada, y no se dejará avasallar por cuatro ú cinco desalmados. En cuanto à mí, protesto que no les he de rendir parias.» Adoptóse en seguida la propuesta de Couthon, estendióse la demanda, aprobóse el 5, y presentóse el 7 termidor à la convencion.

El lenguaje de la peticion era, como siempre, reverente en apariencia, pero sustancialmente despótico. Decia que los jacobinos iban à «depositar en el regazo de la convencion las zozobras del pueblo;» repetia las declamaciones trilladas contra estranjeros y cómplices, contra el sistema de blandura, contra los recelos derramados de intento para desavenir la representacion nacional, contra los conatos eficaces para ridiculizar el culto de Dios, etc. No contenia conclusiones terminantes, diciendo solo con jeneralidad: «Haréis temblar à los traidores, à los malvados y à los maquinistas; serenaréis al hombre de bien; mantendréis la concordia que constituye vuestra fortaleza; conservaréis en todo su acrisolamiento aquel culto sublime donde todo ciudadano es ministro, y la virtud el único ejercicio; y el pueblo, confiando en vosotros, cifrará su obligacion y su timbre en acatar y resguardar à sus representantes hasta la muerte.» Esto era decir à las claras: Haced cuanto os dicte Robespierre, pues sin eso no seréis ni respetados ni defendidos. Con mohino silencio se oyó la peticion, sin contestarle; y acabada su lectura, subió à la tribuna Dubois-Crancé,

y sin mentar peticion ni jacobinos, lamentóse de las amarguras en que lo empapaban hacia seis meses, de la sinrazon con que se pagaban sus servicios, y pidió que à la junta de salvacion pública se le encargase un informe relativo à él, si bien, añadió, en ella se hallan dos de sus fiscales, y concluyó pidiendo el informe al tercero dia. Otorgósele la demanda, sin añadir la mas leve reflexion, y siempre con el idéntico silencio. Siguióle Barrere en la tribuna, y estuvo dando un dilatado informe sobre el estado comparativo de la Francia en julio de 93 y en el mismo de 94. Es positivo que era inmensa la diferencia, y que si se cotejaba la Francia sajada à un tiempo por el realismo, el federalismo y los estranjeros, con la Francia victoriosa en todas las fronteras y dueña de los Paises-Bajos, no se podia menos de tributar albricias al gobierno ejecutor de tanta mudanza en un año. Estos elojios ofrecidos à la junta eran el único método con que Barrere se atrevia indirectamente à haberlas con Robespierre, pues aun le celebraba espresamente en el informe. Con motivo de los vaivenes encubiertos que iban reinando y de los alaridos indiscretos de algunos alborotadores que pedian un 31 de mayo, decia «que un representante que disfrutaba nombradía patriótica devengada en un quinquenio de afanes y con sus principios incontrastables de independencia y libertad, habia refutado con ahinco aquellas hablillas contrarevolucionarias». Escuchó la convencion este informe, y separáronse todos colgados de algun acontecimiento grandioso. Mirábanse calladamente sin atreverse ni à preguntar ni à esplicarse.

El dia siguiente, 8 termidor, se arrestó Robespierre à pronunciar su decantado discurso. Estaban alerta todos sus ajentes, y llegó Saint-Just el mismo dia; la convencion, al verle asomar en aquella tribuna, donde se escaseaba sobremanera, estaba esperando un trance decisivo. Oyósele con mohino silencio. «Ciudadanos, dijo, vengan otros à retrataros cuadros halagüeños, yo acudo à deciros verdades provechosas. No vengo à realizar pavores malhadados y estendidos por la alevosía, sino que intento ahogar, si es posible, las teas de la discordia con el empuje de la verdad. Voy à defender en vuestra presencia esa autoridad ultrajada y la libertad mal herida. Voy à sincerarme yo mismo, y no lo estrañaréis, supuesto que no teneis semejanza con los tiranos que estais lidiando. Los alaridos de la inocencia ultrajada no traspasan vuestros oidos, y no ignorais que esta causa no os es forastera.» Delinéa luego Ro-

bespierre el cuadro de los vaivenes que ondean hace algun tiempo, de las zozobras que se han ido derramando, y de los intentos que se han supuesto en la junta y en él contra la convencion. «¡Nosotros, dice, asaltar à la convencion! Y ¿qué somos sin ella? ¿Quién la ha escudado con peligro de su vida? ¿Quién se ha sacrificado para desprenderla de las manos de los facciosos?» Responde Robespierre que es él; y llama haber defendido la convencion contra los bandos el arrebatar de su recinto à Brissot, à Vergniaud, Gensonné, Petion, Barbaroux, Danton, Camilo Desmoulins, etc. Tras las pruebas desaladas que siempre ha estremado, se pasma de que rumores aciagos anden por boca de todos. «¿Es cierto, dice, que hayan pregonado listas odiosas donde se estampaban por víctimas cierto número de vocales de la convencion, y se afirmaba que eran parto de la junta de salvacion pública, y despues que mio? ¿Es cierto que se hayan atrevido à suponer sesiones de la junta, acuerdos rigurosos que no han existido, y arrestos no menos soñados? ¿Es positivo que se haya procurado persuadir à cierto número de representantes irreprensibles que estaba acordado su esterminio? ¿à todos los que, por alguna equivocacion, habian tributado su pension inevitable à la fatalidad de las circunstancias y à la flaqueza humana, que les amagaba la suerte de los conjurados? ¿Es cierto que la impostura se haya derramado con tal artería y arrojo, que una porcion de vocales no se albergaban ya en sus casas? Sí, los hechos son positivos, y las pruebas paran en la junta de salvacion pública.»

Quéjase luego de que la acusacion asestada en globo contra las juntas ha parado en concentrarse en él solo. Espone que se ha apellidado con su nombre cuanto se ha hecho al través en el gobierno; y que si se encarcelaban patriotas en vez de aristócratas, se decia: «Robespierre lo quiere así;» que si algunos patriotas habian fenecido, se esclamaba; «Robespierre es quien lo ha dispuesto;» que si ajentes numerosos de la junta de seguridad jeneral estendian por donde quiera sus tropelías y rapiñas, se decia: «Robespierre es quien los envia;» que si una nueva ley hostigaba à los rentistas, se esclamaba: «Robespierre es quien los arruina.» Dice en fin que lo han retratado como autor de todas las desdichas para perderlo; que lo han apellidado tirano el dia de la festividad al Sér supremo, aquel dia en que la convencion ha estrellado con un mismo golpe el ateismo y el despotismo sacerdotal, en que se

ha granjeado para la revolucion todos los pechos pundonorosos; en fin aquel dia de bienaventuranza y de embriaguez inocente, el presidente de la convencion nacional, hablando al pueblo reunido, ha sido insultado por hombres criminales, que eran representantes. Hanle llamado tirano; ¿y porqué? Porque se ha granjeado algun influjo, usando el lenguaje de la verdad. «¿Qué intentais, esclama, vosotros, queriendo que la verdad desmaye en boca de los representantes del pueblo francés? La verdad por cierto tiene su pujanza, sus iras y su despotismo; tiene acentos entrañables y pavorosos que retumban con brio en los corazones acendrados como en las conciencias culpadas, y que no es mas dado à la mentira el remedar, que à Salmoneo el imitar los rayos del cielo. Acusad pues à la nacion, acusad al pueblo que la percibe y la idolatra. — ¿Quién soy yo à quien se acusa? Un esclavo de la libertad, un vivo mártir de la república, la víctima al par y el enemigo del delito. Todos los malvados me ultrajan; las acciones mas indiferentes y lejítimas en otros son delitos para mí. Cualquiera que me conoce queda calumniado; indúltase à otros, y se me acrimina à mí el denuedo. Que me quiten la conciencia, y soy la misma desventura; ni aun gozo los derechos de ciudadano; ¿qué digo? no me es lícito el desempeñar las obligaciones de un representante del pueblo.»

Así Robespierre se va defendiendo con declamaciones quisquillosas y difusas, y por la vez primera se encuentra con la convencion cabizbaja, silenciosa, y como aburrida con la estension de su discurso. Viene por fin à parar al alma del empeño: acusa recorriendo todas las partes del gobierno. Zahiere al pronto con malvada travesura el sistema de hacienda. Como autor de la ley del 22 praderal, se esplaya con lástima entrañable sobre la ley de los vitalicios; hasta el máximo lo huella y aja, diciendo que los maquinadores han arrebatado la convencion à providencias violentas. «¿En qué manos está la hacienda? En manos, esclama, de fuldenses, de bribones notorios, de Cambones, Mallarmés y Rameles.» Pasa luego à la guerra, y habla con menosprecio de aquellas victorias «que se están describiendo con futilidad académica, como si no hubiesen costado sangre ni afanes. Id desentrañando, esclama, la victoria, celad la Béljica. Retíranse vuestros enemigos, y os dejan en vuestras desavenencias intestinas; recapacitad el fin de la campaña. Se ha sembrado la zizaña entre los jenerales, apadrínase la aristocracia militar; los jenerales fieles están perseguidos; la ad-

ministracion militar se encubre con una autoridad sospechosa. Estas verdades contrarestarán cuando menos à los epigramas.» No decia mas acerca de Carnot y de Barrere, dejando à Saint-Just el cargo de tildar los planes de Carnot. Se echa de ver que este menguado iba derramando en torno la hiel que le carcomia. Espláyase luego sobre la junta de seguridad jeneral, sobre el tropel de sus ajentes, sobre sus crueldades y sus robos, y delata à Amar y à Jagot como usurpadores de la policía, y echando el resto para desacreditar al gobierno revolucionario. Quéjase de las mofas que se han vertido en la tribuna con motivo de Catalina Theot, y afirma que se han querido aparentar conjuraciones para encubrir las efectivas; muestra entrambas juntas como enmarañadas en tramas, y empeñadas hasta cierto punto en los intentos de la faccion anti-nacional. Nada halla acertado en cuanto hay sino el «gobierno revolucionario,» pero aun así, solo el principio, y no el desempeño. El principio es suyo, él es su fundador, y sus contrarios son los que lo malean.

Este es el concepto de las abultadas declamaciones de Robespierre; y al fin termina con este resúmen: «Digamos que hay una conspiracion contra la libertad pública, que debe su pujanza à una pandilla criminal que maquina en el recinto mismo de la convencion; que esta pandilla tiene cómplices en el regazo de la junta de seguridad jeneral, y en su secretaría que están avasallando; que los enemigos de la república han contrapuesto esta junta á la de salvacion pública, y constituido así dos gobiernos; que individuos de esta junta de salvacion pública entran en la trama; y que la coligacion fraguada de este modo ansía el perder à los patriotas y a la patria. ¿Cuál es el remedio para este achaque? Castigar los traidores, renovar los escritorios de la junta de seguridad jeneral, acrisolar esta misma junta y subordinarla à la de salvacion pública, acrisolar tambien esta última, constituir el gobierno bajo la autoridad suprema de la convencion nacional, que es el centro y el juez, y anonadar así todas las facciones con la mole de la autoridad nacional, para encumbrar sobre sus ruinas el poderío de la justicia y de la libertad. Estos son los principios. Si se hace imposible invocarlos sin incurrir en la nota de ambicioso, concluiré que cayó el anatema sobre los principios, y que impera la tiranía sobre nosotros, mas no que yo deba enmudecer; pues ¿qué se puede contraponer à quien tiene razon, y sabe morir por su pais?

Nací para batallar con el delito, y no para gobernarlo. No asomó todavía el tiempo en que el pundonor pueda servir à su salvo à la patria. »

Empezó Robespierre su discurso con silencio, y lo acaba con él; pues por todos los ámbitos del salon enmudecen clavándole la vista. Aquellos diputados, antes tan oficiosos, se convirtieron en hielo; nada espresan, y parece que tienen el aliento de mantenerse yertos desde que los tiranos, desavenidos entre sí, los aclaman jueces. Todos los semblantes son ya impenetrables, y una especie de susurro hondo se va elevando poco à poco en la asamblea; pero nadie se atreve todavía à tomar el habla. Lecointre (de Versalles), uno de los enemigos mas briosos de Robespierre, se presenta el primero, pero es para pedir la impresion del discurso, en tanto grado titubean aun los mas arrojados en trabar la contienda. Bourdon (del Oise) se atreve à oponerse à la impresion, diciendo que el discurso contiene cuestiones harto trascendentales, y pide que se remita à entrambas juntas. Barrere, siempre mirado, esfuerza la demanda de la impresion, diciendo que en un pais libre se debe imprimir todo. Dispárase Couthon à la tribuna, airado de presenciar una disputa en vez de un rapto de entusiasmo, é insta no solo por la impresion, sino por la remision à todos los concejos y à todos los ejércitos. Necesita, dice, desahogar su corazon asaeteado, pues hace algun tiempo que se empapa en hastío à los diputados mas leales à la causa del pueblo; tíldaseles el derramar sangre y el quererla derramar todavía; y sin embargo, si conceptuase haber coadyuvado al esterminio de un solo inocente, se sacrificaria de quebranto. Las palabras de Couthon renovaron el rendimiento que todavía quedaba en la asamblea, y votó la impresion y el envío del discurso à todos los ayuntamientos.

Peligraban los contrarios de Robespierre; pero Vadier, Cambon, Billaud-Varennes, Panis y Amar piden el habla para contestar à los cargos de Robespierre. Revive el denuedo con el riesgo, y trábase la lid. Quieren hablar todos à un tiempo, pero se les fija la vez, y Vadier es el primero en esplicarse. Va sincerando à la junta de seguridad jeneral, y afirma que el informe de Catalina Theot tenia por objeto el desembozar una conspiracion efectiva y trascendental, y añade con acento espresivo, que guarda documentos fehacientes de su entidad y de su peligro. Cambon comprueba sus leyes de hacienda, y su pundonor, que era notorio y

celebrado en un destino en donde las tentaciones eran tan vehementes. Habla con su ímpetu acostumbrado, y demuestra que los ajiotistas únicamente han podido lastimarse con sus leyes de hacienda, y disparándose al fin sobre el comedimiento guardado hasta entonces: «Ya es hora, esclama, de patentizar la verdad por entero. ¿Pueden acusarme de haberme hecho dueño de algo? Quien se habia hecho dueño de todo, quien habia aherrojado nuestra voluntad, es el que acaba de hablar, es Robespierre.» Esta vehemencia trastorna à Robespierre: como si le acusaran de haber tiranizado la hacienda, dice que jamás se ha entrometido en este ramo, y que por consiguiente no cabe haber entorpecido en él à la convencion, y que por lo demás, tildando los planes de Cambon, no ha sido su ánimo tiznarle los intentos. Sin embargo le habia apellidado bribon. Billaud-Varennes, no menos disparado, dice que llegó el punto de poner patentes todas las verdades; habla de la retirada de Robespierre de las juntas, y de la dislocacion de las compañías de artillería, de las que solo han salido quince, aunque la ley franquease hasta veinte y cuatro; añade que va à quitar todos los embozos, pues antepone el que su cadáver sirva de tarima à los piés de un ambicioso, al autorizar sus atentados con el silencio. Pide que se suspenda el decreto que dispone la impresion. Quéjase Panis de las calumnias incesantes de Robespierre, que ha intentado achacarle las jornadas de setiembre, y quiere que Robespierre y Couthon especifiquen los cinco ú seis diputados cuyo sacrificio están pidiendo hace un mes en los Jacobinos. Instase por lo mismo de todas partes, y Robespierre contesta titubeando que ha venido à desembozar abusos, y no se ha encargado de sincerar ó tiznar à fulano ú à zutano.—Nombrad, nombrad à los individuos, esclaman.—Robespierre se descarria mas y mas, y dice que habiendo tenido el denuedo de depositar en el recinto de la convencion dictámenes que conceptuaba provechosos, no presumia... —Interrúmpenle de nuevo. Vocéale Charlier: «Ya que aparentais tener el denuedo de la virtud, tened tambien el de la verdad. Nombrad, nombrad à los individuos.» Crece el alboroto, y se reentabla el punto de la impresion. Aférrase Amar en la remision del discurso á las juntas. Barrere, al ver que va prevaleciendo este partido, trata de disculparse en cierto modo de haber pedido lo contrario. En fin la convencion revoca su acuerdo, y sentencia que el discurso de Robespierre, en vez de imprimirse, se remita à entrambas juntas.

Esta sesion era realmente un acontecimiento peregrino; pues todos los diputados, por hábito tan rendidos, se habian rehecho. Robespierre, que nunca tuvo mas que quijotismo sin valentía, estaba atónito, despechado y abatido. Tenia que cobrar aliento, y corrió à sus jacobinos para arregazarse con los amigos y volver en sí. Estaban sabedores del suceso, y ansiaban su venida. Apenas asoma se disparan aplausos, y Couthon, siguiéndole, participa de las mismas aclamaciones. Pídese la lectura del discurso, y emplea Robespierre dos horas muy cumplidas en repetirlo. Interrúmpenle à cada paso con alaridos y vítores frenéticos, y apenas acaba, añade algunas espresiones de desahogo y de quebranto. «El discurso que acabais de oir, les dice, es mi testamento. Lo he estado viendo hoy mismo; el apandillamiento de los malvados es tan recio que no me cabe ponerme en salvo. Póstrome sin pesadumbre; os dejo mi memoria, que os será apreciable, y la escudaréis». A estas palabras, dicen que no es sazon de zozobras, y mucho menos de desesperacion, y que al contrario desagraviarán al padre de la patria de la maldad agavillada. Henriot, Dumas, Coffinhal y Payan le cercan, y se le declaran prontos à obrar. Dícele Henriot que tiene bien sabido el camino de la convencion. «Separad, les dice Robespierre, los perversos de los apocados; libertad la convencion de los desalmados que la oprimen; tributadle la fineza que espera de vosotros como en el 31 de mayo y el 2 de junio. Marchad, y salvad de nuevo la libertad. Si en medio de todo este ahinco venimos à postrarnos, está muy bien, amigos mios, veréisme beber la cicuta con sosiego. —¡Robespierre, esclama un diputado, yo la beberé contigo!» —Couthon propone à la sociedad un nuevo escrutinio acrisolador, y quiere que se arrojen al golpe cuantos diputados han votado contra Robespierre; traia consigo la lista, y la suministra inmediatamente. Adóptase su proposicion en el vaiven de un alboroto pavoroso. Intenta Collot d'Herbois ofrecer algunas reflexiones, pero lo arrollan con rechiflas; habla de sus servicios, de sus peligros y de los dos tiros de Ladmiral; lo mofan, lo baldonan y lo arrojan de la tribuna. Todos los diputados presentes y señalados por Couthon quedan escluidos, y aun algunos apaleados. Sálvase Collot en medio de los cuchillos enarbolados contra él. Hallábase la sociedad aquel dia reforzada con todos los hombres aviesos que, en los trances de turbulencia, se entrometian sin tarjeta ó con alguna contraseña supuesta. El ajente nacional

Payan, que era sujeto ejecutivo, proponia una tentativa arrojada. Queria que se fuese inmediatamente à afianzar à todos los conspiradores, y era muy factible, porque se hallaban en aquel punto reunidos en las juntas à que pertenecian. Quedaba así zanjada la lid sin refriega y por un golpe de mano. Opúsose Robespierre, pues no gustaba de impulsos ejecutivos, y conceptuaba que se debian seguir los pasos del 31 de mayo. Habíase estendido una peticion solemne, y él tenia compuesto un discurso. Saint-Just, recien llegado del ejército, daria un informe la madrugada siguiente; Robespierre mismo hablaria de nuevo, y si no se lograba el intento, los majistrados del pueblo, reunidos entretanto en el concejo, al arrimo de las armas de las secciones, declararian que el pueblo habia recobrado su soberanía, y acudirian à libertar la convencion de los desalmados que la descarriaban. De este modo estaba ya el plan delineado con los anteriores; se separaron apalabrándose para el dia siguiente, Robespierre en la convencion, los jacobinos en su palestra, los majistrados municipales en el concejo, y Henriot al frente de las secciones. Contábase además con los jóvenes de la Escuela de Marte, cuyo comandante, Labreteche, estaba absolutamente rendido à la causa del concejo.

Esta fué la jornada del 8 termidor, la postrera de la tiranía horrorosa que estaba desangrando la Francia. Sin embargo, aquel mismo dia, no cesó de trabajar la pavorosa máquina revolucionaria. Actuó el tribunal, y las víctimas fueron conducidas al cadalso. De este número eran dos célebres poetas, Roucher, autor de los «Meses,» y el jóven Andrés Chenier, que dejó bosquejos peregrinos, y de quien se condolerá la Francia como de todos aquellos mozos de númen, oradores, escritores, jenerales, anonadados por el cadalso ú por la guerra. Estos dos alumnos de las musas se iban consolando en el carreton aciago, repitiendo versos de Racine. El jóven Andrés, al subir al tablado, exhaló el alarido del númen atajado en su carrera: «¡Morir tan mozo!» esclamó golpeándose la frente; «algo habia aquí.»

En la noche siguiente, arremolináronse por todas partes, y cada cual se esmeró en rehacerse. Habíanse reunido las dos juntas, y deliberaban sobre los ajigantados acontecimientos de aquel dia y sobre los del siguiente. Lo que acababa de suceder en los Jacobinos demostraba que el correjidor y Henriot sostendrian à los triunviros, y que por la madrugada tendrian que batallar con todas

las fuerzas del concejo. Arrestar à estos principales caudillos era lo mas acertado, pero las juntas titubeaban todavía; querian y no querian, estando como arrepentidas de haber empeñado la contienda. Estaban viendo que si la convencion era harto poderosa para dar al través con Robespierre, iba à recobrar su poderío, y que ellos, salvos de los tiros de su competidor, quedaban derrocados de la dictadura. Quizás lo mas ventajoso era entenderse con él, mas ya no habia tiempo. No trató Robespierre de acudir à ellos, despues de la sesion de los jacobinos; y Saint-Just, llegado del ejército hacia horas, los estaba observando. Manteníase silencioso, y habiéndole pedido el informe que se le encargara la vez anterior, deseosos de oir su lectura, respondió que no podia comunicarlo, habiéndolo dado à leer à uno de sus compañeros. Pidiéronle que à lo menos les diese à conocer su conclusion, y tambien se negó à esta demanda. En aquel punto, Collot entra muy airado con la ocurrencia que le acababa de sobrevenir en los Jacobinos. — «¿Qué sucede en los Jacobinos? le dice Saint-Just. — ¡Tú lo preguntas! replica con saña Collot. ¿No eres acaso cómplice de Robespierre? ¿No habeis fraguado juntos todos vuestros intentos? Ya lo estoy viendo, habeis formado un triunvirato inícuo, nos quereis asesinar; pero si nos estrellamos, no disfrutaréis mucho tiempo el producto de vuestros delitos.» Acercándose entonces à Saint-Just con ímpetu: «Tú quieres, le dice, delatarnos mañana, y tienes el bolsillo atestado de apuntes contra nosotros; à verlos...» — Saint-Just apura sus faltriqueras, y asegura que no tiene apunte alguno. Aplacan à Collot, y se exije à Saint-Just que acuda à las once de la madrugada para comunicar su informe antes de leerlo en la asamblea. Las juntas, al separarse, acuerdan el pedir à la convencion la deposicion de Henriot, y la llamada à la barandilla del correjidor y del ajente nacional.

Saint-Just se fué corriendo à escribir su informe que no estaba todavía estendido, y delató con mas brevedad y pujanza que Robespierre, la conducta de las juntas para con sus compañeros, la usurpacion de todos los negocios, la altanería de Billaud-Varennes, y las maniobras fementidas de Carnot, que habia trasladado el ejército de Pichegrú à las costas de Flándes, y defraudado à Jourdan de diez y seis mil hombres. Este informe era tan alevoso, pero infinitamente mas artero que el de Robespierre, y resolvió su autor leerlo en la convencion sin manifestarlo à las juntas.

Mientras los conjurados se aunaban, los montañeses, que hasta allí se habian ceñido à comunicarse sus zozobras, pero que no habian fraguado trama alguna, corrian unos tras otros, y protestaban para el dia siguiente el embestir à Robespierre en términos mas positivos, y hacer que se le decretase si era dable. Necesitaban para esto el arrimo de los diputados de la Llanura, à los que solian amagar, y à quienes Robespierre, aparentando el papel de mediador, habia escudado en otro tiempo; y por tanto tenian poco que alegar à su favor. Fueron sin embargo en busca de Boissy-d'Anglas, Durand-Maillane y Palasne-Champeaux, los tres constituyentes, y cuyo ejemplo debia arrollar à los demás. Dijéronles que serian responsables de cuanta sangre vertiese todavía Robespierre, si no se avenian à votar contra él. Rechazados al pronto, reinsistieron hasta tercera vez, y lograron por fin la promesa anhelada. Corrieron todavía la madrugada entera del 9; Tallien prometió trabar la primera refriega, y pidió solo que se arrojasen tras él.

Cada cual acudió à su sitio; el correjidor Fleuriot y el ajente nacional Payan estaban en el concejo; Henriot à caballo con sus edecanes y andando las calles de Paris. Los jacobinos habian entablado una sesion permanente, y los diputados, en pié desde la madrugada, habian acudido à la convencion antes de la hora. Andaban por los corredores alborotadamente, y los montañeses les hablaban con ahinco para decidirlos à su favor. Eran las once y media, y Tallien, à una de las puertas del salon, hablaba à algunos de sus compañeros, cuando ve entrar à Saint-Just que sube à la tribuna: «Este es el trance, esclama, entremos.» Síguenle, cuájanse los bancos, y se está esperando con silencio el arranque de aquella escena, una de las mayores de nuestra tormentosa república.

Saint-Just, faltando à la palabra dada à sus compañeros, no ha ido à leerles el informe, y está en la tribuna. Los dos Robespierres, Lebas y Couthon se sientan juntos. Collot d'Herbois está en la presidencia. Saint-Just se dice encargado por las juntas de dar un informe, y tiene el habla. Prorumpe diciendo que no es banderizo, sino alumno de la verdad; que la tribuna podrá ser, para él como para otros muchos, el peñasco Tarpeyo, mas que no por eso dejará de manifestar su opinion por entero sobre las desavenencias que han estallado. Apenas le deja Tallien acabar estas frases primeras,

y pide el habla para una propuesta de órden. La consigue. «La república, dice, se halla en el estado mas lastimoso, y ningun buen ciudadano puede menos de estar derramando lágrimas por ella. Ayer un individuo del gobierno ha tenido à bien aislarse y delatar à sus compañeros, y otro viene hoy à hacer lo propio. Harto graves son nuestros quebrantos, y pido que al fin el velo quede enteramente rasgado.» Apenas se pronuncian estas palabras, los aplausos se disparan, se dilatan, se renuevan, retumbando hasta tercera vez. Esta es la señal precursora del vuelco de los triunviros. Billaud-Varennes, que se apodera de la tribuna despues de Tallien, dice que los jacobinos han celebrado la víspera una sesion sediciosa, donde se hallaban asesinos apostados, que han manifestado el intento de degollar à la convencion. Sobreviene indignacion jeneral. «Estoy viendo, añade Billaud-Varennes, estoy viendo en las galerías à uno de los hombres que amagaban ayer à los diputados leales. ¡Que le prendan!» — Cójenle inmediatamente, y lo entregan à los jendarmes. Sostiene Billaud en seguida que Saint-Just no tiene derecho para hablar en nombre de las juntas, porque no les ha comunicado su informe; que es el trance para la asamblea de no flaquear, pues va à fenecer si se apoca. — No, no, esclaman los diputados tremolando sus sombreros, no será endeble ni fenecerá. — Pide Lebas el habla que no ha cedido todavía Billaud, y forcejea y alborota para alcanzarla. A peticion de todos los diputados, se le llama al órden; pero insiste de nuevo. — ¡A la Abadía con el sedicioso! esclaman varias voces de la Montaña. — Continúa Billaud, y no guardando ya miramiento, dice que Robespierre ha tratado siempre de hollar las juntas; que se ha retirado cuando se le ha resistido à su ley del 22 praderal, y al uso que intentaba hacer de ella; que ha querido conservar el noble Lavalette, conspirador en Lila y en la guardia nacional; que ha estorbado el arresto de Henriot, cómplice de Hebert, para que fuese su hechura; que se ha opuesto además al arresto de un secretario de la junta, que habia robado ciento y catorce mil francos; que ha encarcelado por el conducto de su mesa de policía la mejor junta revolucionaria de Paris; que siempre y en todo ha obrado à su albedrío, queriendo hacerse dueño absoluto. Añade Billaud que podria citar otros muchos hechos, pero que bastará decir que ayer los ajentes de Robespierre en los Jacobinos, los Dumases y los Coffinhales, estaban en diezmar la convencion nacional. Mientras Billaud iba refiriendo estos cargos, disparábase la

asamblea por intervalos en raptos de ira. Robespierre, cárdeno de saña, habia dejado su asiento y trepado por la escala de la tribuna. A la espalda de Billaud, estaba pidiendo el habla al presidente con desatinada furia. Aprovecha el trance en que Billaud acaba de hablar, para pedirla todavía con mas empeño. — ¡Fuera el tirano! ¡fuera el tirano! esclaman en todos los ámbitos del salon. Prorumpen dos veces en este alarido acusador, el cual está pregonando que la asamblea se atreve por fin à apellidarle con su verdadero nombre. Mientras él se aferra, Tallien, que se ha disparado à la tribuna, solicita el habla, y la alcanza antes que él. « Ahora mismo, dice, estaba pidiendo que se rasgase el velo por entero, y estoy viendo que ya ha sucedido. Los conspiradores están desembozados. Sabia que mi cabeza estaba amagada, y hasta aquí habia guardado silencio; pero ayer he asistido à la sesion de los jacobinos, he estado viendo formarse el ejército del nuevo Cromwell, me he estremecido por la patria, y he querido armarme de un puñal para traspasarle las entrañas, si la convencion no tuviese aliento para decretar su acusacion. » — Al acabar estas palabras, enseña Tallien el puñal, y la asamblea se dispara en aplausos. Propone entonces el arresto del caudillo de los conspiradores, Henriot. Propone Billaud que se añada el del presidente Dumas, y el del llamado Boulanger, quien, la víspera, ha sido uno de los alborotadores mas acalorados en los Jacobinos. Decrétase inmediatamente la prision de los tres reos.

Entra Barrere en aquel punto, para hacer à la asamblea las proposiciones que ha deliberado la junta por la noche antes de separarse. Robespierre, que no habia dejado la tribuna, se aprovecha de este intermedio para pedir todavía el habla. Sus contrarios estaban aferrados en negársela, recelosos de que cierto temor y servilismo se renovase con su voz. Colocados todos en la cumbre de la Montaña, exhalan nueva vocería, y, mientras Robespierre se anda volviendo ya hácia el presidente, ya hácia la asamblea, — ¡Fuera! ¡fuera el tirano! esclaman con voz atronadora. Logra tambien Barrere el habla antes que Robespierre. Afírmase que aquel hombre, que por vanagloria habia querido hacer papel, y por flaqueza, temblaba ahora de habérselo proporcionado, tenia en la faltriquera dos discursos, el uno à favor de Robespierre, y el otro por las juntas. Desentraña la proposicion decretada por la noche; y es abolir el grado de comandante jeneral, restablecer la antigua ley

de la lejislativa, por la cual todo jefe de lejion mandaba alternativamente la fuerza de Paris, y en fin llamar al correjidor y al ajente nacional à la barandilla, para que respondan del sosiego de la capital. Adóptase inmediatamente este decreto, y va un escribano à comunicarlo al concejo con sumo peligro.

Adoptado el decreto propuesto por Barrere, se siguen relatando los desafueros de Robespierre; y cada cual acude à su vez para hacerle una reconvencion. Vadier, que aparentaba haber descubierto una conspiracion importante aprehendiendo à Catalina Theot, refiere lo que no habia dicho la víspera, à saber, que Dom-Gerle poseia una certificacion de civismo firmada por Robespierre, y que en un colchon de Catalina, se hallaba una carta en que llamaba à Robespierre su hijito del alma. Espláyase luego sobre el espionaje que cercaba à las juntas, con la difusion de un anciano y una pausa que desdecia de los ímpetus de aquel trance. Impaciente. Tallien, trepa de nuevo à la tribuna y toma el habla, diciendo que debe ceñirse el punto à su verdadero concepto. Con efecto, habian decretado contra Henriot, Dumas y Boulanger, y habian llamado à Robespierre un tirano, pero sin tomar resolucion decisiva. Tallien repara que no se debe fijar la atencion en algunos pormenores de la vida de aquel hombre, llamado un tirano, sino que se debe manifestar el conjunto. Entabla entonces un cuadro brioso de la conducta de aquel palabrista cobarde, orgulloso y sanguinario..... Robespierre, ahogado de saña, le interrumpe con alaridos de enfurecimiento.—Dice Louchet: Acabemos; el arresto de Robespierre.—Loseau añade: La acusacion contra ese delator.—¡Acusacion! ¡acusacion! claman un sinnúmero de diputados.—Levántase Louchet, y mirando en torno de sí, pregunta si lo sostienen.—Sí, sí, contestan cien voces.—Robespierre menor dice desde su asiento: «Yo tercio en los delitos de mi hermano, juntadme con él.» Apenas se hace alto en este arranque.—¡El arresto! el arresto! siguen voceando.—En este punto, Robespierre, que habia estado yendo y viniendo de su asiento à la mesa, y desde la mesa à su asiento, se acerca de nuevo al presidente, y le pide el habla; pero Thuriot, que reemplazaba à Collot d'Herbois en el sillon, no le contesta sino redoblando la campanilla. Entonces Robespierre se vuelve hácia la Montaña, y no divisa sino amigos yertos ó enemigos enfurecidos; encárase entonces con la Llanura.—«A vosotros, dice, hombres acendrados y virtuosos, à vosotros me encamino, y no à

los desalmados.» Vuelven la cabeza con amenazas. Acude en fin otra vez al presidente, y esclama: «Por la postrera vez, presidente de asesinos, te pido el habla». Pronuncia estas últimas palabras con voz ahogada y exánime.—La sangre de Danton te ahoga, le dice Garnier (del Aube). Impaciente de tanto vaiven, álzase Duval, y dice: «Presidente, ¿con qué este hombre ha de ser todavía y por largo tiempo dueño de la convencion?—«¡Ah! ¡qué trabajoso es volcar un tirano!» añade Freron.—¡A la votacion! ¡fuera! esclama Loseau. La prision tantas veces propuesta se vota y se decreta en medio de un alboroto espantoso. Dado el decreto, levántanse en todo el salon gritando: ¡Viva la libertad! ¡viva la república! ¡ya no hay tiranos!

Un sinnúmero de vocales se levantan, y dicen que su ánimo ha sido votar el arresto de los cómplices de Robespierre, Saint-Just y Couthon. Añádeseles al punto al decreto. Pide Lebas que lo agreguen, y se le concede, como igualmente à Robespierre menor. Infundian aquellos hombres todavía tanta zozobra, que los porteros del salon no se habian atrevido à presentarse para conducirlos à la barandilla. Al ver que permanecen en sus asientos, preguntan porqué no bajan al sitio de los reos, y responde el presidente que los porteros no han podido ejecutar la órden. El alarido: ¡A la barandilla! ¡à la barandilla! es ya jeneral, y los cincos reos bajan, Robespierre enfurecido, Saint-Just sosegado y despreciador, y los otros despavoridos con aquel abatimiento tan nuevo para ellos. Estaban por fin en aquel sitio adonde habian enviado à Vergniaud, à Brissot, à Petion, Camilo Desmoulins, Danton, y tantos compañeros suyos, descollantes en virtud, númen ó denuedo.

Eran las cinco, y habia declarado la asamblea la sesion permanente; pero en aquel punto, acosada de cansancio, toma la resolucion espuestísima de suspender la sesion hasta las siete para lograr un tantillo de desahogo. Sepáranse entonces los diputados, y franquean así al concejo, si tiene algun arrojo, ensanche suficiente para cerrar el sitio de sus sesiones y enseñorearse de Paris. Condúcense los cinco reos à la junta de seguridad jeneral, y les hacen sus compañeros el interrogatorio antes de pasarlos à la cárcel.

Mientras sobrevenian tan grandiosos acontecimientos en la convencion, estaba en espectacion el concejo. El portero Courvol habia ido à notificar el decreto de arresto contra Henriot, y el de presentacion del correjidor y del ajente nacional en la barandilla,

y habia sido tratado con desatencion. Habiendo pedido un recibo, contestóle el correjidor: «En dias como hoy no se dan recibos. Ve à la convencion, ve à decirle que sabrémos mantenerlo, y dí à Robespierre que no tema, pues aqui estamos nosotros.» El correjidor se habia espresado despues ante el consejo jeneral misteriosamente sobre el motivo de la junta, no habló mas que del decreto que mandaba al concejo celase el sosiego de Paris, y recordó las épocas en que el mismo concejo habia acreditado su denuedo, denotando à las claras el 31 de mayo. El ajente nacional Payan habló tras el correjidor, y propuso enviar dos vocales del consejo à la plaza del ayuntamiento, donde se hallaba un tropel inmenso, para arengar al pueblo y brindarle con «la reunion à sus majistrados para salvar la patria.» Habian despues estendido una esposicion espresando que habia desalmados opresores de «Robespierre, aquel ciudadano virtuoso que hizo decretar el dogma consolador del Ente supremo y de la inmortalidad del alma; de Saint-Just, aquel apóstol de la virtud, que atajó la traicion en el Rin y en el Norte, y de Couthon, aquel ciudadano virtuoso que no tiene mas que el cuerpo y la cabeza vivos, pero que están ardiendo de patriotismo.» Luego despues, habian acordado que se convocasen las secciones, que los presidentes y los comandantes de la fuerza armada se llamasen al concejo para recibir sus órdenes. Habíase enviado una diputacion à los Jacobinos para que acudiesen à hermanarse con el concejo, y enviasen al consejo jeneral à sus individuos mas esforzados y un crecido número de «ciudadanos y ciudadanas de las galerías.» Sin espresar todavía la asonada, el concejo hacia todas sus disposiciones, y se encaminaba sin rebozo à este objeto; ignorando todavía el arresto de los cinco diputados, por lo cual guardaba todavía algun miramiento.

En este tiempo, habia Henriot montado à caballo, y corria por las calles de Paris; sabe que han preso à los diputados, se pone à alborotar el pueblo, gritando que los forajidos están oprimiendo à los diputados leales, y que han arrestado à Couthon, Saint-Just y Robespierre. Este mentecato estaba como beodo, revolviéndose à caballo, y blandiendo su sable. Marcha al arrabal de San Antonio para alborotar à los operarios, que entendian à medias lo que les hablaba, y que por otra parte se iban condoliendo al ver pasar todos los dias nuevas víctimas. Por una casualidad aciaga, encuentra Henriot las carretas. Habíanlas cercado al saber

el arresto de Robespierre, à quien se suponia autor de todos los homicidios, infiriendo de aquí que una vez preso, debian cesar las ejecuciones; y así se trataba de que cejasen con los ajusticiados. Sobreviene Henriot en aquel punto. Se opone, y hace consumar aquella última ejecucion. Vuelve luego, y siempre à escape, hasta el Luxemburgo, y manda à la jendarmería que se junte en la plaza de ayuntamiento. Toma consigo un destacamento, y baja por lo largo de los pretiles para ir à la plaza del Carrousel à libertar los presos que se hallaban en la junta de seguridad jeneral. Corriendo por los pretiles con sus edecanes, va volcando la jente, y uno que llevaba à su esposa del brazo, se vuelve hácia los jendarmes, y les vocea: « Jendarmes, arrestad à ese forajido, que ya no es vuestro jeneral. » Contéstale un edecan con un sablazo. Sigue Henriot su camino, y entra por la calle de San Honorato; llegado à la plaza del Palacio-Igualdad (Palacio-Real), divisa à Merlin de Thionville, y se arroja sobre él gritando: « Prended à ese malvado; es uno de los perseguidores de los representantes leales. » Cojen al instante à Merlin, y lo conducen mal parado al primer cuerpo de guardia. En los patios del Palacio-Nacional hace Henriot apear à sus acompañantes, intentando internarse en el palacio. Los granaderos lo atajan cruzando las bayonetas; adelántase en aquel punto un alguacil, y dice: — «Jendarmes, prended à ese rebelde; un decreto de la convencion os lo manda.» — Cercan luego à Henriot, lo desarman, como igualmente à sus edecanes, los maniatan y conducen al salon de la junta de seguridad jeneral, al par de Robespierre, Couthon, Saint-Just y Lebas.

Hasta aquí todo iba prósperamente para la convencion, sus decretos, osadamente espedidos, se iban ejecutando sin tropiezo; pero el concejo y los jacobinos, quienes todavía no proclamaban sin rebozo la asonada, iban à estallar ahora, y efectuar su intento del 2 de junio. Por dicha, mientras la convencion suspendia la sesion indiscretamente, hacia lo mismo el concejo, y todos desperdiciaban el tiempo.

El concejo no se junta de nuevo hasta las seis; y en aquel punto, sabíase ya el arresto de los cinco diputados y de Henriot. A esta noticia, dispárase el concejo, y declara que se subleva contra los opresores del pueblo, que intentan acabar con sus defensores. Manda tocar el rebato en la Casa de la Ciudad y en todas las secciones, enviando uno de sus vocales à cada una de estas, es-

trechándolas à la asonada y à acudir con sus batallones al concejo. Envia jendarmes à cerrar las barreras, y ordena à todos los alcaides de las cárceles que rechazen à cuantos presos les presenten. Nombra en fin una comision ejecutiva de doce individuos, en la cual se hallan Payan y Coffinhal, para dirijir la asonada, y usar de toda la potestad soberana del pueblo. Habia en aquel punto reunidas ya en la plaza del concejo alguna tropa de las secciones, varias compañías de artilleros y gran parte de la jendarmería. Van haciendo prestar juramento à los comandantes de los batallones ya reunidos, y despues mandan à Coffinhal que vaya con algunos centenares de hombres à la convencion para libertar los presos.

Robespierre mayor habia sido ya conducido al Luxemburgo, el menor à la Casa de Lázaro, Couthon à Puerto-Libre, Saint-Just à los Escoceses, y Lebas à la Casa de justicia del departamento. Ejecútase la órden dada por el concejo à los alcaides, y rechazan à los presos; apodéranse de ellos los dependientes de policía y los llevan en carruaje al ayuntamiento. Al asomar Robespierre, lo abrazan, se desalan en muestras de cariño, y juran morir en su defensa y la de todos los diputados leales. En este tiempo, habia quedado solo Henriot en la junta de seguridad jeneral. Coffinhal, vice-presidente de los jacobinos, llega blandiendo el sable con algunas compañías de las secciones, allana las salas de la junta, arroja à sus miembros, y liberta à Henriot y à sus edecanes. Henriot, en franquicia, corre à la plaza del Carrousel, halla todavia sus caballos, trepa sobre uno de ellos, y con harta serenidad dice à las compañías de las secciones y à los artilleros que estaban al derredor, que la junta acababa de declararlo inocente, devolviéndole el mando. Cércanle entonces, se hace seguir por un tropel crecido, se pone à dar órdenes contra la convencion, y à disponer el sitio contra la asamblea.

Eran las siete de la tarde. Volvia la convencion à juntarse, y en el intermedio el concejo se habia granjeado notables ventajas. Habia, como se acaba de ver, proclamado la asonada, enviado comisarios à las secciones, reunido à sí varias compañías de artilleros y de jendarmes, y libertado los presos. Podia, con mas arrojo, marchar ejecutivamente sobre la convencion, y hacerle revocar sus decretos; contaba además con la Escuela Militar, cuyo comandante Labretèche le era entrañablemente apasionado.

Júntanse alborotadamente los diputados, y se participan des-

pavoridos las novedades de la tarde. Los vocales de las juntas, asustados é indecisos, se reunen en un aposento junto à la mesa del presidente, y allí deliberan sin saber à qué partido atenerse. Asoman varios diputados sucesivamente en la tribuna, y refieren cuanto está pasando en Paris. Cuentan que están libres los presos, que se ha hermanado el concejo con los jacobinos, que dispone ya de fuerzas considerables, y que la convencion va luego à quedar sitiada. Bourdon propone salir en cuerpo y mostrarse al pueblo, para atraerlo. Legendre se empeña en confortar à la asamblea, diciéndole que no hallará por donde quiera sino montañeses castizos y leales prontos à defenderla, y manifiesta en el trance un denuedo que no tuvo contra Robespierre. Sube Billaud à la tribuna, y participa que Henriot está en la plaza del Carrousel, que ha descarriado à los artilleros, y hecho asestar los cañones contra el salon de la asamblea, y que va à emprender el asalto. Collot d'Herbois se coloca entonces en el sitial, que, segun la forma del salon, debia recibir los primeros balazos, y dice al sentarse: «Representantes, este es el trance de morir en nuestro asiento. Los forajidos han asaltado el Palacio-Nacional.» — A estas palabras, todos los diputados que estaban ya en pié, ya andando por el salon, vuelven à sus lugares, y permanecen sentados con majestuoso silencio. Todos los ciudadanos de las galerías huyen con estruendo horroroso, y levantando densa polvoreda. Queda la convencion desamparada y convencida de que van à degollarla, pero resuelta à fenecer antes que tolerar un Cromwell. Pasmémonos ahora del imperio de las coyunturas sobre los ánimos. Estos mismos hombres, tanto tiempo rendidos al palabrista que les arengaba, arrostran ahora la artillería que se está asestando contra ellos con sublime resignacion. Individuos de la asamblea entran y salen, y traen noticias de lo que está pasando en el Carrousel. Henriot sigue dando órdenes. — ¡Fuera de la ley! ¡fuera de la ley el forajido! esclaman en el salon. — Se espide luego el decreto de quedar fuera de la ley, y van los diputados à publicarlo delante del Palacio-Nacional. En aquel punto, Henriot, que habia descarriado los artilleros, y hecho asestar los cañones contra el salon, queria estrecharlos à disparar. Manda el fuego, pero estos titubean. Claman diputados: «Artilleros, ¿os deshonraréis? Ese forajido está fuera de la ley.» — Entonces los artilleros se niegan terminantemente à obedecer à Henriot. Desamparado este por los suyos, no le queda lugar sino para volver el caballo y huirse al concejo.

Vencido este trance, la convencion va desaforando à los diputados que se han desentendido de sus decretos, y à todos los individuos del concejo que se hallan en rebelion. Sin embargo no se cifraba allí todo, pues si Henriot no estaba ya en la plaza del Carrousel, los rebeldes se hallaban todavía en el concejo con todas sus fuerzas, y les quedaba aun el recurso de un golpe de mano. Habia que zanjar este trance, y estaban deliberando sin obrar. En el aposento inmediato à la mesa, donde se hallaban las juntas y varios representantes, se propuso el nombrar un comandante de la fuerza armada, sacado de la misma asamblea. — ¿Quién? preguntan. — Barras, responde una voz, y tendrá aliento para aceptar. — En seguida Vouland corre à la tribuna, y propone que se nombre al representante Barras para capitanear la fuerza armada. Acepta la convencion la propuesta, nombra à Barras, y le agrega otros siete diputados, para mandar à sus órdenes, Freron, Ferrand, Rovere, Delmas, Bolleti, Leonardo Bourdon, y Bourdon (del *Oise*). A esta proposicion, un vocal añade otra, no menos esencial, y es nombrar representantes para instruir à las secciones y pedirles el auxilio de su tropa. Esta última providencia era la mas urjente, porque estrechaba el cautivar à las secciones indecisas ó engañadas.

Va corriendo Barras à los batallones ya reunidos, para noticiarles sus poderes, y repartirlos en torno de la convencion. Acuden à las secciones los diputados que van con este encargo, para arengarles, y en aquel punto estaban la mayor parte perplejas, ateniéndose poquísimas al concejo y à Robespierre. Horrorizábanse todas del sistema atroz que achacaban à Robespierre, y anhelaban un acontecimiento que redimiese de él à la Francia. La zozobra sin embargo entorpecia aun los ánimos, sin atreverse à romper. Habia el concejo, al cual las secciones solian obedecer, llamádolas, y no atreviéndose algunas à resistir, habian enviado comisarios, no para avenirse al intento de la asonada, sino para enterarse de los acontecimientos; y así Paris todo yacia ansioso é indeciso. Los deudos de los presos, sus amigos, y cuantos estaban padeciendo por aquel réjimen inhumano, salian de sus casas, se acercaban de calle en calle à los parajes alborotados, y se afanaban por recojer noticias. Los desventurados presos habiendo advertido desde las rejas mucho vaiven, y oido grandísimo estruendo, presumian alguna novedad, pero se estremecian de que viniese à agravar sus quebrantos. Sin embargo el desconsuelo de los alcaides, algunas

palabras dichas al oido de los alistadores, y la consternacion que se les advertia, iban desvaneciendo las dudas. Habian entendido luego por espresiones sueltas que peligraba Robespierre; acudian parientes à ponerse debajo de las ventanas de las cárceles, y noticiar por señas lo que estaba pasando, y entonces agolpándose los presos habian manifestado sumo alborozo. Los delatores infames, ya trémulos, habian llamado à algunos de los sospechosos aparte; se afanaban por sincerarse, y persuadir que no eran autores de las listas de proscripcion. Algunos, allanándose al concepto de reos, decian sin embargo que habian cercenado nombres; uno que no habia puesto mas que cuarenta, de doscientos que le pedian, y otro que habia rasgado listas enteras. Estos viles, ya despàvoridos, se acusaban mutuamente, y se descargaban unos con otros de su ignominia.

Los diputados, andando por las secciones, no habian tenido trabajo en prevalecer sobre los enviados desconocidos del concejo. Las secciones que habian encaminado sus batallones à la Casa de la Ciudad los llamaban, y las otras enviaban los suyos hácia el Palacio-Nacional, el que se hallaba ya adecuadamente cercado. Así vino Barras à anunciarlo à la asamblea, y corrió luego à la llanura de Sablons para reemplazar à Labreteche, que estaba apeado, y traer la Escuela de Marte en auxilio de la convencion.

Hallábase ahora la representacion nacional escudada contra un golpe de mano, y era ya con efecto hora de marchar contra el concejo y tomar la iniciativa à que él no se arrojaba. Acuerdan el marchar sobre la Casa de la Ciudad, y acaudilla Leonardo Bourdon un crecido número de batallones. En el trance de encaminarse contra los rebeldes, « Marcha, le dice Tallien, que estaba en el sitial, para que al salir el sol, no encuentre ya vivos à los conspiradores. » Leonardo Bourdon desemboca desde los pretiles sobre la plaza de la Casa de la Ciudad, y un crecido número de jendarmes, de artilleros y de ciudadanos armados de las secciones acudieron tambien. Un ajente de la junta de salvacion pública, llamado Dulac, tiene el arrojo de entrometerse por las filas, y leerles el decreto de la convencion que desaforaba al concejo. El acatamiento contraido para con la asamblea, en cuyo nombre se ejecutaba todo hacia dos años, y el que se merecian las voces de ley y de república, preponderan. Sepáranse los batallones; unos se retiran à sus casas, otros se incorporan con Leonardo Bourdon, y

queda despejada la plaza. Los que la guardaban, y los recien llegados para embestirla, se colocan por las calles inmediatas à fin de atajar el tránsito.

Tal concepto se tenia formado del denuedo de los conspiradores, y era tal el asombro al verlos casi yertos en la Casa de la Ciudad, que titubeaban al acercarse. Leonardo Bourdon temia que hubiesen minado el edificio; carecia sin embargo de fundamento la zozobra, pues estaban deliberando desconcertadamente, proponiendo escribir à los ejércitos y à las provincias; y no sabiendo en nombre de quién habian de escribir, no se atrevian à tomar partido terminante. Si Robespierre se arrojara, revistiéndose de espíritu, à mostrarse y marchar contra la convencion, peligraba esta; pero no era mas que un palabrista, y además se estaba haciendo cargo, al par de todos sus parciales, que la opinion les volvia la espalda. Llegárale el fin à aquel réjimen horroroso, y por medio de la convencion ya obedecida, los desaforamientos surtian un efecto portentoso; pero aun cuando estuviera dotado de sumo denuedo, se desalentara en estas circunstancias arrolladoras de todo brio individual. El decreto desaforador dejó à todos despavoridos, cuando de la plaza del concejo llegó à la Casa de la Ciudad. Recibiólo Payan, leyólo en voz alta, y con mucha serenidad añadió à la lista de los sujetos desaforados «el pueblo de las galerías,» lo que no estaba en el decreto. Inesperadamente para él, la jente de las galerías huyó despavorida, no queriendo terciar en el anatema fulminado por la convencion. Embargó entonces el desaliento à los conjurados, y cuando Henriot bajó à la plaza para arengar à los artilleros, se encontró solo. Esclamó entonces jurando: «¿Qué es esto? ¡Esos malvados de artilleros que me han salvado hace algunas horas, me abandonan en este punto!» Sube de nuevo enfurecido participando esta noticia al concejo. Yacen desesperados los conspiradores; vense desamparados por su tropa, y sitiados en torno por la de la convencion; se acusan y reconvienen por su desventura. Coffinhal, sujeto brioso, pero mal sostenido, se aira contra Henriot, y le dice: «Malvado, tu cobardía nos ha perdido.» Se arroja sobre él, y asiéndolo por el cuerpo, lo tira por una ventana. El cuitado Henriot cae sobre un basurero, que embota el golpe, y estorba que sea mortal. Lebas se dispara un pistoletazo; Robespierre menor se arroja por una ventana; Saint-Just permanece sosegado é inmoble con una arma en le mano, y sin quererse

tirar; Robespierre se arresta por fin à terminar su carrera, y alcanza en aquel estremo el denuedo de darse la muerte. Dispárase un pistoletazo, y dándole el tiro debajo de los labios, le traspasa solo la mejilla, y le hace una herida de poco peligro.

En aquel punto, algunos valentones, el llamado Dulac, el jendarme Meda, y otros varios, dejando à Bourdon con sus batallones en la plaza del concejo, suben armados de sables y de pistolas, y entran en el consistorio, en el propio instante de oirse los dos tiros. Los concejales iban à quitarse su banda, pero Dulac los amenaza de acuchillarlos si lo ejecutan. Quedan todos yertos, prenden à todos los concejales, à Payan, à Fleuriot, Dumas, Coffinhal, etc.; llévanse à los heridos en parihuelas, y acuden triunfalmente à la convencion... Eran las tres de la madrugada, y los alaridos de victoria resuenan en derredor del salon, y penetran por sus bóvedas. Entonces las voces de ¡viva la libertad! ¡viva la convencion! ¡fuera tiranos! se disparan por todas partes. El presidente dice estas palabras: «Representantes, Robespierre y sus cómplices están à la puerta del salon; ¿quereis que se traigan à vuestra presencia?—¡No, no! esclaman por todas partes ¡al cadalso con los conspiradores!»

Trasportan à Robespierre con los suyos à la sala de la junta de salvacion pùblica. Tiéndenlo sobre una mesa, y le ponen algunas cajas por cabecera. Conservaba su presencia de ánimo, y aparecia insensible; llevaba el mismo vestido azul que en la festividad del Sér supremo, calzones de mahon, y medias blancas, que con el trastorno se le habian arrollado à los carcaños. Brotábale la sangre de la herida, y se la enjugaba con una funda de pistola. Aprontábanle de cuando en cuando jirones de papel, que tomaba para enjugarse el rostro; y permaneció así varias horas espuesto à la curiosidad y à los ultrajes de un sinnúmero de jente. Cuando asomó el cirujano para curarle, se levantó por sí mismo, bajó de la mesa, y fué à sentarse en un taburete. Padeció una cura dolorosa sin exhalar un ay, pues tenia la insensibilidad y el despego de la altanería volcada. A nada respondia, y lo trasportaron luego con Saint-Just, Couthon y los demás à la Conserjería. Su hermano y Henriot fueron recojidos medio muertos por las calles inmediatas à la Casa de la Ciudad.

El desaforamiento dispensaba el juicio, bastando el evidenciar la identidad de la persona. La madrugada siguiente, 10 termidor (28 de julio), comparecen los reos en número de veinte y uno ante

el tribunal à donde habian enviado tantas víctimas. Hace Fouquier Tinville probar la identidad, y à las cuatro de la tarde los hace llevar al suplicio. El tropel, que hacia tiempo habia desertado del espectáculo de las ejecuciones, acudió aquel dia con afan estremado. Habíase levantado el cadalso en la plaza de la Revolucion, y un jentío inmenso cuajaba la calle de San Honorato, las Tuilerías y la plaza. Infinitos deudos de las víctimas iban siguiendo las carretas desembocando imprecaciones; acercábanse muchos por ver à Robespierre, y los jendarmes se lo apuntaban con el estremo de los sables. Llegados los reos al cadalso, los verdugos fueron enseñando à Robespierre à todo el pueblo; desatáronle la venda que le ceñia la mejilla, y entonces prorumpió en el primer alarido que exhalara hasta aquel punto. Espiró con la insensibilidad que estaba mostrando hacia veinte y cuatro horas. Saint-Just murió con el teson que siempre habia acreditado. Couthon yacia abatido; Henriot y Robespierre menor estaban ya casi muertos de sus heridas. Sonaban aplausos à cada descarga de la aciaga cuchilla, y el jentío prorumpia en júbilo estraordinario. Era este jeneral en Paris, y en las cárceles resonaban cantares, se abrazaban con asomos de embriaguez, y se pagaban hasta treinta francos los papeles que referian los últimos acontecimientos. Aunque no habia declarado la convencion que abolia el sistema del pavor, y aunque los mismos vencedores fuesen ó autores ó apóstoles de este sistema, se le conceptuaba concluido con Robespierre, por haberse concentrado en él toda la odiosidad.

Esta fué aquella feliz catástrofe, que terminó los recrecimientos de la revolucion, para entablar su marcha retrógrada. La revolucion, en 14 de julio de 1789, habia volcado la antigua constitucion feudal; arrebatado, el 5 y el 6 de octubre, el rey à su corte, para afianzarlo; luego se habia labrado una constitucion, confiándola al monarca en 1791, como por via de ensayo. Pesarosa luego de haber hecho esta tentativa desventurada, y desahuciada de hermanar la corte con la libertad, habia allanado las Tuilerías el 10 de agosto, y aherrojado à Luis XVI. El Austria y la Prusia adelantándose para volcarla, echó, para valernos de su lenguaje desaforado, como por guante de la lid, la cabeza de un rey y de seis mil presos; comprometióse irrevocablemente en el empeño, y rechazó à los coligados en su primer conato. Su saña duplicó el número de sus enemigos, y este aumento de contrarios y de peligro gangrenó su furia. Arrebató à viva fuerza del templo de las leyes à republicanos cas-

tizos, que no alcanzando sus disparos, intentaran moderarla. Tuvo entonces que lidiar con la mitad de la Francia, la Vendea y la Europa. Por efecto de este empuje y reaccion incesantes de los obstáculos contra su voluntad, y de su albedrío contra los tropiezos, se encumbró al sumo grado del peligro y del enfurecimiento, levantó cadalsos, y envió un millon de soldados à la raya. Sublime entonces, y atroz al mismo tiempo, se la vió destruir con saña ciega, y administrar con asombrosa dilijencia y tino recóndito. Trocada por la precision de un empuje vehemente, de democracia alborotada en dictadura absoluta, se hizo arreglada, silenciosa y formidable. Durante todo el fin de 93 hasta principios de 94 procedió acorde por lo sumo del trance. Pero cuando la victoria coronó sus afanes, al fin de 93, pudo sobrevenir la discordia, por cuanto algunos corazones jenerosos y valientes, embalsamados con el éxito, voceaban: «¡Compasion con los vencidos!» Pero todos los corazones no estaban todavía embalsamados; el triunfo de la revolucion no se evidenciaba à todos los ánimos; la lástima de los unos enfureció à los otros, y sobrevinieron mentecatos que vincularon el gobierno en un tribunal esterminador. Anonadó la dictadura à los dos partidos nuevos que encambronaban su carrera. Hebert, Ronsin y Vincent fenecieron con Danton y Camilo Desmoulins. Continuó así la revolucion su rumbo, esclarecióse desde el principio de 1794, venció la Europa entera, y la dejó avergonzada. Este era el trance de que la compasion preponderase à la saña; pero sobrevino lo que siempre; del lance de un dia se quiso entablar un sistema, y los caudillos del gobierno coordinando la violencia y la crueldad, cuando los peligros y los raptos habian cesado, anhelaban degollar y mas degollar todavía; pero el público se iba ya horrorizando por todas partes. A toda oposicion, el tema de respuesta era «muere». Entonces un alarido acorde se disparó de sus competidores en poderío, de sus compañeros amagados, y este alarido fué la señal de la sublevacion jeneral. Se necesitó un rato para desapropiarse del entorpecimiento de la zozobra; pero se descolló luego, y el sistema del pavor fué à tierra.

Pregúntase qué sucediera preponderando Robespierre. Su desamparo demuestra que era imposible, pero aun cuando fuera vencedor, hubiera tenido que amainar ante el arranque jeneral, ó bien se estrellara mas tarde. Al par de todos los usurpadores, se viera precisado à entablar, tras el horror de las facciones, un réjimen halagüe-

ño y bonancible. Pero por otra parte no le cabia à él ser aquel usurpador; pues nuestra revolucion era demasiado grandiosa para que el mismo sujeto, diputado de la constituyente en 1789, quedase proclamado emperador ó protector en 1804 en la iglesia de Nuestra Señora. En pais menos adelantado y estenso, cual era la Inglaterra, donde un mismo viviente podia ser tribuno y jeneral hermanando entrambas funciones, un Cromwell pudo ser à un tiempo banderizo al principio, y soldado usurpador en el paradero. Pero una revolucion tan dilatada como la nuestra, donde la guerra ha sido tan terrible y dominadora, y en donde un mismo individuo no podia al mismo tiempo descollar en la tribuna y en los campamentos, los banderizos al pronto se devoraron mutuamente; tras ellos han sobrevenido los guerreros, y un soldado ha venido à quedar el postrer dueño.

No cabia pues à Robespierre desempeñar acá el ministerio de usurpador. ¿Porqué le fuera dado sobrevivir à aquellos decantados revolucionarios, que se le sobreponian en gran manera por númen y poderío, à un Danton, por ejemplo?.... Robespierre era íntegro, y se requiere una reputacion castiza para cautivar la muchedumbre. No se lastimaba, pues la compasion acaba con sus dueños en las revoluciones. Abrigaba un orgullo tenaz y perseverante, y es el único medio de estar presente à toda hora en los ánimos. Con esto debió sobrevivir à todos sus competidores, aunque fué del jaez mas rematado de la casta humana. Un devoto sin pasiones, y sin los vicios que acarrean, pero sin el denuedo y sin la grandiosidad y los afectos que suelen acompañarlas; un devoto ensimesmado con su orgullo y su creencia, retraido en los trances, y aparecido luego para hacerse adorar tras la victoria alcanzada por otros, es uno de los entes mas odiosos que han señoreado à los hombres, y se añadiria los mas viles, à no acompañarle un convencimiento vehemente y una integridad notoria.

CAPITULO XI.

Consecuencias del 9 termidor. Modificaciones del gobierno revolucionario. Reorganizacion personal de los comisionados. Revocacion de la ley del 22 praderal; decretos de arresto contra Fouquier-Tinville, Lebon, Rossignol, y otros ajentes de la dictadura; suspension del tribunal revolucionario; libertad concedida à los meramente sospechosos. Créanse dos partidos, el de los montañeses y el de los termidorianos. Reorganizacion de las comisiones del gobierno. Modificacion ejecutada en las de los revolucionarios. Estado de la hacienda, del comercio y de la agricultura despues del reinado del terror. Acusacion contra los miembros de las antiguas juntas, rechazada por la convencion como calumniosa. Esplosion del almacen de pólvora en Grenelle; exasperacion de los partidos. Cuadro de la situacion de Francia presentado á la convencion. Cuantiosos é importantes decretos acerca de todos los puntos administrativos. Los restos de Marat se colocan en el Panteon en lugar de las cenizas de Mirabeau.

Mucho tardaron en apocarse el esplayamiento jeneral y el arranque de júbilo que produjeron los dias 9 y 10 de termidor. Innumerable jentío que abandonara las provincias para ocultarse en la capital, se metia anhelante en los carruajes públicos para participar à sus familias el trueque venturoso y la libertad suspirada. Deteníanlos à cada paso, y hacíanles repetir mil veces los detalles de tan fausta nueva. Al oirla, restituíanse à sus hogares los que desde mucho los abandonaran, y osaban aparecer à la luz del dia los que permanecieran ocultos en lóbregos subterráneos. Los muchísimos arrestados de que estaban atestadas las prisiones de Francia empezaban à vislumbrar un albor de esperanza, ó por lo menos no temian ya el cadalso.

La voz comun desfiguraba todavía la naturaleza de la revolucion que se habia efectuado; nadie sin embargo se informaba del término à donde se encaminaban en su sistema revolucionario los individuos de la junta de salvacion pública; nadie pretendia saber hasta qué punto terciaria la convencion en sus planes: un solo objeto ocupaba la imajinacion, y era la muerte de Robespierre, cau-

dillo del gobierno, primitivo móvil de los encarcelamientos, de las ejecuciones, de todos los actos de la última tiranía. Quitado de enmedio Robespierre, debia todo variar y tomar nuevo sesgo.

Despues de algun estraordinario acontecimiento, el afan público impone un requisito imprescindible. Al cabo de dos dias dedicados à albricias y parabienes, à oir las esposiciones en que cada cual repetia: «Pereció Catilina, se ha salvado la República;» à recompensar à los valientes, à votar monumentos para inmortalizar el glorioso dia 9, embargó à la asamblea el esmero de ventilar providencias oportunas.

Subsistian aun las comisiones populares planteadas para entresacar los presos, el tribunal revolucionario, aborto de Robespierre, y el estrado de Fouquier-Tinville, aguardando solo que alguien los animase para continuar sus terribilísimos actos. Aun en la sesion del 11 termidor (29 de julio), se pidió y fué decretada la purificacion de las comisiones populares. Llamó Elias Lacoste la atencion sobre el tribunal revolucionario, proponiendo que se le suspendiese interin se reorganizaba bajo otro pié, y se separaban todos los individuos que por entonces lo componian. Adoptóse la proposicion de Lacoste; empero para no retardar el juicio de los cómplices de Robespierre, convínose en que se nombraria en sesion permanente una comision provisional que reemplazase el tribunal revolucionario. En la sesion de la tarde, anunció Barrere (que seguia aun en calidad de informante) una victoria, la entrada de los Franceses en Lieja; y dió en seguida cuenta à la asamblea del estado de los comisionados fallecidos la mayor parte por el furor de la muchedumbre ó por el cadalso. Espiraran la víspera Robespierre, Saint-Just y Couthon. Herault-Sechelles y Danton no existian. Juan-Bon-Saint-André, y Prieur (del Marne) se hallaban en comision. Solo quedaban Carnot, dedicado esclusivamente à la guerra; Prieur (de la Cuesta-de-Oro), encargado de los almacenes de pólvora y armamento; Roberto Lindet, de los de víveres y comercio; Billaud-Varennes y Collot d'Herbois, de la correspondencia con los cuerpos administrativos, y Barrere en fin como informante. Los doce de consiguiente quedaban reducidos à seis. Mas completa subsistia la comision de seguridad jeneral, y bastaba para el cumplimiento de sus incumbencias. Proponia Barrere reemplazar los tres vocales que perecieran la víspera en el cadalso, nombrando otros tantos nuevos, interin se renovaban todos, como estaba prevenido,

para el 20 de cada mes, práctica abandonada solo por el tácito consentimiento que se diera à la dictadura. Era esto abrir campo à importantísimas cuestiones: ¿debian separarse cuantos formaran parte del último gobierno? ¿Debian mudarse no solo los hombres, sino tambien las entidades, modificarse además la forma de las comisiones, tomar precauciones contra su poderoso influjo, poner coto à sus incumbencias, dar en una palabra à la administracion un vuelco absoluto? Tales eran las cuestiones à que daba márjen la proposicion de Barrere. Rechazóse al principio aquel repentino é imperioso método de proceder, proponiendo y nombrando en una misma sesion los miembros de las comisiones. Pidióse que se imprimiesen las listas y se señalase dia para la eleccion de individuos. Algo mas se adelantó Dubois-Crancé, quejándose de que se prolongase tanto la ausencia de los miembros de las comisiones. «Si se hubiese, dijo, reemplazado à Herault-Sechelles; si no se hubiese dejado siempre en comision à Prieur (del Marne) y à Juan-Bon-Saint-André, hubiéramos asegurado nuestra mayoría, y no titubeáramos tanto en acometer à los triunviros.» Demostró en seguida cuánto se maleaban los hombres por el poderío, contrayendo en su logro peligrosísima complacencia. Propuso en consecuencia decretar para en adelante que ningun miembro de las comisiones pudiese ser enviado, y que cada comision seria en su cuarta parte reemplazada todos los meses. Aventuróse mas Cambon, y dijo que era fuerza reorganizar el gobierno entero. Vinculáraselo todo à su albedrío la junta de salvacion pública; y así, aun cuando trabajasen dia y noche sus miembros, no podian bastar à todo, siendo así que las comisiones de hacienda, de lejislacion y de seguridad se veian reducidas à total inexistencia. Hacíase indispensable, pues, un nuevo reparto de potestades, por manera que no se viese abrumada aquella ni reducidas estas al sumo desvalimiento.

Principiada la discusion bajo este aspecto, por precision debia tocarse cuanto hacia relacion con el gobierno revolucionario. Contuvo tan desacertado sesgo Bourdon (del Oise), cuya oposicion al sistema de Robespierre era sabida, en razon de que debia ser una de sus primeras víctimas. Dijo que hasta entonces habian poseido un gobierno atinado y pujante à quien debia la Francia su poderío é inmortales victorias; añadió cuán temible era que se hollase aquella organizacion, que se acrecentasen las esperanzas de los aristócratas, que ya empezaban à revivir, y concluyó aconsejando que

preservándose de toda nueva tiranía, debia con todo modificarse con sumo tino una institucion à la que eran deudores de tan esclarecidos resultados. Tallien sin embargo, el héroe del 9, queria que al menos se apuntasen ciertas cuestiones, y ningun peligro veia en que se decidiesen sobre la marcha. ¿Porqué no se decretaba, por ejemplo, que en su cuarta parte se renovarian todos los meses las juntas? Esta proposicion de Dubois-Crancé, reproducida por Tallien, fué recibida con entusiasmo y adoptada con el alarido de ¡viva la república! A esta disposicion intentó el diputado Delmas que siguiese otra. «Acabais, dijo à la asamblea, de secar la fuente de la ambicion; para acabalar el decreto, pido que no se permita à ningun vocal de las juntas el reingreso en las mismas hasta pasado un mes de su salida.» Recibida como la anterior, fué desde luego adoptada la proposicion de Delmas. Admitidos tales principios, decidióse que una comision presentaria un nuevo plan para la organizacion de las juntas del gobierno.

Elijiéronse al siguiente dia seis miembros para reemplazar en la junta de salvacion pública à los individuos muertos ó ausentes: esta vez sin embargo no fueron confirmados los que presentara Barrere. Nombróse à Tallien en galardon de su denuedo; elijióse en seguida à Breard, Thuriot, y Treilhart, vocales de la primitiva junta de salvacion pública, y por último à los dos diputados Laloi, y Eschasseriaux el mayor, versadísimo en materia de hacienda y economía pública. Efectuáronse asimismo innovaciones en la junta de seguridad jeneral. Clamaron en muchísimos puntos contra David, à quien suponian instrumento de Robespierre, como tambien contra Jagot y Lavicomterie, tildados de atroces inquisidores: la voz jeneral pedia su reemplazo, y se decretó. Para sucederles, y completar de esta suerte la junta de seguridad pública, nombráronse algunos de los campeones que descollaran en el glorioso dia 9; Legendre, Merlin (de Thionville), Goupilleau (de Fontenay), Andrés Dumont, Juan Debry, Bernard (de Saintes). Revocóse en seguida unánimemente la ley del 22 praderal. Clamóse altamente contra el decreto que permitia prender à los diputados sin que los hubiese oido de antemano la convencion; aciaga disposicion que condujo al cadalso à víctimas esclarecidas de doloroso recuerdo, Danton, Camilo Desmoulins, Herault-Sechelles, etc. Reprobóse el decreto. Empero no se trataba únicamente de cohonestar nuevamente à los objetos: mediaban individuos à quie-

nes no podria nunca perdonar el encono público. —«Todo Paris, esclamó Legendre, os está pidiendo con justicia el suplicio para Fouquier-Tinville.» Acojióse esta demanda, y de consiguiente la acusacion de Fouquier. — «Mengua es sentarse al lado de Lebon», dijo otra voz; y todos clavan los ojos en el procónsul que ensangrentara la ciudad de Arras, motivando sus escesos vehementes reclamaciones, aun bajo la tiranía de Robespierre. Decretóse sobre la marcha el arresto de Lebon. Clavóse desde luego la atencion en David, à quien antes escluyeran solo de la junta de seguridad pública, y decretóse asimismo su arresto. Practicóse lo propio con Heron, capataz de los ajentes de la policía que instituyera Robespierre; con el jeneral Rossignol, sobradamente conocido; con Hermann, presidente del tribunal revolucionario antes de Dumas, y que debia à Robespierre el ser prohombre de la junta de los tribunales.

Veíase de esta suerte suspendido el tribunal revolucionario, revocada la ley del 22 praderal, reorganizadas en parte las juntas de salvacion y seguridad pública, y arrestados y perseguidos los principales ajentes de la última dictadura. Despuntaba el carácter de la postrer revolucion, y abríase campo à las esperanzas y à todo jénero de recursos. Los deudos de tantos infelices de que estaban atestadas las cárceles, repetian con alborozo que verian por último los resultados del memorable 9. No osaran, antes de esta dichosa época, abrir los labios, ni al impulso de justísimas razones, temiendo ser el blanco del encono de Fouquier-Tinville, llamar su atencion, y amanecer al siguiente dia encarcelados por haberse interesado en favor de los aristócratas. Volara ya el pavor, y viéronse concurridas las secciones; abandonadas poco antes à los descamisados, pagados à razon de cuarenta sueldos por dia, llenáronse ahora de los infelices que acababan de recobrar la libertad, de los deudos de los encarcelados, de los padres, hermanos ó hijos de las víctimas sacrificadas por el tribunal revolucionario. Animábales à unos el deseo de lograr la libertad de sus hermanos; à otros empero la venganza. Pedíase sin cesar que se abriesen las cárceles à los presos, y para alcanzarlo se encaminaron por último à la convencion misma. Remitiéronse estas demandas à la junta de seguridad pública, encargada de la ejecucion de la ley en lo que miraba à los sospechosos; y sin embargo de que aquella constase aun en parte de individuos que firmaran las órdenes de arresto, era de creer con

todo que el ímpetu de las circunstancias y el poderío moral de los nuevos vocales inclinarian los ánimos à la clemencia. Empezáronse en efecto à soltar un sinnúmero de encarcelados. Algunos de aquellos miembros, Legendre, Merlin y otros, penetraron en los calabozos para oir las reclamaciones, derramando con su presencia y sus promesas entrañable regocijo, interin recibian à todas horas los recursos de los deudos. Corria à cargo de la junta escudriñar si los supuestos sospechosos habian sido presos à tenor de lo dispuesto por la ley del 17 de setiembre, y si así lo espresaban las órdenes de arresto. En realidad, con esto no se hacia mas que dar mejor cumplimiento à dicha ley del 17; empero con practicar esto solo, dábase libertad à millares de presos. Tal fuera en efecto la precipitacion con que procedieran los ajentes revolucionarios, que arrestaban con frecuencia sin señalar motivo, ni notificarlo à los presos. Soltáronse de consiguiente à bandadas, ni mas ni menos que como se encerraran. Menos ruidoso entonces el júbilo, fué sin embargo mas intenso; penetró en el seno de las familias que recobraban un padre, hijo ú hermano que no vieran desde mucho tiempo, y por quien temian el último suplicio. Salian en cuadrillas à la luz del dia los que por sus relaciones ó tibieza política aparecieran sospechosos à los ojos de una autoridad recelosa, como asimismo aquellos para quienes el mas decidido patriotismo no alcanzara à sincerar su sistema de oposicion. Hoche entre ellos, aquel jóven jeneral que, concentrando los ejércitos del Mosa y del Rin, acertó con un movimiento digno de sublimes caudillos, à hacer levantar el sitio de Landau, que, por resistirse al cumplimiento de las órdenes de la junta de salvacion pública, habia sido encarcelado, fué tambien puesto en libertad y restituido à su familia, y al ejército que habia de conducir aun à la victoria. Kilmaine, que yacia en un calabozo por haber salvado el ejército del Norte con su bellísima retirada, abandonando el campo de César en agosto de 1793, fué igualmente declarado libre. La jóven y bellísima dama que tanto predominio ejercia sobre Tallien, y que no cesaba de estimularle desde el calabozo, debióle à él su libertad, y le dió en cambio su mano. Vaciábanse cada dia mas las prisiones, sin que por esto dejase la junta de verse abrumada por nuevos recursos. «La victoria, dijo Barrere, nos ha brindado con una época en que puede la patria ser induljente sin riesgo, y considerar como purgados por el arresto mismo cuantos deslices anteriores hayan po-

dido cometerse. Fallan sin cesar las juntas à vista de las mismas demandas; sin cesar desagravian de yerros é injusticias à miles de particulares; pronto el negro borron de las venganzas desaparecerá de entre nosotros : empero es fuerza decir que el gran flujo de recursos no hace mas que entorpecer los negocios tan útiles para los ciudadanos. No que por esto acriminemos los naturales impulsos de impaciencia en las familias; pero ¿porqué atrasar por medio de injuriosos recursos la encumbrada carrera, el majestuoso vuelo que debe tomar la justicia nacional?»

Efectivamente las demandas de toda especie no dejaban momento de reposo à la comision de seguridad pública. Las mujeres sobre todo, confiando en su influjo, lo esplayaban para lograr actos de clemencia en favor aun de los conocidos por enemigos de la revolucion. Sorprendióse mas de una vez la buena fe de la comision : bajo supuestos nombres se dió libertad à los duques de Aumont y Valentinois, logrando así mismo otros su libertad à favor de iguales ardides. No podian ser fatales las consecuencias en esta parte, puesto que, como dijo Barrere, habia la victoria dado principio à una época en que sin riesgo cabia la clemencia. Mas los rumores que empezaron á correr de que se iba dando libertad à los aristócratas podia bien dispertar la aletargada desconfianza revolucionaria, destruyendo de esta suerte la especie de alianza con que era jeneralmente recibida toda providencia suave y pacífica.

Comenzaron à conmoverse y atumultuarse las secciones. No era dable ciertamente que los deudos de los presos, ó de las víctimas, que los sospechosos à quienes se diera libertad, que todos en fin los que antes habian sido blanco de la injusticia, se contentasen con pedir un desagravio, orillando todo impulso de venganza: abrigaban la mayor parte reconcentrada saña contra las juntas revolucionarias, y manifestaban altamente sus opiniones. Deseaban reorganizarlas, abolirlas, si posible fuese; y esto dió márjen en la capital à varias turbulencias. La sesion de Montreuil delató los actos arbitrarios de su junta revolucionaria; la del Panteon francés declaró que su junta perdiera la confianza pública; la del Contrato social asimismo tomó severas providencias contra la suya, y nombró algunos individuos para que interviniesen en los asuntos que à aquella competian.

Natural reaccion era esta de la clase moderada, reducida desde mucho tiempo à la mudez del pavor por los inquisidores de las

juntas; pero tales vaivenes no podian menos de llamar la atencion de la Montaña.

No pereciera esta con Robespierre, antes le sobrevivió; y algunos de sus individuos permanecian todavía entrañablemente convencidos de la honradez y lealtad del tirano, no creyéndole capaz de una usurpacion: mirábanle como víctima de los amigos de Danton y del partido estragado, à quien no habia podido aniquilar enteramente. Poquísimos eran no obstante los que tal creian, puesto que la mayor parte de los montañeses, republicanos por convencimiento y descerrajados, viendo con horror todo proyecto de soberanía, tomaran parte en los sucesos del 9 termidor, no tanto para derrocar un réjimen sanguinario, como para herir de muerte al asomante Cromwell. Creian sin duda que era inicua la justicia revolucionaria conforme la plantearan Robespierre, Saint-Just, Couthon, Dumas y Fouquier; mas no por esto querian que amainase el teson del gobierno, ni pensaban en que pudiese darse cuartel à los aristócratas. Eran la mayor parte pundonorosos ciudadanos que no aspiraban à la dictadura ni deseaban sostenerla; pero eran al propio tiempo recelosos revolucionarios que de ningun modo consentirian en que el 9 termidor enjendrase una reaccion favorable à otros parciales. Entre algunos de sus compañeros que se reunieran para derribar la dictadura, miraban con desconfianza à varios que tenian nota de fementidos, amigos de Chabot, de Fabre d'Eglantine, de los individuos en una palabra del bando ajiotista y estragado. Suministraron su auxilio contra Robespierre, pero íbanles à declarar guerra abierta à la menor muestra, al menor amago que hiciesen para destroncar la pujanza revolucionaria, ó para ladear los últimos vaivenes à favor de cualquiera de las facciones que hervian en Francia. Viérase Danton tildado de cohecho, de federalista, de orleanista y de realista: ni era de estrañar por lo mismo que se fraguasen contra sus victoriosos amigos iguales asechanzas. Por lo demás, el palenque en esta parte estaba cerrado todavía, pero iban tomando cuerpo la zozobra y el recelo à vista de las libertades concedidas y del clamor jeneral contra el sistema revolucionario.

Los verdaderos héroes del 9 termidor, en número de quince ó veinte, Legendre entre ellos, Freron, Tallien, Merlin (de Thionville), Barras, Turiot, Bourdon (del Oise), Dubois-Crancé, Lecointre (de Versalles), opinaban al par de sus compañeros contra

los realistas y contra-revolucionarios: movidos sin embargo por el comun peligro, y embriagados en el ardor de la contienda, declaráronse contra las leyes hijas de la revolucion. Poseian por otra parte en alto grado aquella propension à la mansedumbre que perdiera à sus amigos Danton y Desmoulins. Ceñidos por todas partes, vitoreados sin cesar, podia decirse que la fuerza misma de las circunstancias los arrollaba al rumbo de la clemencia mucho más que à sus compañeros de la Montaña. ¿No era tambien muy posible que hiciesen muchos de ellos un sacrificio à su nueva situacion? Enjugar las lágrimas de los desgraciados, recibir los acatamientos de la gratitud entrañable, tender un velo sobre los pasados padecimientos, eran arranques adecuados à todo pecho caballeroso. Los que recelaban de sus finezas, como los que todo lo esperaban de los mismos, los llamaban ya los «termidorianos.»

Con frecuencia las libertades concedidas daban márjen à reñidos altercados. En vista, por ejemplo, de lo que esponia un diputado que decia conocer à un individuo de su departamento, decretaba la junta su soltura, y à poco, otro diputado del mismo departamento se quejaba de la providencia, afirmando ser un aristócrata el agraciado. Tales reyertas y el presentarse además en estremo gozosos varios individuos conceptuados enemigos de la revolucion, hicieron que se acordase una disposicion à la que por de pronto no se dió gran importancia. Decidióse que se imprimiese una lista de los que fueran declarados libres por órden de la junta de seguridad pública, apuntando al márjen de cada nombre los de los sujetos que hubiesen reclamado por él respondiendo de sus principios.

Produjo esta providencia sumo desabrimiento, puesto que, teniendo aun à la vista varios ciudadanos el horroroso cuadro de la opresion pasada, aterrábanse al ver estampados sus nombres donde para en adelante pudiesen servir, para ensayar nuevas persecuciones, à los terroristas que acaso volviesen à tomar las riendas del gobierno. A muchos que reclamaran y obtuvieran soltura, pesóles en el alma, y otros se contuvieron cuando iban à practicarlo. Quejáronse amargamente las secciones de providencias tales que empañaban la confianza y el alborozo público, y pidióse en consecuencia su revocacion.

El 26 termidor tratóse en la asamblea de las desavenencias reinantes en las secciones de Paris. La de Montreuil acababa de de

latar à su junta revolucionaria, y contestósele que debia acudir à la junta de seguridad pública. Duhem, diputado por Lila, y que ninguna parte tuvo en los actos de la última dictadura, amigo sin embargo de Billaud, partícipe de sus opiniones y entrañablemente convencido de que de ningun modo debia quebrantarse el denuedo revolucionario, declamó altamente contra la aristocracia y el moderantismo que, en su concepto, erguian ya descocadamente sus cervices, creyendo que el 9 termidor era símbolo de su triunfo. Baudot y Taillefer, que hicieran tenaz oposicion al réjimen de Robespierre, montañeses arrestados como Duhem, sostuvieron, à la par que Vadier, famoso individuo de la antigua junta de seguridad pública, que la aristocracia hacia ya sus amagos, y que por precision el gobierno siempre justo debia sin embargo ser inflexible. Granet, diputado por Marsella, é individuo de la Montaña, hizo una proposicion que no dejó de acalorar à la asamblea. Pidió que los sueltos sin fianza, fuesen de nuevo encarcelados. Impugnáronle con brio Bourdon, Lecointre, y Merlin (de Thionville). Escediéronse, como sucede en tales discusiones, y de las listas pasóse à la situacion política, embistiéndose mutua y reciamente por los intentos que unos à otros se suponian. « Ya es hora, esclamó Merlin (de Thionville), de que todas las facciones se desvien de las huellas de Robespierre. Nada debemos hacer à medias; fuerza es confesarlo, la convencion no ha tenido un arranque arrollador desde el memorable dia 9. Si hemos permitido que se sentasen entre nosotros algunos tiranos, impónganse silencio por lo menos. » Vehementes aplausos interrumpieron à Merlin, asestados la mayor parte contra Vadier, que tomara la voz para acriminar à las secciones. « La junta, dijo Legendre, no ignora que ha sido sorprendida dando libertad à algunos aristócratas, pero no son muchos estos, y pronto quedarán encarcelados de nuevo. ¿Porqué nos hemos de sindicar mutuamente? ¿Porqué nos hemos de mirar como enemigos, cuando están rozándose nuestras opiniones? Enfrenémonos à nosotros mismos, si queremos afianzar y aun acelerar la grandiosa marcha de la revolucion. Ciudadanos, pido que se anule la ley del 23, que manda la impresion de las listas. Esta ley ha acibarado el regocijo público helando los corazones. » Habla en seguida Tallien, y se le oye con sumo silencio, como à uno de los mas afamados termidorianos. « De algunos dias à esta parte, dice, ven con pesar todos los buenos ciudadanos que alguien trata de

desaveniros, y de atizar el fuego de las venganzas que debian sepultarse con Robespierre en su tumba. Al entrar en la asamblea, se me ha entregado un billete en que me anuncian que iban en esta sesion à ser tildados varios individuos. Indudablemente son los enemigos de la república quienes tales rumores derraman; guardémonos de apoyarlos con nuestras divisiones.» Interrúmpenle los aplausos: «Secuaces de Robespierre, esclama, no espereis ningun triunfo; la convencion ha resuelto perecer antes que sufrir otra tiranía. La convencion quiere un gobierno inflexible, empero justo. Puede que acerca de la conducta de algunos individuos presos se hayan engañado varios patriotas: todos sabemos hasta qué punto llega la infalibilidad humana. Nómbrense sin embargo los individuos à quienes se ha dado libertad injustamente, y pronto se les verá de nuevo encarcelados. Por mi parte, dígolo con toda mi alma; prefiero ver hoy dia en libertad à veinte aristócratas que caerán mañana en la red, à que jima un solo patriota entre cadenas. ¡Y qué! ¿con un millon y doscientos mil ciudadanos armados, temerá la república à algunos miserables aristócratas?.... No por cierto; es en estremo poderosa, y descubrirá sin duda y herirá de muerte à todos sus enemigos.»

Interrumpido repetidamente el orador por los mas estrepitosos aplausos, recíbelos aun mas recios al concluir su discurso. Despues de aquellos debates jenerales, trátase de la ley del 23, y de la nueva disposicion que propusiera Granet. Afirman los partidarios de la ley que de ningun modo deben temerse las consecuencias de un acto patriótico que solo se cifra en reclamar à un ciudadano arrestado. Los de opuesta opinion, por el contrario, sostienen que nada puede haber mas peligroso que las listas; que las de los veinte mil y ocho mil han dado márjen à continuas turbulencias; que vivian aterrados todos cuantos en ellas se miraban comprendidos, y que si bien no amenazase ninguna nueva tiranía, eran las nuevas listas bastantes para alterar el sosiego de los desventurados. Transíjese por último. Propone Bourdon imprimir en las listas los nombres de los sueltos, sin añadir el de los que solicitaron su libertad ó respondieron de sus doctrinas. Apruébase esta proposicion: pero Tallien, no satisfecho todavía, asoma en la tribuna. «Ya que habeis decretado, dice, que se impriman las listas de todos aquellos à quienes se ha dado libertad, no podeis negaros à publicar la de los ciudadanos que los hicieron encarcelar. Justísimo es tambien

que sean conocidos los que delataban à los patriotas.» Sorprendida al improviso la asamblea, encuentra muy puesta en órden la proposicion de Tallien, y decrétala en seguida. A poco no obstante, reflexiónanlo muchos miembros de la asamblea. «He ahí, esclaman, una lista de opuesto carácter que la anterior; es la guerra civil. ¡Es la guerra civil!» repiten muchísimos individuos à un tiempo. «Sí, esclama Tallien subiendo de nuevo à la tribuna; sí, es la guerra civil: como vosotros opino. Ambos decretos carearán dos especies de hombres que no podrán perdonarse nunca. Solo quise, proponiéndoos el último, haceros palpar los inconvenientes del primero; y propóngoos en este momento anularlos entrambos.» — «Sí, *sí*,» óyese por donde quiera, «que se anulen.» Hasta el mismo Amar lo solicita, y quedan anulados los decretos. Ya no se trata de consiguiente de listas, merced al despejo y arrojo de Tallien.

Recobraron con esta sesion la seguridad que perdieran antes millares de individuos; empero púdose claramente echar de ver que las pasiones no se habian amortiguado, y que seguirian interminablemente las contiendas. Todos los bandos habian sucesivamente padecido, y perdieran sus caudillos mas esclarecidos; los realistas en épocas distintas; los jirondinos el 31 de mayo; los dantonistas en jerminal; y los montañeses disparados el 9 termidor. Mas si habian fenecido los prohombres, subsistian todavía los partidos, en razon de que no perecen estos à impulsos de un solo golpe, y arremolínanse aun largo tiempo despues de la muerte de sus corifeos. Iban pues hoy dia à batallar tras el timon de la revolucion, reentablando su trabajosa y ensangrentada empresa. Era ciertamente indispensable que los ánimos que se encumbraran, à vista del comun peligro, al mayor auje de acaloramiento, volviesen progresivamente al punto céntrico del que declinaran; pero mientras se efectuaba este vuelco, debia la potestad ir pasando de mano en mano, ofreciendo aquellas contiendas, abortos de las pasiones, de la autoridad y de los diversos sistemas.

En seguida de estos primeros afanes absolutamente reclamados indispensables para el desagravio de padecimientos, emprendió la asamblea la organizacion de las juntas y del gobierno provisional, que debia, como nadie ignora, rejir la Francia hasta la paz jeneral. Se ha visto ya que al apuntar en la primera discusion la junta de salvacion pública, elijiéronse varios individuos encargados de presentar un nuevo plan. Urjia la tarea, y practicóse así en la con-

vencion desde los primeros dias de fructidor. Fundábase entre dos sistemas y opuestos escollos: la zozobra de apocar la autoridad encargada de la marcha de la revolucion y el camino de reincidir en una nueva tiranía. Propio es de los hombres temer los peligros cuando pasaron ya, y tomar precauciones contra aquello que no puede ya sobrevenir. La tiranía de la última junta de salvacion pública procedia de las necesidades de una situacion estraordinaria, y descollara en medio de obstáculos grandes y distintos. Ofreciéranse algunos hombres à hacer lo que toda una asamblea no pudo, ni supo, ni osó principiar; en medio de tan inauditos afanes durante quince meses, ni tiempo les quedara para motivar, ni dar conocimiento de sus operaciones à la asamblea mas que de un modo muy jeneral y escaso; pudo decirse que ni para deliberar en consejo les sobraba una hora, por manera que cada cual era árbitro en cuanto corria à su cargo. Como las circunstancias aun mas que la ambicion les hubiesen dado pleno poderío, casi por necesidad habian sido dictadores. En el dia sin embargo, cuando la posicion política habia variado, cuando habia volado el trance, no podia constituirse tamaña potestad, en razon de las circunstancias: era ridículo por lo mismo armarse contra tan quimérico enemigo; y si se hacia por prudencia, mediaba gravísimo inconveniente, tal como el de destroncar la autoridad defraudándola de su denuedo. Un millon y doscientos mil hombres se habian armado, alimentado, equipado y conducido à las fronteras; debian conservarse y dirijirse, y requeria este esmero admirable aplicacion, peregrina capacidad y cabal desempeño.

Sancionárase ya el principio del reemplazo de la cuarta parte de los comisionados por mes, acordándose además que los salientes no podian entrar de nuevo hasta pasado un mes de su reemplazo: y estas dos condiciones, atajando toda nueva dictadura, cerraban tambien el paso à toda administracion ejecutiva. Imposibilitábase tambien toda aplicacion constante, todo objeto determinado, toda reserva, à aquel ministerio tan repetidamente renovado. Con tamaña organizacion, apenas un vocal se encontraba al corriente de los asuntos, cuando debia ya abandonar su puesto; y si algun injenio descollaba, como el de Carnot para la guerra, el de Prieur (de la Cuesta-de-Oro) y de Roberto Lindet para la administracion, y el de Cambon para la hacienda, defraudábase al estado al sobrevenir el plazo; y debia ser así, puesto que la ausencia aun de un

solo mes, como lo requeria la ley, anonadaba las ventajas de una reeleccion posterior.

Empero la reeleccion lo exijia, y era fuerza conformarse, en razon de que à una estremada concentracion de poderío debia suceder un esplayamiento tambien estremado y no menos peligroso. La antigua junta de salvacion pública, encargada con amplias facultades de cuanto interesaba al estado, tenia derecho de requerir de las demás juntas la cuenta de sus operaciones; competiéndole de esta suerte todo cuanto podia llamarse esencial entre las facultades de las demás. Para estorbar en adelante tamaño hacinamiento, deslindó la nueva organizacion las incumbencias de las juntas, constituyéndolas mutuamente independientes. Creáronse diez y seis:

1ª. Junta de salvacion pública;
2ª. Junta de seguridad jeneral;
3ª. Junta de hacienda;
4ª. Junta de lejislacion;
5ª. Junta de instruccion pública;
6ª. Junta de agricultura y artes;
7ª. Junta de comercio y abastos;
8ª. Junta de trabajos públicos;
9ª. Junta de acarreos por la posta;
10ª. Junta militar;
11ª. Junta de marina y colonias;
12ª. Junta de auxilios públicos;
13ª. Junta de division;
14ª. Junta de archivos y juicios verbales;
15ª. Junta de peticiones, correspondencias y despachos.
16ª. Junta de inspectores del palacio nacional.

La de salvacion pública se componia de doce individuos; conservaba la direccion de las operaciones militares y de la diplomacia; corrian así mismo à su cargo la quinta y el armamento del ejército, la eleccion de jenerales, los planes de campaña, etc.; pero no se estendian à mas sus alcances. La de seguridad jeneral, compuesta de diez y seis miembros, reunia la policía; la de hacienda, compuesta de cuarenta y ocho, tenia à su cargo la inspeccion de los ingresos, del erario, monedas, asignados etc. Las juntas podian reunirse para despejar cuanto fuese objeto comun de sus tareas: y por tanto la absoluta autoridad de la antigua junta

de salvacion jeneral se veia reemplazada por cien autoridades competidoras, espuestas à cada paso à rozarse y empantanar mutuamente su marcha. Tal fué la nueva organizacion de gobierno.

Efectuábanse al propio tiempo otras reformas no menos urjentes. Las juntas revolucionarias establecidas en escasillas aldeas, con encargo de plantear y ejercer la inquisicion mas alevosa, eran las mas odiosas entre las instituciones atribuidas à Robespierre y sus secuaces. Con el objeto de coartarlas y orillar en cuanto se pudiese sus apuntes, redujéronse dichas juntas à una por distrito, con la sola escepcion de que debian establecerse tambien en toda poblacion que contase ocho mil almas de vecindario, aunque no fuese cabeza de partido. Fueron reducidas à doce las cuarenta y ocho que habia en Paris. Estas juntillas ó comisiones debian componerse de doce individuos; y para tener efecto cualquier providencia suya debian firmarla tres de ellos, y siete, si era una órden de arresto. Ni mas ni menos que las juntas de gobierno, debian renovarse todos los meses en su cuarta parte. Decidióse à mas que solo de diez en diez dias podrian celebrar las secciones sus asambleas, cesando la costumbre de recibir los ciudadanos que à ellas asistiesen cuarenta sueldos (ocho reales) por sesion. Era esto ciertamente estrechar el ámbito de los asonadores, escaseando las juntas populares, y no dando sobre todo retribucion alguna por su asistencia à las clases ínfimas: era asimismo cercenar de un tajo un abuso harto introducido en Paris, puesto que se pagaba à razon de mil doscientos miembros presentes, siendo así que en realidad solo se hubieran contado trescientos. Respondian los presentes por los ausentes, y rendíanse alternativamente esta fineza. Así fué como aquella comitiva jornalera, vendida à Robespierre, fué devuelta à sus talleres dejándola sin sueldo.

La mas importante providencia tomada por la convencion fué seguramente la de acrisolar los individuos que componian las autoridades concejiles, las juntas revolucionarias, ayuntamientos, etc. Allí, como hemos dicho, se encontraban los revolucionarios mas disparados, haciendo lo que Robespierre, Saint-Just y Couthon en Paris, y abusando de sus facultades con el tosco procedimiento de las autoridades inferiores. El decreto del gobierno revolucionario que suspendiera la constitucion hasta la paz, prohibia asimismo toda especie de elecciones, con el objeto de evitar turbulencias y concentrar el poderío en algunas manos. Impelida por mo-

tivos equivalentes, la convencion, para no dar márjen à zambras entre jacobinos y aristócratas, no anuló aquel decreto, antes se esmeró en su observancia, interin confiaba à los representantes que se hallaban en las provincias, el acendramiento de todas las administraciones de la Francia. Era sin duda este medio el mas conducente para afianzarse la eleccion y direccion de las autoridades concejiles, como igualmente para evitar que se rozasen y oprimiesen unos á otros los dos bandos. El tribunal revolucionario, en fin, suspendido poco antes, volvió al ejercicio de sus funciones; aun no se habian nombrado todos los jueces y jurados, pero los que se hallaron reunidos entraron sobre la marcha en el cumplimiento de sus deberes, debiendo juzgar segun las leyes vijentes antes de la del 22 praderal. Temibles eran aun y recias aquellas leyes; mas los sujetos elejidos para aplicarlas, y el modo como saben doblegarse los ajentes subalternos á merced del superior, aseguraban que no se incurriria de nuevo en las pasadas crueldades.

Ejecutáronse todas estas reformas desde el 1° al 15 fructidor (fines de agosto). Faltaba solo establecer una institucion importantísima; tal era la libertad de imprenta. Ninguna ley le imponia trabas, antes por el contrario, disfrutaba total ensanche en la tabla de derechos; y con todo eso veíase proscrita de hecho en el reinado del pavor. ¿Cómo hubiera osado nadie publicar sus pensamientos, cuando una sola palabra podia acarrear la muerte? La desgraciada suerte de Camilo Desmoulins es suficiente prueba del estado en que se hallaba entonces la libertad de imprenta. Durand-Maillane, ex-constituyente, apocado de suyo, y que no se atreviera á abrir los labios durante las tormentas de la convencion, pidió que de nuevo fuese solemnemente afianzado aquel derecho. «Nunca hemos podido, dijo este escelente ciudadano à sus compañeros, hacer oir nuestra voz en este recinto, sin esponernos á mil amenazas é insultos. Si os place admitir nuestros consejos en las discusiones que en adelante se entablen; si quereis que con nuestras luces podamos contribuir à los afanes comunes, es indispensable que deis nuevas seguridades à cuantos intenten hablar ó escribir.»

Pocos dias despues, Freron, amigo y compañero de Barras, cuando se encaminó este en comision à Tolon, íntimo de Danton y de Camilo Desmoulins, y acérrimo enemigo, despues de su muerte, de la junta de salvacion pública, apoyó la proposicion de Durand-Maillane, y pidió asimismo la libertad absoluta de imprenta. Anduvie-

ron discordes las opiniones. Cuantos se vieran oprimidos durante la última dictadura, y querian por lo mismo dar anchurosamente su dictámen en todo, cuantos se hallaban dispuestos à contrarestar la revolucion, pedian una declaracion terminante ó resguardo para poder hablar y escribir con libertad indefinida. Empero los montañeses, que preveian el uso que varios estaban en ánimo de hacer de aquella libertad, y que columbraban además un cúmulo de acusaciones que por precision debian asestarse contra todos los empleados anteriores; otros en fin que, sin personales recelos, veian el arma peligrosa que iba à ponerse en manos de los contra-revolucionarios, ya sobradamente engreidos, se oponian à aquella declaracion espresa. Señalaban por razon que en la tabla de derechos hallábase ya estampada, siendo de consiguiente inútil hacerlo de nuevo, puesto que era repetir lo reconocido, si ya no se aspiraba à ilimitar aquella libertad, lo que fuera ciertamente una imprudencia. «¿Luego quereis, esclamaron Cambon y Bourdon (del Oise), dar libre campo à los realistas para imprimir todo cuanto les plazca contra la institucion de la república?» Todas estas proposiciones fueron remitidas à sus competentes comisiones, à fin de que escudriñasen si habia ó no lugar para hacer una nueva declaracion.

Así fué como el gobierno provisional, que debia rejir la revolucion hasta la paz, se hallaba completamente modificado despues de las nuevas disposiciones de jenerosidad y clemencia que se manifestaban desde los acontecimientos del 9 termidor. Veíanse reorganizadas y acrisoladas las juntas de gobierno, las administraciones concejiles y el tribunal revolucionario, y declarada la libertad de imprenta, anunciando todo un nuevo rumbo.

Poco tardaron en verse los efectos de estas reformas. Formaran hasta entonces parte del gobierno los revolucionarios mas descerrajados; ocupaban las juntas, mandaban en la convencion, dominaban en los Jacobinos, intervenian en las administraciones municipales y juntas revolucionarias que hervian por toda la república: de golpe empero halláronse separados del gobierno, no quedándoles mas arbitrio que el de hostilizarle con su oposicion.

En la noche del 9 al 10 termidor, suspendiérase à los jacobinos. Legendre habia cerrado su sociedad y depositado las llaves en el bufete de la convencion. Las llaves fueron devueltas, permitiéndose à la sociedad que se reconstituyese con tal de que de antemano se acrisolase. Elijiéronse quince entre sus individuos mas antiguos

para que escudriñasen la conducta que en la noche del 9 al 10 termidor guardaran los demás socios; solo debian admitir à los que anduvieran reunidos en los sitios que como à ciudadanos les tocaban, mas no à los que desde su sociedad conspiraran en aquel momento contra la convencion. Fueron admitidos, interin se verificaba dicha purificacion, los individuos mas antiguos solo como miembros provisionales. Dióse principio à aquella especie de apuramiento. Ardua hubiera sido una informacion acerca de cada individuo, y pasóseles por lo mismo con un interrogatorio, juzgándolos segun eran sus respuestas, y ya puede presumirse cuánta induljencia reinaria, en razon de que eran los jacobinos mismos quienes mutuamente se sentenciaban. En pocos dias se reinstalaron mas de seiscientos miembros, bastando para ello la mera declaracion de que en la célebre noche se encontraban en el sitio que por deber les correspondia. No tardó mucho en ponerse la sociedad en el mismo pié que antes, contando con todos los individuos partidarios de Robespierre, de Saint-Just y Couthon, à quienes miraban como mártires de la libertad y víctimas de la contra-revolucion. Junto à aquella sociedad madre, descollaba todavía aquel famoso cuerpo electoral, al cual se retiraban cuantos debian hacer proposiciones que sonaran mal en boca de los jacobinos, y donde se tramaran los sucesos mas formidables de la revolucion. Moraba continuamente en el palacio episcopal, y componíase de los antiguos franciscanos, de los mas violentos jacobinos y de los sujetos mas comprometidos durante el terrorismo. Esta sociedad y la jacobina debian naturalmente ser el asilo de aquellos empleados à quienes la purificacion dejase sin destino: y así se efectuó. Los jurados y jueces del tribunal revolucionario, los miembros de las cuarenta y ocho juntas, en número de unos cuatrocientos, los ajentes de la policía secreta de Saint-Just y de Robespierre, los mandarines de las juntas capitaneados por el célebre Heron, los comisionados de diferentes administraciones, en una palabra, todos los apeados se incorporaron con los jacobinos y la sociedad electoral. Bien que fuesen anteriormente alistados ó que de nuevo se recibiesen consocios, es positivo que en el seno de sus cofrades iban à desentrañar sus quejas y pesadumbres. Zozobrosos y aprensivos por su seguridad, y temiendo la venganza de cuantos persiguieran, pesárales además haber perdido sus lucrativos empleos, y mas à los individuos de las juntas revolucionarias, que, fuera de sus sueldos, contaban con toda especie de robos.

Una reunion compuesta de tales individuos creaba un partido violento y tenaz, que à su natural acaloramiento unia el dolor entrañable de la pérdida de sus intereses. Lo que decimos de Paris pasaba asimismo en toda la Francia. Los vocales de ayuntamientos, de las juntas revolucionarias y direcciones de distrito, se acuadrillaban en las sociedades hijas de la sociedad madre, y allí esponian sus agravios, sus zozobras y venganzas. Contaban por partidario toda la plebe defraudada como ellos de sus haberes desde que ya no recibia los cuarenta sueldos por asistir à las asambleas de las secciones.

En odio de este partido, y para contrastarlo, iba brotando otro que no hacia mas que revivir. Contaba en su regazo à cuantos sufrieran ó callaran durante el terror, y que entonces creian era llegado el momento de alzar la frente y timonear en la revolucion. Hase visto ya que, con motivo de la soltura, dejábanse ver en las secciones los deudos de los presos ó de las víctimas, desalándose para que se abriesen las cárceles ó para delatar y perseguir à las juntas revolucionarias. El nuevo rumbo de la convencion y las empezadas reformas aumentaron las esperanzas y el valor de estos opositores. Pertenecian à cuantas clases y estados se vieran oprimidos, al comercio sobre todo, à la clase hacendada y à aquel tercer estado laborioso, opulento y moderado, monárquico y constitucional con los constituyentes, y republicano con los jirondinos, y que sufriera mortal golpe desde el 31 de mayo, viéndose espuesto à toda suerte de persecuciones. Ocultábanse con todo entre ellos los escasísimos residuos de una nobleza que no osaba todavía quejarse de su abatimiento, mas sí de la violacion de los derechos de la humanidad; y así mismo algunos partidarios realistas, ajentes de la antigua dinastía, que no cesaban de atravesar tropiezos à la revolucion, alistándose en todas las oposiciones bajo cualquier sistema ó carácter que despuntasen. Y eran por lo comun los jóvenes de estas diversas clases quienes se declaraban con mas arrojo y travesura, en razon de que es la juventud la que descuella contra todo réjimen opresivo. Llenaban las secciones, el Palacio-Real, y los lugares públicos, manifestando altamente su opinion contra los llamados terroristas. Alegaban poderosos motivos; pues ó eran perseguidas sus familias, ó temian nuevas persecuciones, si preponderaba otra vez el terrorismo; y juraban todos una oposicion tenaz é incontrastable. Empero lo que entre muchos de ellos motivaba sus arranques era la requisicion, de la que muchos se retraian, mien-

tras otros abandonaran el ejército desde que supieron los sucesos del 9 termidor. Uníanse à ellos los escritores perseguidos durante la última época, prontos asimismo como la juventud à tomar parte en las oposiciones; y cuajaban ya los diarios y folletos con catilinarias disparadas contra el réjimen del terror.

Descollaron sin zozobra ni rebozo entrambos partidos acerca de las modificaciones hechas por la convencion en el réjimen revolucionario. Declamaron los jacobinos y paniaguados contra la aristocracia; quejáronse de la junta de seguridad jeneral que abria la cárcel à los contra-revolucionarios, y de la prensa de la cual se abusaba contra los que salvaran la Francia : pero la que les heria en lo mas íntimo era la purificacion jeneral de todas las autoridades. Ni se quejaban peculiarmente de que se hubiese desempleado à tal ó cual individuo, porque hubiera sido esto confesar motivos harto personales y rastreros, pero sí clamaban contra la reeleccion, defendiendo que era el pueblo à quien competia elejir sus majistrados; que el hacer nombrar por los diputados en comision à los vocales de ayuntamientos, distritos y juntas revolucionarias, era una usurpacion manifiesta; que reducir las secciones à una por década, era atropellar el derecho que competia à los ciudadanos de reunirse para deliberar acerca de los negocios públicos. Tales quejas iban en contradiccion con el principio del gobierno revolucionario que vedaba toda eleccion hasta una paz definitiva; los bandos sin embargo no temen contradecirse cuando así les conviene à sus intereses; y constábales à los revolucionarios que una eleccion popular les hubiera devuelto los perdidos empleos.

Los vecinos en las secciones, la juventud en el Palacio-Real y en los lugares públicos, y los escritores en los periódicos, pedian altamente el ilimitado uso de la prensa, quejándose de ver todavía en las administraciones y actuales juntas à varios ajentes de la antigua dictadura; osaban ya hacer peticiones contra los representantes que ejecutaran ciertos encargos : ningun servicio querian reconocer, y hasta empezaban à vilipendiar la convencion misma. Tallien, en calidad de caudillo de los termidorianos, se miraba como responsable del nuevo rumbo de los negocios, y pugnaba por que siguiese denodada sin doblegarse al uno ni al otro lado. En un discurso salpicado de sutilezas y sofisterías para deslindar el terrorismo y el gobierno revolucionario, queriendo demostrar que sin recurrir á una crueldad sistemática, se requeria

con todo suma pujanza, propuso Tallien que se declarase que rejia aun el gobierno revolucionario, y que de consiguiente no debian las juntas primarias convocarse para las elecciones; pidiendo al mismo tiempo que en adelante se tuviesen por proscritos todos los medios pavorosos, y declarando por tales las persecuciones asestadas contra los escritores que libremente hubiesen dado à luz sus pensamientos.

Estas proposiciones, que prescindian de toda providencia, y que debian solo considerarse como una profesion de fe de los termidorianos colocados entre los dos opuestos bandos, sin declinar à ningun lado, se remitieron à las tres juntas de salvacion pública, seguridad jeneral y lejislacion, segun así se acostumbraba.

Tales disposiciones no obstante no eran adecuadas, para aplacar ímpetus encontrados; así es que siguieron disparados é incorrejibles. Pero lo que mas contribuia à aumentar el desasosiego público, multiplicando las quejas y acusaciones, era la situacion económica de la Francia, mas deplorable si cabe en este momento que en ninguna otra época de las mas calamitosas para la revolucion.

A pesar de las victorias conseguidas por la república, esperimentaran los asignados una fuerte baja, y no eran estimados por el comercio mas que en la octava ó sexta parte de su valor; lo que ciertamente hacia muy temibles los cambios y constituia el máximo de todo punto injusto é imposible. No era por cierto la desconfianza la que influia en esta baja, en razon de que la existencia de la república era ya un axioma; debia mas bien atribuirse à la nueva y escesiva creacion de aquel papel moneda. Los impuestos, trabajosamente recaudados por su medio, llegaban apenas al cuarto ú quinto de lo que espendia todos los meses la república por gastos estraordinarios de la guerra; y hacíase indispensable suplir la falta con nuevos derrames. Así fué que la cantidad de asignados en circulacion que, à favor de diferentes combinaciones, se creia poder reducir à menos de dos millares de cuentos, habia subido por el contrario desde el año anterior à cuatro bicuentos y seiscientos millones.

Hermanábanse con este escesivo hacinamiento de papel-moneda y su consiguiente menosprecio, todas las calamidades hijas de la guerra ó de las estraordinarias providencias que requirieran las circunstancias. Recordarán nuestros lectores que para establecer

una correlacion necesaria entre el valor nominal de los asignados y las mercancías, sancionóse la ley del máximo, que señalaba el precio de todos los renglones, y estorbaba à los negociantes aumentarlo à proporcion de la baja del papel; à estas disposiciones, segun se vió, siguiéronse las requisiciones, que daban à los representantes ó ajentes de la administracion la facultad de pedir cuanto necesitasen el ejército ú concejos, y de pagarlo en asignados segun el arancel de la tasa. Estas providencias salvaran la Francia, mas no sin estraordinarios vaivenes en la circulacion y en los cambios. Hase visto ya cuáles eran los principales inconvenientes del máximo; creábanse dos mercados, público el uno, en que se enseñaba lo menos y de peor calidad; y clandestino el otro, en que se vendia por metálico sonante y à precio convenido lo mas y mejor; ocultábanse esmeradamente los jéneros, para burlar la vijilancia de los ajentes encargados de la requisicion; dábase en fin márjen à disensiones y al decaimiento de la industria, en razon de que no se pagaba por las manufacturas ni el gasto siquiera de su produccion. Estos tres gravísimos inconvenientes habian ido sucesivamente à mas. Estableciéranse por donde quiera dos especies de comercio, público y escasísimo el uno, y secreto y usurario el otro. Encontrábanse dos calidades de pan, carne y demás comestibles, la una para los ricos que podian pagar en dinero y esceder la tasa, y para los pobres la otra, para los trabajadores y pensionados que no podian dar mas que el valor nominal del asignado. Los arrendadores se avezaban cada dia mas à retraer sus jéneros; hacian falsas declaraciones; no trillaban el trigo socolor de falta de brazos, falta verdaderamente cierta, puesto que la guerra habia consumido mas de un millon y quinientos mil hombres; y alegaban por último la mala cosecha, que efectivamente no fuera tan favorable à principios del año, cuando en la festividad del Sér supremo se daban gracias al cielo por las victorias conseguidas y el buen aspecto de los campos. Por lo que toca à los fabricantes, habian suspendido enteramente sus trabajos. Hase visto ya que, el año anterior, para no ser injusta la ley con los mercaderes, debió tocar tambien à aquellos, fijando el precio de las mercaderías en la misma fábrica, y cargando sobre él los gastos de acarreo; esta ley sin embargo vino luego à ser injusta como la anterior. Cargada la primera materia con el jeneral aumento, ya no les cupo arbitrio à los fabricantes para salir gananciosos, cesando de consiguiente las faenas.

Lo propio les sucedia à los comerciantes. El flete, por ejemplo, de las mercancías de la India se habia aumentado en la proporcion de 150 à 400; y los seguros de 5 y 6 por ciento à 50 y 60. No podian de consiguiente vender los productos al precio fijado por el máximo, é interrumpíase el tráfico de las espediciones. Observamos ya en otro lugar que, fijando un precio, debian fijarse todos, intento absolutamente inasequible.

El tiempo demostrara todavía otros inconvenientes de la tasa. Los precios del trigo se habian fijado uniformemente en toda la Francia; empero siendo muy desigual en las diferentes provincias el coste y la abundancia de aquella produccion, resultaba un desnivel sumo en cada concejo segun el arancel legal. Por otra parte el facultar à los ayuntamientos para que fijasen el precio de todas las mercancías producia otra especie de trastorno, puesto que cuando escaseaban en algun punto las mercancías, subian las autoridades el precio, atrayendo aquella subida nuevos jéneros con los que se defraudaba à los mercados cercanos; acaeciendo que habia abundancia en un punto y escasez en otro, al libre albedrío de los establecedores del arancel, por manera que, en vez de ser sucesivos y regulares los movimientos del comercio, eran caprichosos, desiguales y contrapuestos.

Pero era aun peor el resultado de las requisiciones. Servian estas para abastecer los ejércitos, para surtir los almacenes públicos y los arsenales de cuanto necesitaban, para hacer acopios, y aun no pocas veces para proporcionar à los fabricantes mismos las materias de que necesitaban. Tenian facultad de requerir los representantes, los comisarios de guerra y los ajentes de la junta de comercio y abastos. En los primeros momentos de peligro, hiciéranse las requisiciones revuelta y atropelladamente, por manera que se atravesaban no pocas veces dos ó tres demandantes para un objeto mismo, no sabiendo à quien entregarlo el requerido. Solian ser ilimitadas las facultades, y no pocas veces se requeria todo un jénero en un concejo ú departamento. No podian entonces los arrendadores ó mercaderes vender à ningun otro sino à los ajentes de la república; interrumpíase el comercio, ocultábase largo tiempo el renglon requerido, y la circulacion se estancaba. En medio de tamaña confusion, no se calculaban distancias, sucediendo que se hacia à veces la requisicion en el departamento mas lejano del concejo ú ejército que debia abastecerse: y he aquí

doblados los acarreos. Reinaba una sequía estraordinaria, y muchos rios y canales estaban faltos enteramente de aguas; no quedaba ya mas recurso que el trajin, y encontróse que se habia defraudado à la agricultura de los caballos. Rarísimos eran éstos tras la requisicion de cuarenta y cuatro mil para el ejército, de suerte que todos los medios de trasporte se hallaban atajados. De resultas de estos movimientos mal calculados, y no pocas veces inútiles, encontrábanse en los almacenes públicos enormes moles de abastos y mercancías, agolpadas sin tino, y espuestas à toda especie de averías. Los ganados requeridos por la república carecian de pastos, motivo por el cual llegaban muy flacos al matadero, escaseando de esta suerte el sebo, la grasa, etc. Seguian à los acarreos inútiles los escesivos consumos, y frecuentemente culpables abusos, vendiendo ajentes desleales à hurtadillas y à subido precio las mercancias comprendidas en el máximo, merced à las requisiciones; ni faltaban mercaderes y fabricantes que los imitasen, ajenciándose mandatos de requisicion, y vendiendo en seguida por bajo mano y al contado lo que compraran al máximo.

Y si juntamos con todas estas causas los efectos de la guerra continental y marítima, verémos reducido el comercio al estado mas deplorable. Cerráranse las comunicaciones con las colonias, à causa de los cruceros ingleses, y de lo mucho que padecieran por los estragos de la guerra. Santo Domingo, la principal, se la competian y desangraban desalmadamente los distintos bandos. Tal desenfreno de circunstancias imposibilitaba toda comunicacion esterna; y no contribuyera poco à este aislamiento una providencia revolucionaria, tal como el secuestro de todos los bienes de los estranjeros contra quienes la Francia habia declarado la guerra. Fácil es recordar que cuando lo decretó la convencion, tuvo por objeto poner coto al ajiotaje sobre papel estranjero, estorbando que los capitales abandonasen los asignados para convertirse en letras de cambio sobre Francfort, Amsterdam, Lóndres, etc. Apoderándose de los bienes que los Españoles, Alemanes, Holandeses é Ingleses tenian en Francia, ocasionóse otra disposicion semejante de parte de los estranjeros, por manera que se encontró la república sin circulacion de créditos y efectos con los demás puntos de Europa. Conservábanse solo relaciones con los paises neutrales, el Levante, la Suiza, la Dinamarca, la Suecia y los Estados-Unidos, pero la junta de comercio y abastos se las estancó, para acopiar

granos, fierro y otros renglones indispensables para la marina. Requiriera para esto todo el papel que pudo hallar, dando à los banqueros franceses su valor en asignados, valiéndose de aquel para sus correspondientes paises y pagos de los granos y otros productos que compraba.

Veíase pues reducido el comercio francés à los acopios que hacia el gobierno en los paises estranjeros, merced à los valores que quitaba à los banqueros franceses. Apenas entraban en los puertos algunos jéneros procedentes de libre comercio, cuando eran al momento requeridos, lo que desalentaba enteramente, como acabamos de demostrar, à los comerciantes para quienes los seguros y fletes eran costosísimos, debiendo por último resultado vender al máximo. Las únicas mercancías algo abundantes en los puertos eran las que procedian de presas hechas al enemigo; inutilizábanlas sin embargo las requisiciones, y tambien à veces la prohibicion que abarcaba todos los productos de las naciones enemigas. Nantes y Burdeos, malparadas de antemano por la guerra civil, yacian espirantes y yertas. Marsella, antes poderosa por sus relaciones con el Levante, veia su puerto bloqueado por los Ingleses, fujitivos por el terror sus principales negociantes, destruidas ó trasportadas à Italia sus jabonerías, y quedábales apenas algun cambio escasillo y perdidoso con los Jenoveses. Ni era mas halagüeña la situacion de las ciudades del interior. Ya no producia Nimes aquellas sederías de que esportaba en otro tiempo por mas de veinte millones. La opulenta ciudad de Lyon, arruinada por las bombas y minas, aparecia demolida, y no fabricaba ya aquellos riquísimos tejidos que entregara al comercio por mas de sesenta millones. Un decreto que estancaba los jéneros destinados à los distritos rebeldes, embargara no pocos en derredor de aquella ciudad, debiendo parte consumirse en su interior, y atravesarla solo los restantes para dirijirse à los distintos departamentos del Mediodia. Chalons, Macon y Valence aprovecharan la coyuntura de aquel decreto para detener en su recinto cuantas mercancías se trajinaban por tan concurrida carrera. Sedan cesó de dar sus finísimos paños, para fabricarlos al uso del soldado, y sus principales fabricantes se veian perseguidos como cómplices en la asonada dispuesta por Lafayette despues del 10 de agosto. Los departamentos del Norte, del Paso-de-Calés, del Soma y del Aisne, riquísimos por el cultivo del lino y del cáñamo, quedaran de todo punto asolados

por la guerra. Hácia el Oeste, en la desgraciada Vendea, eran campo de destrozos y carnicería mas de seiscientas leguas cuadradas; desamparáranse la mayor parte de los campos, y anduviera errante el ganado sin pasto ni pesebre. Por do quiera en fin donde peculiares desastres no recargaban el tristísimo cuadro de las calamidades públicas, diezmara atrozmente la guerra el número de brazos, de suerte que el terror para con unos y la preocupacion política para con otros, todo contribuyera à alejar de los talleres gran número de laboriosísimos ciudadanos. ¡Cuántos preferian à la industria y à la azada las sociedades, los consejos municipales y las secciones, donde recibian cuarenta sueldos solo por alborotar y mover zambra!

Revueltas de consiguiente en todos los mercados, carestía, la industria atascada à causa del máximo, repentinas y tumultuosas mudanzas de empleados, inútiles acopios, escesivo consumo de mercancías, falta de medios de trasporte, merced à las requisiciones, interrupcion de trato con los cercanos paises con motivo de la guerra, del bloqueo marítimo y del secuestro; asoladas por la lid intestina varias ciudades industriosas y territorios pingües; disminuidos los brazos por las levas, y ociosos los mas por vivir à lo político: he ahí la Francia libre del yugo estranjero, estenuada empero por el estremado ahinco de sus mandarines.

Al considerar despues del 9 termidor los dos bandos encontrados, aferrado el uno en llevar adelante sus providencias revolucionarias, prolongando hasta lo infinito una situacion forzosamente pasajera; y exasperado el otro à vista de los inevitables quebrantos consiguientes à una organizacion estraordinaria, olvidando los beneficios recibidos de la misma, y empeñado en abolirla como sanguinaria: al considerar, repito, ambos partidos luchando decididamente en la arena, es facilísimo hacerse cargo de los motivos de recíprocas acusaciones à que les daba márjen la posicion de la Francia. Quejábanse los jacobinos de la relajacion en el cumplimiento de las leyes, del modo como los arrendadores, mercaderes y comerciantes ricos orillaban el máximo, del menosprecio de las leyes dictadas contra el ajiotaje y desestimacion de los asignados, reproduciendo de esta suerte los clamores de los «hebertistas» contra los ricos, los logreros y ajiotistas. Sus enemigos por el contrario osaban por vez primera acometer à toda disposicion revolucionaria, alzarse contra el derrame descomunal de asignados, las

injusticias de la tasa, la tiranía de las requisiciones, los desastres de Lyon, de Sedan, Nantes y Burdeos, contra las vedas, en fin, y las trabas de toda especie que atascaban y arruinaban el comercio. Tales eran las distintas peticiones de las sociedades y de las secciones, uniendo à ellas la libertad de imprenta y el modo de elejir los empleados. Remitíanse todas estas reclamaciones à las juntas de salvacion pública, de hacienda y comercio, para que las ilustrasen y propusiesen à su modo.

De esta manera encontrábanse escuadronados y en ademan de pelea dos partidos, indagando en cuanto se habia hecho y se estaba practicando, eternos puntos de discordia y ataque. Acertado ú pernicioso indistintamente, achacábase todo à los vocales de las antiguas juntas, que eran à un tiempo el blanco de las embestidas de los reaccionistas. A pesar de que hubiesen contribuido al vuelco de Robespierre, achacábaseles que lo habian hecho por ambicion, para tomar parte en la tiranía, porque opinaban como aquel monstruo, idolatraban los mismos principios, y anhelaban continuar con su mismísimo sistema. Encontrábase entre los termidorianos, Lecointre (de Versalles), entusiasta é imprudente en su alzamiento, que desaprobaran sus compañeros. Habia formado el proyecto de delatar à Billaud-Varennes, Collot d'Herbois y Barrere, individuos de la antigua junta de salvacion pública; à David además, Vadier, Amar y Vouland, de la junta de seguridad jeneral, como cómplices todos y «continuadores» de Robespierre. No podia sin embargo ni osara acusar asimismo à Carnot, Prieur (de la Cuesta-de-Oro) y Roberto Lindet, à quienes la opinion pública separaba enteramente de sus compañeros, mirándolos como vinculados en los afanes à que debia su salvacion la Francia; ni menos osaba hacerlo con los individuos de la junta de seguridad pública, en razon de que no à todos les acusaba la opinion. Participó su pensamiento à Tallien y à Legendre, quienes en vano procuraron disuadirle, puesto que en la sesion del 12 fructidor (29 de agosto), presentó veinte y seis artículos de acusacion contra los miembros de las antiguas juntas. Reducíanse todos ellos à vaguísimos cargos, suponiéndolos cómplices del terrorismo de Robespierre, apoyadores de los actos arbitrarios de ambas juntas, firmantes de las órdenes de proscripcion, y tildándoles de haberse ensordecido à cuantas reclamaciones les hicieran los ciudadanos injustamente perseguidos; de haber contribuido no poco à la muerte

de Danton, defendido la ley del 22 praderal y callado à la convencion que no era obra de la junta; de no haber delatado à Robespierre cuando desamparó la junta de salvacion pública, de no haber en una palabra coadyuvado en los dias 8, 9 y 10 termidor para guarecer à la convencion contra las tramas de los conspiradores.

En cuanto concluyó Lecointre la lectura de dichos veinte y siete capítulos, levantóse y tomó la voz con muestras de entrañable pesar Goujon, diputado por el Ain, jóven sincero y ardiente republicano, al par que desinteresado montañés, puesto que ninguna parte tomara en los actos del último gobierno. «Con sumo quebranto, dijo, veo el helado sosiego con que se derraman semillas nuevas de discordia preparando la pérdida de la patria. Ya se os propone ajar, bajo el nombre de terrorismo, todo cuanto se ha practicado durante un año; ya se os aconseja acusar à sujetos que han estremado sus servicios à la revolucion. Quizás sean reos; mas yo lo ignoro. Desde el ejército donde me encontraba no he podido juzgarlo; empero si hubiese tenido pruebas à la mano contra los miembros de la convencion, seguramente que no las hubiera exhibido, y en todo caso hubiera dado cuenta con el mas íntimo pesar. ¡Con qué yerta indiferencia, por el contrario, se clava en este momento un puñal en el seno de individuos recomendables à la patria por sus importantes servicios! Nótese que las acusaciones recaen sobre la convencion misma; sí, sobre la convencion y sobre el pueblo francés, en razon de que han tolerado entrambos la tiranía del infame Robespierre. No hace mucho os lo decia Debry; solo los aristócratas pueden hacer semejantes proposiciones...— Y los ladrones, interrúmpenle algunas voces. — Pido, añade Goujon, que cese al punto la discusion.» Opónense varios diputados; sube Billaud-Varennes à la tribuna, y pide que siga la discusion. «Sin duda, dijo, que à ser ciertos los hechos alegados, seríamos muy culpables, y deberian caer nuestras cabezas; pero retamos à Lecointre que lo pruebe. Desde el vuelco del tirano, somos el blanco de los ataques de todos los maquinadores, y declaramos que ningun precio tiene para nosotros la existencia, si à ellos les es dado asaetearla.» Billaud prosigue diciendo que desde largo tiempo sus compañeros y él mismo premeditaban el 9 termidor, y que si lo dilataron, fuera porque las circunstancias así lo requerian; que fueran los primeros en delatar à Robespierre y desembozarlo; que

si se les achaca por crimen la muerte de Danton, se acusará à sí mismo antetodo; que Danton era el cómplice de Robespierre y el arrimo de todos los contra-revolucionarios, y que si viviera, perdiérase la libertad para siempre. Desde algun tiempo à esta parte, esclama Billaud, vemos arremolinarse los chismosos y los ladrones...... — A esta palabra, interrúmpele Bourdon diciendo: Se ha pronunciado esa palabra, y fuerza será probarla. — Yo lo tomo à mi cargo con respecto à un individuo, esclama Duhem. — Y nosotros la probarémos con respecto à otros, dicen muchas voces de la Montaña. Era esta cabalmente la nota que estaban siempre prontos à probar los montañeses à los amigos de Danton, que casi todos eran ya termidorianos. En medio de este alboroto é interrupciones, no abandonara Billaud la tribuna, insistiendo en pedir una informacion sumaria para el conocimiento de los reos. Síguele Cambon diciendo que debe evitarse el lazo tendido à la convencion; que los aristócratas quieren obligarla à que se desdore infamando à algunos de sus vocales; que si son culpables las juntas, tambien lo es ella; — y toda la nacion con ella, esclama Bourdon (del Oise). En lo recio del alboroto, sube Vadier à la tribuna con un cachorrillo en la mano, diciendo que no sobrevivirá à la calumnia, si se le estorba el sincerarse. Cíñenle algunos miembros, y oblíganle à bajar. El presidente Thuriot declara que levanta la sesion si no se aplaca el desconcierto. Duhem y Amar quieren que siga la discusion, puesto que es un deber de la asamblea en lo que toca à los individuos acusados. Thuriot, acaloradísimo termidoriano al par que fino montañés, veia con pesar que se suscitasen tamañas contiendas. Toma la voz desde su sillon, y dice à la asamblea: «Por una parte requiere el público interés que cese desde este momento tamaña discusion, y por otra el honor de los acusados pide que se continúe. Conciliemos ambos intereses, pasando al órden del dia, y declarando que la asamblea ha recibido la proposicion de Lecointre con estremado enojo.» Adopta ansiosamente la asamblea el consejo de Thuriot, y pasa al órden del dia, menospreciando de este modo à Lecointre.

Todo entrañable patriota oyera con dolor la pasada discusion. ¿Cómo en efecto podia ser dable volver sobre lo pasado, deslindar lo pernicioso de lo acertado, é ir tiznando à los partícipes de la pasada tiranía? ¿Cómo distinguir la parte que en ella tuvieran las juntas que con Robespierre mandaban, la de la convencion

que lo tolerara, y la de la nacion en fin que miraba yerta à la convencion y à las juntas? ¿Cómo además sentenciar semejante tiranía? ¿Era hija de la ambicion ó de la desaforada pujanza que intentaba salvar à todo trance su carrera, sin detenerse en las ruedas de que se valia? ¿Cómo era posible diferenciar en tan revuelto movimiento ya la crueldad, ya la ambicion, ya la eficacia indiscreta, ya el desalado patriotismo? Densísima era la lobreguez é impenetrables los corazones de los hombres, y era fuerza recibir la Francia salvada por los propios tiranos, poner coto à los desbarros, suavizar el rigor de las leyes, sentando por principio que deben en política repararse los desastres, mas no vengarse con nuevos quebrantos.

Tal era la opinion de los sabios. Exhalábanse en parabienes los enemigos de la revolucion por la tentativa de Lecointre, mas viendo que cesaba la discusion, hicieron correr la voz de que por zozobra no se habia internado la convencion en cuestiones harto peligrosas para sí misma. Los jacobinos y montañeses al contrario, disparados como siempre y nada propensos à desentenderse del réjimen pavoroso, no temian la discusion, y se desesperaban porque se cerrara. Desde el dia siguiente, en efecto (13 fructidor), alzáronse no pocos montañeses, diciendo que el presidente habia la víspera sorprendido à la asamblea, que habia hablado desde su sillon; que, como presidente, no le incumbia el habla; que era una sinrazon lo practicado, y que à los acusados, à la revolucion y à la convencion misma les interesaba sobremanera que se abriese una discusion no temida por los patriotas. En vano los termidorianos Legendre, Tallien y otros, à quienes se acusara de haber incitado à Lecointre, cuando por el contrario habian procurado disuadirle, pidieron que la discusion no se suscitase de nuevo. La asamblea, temerosa todavía por costumbre de la Montaña, se avino à revocar la decision de la víspera, abriendo de nuevo el palenque. Quísose que subiese Lecointre à la tribuna para leer otra vez sus veinte y seis capítulos y apoyarlos con sus comprobantes.

Imposible le habia sido à este reunir las pruebas, puesto que le hubiera sido indispensable juntar cuantos actos pasaran en el interior de las comisiones, à fin de juzgar en seguida hasta qué punto eran partícipes los acusados del terrorismo de Robespierre. Solo podia citar la voz pública, algunos discursos pronunciados en los Jacobinos y la asamblea, algunos mandatos de arresto, piezas que

por sí solas nada justificaban. A cada nuevo artículo, esclamaban furiosos los montañeses: «¡Los comprobantes! ¡los comprobantes!» y le atajaban mientras no exhibiese las pruebas. No pudiendo efectuarlo por lo mas, Lecointre acudia à los recuerdos de la asamblea, preguntando sino juzgó siempre à Billaud, à Collot d'Herbois y à Barrere como íntimos de Robespierre: empero tal prueba, única por otra parte posible, mostraba mas y mas lo absurdo de la acusacion. Así mismo hubiérase podido demostrar que la convencion era cómplice de la junta, y la Francia entera de la convencion. Atajaban los montañeses al acusador, gritando: «¡Eres un calumniador!» y érale fuerza pasar à otro capítulo. No bien lo habia efectuado, cuando esclamaban de nuevo: «¡Los documentos! ¡los documentos!» No los suministraba Lecointre; y «¡A otro! ¡à otro!» decian aquellos. Llegóse de esta suerte al artículo vijésimo sexto, sin haberse probado nada, alegando tan solo por razon el acusador que aquella era una causa política, y no admitia las formas ordinarias de discusion. Podíasele responder que tambien era antipolítico el entablarla. Despues de una larga y acalorada sesion, declaráronse falsos y calumniosos los artículos de Lecointre, rehabilitando de este modo las antiguas juntas.

Recobrara con esto la Montaña toda su pujanza, y la convencion su condescendencia para con ella: sin embargo dieron su dimision Billaud y Collot d'Herbois, separándose de la junta de salvacion pública. Barrere fué reemplazado por el sorteo. Tallien hizo voluntariamente dimision, y sucediéronles à los cuatro Delmas, Merlin (de Douai), Cochon y Fourcroy; por manera que de los antiguos miembros de la gran junta de salvacion pública, solo quedaban Carnot, Prieur (de la Cuesta-de-Oro) y Roberto Lindet. Ejecutóse asimismo el reemplazo de cuarta parte en la junta de seguridad jeneral, saliendo Elias Lacoste, Vouland, Vadier y Moisés Bayle; faltaban ya David, Jagot y Lavicomterie, que quedaron escluidos por decision de la asamblea: sucediéronles Bourdon (del Oise), Colombelle, Meaulle, Clauzel, Mathieu, Mon-Mayau, y Lesage-Senault.

Un acontecimiento casual é imprevisto aumentó el desasosiego: pegóse fuego al almacen de pólvora de Grenelle, y se voló. Tan repentina y pavorosa esplosion consternó à todo Paris, creyéndose ser efecto de una nueva conspiracion. Zaheríanse mutuamente los

jacobinos y aristócratas, y dióse márjen à nuevos reencuentros en la tribuna sin que chispease algun viso de conocimiento; à tan deplorable fracaso siguió otro. El 23 fructidor por la tarde (9 de setiembre), retirábase à casa Tallien, cuando le embiste un embozado diciéndole: «Yo te aguardaba, no te escaparás.» Y dispárale à quema-ropa un cachorrillo que le hirió en el hombro. Al dia siguiente, nuevos rumores en Paris, quejándose de la perpetuidad del desgobierno y de que los partidos enconadísimos hiciesen ánimo de perturbar eternamente el sosiego público. Atribuian unos el asesinato de Tallien à los jacobinos, otros à los aristócratas, y adelantábanse algunos hasta decir que Tallien, remedando à Grangeneuve antes del 10 de agosto, se hiciera herir en el hombro para tildar à los jacobinos, tomando cimiento de este atentado para pedir su disolucion. Legendre, Merlin (de Thionville) y otros amigos de Tallien, se arrojaron atropelladamente à la tribuna, y sostuvieron que el crímen de la víspera era obra de los jacobinos. Tallien, dijeron, no ha abandonado la causa de la revolucion; y sin embargo afirman algunos frenéticos que se ha pasado à los moderados ó aristócratas. No son estos de consiguiente los que se han disparado contra él, y sí solo pueden ser los insensatos que le acusan, los jacobinos. Merlin delató la última junta que tuvieron estos, y citó lo que dijo Duhem. «Los sapos de la laguna levantan su cabeza; y peor para ellos, pues será mas fácil cortársela.» Merlin pidió con su acostumbrada osadía la disolucion de aquella célebre sociedad, que prestara, dijo, los mayores servicios, que contribuyera no poco à humillar el solio, pero que no teniendo ya tronos que derribar, estaba aspirando à apear à la misma convencion. No se admitió la propuesta de Merlin, pero los hechos fueron reitmidos, segun costumbre, à las competentes comisiones para que informasen, como ya se habia practicado con otras cuestiones de entrambos bandos. Habianse pedido informes sobre la libertad de imprenta, los asignados, el máximo, las requisiciones y trabas puestas al comercio, y sobre todo cuanto diera márjen à discordias y contiendas. Pretendióse que se embebiesen en uno todos estos informes, y encargóse por lo mismo à la junta de salvacion pública el presentar uno jeneral acerca del actual estado de la república. Púsose su estension en manos de Roberto Lindet, como el individuo mas impuesto en el estado actual de los negocios, y luego,

aunque perteneciera à las antiguas juntas, el mas desinteresado sobre él particular, puesto que esclusivamente anduviera ocupado en servicio activo del pais, encargándose del enorme afan de los abastos y trasportes. Señalóse para su lectura la cuarta «descamisada» del año II (20 de setiembre de 1794).

Aguardábanse con impaciencia la relacion y los decretos à que daria márjen, interin seguian acalorándose los partidos. Efectuábase en el jardin del Palacio-Real la reunion de la juventud coligada contra los jacobinos. Leíanse allí los periódicos y folletos que salian continuamente contra el réjimen postrero, vendiéndolos los libreros de las galerías. Solian acuadrillarse y marchar de tropel à desbaratar las sesiones de los jacobinos. El dia de la segunda «descamisada», fórmase uno de estos turbiones, compuesto de jóvenes atolondrados que, para diferenciarse de aquellos, se esmeraban en su aseo, llevaban altos corbatines, y llamábaseles por lo mismo «lechuguinos.» En una de estas cuadrillas, voceaba un mozuelo que, si algo acaecia estraordinario, fuerza seria reunirse con la convencion, puesto que los jacobinos no eran mas que unos maquinadores y malvados. Quiso contestar uno de estos, y trabóse entonces una pelea; gritando unos: «¡Viva la convencion! ¡Mueran los jacobinos! ¡Caiga el rabo de Robespierre!» interin gritaban por la otra parte: «¡Mueran los aristócratas y lechuguinos! ¡Viva la convencion con los jacobinos!» Acrecentábase el alboroto; el individuo que tomaba la voz en su defensa, y los pocos que le apoyaran, salieron muy maltratados; acudió la guardia, y dispersando la reunion, que ya era sobradamente considerable, atajó así un trastorno jeneral.

A los dos dias, que era el señalado para el informe de las tres juntas de salvacion pública, lejislacion, y seguridad jeneral, oyóse por fin à Roberto Lindet. Tristísimo era el cuadro de la Francia que debia ofrecer à la vista. Despues de haber espuesto la marcha sucesiva de las facciones, la pujanza de Robespierre hasta su caida, presentó los dos partidos, compuesto el uno de entusiastas patriotas, que temian por la revolucion y por sí mismos; y de familias desgraciadas el otro, cuyos deudos habian sido sacrificados ó yacieran todavía en los calabozos. «Algunos ánimos acalorados, dijo Lindet, creen que el gobierno va à amainar en su rumbo; y válense de cuantos medios se les sujieren para propagar su opinion y sus zozobras.

Envian comisiones à la convencion, mas no por esto son menos quiméricos sus recelos: en vuestras manos no desmerecerá de su denuedo el gobierno. ¿Pueden acaso temer los patriotas y los empleados que se borren de la memoria los servicios que han tributado? ¿De qué teson no han dado ya muestra aceptando y desempeñando tan arduas funciones? Restitúyelos hoy la Francia à las tareas y profesiones que por tanto tiempo abandonaran: sus funciones eran temporales; no ignoran que el poderío retenido largo tiempo por unos mismos individuos aborta desasosiegos para los pueblos: empero no debe recelarse que los abandone la Francia à los enconos y venganzas.»

Pasando en seguida Lindet à lo concerniente al bando de los perseguidos, sigue diciendo: «Restituid la libertad à cuantos ha empozado en los calabozos el encono, la venganza, el desacierto de los empleados y la saña de algunos conspiradores; restituídsela à los labradores y comerciantes, à los deudos de la juventud heroica que está defendiendo la patria. Han sido perseguidas las artes, cuando à ellas debemos el rayo de la guerra; cuando por ellas la ciencia de Mongolfier ha servido para dar nueva alma à la marcha de los ejércitos, cuando por ellas se labran y acrisolan los metales, cúrtense y adóbanse en ocho dias los cueros. Apadrinadlas, auxiliadlas: hombres hay en los calabozos que pueden al efecto ser utilísimos.»

Presentó en seguida Lindet el cuadro de la agricultura y del comercio de la Francia. Demostró las calamidades consiguientes al asignado, al máximo, à las requisiciones y à la interrupcion de comunicaciones con los estranjeros. «La laboriosidad, dijo, ha menguado sobremanera, por haberse trasportado en primer lugar un millon y medio à las fronteras, por haberse dedicado otros à la guerra civil, y en jeneral porque las pasiones políticas han retraido à los mas de sus acostumbradas tareas. Verdad es que han empezado à desmontarse algunos baldíos, pero eslo tambien que permanecen incultos muchísimos campos. No se trilla el trigo, ni se hila la lana, y abandonan los cultivadores su lino y cáñamo. Procuremos reparar tamaños desastres, restituyamos los beneficios de la paz à nuestras ciudades marítimas y fabricantes; cesen en Lyon las demoliciones. Con la paz, la sensatez y el olvido, volverán à sus talleres los laboriosos moradores de Nantes, Burdeos,

Marsella y Lyon. Revoquemos esas leyes arruinadoras del comercio; circulen de nuevo las mercancías; permitamos la estraccion para que en cambio nos traigan cuanto nos falte. Cesen las ciudades y los distritos de quejarse contra el gobierno, que, segun dicen, ha apurado sus abastos y recursos, desnivelándolos en las violentas requisiciones. ¡Cómo no tienden cuantos se quejan una mirada sobre las declaraciones, súplicas y pinturas de sus conciudadanos de los demás distritos! Allí se verian sus clamores mortales y briosas reclamaciones, hijas de unas mismas necesidades. Restituyamos el sosiego y el cultivo à las campiñas, los fabricantes à la industria, y los artesanos à sus talleres. Sobre todo, añade Lindet, apliquemos nuestro ahinco para que no espiren de todo punto en nuestra morada la union y la confianza. A nadie echemos en rostro sus yerros y los nuestros. ¿Fuímos siempre irreprensibles por ventura? Nos encontramos todos en una misma senda; unos pelearon con el denuedo, y otros con la reflexion; precipitáronse algunos con disparado anhelo contra los obstáculos que iban à derribar y destruir. ¿Quién podrá pedirnos cuenta de aquellos vaivenes que no cabe prever y dirijir? Consumóse la revolucion, y ella es nuestra obra comun. ¿Qué jenerales ó soldados han ejecutado jamás en la guerra cuanto debia practicarse, se han aposentado donde debia requerirlo la razon despejada? ¿No nos hallábamos por ventura en contienda con poderosos y formidables enemigos? ¿Los mismos descalabros no han enfervorizado mas y mas nuestro entusiasmo? ¿Acaso no era nuestra situacion la misma que la de cuantos hombres se hallan à inmensa distancia del rumbo constante de la vida?»

Tan sabio, desapasionado y trascendental informe mereció sumo aplauso. Todos ensalzaban tan gallardos arranques. ¡Ojalá los atesoraran en sus pechos! Propuso desde luego Lindet varios decretos, que fueron gratos y acordados sin contraste.

Segun el primero, corria à cargo de la junta de seguridad jeneral y de los representantes en comision el escudriñar los recursos de los comerciantes y artesanos, y de los padres de cuantos ciudadanos se hallaban en el ejército; como así mismo de cuantos tenian deudos encarcelados. Por el segundo, debian los ayuntamientos y juntas de secciones motivar sus negativas, cuando se desentendian de dar certificados de civismo: lo que era propiamente un desagravio para cuantos se lamentaban del terrorismo, ó temian verle retoñar.

Mandábase por el tercero que se estendiese una instruccion moral por cuyo medio se amonestase al trabajo y al acatamiento debido à las leyes, y se ilustrase à los ciudadanos en órden à los principales sucesos de la revolucion, debiendo leerse al pueblo en las festividades de la década. Prescribíase por el cuarto que se estendiese un proyecto de escuela normal para formar jóvenes profesores, y propagar por este rumbo la ilustracion en la república.

Seguíanse por fin à estos decretos otros muchos, en que se mandaba à las juntas de hacienda y comercio el desentrañar con prontitud:

1°. Las ventajas de la libre esportacion de las mercancías de lujo, con la condicion de que volviesen à entrar en Francia los valores en mercancías de toda especie;

2°. Las ventajas ó desventajas de la libre estraccion de lo superfluo de los renglones de primera necesidad, bajo la condicion de un retorno y ciertas formalidades;

3°. Los arbitrios mas adecuados para poner en circulacion las mercancías destinadas à los distritos rebeldes, embargadas en el dia;

4°. Las demandas en fin de los comerciantes que, en virtud de la ley del secuestro, debian depositar en las arcas del distrito cuantas sumas adeudasen à los estranjeros con quienes se hallaba en guerra la república.

Traslúcese que con estos decretos se daba satisfaccion à cuantos se lamentaban de las persecuciones, y que abarcaban además un plantel de providencias capaces de vivificar el comercio. A los jacobinos únicamente no se referia ningun decreto; empero tampoco lo necesitaban. No se les persiguiera, ni encarcelara, y sí solo se les desviara del mando: por lo mismo no requerian ningun resarcimiento. Lo único que podia hacerse era desengañarlos acerca del rumbo del gobierno, y à lo mismo se encaminaba el informe de Lindet, que favoreció de consiguiente à todos los partidos.

Pareció amainar algun tanto el hervidero. Al siguiente dia, último del año II de la república (21 de setiembre de 1794), celebróse la solemnidad, ya dispuesta hacia tiempo, de la traslacion de las reliquias de Marat al Panteon, con esclusion y mengua de las de Mirabeau; providencia que no iba ya acorde con las opiniones, ni cuadraba à los ánimos, en razon de que no era tenido ya el primero por tan cabal, ni por tan culpado el segundo, para que

se rindiese tanto acatamiento al apóstol del pavor, y se volcase tan sumo vilipendio sobre el mas célebre orador de la revolucion. Mas para no sobresaltar à la Montaña, y à fin de evitar la apariencia de reaccion tan ejecutiva, no se revocó la festividad; por manera que en el dia prefijado, trasladáronse en pompa al Panteon los restos de Marat, mientras que por una puerta lateral se estraian ignominiosamente los de Mirabeau.

Así fué como el poderío, de que se apeara à los montañeses y jacobinos, quedó en manos de los partidarios de Danton y Camilo-Desmoulins, en las de los «induljentes» en fin, que componian ya el partido de los termidorianos. Estos últimos sin embargo, mientras se dedicaban à reparar los desastres producidos por la revolucion; mientras soltaban à los sospechosos, y procuraban remover las trabas que estancaban el comercio, contemporizaban todavía con los individuos de la Montaña à quienes desposeyeran, y concedian à Marat lo que arrebataban à Mirabeau.

FIN DEL TOMO TERCERO.

Indice del tomo tercero.

CAPITULO I.

CAPITULO II.

CAPITULO III.

CAPITULO IV.

CAPITULO V.

CAPITULO VI.

CAPITULO VII.

CAPITULO VIII.

CAPITULO IX.

CAPITULO X.

CAPITULO XI.

FIN DEL ÍNDICE.



